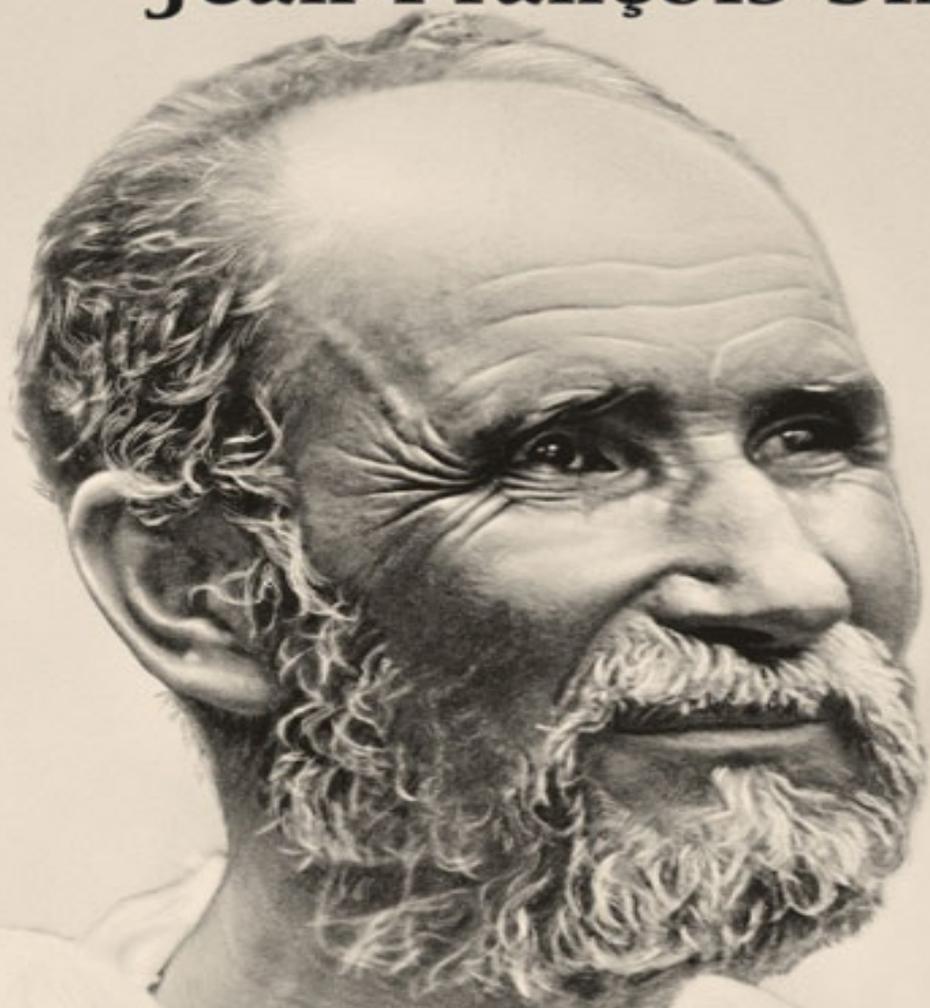


Jean-François Six



Charles de
Foucauld

vida y camino

PALABRA

Jean-François Six

CHARLES DE FOUCAULD,
vida y camino

testimonios

Título original: *Charles de Foucauld autrement*

© Desclée de Brouwer, 2008

© Ediciones Palabra, S.A., 2016

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: María Josefa Larraz, 2016

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-514-0

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

ÍNDICE

Agradecimientos y dedicatorias

1. Ebrio de libros y de libertad
2. La fuerza de la fe
3. El corazón y la fe
4. «Mi Nazaret»
5. La idea que ha de hacer triunfar
6. No Tierra Santa, sino los más abandonados
7. El camino del sur
8. Abandono en los acontecimientos
9. Los abandonados, la Eucaristía, la presencia
10. Tiempo de desbrozo
11. Sin Ningún compañero
12. La lengua del otro
13. Muy alegre de carácter
14. La deuda hacia los que dan su sangre
15. Inclasificable y simple
16. Su rostro

Conclusión

Anexos

Notas

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

Agradecimiento, muy especial, primero y ante todo, a dos personas que me guiaron, hace más de cincuenta años, hasta el encuentro con Charles de Foucauld. Por un lado, el padre Huvelin. Cuando encontré las cartas que Foucauld le había escrito y se creían perdidas, tuve conocimiento al mismo tiempo de las respuestas del padre Huvelin, su padre espiritual, sacerdote de un extraordinario discernimiento. Esas cartas me ayudaron a comprender interiormente a Charles de Foucauld.

Por otro lado, agradecimiento a Louis Massignon, quien conoció personalmente a Charles de Foucauld. En 1952 me confió de golpe la correspondencia personal que había recibido de Foucauld y, durante diez años, hasta su muerte en 1962, me dio a conocer al que llamaba su «hermano mayor». Igualmente, me hizo participar en la UNIÓN, en la «Cofradía»^[1] que Foucauld había fundado en 1909, que continuó Massignon y este me confió más tarde.

Massignon me presentó a los miembros de la UNIÓN, a esos «desbrozadores evangélicos» como Charles de Foucauld, que me ayudaron mucho a comprender a aquel en quien se inspiraban tanto por su sinceridad como por su libertad espiritual. Dos de ellos me marcaron muy particularmente: la hermana Marie-Charles de Jesús, fundadora de la primera congregación formada a partir de Foucauld, en 1933, y Paul Flamand, quien por las mismas fechas fundaba la Editorial Seuil.

* * *

Dedico este libro a todas y a todos los que aman a Charles de Foucauld. Porque han presentado o descubierto en él a un ser muy humano, con una extraordinaria alegría de vivir, lleno de creatividad, con verdadera pasión por cada uno con los que se encuentra, un Evangelio vivo. Porque todos, sean quienes sean, bautizados o no, saben que pueden alimentarse de él para ir haciendo camino cada día, que Foucauld les invita a vivir la vida con la misma alegría con la que él la vivió, la misma libertad, la misma fraternidad, allí donde estén y con una irreprimible esperanza.

J.F.S.

1. EBRIO DE LIBROS Y DE LIBERTAD

15 de septiembre de 1874: Charles de Foucauld tiene dieciséis años, esa edad en la que la adolescencia alcanza su punto crucial, en el que las cosas se deciden, se atan, se aprietan y estallan.

Dentro de unos días dejará Nancy (Francia), donde vive con su abuelo, el coronel De Morlet, para ir a un internado de París. Acaba de terminar la primera parte de los estudios de bachillerato, gracias a un permiso especial por ser más joven de lo que corresponde; ha sacado la nota «*bien*». Estudia, desde hace tres años, en el Instituto Nacional de Nancy.

Infancia negra y resiliencia[\[2\]](#)

Estos últimos años de la adolescencia han sido tranquilos y equilibrados, después de un período muy atormentado. Charles nació en Estrasburgo y pasó allí su infancia, pero la Guerra franco-prusiana de 1870 le expulsó de Alsacia, su país natal: el coronel Charles De Morlet, que no quiere que su nieto sea soldado prusiano, prefiere dejar Estrasburgo y establecerse en Nancy. Charles de Foucauld es un exiliado, toda su vida deseará poder volver a Estrasburgo y se referirá a Alsacia como a un «*país anexionado*».

Pero, ante todo, es huérfano de padre y madre desde 1864, con 6 años de edad. Su madre murió con treinta y cuatro años, cuando su padre ya residía en un sanatorio para enfermos mentales desde hacía un año. En ese sanatorio morirá en el mes de agosto, del mismo año de la muerte de la madre. Como su marido estaba en un hospital psiquiátrico, Elisabeth de Foucauld se había refugiado en casa de su padre, el coronel De Morlet, retirado desde 1856. Al morir su padre y su madre, su abuelo, el coronel, será el tutor de Charles y de su hermana pequeña, María, tres años menor. En octubre de este mismo año, la abuela paterna de Charles, Clotilde de Foucauld, su madrina, muere súbitamente de una crisis cardíaca, junto a él. Charles no hablará nunca de su padre, cuyo recuerdo le parece «*lejano*»; de su madre, recuerda vagamente que le enseñó a rezar. Los dos niños, Charles y María, llevan el duelo por sus padres: van vestidos de negro. Por todo lo que acabamos de referir, cuando leemos en ciertas biografías que Charles de Foucauld vivió «*una infancia feliz*» no dejamos de sorprendernos.

Pero es que quizá se confunden esos primeros años que van hasta 1871 con la época de Nancy, que fue, efectivamente, un período más pacífico. Charles vive con su abuelo, parisino de nacimiento pero oriundo de Lorena, y su mujer (de soltera Amelie de Latouche, con quien se casó tras la muerte de su primera mujer, la abuela de Charles). Ambos son septuagenarios, de una gran bondad, tanto él como ella. El coronel siente

pasión por los estudios clásicos y por la arqueología y tiene mucho cariño a su nieto: «*Mi abuelo, del que admiraba su gran inteligencia, me rodeó de una ternura infinita durante mi infancia y mi juventud. Todavía hoy siento con emoción esa atmósfera de amor y cariño*», escribe veinte años más tarde a su amigo Duveyrier.

Como ardiente patriota, el coronel De Morlet desea que Francia tome la revancha ante los prusianos. Ingeniero Politécnico, quisiera que su nieto siguiera sus pasos y entrara en la carrera militar para expulsar al alemán de Alsacia. Un patriotismo que su nieto comparte de manera algo más moderada. No tiene ningún resentimiento contra el adversario, al menos hasta la guerra de 1914; siente afecto por Alemania y habla alemán perfectamente desde los ocho años: «*Una gran nación, la de los alemanes*», escribe en 1912 con admiración. Aunque también note algunas diferencias, como comenta a su hermana María, cuyo hijo Maurice hace unas prácticas en una fábrica más allá del Rin. «*Espero que sepa tomar por el buen lado el carácter de los alemanes y que no tenga más que amigos alemanes; tienen grandes cualidades, pero muchos tienen un rasgo de carácter raro y estrecho, que nos sorprende, que los diferencia de nuestra manera de ser*».

El coronel, católico practicante, educa a Charles en la fe católica. No duda en afirmar abiertamente su pertenencia religiosa y es gran amigo de numerosos sacerdotes cultos, entre los cuales figura el ilustre dominico Lacordaire.

El 28 de abril de 1872 acompaña a su nieto a la catedral de Nancy para que reciba ese día la Primera Comunión y la Confirmación. Charles tiene trece años y medio y ese día es muy importante para él. Más tarde habla de esta primera comunión «*muy piadosa*», y «*rodeada de las gracias y de los ánimos de toda la familia cristiana, ante los ojos de las personas que quería más en el mundo*». Se puede decir que, en ese momento, Charles de Foucauld, adolescente de trece años, de una inteligencia superior y apasionado por los estudios, con una profunda personalidad, ha superado los tormentos de su infancia. Es la resiliencia, la superación de las dificultades gracias a la presencia cercana de la familia de su padre y de su madre, doble presencia reunida simbólicamente en la Eucaristía del 28 de abril de 1872. Y también a la de un amigo, un año mayor que él, como un hermano mayor; gracias a esas presencias aborda con fuerza y paz una edad nueva en la que se va a realizar totalmente, en plena fogosidad de juventud y alegría de vivir.

De la familia presente a su alrededor hay que señalar alguien muy especial que va a contar en gran medida en su vida. Es una pariente del lado paterno, su prima María, hija de la hermana de su padre: tía Inés. Tía Inés acogió a su hermano enfermo en París, le sostuvo durante los últimos quince meses de su vida mientras estaba en el hospital psiquiátrico. Inés es una mujer fuerte y también la jefa de la familia Foucauld. Casada con Sigisbert Moitessier, un riquísimo banquero del Segundo Imperio, organizó en su

casa un salón político, durante la Tercera República, en torno a un sobrino de su marido que llegó a ser ministro a los treinta años; el ambiente de la familia es, pues, un ambiente de negocios, orientado hacia el progreso. Inés es una Foucauld ardiente, orgullosa: su porte altanero se puede ver en los dos retratos que el pintor Ingres hizo de ella. Siempre se interesó por su sobrino Charles, el único varón que lleva el nombre «*Foucauld*»; le acogió durante las vacaciones de verano, a partir de 1867, en su gran propiedad cerca de Evreux.

¿Era Charles de Foucauld alguien de muy noble cuna que hace honor a su ascendencia, como quiso mostrar René Bazin en una biografía de aristócrata? En realidad, su madre, de la que Bazin no habla, es la nieta de un republicano que, durante la Revolución de 1789, se enriqueció mucho; su padre al casarse es Inspector de Aguas y Bosques en el este de Francia, como lo era el padre de su madre, de una nobleza muy antigua que se transformó en burguesía. Los Foucauld, en su época, eran partidarios de la casa francesa de Orleans.

Inés tiene dos hijas. Y Charles, que no tiene más que una hermana pequeña (cuya madrina es Inés), se siente muy unido a sus dos primas, y muy especialmente a María, que tiene nueve años más que él. Así como la madre de María era dura, ella era una niña dulce, buena y muy cultivada. Charles ve a su prima durante las vacaciones. Profundamente cristiana, de una fe marcada por una espiritualidad muy abierta, completamente diferente al jansenismo y al moralismo, centrada en el Corazón de Jesús y su amor por todos, María va cada mañana a misa y muestra a Charles una estatua del Sagrado Corazón que hay en la pequeña iglesia del pueblo. Esa estatua representa un corazón coronado por una cruz y los Moitessier la habían regalado a la parroquia.

María vino expresamente de París para asistir a la ceremonia de la Primera Comunión de su joven primo; de regalo le lleva el libro de Bossuet *Elevaciones del alma a Dios, sobre todos los misterios de la religión cristiana*, que será decisivo. Charles no olvidará nunca a su prima; lo vemos, por ejemplo, cuando le escribe el 27 de abril de 1897: «*Mañana hará veinticinco años que vinisteis a Nancy con tanto amor. Vuestras bondades maternas hacia mí no datan, pues, de hoy*». Podemos decir que María Moitessier fue como su segunda madre, la admira tanto por su inteligencia como por su amor.

El amigo incomparable

Cuando a los trece años entra en el instituto de Nancy, Charles conoce e intima con uno de los «*dos incomparables amigos*» de su vida, como dice cinco años antes de su muerte: Gabriel Tourdes. Gabriel es, como Charles, de Estrasburgo. Proviene de una familia de médicos. Su padre hizo estudios de medicina en París y fue profesor en la Universidad de Estrasburgo. En 1871 optó por la nacionalidad francesa y se refugió,

como el coronel De Morlet, en Nancy, de donde llegó a ser el Decano de la Facultad de Medicina. Gabriel es el mayor de sus cuatro hijos. Charles se siente en la casa de los Tourdes como uno más de la familia y es acogido por ellos de buen grado: «*Su casa, en la que he pasado tan buenos momentos*», escribirá Foucauld en 1883 al doctor Tourdes.

Quizá hay que indicar aquí que Gabriel es para Charles como un hermano mayor: tiene un año más que él. Exactamente como el hermano mayor que tuvo y al que ya le llamaron Charles y que murió al mes de edad, en agosto de 1857, un año antes del nacimiento de nuestro Charles. ¿Fue un «*niño de reemplazo*»? En todo caso, se puede decir que Gabriel Tourdes llega a ser para él, en 1872, un hermano mayor de reemplazo.

El doctor Tourdes, como el coronel De Morlet, es un hombre cultivado que lee a Homero y Horacio en versión original. Los dos chicos, Gabriel y Charles, serán, como su padre y su abuelo, unos apasionados de los clásicos hasta un punto inimaginable hoy. Y sus familias les dejan muy libres en este aspecto. Charles estudia pero moderadamente, solo lo necesario, porque lo que le interesa son las lecturas «*al margen*»: «*Si en Nancy estudiaba un poco –confía a su cuñado–, es porque me dejaban intercalar en mis estudios una lista de lecturas que me dieron el gusto por los estudios*».

Uno de sus primos, Pierre-Charles de Lagabbe, le describe a los quince años: «*En 1873, me pareció un chico adelantado para su edad; yo tenía solamente un año menos que él y, en lugar de interesarse por lo que me interesaba a mí, prefería recorrer con mi padre los viejos volúmenes de la biblioteca; en nuestras excursiones, se paraba encantado ante los monumentos antiguos para hacer un croquis. Aunque tenía un temperamento vigoroso, era más bien perezoso ante el ejercicio físico y prefería ante todo aquello que podía satisfacer su curiosidad intelectual*». Queda decir que el joven Charles, aunque prefiera los libros al deporte, participa en cacerías, se entrena en natación, hace equitación e incluso posee un caballo pura sangre.

Cuando deja Nancy, en octubre de 1874, para ir a París, después de tres años felices cerca de su abuelo y de los Tourdes, la familia amiga, Charles de Foucauld mantiene correspondencia con Gabriel y en las cartas de 1874 y 1875 expresa su extraordinaria pasión por los libros, sus lecturas múltiples y variadas. En Pascua de 1875 tiene diez días de vacaciones y escribe a Gabriel: «*Te aviso, cuenta conmigo todas las noches; vamos a retomar nuestras lecturas con rabia. Me alegro de poder volver a Nancy finalmente unos días: voy a gozar completamente de todo lo que es agradable al cuerpo y al espíritu*».

¿El cuerpo? Es *gourmet* y le gusta el buen vino. ¿Las chicas? No habla de ellas en sus cartas a Gabriel, salvo en una posdata enigmática. Mons. Bernard Jacqueline, que fue vicepostulador de la causa de la beatificación del padre Foucauld y publicó en 1982 las cartas de Foucauld a G. Tourdes (*Cartas a un amigo de instituto*), apunta la posibilidad de un «*encuentro a cuatro*» (p. 57): Charles con Gabriel y dos personas más del sexo

femenino, ya que al final de una carta escribió a Gabriel: «*Me aburro infinitamente: lo digo a menudo, lo pienso siempre*». Y, al firmar, Charles añadió, bajo su firma, cuatro indicaciones dispuestas así:

«*desnuda,
desnudo desnuda,
desnudo*».

¿Hay que ver aquí una *posdata* que «*revela las inclinaciones eróticas del joven*», como dice Mons. Jacqueline?

En cuanto a lo de saciarse de lo que es «*agradable al espíritu*», las indicaciones son completamente explícitas: un inmenso programa de lecturas para estos diez días de vacaciones. «*Ya he hecho la lista de lo que leeremos cuando estemos solos*». Para esos días, ha previsto varios autores: «*He elegido Aristóteles y Aristófanes; espero que te guste. Desde luego que los intercalaremos con las poesías ligeras de Voltaire, Le Temple du goût, etc., e incluso un poco de Candide*». «*Ariosto, que me gusta tanto como Homero*», añade. (Como apunte, Mons. Jacqueline subraya, entre otras cosas, que Ariosto presenta «*alguna pizca de anticlericalismo*»). Para las noches: «*Los títulos para leer por la noche son más difíciles de elegir: nos dedicaremos a leer pasajes de diferentes autores. Mira lo que creo que debemos leer por el momento, pero no será suficiente para alimentarnos durante diez días: espero que también tú busques por tu cuenta*». Y añade una lista muy amplia de autores, lo que manifiesta una bulimia asombrosa: encontramos a Voltaire, Montesquieu y *Les Lettres persanes*, Rabelais, Scarron, y también autores extranjeros como Erasmo o *Le Voyage sentimental* del escritor inglés Laurence Sterne, quien, según Mons. Jacqueline, «*mezcla el erotismo refinado y la lascivia íntima con las correrías turísticas y las sátiras alegres*» (p. 51). La carta a Gabriel indica finalmente un conjunto de lecturas épicas que Charles adora particularmente: *La Ilíada*, *Los Nibelungos*, *La canción de Roldán*, *Don Quijote*. El joven Foucauld asalta todos los libros, que explora como tierras desconocidas. Más tarde evocará a Gabriel aquellos momentos: «*Mi pequeña habitación, en la que pasamos tantos días estupendos juntos. ¿Te acuerdas de cuántas veces te retuve a pesar tuyo, a la fuerza, cerrando todas las puertas con llave? ¿No tenía razón?*». Fuerza a su amigo a que juntos se encierren para leer, para descubrir mejor mil continentes, horizontes sin límites.

¡Frenesí de lecturas con Gabriel durante las vacaciones de Pascua de 1875 en Nancy! Porque París es otra cosa. Reside en la calle parisina *Des Postes*, en el colegio Sainte-Geneviève, famoso colegio de los padres de la Compañía de Jesús donde debe estudiar. Por otro lado, confiesa a Gabriel que, cuando le escribe, echa él mismo la carta a correos, en un momento libre de uno de los escasos días de salida, «*para que mi carta*

no pase por las manos de los jesuitas», y que no sepan nada de esta correspondencia. ¿Qué habrían pensado de este joven alumno apasionado de Rabelais, Montesquieu e incluso de Voltaire? Tiene muchos problemas con la disciplina y el reglamento; en cuanto a los estudios, no cumple más que con lo estrictamente necesario. Sin embargo, consigue aprobar el bachillerato de filosofía en agosto y con nota «*Bien*».

«*Juntos desaprendimos a rezar*»

La fecha precisa no está clara pero es cierto que, a partir de este primer curso en la calle *Des Postes*, ya ha dejado la fe cristiana^[3]. En este año, «*un montón de objeciones me atormentaron*»; se «*planteó febrilmente todo tipo de cuestiones*»: «*Los filósofos están todos en desacuerdo; permanecí doce años sin negar nada y sin creer nada, desesperando de la verdad y no creyendo ni siquiera en Dios ya que ninguna prueba me parecía suficientemente evidente*»^[4].

Entre sus lecturas, Charles menciona sobre todo a los autores del siglo XVIII y otros de los siglos precedentes. Ningún contemporáneo: ni Comte, ni Taine, ni Renan han podido tener influencia sobre él. Hay que decir que tuvo en el instituto de Nancy cuatro maestros a los que se unió mucho y que le pudieron influir porque, como dijo, «*vivía: estaba siempre con ellos y solo con ellos*». Está fascinado por ellos; son «*todos gente – escribe a su abuelo– que tiene mucho espíritu, mucha ciencia y mucho gusto, de tal manera que tienen siempre algo nuevo que enseñarme, o una opinión adecuada que expresar sobre algo*». Ahora bien, estos maestros, a los que considera «*muy respetuosos*» con las opiniones y creencias de los otros, son, según dice, «*neutros*». Más tarde confiará a su cuñado, Raymond de Blic, que le «*habían dado la impresión de gentes cultivadas, de una actitud moral pero, como no profesaban ninguna creencia religiosa, concluí, con mis compañeros, demasiado fácilmente, que podíamos prescindir de eso*». Cuando, en octubre de 1874, llega a los jesuitas de la calle *Des Postes* de París, la suerte está echada: Charles sacó la conclusión de que, simplemente, podía prescindir de la fe cristiana. Gabriel siguió la misma vía y vivieron «*juntos*» la misma pérdida de fe: «*Desaprendimos juntos a rezar*», escribirá Foucauld a Gabriel (11 de mayo de 1891). Y, en cierta manera, resumirá un día su relativismo y su agnosticismo diciendo a su amigo: «*Definitivamente: ya sabes cómo hay que entender esta palabra: somos demasiado filósofos tú y yo como para creernos que hay en el mundo algo definitivo*» (18 de noviembre de 1885).

Charles está interesado muy particularmente por la geografía, a la que le inicia el coronel De Morlet, que es, por otra parte, miembro desde 1874 de la Sociedad de Geografía de París. Se apasiona con su abuelo por los temas técnicos y las investigaciones de vanguardia en materia de geografía. Charles asistirá a todas las sesiones del Congreso de Geografía.

Tras el bachillerato, que aprueba en agosto de 1875, y antes de entrar en segundo curso de la calle *Des Postes* para preparar la entrada a la Academia Militar de Saint-Cyr, tiene ante sí unas semanas de vacaciones. Antes de llegar a casa de su tía Moitessier, en l'Eure-et-Loir, pasa por París. Allí compra, entre otras cosas, libros raros, entre los cuales un Boileau del siglo XVII impreso por los Elzévir –ya es coleccionista de libros– y va a ver *Tartufo* al Théâtre Français; luego sale para Boulogne para pasar trece días. Desde allí, escribe a Gabriel contándole con detalle sus baños y paseos por el mar. Entonces, cuando festeja sus diecisiete años, cae en lo que más tarde describirá así: «*Nunca creí llegar a un estado de espíritu tan lamentable como este. En cierta manera, había sido peor en otros tiempos, pero algún bien también había hecho además del mal; a los diecisiete años, sin embargo, era todo egoísmo, todo impiedad, todo deseo de mal; estaba como perturbado*». Esta confidencia, hecha en 1892 a su prima María, la precisa Charles de Foucauld tres años más tarde, indicando lo que vivió en 1875: «*Cuando vivía en el mayor mal, estaba persuadido de que eso era absolutamente previsible, inevitable y que mi vida era perfecta*».

Al emanciparse, se convierte en un caballo desbocado. Le resultó difícil su primer año en la calle *Des Postes*; se sentía muy encerrado después de haber vivido en Nancy una época de niño mimado, casi malcriado, una época de total libertad. Hubiera querido recuperar más que nunca y totalmente su libertad.

Durante cinco meses no hace nada y se sacude cualquier cadena; quiere vivir como en Nancy; para muestra, la carta de cuarenta páginas que escribe a su abuelo para que consiga sacarle de allí... «*En cuanto al grado de pereza que tenía en el Colegio, era tal que no me dejaron continuar* –escribió con vehemencia a su prima María–. *Ya te dije que, a pesar de que guardaron las formas para no afligir a mi abuelo, yo lo consideré una expulsión*». Y añade discretamente: «*Despido cuya causa no era solo la pereza*». No nos ha llegado más información sobre este hecho.

Vuelve a estar, como deseaba, otra vez en Nancy. Él quería presentarse al examen de entrada a la Academia Militar de Saint-Cyr, mientras que su abuelo hubiera preferido que preparara el examen de entrada a la Escuela Politécnica; pero, por su tendencia al mínimo esfuerzo, consiguió no continuar con el año de preparación en el colegio de los jesuitas. ¿Qué va a hacer ahora?

Sin duda, para no dar pena a los que ama tanto, a su abuelo, viejo y enfermo que está a punto de cumplir ochenta años, Charles se lanza al desafío de aprobar el examen de entrada a la Academia Militar de Saint-Cyr preparándose en casa durante tres meses. Pero es también por asumir el puro desafío. Como se le ruega que vuelva a casa a Nancy para la última preparación, acepta ese reto. Elige con su abuelo el preceptor más duro y exigente que pueda ayudarle a aprobar. Se presenta en junio 1876, y aprueba la entrada con el número 82 de 412 alumnos admitidos. El 25 de octubre firma en Nancy el acta de

compromiso voluntario durante cinco años y entra el 30 de octubre en Saint-Cyr, donde permanecerá dos años más. Acaba de cumplir los veinte.

Estudia mucho para aprobar el examen de entrada. Vive en Nancy de manera sedentaria, sin hacer ningún ejercicio, bien cuidado por los abuelos. Por ello, en sus primeros años en la Academia Militar su gordura lo distingue de los demás. También su talla: muy por debajo de la media entre sus camaradas: 1,63 m. Por talla y por peso no encuentra en el abastecimiento del Ejército una americana y un pantalón de sus medidas. Para el ejercicio se viste con ropa civil y un gorro, esperando que se le confeccione un uniforme a medida: los ejercicios físicos, que detesta, le hacen perder pronto su obesidad. En su promoción se encuentra también Philippe Pétain.

Durante este primer año en la Academia Militar trabaja moderadamente: *«Hay momentos en los que tengo mucho que hacer, aunque trabaje lo menos posible»*, señala a su amigo Gabriel. Sus mejores notas son en arte militar, dibujo y en geografía; dos apreciaciones hechas sobre su conducta: *«perfecta»*; *«muy buena»*. Pero se aburre muchísimo: *«De nuevo en Saint-Cyr»*, escribe a su hermana. *«Nos divertimos de vez en cuando, es decir, no mucho»*. Y a Gabriel, al comienzo del sexto año: *«Me aburro de todo corazón. Es tan monótono como el año pasado. Cada día me aburro un poco más»*. Menos mal que hay vacaciones; en Pascua de 1877, por ejemplo, escribe a su abuelo lo contento que está porque van a volver a verse: *«Como no voy a estar más que diez días contigo, no tendré tiempo de salir fuera de casa y pienso hacer mis cinco comidas todos los días en casa [...]. Me alegro, y ya te puedes imaginar cuánto, de volver a ver pronto: 1º a tu Rancio; 2º a tu vino de Córcega; 3º a tu Tenerife, tres vinos de los que guardo el mejor recuerdo»*.

Y le explica que, cuando le invitan en París, en la calle de Anjou, es decir, en casa de los Moitessier, *«siempre sirven ese infecto Tokay que huele a tapón y que es imbebible»*. *«¡Ay! abuelo, cuando esté en Nancy tendré tres ocupaciones principales: 1. estar contigo, 2. ordenar mis libros, 3. leer. ¡Ay! abuelo, que gusto poder leer»*. Añade que, durante las vacaciones de verano, espera poder *«tomar lecciones de latín»*, y traducir, entre otros, a Horacio y Salustio. Y prosigue con una gran enumeración de sus gustos literarios: Montaigne, La Fontaine; y, entre sus contemporáneos, *«detesta»* a George Sand y *«adora»* a Mérimée.

Un caballo pura sangre

A finales de agosto está todavía en Nancy con su hermana María; monta *«cuatro horas más o menos a caballo al día: el resto del tiempo lo pasa leyendo algunos viejos libros buenos»*, entre los cuales, el *Heptameron* de Margarita de Navarra, Lope de Vega y *«algunas novelas de Voltaire, es un condimento del que no podré prescindir mucho tiempo»* (a Gabriel Tourdes, 28 de agosto). En la misma carta, anuncia a su amigo que

«la clasificación de fin de año de Saint-Cyr se acaba de publicar; he recibido la notificación oficial que confirma que estoy en Caballería». Lo que le procura «gran placer, ya que, durante los últimos meses, había trabajado con este único fin: conseguir el sable y las espuelas».

Se clasificó el número 143 de 391 al final del primer año, y consiguió aquello que quería por encima de todo, entrar entre los primeros ochenta caballeros de su promoción: *«El trabajo a caballo es, evidentemente, más divertido que el ejercicio a pie; además nosotros tenemos menos brillo que sacar –dijo a Gabriel–. Es bien triste no poder leer como antes, y no tener, para recrearse, más que la teoría de infames libros de fortificación, artillería, etc. Todo huele a barbarie; en fin, en cuarenta días, más o menos, nos volveremos a ver y podremos hablar de cosas menos bastas».*

Gabriel no eligió la medicina como su padre o su abuelo, sino el derecho; hará carrera en la magistratura y acabará como Consejero en la Audiencia Provincial de Nancy. Charles le escribe desde Saint-Cyr: *«Encuentro una gran diferencia entre nuestras dos vidas».* E intenta proyectarse hacia el futuro: *«No tengo mucha idea sobre lo que haré dentro de diez años».* Se ve llevando una vida solitaria a pesar de los inconvenientes: *«Está bien ser libre, pero es duro estar solo»;* mientras que a Gabriel le ve *«tranquilo en familia».*

Gran estruendo, a principios de febrero de 1878: la muerte de su abuelo. A Gabriel, que le escribe enseguida, Charles responde: *«La felicidad y la calma que me rodeaban cuando estaba cerca del abuelo me vienen a la mente y esos momentos tienen para mí un encanto infinito [...]. Tú sí que podrás, como otras veces, vivir feliz y tranquilo con tus padres y tus libros. Para mí ya no es lo mismo; de un solo golpe me han robado a mi familia, mi casa, mi tranquilidad y esta despreocupación que me era tan agradable. Todo esto ya no volveré a tenerlo nunca. Y ya nunca más seré tan feliz ni estaré tan contento como lo estuve en Nancy».* Y termina: *«Solo tengo un consuelo y es que, en cuanto comprendí lo excepcional que era esta época, la aproveché tanto como pude. Intenta hacer tú lo mismo».*

Se acabaron los años de felicidad, aunque, al mismo tiempo, estos años le han amplificado el deseo de vivir de lleno su existencia. Por Pascua de 1878 vuelve tres días a Nancy, en los que se da cuenta de que Rosina, que servía al coronel De Morlet desde hacía quince años, aprovechó la muerte de este para robarles. Pasa también con Gabriel dos noches enteras ordenando sus libros con detalle. Antes de volver a Nancy escribe a Gabriel, el 13 de abril, una carta en la que evoca con nostalgia el paraíso perdido, sus días de vacaciones en Nancy. *«Pasaba toda la mañana en la cama, fumando mi narguilé; tú venías ya por la mañana, te sentabas en el gran sofá o te paseabas por el cuarto y hablábamos; leías en voz alta mientras me arreglaba y nos quedábamos juntos hasta la hora de la comida y, casi todos los días, incluso más tiempo, ya que muchas*

veces conseguía retenerte hasta las 9 de la noche. En aquella época, el abuelo estaba bien de salud; si te quedabas a cenar en casa, aunque le cansaba, estaba casi tan contento como yo». «Era tan feliz cuando te forzaba a quedarte en casa; le encantaba oír nuestras conversaciones, nuestras charlas, y nuestras lecturas de la noche le parecían estupendas. Ahora todo se acabó». Concluye: «Ya nunca más tendré esa felicidad tranquila, esa felicidad perfecta». Aunque, de alguna forma, Charles va ya a la búsqueda de explorar la vida y ejercitar su gran vitalidad.

Saint-Cyr le interesa muy poco: «Nos aburrimos más que nunca y se nos hace aburrir más que nunca» (a Gabriel, 15 de junio). Escribe a Gabriel así a principios de agosto, al final de sus dos años en la Escuela Militar. Obtiene el número 333 de la lista de 386 licenciados, después de haber cosechado numerosos días de guardia y castigos: «Me preguntas si, al dejar Saint-Cyr, no sé si hay que reír o llorar. ¡Vaya! ¡Sí! Lo sé: hay que reír, y tremendamente y furiosamente, es horroroso; no te figuras qué infierno es Saint-Cyr».

Vacaciones en agosto y septiembre en casa de los Moitessier en Eure-et-Loir, con su hermana María: «Desde mi salida de Saint-Cyr, estoy aquí, viviendo lo más tranquilamente posible: paso el tiempo cazando y paseando a caballo; duermo muchísimo, como muy bien y pienso: excelentes condiciones para encontrarme estupendamente» (Carta a Gabriel el 17 de septiembre). Lee *La Vie des douze Césars*, de Suetonio: apasionante; y también *Las Confesiones* de Rousseau: «No me gusta nada».

El 31 de octubre de 1878, entra en la Escuela de Caballería de Saumur como Alférez. El 15 de septiembre ha cumplido veinte años. Años más tarde, en 1897 escribe sobre las tres primeras edades de su vida: «Hasta los quince. De los quince años (cuando pierdo la fe) hasta los veinte años: adolescencia. Desde los veinte a los veintiocho: juventud». Entra aquí, según dice, en su «juventud». Se instala en Saumur, comparte una habitación grande con Antonio de Vallombrosa, marqués de Morès. Morès no es como Gabriel, su amigo del alma. De ascendencia italiana, es vivo, bala rasa, lunático; pronto será el brazo derecho de Drumont –autor, en 1886, de *France juive*, y antisemita como él–, autor de expediciones de castigo como la que llevó a cabo contra un usurero judío con el que se habían endeudado los alumnos de la Escuela. Cuando invitan a Charles al castillo de los Vallombrosa en Cannes y debe volver a Saumur, a altas horas de la noche, animado por su amigo, coge el tren saltando de un puente al techo del vagón. Charles es tan temerario como Morès, de gran valentía física, rasgo del que Gabriel carece del todo. Una diferencia entre Morès y Foucauld: Morès, ferviente católico, se reconoce pecador cuando cae en algún exceso, a expensas de reanudar, después de la confesión, su vida loca de antes. Charles, por su parte, como no creyente, no conoce los remordimientos. Un día escribió a Gabriel, que había reprochado a su amigo en alguna ocasión, que se

dejara llevar por los remordimientos.

Carta de Foucauld, en diciembre, a su amigo de Nancy: *«Estoy sentado sobre mi vieja butaca, este viejo sillón en el que me has visto tan a menudo: estoy aquí rodeado de mis buenos viejos muebles: todo esto no hace más que recordarme ese buen tiempo de antes que ha pasado para siempre [...] Éramos tan felices y estábamos tan tranquilos; pero ahora la felicidad y la despreocupación se han ido; sentía mi felicidad en esa época y, sin embargo, nunca hubiera pensado que la iba a echar tanto de menos como ahora»*. En mayo de 1879 describe sus actividades diarias: *«Hoy he tenido once horas de caballo y cuatro horas de clase [...]. Acabo siempre mi jornada con una cena: necesito esto para mantenerme despierto. No me aburro»*. Se viste con buen gusto, nunca jamás irá a cobrar su sueldo de alférez por pundonor. Es de una prodigalidad increíble. A los veinte años es ya dueño de su herencia, una de las más grandes de su promoción de Saumur: 600.000 francos de renta, que le permiten llevar una vida muy holgada y no se priva de ello. Organiza excelentes cenas y en su habitación tienen lugar grandes partidas de cartas (solo apuesta fuerte), que se hacen para acompañar al *«castigado»*, ya que era muy raro que uno de los dos ocupantes de cuarto no *«estuviera arrestado»* (explicó Laperrine). Durante su año en Saumur, Foucauld tuvo arresto de rigor quince días por *«falsos permisos»*. Acabó el 87 de 87 alumnos.

Apunta el Inspector General: *«Tiene distinción, ha sido bien educado. Pero es de cabeza ligera y no piensa más que en divertirse»*. *«Espíritu poco militar»*, anota el comandante segundo de la Escuela de Caballería. Es verdad que no tiene espíritu militar. Si trabajó y aprobó el concurso de Saint-Cyr, fue por no decepcionar a su abuelo. Si se esforzó algo en Saint-Cyr, fue para poder entrar en Caballería y en Saumur. No tiene mucho espíritu de *«revancha»*, como el conjunto de sus camaradas con respecto a la derrota de 1870. El ejército no es su vocación verdadera. No le gusta demasiado la compañía militar. Escribe al final de su primer año de Saint-Cyr, ya de vacaciones: *«Estoy bien tranquilo en Nancy, bastante solo. Esta soledad no tiene nada de desagradable cuando se viene de Saint-Cyr donde uno tiene más compañeros de los que quiere»*. El Ejército es para él una camisa de fuerza insoportable. Solo le gusta la lectura y el caballo.

Verano de 1879, a Gabriel: *«Hago todo lo que puedo por quedarme en la guarnición de Nancy»*. *«Tengo muchas razones para poder esperar ir destinado al 4º regimiento de Húsares que está en Pont-à-Mousson y que, según se dice, va a volver a Nancy. Menuda suerte tendré si ocurre eso»*. Mientras tanto, deja Saumur a caballo el 12 octubre: *«Iré directamente a Nancy, me pararé solamente doce horas en París para hacer alguna compra y dejar reposar los caballos»*. Tiene dos caballos: *«Una yegua irlandesa y un pequeño caballo pura sangre del mismo pelaje: alazán tostado»*.

Soledad y acción

Su primer destino es Sézanne, ciudad a ciento diez kilómetros al este de París, de dos mil habitantes, a doscientos kilómetros de Nancy. Se une a los escuadrones del 4º regimiento de Húsares, en Pont-à-Mousson, que se encuentra a treinta kilómetros al norte de Nancy. En esta ciudad lleva una vida muy libre, organiza suntuosas fiestas. El duque de Fitz-James está con él en Pont-à-Mousson y se hacen amigos. Más tarde dirá de Foucauld que era *«de un tacto perfecto y de una viva delicadeza»* que deslumbraba a todo el mundo *«por su amplia inteligencia y su memoria prodigiosa»*, que tenía la sangre caliente y un gran sentido de la amistad: *«Una vez tuve un duelo con un indeseable. Tomó mi defensa acaloradamente y quiso incluso batirse en mi lugar»*.

En la gran *«confesión»* que dirige a Dios en la meditación del 8 de noviembre de 1897, Foucauld escribe sobre esta época. Tenemos sobre todo que leer estas líneas con gran precaución, no fuera que, en esta confesión, quisiera manifestarse a sí mismo, en 1897, un rechazo a la vida de sociedad de sus veinte años: *«Vos me hacíais sentir un vacío doloroso. Una tristeza que no he sentido nunca más que entonces me resurgía cada noche al encontrarme solo en mi apartamento; me dejaba mudo y consternado durante lo que se llaman las fiestas. Las organizaba, pero, cuando llegaba el momento, las vivía con una desgana infinita»*. Entonces, es en ese *«vacío»* cuando siente *«la inquietud de una mala conciencia»*, un *«don»* de Dios, una preparación para su conversión.

Si experimenta este *«vacío»*, si se encuentra mal consigo mismo, ¿no será sobre todo porque no encuentra en el Ejército su sitio? Esta vida militar que no le conviene en absoluto... ¿No se siente más que nunca prisionero, encerrado entre paredes? Poco antes de la muerte de su abuelo, se planteaba cómo sería su vida en diez años. Desde Saint-Cyr, en la carta de finales de 1877 a Gabriel, su amigo, dijo que no se veía casado, sino *«soltero, solo, en el campo, en alguna casita»*, retirado del *«servicio»*, es decir, del Ejército; y ya no añadía lo que era evidente para Gabriel: *«rodeado de libros»*. La vida en comunidad militar le repele, le aburre, él que es un animal de acción; lo que veía para su vida futura antes de la muerte de su abuelo era una vida de soltero con libros, pero ahora ya no piensa así, de ninguna manera. Ahora, la perspectiva de una boda, como desea para su amigo en esa misma carta, tampoco le interesa: *«Tú estarás feliz tranquilo con tu familia»*, le dice. Pero él es un gran animal solitario con un inmenso deseo de acción, a quien la muerte de su abuelo ha consagrado definitivamente en soledad.

En una larga carta escrita dos días antes de la muerte de su abuelo, Charles se confía más que nunca a su amigo: *«Ya sabes qué poco me gusta escribir cartas en general: incluso las que escribo a mi hermana son una verdadera lata para mí. Pero las tuyas, es diferente. A ti te puedo hablar de todo. Juntos podemos decir todo lo que nos pasa por la cabeza y eso es tan bueno»*. Y evoca la época que acaba de terminar: *«Toda una*

época de mi vida ha pasado ya: esa vida tranquila, de familia y de interior». Evocación en la que repite cinco veces la palabra «tranquila»; dos años antes había escrito: «Sabes que mis gustos son sedentarios y que no me gusta salir de un sitio en el que me encuentre bien». Sigue la evocación en la que se ve paseando con Gabriel por el gran parque de Nancy «en los momentos tranquilos, en las alamedas solitarias». Pero, hoy, todo es diferente también para Tourdes: «Ya no vas solo conmigo, vas con pandillas de amigos y de mujeres por la alameda, a la hora de la música. Has entrado en otro período de tu vida». «Pierdes en el cambio», le dice a Gabriel.

Un acontecimiento repentino le hará salir del aburrimiento de la vida de cuartel. En septiembre 1880, su regimiento, el 4º de Húsares, es enviado a Sétif, al este de Argelia, cerca de Constantina. En sus alforjas Foucauld lleva con él una relación femenina, María C., llamada Mimí, una querida distinguida. El 12 de julio precedente había sido castigado con quince días de arresto simple por su jefe de escuadrón, «por haberse paseado por la ciudad, estando de servicio, en vestimenta civil con una mujer de mala vida». El coronel Poul que dirige el 4º de Húsares escribe en su informe: «Me he enterado que el señor alférez de Foucauld vivía en concubinato con esta mujer; pero, como el regimiento tenía que salir poco después para Argelia, no dije nada, esperando que la marcha implicaría un cambio en la manera de vivir de este oficial. La víspera de la salida del regimiento para Argelia, temiendo que, vista la cantidad de maletas, esta mujer le siguiera, hice llamar a este oficial y de la manera más formal, por interés del regimiento más que por el suyo, le prohibí que esta mujer le acompañara a Argelia». Y el coronel dio «la orden de hacer regresar a esta mujer», si llegaba a Argel con Foucauld.

Poco después de la llegada, el escuadrón de Foucauld sale de maniobras y después vuelve a Bône donde se instala. Mimí reaparece. Charles la presenta como la vizcondesa de Foucauld. El 24 de noviembre, se le imponen al alférez de Foucauld: «15 días de arresto simple [...] por haber traído consigo a Argelia a una mujer con la que vivía en concubinato en Francia». El 22 de diciembre, «15 días de arresto de rigor» porque Foucauld «se resiste a aceptar todos los consejos que le han sido dados»; castigo «conmutado por treinta días de prisión por el General que dirige la División en Constantina». «Cuando expira su castigo», Foucauld se suma a su escuadrón en Sétif; su coronel le convoca el 6 de febrero de 1881 preguntándole por sus intenciones: «Rechazó formalmente cualquier compromiso para hacer que esa mujer se fuera». Entonces, su coronel pide que «este oficial sea puesto en no-actividad por retiro del empleo». Le borran de los controles del 4º Regimiento de Húsares, el 8 de abril.

Este despido puro y simple del Ejército no está causado por su mala conducta; no es porque Foucauld tenga una amante, ni porque sea una chica ligera, ni porque sea hija de obrero, de otra clase social. Es, primero y ante todo, dice el Ejército, por «indisciplina»,

rechazo de obediencia. El duque Fitz-James dio otra razón, la de «*mala conducta notoria*»; hay que comprender que el adjetivo es aquí lo más importante. Si no hubiera hecho alarde de su unión, armando un escándalo, presentando ostensiblemente, con desprecio de las convenciones sociales, a su querida, socialmente inclasificable, como su mujer, no se le habría llamado la atención sobre este punto, ni en Pont-à-Mousson ni en Argelia. Foucauld no quiere someterse a ninguna disciplina, quiere la libertad. La limitación de una existencia en una guarnición cerrada y rutinaria es muy poco para él.

Tampoco lo hace por amor. No rechaza ostensiblemente cumplir las órdenes del coronel porque quiera a Mimí. Mimí es una chica como otras, que, por otra parte, compartió en Pont-à-Mousson. Mimí no es para él más que una aventura amorosa que le sirve para manifestar su voluntad rebelde. No está hecho para las ataduras, sean las del Ejército o las del matrimonio.

«Disfrutar de mi juventud viajando»

Su tía, Inés Moitessier, jefe del clan Foucauld, tolera cada vez menos que el sobrino haga hablar de él. Ya en Saumur, después de un escándalo en la ciudad, ¿no fue conducido a la Escuela por dos policías? Incluso salió en los periódicos. Le escribe de nuevo una carta muy violenta en la que quiere atacarle en su honor. Algunos días más tarde dirá a su prima María: «*Mi tía me hizo daño con buenas intenciones. Vos me habéis escrito una carta que me ha hecho bien, que me ha emocionado*». Madre e hija se comportan con él de manera muy diferente; la verdad es que a ambas las siente muy cerca, cada una a su manera.

Vuelta a Francia con Mimí y todas las maletas. No a París ni a Nancy, sino a un hotel, cerca de Evián, ciudad de aguas, de casino, tiene ganas de jugar. A Gabriel le cuenta la historia algo más tarde: «*Como sabes, dejé el 4º regimiento de los Húsares en el mes de abril (asunto de mujer). Provoqué yo mismo mi no-actividad. Sétif era una guarnición malísima y el oficio me aburría. Me volví muy alegremente a Francia; tomé las medidas necesarias para quedarme en esta agradable situación de espíritu el mayor tiempo posible. Por esto, me instalé en los alrededores de Evian, lugar admirable, que tú conoces*».

Aunque pensaba estar por mucho tiempo en Evian, deja muy rápidamente esta vida que más bien le aburre: «*A penas comenzaba yo a gustar del placer de una buena instalación, me escriben de Sétif diciéndome que una parte de mi regimiento va a partir para Túnez; naturalmente pedí mi reingreso: una expedición de ese género es un placer demasiado infrecuente para dejarlo pasar sin intentarlo gozar*». El juego, las mujeres y, luego, una «*expedición*»: placer intenso de la acción, Foucauld no se puede resistir; a Mimí le da, con elegancia, de qué vivir. Él vuelve a Lyon, entra en contacto con el Ministerio de la Guerra, solicita su reincorporación en el Ejército diciendo que está

preparado para entrar «*en filas*». Como única condición se le impone que «*se despegue*»: que deje esta mujer con la que vive «*pegado*», en concubinato, esta amante que afrenta al Ejército. Acepta todo, quiere únicamente unirse a sus camaradas que luchan en Túnez contra una tribu de marabús, los Krumirs. El Ejército le devuelve su grado, pero, por precaución, no le envía a su unidad de origen en la que tenía demasiados amigos de fiestas; le destinan en el Sur-Oranés, en Mascara, ciudad cercana a Marruecos, en el oeste de Argel, al 4º Cazador de África, un regimiento que lucha contra otra tribu marabútica, los Ouled Sidi Cheikh, dirigida por un jefe carismático, Bou Amama.

Foucauld forma parte de la «*Columna*» que combate esta tribu sobre las altas llanuras al sur de Saïda: «*Me resituaron muy bien en África, como había pedido, pero no totalmente en el regimiento que yo quería; a falta de mi regimiento, más hubiera querido entrar en la provincia de Constantina: en fin, no perdí gran cosa viniendo aquí, ya que desde hace tres meses y medio que estoy en el Cazador de África no he dormido dos noches seguidas en la misma casa*», escribe el 2 de octubre de 1881 a Gabriel Tourdes. «*Es muy divertido, añade. La vida de campo me gusta tanto como me disgusta la vida de guarnición y no es poco decir. Espero que la Columna dure aún mucho tiempo. Cuando haya acabado, intentaré ir donde se mueven las cosas; si no puedo, no sé qué haré, pero de ninguna manera quiero volver a la vida de guarnición*».

La «*Columna*» se termina el 15 de enero de 1882. Foucauld vivió siete meses en campaña, en condiciones muy duras. En esta «*expedición*», se encuentra con el que será el segundo «*amigo incomparable*» de su existencia después de Gabriel Tourdes, Henri Laperrine d'Hautpoul: dos años menor que él; hizo, como Foucauld, Saint-Cyr y Saumur, es «*houzard*» –argot de Húsar–, como él. En la Revista de Caballería de octubre de 1913, Laperrine habla de esta «*expedición*» vivida conjuntamente: «*En medio de los peligros y de las privaciones de las columnas expedicionarias, este ilustrado juerguista se transformó en un soldado y en un jefe: soportando alegremente las más duras pruebas, pagando constantemente con su persona, ocupándose con abnegación de sus hombres [...]. Del Foucauld de Saumur y de Pont-à-Mousson, no quedaba más que una preciosa edición de Aristófanes, que le acompañaba siempre, y un pequeñísimo gesto de esnobismo que le condujo a privarse de fumar el día que ya no pudo obtener los puros de su marca preferida*».

Foucauld hace en estos siete meses otro descubrimiento. En el curso de su primera estancia en África, a finales de 1880 se deja conquistar por Argelia, su vegetación, sus paisajes: «*Es un país precioso, he quedado maravillado*», dijo a Gabriel el 9 de noviembre de 1880, al describirle el conjunto, animándole vehementemente a ir a pasar un tiempo con él: «*Te espero*», concluye; y, en posdata añade: «*El país es bonito y muy*

diferente de todo lo que has visto».

También es conquistado por sus habitantes. «*Los árabes produjeron sobre él una profunda impresión*», confiesa Laperrine. Y también los franceses que no miran a los árabes como adversarios, sino como partícipes de una gran civilización. En esta expedición coincide con eruditos, especialistas de lengua bereber, oficiales lingüistas, etnógrafos, unos y otros europeos apasionados por la población autóctona entre la que viven.

Ya le había dicho claramente a Tourdes que no quería saber nada más de la vida de guarnición. Cuando la expedición se acaba y su regimiento es enviado de guarnición a Mascara, pide salir con el escuadrón de Laperrine, ya que a este le envían a Senegal. Son las «*Columnas*» lo que le interesa. Se lo niegan. Debe volver al acantonamiento del 4^o Cazador en Mascara, en el oeste de Argelia. Foucauld toma entonces una decisión; escribe a su amigo Tourdes para anunciarle «*una gran noticia*»: «*Presento mi dimisión; detesto la vida de guarnición: encuentro el oficio pesado en tiempo de paz, lo que es el estado habitual [...]. Por ello, estaba bien resuelto desde hacía tiempo a dejar un día u otro la carrera militar. En estas disposiciones, preferí irme enseguida: para qué alargar la situación algunos años, sin ningún objetivo, una vida en la que no encuentro ningún interés; prefiero aprovechar mi juventud viajando; de esta forma, al menos, me instruiré y no perderé el tiempo. Ya he enviado mi dimisión; estrenaré mi libertad yendo a pasar mis primeros días a Oriente: quiero comenzar por ir a Egipto y Arabia*».

En esta carta del 18 de febrero de 1882, indica que su decisión de dejar el Ejército está tomada desde hace algunos meses: dice a su amigo que desde hace «*tres meses estudio árabe durante todo el tiempo que tengo libre*».

El planteamiento está claro: «*aprovechar*» su juventud –tiene veintitrés años– «*vijando*». Pero el joven es inteligente: «*Comprendes –dice a su amigo que le conoce bien– que sería una lástima hacer viajes tan bellos tontamente y como un simple turista; quiero hacerlos seriamente, llevar libros y aprender, tan completamente como me sea posible, la historia antigua y moderna, sobre todo antigua, de todos los países que atraviese*». Y le pide ayuda: «*Tienes que informarte de todos los libros que me harán falta: quiero todo lo que hay más completo sobre la historia antigua de los pueblos del norte de África y del oeste de Asia*». Quiere también «*los mejores mapas*», «*obras que traten la geografía de esas regiones*», y otras «*sobre la arqueología de esos países*». Se da cuenta de que recurre un poco brutalmente a su amigo, pero cuenta con que le conseguirá todos esos libros: «*Envíame todos por correo*». «*Espero, escribe al final de su carta, que te decidirás un día a hacer el viaje tradicional a Oriente*». «*Pasaré seguramente el verano y el otoño próximo en Egipto: no hace falta que te diga cuan feliz me harías si aprovecharas tus vacaciones para venir hasta aquí*». Habla

sobre el gusto por el viaje: «*Pasé siete u ocho meses bajo una tienda en el Sáhara oranés, eso me provocó una pasión muy fuerte por los viajes, por los que siempre había sentido un atractivo muy grande. Dimití en 1882 para satisfacer libremente este deseo de aventuras*», escribe (a Duveyrier, el 21 de febrero de 1892).

Caminos de libertad

G. Tourdes, a quien su amigo define como «*un hombre profundamente sensato y moderado*», termina su tesis doctoral y prosigue su carrera; pronto es nombrado juez en Montdidier; Charles escribe entonces al padre de Gabriel una carta de felicitación diciéndole que está «*feliz de verle colocado*». Él, por su parte, hace efectiva su dimisión el 10 de marzo. Anotación del General: «*Este oficial desea servir solo en caso de guerra. Va a llevar a cabo un gran viaje por Oriente*». Foucauld deja su regimiento para ir a Argel, estudiar árabe y así preparar el viaje. Desde 1882 está en contacto con un amigo de su regimiento deseoso de hacer el mismo viaje por Oriente e ir incluso en caravana hasta Afganistán a través del desierto.

Su familia, Inés Moitessier y su marido, queda estupefacta ante esta dimisión, esos proyectos de viaje y, además, con un individuo a quien Foucauld prestó la cantidad de 100.000 francos en 1880. Toman la decisión de imponerle un albacea. La mayor parte de la fortuna de Charles viene de dos familias estrasburguesas muy ricas: su verdadera abuela Rodolphine De Morlet, nacida Rodolphine Laquante, cuya hija única Elisabeth, madre de Charles, es la única heredera; y su «*buena-abuela*», segunda esposa del coronel, nacida Amélie de Latouche. El albacea que le imponen no es ni un Laquante ni un Foucauld, sino alguien que no es un verdadero pariente de Charles: un Latouche. Georges, hijo del barón Latouche, sobrino de la «*buena-abuela*» Amélie. En 1882 es abogado, tiene cuarenta años y es administrador civil. Charles, en cuatro años, desde la muerte de su abuelo, ha vendido valores inmobiliarios por valor de 169.663 francos^[5].

Le reducen el presupuesto a la mínima expresión. G. de Latouche le acuerda una renta bajísima de 350 francos al mes. Le trae sin cuidado: está ocupadísimo en un proyecto vital de viaje que le sugirió Mac Carthy, el responsable de la Biblioteca de Argel, un seguidor de Saint-Simon, con alma de explorador, gran conocedor de Argelia y del Sáhara. Él mismo ya había guiado al joven Henry Duveyrier, en 1857, futuro explorador del Sáhara, durante un primer viaje a las inmediaciones del gran desierto. Mac Carthy enseñó a Foucauld planos de Marruecos donde había muchos espacios en blanco, es decir, regiones inexploradas. La mirada de Foucauld se desplaza así, de Oriente, Egipto y Arabia, hacia el oeste, centrándose; su viaje no será nunca el viaje romántico tradicional a Oriente, sino un viaje científico, el de un descubrimiento de algo que no es conocido todavía; quiere ser el primero.

A partir de entonces, pasa la mayor parte del tiempo estudiando para preparar lo que

todavía considera un viaje, es decir, vacaciones; y, de esta manera, escribe a Gabriel: «*Vacaciones, lo que más me ha interesado siempre, mi punto fuerte*». Las vacaciones, los viajes, son para él la libertad. Si trabaja desde las «*siete de la mañana a la medianoche, con una pausa de media hora para la comida*», es porque se está preparando para esa evasión futura que le espera. Solo la visita de su amigo, si este aceptara venir, le haría salir de ese ritmo. «*Te prometo, ante todo, no dar golpe mientras estés por aquí. Te haré ver todo lo que hay de precioso, las casas árabes, los baños árabes, las mezquitas árabes, hasta las mujeres árabes. Infeliz: deberás acostarte con una negra; y te quiero ver vestido con una gandoura, babuchas en los pies y en la boca una pipa más grande que tú*» (13 de diciembre). Le había escrito el 27 de noviembre: «*Tú no eres para mí un amigo, sino el amigo*».

Se viste como árabe en el apartamento que alquila en Argelia y vive a la oriental como hacen los etnólogos o numerosos militares en reposo que están prendados del país, lo que provoca el furor de los «*civiles*» europeos que no comprenden este comportamiento.

La familia se quedó con la imagen del «*pródigo*» que dilapida el patrimonio. Lo que se plantea ahora no les sugiere nada que valga la pena y les hace pensar que Charles sigue en sus trece. El hijo de familia bien que ahora se lo va a gastar todo en viajes después de haber tirado el patrimonio por la ventana organizando fiestas fastuosas. Georges de Latouche entra en contacto con Mac Carthy, le describe a su «*primo*» el 14 de mayo de 1883: «*M. de Foucauld fue huérfano desde sus primeros años, fue cuidado por su abuelo materno, el coronel De Morlet, cuya bondad era tan grande como su excesiva debilidad. Bajo una dirección menos senil, este chico, admirablemente dotado, de inteligencia de élite, de corazón de oro, hubiera podido llegar a ser un hombre importante*». Se mete despiadadamente con el abuelo responsabilizándolo; y muestra escepticismo hacia el «*primo*», del que ya no espera gran cosa, pero en el que reconoce cualidades como la inteligencia y el corazón. Ante la insistencia de Mac Carthy, quien se hace responsable, Latouche convoca a Charles, le pide que se explique. Y entonces surge la estupefacción: se encuentra ante un hombre maduro, «*con un gran carácter y una determinación irrevocable*».

Es que, de hecho, tiene ante sí a otro Charles de Foucauld, un Foucauld que se ha centrado en sí mismo totalmente con una fuerza extraordinaria, que ha llegado a ser duro y compacto como un diamante, seguro de sí mismo, que quiere llegar a cualquier precio al objetivo que se ha fijado, a lo que ha decidido. La decisión familiar le ha planteado un desafío: responde y responderá. Hay que insistir en el paso capital que supone: de una edad en la que intentaba aburrirse lo menos posible y gozar lo más posible de todas las alegrías de la existencia da el paso hacia una voluntad inflexible, casi fuera de lo común por absoluta y totalitaria, una voluntad de erigirse en una estatua fuerte, triunfante.

Impresionado, Latouche comienza a dejarse convencer por su primo. Le envía una nueva carta a Mac Carthy expresándole su total acuerdo: también le pide más información sobre el guía que le acompañará en este viaje peligroso. El guía que Mac Carthy propone para Foucauld es un rabino judío. Como la condición requerida para que salga bien esta expedición, para conseguir el éxito, es pasar lo más desapercibido posible, no se trata en absoluto de hacerse pasar por árabe, porque sería fácilmente descubierto, sino de tomar la indumentaria de los excluidos, de los judíos de Marruecos, los únicos no musulmanes del país: marginales despreciados, parias. Foucauld explica: «*Vi el disfraz de israelita. Me dio la impresión de que, al rebajarme, me haría pasar más desapercibido, me daría mayor libertad*». Desde la ley Crémieux de 1871, los judíos de Argelia son ciudadanos y electores franceses. Pero su comunidad es muy poco considerada tanto por la comunidad europea como por la musulmana. Foucauld, por su propio beneficio, aunque sea solamente como un disfraz, participa de la condición de este grupo deshonrado tanto por unos como por otros. El antisemitismo está muy presente en los franceses de Argelia, entre los militares. Morès, el amigo de Saumur, es discípulo de Drumont, quien publica en 1886 *La France juive* y grita: «*¡El judaísmo es el enemigo!*». A los estudios de geografía y de matemáticas, a la práctica del árabe, añade ahora el hebreo. Negociaciones difíciles con el rabino Mardoqueo, que nació hace cincuenta años en Túnez, hizo estudios en Jerusalén y salió para Tombuctú donde abrió un comercio. De allí fue a vivir algunos años a Marruecos antes de establecerse en Argel. Mardoqueo es exigente, pero finalmente acepta el trato por 270 francos al mes. El convenio se firma el 5 de junio de 1883. La duración prevista del viaje: seis meses.

María, la hermana de Charles, está alarmada; escribe a su primo Latouche para que intervenga secretamente, sin decir nada a su hermano, promete a Mardoqueo que recibirá de su parte una prima de 800 francos si trae a Charles «*sano y salvo*».

El 10 de junio por la mañana Foucauld va a casa de Mardoqueo, en el barrio judío de Argel, se viste igual que él, convirtiéndose en el rabino Joseph Aleman, «*nacido en Moscú*». Toman juntos el tren para Orán y, desde allí, se acercan a la frontera marroquí. No les dejan pasar. Toman un barco para Tánger. De allí a Tetuán, en caravana. Después a Fez, Meknès y once meses de peregrinaciones, más de tres mil kilómetros recorridos, cientos de observaciones y notas científicas.

«*Lo he logrado*»

La paradoja es que Foucauld, que hasta el momento no había manifestado ni el menor signo de antisemitismo, en este viaje siente una cierta aversión por los judíos de Marruecos con los que se relaciona constantemente, a los que ve vivir muy de cerca, mientras que el Marruecos de los musulmanes le parece mucho más atractivo. Como «*judío*» despreciado, sufrió algún desprecio también por los judíos: «*Vivir*

constantemente entre judíos marroquíes, gente despreciable y repugnante como los que más, salvo raras excepciones, es un suplicio intolerable. Me hablan como a un hermano, con el corazón abierto, presumiendo de acciones criminales, confiándome sentimientos innobles...». Sobre todo, lo que le repugna más en cierto número de israelitas es el dinero: «Retienen a los magistrados corrompiéndoles, consiguen grandes fortunas, oprimen a los musulmanes pobres, son respetados por los ricos y consiguen resolver el arduo problema de representar, a la vez, toda la avaricia, todo el orgullo y todo el odio a todo aquello que no es judío». En cuanto a su manera de creer, le extraña muchísimo: «Dotados de una fe muy viva, cumplen escrupulosamente sus deberes hacia Dios y obtienen la recompensa de sus criaturas».

También está Mardoqueo, compañero de camino en todo momento: *«Es perezoso y poltrón –escribe Charles a su hermana ya el 2 de julio de 1883–. No es bueno para la cocina. Le sacudo tanto como puedo». Seis meses más tarde, desde Mogador: «No estés inquieta, no corro ningún peligro; Mardoqueo es de una prudencia de la que no te puedes ni hacer idea [...]. Estoy todo lo descontento posible con Mardoqueo: es un canalla y verdadero animal. ¡Qué felicidad el día en el que me libre de él! Pero, por el momento, me es necesario».* Mardoqueo, si ya era prudente, debía serlo por dos, a causa de las imprudencias continuas del que le acompañaba. Hay que decir que Foucauld estaba decepcionado: había pensado encontrar en Mardoqueo un explorador temerario pero, como había viajado mucho, medía muy bien los peligros.

Una vez llega a Mogador el 28 de enero de 1884, escribe a Francia: necesita dinero. Trabaja en la redacción de sus notas, espera una respuesta hasta el 14 de marzo. Cumple 25 años el 15 de septiembre; su hermana María cumple veintidós: *«Hace casi un año que no nos hemos visto, le escribe desde Mogador, aunque tú no debes haber cambiado mucho, mientras que yo tampoco he cambiado nada».* Físicamente, quizá. Pero psicológicamente se encuentra transformado y recuperado. Desea ir hasta el final de una empresa que ha preparado durante un año. *«No temo más que una cosa –escribe el 30 de enero, dese de Mogador a su hermana–: que me supliques que termine aquí mi viaje y vuelva inmediatamente. Te lo ruego, sé razonable; me hace falta muy poco tiempo para acabarlo todo y entonces habré hecho un bonito viaje y realizado lo que quería. Cuando uno va diciendo que va a hacer una cosa, no puede volver sin haberla realizado. Ten este pensamiento bien presente, igual que yo lo tengo presente en el espíritu».* En Mogador le dice que *«estaría bien volver, encontrarme de nuevo tranquilamente cerca de ti, de mi tía, de todos a los que amamos. Pero lo que se comienza se ha de acabar».*

14 de febrero: *«Esperamos un vapor de Francia en ocho días. Tengo mucho que hacer: me ocupo de hacer mis cálculos de longitud y de latitud: es un trabajo enorme [...]. ¡Qué trabajo tendré cuando vuelva, mi pobre Mimí, cuando tenga que hacer el*

mapa y mi itinerario y poner los apuntes de forma presentable! Estoy asustado solo de pensarlo». Añade: «Si mi tía me dijera: vuelve pronto, tenemos un partido en vista para Mimí... volvería con placer; pero por cualquier otro motivo no, es algo que me contrariaría bastante».

Cuando deja Mogador, el cónsul de Francia, bastante inquieto, le expide un tipo de «pasaporte» escrito en francés y en árabe, en el que ruega a *«las autoridades dar ayuda y protección, en caso de necesidad, al llamado Youssef Ben Yacob de Foucauld, súbdito francés, de viaje por Marruecos»*. Vive muchas peripecias. Le quieren asesinar por el camino en mitad del mes de mayo. Le vigilan estrechamente mientras deciden su suerte; y esta espera, este encuentro largo con la muerte, le marcará fuertemente: *«Extraña situación la de oír, durante un día y medio, tratar sobre la vida o la muerte de uno a tan pocos hombres y no poder hacer nada para defenderse. No había nada que hacer, no tenía armas»*... Llega por fin el 23 de mayo a la frontera argelina y el 26, a Argel: *«Ha sido muy duro, pero muy interesante, y lo he conseguido»*, escribe a un amigo. Se embarca el 7 de junio hacia Francia y desde París, el 17 de junio, dirige a la Sociedad de Geografía un primer informe escrito de su *«Viaje de exploración a Marruecos»*, como lo llama. El 20 de junio, Maunoir y Duveyrier, en la Comisión central de la Sociedad, presentan la candidatura del vizconde Charles de Foucauld.

Este hombre descubre por fin su vocación profunda: explorador. No estaba hecho para el ejército, tampoco para las expediciones colectivas pero sí para la aventura solitaria de una exploración, y, más todavía, para lo que significa: *«borrar un espacio blanco del mapa»*, decía Livingstone, descubrir lo nuevo, ser el primero en desbrozar una tierra desconocida. El Viaje a Oriente no hubiera sido más que un viaje, por muy fascinante que fuera. El *«viaje de exploración»* que realizó en Marruecos no ha sido un simple viaje de cultura y de placer, sino, sobre todo, de ciencia y de espacios desconocidos, algo muy distinto, que le ha hecho crecer, madurar, ante él mismo, ante la sociedad. Ahora ya sabe dónde está su camino y que le gusta hacer: triunfar.

Entre sus veinte y sus veinticinco años, entre la muerte de su abuelo y hoy, cuando acaba de realizar una exploración, ha dado un enorme salto hacia adelante. Hemos visto que había podido, particularmente, gracias a la inteligencia y bondad de su abuelo, integrar, sin crisis psicológica mayor, los acontecimientos terribles de su infancia, la locura de su padre, la muerte de sus padres y su abuela, el exilio; gracias a esos cuidados pudo vivir una resiliencia real. Gracias también a sus cualidades de luchador que va siempre hacia adelante. Es un vividor feliz que lo prueba todo –sobre todo, la libertad– y para ser libre se hace expulsar de todo, como un placer: es él el que organiza sus expulsiones, sus libertades, como la de Sétif; él decide su dimisión del Ejército para encaminarse hacia la exploración. Este hombre es de un impresionante dominio de sí mismo y de un orgullo intenso; no tiene nada de melancólico o de asqueo ante la vida,

como han intentado mostrar; ama con pasión la aventura, está muy a gusto con la soledad, a la que prefiere radicalmente a cualquier compañía insulsa, y no conoce para nada los remordimientos.

Su evolución es el paso de una gran despreocupación –como la de un caballo fogoso que va alegremente al galope– que dura hasta la muerte de su abuelo, hasta un endurecimiento de todo su ser. No se sumerge únicamente en la aventura, el viaje, la exploración; descubre, más allá de su apetito intacto por vivir, toda su fuerza: una fuerza física extraordinaria y una valentía indomable –si no temeridad–, también la capacidad de su inteligencia para abordarlo todo, para conquistarlo. Sus palabras en Argel, a la vuelta, lo dejan muy claro: vio que podía «*triunfar*»; probó esta droga insidiosa, infinitamente poderosa, que es el éxito, y se embriagó de ella.

Y, si ha adquirido esta altura moral, no es por la exploración de Marruecos y el incremento de su confianza en sí mismo, sino por vencer el desafío de alguien. Ese «*alguien*» es su familia, Inés Moitessier, hermana de su padre, figura paterna, jefe del clan Foucauld, y al mismo tiempo el Ejército, el orden y aburrimiento de la vida de guarnición. Inés, por un lado, representa el lugar, entre otros, del dinero, al que Charles de Foucauld tenía un cierto desprecio y lo dilapidaba. Inés le impuso, en junio de 1882, antes de su exploración, un albacea para que le otorgara lo mínimo necesario para vivir, y, sobre todo, le empujó a un último atrincheramiento, y, aunque herido en su orgullo, consiguió llevar a cabo la exploración, a pesar de esas restricciones económicas. El Ejército, por otro lado, representando el poder, todopoderoso en Argelia, el Ejército al que hace una mueca magistral rompiendo con él después de haberlo servido correctamente y también demostrado su valor. «*Y he triunfado*»: es el gran grito de sus veinticinco años, un grito y, sobre todo, un aguijón que, a partir de ahora, va a empujarle hacia lo extremo, en todos los ámbitos.

2. LA FUERZA DE LA FE

Con Marruecos, Foucauld entró en su camino, el de la exploración. Y probó no solo la embriaguez del resultado, sino el opio del acto de triunfar. Un camino muy diferente al de Gabriel de Tourdes. A su regreso, escribe a su amigo, destinado en Nancy, para felicitarle: «*Llegaste a la magistratura*», y añade, con ironía: «*Perfecto en toda línea: flamante carrera, buena “guarnición”*». «*Debes estar encantado*». Para Charles, la «*guarnición*» es lo contrario a la aventura, es algo de lo que siempre ha huido en la vida miliar, es lo que, a fin de cuentas, le hace dejar el Ejército; esos largos momentos de rutina y de aburrimiento le agotan, lo que ama es la acción, la creación posible a través de la situación en la que no hay nada previsto, nada se puede anticipar, donde no es la disciplina lo que manda, sino lo desconocido. Y más aún, cuando se puede coronar con la victoria. Conformarse a unas reglas fijas le provoca la rebelión. Como la exploradora Alexandra David-Neel dirá con gusto: «*La obediencia es la muerte*». Descubrir, arriesgar, conseguir, sí; dejarse ir en una especie de molde, al modo de Gabriel, es, para él, al contrario, una clase de muerte.

«*Reconocido por los suyos*»

En África le precedió un explorador, Henri Duveyrier^[6], quien, sin tener todavía veinte años, en 1858, realizó un viaje de tres años por el Sáhara ayudado por Mac Carthy. Más tarde, en junio de 1882 hizo un viaje a Trípoli para documentarse sobre una cofradía musulmana, la Sanûsiyya. En el segundo trimestre de 1884, escribió un largo artículo publicado en el Boletín de la Sociedad de Geografía, en la que acaba de ser admitido. Para Duveyrier, esta cofradía era muy peligrosa y extendía su influencia sobre todo el África norte. Un reciente biógrafo de Duveyrier habla de una «*especie de alucinación que se apoderó de su espíritu*», conduciéndole a «*esas terribles conclusiones*».

A raíz de su viaje por el Sáhara, Duveyrier había escrito un libro, *Les Touareg du Nord*, publicado en 1864, en el que los Tuareg aparecían descritos como pueblo pacífico. Cuando, en 1881, una misión francesa dirigida por el coronel Flatters, fue masacrada cerca del Hoggar, se acusó a Duveyrier de haber dado informaciones demasiado favorables. Su estudio de 1884 sobre la Sanûsiyya la muestra ahora como una cofradía muy peligrosa y hace recaer implícitamente sobre ella la masacre de 1881. Su biógrafo se esfuerza por mostrar que este hombre, «*encerrado en sus recuerdos*»^[7], «*continúa siendo interesante incluso en sus desvaríos*»^[8]. Marruecos le interesa mucho. Lee el primer informe escrito por Foucauld sobre su «*viaje de exploración*» –ya que su

maestro Mac Carthy se lo había recomendado; se lo transmite a Charles Maunoir, secretario general de la Sociedad de Geografía, escribiéndole, el 22 de noviembre de 1884: «*He aquí el trabajo de M. de Foucauld, que es la perla de las exploraciones africanas de este año y que merece la Gran Medalla de Oro*».

Vemos así al joven Foucauld, de veinticinco años, reconocido por exploradores curtidos y también reconocido por los suyos gracias a su triunfo. Él mismo es bien consciente de que ha triunfado en su empeño, ha dado un golpe maestro, está ya legitimado. La familia está orgullosa de la hazaña, tanto más orgullosa como que a sus ojos el sobrino o el primo vuelve de lejos, de varios años de desórdenes en todos los sentidos; ha llegado a ser para ellos una especie de héroe, está rehabilitado. A finales de junio de 1884 se encuentra en el castillo del Tuquet, cerca de Burdeos, en casa de su tía Inés Moitessier donde también está María de Bondy, quien siempre ha sido «*condescendiente*» hacia él. Está casada desde hace diez años; tiene tres niños. Foucauld tiene que comenzar a cuidarse; pasa tres semanas con fiebres muy altas, consecuencia de los once meses espantosos que acaba de vivir. Es «*la soledad en compañía de aquellos a los que ama más en el mundo*», como escribe a Mac Carthy. En julio va al castillo de Mortier, en Indre-et-Loire, a casa de la segunda hija de Inés Moitessier, su prima Catherine, que se casó con el conde de Flavigny; después pasa algunos días en Alsacia, con la familia Latouche y dos días en Nancy, donde encuentra a Gabriel Tourdes. De esta manera visita a todos los suyos. Son reencuentros gozosos, al verse reconocido al fin por todos: otro triunfo. En septiembre se dedica enteramente al ejército en las Landes – todavía es oficial de reserva–, desde donde escribe a Duveyrier para darle informaciones sobre «*dos alemanes*» que conoció en Marruecos. A mitad de octubre, vuelve a Argel para comenzar a poner orden en sus notas de exploración. Retorna a París para asistir a la boda de su hermana, el 30 de diciembre de 1884, con un banquero, Raymond de Blic, inspector de la Société Générale; él es uno de los testigos.

A principios de enero de 1885, se encuentra con Duveyrier en su casa de Sèvres; le lleva el trazado de su itinerario en Marruecos y sus cuadernos de viaje. El 9 de enero, Charles Maunoir, en una sesión de la Sociedad de Geografía, pide aplausos para Foucauld: «*verdaderamente es un viajero con gran porvenir*»; y el presidente, Ferdinand de Lesseps, anuncia que su comisión ha decidido concederle la medalla de oro. El 24 de abril, ceremonia en la Sociedad de Geografía; la entrega de la medalla no la recibe Foucauld, que está en Argel estableciendo con precisión los datos que ha recogido, sino el marido de su prima, Olivier de Bondy, que le representa. Duveyrier no asiste a la entrega de la medalla. Está en Marruecos, pero su informe se lee; un informe demasiado entusiasta en el que Duveyrier, después de haber precisado que Foucauld realizó su viaje «*a sus expensas, sin la ayuda del gobierno*», subraya el doble «*sacrificio*» que ha asumido para realizarlo; el primero es el de haber sacrificado «*su porvenir en el*

Ejército»: sabemos que es una afirmación totalmente errónea; en cuanto al sacrificio «*más grande todavía, si es posible*», «*sacrificando otra cosa que su comodidad*», es haberse «*resignado a viajar bajo la apariencia de un judío, en medio de una población que considera al judío como un ser útil pero inferior*». Para Duveyrier, estrictamente no creyente, Foucauld «*ha hecho y mantenido hasta el final mucho más que un voto de pobreza y miseria*».

En 1885, Duveyrier tiene cuarenta y cinco años, dieciocho más que Foucauld, que podría ser casi su hijo. Al leer el libro que D. Casajus ha dedicado a Duveyrier, llama la atención constatar en este explorador una mezcla bastante extraña de ingenuidad y seguridad de sí. Por un lado, se cree cualquier cuento y, por otro lado, afirma con fuerza sus capacidades. «*Con mi olfato especial*», escribe, por ejemplo, en 1884 (p. 217). Pero lo que muestra exactamente Casajus es «*la obsesión*» que atormentaba a Duveyrier. Había pintado a los Touareg del Norte de color azul pastel pacífico, porque los había visto así; tras su exploración ocurrió la masacre de la expedición Flatters, en 1881, y, el mismo año, la muerte de tres Padres Blancos. «*Tales dramas daban una terrible imagen del mundo tuareg, bien diferente de la que el libro Les Touareg du Nord había difundido*» (Casajus, p. 137). Se hace a Duveyrier responsable indirecto de tales masacres, acusaciones en las que se puede ver «*la fuente de la obsesión que iba a hundir poco a poco su espíritu en las tinieblas*». «*Punzante obsesión*» (p. 140) que desembocó, en 1884, en la publicación de su obra *La Cofradía musulmana* sobre la Sanûsiyya donde, según Jean-Louis Triaud, Duveyrier habría intentado apaciguar su tormento al dirigir «*contra la Sanûsiyya las acusaciones, por lo demás totalmente exageradas, de las que él mismo era objeto*»^[9].

A este «*sentimiento de culpabilidad*», nacido de esos precisos acontecimientos, se le habían añadido otros «*tormentos*» entre los cuales la muerte, en 1883, de Félicie Guillaume, la mujer con la que vivía desde 1869, veinticuatro años mayor que él. Ella siempre le había colmado de atenciones. Desde su muerte, Duveyrier, a quien había hecho su heredero universal, tenía dificultades con los dos hijos de esta señora: «*Se le reprochó haber embaucado a Félicie para apoderarse de su herencia*» (Casajus, p. 226). Nuevo sufrimiento. Se entiende que su biógrafo hable «*de un pesimismo que se generalizó*» (p. 235). «*Un perdido en el siglo*»^[10], describió así al Duveyrier de esta época, a principios de 1885, en la que Foucauld le conoce. Este, en abril, le escribe desde Argel: «*Avanzo en mi relato*». Ha compuesto la mitad y cuenta acabarlo «*para el final de otoño*». «*Pienso que podremos imprimir la obra en los primeros días del invierno*».

Foucauld considera entonces casarse con la hija de un amigo de Mac Carthy, el comandante Titre, en casa del cual está estableciendo los mapas; Marie Titre declara que es un hombre «*serio*» y seguro como alguien de «*cuarenta y cinco años*», «*de postura perfecta*», «*de reflexión profunda*». «*Cuando estemos casados, le dice él, te dejaré*

completamente libre de hacer lo que quieras en cuanto a la religión; pero yo, yo no practicaré, porque no tengo fe». Su tía Inés, con su manera inapelable y brutal, le declara su oposición a esa boda. Marie Titre no es noble, es de familia poco adinerada, protestante. Su prima María, con dulzura, le disuade de esta boda; ella ha captado que no se trata de amor, sino de voluntad –un poco impulsiva– de terminar y de hacer callar quizá a su familia. Y también para provocar una vez más a su tía, que le quiere ver casado según su rango con un «*buen partido*», como el que acaba de encontrar para su hermana María. Se inclina, no ante las órdenes de su tía, sino ante las razones que le da, a medias palabras, María, y a su suavidad; más tarde le escribirá que tenía «*necesidad de ser salvado de esta boda*» y que ella le había «*salvado*»: María le sacó de un mal paso en el que se había metido por puro desafío.

En agosto de 1885, Foucauld volvió a Francia para pasar algunos días, pero, en el castillo del Tuquet, como en julio del año anterior, vuelve a caer enfermo: «*una pequeña fiebre mucosa sin gravedad, pero la convalecencia es bastante larga*» (a Mac Carthy).

Mitad de septiembre: vuelta a Argel. Viaje de estudios en el sur argelo-tunecino: Laghouat, Ghardaïa, El Golea. Antes de llegar a El Golea, escribe, el 18 de noviembre, a Gabriel Tourdes desde un punto de agua «*donde las bandas saqueadoras venían a emboscarse. Pero esta época ya pasó: desde hace tres años el país está seguro. La libertad, la igualdad y sobre todo la fraternidad reinan aquí igual que en Francia*»... Desde El Golea escribe a Duveyrier, que fue el primer francés que entró en este oasis; le dice que viaja con un intérprete militar, Motylinski, «*uno de los hombres que sabe mejor el árabe y el bereber*», que piensa estar en París a finales de enero de 1886 y que podrá darle entonces su manuscrito –Duveyrier se había ofrecido para leerlo antes de la impresión. Después Ouargla, Touggourt, le Chott Djerid, Nefta y finalmente Túnez, desde donde se embarca para Marsella. Va a Niza a casa de su hermana para ver a su sobrino Maurice, nacido en octubre. Vuelve a París el 19 de febrero y alquila un apartamento en el número 50 de la calle de Miromesnil para poner al día el relato de su exploración en Marruecos. La calle de Miromesnil y la de Anjou, donde vive Inés Moitessier, están muy cerca, las dos atravesadas por el Boulevard Haussmann, el nuevo y elegante barrio de París. Justo entre el apartamento que ha alquilado Foucauld y el hotel particular de su tía se encuentra, en el número 46 del Boulevard de Malesherbes, una iglesia, completamente nueva, la de san Agustín, consagrada en 1879. Piensa «*pasar dos o tres años*» en París, escribe en noviembre de 1885 a Tourdes y esta perspectiva le encanta: «*Tiempo en el que la presencia de la familia, a la que quiero tantísimo, me será muy agradable. Con ellos cerca, el trabajo al que pienso entregarme completamente hará que se me pase el tiempo muy rápido*». Invita a su amigo: «*Ya nos veo hablando alrededor del fuego, saliendo a cenar juntos, yendo al teatro e intentando vernos lo más a menudo posible para aprovechar esta buena amistad que nos une*».

La fuerza extraída de la fe

En su apartamento, Foucauld vive a la manera árabe, con babuchas y chilaba; y duerme en el suelo porque espera llevar a cabo otras exploraciones y no quiere acostumbrarse a una cama.

Sus cálculos son exactos: tardará dos años en redactar su relato. La obra, un volumen de 405 páginas, ilustrado con dibujos y mapas, titulado *Reconnaissance au Maroc*, no aparecerá hasta febrero de 1888. Esos dos años, 1886 y 1887, los dedica esencialmente a este largo trabajo, estudioso, absorbente, que es la composición de la obra. Es un relato, son recuerdos: Foucauld se vuelve a sumergir en esos once meses en los que se topó de cerca con la muerte, en los que vivió entre creyentes judíos y musulmanes, él, un no creyente.

En 1901, quince años más tarde, confiesa a su amigo Henry de Castries, especialista en el islam, que esta religión le había marcado durante el viaje: «*El islam produjo en mí una profunda conmoción. Ver esa fe, esas almas que viven en la continua presencia de Dios, me ha hecho vislumbrar algo más grande y más verdadero que las ocupaciones sociales*». Uno puede extrañarse de este juicio que mira a los judíos y musulmanes como contemplativos, pero, cuando Foucauld escribe estas líneas, hace más de quince años que se ha convertido, diez años que se hizo monje; y proyecta evidentemente sobre su pasado su mirada actual.

El comandante Laperrine, con quien se cruzó en 1881 en los desplazamientos por el Sur-Oranés, da un testimonio menos subjetivo: «*Admiraba la fuerza que todos estos marroquíes extraían de su fe, tanto los musulmanes fanáticos y fatalistas como los judíos que permanecen inquebrantablemente unidos a su religión a pesar de siglos de persecución*». La «*fuerza*», eso es lo que le había desconcertado en los creyentes; o, si se prefiere, una fe compacta, obstinada, inquebrantable, una fe de la que se podría decir hoy, siguiendo a Laperrine, fundamentalista; una fe que procura una «*fuerza*» extrema. El aspecto determinado y resistente de la fe musulmana en particular es el que ha sorprendido a Foucauld y le ha atraído: «*El islamismo es extremadamente seductor: me ha seducido hasta el extremo*», le escribe a Castries.

Otro aspecto de esta religión que le atrae: «*El islam me gusta mucho por su simplicidad, simplicidad de dogma, simplicidad de jerarquía, simplicidad de moral*» (a Castries). Al mismo interlocutor le habla del dogma cristiano del Dios Trinidad: «*Menos admisible que ninguna, la religión de mi infancia, con ese 1=3 que no se puede plantear ni resolver*». A este científico, la grandiosidad única de Alá le pareció, al menos, más lógica.

En el siglo XIX, un cierto número de europeos fueron seducidos por el contacto con el islam y el desierto, ambos muy unidos; a menudo, por razones románticas, estéticas. Estas razones las encontramos también en Foucauld, por ejemplo, en esta descripción, a

la manera de Renan, que se encuentra en *Reconnaissance au Maroc*: «*En esta calma profunda, en medio de esta naturaleza mágica llego a mi primer cobijo en el Sáhara. Uno comprende, en el recogimiento de noches parecidas a esta, la antigua creencia de los árabes de la noche Leila el Kedr, en la que el cielo se entreabre, los ángeles descienden a la tierra, las aguas del mar se vuelven dulces y todo lo que hay de inanimado en la naturaleza se inclina para adorar a su Creador*» (p. 116).

En los combates del Sur-Oranés, en 1881, durante algunas semanas había «*soportado alegremente las más duras pruebas*», según dijo Laperrine; dos años más tarde, vivió en Marruecos once meses más difíciles todavía. Sobre todo se probó a sí mismo, dándose cuenta de que era capaz de llevar a cabo proyectos muy difíciles. En la soledad de su apartamento parisino, quisiera continuar por esta vía, llegar a ser, más intensamente, alguien que se vence a sí mismo para conseguir, ya no la gloria –más bien se burla de ello–, sino un tipo de seguridad, de certidumbre interior. Una nueva situación moral, circunstancias de las que no comentó nada –¿era un problema de salud?– le condujeron entonces a una abstinencia de vida sexual; además el cariño de su familia hace que esta «*castidad*» obligada le resulte «*una bendición y una necesidad de corazón*»; tiene, por otro lado, problemas con «*las ocupaciones sociales*» en las que detecta el «*vacío*» en comparación con los combates y exploraciones, realidades mucho más apasionantes. Por el contrario, saborea, cada vez más, el dominio de sí, y, también, la voluntad de poder.

Cuando, en este período, Foucauld se refiere a la «*búsqueda de la virtud*», hay que tener cuidado en no mermar la fuerza de la expresión. Para Foucauld significa, más que una vida disipada a la que renunciar, una construcción muy fuerte de sí mismo. Llega incluso a decir, y muy bien, que, en esta primavera de 1886, tiene «*afición a la virtud, a la virtud pagana*», que la busca «*en los libros de los filósofos paganos*».

Sabemos que en él la capacidad de lectura es inmensa. Su voluntad de explorar y de descubrir le dirige hacia el estoicismo. No quiere ser solamente el dueño de sí, sino también procurarse filosóficamente las razones de tal actitud, que le parece, en su orgullo, el rasgo más noble de un ser humano digno de ese nombre. Encontramos en este hombre maduro de veintisiete años una gran virilidad forjada, una fuerza interior real y una enorme intransigencia hacia sí mismo, un verdadero orgullo.

«Una extraña oración»

Abordar el estudio de una conversión es tan delicado y peligroso como abordar el nacimiento de un gran amor. Una conversión o un flechazo tienen una historia. Incluso si uno y otro nos hacen creer que se caracterizan esencialmente por una brusquedad imprevista, se ven precedidos siempre por ciertas aproximaciones. Por otro lado, también se inscriben en un contexto. Todo esto hay que intentar descifrarlo cuidadosamente.

Hemos visto que el conocimiento reciente del islam había seducido a este joven. En su adolescencia, el escepticismo de sus profesores (fundamentado en Comte, Taine, Renan) le había dejado una huella profunda. Por otra parte, había leído asiduamente a Montaigne y sobre todo a Voltaire. La ciencia brillante de esta época, el racionalismo ambiente y la idea exultante de progreso le habían modelado. En este año de 1886, en el que está escribiendo esa obra de gran valor científico, Foucauld quiere, por un lado, «mantener la cabeza fría», no puede perderse en extravíos sexuales, y, por otro, intenta poder dar razón de su existencia.

Estas disposiciones le conducen a explorar racionalmente filosofías y sabidurías pero también la religión o quizá más bien las religiones. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? No para de pensar que todas las religiones valen igual y que todas tienen las mismas características y que la cristiana es, por otro lado, la menos racional de todas. Está persuadido –y lo dice con fuerza– de que es imposible descubrir la verdad: «No creía que los hombres pudieran conocerla». Pero piensa que podría «al menos» encontrar «enseñanzas de virtud» en las religiones. Entonces, le cae en las manos el libro que su prima María de Bondy le regaló cuando tenía trece años, un regalo de su Primera Comunión: *Elevaciones del alma a Dios, sobre todos los Misterios de la Religión cristiana*, de Bossuet. Lo lee con la idea de «tomar lecciones para una virtud completamente pagana», para descubrir las bases de la ética en los fundamentos dogmáticos de las religiones.

Cuenta a Duveyrier, en una carta del 21 de febrero de 1896, que había «encontrado» en 1886, en París, en la casa familiar cercana a su apartamento, «el ejemplo de todas las virtudes»; al mismo tiempo constata que esas «virtudes» las viven personas «muy inteligentes y de convicciones religiosas profundas». «Me apasioné primero por la virtud y dirigí mis lecturas en este sentido. Estudiando con gusto a los moralistas de la antigüedad, estaba muy alejado de cualquier religión y me atraía solo el concepto antiguo de virtud».

Tras el entusiasmo de adolescente por el siglo XVIII, le vemos hoy en otra búsqueda: la del estoicismo; pero anda un poco decepcionado: «Estos ancianos filósofos me parecieron menos entusiastas y menos fundamentados de lo que me esperaba». En este preciso momento se puso a leer a Bossuet: «Por casualidad leí algunas páginas de un libro de Bossuet, en el que encontré más de lo que había encontrado en los moralistas antiguos». Este libro de Bossuet es una obra completamente diferente del libro al que se refieren cuando mencionan «las meditaciones del Evangelio que ofrecían para las primeras comuniones» (A. Chatelard).

Los biógrafos y, más particularmente, los hagiógrafos han descuidado mucho –incluso han silenciado– esta intensa búsqueda de una ética, de un código de conducta en fuentes estrictamente «paganas». Al haber encontrado en un teólogo católico los

fundamentos morales que no había encontrado en los «*moralistas antiguos*», que no le satisfacían de manera suficiente, se convence, lógicamente, de que quizá pueda encontrar en las religiones el grano para hacer el pan que necesita: principios fuertes para regular su vida y poder crecer en el dominio de sí. Desea conquistarse y conquistar la verdad.

Nos equivocáramos si pensáramos que este ser fogoso es desordenado; es un hombre a quien le gusta plantearse con detalle programas de trabajo estricto o hacer planes precisos sobre sus proyectos, los cumple y se aferra a ellos de manera casi obsesiva. Para la preparación de su viaje de exploración a Marruecos, en noviembre de 1882, establece un método que muestra a Gabriel Tourdes, las «*tablas de trabajo*»; horarios precisos para cada mañana y cada tarde; y cuando proyectó el viaje de exploración trazó un itinerario con anterioridad y lo cumplió rigurosamente. La finalidad de la investigación de hoy, que es la búsqueda de los principios que quiere dar a su existencia, la lleva a cabo metódica y racionalmente. A Duveyrier le describe su evolución a partir del momento en el que abre el libro de Bossuet: «*Recorrí la lectura de ese volumen y poco a poco concluí diciéndome que la fe de un tan gran espíritu, la fe que veía cada día tan cerca de mí en personas de inteligencias tan preclaras, quizá no fuera tan incompatible con el buen juicio*».

No dice «*en almas*», sino «*en inteligencias*»; en concreto, sus primas María y Catherine, casadas y que llevan una vida normal en la sociedad. A las que ve «*cada día*» ya que hace la mayor parte de sus almuerzos en la casa de una o de otra. ¿Cómo no iban a hablar juntos del libro que su prima le regaló hace tiempo, de Bossuet, hombre de una inteligencia excepcional y de pensamiento riguroso? Entre la calle de Miromesnil en la que vive como ermitaño y la de Anjou donde viven «*inteligencias tan preclaras*», está la iglesia de San Agustín, por donde pasa. Y adonde se le ocurre entrar, como contó más tarde, y donde se sorprende a sí mismo expresando «*una extraña petición*» que más tarde explicó y sobre la que los comentaristas se lanzaron, transformándola la mayor parte de las veces en un gran contrasentido. Hicieron de este ruego una verdadera oración de creyente, mientras que, en realidad, continuaba siendo un ruego de un no creyente. ¿Cuál es el contenido de esta «*extraña petición*»? Pero no hay que olvidar antes el adjetivo «*extraña*» que está aquí para decir que no era una oración ordinaria, del tipo que hacen habitualmente los creyentes. Esta oración era, al menos, insólita, extranjera a la fe.

Dio varias versiones. En la carta de 1892 a Duveyrier, a un no creyente: «*Hice entonces esta extraña petición, pedí a Dios, en el que no creía todavía, que, si existía, se me diera a conocer*»... En 1901, a Castries, un creyente, le escribe: «*Me puse a ir a la iglesia, sin creer, solo allí me encontraba bien, y pasaba largas horas repitiendo esta extraña petición: “Dios mío, si existís, ¡haced que os conozca!”*».

A Gabriel Tourdes le escribe el 6 de febrero de 1892, cuando su amigo acaba de

perder a su hermana. Invita a su amigo, que continúa siendo no creyente, a que haga a Dios la misma petición que él hizo *«hace seis años»*: *«Hazle una petición, esa misma, muy corta, la que yo le hice: “Dios mío, si existís, ¡haced que os conozca!”»*. El 28 de noviembre de 1894, propone a su primo, Louis de Foucauld, no creyente, una fórmula idéntica. El 8 de noviembre de 1897, en una meditación personal dirigida a Cristo: *«Esta necesidad de ir a iglesias, yo que no creía en Vos, esta turbación del alma, esta angustia, esta búsqueda de la verdad, esta petición: “Dios mío, si existís, ¡mostraos a mí!”»*.

Si Foucauld escribe muy exactamente –ahora como un convertido desde hace mucho tiempo– que se dirigió a un Dios al que no conocía, ¿por qué no creer en su palabra? ¿Por qué no admitir que no es verdaderamente una oración en el sentido religioso del término, sino una simple petición, una petición profana, en el mismo sentido que *«pide»* Tourdes, no creyente, pronunciando, como él hace tiempo, la misma frase? ¿Qué le dice a Tourdes? Hazlo a la manera de *«mi petición»*. No hay todavía ninguna connotación religiosa. Foucauld solicita a Dios, si existe, para que se dé a conocer a él; es una petición, quizá podríamos decir, de igual a igual, en la que se puede leer incluso un cierto desafío a ese Dios para que se desvele si existe. Sería un gesto, por parte de Dios, si existiera, el que se diera a conocer, la única manera para Foucauld de poder reconocerlo entonces. Solo queda decir que en su orgullo tempestuoso reconoce que en su *«búsqueda de la verdad»* no ha llegado hasta el límite. Ha estudiado a conciencia, filosóficamente, la cuestión sin poder llegar a una solución; está en un impasse. A Dios le toca jugar ahora, manifestarse. Si existe.

Del punto de vista de los filósofos, pasa ahora al punto de vista de las religiones. Está buscando ahora un *«maestro»* de religión, un *«profesor»*, dirá a Castries: *«De igual manera que busqué un buen thaleb para que me enseñara árabe, busqué un sacerdote instruido para que me diera nociones sobre la religión católica»*. Igual que en Nancy buscó un excelente preceptor para preparar la entrada en Saint-Cyr. Es la religión católica la que quiere estudiar, la de los suyos, la de su infancia, de la que tiene más dudas en cuanto a su *«sentido»* que de las otras religiones. Quiere enfrentarse a ella. Busca entonces *«un sacerdote instruido»*.

Seguro que ha hablado de ello a los Moitessier, quienes tienen, desde hace unos diez años, un sacerdote de familia –como se tiene un médico de familia–: el padre Huvelin, vicario en la parroquia de San Agustín. María de Bondy entró un día *«por casualidad»* en su confesonario y después lo presentó a los suyos; ella percibió su agudeza de discernimiento, su bondad también, su inteligencia. Es un erudito, había estudiado anteriormente en la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm.

De esta manera, a Charles de Foucauld se le conduce de nuevo a la excelencia en lo que busca, a este sacerdote al que no conoce más que de lejos. Se le dice que lo puede

encontrar cada mañana en su confesonario sobre las ocho. Y allí se acerca Foucauld, una de las últimas mañanas de octubre de 1886, para poder convenir con el padre una cita. *«Le encontré en su confesonario y le dije que no venía a confesarme porque no tenía fe, pero que deseaba obtener algunas informaciones sobre la religión católica»*. Sobre lo que pasó después, es mejor ser lo más prudente posible. Huvelin, en una conferencia en 1878, dijo con precisión: *«No se llega a conocer plenamente la historia de una conversión, ni siquiera la de uno mismo. Se puede ver bien lo que la ha preparado, pero eso es todo»*.

Se ha contado esta conversión –como hace, por ejemplo, una biógrafa, aristócrata distinguida–, al modo de un relato en el que el padre dijo bruscamente al visitante: *«Ponte de rodillas, confiésate y creerás»*. Otro biógrafo, A. Chatelard, no duda en contradecir al mismo Foucauld: *«Visiblemente, al entrar en la iglesia de San Agustín, ya tiene fe»*^[11], y habla del *«salto al vacío que le impone el padre Huvelin en la iglesia de San Agustín»*. ¿Cómo puede uno creer que Foucauld se habría dejado llevar a cometer este acto completamente irracional? Lo que se deduce en casi todos los biógrafos, es que habría habido por parte de Huvelin una conminación autoritaria del tipo: *«Arrodílese y confiésese»*. Ahora bien, cuando explica él mismo su conversión, Foucauld se contenta diciendo que entró en el confesonario *«uno de los últimos días de octubre, entre el 27 y el 30, creo»*, y añade: *«Me hizo ponerme de rodillas y me hizo confesar»*. Se ha traducido ese *«me hizo»* como una orden perentoria. ¿Podemos pensar razonablemente que Huvelin, tan delicado con los que le conocían, hubiera podido expresarse tan brutalmente dirigiéndose a Foucauld, abordándolo como un militar que da una orden? ¿No es mejor pensar simplemente que, a las palabras que Foucauld acababa de decirle, Huvelin respondió comenzando con él una conversación fina y delicada, como sabía hacer tan bien, y que, después de esta conversación profunda en la que Foucauld se sintió escuchado y comprendido, le pareció tan simple y natural, a Huvelin como a él, acabar esas confidencias en una confesión? Pero se quiere a toda costa fabricar una película donde, por una parte, el cura tendría una iluminación y le conminaría y, por otra parte, el orgulloso no creyente caería subyugado. ¿Cómo se puede escribir a estas alturas todo esto, y más siendo un religioso el que habla, como A. Chatelard, que dice que fue *«obligando a hacer un gesto de humildad en la confesión»* como el padre Huvelin *«provocó el cambio total»*?

El reposo y la paz en la certeza

«El sacerdote, desconocido para mí, que añadía a una gran instrucción una gran virtud y una bondad más grande todavía, llegó a ser mi confesor, y no ha dejado de ser, desde los quince años que han transcurrido, desde ese tiempo, mi mejor amigo». Las tres cualidades que Foucauld ve en Huvelin son esenciales para él: virtud, inteligencia y

bondad. Y Foucauld declara a su amigo Castries que el padre Huvelin se ha convertido en su «mejor amigo».

Escribió a Duveyrier el 25 de junio de 1890: «*Le miro como a un padre, me ama como a un hijo*»; se lo volvió a decir a Duveyrier el 11 de septiembre siguiente: «*El que es como mi padre*»; y en la carta citada el 21 de febrero de 1892 en la que, por primera vez, le relata su conversión: «*Desde entonces, M. Huvelin es para mí como un padre*». Huvelin, nacido en 1838, Duveyrier en 1840, tienen ambos veinte años más que Foucauld. Duveyrier condujo a Foucauld hacia las fuentes bautismales de la notoriedad en materia de exploración, lo veía como a un hijo. Duveyrier, en su pesimismo depresivo, ¿estaría muy decepcionado y herido por no recibir de parte de Foucauld la señal de afección filial que esperaba y, aún más, cuando le dice que esta se la da a Huvelin?

D. Casajus, biógrafo de Duveyrier, se pregunta si este no tenía la impresión de que la amistad de Foucauld hacia él se había «enfriado»: «*Sus cartas a Foucauld estaban llenas de reproches, como una amistad traicionada. Esta es, al menos, la impresión que dan las numerosas justificaciones de fidelidad que este [Foucauld] le dirige en la respuesta a sus cartas*»[\[12\]](#). Y Casajus se da cuenta: «*Duveyrier era muy exigente en amistad*»; su amigo muy cercano, Maunoir, pagaba el pato a veces. Maunoir le escribe, por ejemplo, el 17 de agosto de 1891: «*Por cualquier cosa te sobresaltas y miras con lupa los detalles más insignificantes de la existencia*». Maunoir quisiera que Duveyrier saliera de este marasmo: «*Tienes que decidirte a vivir la vida de todo el mundo, salir de esta especie de soledad en la que te has confinado*».

«*Se sentía abandonado por Foucauld*», escribe Casajus de Duveyrier, del que apunta que todo lo que «dicen» o «callan» sus allegados «es, para él, motivo de interpretación, de conjeturas, de tormento»[\[13\]](#).

Es este personaje doloroso, que se siente abandonado o quizá traicionado, el que escribe a Maunoir el 18 de febrero de 1888, el mes mismo en el que aparece publicado *Reconnaissance au Maroc*: «*Siento un sincero afecto por el Sr. de Foucauld. Es una naturaleza de élite pero me temo que es un hombre o que sufre una enfermedad definitiva o que está muy afectado profundamente en sus afectos*». Foucauld, que se había dado cuenta del estado de Duveyrier, no le hacía muchas confidencias íntimas como a Huvelin. Esos silencios, que no eran en ningún caso disimulos, son «interpretados» por Duveyrier, como lo dice muy bien Casajus, como objeto de «conjeturas».

Son, con toda seguridad, interpretaciones erróneas de Duveyrier. Foucauld era por aquel entonces un hombre de treinta años con plena salud, en cuanto a las penas del corazón, parecen pura invención; más tarde, le confía a Duveyrier, el 21 de febrero de 1892, lo que ocurrió en su vida tras su conversión, en 1887: «*Tanto Huvelin como mi*

familia me empujaban a que me casara; yo dejaba pasar el tiempo»; efectivamente, una joven de muy buena familia, Marie-Madeleine de Richemont, le parecía al padre Huvelin un partido muy bueno, perfectamente conveniente a Foucauld. Su hermano Romuald de Richemont, notario, era amigo del padre Huvelin y su hermana mayor, Marie, después de haber pensado irse al convento, se dedicó a vivir en sociedad los valores cristianos y ayudaba mucho al padre Huvelin; Romuald será, tras la muerte de Huvelin, su heredero universal.

Al estar muy unido a esta familia que amaba tanto, el vicario de San Agustín pensó sencillamente en la hermana pequeña para Foucauld. Pero este lo esquivó: no quería casarse. Marie-Madeleine se casó en 1889; más tarde, su hijo, que fue jesuita, reveló el proyecto que el padre Huvelin tuvo para su madre un día.

Incluso después de su conversión, Foucauld continuó por el camino que había inaugurado tan brillantemente: el de explorador. Pero su encuentro con Dios, quien se le dio a conocer a través de Huvelin, le hizo pensar, de entrada, con ese carácter tan radical como era el suyo, que debía consagrarse totalmente a Él. Lo explicó en 1901 a Castries: *«Tan pronto como creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir para Él: mi vocación religiosa data de la misma hora que mi fe. ¡Dios es tan grande! ¡Hay tanta diferencia entre Dios y lo que no es Él! [...] Deseaba ser religioso, no vivir sino para Dios, y hacer lo que era más perfecto, fuera lo que fuera»*. «¡Dios es tan grande!» es la traducción de *Allah Akbar*, familiar al islamólogo Henry de Castries. Cuando escribe a este amigo, Foucauld ha vivido ya como religioso, monje y eremita durante once años; acaba de ser ordenado sacerdote. Mirando lo que ha ocurrido, define su conversión como don total de Dios a él y da como respuesta total el don de sí mismo a Dios. Ahora bien, eso no fue tan sencillo; en la misma carta a Castries, escribe: *«En el comienzo, la fe tuvo muchos obstáculos que vencer; yo, que había dudado tanto, no creí todo en un día. A veces, los milagros del Evangelio me parecían increíbles, otras veces quería entremezclar pasajes del Corán en mis oraciones»*. Foucauld no es para nada un joven convertido fanático que decide enseguida entrar en religión. Es un joven con una exigencia muy fuerte, que espera mucho de la vida, y, después de muchas carreras vanas, aquí está, ante Dios, un buen Dios inteligente, a imagen de Henri Huvelin y de María de Bondy, que es un verdadero remanso, un profundo reposo, una paz y, sobre todo, una gran fuerza, desconocida por él hasta entonces. De entrada desea profundizar, es el sentido de la primera frase de lo que confía a Castries. Pero, en la última frase, lo que expresa es la otra cara, el grado «límite» de su temperamento: *«Hacer lo más perfectamente posible lo que sea»*, inclinación que de entrada Huvelin intentará disolver con la ternura de Jesús; pero esa intransigencia permanecerá poderosamente.

Presentar a Foucauld como un depresivo y su conversión como el fruto de una

depresión es bastante aberrante. ¿Cómo puede pensarse que Charles de Foucauld, que ha encontrado un padre, que está rodeado del afecto de los suyos, que ha triunfado con su exploración y con la obra que ha publicado sobre ella, es ese hombre enfermo tal y como lo describe Duveyrier? ¿No hay, en esta interpretación, una proyección de su propio estado? Y ¿cómo Casajus, que conoce a su héroe y su desvarío, puede tomar en serio lo que dice de Foucauld y brindarle un retrato que para nada le corresponde? «*Habitado por un odio de sí mismo*», «*Para hacer callar un corazón destrozado vierte a mares palabras exaltadas que le inspira su celo de neófito*», «*Foucauld, este hermano en melancolía*»[14]. Manifiestamente, las cartas de Foucauld converso a Duveyrier exasperan a Casajus, como le exaspera «*la cohorte de hagiógrafos*» que sufren un «*colapso*» ante estas cartas. Lo que quiere sobre todo es justificar «*la inflexibilidad del nuevo convertido*» que le hace culpable de «*desaciertos*» hacia Duveyrier. ¿Cuál es la razón de ello para Casajus?: «*La inflexibilidad de Foucauld es, en realidad, el reverso de sus propias penas*»[15]. Pero Casajus ya había tratado el caso Foucauld, había incluso hablado de su conversión y había dado, de manera perentoria, la razón, a su modo de ver, de este acto: «*Lo que pasó entre el 27 y el 30 de octubre de 1886 en la penumbra de la iglesia de San Agustín, cuando el duradero hastío de sí mismo que le habitaba desde la adolescencia conduce sus pasos hacia el padre Huvelin*»[16]. «*El clima de desamparo en el que se inscribe su conversión*»[17]. Otra interpretación parecida: «*Una conversión inspirada en origen por el rechazo al mundo*»[18].

Hemos visto que, si bien la infancia de Foucauld había sido terrible, el muchacho había conseguido una verdadera resiliencia y su adolescencia había sido alegre y llena de vida; después vinieron los desvíos de Saumur, de Pont-à-Mousson, de Argel; las fiestas que organiza y de las que ha descrito, siendo ya monje, el «*vacío*», duraron poco; posteriormente triunfó de manera brillante. Duveyrier es, por otro lado, de los primeros en reconocerlo. ¿Cómo se puede reducir a Foucauld en el odio a sí mismo, y a su conversión como la consecuencia de un hastío de sí? Que Foucauld se haya arrepentido más tarde, siempre como monje, de sus extravagancias de juventud –eso sí, se arrepintió sin exceso, sin masoquismo–, es evidente. Pero ¿no es muy desacertado interpretar estos reproches como odio a sí mismo, único hilo conductor de toda una vida tras la conversión? Hasta el punto de escribir, por ejemplo: «*Su antipatía por el islam era quizá el signo de una antipatía por el hombre que él mismo recordaba haber sido*»[19].

En cuanto a los textos de Foucauld en los que «*los hagiógrafos no vieron más que aspiración al martirio*», Casajus los descifra a su manera: «*Si se quiere medir bien sus palabras, estas líneas indican tanto el deseo de “acabar” con una vida centrada en el hastío como el de “entregarla” en testimonio de amor*»[20]. ¿Y los estudios lingüísticos? «*Un refugio contra los tormentos*», dice Casajus, citando una frase de Foucauld a Huvelin: «*A veces me refugio en ellos para encontrar alivio contra*

pensamientos que me asaltan en la oración», y concluye: «*Apunte aislado, sin duda, pero que abre, alrededor de una frase, un abismo en el que no oso tirar mi sonda: ¿se viola el secreto de un tormento?*»[21]. La precaución oratoria: «*No oso tirar mi sonda*», es más bien una hipocresía bastante decepcionante. Casajus señala con el dedo que Foucauld está guiado por un «*tormento*»; este es su postulado primero. Foucauld está marcado por un tormento negro y una depresión abisal que explican su conversión. Casajus es un eminente científico en su materia pero no podemos seguir sus *a priori* psicológicos que se le imponen casi como obsesiones. Se debe afirmar contundentemente, bien al contrario, que, en su conversión misma, Foucauld está en plena posesión de sí mismo, en plena fuerza de alma. Su conversión es también una conquista y un triunfo.

El dulce reencuentro de un amor escondido

Es curioso constatar que, cuando Charles de Foucauld habla de su conversión a su prima María, algunos años más tarde, hable poquísimo de la confesión sobre la que se han obnubilado tantos hagiógrafos y, sin embargo, insista tanto en la Eucaristía: «*Es por vos –le escribe– que fui reconducido, tras trece años de lejanía, a la Santa Eucaristía, a la Santa Misa, en esa querida iglesia de San Agustín, en octubre de 1886*» (carta del 5 de abril de 1889). Y añade: «*Gracias a vos he conocido el Sagrado Corazón*», asociando Eucaristía y Corazón de Cristo.

En efecto, el padre Huvelin, tras su confesión, le envió a «*comulgar acto seguido*»; Foucauld, que llamó a su conversión su «*segunda primera comunión*», quiere recordar aquí que María fue expresamente a Nancy para su primera comunión. Pero, más profundamente, insiste fuertemente en su segundo acto de conversión, el más importante, según él: Cristo Eucaristía, Cristo de corazón amante. Al encontrar por primera vez al padre Huvelin, encontró esa mañana, humanamente, a un segundo padre, veintidós años después de la muerte de Edouard de Foucauld, y un padre ya no perdido en la locura, sino con sumo discernimiento. Espiritualmente, por otra parte, a través de la bondad del padre Huvelin, experimenta, en el acto sacramental de la confesión, la ternura de Dios Padre, padre del hijo pródigo. Pero no hay que olvidar el segundo acto de conversión, el segundo sacramento recibido seguidamente y el más importante, el que va a gobernar toda su vida a partir de ese momento: la Eucaristía, donde encuentra el Amor de Jesús Resucitado, un hermano.

Ocultar este segundo acto, basarse solamente en una única y abrupta confesión, teatralizar la escena con la puesta de rodillas, es poner el acento sobre el pecado, las faltas pasadas, los tormentos y los remordimientos, y es también no querer ver en qué consistió la conversión. Esta conversión comporta, fundamentalmente, el comienzo de una intensa relación vital con una persona, Jesús, que vive íntimamente en la Eucaristía

de la que se alimenta enseguida Foucauld. Un encuentro que ocurre, en un inmenso amor, con un ser que no se muestra soberano, sino escondido, inesperado en su silencio y su discreción. Al mismo tiempo, Charles de Foucauld permanece todavía muy ofuscado. Ha saboreado las virtudes paganas y esta marca persiste en su espíritu, a la manera de Renan, que escribía en 1881: «*Tomemos todas las virtudes, créanme: laicas, cristianas, cívicas, clericales, nunca habrá suficientes, tomémoslas y mezclémoslas*». Recita oraciones del Corán y, ya convertido, continúa haciéndolo. El padre emplea, desde entonces, toda su inteligencia y toda su bondad, sutileza y suavidad para imprimir la dulce presencia de Jesús en el corazón de este hombre, siempre tan inflexible y tan entero, que ha sentado la cabeza después de encontrar en Dios un puerto, un fin, una fuerza. Un hombre que ahora quiere, con una intransigencia radical, consagrarse al Muy-Grande y triunfar en esta vía como triunfó explorando una tierra desconocida. Huvelin intentará hacer, de ese corazón tan compacto, un corazón líquido de santo, por medio del encuentro con este Jesús que ama tanto a Charles de Foucauld y que desea su amor. Escribe Foucauld a Huvelin: «*Con sumo cuidado y tanto como habéis podido, pusisteis en mi corazón el Amor de Nuestro Señor*» (14 de junio de 1893). Pero la conversión no fue, en ese sentido, más que un comienzo, un germen que crecerá poco a poco, a través de muchas dificultades y peripecias. Por el momento, en octubre de 1886, es un hombre que ha descubierto la fe cristiana como una fuerza y se ha lanzado a fondo.

3. EL CORAZÓN Y LA FE

Su conversión pasó casi desapercibida a los ojos de su entorno; una mañana, discretamente, en una iglesia –y no en Notre-Dame como Claudel, al día siguiente de Navidad–; tampoco fue anunciada *urbi et orbi*. Foucauld continuó con su vida laboriosa de escritor aplicado en relatar exactamente su «*viaje de exploración a Marruecos*». Una vida retirada. Sus únicas relaciones son, como antes, su familia, a la que ahora hay que añadir los frecuentes encuentros con el padre Huvelin.

En agosto de 1887, escribe que le gustaría continuar con sus proyectos de viaje, pero anda escaso de dinero. Tiene todavía un tutor que mantiene fuertemente cerrada la bolsa de su economía. Espera que las cosas puedan desbloquearse pronto para poder hacer viajes: «*Desde mi vuelta de Marruecos no he necesitado nada, pero no he ahorrado nada. Quisiera poder cesar al tutor que tengo desde hace cinco años. Mientras exista este tutor, no puedo pensar en otros viajes; mi libro va a publicarse, ya es hora de pensar en nuevas expediciones*». El tutor no cesará hasta 1889, siete años después.

Tras la publicación de *Reconnaissance au Maroc*, el 24 de mayo de 1888, escribe a Maupas, asistente en Argel de Mac Carthy: «*Me sigo ocupando vagamente de los países musulmanes con la intención de viajar por allí un día, leyendo el árabe y estudiando los territorios de Levante*». «*Le compadezco –dice a Maupas–, sé que está en la redacción de sus investigaciones; conozco demasiado los problemas de este período para no sufrir pensando por lo que usted está pasando. Pero, cuando el trabajo ya está hecho, al menos uno tiene la satisfacción de haber acabado un estudio y puede pasar a otro pensando ya en las nuevas investigaciones que uno va a hacer pronto*».

La que había sido la segunda mujer del coronel De Morlet, Amélie Latouche, a la que consideraba como una verdadera abuela, muere en agosto de 1888; la visitó por última vez en abril de 1887, en su casa de retiro cerca de Nancy. Le habló así a su hermana María: «*Ha vuelto a la religión y habla de ello*».

«*Dios es muy grande*»

Su idea de emprender un nuevo viaje se mantiene, pero ya no es tan fuerte. Se ha impuesto en él la idea de consagrarse a Dios y, como es una persona de una pieza, es ya una idea irrevocable: desea consagrarse a Dios de la manera más radical posible. El que escribía, un año antes de su conversión, el 18 de noviembre de 1885, como vimos, a su amigo Tourdes: «*Definitivo [...]. Somos demasiado filósofos tú y yo para pensar que en el mundo haya algo definitivo*», se apunta, de golpe, a lo «*definitivo*»: es radicalmente creyente en Dios. Lo que sorprende realmente es el carácter extremo de

este cambio, el paso del relativismo absoluto del Foucauld de antes, hasta su creencia de hoy, que se presenta como un gran flechazo, que se muestra como absoluta, que, de golpe, abarca todas las dimensiones de su vida. La carta del 14 de agosto de 1901 a H. de Castries, varias veces citada, es, en ese sentido, muy iluminadora sobre la visión de Dios que se impone en él tras su conversión. Evoca en esta carta la decisión que tomó, en su conversión, de darse del todo a Dios; ahora bien, al mismo tiempo, habla de la «*profunda conmoción*» que el islam, que «*la visión de la fe de los musulmanes*» le produjo durante su viaje a Marruecos, hasta el punto de que presentó a los creyentes musulmanes, de manera excesiva, como «*almas que viven en la continua presencia de Dios*». Escribe a Castries que el Dios al que nada puede sobrepasar, el Dios del Corán, el «Allah Akbar, *Dios es más grande*», marcó su espíritu. Como convertido, reza todavía con el Corán.

Por su inteligencia, es un ser muy curioso, insaciable, abierto a todo. Por su carácter, es un ser de una sola pieza muy determinado: cuando la decisión está tomada, va hasta el final. En la conversión, es el carácter lo que reacciona primero. Lo que Duveyrier sintió como una «*inflexibilidad*» en Foucauld y que atribuyó a la enfermedad o a las penas de corazón, es una especie de solidificación de todo su ser que se intensificó en Foucauld con la conversión. Se concentró sobre sí mismo. Este trabajo ya había comenzado con la consecución de la exploración de Marruecos. La conversión es un paso más en este sentido: Foucauld es una fortaleza compacta, se ha convertido a una fe, a una fe en un Dios que es el todo de todo. El lado radical, compacto, de esta fe, Foucauld nos dice de dónde viene. Por ejemplo, leemos en una carta del 4 de noviembre de 1897 a un joven monje, el padre Jerónimo: «*La fe: Dios como nuestro Todo, como el Todo de todo, las criaturas como algo infinitamente pequeño, salidas de la nada, alcanzándole, alcanzando y cayendo [...]. Amar a Dios por encima de todo, por encima de todo, Dios solo, Dios nuestro todo, Dios nuestro todo, Dios el Todo*». Y, en esta concepción de Dios próxima al Dios del islam, de un Dios tan Grande, tan Todo, concluye, lógicamente, de manera radical: «*¿Cómo se podría amar otra cosa? Él es el Ser, es el Todo, el resto es algo como la nada*». Se entiende que a partir de entonces escriba a Castries sobre su conversión como una cristalización sobre el Dios trascendente que le lleva «*enseguida*» a querer «*no vivir más que para Él*», de manera incondicional.

Antes de extasiarse totalmente ante esta conversión sorprendente por su brusquedad, y radicalidad que nos hace ver nada más que la gracia, es necesario constatar también la naturaleza de la persona, que permanece. Por naturaleza es un niño extremadamente dotado, inteligente y de una voluntad a toda prueba que se construye a través del duelo (la muerte psíquica del padre y la física, la muerte de la madre, la de la abuela); es un joven que se forma a través de múltiples lecturas, pero ante todo escépticas, un joven que se lanza a los placeres, las fiestas y las uniones ligeras y pero nunca como un

ingenuo; más tarde, un joven que crece ampliando el dominio de sí, del estoicismo, de la virtud, búsqueda que combina con una gran prueba que vencer: la de permanecer once meses en un país desconocido, de donde vuelve vencedor.

¿Qué necesita en este momento? ¿Una situación estable, como la de Gabriel Tourdes? Le da igual, lo que le interesa es recorrer esos caminos desconocidos para poder rellenar el blanco de los mapas. ¿Una boda? No le gusta mucho una vida etiquetada, uniforme, lo vería como un final. Desea en este momento, en 1886, el descubrimiento y la toma de posesión de la virtud y de la verdad, y lo dice bien convencido; solo está como atormentado por una especie de rabia al no conseguirlo a través de las vías de la sabiduría filosófica.

Ese Dios al que, por fin, le ha puesto como desafío que se dé a conocer, ha respondido a esa exigencia. No directamente, en una iluminación intelectual o afectiva, sino muy indirectamente a través de personas, «*criaturas*» muy cercanas a «*la nada*». Esencialmente, su prima María, que es buena, virtuosa, inteligente, y Henri Huvelin, que vive esas tres mismas cualidades al ser. Dos personas que llevan, ella, una vida de sociedad, pero no solo; él, una vida discreta como vicario de parroquia; que creen profundamente, sin ser para nada radicales; ni son ermitaños retirados del mundo ni integristas.

Se nota que, a partir de la conversión, Foucauld descubre en esas dos personas –lo dice constantemente a lo largo de los treinta años que le quedan por vivir– un padre y una madre. Son ellas, las dos juntas, quienes, en una cierta medida, le han dado a luz en la fe; se puede pensar que, tras la muerte de Edouard y Elisabet de Foucauld, sus padres, veintitrés años antes, le han sido dados un nuevo padre y una nueva madre. Ambos muy humanos, muy buenos, inteligentes, virtuosos. Apartemos totalmente las elucubraciones fantasmagóricas que se han construido (de Carrouges a Chatelard) sobre un Foucauld romántico, enamorado locamente de su prima. Su cariño siempre fue claro: tenía hacia ella la admiración y el respeto que se tiene hacia una madre.

El convertido es un joven, en plena fuerza de la juventud, fogoso, ardiente y resplandeciente, abrupto en su personalidad ahora toda tan concentrada, unificada voluntariamente para Dios, con pleno dominio de sí. Su familia, y con ellos Huvelin, ahora, conocen su impetuosidad, su imperialismo, su determinación; piensan que debería retomar la vida, su vida humana, su vida espiritual, con dulzura, humilde y cotidianamente; como ocurriría si asumiera una existencia ordinaria, casándose, por ejemplo. Charles no lo entiende así: quiere seguir llevando una vida al límite.

Un combate espiritual

Desde la conversión, vamos a asistir a una prueba, a un debate discreto pero gigantesco, de María y del padre Huvelin frente al convertido. Este quiere todo y

enseguida: aquí se trata de Dios, el Todo. Quiere darse todo a Él, y «enseguida», sin ningún plazo. Los suyos –María y Huvelin– desearían que se relajara y se suavizara; preferirían incluso que se casara; hemos visto que Huvelin hasta le había recomendado a alguien; en cuanto a María, seguramente le había indicado algún «partido» que, viendo el gran discernimiento que tenía esta mujer, habrían convenido a Charles estupendamente (y le habría presentado varias opciones, podemos estar seguros). El joven descarta el matrimonio. Quiere ser religioso. Tampoco sacerdote secular, el que está todos los días en la parroquia, diocesano como el padre Huvelin. Religioso.

Pero ¿cuál será entonces su criterio para elegir una orden religiosa? El límite, «*la más perfecta*», como escribe a Castries: «*Deseaba ser religioso, no vivir más que para Dios y hacer lo que era más perfecto, fuera lo que fuera*». El criterio que elige no es el que le conviene más o que le permite servir mejor a Dios; es el criterio de lo «*más perfecto*». Pero ¿cuál es la condición de vida «*más perfecta*»?

Aquí tenemos que estar muy atentos. El Dios que buscaba, y que continuó buscando tras su conversión, es ante todo el Dios de la Trascendencia, el Todo. Al mismo tiempo, su conversión se hizo en el encuentro eucarístico con un Dios que se hizo «nada», como dijo el apóstol Pablo en su comprensión de la *kénosis*, de lo que los místicos llamaron el «*descenso*», el «*anonadamiento*» del Hijo de Dios que se hizo hombre. El gusto por la grandeza de Dios que tan presente está en Foucauld lleva consigo también, en su conversión misma, el extremo descenso del Hijo de Dios que se hace hombre, de este Jesús tan pobre, que «*no retuvo el rango que le igualaba a Dios*», dice Pablo de manera radical.

Naturalmente, Foucauld elige el límite, tomando como modelo a Jesús en su límite. Jesús en la pobreza kenótica del mayor descenso que haya podido ser realizado nunca, la Encarnación del Hijo de Dios. «*Lo más perfecto*» ya no es la búsqueda de la perfección, tal como la había entrevisto en los filósofos en su búsqueda de la Virtud, sino la perfección de la Extrema Pobreza, la del Hijo de Dios descendiendo hasta la nada. Esto es lo que quiere alcanzar, con todas sus fuerzas.

¿Qué orden religiosa elegir para este objetivo, que es, desde ahora, el suyo? Si, desde luego, la vida de cura diocesano no está a la altura de tal aspiración, las órdenes religiosas activas, tampoco; le parecen demasiado inmersas en la sociedad. Puesto que se trata de pobreza, el padre Huvelin, a quien, por otra parte, le encanta Francisco de Asís, le propone los Franciscanos; él rechaza este camino. No son pobres en el sentido en el que él entiende la Pobreza; le hace falta la pobreza desmedida.

El padre Huvelin gana tiempo ante la intransigencia inmediata de un Foucauld que quiere enseguida hacerse monje y que compra, en 1887, dos libros de los que hace su pan cotidiano: *Los Monjes de Occidente*, de Montalembert, cinco grandes volúmenes publicados veinte años antes, y *Vidas de Padres del desierto*, traducido por Robert

Arnaud d'Andilly, un «solitario» de Port-Royal. En 1888, mientras se encuentra en Indre, en el castillo de la Barre, en casa de María de Bondy, esta le invita a visitar la abadía trapense de Fontgombault, que está cerca. Foucauld le recuerda más tarde este viaje, acordándose exactamente del día en el que tuvo lugar —el 19 de agosto— también porque la gente del lugar le tomó por su hijo: «*La gente de Berry me ha agradado más de lo que se imaginan, porque me tomaron por vuestro hijo*». Es la primera vez que Foucauld visita una Trapa; la de Fontgombault está casi en ruinas y allí encuentra a alguien, tal y como cuenta María de Bondy: «*Un hermano converso con un hábito tan sucio, tan remendado, que esta pobreza le sedujo*».

En abril de 1889, bajo el consejo del padre Huvelin, hace un retiro en la abadía benedictina de Solesmes, en Sarthe. Nada que ver con Fontgombault. Solesmes se alza de sus ruinas gracias al ilustre Dom Guéranger, muerto en 1875, que levantó en Francia la Orden benedictina de la que llegó a ser Superior General. Al padre abad, Dom Couturier, el padre Huvelin le envía una carta en la que le recomienda a Foucauld: «*Sus gustos, su atracción le llevan a la vida monástica. Necesita vivirla, la practica desde hace meses: le aconsejé que la viviera algunos días en Solesmes [...]. Su vocación me parece de las más serias, si no para Solesmes, al menos, para una familia monástica. Yo desearía en algún modo Solesmes*». Dom Couturier, por su parte, opina que sería mejor la Trapa para Foucauld. Y finalmente visita la gran Trapa de Soligny, en el Orne; siente una gran atracción por la vida cisterciense. También contempla la posibilidad de la Cartuja, gran Orden monástica, pero Huvelin la rechaza decididamente.

Hace casi tres años que se ha convertido y las cosas se van precisando en cuanto a la elección del lugar donde vivir lo que quiere a todo precio: «*lo más perfecto*». Huvelin intenta matizar. Si pensó para él en los Franciscanos o en los Benedictinos, es porque esas Órdenes son más moderadas que los Cartujos o incluso que los Trapenses. No es que oriente a Foucauld hacia los Trapenses, aunque había pensado en ese camino para sí mismo a la vuelta de sus estudios teológicos de Roma; había pasado algunos días en la Trapa d'Aiguebelle, en Drôme, en una abadía austera en la que se siguen las constituciones del abad de Racé en una estricta observancia de la reforma de san Bernardo.

Algunos meses antes de estas estancias en Solesmes y Soligny, Foucauld había vivido una experiencia que le había marcado mucho: una peregrinación a Tierra Santa. En un principio, se mostró muy reticente a llevarla a cabo; sin duda no quería confundir sus deseos de exploración del Levante con una peregrinación. Si lo hizo, era «*por pura obediencia*» al padre Huvelin, quien se lo pidió encarecidamente; él no veía la utilidad; su elección religiosa era de hecho lo esencial. Ahora bien, la gran preocupación del padre Huvelin ante este temperamento excesivo, de una pieza, ante un convertido que tenía, por naturaleza, una fuerte tendencia a deslizarse hacia el integrismo y los principios

puros, era la de convertir su corazón en un corazón «líquido», como decía el cura de Ars. Quiere temperar este teocentrismo imperioso gracias al encuentro de la humanidad de Cristo, tal como la vivieron los místicos como Francisco de Asís o Teresa de Ávila. «*El Amor de Nuestro Señor que me habéis puesto en el corazón tanto como habéis podido y con tanto cuidado*», le escribirá más tarde. Huvelin, en esta tarea, está secundado siempre por María de Bondy, que introduce a su primo, ya lo hemos visto, en una espiritualidad precisa, antídoto del jansenismo y de un Dios de temor y de predestinación. Foucauld declara: «*El Corazón de Nuestro Señor me lo disteis a conocer por la imagen del Sagrado Corazón que teníais en vuestra mesa*». «*Me disteis a conocer ese Corazón. La devoción del Sagrado Corazón os la debo a vos sola, absolutamente sola, por la gracia de Dios*» (20 de septiembre de 1900). En junio de 1889, Foucauld se consagró al Sagrado Corazón, subiendo a Montmartre con los feligreses de San Agustín.

Cuando Foucauld se convirtió, Francia está profundamente dividida con respecto al tema del Sagrado Corazón. Un cierto número de católicos, bajo el impulso sobre todo de los Jesuitas, animan profundamente la espiritualidad del Corazón de Cristo, de su amor por todos los seres humanos, que fue desarrollada en el siglo XVII por una religiosa de Paray-le-Monial, sor Margarita María de Alacoque. Pero gran número de católicos de este final de siglo XIX no piensan en el Sagrado Corazón más que a través de un prisma, un poco triunfalista: el de la basílica de Montmartre dedicada al Sagrado Corazón. Dos laicos, conmovidos por la derrota francesa de 1870, por la Comuna y por el cautiverio del Papa, habían conseguido que el arzobispo de París promoviera el levantamiento de un santuario. La Asamblea nacional en 1873 había votado, en contra de la izquierda, una ley que reconocía la construcción de la Basílica como de utilidad pública y había abierto una suscripción popular. El conjunto de los monárquicos sostenía esta causa. El emblema del corazón rojo coronado con una cruz, que los de la región de La Vendée, durante la Revolución Francesa, habían tomado de sor Margarita María, se convertía en un emblema político. La devoción al Sagrado Corazón se manifiesta también frente a los crímenes de la Comuna y, anteriormente, de la época del Terror. Se enseña el Corazón de Cristo afligido por los pecados de los hombres para consolarle, para sufrir con él y repararlo. La devoción vehicula a menudo un cierto dolorismo; es una cierta mezcla político-religiosa.

María de Bondy no comparte estos excesos. La espiritualidad del Sagrado Corazón es para ella una espiritualidad de amor, el que existe en el Corazón de Cristo, en el que todo cristiano puede injertarse y realizarse. Es una espiritualidad que inspiró un gran teólogo en boga al final de este siglo XIX, san Alfonso de Liguori, que predicaba una moral nada rigorista, a la manera jansenista, sino muy abierta. María de Bondy y el padre Huvelin se inspiran en estas corrientes. Se esfuerzan por hacerlas llegar a Charles de

Foucauld, en el que hemos visto que la búsqueda de virtud y ascesis no iban naturalmente en esa dirección. Falta que el convertido progrese en esa línea; y, cuando Huvelin le recomienda, en abril de 1889, al abad de Solesmes, dice en su carta: *«El vizconde Charles de Foucauld, la persona que os entregará esto, es un antiguo oficial, intrépido viajero en Marruecos, ferviente peregrino en Tierra Santa, perfecto caballero, muy buen cristiano, que hace de la religión un amor»*.

Las calles de Nazaret

Esta espiritualidad del Corazón de Cristo, que proyecta la humanidad del Hijo de Dios, se fundamenta en la peregrinación terrena de Jesús; sin duda, por esta razón, el padre Huvelin le anima a hacerla, a pesar de sus reticencias. Esta peregrinación de dos meses por Tierra Santa, *«a caballo acompañado de un hombre, guía y palafrenero a la vez, que monta un caballo de carga sobre el que van mis objetos personales»* (a su hermana, 8 de enero de 1889). *«Lugares emocionantes»*, escribe el mismo día a G. Tourdes. Primero, quince días en Jerusalén y en Judea; después, subida hacia Galilea. Semana inolvidable en el pequeño pueblo de Nazaret, del 5 al 12 de enero de 1889. Es invierno, llueve, las calles están embarradas. Foucauld, en el mes de agosto precedente, había quedado impresionado por la pobreza de un hermano converso de la Trapa de Fontgombault, y ahora está trastornado al imaginar a Jesús, Hijo de Dios, en Nazaret, en esta aldea sucia y del montón, en esta condición humana miserable. Su corazón está profundamente afectado y, como *«la imitación es el signo mismo del amor»* –leitmotiv que no cesa de repetir–, quiere imitar a ese Jesús. Es esta la vida que quiere llevar: una vida como la de Jesús. Una vida, le dirá a su prima en 1896, *«que entreví, adiviné, caminando por las calles de Nazaret que los pies de Nuestro Señor pisaron, pobre artesano, perdido en la abyección y la oscuridad»*. Esta frase, esta palabra *«abyección»*, no empieza a emplearla en su peregrinación, sino siete años más tarde, cuando ya es monje. En 1889, habría podido utilizarla solo en el sentido profano, muy peyorativo, tal como se indica en el *Larousse* del siglo XIX: *«bajeza, infamia»*; pero, en el momento en el que escribe esta frase, la está tomando de la lengua mística del siglo XVII: *«el descendimiento de la encarnación»*. Un descendimiento que constata en Nazaret de manera muy concreta: *«caminando por las calles»*; Nazaret no es para él un concepto, sino una condición humana, la de un artesano de pueblo, en concreto, de un artesano cualquiera de un pueblecito común. Allí descubre, un poco más, al que el padre Huvelin y María de Bondy le ayudan a encontrar. Él tenía ya la costumbre, cuando en Marruecos recorrió tantos caminos, de descubrir el realismo de la vida de la gente del que le hablan también las calles de Nazaret. Pero en Nazaret se concentra en la visión de un hombre, Jesús, que vive una miseria extraordinaria.

Huvelin tuvo razón al animarlo a ir a Tierra Santa. Foucauld tenía necesidad de

suavizar su radicalidad mediante el encuentro con lo real, de ser algo más que una voluntad de hierro que se aplica a poner en práctica sus planes; estos, ahora, consisten en ser el último. Y a ellos se dedica con tanto ardor e intransigencia como en Marruecos, donde quiso ser el primero para ser el más perfecto; con ese mismo perfeccionismo con el que, en el ejército, se las ingenió para ser el menos perfecto, el más insumiso. Huvelin percibió todo y vio un peligro grave de simetría inversa; captó muy bien que podía haber tanta búsqueda de sí mismo en el deseo de «bajar», como dirá a menudo el aristócrata Foucauld sobre Jesús (le ve «bajar» todos los rellanos en el descenso del Portal de Belén al Calvario), como búsqueda de sí mismo hay en la voluntad de triunfar.

En ese momento, en un sermón del padre Huvelin, oye una idea sobre la conquista del «último lugar» –antes o después de su peregrinación, no lo sabemos– que dinamita profundamente el peligro de la simetría. Este pensamiento de Huvelin le hace comprender que el «último lugar» no es un ideal en sí, sino que se trata del «último lugar de Jesús»; pero, sobre todo, que este «último lugar», que tanto le fascina, no podrá nunca alcanzarlo, ya que es de Jesús únicamente, del único Hijo del Dios hecho hombre. El padre Huvelin hace comprender a Foucauld, que se empeña en «*buscar siempre el último de los últimos lugares*», que es una meta imposible de realizar; idea que se fija en él como una flecha que ya no podrá nunca arrancarse de la piel, que le molesta e incluso va a hacerle claudicar en su primer intento de conseguir la perfección. He aquí la idea que escuchó: «*Esta frase de M. Huvelin tan inviolablemente gravada en mi alma: “Jesucristo ha tomado el último lugar de tal manera que nadie nunca se lo podrá arrebatarse”*». A buen entendedor, ¡pocas palabras bastan! A partir de entonces continúa acercándose lo más posible al Jesús del último lugar, sabiendo que nunca habrá acabado ni llegado al final, ya que el discípulo no sobrepasará nunca al Maestro. Por fin encuentra a su Maestro en pobreza, y a partir de entonces comienza a comprender que esta pobreza de Jesús no la vivió por ella misma, sino por amor, y que el amor es la única respuesta.

¿Ha amado a algún ser, hasta ahora, verdaderamente? Ha tenido un gran cariño a su abuelo, ha vivido una gran amistad, la de Gabriel Tourdes; no parece que haya conocido un verdadero amor hacia ninguna mujer. Su corazón acaba por fin de abrirse, en esos últimos meses gracias al descubrimiento de dos seres que le aman, como un padre y una madre, el padre Huvelin y María de Bondy. El amor que uno y otro sienten y manifiestan silenciosamente, amor místico y humano, unificado hacia Jesús, que es lo primero para un corazón, y hacia los demás. Esta es la mediación que a Foucauld le va ayudando a encontrar poco a poco a Jesús. No ha conquistado a este Jesús luchando como se conquista una cima; ha sido conquistado paso a paso por un Jesús que no ha menoscabado nunca su libertad. Pero el camino ha sido largo y áspero.

¿Dónde está la santidad?

Si, de entrada, tanto María de Bondy como el padre Huvelin, tras su conversión, le orientaron hacia el matrimonio, es porque pensaban, justamente en su convicción humana y espiritual profunda, que podría vivir el Evangelio en lo cotidiano, como lo hacían ellos, como sacerdote diocesano y como madre de familia. ¿Hace falta, como desea ardientemente, ser monje para ser santo? Y ¿hace falta necesariamente, para ser un santo, imponerse condiciones extraordinarias de vida? ¿El Espíritu Santo no habría admitido en su camino de salvación y de santidad, si se puede decir, a un Charles de Foucauld, buen padre de familia, hombre honesto, en su vida y en su profesión?

Antes de aturdirnos con la admiración incondicional de la elección que hará entonces Charles de Foucauld, hay que preguntarse si no entra aquí también una parte de voluntad de realización personal, cosa todavía bastante alejada del Evangelio de Jesús. Por supuesto, Foucauld captó que es el amor hacia Jesús el que conduce la vida espiritual del padre Huvelin o la de María de Bondy y declara que el único criterio de su elección es el mismo amor. Pero uno puede sentir una cierta molestia ante su determinación. Cuando escribe a Castries en 1901: «*No sabía qué Orden elegir. El Evangelio me enseñó que “el primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón” y que hace falta basarnos en el amor; cada uno sabe que el amor tiene, como primera reacción, la imitación: tenía que entrar en la Orden en la que encontrara la más exacta imitación de Jesús*»[\[22\]](#). Esta frase en tres cuerpos en forma de silogismo impecable olvida simplemente el amor del prójimo, segundo mandamiento parecido al primero y del que no se puede disociar. Si se trata de imitar, ¿no ha amado Jesús a «*los suyos*», es decir, a sus hermanos los hombres, hasta dar su vida por ellos?

Foucauld es un apasionado de Dios, apasionado del Hijo de Dios hecho hombre, Jesús de Nazaret; «*no vivir más que para Él*». Y los hombres, ¿piensa en ellos? En cuanto a su criterio, «*la más exacta imitación de Jesús*» que sería la vida religiosa, Foucauld se inscribe entonces en una cierta tendencia de la teología de su época anterior al Concilio Vaticano II. A partir del Concilio se afirmará con fuerza que todos los cristianos, en todas las condiciones de la vida, están llamados a la santidad y que esta llamada de Dios llega a cualquier ser humano en cualquier condición. Jesús, al que tenemos que imitar todos, no fue nunca un monje de su tiempo, un esenio, por ejemplo.

Decide no solo hacerse trapense, sino también elegir una trapa que le permita ir lo más lejos en el sacrificio de sí. La Trapa Notre-Dame-des-Neiges, en Ardèche, a la que llega en octubre de 1889, le parece tanto más deseable porque al entrar allí podrá partir sin duda aún más allá: ir al más pobre priorato establecido en Siria, en país otomano. A su vuelta de l'Ardèche, María de Bondy, sin duda porque teme un cierto endurecimiento, le invita a hacer un retiro con los Jesuitas de la Vila Manrèse en Clamart.

Está decidido: la Trapa. Escribe, ochos años más tarde, dirigiéndose a Dios en una

meditación: «*Sed de haceros el mayor sacrificio que me fuera posible haceros*». Hay que subrayar «*el más grande*», todavía lo excesivo. «*El 15 de enero de 1890, se efectúa ese sacrificio*». Ese día se va a Notre-Dame-des-Neiges después de haber comulgado por la mañana en San Agustín, como el día de su conversión, pero esa vez con María de Bondy; hace una última visita al padre Huvelin y a María de Bondy, a quienes deja, a uno y a otra, llorando. Efectivamente, dejarlos, a uno y a otra, sus segundos padres, es «*el mayor sacrificio*» en el que ha podido pensar entonces. Renunciar al dinero y a las exploraciones no es nada para él, al lado de esta doble y única separación; describe este momento muy bien en su meditación con un cierto énfasis romántico: «*Dejando para siempre a mi familia que me daba la mayor felicidad y yendo bien lejos de ella para vivir y morir*». Los términos son absolutos y definitivos: «*para siempre*», «*la mayor felicidad*»; en cuanto a «*mi familia*», si estuviera su hermana María, a la que fue a decir adiós a Dijon, a quien escribe una carta bastante banal el día 14 de enero, víspera del viaje, si estuviera su tía Inés (que perdió a su marido el 19 de marzo anterior) y su prima Catherine; pero se trata, primero y ante todo, del padre Huvelin y de María de Bondy, a los que considera sus segundos padres, de los que habla en una nota de 1895 en la que se dirige a Dios evocando «*el ejemplo, la fuerza, la bondad de Vuestra sirvienta y del señor cura*». Veinticinco años antes, este hombre de treinta y un años había perdido a sus dos padres; los ha vuelto a encontrar en dos seres que tienen un mismo rostro; y, tres años más tarde, decide dejarlos. Un inmenso sacrificio en el que realiza nuevamente lo más excesivo.

¿El 15 de enero de 1890 es «*el día más señalado de toda su vida*»[\[23\]](#)? Se ha intentado demostrar esto con total exaltación al decir, primero, que siempre recordó ese día; de hecho, lo mencionó varias veces en los diez primeros años, pero ni una sola vez entre 1900 y su muerte en 1916. Insistiendo después sobre un cierto carácter dramático de la separación: las lágrimas del 15, la carta del día siguiente a María de Bondy: «*Mis ojos no verán nunca más los vuestros*». Y concluyendo: «*El 15 de enero fue el día del mayor sacrificio, en la tristeza y el dolor de la separación. Ese día fue para él un paso por la muerte*»[\[24\]](#).

Ahora bien, ese día de la separación será más tarde definido como un día de vida y de comunión, y no como un momento mórbido: «*Hace diez años, estaba sentado cerca de vos en vuestro salón, mirándoos tanto a vos como al reloj. ¡Qué vivo está para mí el recuerdo de ese día!... ¡Cómo he pensado en la comunión de esa mañana! ¡Cómo estuve con vos todo ese día!*».

Queda decir que, si Foucauld vuelve a veces sobre este aniversario, nunca, en estas evocaciones, hace mención de lo que pudieron sentir el padre Huvelin y María de Bondy, para quien esta separación fue también dolorosa. Foucauld no parece tener en cuenta esto, fijó su atención en lo que vivió él, en su sacrificio y en la intensidad del mismo:

¿pensó en algún momento que les imponía esta separación sin preguntarles su punto de vista?

«Los míos ya se han resignado»...

Había escrito el 29 de noviembre a su hermana que él no pensaba hablar con nadie de su decisión. *«Anunciaré mi salida para algún viaje, sin decir en absoluto que entro en la vida religiosa ni que por nada del mundo pienso en ello»*. De hecho, el 24 de abril de 1890, desde Notre-Dame-des-Neiges escribe a Henri Duveyrier que, según parece, le escribió para pedirle noticias. No puede no responderle ni ocultarle la verdad: *«Alégrate conmigo de esta nueva existencia toda de sacrificios para hacer compañía a Aquel cuya vida en la tierra no ha sido más que sacrificios»*. Y retoma el tema de la separación incluyendo, esta vez, y no puede faltar, a sus amigos: *«El mayor sacrificio para mí, tan grande que todos los demás no se pueden comparar a este y se transforman en nada, es la separación para siempre de una familia adorada y de amigos poco numerosos pero a los que mi corazón está unido con todas sus fuerzas: esos amigos tan queridos son cuatro o cinco, tú eres uno de los primeros entre ellos. Debo decirte lo mucho que me cuesta pensar que ya no te veré más»*.

Llegado a este punto, ¿ha pensado que Duveyrier podía también entristecerse, él, que quería a Foucauld como a un hijo, que era depresivo, al que Foucauld no comentó nada, ni a quien tampoco hizo una visita de despedida? ¿No ha herido a este hombre? Desde luego, Foucauld le hace hoy los cumplidos propios de una gran amistad, pero ¿se pone en su lugar? Hace una amplia descripción de los Trapenses que, como son acogedores, *«se prosternan ante el huésped que llega»*, y un sermón más largo todavía sobre la caridad: *«Todos los hombres son los hijos de Dios a quienes ama infinitamente. Es, pues, imposible amar, querer amar a Dios sin querer amar a los hombres [...]. El amor de Dios, el amor de los hombres, es toda mi vida, y será toda mi vida, espero»*. Sabe bien, sin embargo, que escribe a un no creyente: ¿él puede comprender que es amado por Dios y que Foucauld ama porque Foucauld se siente amado por Dios? O no desearía, tanto más por su carácter ansioso, un cariño manifiesto; que la amistad de Foucauld hacia él fuera directa, sin pasar por Dios? Casajus escribe^[25]: *«Esta carta provocó una gran conmoción a toda la cohorte de hagiógrafos. ¡Qué poca habilidad en la dureza del nuevo converso! Este género de prosa es incomprensible para el que no está comprometido en el camino en el que el otro se ha comprometido. ¿Qué podía captar de todo esto una persona inquieta como Duveyrier? Que, a partir de ahora, su amigo le amaba por deber, y no por inclinación. Debíó de quedarse con la misma idea después de leer en una carta, el 4 de diciembre de 1891, a pesar de todo el cariño que se manifiesta: “Los sentimientos del amigo valen más que los tesoros del espíritu, amo ante todo lo que hay de tan perfecto en tu corazón, es lo que me hace tan fácil*

obedecer al mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo, que me ordena quererte como un hermano tanto como dure mi vida”».

Compartimos totalmente su análisis, pero rechazamos radicalmente lo que sigue, la razón de la actitud de Foucauld. Según Casajus: *«la dureza de Foucauld es en realidad el revés de sus propias tristezas. Para hacer callar un corazón destrozado vierte a mares palabras exaltadas que le inspira su celo de neófito»*^[26]. Si Foucauld habla así, es, en verdad, porque es recto y se ha endurecido en sus principios; hay una rectitud del tipo integrista, una actitud limitada que insiste casi únicamente en la grandiosidad de Dios al punto que el amor hacia Dios absorbe de alguna manera el amor hacia el prójimo y este solo se contempla como una orden. Aquí vemos una actitud que puede molestar a un no creyente ya que, en esa circunstancia, no se siente reconocido por él mismo. Por analogía, se podría decir, teológicamente, que eso es monofisismo: insistir sobre la divinidad de Cristo mientras que su humanidad se ve disminuida, llegando a ser casi exangüe. Foucauld, que ha vivido doce años en la no creencia, que le han amado por él mismo sin que nadie pretendiera nunca su conversión ni recibiera sermones morales –por María de Bondy, por ejemplo–, no se pone en el lugar de un Duveyrier. Y a este hombre, que en su respuesta del 12 de mayo le expresa su desacuerdo, Foucauld le escribe llanamente: *«¿Cómo no comprender que piense de modo diferente a mí, querido amigo, yo, que hace cuatro años pensaba como usted?»*. Duveyrier le pide una foto: será un recuerdo que guardará siempre; Foucauld se la envía.

Felicitación de Año Nuevo a Duveyrier el 4 de diciembre de 1891 –Foucauld es ahora monje en Siria–: *«Que 1892 pueda traernos paz para el alma y salud»*. E invita a este amigo, si quiere tener más noticias de él, a que se dirija al padre Huvelin; manera indirecta de decirle que ya no tiene ganas de escribirle; a lo que añade la torpeza que ya hemos subrayado. Hablando del padre Huvelin, dice: *«es como mi segundo padre, ya que perdí el mío casi al nacer»*. Duveyrier, que se consideraba como casi el padrino, si no el padre, se siente muy herido. Carta del 28 de diciembre de Duveyrier en la que le dice de nuevo que no entiende; a la que Foucauld está obligado a responder. Lo hace muy ampliamente, el 21 de febrero: *«Usted no lo aprueba; teme los votos de religión y me dice sobre esto todo lo que le sugiere el cariño más tierno. El cariño me es muy grato y me llena de emoción y de agradecimiento, la desaprobación no puede extrañarme. Hace seis años yo estaba tan alejado de la religión católica como usted puede estarlo ahora, no tenía ningún tipo de fe ni la hubiera tenido. Si hubiera tenido un amigo que hubiera querido entonces hacerse trapense, qué manera mejor para probarle mi amistad que escribiéndole lo que usted me escribe»*. Le explica entonces la motivación profunda de su elección, un verdadero curso de teología; desde la Trinidad, *«nosotros, católicos, creemos en un Dios único, inmaterial...»*, hasta la Encarnación. Jesús *«cuya vida ha sido todo sacrificio y todo dolor»*. A partir de ahí, la finalidad que

se ha fijado: *«Amar a Dios con todo mi corazón e imitarlo en la débil medida que permite mi cobardía»*. Le vuelve a relatar su vida pasada. Huérfano a los cinco años. La adolescencia: *«Desde los quince o dieciséis años, toda la fe había desaparecido en mí, las lecturas de las que tenía tanta sed habían hecho este trabajo. Vida disipada sin impedir un gran interés muy agudo por el estudio»*. La conversión. El padre Huvelin *«que llegó a ser para mí como un padre»*. La incitación del padre Huvelin y de la familia hacia el matrimonio: *«Dejé pasar el tiempo... que me ha traído aquí»*. *«He venido aquí, como tantos otros, por el deseo de sacrificio»*. Conclusión de esas ocho páginas de una escritura pequeña y muy apretada: *«Los míos se han quedado resignados sabiendo que estoy aquí, porque creen que es la voluntad de Dios que me ha llamado: resígnese como ellos, querido amigo, a quien escribo esta carta tan fraterna»*. ¿Es tan fraterna? ¿No le falta corazón? Ya que, justamente, Duveyrier no es creyente, no tiene, de ningún modo, la capacidad de la familia de Foucauld para comprender esta separación. Últimas líneas: *«No tengo tiempo, desgraciadamente, de hablar de usted, de mi tristeza cuando me dice que está cansado por el reuma»*. ¿No habría podido escribir un poco más sobre el estado de su amigo?

La noche del 25 abril, algunas semanas después de recibir esta carta de Foucauld, Duveyrier, tras redactar un nuevo testamento, se quita la vida de un tiro en la cabeza.

«Hazle mi petición»...

Al amigo de juventud, Gabriel Tourdes, Foucauld le escribe el 11 de mayo de 1891: *«He pedido a mi Superior el permiso para escribirte, alegando que eres, no un amigo, sino el amigo, alguien muy especial para mí»*. Una carta muy larga: *«Pobres monjes, separados de todo lo que quieren, no por tristeza, no por desesperanza, por amargura, sino por el solo amor a Dios, al que quieren entregarse en cuerpo y alma»*. Le asegura su amistad siempre tan viva, su oración por él. Le pide noticias: *«¿Lees mucho, a quién ves, cómo es ahora tu vida?»*. Le da noticias, le dice que está en *«paz»* y es *«feliz»*. Y aquí le hace una proposición a Gabriel, que no es creyente: *«Desaprendimos juntos a rezar al buen Dios. Sin embargo, busca en el fondo de tu memoria o, mejor, en el fondo de tu corazón, una oración y díselo para agradecerle, a este Buen Dios, por todas las gracias que me ha dado»*. Una página más allá, vuelve a la carga: *«Te lo repito, busca una pequeña oración para agradecer a Nuestro Padre los favores con los que colma a tu amigo. Si tú quieres acercarte a mí completamente y vivir un instante mi vida, entra un momento en una iglesia (paso ocho horas al día de delicias) y piensa en mí mirando al altar»*. ¿Qué ha podido pensar Gabriel de esta carta tan estimulante en la que se le invita a dar gracias a Dios, él, que no es creyente, por haber puesto a su amigo en la felicidad y la paz?

Nueve meses más tarde, Gabriel le notifica la muerte de una de sus hermanas muy

conocida por Charles. Este le responde con una carta muy afectuosa; quisiera estar a su lado: «¡Qué remordimientos tengo de no poder estar contigo dándote la mano o, si no, consolándote, mostrándote un rostro que te ama!». Y le invita en esta ocasión a «*levantar los ojos hacia Dios*». «*Desgraciadamente me parece que estás rodeado de las mismas ideas que tenía yo hace seis años. Quiera el buen Dios hacerte la misma gracia que a mí, pídeselo. Hazle mi petición, esta misma petición muy corta que yo le hice: “Dios mío, si existís, haced que os conozca”*».

La amistad entre ellos se ha conservado muy viva; es la misma; y le dice: «*Es infinitamente agradable ver que, tras esta larga separación entre nosotros, la ternura, la confianza, el abandono se han conservado intactos... es bueno amar, Gabriel...*». El monje Foucauld recibe totalmente la amistad de un no creyente. Le gustaría que se volvieran a ver, que Gabriel pasara por Siria: «*Un viaje por Oriente debe tentarte muchísimo*». Sin embargo, no puede dejar de desear que Gabriel comparta su fe y le dice: «*Que puedas decir pronto conmigo las frases de san Agustín: “¿Por qué te he conocido tan tarde y tan tarde amado, Belleza siempre antigua y siempre nueva?”. Es esta Belleza la que es mi vida, siento demasiado el precio de tal felicidad para no desearlo de todo mi corazón para ti, mi querido Gabriel. No puedo amarte sin tener este deseo tan ardiente como mi amor... es el mayor de los bienes y no me consolaré de no poder compartirlo contigo*».

Se escribirán hasta la muerte de Foucauld. En todos estos años, Gabriel, magistrado, trabajador infatigable, del que se dirá que llevó una vida de «*monje laico*», no responderá al deseo de su amigo Charles. En las cartas que nos han llegado posteriores a 1892 ya no encontraremos huellas de esta expresión del deseo tan intenso de que se convierta. ¿Gabriel le respondió categóricamente que no quería hablar más de esta cuestión? O Foucauld se calló al comunicarle de una vez para siempre el fondo de su corazón. Hay que decir que este hombre sabio y moderado que era Gabriel no parece que se dirigiera a Dios, rechazando honestamente hacer el gesto al que le invitaba su amigo del alma. Entonces, podemos decir que, aun teniendo una fe tan ardiente y una fuerza de convicción tan viva, Charles de Foucauld, durante los treinta años que van desde su conversión a su muerte, no convirtió a nadie.

Pero también hay que decir que, diez años más tarde, Foucauld, que ya no busca convertir a su amigo, encuentra, ya lo veremos, las palabras justas y simples que Gabriel, no creyente, puede escuchar.

4. «MI NAZARET»

Digamos, sin dudar, que la vida de Foucauld, tras su infancia y sus sobresaltos, pasó por tres fases o tres ciclos que se desarrollaron de una manera dialéctica en relación uno con otro. La primera fase, entre los trece y los veintitrés años, es una fase de emancipación alegre. Vimos que, tras las pruebas de la infancia, Charles de Foucauld quiere conocerlo todo, bien sea por medio de lecturas o bien por experiencias de todo tipo; quiere no obedecer a nada salvo a la pulsión de desarrollar su ser; quiere ser libre. En tal registro todo es relativo, todas las religiones equivalen, el bien y el mal se confunden. Foucauld es una bola de energía, una fuerza, una inteligencia, un sentido estético, un gusto muy trabajado que le hacen distinguir bien los riesgos y los escollos, que le hacen medir y ver desde lo alto el vacío al que conducen ciertas búsquedas o aventuras. Ese momento lo define más adelante, cuando ya es creyente: «*Era todo egoísmo*». Una mirada profana puede decir simplemente que ese joven es un ser que se construye con rabia y alegría amándose a través de todo lo que consigue, hazañas de cualquier orden: fiestas, búsquedas femeninas, combates de guerra y expediciones peligrosas.

Segundo ciclo: el arco que se tensa

Con el albacea, en 1882, comienza la segunda fase. Concentrándose sobre sí mismo, quiere probar, a los suyos y a la sociedad, su valor; ya no es cuestión de perderse en alegres aventuras y correrías; se transforma, y casi de manera monstruosa, en un arco que se tensa para alcanzar lo más excelentemente posible su meta. Eso es lo que consigue con su exploración en Marruecos. La exploración acaba con la redacción de un relato a la que se dedica con igual ardor. En 1886, se consagra a la escritura de su exploración, ejercicio tan solitario y austero como había sido la exploración: una serie de encuentros y de acontecimientos inesperados, variopintos. De «*disipado*», como dirá a Duveyrier, «disperso», se ha vuelto compacto, concentrado intelectualmente, pero también moralmente. Su búsqueda de «*virtud*», palabra que utiliza estrictamente en su sentido antiguo, en ese momento le caracteriza exactamente. Esta «*virtud*» es lo que hace al hombre superior al destino, gracias al cual consigue el control de las pasiones y la explotación de sus potencialidades de pensamiento y de acción.

Al mismo tiempo ha encontrado el polo de reunificación afectiva. Su familia le ha reconocido y, tras su hazaña en Marruecos, le rodea de ternura; va a visitarla muy frecuentemente, la reconquista. En este clima se hace más hondo en él un deseo intenso de verdad; quiere tener un agnosticismo activo; se pone en búsqueda de la verdad,

queriendo aprehenderla completamente; quiere aquí también explorar un nuevo espacio desconocido, conquistar lo que se le escapa; hasta el punto de que, confundido al no poder llegar por sus propios medios, pide a Dios que, si existe, se dé a conocer; demanda información a un profesor de religión católica para averiguar si esta es la verdadera. La pasión por ejercer un dominio total se manifiesta aquí también.

La segunda fase no comienza con la conversión, de la que dirá más tarde que ha «*recibido todos los bienes*», la que se presenta efectivamente a sus ojos como una terminación de la búsqueda de su finalidad en plenitud. Había conseguido todo: el éxito, la virtud, el afecto; a partir de entonces, para coronar ese todo, adquiere el Todo, Dios. Un creyente puede entusiasmarse ante una conversión. Un no creyente –Duveyrier, Tourdes– no tendrá en absoluto la misma reacción; no puede captar desde el interior lo que pasó, pero puede, al menos, juzgar el efecto de una conversión a través del nuevo comportamiento del converso. Ahora bien, este se convierte, al menos en un primer período, en una persona intransigente en la fe y en la expresión de su fe, apropiándose como un tesoro que los demás no tienen y se convierte en proselitista, sintiéndose particularmente investido de la misión de convertir a su vez –los convertidos pueden ser inaguantables–. Veamos lo que Foucauld dice a Duveyrier: «*Me he convertido, soy monje, alégrate por mí. En lo que me concierne, he encontrado la felicidad*»; y lo mismo cuando dice a Tourdes: «*Da gracias a Dios que me ha dado la felicidad; haz la misma oración que yo y encontrarás esa felicidad en ti*». Los que han obtenido una gran victoria o conquistado un amor pueden tener este mismo comportamiento bastante a menudo, igual que los conversos: imponen sus certidumbres y su felicidad a los demás.

La segunda fase de la vida de Foucauld podemos estimarla desde junio de 1882 a su ordenación sacerdotal, en junio de 1901. Es un período inverso al primero; no es un tiempo de gastos y de dispersiones, de explosiones en todos los sentidos y de alegrías diversas, de cinismo a veces y de escepticismo, sino un período de concentración grave sobre sí mismo, de seguridad, de dura firmeza. Intentaremos mostrarlo paso a paso. Las cartas al padre Huvelin, entre otras, nos ayudarán a discernir esta época. Un período que no es luminoso, angélico, como lo describieron muchos biógrafos, sino un período oscuro, extremadamente tenso, antítesis de la primera época. Desde 1882, Foucauld quiere ser un todo, un bloque compacto. Igualmente, el joven Claudel, que tiene diez años menos que Foucauld, con el mismo temperamento volcánico, será *Cabeza de oro*, jovencito que parte a la conquista del mundo y lo quiere todo. Tanto para el uno como para el otro, la conversión –que ocurre en la misma fecha, en 1886– les unifica frente a las derivas centrífugas que les dispersan. Vemos cómo, en su conversión misma, Foucauld persevera en su voluntad de 1882.

Desde su conversión al Todo de Dios, Charles de Foucauld quiere darle su vida. Y en esta voluntad de donación radical, pone el listón muy alto. O, más bien, es una figura de

simetría en la que los extremos se tocan, y la va a situar muy bajo; él, que quería ser todo, triunfar en todo, ahora quiere ser totalmente «*nada*» ante el Todo de Dios. En ese sentido, va a construir primero, con todas las piezas, una imagen con la que identificarse, un modelo al que conformarse: un Jesucristo del «último lugar». El padre Huvelin habla de «*el último lugar*» que había tomado Jesús como un teólogo, siguiendo las ideas paulinas que insisten en el descendimiento, la «*kénosis*» del Hijo de Dios que «*se despojó de sí mismo, para tomar condición de esclavo*» (Filipenses 2, 7). Foucauld sigue estas ideas al pie de la letra y quiere aplicar de manera literal esta expresión teológica. Nos quedamos así, estupefactos, ante la presentación de la vida de Cristo, tal como la describe a Duveyrier en su carta del 24 de abril de 1890: la vida «*más dura y desdeñada que nadie tuvo nunca*». Así la evoca, ya lo vimos, a María de Bondy el 24 de junio de 1896: la de un «*joven artesano, perdido en la abyección y la obscuridad*». El oficio de carpintero que Jesús ejerce en Nazaret no era, ni de lejos, el último de los oficios de Israel. ¿Por qué resumió así en unas condiciones de vida, que pinta casi degradantes, el descendimiento místico de la Encarnación del Hijo de Dios? ¿De dónde ha sacado un cuadro tan oscuro? ¿Su peregrinación a Tierra Santa le ha impresionado hasta este punto? En realidad, podemos decir que él mismo se ha construido una imagen que le conviene, una imagen a la que aspira.

El siglo XIX cristiano insiste mucho sobre el Crucificado y la Redención; el principal periódico católico de Francia tomó el nombre de *La Croix* con la imagen del Crucificado en primera página. Muchos autores que escriben sobre la vida de Jesús, inciden, particularmente, en la existencia miserable que llevó en Nazaret. Foucauld se imaginó así la vida de Jesús y fijó, de manera decisiva y excesiva, esos trazos en su espíritu. Las calles de Nazaret, la vida tan pobre de sus habitantes le recuerdan el choque que sufrió al emprender, él, un aristócrata, la exploración marroquí, la suciedad que encontró; concluye de todo esto que Jesús se abajó en este subdesarrollo, vivió la abyección.

Es el seguimiento, la imitación literal de esta imagen extrema la que va a dominar todos sus pasos. El 16 de enero de 1890 llega a Notre-Dame-des-Neiges, a la abadía francesa situada a mayor altitud, a 1.100 metros, en la región de Ardèche. Sus días pasan sencillamente. Se da cuenta rápidamente de que la abadía no es todo lo pobre que esperaba según sus aspiraciones. Pero sabe que, a partir de octubre de 1889, podrá ir sin duda al priorato de Notre-Dame-des-Neiges establecido en Siria: «*Los Trapenses fundan fácilmente casas en el extranjero, un poco por si han de refugiarse en el caso de que les expulsen de Francia*», escribe a su hermana. Y espera. El 25 de junio le anuncian que le envían y se moviliza al día siguiente; llega el día 9 de julio a Alexandrette y de allí en dieciocho horas a caballo hasta Akbès, vía Alepo. El prior de Notre-Dame-du-Sacré-Cœur es un antiguo padre de Notre-Dame-des-Neiges, Dom Policarpo; hay una veintena de trapenses, incluidos los novicios, y le integran entre ellos, con el nombre de hermano

María Alberico.

Quiere deshacerse totalmente del pasado. Envía en julio su dimisión de oficial de reserva y en octubre, su dimisión de la Sociedad de Geografía. Ahora bien, el 5 de noviembre en la carta al padre Huvelin ya aparece una queja y sobre todo un juicio: «*Somos pobres para los ricos, pero no pobres como lo fui en Marruecos, no pobres como san Francisco. Lo deploro sin turbarme*». El priorato de Akbès son barracas, viven allí, además de los monjes, una quincena de obreros laicos y una quincena «*de huérfanos católicos del país, que tienen entre cinco y quince años*». Pero todo eso no es lo bastante pobre para Charles de Foucauld, que tiene ya su idea para remediarlo personalmente: «*Cuando sea profeso –confía al padre Huvelin– podré obtener los permisos que me permitirán, a mí al menos, practicar mejor la pobreza*». No hace más de tres meses que llegó a Akbès y ya hace este veredicto categórico, piensa situarse aparte de los demás y, al desear ponerse más abajo de ellos, se pone por encima.

Muchas cosas le molestan personalmente. Por ejemplo, le confían la tarea de construir un camino y él no quiere dirigir a los obreros: así lo hace saber secamente. Cuando deja el noviciado, como forma parte de los «monjes del coro», recibe el nombre de Padre María Alberico, mientras que él hubiera querido conservar el nombre de Hermano, como los otros hermanos conversos en medio de los cuales le hubiera gustado quedarse y compartir sus preocupaciones. El 2 de febrero de 1892, pronuncia sus votos simples y recibe la tonsura. En agosto le hacen comenzar sus estudios de teología. Se emociona: «*Esto es muy serio, escribe a su prima el 28 de febrero de 1893; todavía espero que no me conduzca al sacerdocio*». Este fino letrado, este científico escribe a su prima: «*Los estudios me interesan. Pero no valen lo que vale la práctica de la pobreza, de la abyección, de la mortificación, de la imitación de Nuestro Señor que da el trabajo manual*». El sacerdocio le parece incompatible con «*el último lugar*» que busca.

Pero también mira con distancia lo que está sucediendo en su Orden. El 21 de mayo comenta extensamente a su prima «*una cosa que [le] apena*». Reunidas en Roma, las tres congregaciones salidas de san Bernardo se han constituido en una sola Orden, la «Orden cisterciense de la estricta observancia» y, en esta ocasión, ha sido unificado el régimen alimentario de todas las Trapas: «*El aceite y la mantequilla se autorizan como aliño [...]. Ya no tenemos nuestra querida cocina de sal y agua, nos ponen no sé qué grasa en nuestra comida. Comprenderás que lo siento mucho*». «*¿Dónde parará todo esto y qué dirección están tomando las cosas?*». Un mes más tarde, tras leer el conjunto de las nuevas Constituciones: «*Es todo muy piadoso, muy austero*». «*Es una reforma y no una deformación como yo temía. Aunque, sin embargo, y sea dicho entre tú y yo, no es la total pobreza como yo quisiera, no es la abyección que yo hubiera deseado; mis deseos por ese lado no están cubiertos*».

Escribe entonces una carta inquietante a Dom Martín, el abad de Notre-Dame-des-

Neiges, que ha participado en las reuniones de Roma, en la que habla de «*nosotros*», como si otros monjes protestaran como él contra los cambios: «*Que la Orden sea dividida en una o varias observancias, no es importante para nosotros. No es la organización del gobierno de la Orden lo que nos atrajo a la Trapa. Hemos venido para encontrar esta soledad, esta pobreza, este trabajo humilde, esta penitencia, que hacen de nuestra Santa Orden una Orden única en la Iglesia, la única en la que encuentran lugar los que Nuestro Señor llama a seguirle en la vida escondida de Nazaret. Si cambiáramos algo de esta soledad, de esta pobreza, de este humilde, vil y bendito trabajo manual, de esta penitencia tal como nos la han prescrito san Benito y san Bernardo, no me consolaría, ya que no sería la Orden en la que yo he entrado con tanta felicidad*». Nos damos cuenta de que, para él, el trabajo manual es «*vil*». Aquí aparece el Foucauld aristócrata, que ve en el trabajo manual una cierta decadencia y, como la vida de Jesús en Nazaret estaba consagrada particularmente al trabajo manual, este era, a los ojos de Foucauld, una componente esencial de la «*abyección*», así como él lo veía, según la vida llevada por Jesús de Nazaret.

Un alma de reformador

Cartas a mediados de 1893 para Huvelin. Expresa su «*inquiétude*»: «*No me deje perder el amor de Nuestro Señor*». Le pide consejo para los votos de admisión de la Comunidad: «*¿Hay que aceptar a los novicios que tienen virtudes [...] pero que parece que buscan no sé qué ideal de vida monástica, dulce, tranquila, piadosa, fácil con todo lo necesario y mucho superfluo?*». Piensa como un reformador intransigente, como el padre de Rancé, quien en el siglo XVII reformó la Trapa, cuya biografía escribieron Chateaubriand y H. Bremond; como él, hace referencia a «*nuestros primeros padres*». En cuanto a la reforma aportada por Roma, «*no llega a las raíces; no hemos sido fundados sobre una suficiente pobreza real*», declara Foucauld. Campanada más alarmante todavía, el 22 de septiembre de 1893 –acaba de cumplir treinta y cinco años–: «*Esas modificaciones no van a impedir que el mal crezca más [...]. No haremos más que separarnos cada vez más de la pobreza, de la humildad, de este pequeño camino de Nazaret que he venido a buscar, en el que estoy interesado infinitamente*».

La idea de «*consolar*» el Corazón de Cristo, que todavía es demasiado desconocido, toma forma en su cabeza, por primera vez, de una manera bien particular. Se da cuenta claramente de que la Trapa no imita a Jesús en su vida de Nazaret mejor que otra orden monástica y que no hay ningún motivo para continuar por este camino: «*Estoy afligido por ver a Nuestro Señor solo en este camino de Nazaret, sin que ningún alma, ninguna reunión de almas en la Iglesia le acompañe*». Notemos que, si hace esta afirmación, es porque, al menos él, quiere hacerlo. Y, lógicamente, continúa: «*¿No habría medio de formar una pequeña congregación para llevar esta vida? [...] ¿No podríamos*

encontrar algunas almas para caminar con Él, siguiendo todos sus consejos, renunciando a cualquier propiedad, no solo colectiva, sino individual?». Es él quien subraya todos: quiere una escucha y una imitación integrales.

Y en esta larga carta de septiembre de 1893 detalla la arquitectura de la nueva congregación monástica que le parece bien fundar. Y aquí están las grandes líneas. En lo que toca a la vida material: aparte de la absoluta carencia de propiedad, «*vivir únicamente del trabajo manual; no pedir, no recibir dones*» ni de fuentes que vienen «*del trabajo de obreros de fuera [del monasterio]*» y «*deber absoluto de limosna*». «*Sin reservarse nada para el día siguiente*». En la relación con el exterior: rechazo total de «*cualquier proceso, cualquier contestación, cualquier reclamación*». En lo que toca a la estructura interna del convento: «*No dos clases de religiosos*», no dos clases: profesos y conversos, «*una sola*». En cuanto a la vida litúrgica, «*para nada la liturgia complicada de san Benito, sino largas oraciones, el rosario, Santa Misa*» con el argumento de que el lenguaje de esta liturgia es hermético. «*Nuestra liturgia cierra la puerta de nuestros conventos a los Árabes, Turcos, Armenios, etc., que son buenos católicos pero no saben una palabra de nuestras lenguas*». Se trata de llevar este modo de vida, no en los grandes monasterios, sino en pequeñas comunidades, en «*pequeños nidos de vida ferviente y laboriosa*». Habla a Huvelin «*de pequeños grupos, pequeños palomares, como los Carmelos*» y también a María de Bondy. Esos términos hacen pensar irresistiblemente en las concepciones de vida monástica que Teresa de Ávila —a quien lee asiduamente desde 1889—, había desarrollado en su libro *Las Fundaciones*: oración, trabajo manual, vuelta a todos los Consejos evangélicos; la filiación con la Madre es evidente[27]. Foucauld tenía que apoyar sus deseos en esta referencia, aunque no la nombre para nada, el padre Huvelin tampoco la ignora. Concluye esta carta preguntándole, preguntándose, si estos pensamientos vienen o no de Dios. Si es que sí, está preparado para profundizar: «*Haré al instante, hoy y no mañana, los trámites necesarios para entrar en esta vía. Cuando pienso en esto, lo encuentro perfecto*». Añade: «*Es lo que busqué siempre; únicamente por encontrar esto vine a la Trapa; no es una vocación nueva. Si una reunión de almas parecida hubiera existido hace algunos años, allí habría ido directamente. Ya que no existe, y que no existe nada que se le parezca, ni nada que la remplace, ¿no vale la pena intentar formarla?»*.

«No está hecho para dirigir a otros»

Está claro que se ve bien indigno de comenzar una fundación pero, si este pensamiento viene de Dios, «*hará venir almas capaces de ser las primeras piedras de Su casa rápidamente, ante las que me quedaré, naturalmente, en la nada que es mi lugar*».

El proyecto ante sus ojos es de una simplicidad evangélica. Queda una única tensión:

quisiera completarlo enseguida. Indica al padre Huvelin que existe un escollo ante el cual tendrá que decidir: los votos solemnes que tiene que pronunciar «*en poco más de un año*»: «*Intento no pensar. Pero no lo consigo mucho*».

Esas ideas se las ha confiado, «*con mucho menos detalle*», le dice a Huvelin, a Dom Policarpo, que le ha tranquilizado sobre sus «*perplejidades*». Pero ¿qué piensa su padre espiritual? No lo sabemos: no hay ninguna carta de él que Foucauld haya guardado entre los años 1890 a 1895, cuando el padre Huvelin le escribía periódicamente pero con cuidado de no hacerlo muy frecuentemente para no chocar con los superiores a los que se debía ahora su hijo espiritual. Las cartas a María de Bondy dan un poco de luz sobre este período. Le escribió sobre su determinación en enero de 1894: «*Todo me dice que prosiga con mis deseos [...], todo me dice que es lo más perfecto*». Permanece, pues, después de la simplicidad, el criterio absoluto de «*lo más perfecto*». Una sola barrera: «*la obediencia*». Le ha transmitido a María de Bondy la respuesta del padre Huvelin, se la transcribe así a su prima: «*Continuar con sus estudios de teología, al menos hasta el diaconado, aplicarse practicando las virtudes interiores y sobre todo el anonadamiento; para las virtudes exteriores practicarlas en la perfección de la obediencia a la Regla y a sus superiores. Lo demás, ya lo veremos más tarde*». Pero hay sobre todo una contraindicación que plantea Huvelin: «*No está hecho, en absoluto, para dirigir a los demás*». Una dura respuesta, pero sin duda el padre Huvelin deseaba ante todo que Foucauld no se dejara llevar, con su fogosidad habitual, por su pasión de convencer a los otros para su causa. El proyecto, expresado en la carta de 1893, contiene seguramente un soplo evangélico admirable, pero su iniciador podría endurecer todo, poniéndolo en obra tal como es, con su totalitarismo sigue intacto. Es importante distinguir bien, ver bien qué es lo que se añade, en la aspiración evangélica, de derivas y de pesadez posible que viene de la personalidad de Charles de Foucauld.

Los Trapenses están preocupados por él. «*Cuento con su influencia para conducirlo a la profesión solemne*», escribe el prior de Akbès al padre Huvelin el 20 de noviembre de 1894. «*El día en el que pueda seguir a Nuestro Señor en su pobre pequeño taller de Nazaret y trabajar con Él, estaré muy feliz*» (a María de Bondy, el 1 de octubre de 1894). Ella le responde incitándolo a la obediencia; réplica de Foucauld: «*No quiero anteponer la obediencia a los hombres a la obediencia a Dios*». Decide, en mayo de 1895, hacer un retiro personal, separado de los otros monjes, entre la Asunción y Pentecostés, para encontrar la luz. Cuando acaba, dice a su prima que sus «*pensamientos se han reafirmado. Luz completa en mi alma. Ahora es una cuestión de tiempo*». «*A partir de ahora miraré como una infidelidad y una gran falta de fe no reconocer mi vocación en eso*». «*En eso*» es su proyecto de fundación. Queda el último muro: el padre Huvelin. «*Una cuestión de tiempo en la que el padre Huvelin es juez. Prudente como es, puede hacerme esperar mucho tiempo todavía*», escribe a María de

Bondy, el 27 de junio de 1895, como una ligera queja; pero concluye: «*Hago y haré lo que me ha dicho*».

Dom Policarpo le ha confiado a la oración de su hermana, religiosa, el 15 de febrero de 1895. Y hay que subrayar el juicio que se permite expresar este hombre al que Foucauld admira mucho –y es recíproco–, este hombre lleno de sabiduría. «*Este buen padre Alberico, modelo de virtud y de regularidad, cae cada vez más en una ilusión peligrosa. Sueña con la Fundación de una nueva Orden, diez veces más austera que la nuestra y, bajo ese pretexto, rechaza hacer su profesión solemne y en consecuencia avanzar en las Órdenes. Hace falta que san Francisco Javier nos lo cure de esta enfermedad mental*». Y más, el 28 de agosto de 1895. «*A este buen padre Alberico se le ha metido en la cabeza dejarnos para hacerse ermitaño y vivir solo en el desierto. Por más que le insista que la Iglesia ya no admite este tipo de vía, que los que conocí que pretendieron realizar la misma idea acabaron apostasiando y volviéndose locos, no le afecta. Es absolutamente necesario que obtengas la cura de este excelente y buenísimo padre*».

Dom Policarpo, que intentaba retenerlo, muere el 25 de octubre. El 2 de febrero de 1896, el hermano María Alberico renueva sus votos por un año, tras haber escrito a su prima: «*La rigidez aumenta*». El término es exacto. No piensa desarrollar su proyecto con plasticidad y flexibilidad, sino con una solidez casi obsesiva.

En marzo indica a María de Bondy lo que le gustaría: no vivir como ermitaño «*solo en el desierto*», sino ser «*un sencillo familiar o asiduo a un convento*», como hacen los obreros que trabajan para el monasterio de Akbès. Se les pone literalmente a la puerta del convento. Al padre Huvelin, el 16 de enero de 1896, le ha relatado lo que pasó a «*poca distancia*» de Akbès, «*en Armenia*». «*Masacres terribles. Se habla de más de 60.000 asesinados, y entre los supervivientes, en las ruinas de sus pueblos quemados, desprovistos de todo, una miseria, un hambre, un sufrimiento horroroso*», y le pide ayuda. El 21 de febrero, a María de Bondy le dirá que ha habido ciento cuarenta mil personas eliminadas. El 24 de junio, siempre a María, insiste sobre las masacres de marzo y su «*dolor*» por no haber sido objeto de la masacre: «*Nosotros, en Akbès y todos los cristianos a dos días de camino podríamos haber podido morir; no he sido digno*».

En su carta de enero a Huvelin, describe su estado de espíritu: «*Mismas aspiraciones, nada ha cambiado desde otoño pasado*». Le escribe de nuevo, sin duda, en los mismos términos el 19 de marzo (carta perdida). El padre Huvelin responde el 15 de junio: es un «*sí*». «*Me hubiera gustado, querido hijo, que encontrarais en la Trapa lo que buscáis, que encontrarais suficiente pobreza, humildad y obediencia para poder seguir a Nuestro Señor en su vida de Nazaret. Creía que podríais haber dicho al entrar: “Haec requies mea in saeculum saeculi!” Aquí está mi reposo por los siglos de los siglos. Siento que no pueda ser así. Hay un deseo muy profundo hacia otro ideal y*

empieza poco a poco, por la fuerza de este movimiento, a salir de este marco, a encontrarse desplazado. Desde luego, no creo, en efecto, que podáis detener este movimiento, decidlo a vuestros superiores». Que Foucauld comunique su «*estima profunda*» por la vida que llevan los monjes de Akbès, repite Huvelin. Pero también este quiere respetar lo que puede haber de impulso del Espíritu en esta tensión viva de Foucauld y quiere evitar que el arco, demasiado tenso, se rompa. «*El movimiento invencible que, desde hace tanto tiempo, hagáis lo que hagáis, os lleva hacia otro ideal*». «*Decidlo*». «*Creo que podéis e incluso debéis porque una división dolorosa se forma en vuestro espíritu y no estáis ya donde estáis: anima est ubi amat*».

«*El alma está donde ama*». Sí, Foucauld ama la vida de Nazaret, que es su «*ideal*», y es allí donde no ha dejado de estar. Verdaderamente no ha entrado en la orden de la Trapa, ha venido a ver si esa vida correspondía exactamente a su ideal. En algunos meses, ya lo hemos visto, ha concluido que no y, en conciencia, pero también con «*fijeza*», no ha dado nunca su brazo a torcer. En la balanza está, junto con esta certidumbre toda de una pieza, la obediencia externa, la que debe a sus superiores, esencialmente. Y también hay la obediencia interna al consejo de aquel en quien ha puesto toda su confianza, el padre Huvelin.

Si Huvelin ha tardado en dar su respuesta, no es por probarle gratuitamente, sino porque duda. Ha dado mil vueltas a la pregunta. «*He leído y releído vuestra carta*», le dice. Ahora puede hablar de forma precisa de los criterios que ha adoptado para tomar la decisión que le ha aconsejado y constata la fuerza invencible del «*movimiento*» que anima Foucauld hacia «*otro ideal*». La dificultad para Huvelin es llegar ante este «*ideal*» que empuja a Foucauld, que le «*levanta*» –llega a decir incluso su padre espiritual–, y discernir si este «*ideal*» es válido o no. ¿No será una obstinación anormal que se ha fijado en un sueño quimérico? Ya que el contenido del proyecto que sigue Foucauld, este Nazaret que le atormenta, parece que esté no solo fuera de alcance por el rigor, sino incluso por ser un error de juicio. La vida de Jesús en Nazaret no era la existencia tan miserable que ve Foucauld.

Comprendemos que el padre Huvelin «*sienta*», lo dice dos veces en su carta, darle la respuesta que esperaba; hubiera preferido que se quedara en la Trapa. Se cuida de expresar su «*estima por la Orden*» en la que ha entrado y pide reiteradamente a Foucauld que exprese a sus superiores la «*estima profunda*» que tiene por la Trapa.

¿Acto místico o apuesta loca?

Uno de sus viejos amigos, gran soñador como él, acaba su vida en este momento en el que Foucauld deja la Trapa. De su misma edad, de familia de militares, Antonio de Vallombrosa, marqués de Morès, estaba en 1877 en Saint-Cyr en la misma promoción que Foucauld; se hizo compañero de las fiestas que este organizaba. Ser un cristiano

convencido no le impedía buscar los mismos placeres. Enviado a la guarnición de Maubeuge en 1879, Morès se aburre y dimitió del ejército a finales de 1881; se enamora de una joven americana, se casan en febrero de 1882 y va a buscar fortuna en Dakota, en el lejano Oeste, un *gentleman-farmer*, después de haber devuelto solamente 4.000 francos de los 100.000 que su amigo le prestó –lo que enfureció en gran medida a los Moitessier–, por lo que la familia de Foucauld impuso a este, en junio de 1882, recordemos, un albacea.

Morès, por su parte, hizo suspensión de pagos en América, donde le habían apodado «*el francés loco*». En 1887, se dirigió hacia la India y después hacia Tonkin. Al volver a Francia, se lanza a la política apoyando las ideas de Drumont y de su *France juive*; colabora en su periódico, *La Libre Parole*, se bate en duelo por sus ideas, sigue a Drumont en sus mítines; quiere «*destruir el sistema*». Después se siente atraído por Argelia y el Sáhara. Anglófobo violento, piensa poder llegar al sur argelino del Alto Nilo para unirse al Mahdí que está en rebelión contra los ingleses. Se va en diciembre de 1895. De camino, los Toaregs atacan su caravana; le matan el 9 de junio de 1896. Funerales en Notre-Dame de París el 19 de julio en presencia de Drumont, de Maurice Barrés.

Foucauld le había escrito el 23 de diciembre de 1891 para decirle que era «*novicio de la Trapa*», que iba a pronunciar sus votos. «*Quiero anunciártelo a ti, mi querido amigo [...]. Pobre monje, rezo desde lejos por todos los que amo*». Y se despide de él. Al anuncio de su muerte, escribirá de él como epitafio: «*En el seno de la inmensa caridad en la que vivió, no tiene más que oración y amor por estos musulmanes que han vertido su sangre*». Epitafio que nace de la amistad, de una amistad un poco ciega hacia un hombre más que violento, que se embarcó en el antisemitismo en Francia, para terminar en una aventura, sostenido discretamente por el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, a través de la que se querían utilizar a los musulmanes contra el enemigo ancestral, Inglaterra. Charles guarda fidelidad hacia el amigo aventurero. Tienen algún tipo de parecido.

En cuanto recibió Foucauld la aprobación de su padre espiritual dio pasos hacia adelante. El 12 de julio de 1896 envía al Padre Abad general de los Cistercienses una carta en la que pide la dispensa de sus votos. El mismo día en el que recibe la carta de Huvelin escribe a María de Bondy una carta en la que le cuenta: «*No solo me dice que puedo comenzar los trámites para buscar fuera de aquí mi Nazaret, sino que también me dice que debo hacerlo*».

«*Mi Nazaret*». Este posesivo suena de manera extraña. Se trata del Nazaret ideal que se formó y que estima que es muy claro. «*Mi camino está trazado, solo tengo que caminar; veo la voluntad de Dios: solo me queda seguir, ser valiente*» (a M. de Bondy, el 15 de agosto). Dejando a los especialistas el cuidado de pronunciarse, se puede al

menos plantear la cuestión: ¿se puede hablar aquí, en el sentido psicoanalítico, de una «fijación»? La «fijación» manifiesta la búsqueda persistente de satisfacción unida a un objeto desaparecido. ¿Cuál es, para Foucauld, este objeto desaparecido y buscado sin cesar, que conceptualiza en una imagen ideal de Jesús que toda su vida «no hizo más que *descender*», según dice? «Cada día, deseo precipitarme en el último abajamiento siguiendo a Nuestro Señor» (a M. de Bondy, el 19 de marzo de 1896). Su «Nazaret» es una persecución indefinida de «el último lugar» conseguido para siempre por Jesús. ¿Qué hay detrás?, diría un psicoanalista.

Para Foucauld, se trata de ponerse en camino, ahora que ya sabe cuál es y que su padre espiritual lo ha aprobado; es como una exploración que ha de llevar a cabo, como anteriormente hizo en Marruecos. Tiene en las manos y ante sus ojos suficientes mapas que le puedan guiar a través de ese nuevo país y que le permiten llenar los vacíos que aparecen de nuevo en esos mapas.

La Orden en la que ha pronunciado sus votos no le pone a prueba porque sí, ni para castigarle por los juicios implícitos que Foucauld pudiera haber hecho sobre una estructura que no consideraba suficientemente buena. Y esta Orden tampoco quiere retenerle a cualquier precio. Pero considera su deber dejar pasar el tiempo para que haga un trabajo de decantación. El tiempo y el espacio: un desplazamiento, un viaje, una exploración favorecen la reflexión al que las vive. En 1894, el prior de Akbès, Dom Louis de Gonzaga, ha sido nombrado abad de la Trapa de Staouëli, a quince kilómetros al oeste de Argel; y, al mismo tiempo, el priorato de Akbès, que dependía hasta entonces de Notre-Dame-des-Neiges, ha sido unido a Staouëli. La Orden, el 10 de septiembre, envía, pues, a Foucauld a Staouëli, a la casa madre, a recibir instrucciones. Deja Akbès y llega el 23 de septiembre a Staouëli, «profundamente extrañado de estar allí» (escribe a su hermana el 25 de septiembre). Recibe, un mes más tarde, el anuncio de que le envían a Roma para asistir a clases con los Jesuitas en el Colegio Romano.

Llega a Roma el día 30 de octubre, diez años después de su conversión en San Agustín. «Tres clases por semana en latín (*¡yo que estoy tan lejos del latín!*) de filosofía escolástica», escribe el 20 de noviembre a su primo Louis de Foucauld. Está «muy feliz» de estar en Roma: «La ciudad de san Pedro y san Pablo, la ciudad de los mártires hace latir mi corazón. [...] Dicho esto, he hecho todo lo que he podido para no venir, y, tan pronto como me lo permitan, dejaré la ciudad para lanzarme más que nunca a la soledad, en lo que hay de más oscuro, de más retirado, de más bajo». En diciembre se prevé para él, después de este primer año de filosofía, dos años de teología: «Tomo esto como me lo han impuesto, como una prueba, intento llevarlo a cabo lo mejor posible, con obediencia y reconocimiento, pero deseando, con ardor creciente, otra vida» (a María de Bondy, 7 de diciembre). A su hermana, tres años antes, le había hablado de los beneficios del «tradicional viaje a Oriente»: permite ver los lugares en

los que Jesús vivió pero también, al atravesar «*los lugares anteriormente poblados y civilizados, y hoy desiertos y salvajes*». Va «*reflexionando sobre la nada de la vida y la nada de todas las cosas que casi todos los hombres pasan la existencia buscando*». Desde Roma le escribe de nuevo con el mismo registro –algo raro en las cartas a su hermana, convenidas, piadosas, donde es más común hablar de los niños, del tiempo– una carta en la que evoca «*esta ciudad que encierra tantos recuerdos de glorias terrestres que caen al polvo. Con aquella fuerza se siente la nada de toda potencia humana*».

Encontramos aquí sus reflexiones sobre «*la nada*». El universo de poder y de gloria que se hunde en el polvo ante lo que realmente vale: «*el anonadamiento*», que es lo que un discípulo de Jesús debe buscar paso a paso en su vida a la manera de Jesús, quien no cesó de abajarse hasta la muerte en Cruz. El padre Huvelin le escribirá, de manera vigorosa, que verdaderamente hubiera podido vivir Nazaret en la Trapa, ya que este ideal puede construirse en cualquier situación de vida: «*Creo que cualquier lugar es bueno para la vida de Nazaret, penetrar en el olvido, vivir la obediencia, abrazar la Cruz*» (carta del 27 de enero de 1897).

Si «*vivir la obediencia*» es crear Nazaret, es «*hacerse a la vida de Nazaret*», como escribe admirablemente Huvelin, se puede decir que Foucauld, en Roma, se dedica completamente a esto. Al hermano Jerónimo, un religioso al que vio en su breve paso por Staouëli, Foucauld escribe desde Roma, el 29 de noviembre, una larga carta sobre la obediencia: «*Obedecer es amar, es el acto de amor más perfecto, más elevado, más desinteresado*». Quiere seguir este camino de obediencia en este momento, en el que su padre espiritual le ha confirmado en su vocación de Nazaret, aunque no le ha desligado, ya que no podía hacerlo, de la obediencia a sus superiores: «*Si os rechazan el permiso que solicitáis, daos por enterado, permaneced y, en la oscuridad, esperad* –le escribió el 2 de agosto de 1896, añadiendo–: *Poneos a la disposición de vuestros superiores*». Foucauld hubiera podido, ante sus superiores y ante Huvelin, no tenerlo en cuenta, seguir primero su conciencia, pero no lo hizo.

Por el momento, sus superiores le han limitado a hacer unos estudios a los que apenas ve salida; y solo ve el horizonte de los votos solemnes, definitivo y cercano, que ha de pronunciar el 2 de febrero siguiente.

Pero se ha decidido por la obediencia y nada más que la obediencia; y, pese a la opinión favorable del padre Huvelin que le ha dicho, en un momento dado, que puede e incluso que debe salir, él se quedará en la Trapa si los superiores se lo indican. Hay que precisarlo bien: el padre María-Alberico hizo sus votos simples el 2 de febrero de 1892; los renovó durante tres años, como es normal en la Trapa; el 2 de febrero de 1896, está autorizado a prolongarlos un año más, pero no más; tal autorización no se otorga casi nunca. Foucauld debe hacer sus votos solemnes el 2 de febrero de 1897. O salir. Ahora

bien, se pone en las manos de sus superiores, depende de la decisión que ellos tomen. ¿Cómo puede, teniendo certeza de su vocación, certidumbre total, tras el consentimiento del padre Huvelin, renunciar a su idea, arriesgarse a que esta quede totalmente enterrada? ¿El primer movimiento no tendría que ser el de dejar enseguida la Trapa, dejar, en Marsella, el barco que hace escala allí algunas horas, e ir hacia Staouéli y, a la vuelta, para consagrarse de lleno a su proyecto, el que le requiere su conciencia y le aconsejó su padre espiritual?

Se podría decir que busca lo excesivo, que hace un gesto en que se juega, no su vida, sino lo que más le importa de la vida, este ideal que ha intuido, que lo desea más que nada. ¿Es una imprudencia desprovista de buen juicio, parecida a la que fue capaz de realizar en Marruecos, incluso más grave que esta? Quizá, ¿acto loco de alguien a quien le gusta medirse con la muerte, con la nada, con lo que experimenta un infinito disfrute? O más bien, ¿un acto de amor infinito, como el acto del que se pone en las manos de un hombre o de una mujer en un gesto de petición de unión definitiva? Podemos inclinarnos por este lado, ver que aquí hay un acto de confianza y de abandono al Otro del cual se hace depender el propio destino. Acto que no se hace más que en un fondo de incertidumbre, de espera, de noche. Es eso exactamente lo que vive Foucauld en Roma. Conocemos un poco su estado de espíritu gracias a las *«meditaciones sobre el Antiguo Testamento»* que comienza a escribir entonces. Es la primera vez que aborda este género que cultivará mucho en los años posteriores. Esas meditaciones escritas le ayudan en gran medida a precisar su reflexión; nos dan mucha información sobre lo que piensa. Esas meditaciones son también gritos espirituales. Confesiones de impotencia como esta: *«Dios mío, qué impotente que soy, incluso para decirlos que os amo»*. Momentos de duda apasionada en este hombre que había creído *«hasta este día»* que había que practicar *«pobreza, abyección, penitencia»*: *«Y ahora me dicen que quizá me equivoco; que, en verdad, esta imitación del divino Maestro, que es lo más perfecto en sí, lo mejor, no es para mí. Quizá no queréis de mí eso mejor. [...] Me cuesta trabajo pensar que me haya equivocado durante ocho años buscándoos en este camino. [...] Haced en mí la luz completa para que pueda actuar con la certeza de que hago VUESTRA voluntad»*. Y, en una meditación sobre un pasaje del Génesis, le viene a la mente la idea que escuchó al padre Huvelin, que transcribe así: *«Jesús ocupó de tal manera el último lugar que ningún mortal pudo descender más que Él»*; y la comenta: *«Descendamos lo más posible, como el Verbo, como Jesús; establezcamos definitivamente en la tierra nuestro lugar, entre los más pequeños: en el último lugar»*.

El viernes 15 de enero de 1897, séptimo aniversario de su salida hacia la Trapa, escribe a María de Bondy que ve con sus superiores que permanecer más de dos años en la Orden, sin hacer los votos solemnes, es prácticamente imposible: *«Podría ocurrir que me propusieran tomar una decisión definitiva de aquí a varios días»*. ¿Va a decidir por

sí mismo salir? ¿Tiene la tentación de hacerlo? Según dice a su prima, cree más bien que, si sus superiores comprenden claramente su vocación, «*son demasiado rectos*» para retenerle «*un solo día*». Difícil decisión para sus superiores, para Dom Wyart, el abad general de los Trapenses en particular, que es quien ha de decidir. Para poder comprender y reconocer su vocación específica, deberá poder percibirla exactamente, y no es tan simple.

El hermano María-Alberico vive en Roma, vía San Giovanni Laterano, con una decena de jóvenes trapenses, en una casa de la Orden en la que viven el abad general y algunos religiosos. Dom Wyart se relaciona con él desde su llegada, le ve cotidianamente y puede, por ello, conocerle un poco. Pero esta vocación especial que ha comunicado desde hace mucho tiempo a Dom Policarpo, a Dom Louis de Gonzaga, ¿cómo definirla? Todo lo que Dom Wyart sabe de los años precedentes es que el padre María-Alberico es un monje excelente, y la Orden tiene grandes esperanzas puestas en él –en concreto se le veía como el futuro prior de Akbés–. Sin duda, al igual que el padre Huvelin, piensa que esta vocación que reclama sin cesar podría vivirse, según ciertas modalidades, en la Trapa misma; y quizá esta posibilidad sea la que hayan valorado en mayor medida.

Queda decir que Dom Wyart, finalmente, decide poner a su monje en las manos de Dios y de su propia conciencia. No solo le releva de sus votos, sino que también reconoce, en cierta medida, esta vocación: «*El 23 de enero de 1897 –escribe Foucauld algunos meses más tarde– la voluntad de Dios es que yo siga esta atracción que me empuja fuera de la Trapa hacia la vida de abyección, de trabajo humilde, de obscuridad profunda, de la que tengo la visión desde hace mucho tiempo*». Al día siguiente, el domingo 24 de enero, Foucauld escribe al hermano Jerónimo que ha tenido «*que ejercer mucho la obediencia esta semana*». Había prometido a Dios hacer todo lo que le diría Dom Wyart. «*De tal manera que, si me hubieran dicho: “Vas a hacer los votos solemnes dentro de diez días y después recibirás las órdenes”, habría obedecido con alegría*». Podemos creer en su palabra.

Vida de Nazaret en Nazaret

La decisión le llena de una exaltación extraordinaria. Dios ha dado a su vocación «*la confirmación más plena, más entera que sea posible en este mundo*», escribe, el 30, a María de Bondy.

Anunció enseguida la noticia al padre Huvelin; le escribe el 27. Es en esta carta en la que su padre espiritual le declara con fuerza que «*en cualquier sitio se puede hacer la vida de Nazaret*», que la podría haber llevado en la Trapa: «*vuestros Superiores lo aprueban... ¡Saldréis!... Lo preveía desde hace mucho tiempo... pero Dios ha preparado la mejor salida, la única vía que pudiera conducirnos con total seguridad*». La única vía: la decisión misma de sus superiores.

Las primeras dudas, que comenzaron el mismo año de su entrada en la Trapa, Foucauld no las compartió nunca con su hermana, a la que no quería preocupar. Solo con el padre Huvelin y María de Bondy. Las cartas que escribe a su hermana, durante los siete años que está en la Trapa, son de un irenismo perfecto: está en buena salud, feliz, en paz. Es una correspondencia simpática, pero de una cierta insignificancia. ¿Cómo anunciarle lo que no podrá parecer a su hermana más que como una ruptura con la Trapa, y un nuevo vagabundeo al que su hermano ya la tiene acostumbrada? ¿Cómo no conmocionarla, a ella que ya es bastante emotiva? Además, está embarazada (de una niña que nacerá el 6 de febrero). El domingo 31 de enero, envía una carta doble, una a su hermana Mimi, muy corta, otra, larga, a su cuñado, Raymond de Blic, al que explica la situación, después de haber dicho, en la primera línea de la carta: *«Tengo que anunciaros hoy una cosa que dará pena a María [...] Te encargo que se lo anuncies cuando veas que ya no hay inconveniente para su salud»*. Le relata las circunstancias de la decisión del abad general que ha confirmado su *«atracción» «hacia este camino de bajeza, de trabajo manual, de pobreza, este camino de Nuestro Señor en Nazaret»: «El nuevo camino que voy a comenzar será más escondido, más solitario que el que dejo»*. *«Anúnciaselo a Mimi de tal manera que no se aflija demasiado; no tiene que afligirse, sino, al contrario, que se alegre: recibo de Dios una gracia infinita»*. Para él, es Dios el que, evidentemente, ha conducido todo, *«de una manera admirable»*, *«con fuerza y dulzura»*, dice a su cuñado.

La *«tierra prometida»*, la vocación que quiere vivir, *«Nazaret»*, está en perspectiva. La respuesta del padre Huvelin, el 27 de enero, nos enseña que Charles de Foucauld quien, desde luego, no pierde nunca el tiempo, le ha indicado ya, al anunciarle la noticia, cuál es el lugar en el que ha pensado llevar a cabo inmediatamente su proyecto: en Oriente. El padre Huvelin está de acuerdo sobre este destino, pero no piensa que pueda ser en Akbès: *«Prefiero Cafarnaún o Nazaret, o un convento de franciscanos; no en el convento, a la sombra del convento solamente, pidiendo los recursos espirituales, y viviendo de la pobreza, a la puerta»*. Es lo que Foucauld transmite a su cuñado, de manera edulcorada, para no escandalizar mucho a su hermana. *«Voy a buscar este camino de pobreza y de trabajo humilde en un monasterio franciscano de Tierra Santa»*. Los suyos pueden imaginar que ahora va a ser miembro de la Orden franciscana, de la que saben que el padre Huvelin es simpatizante. Y recordamos que, durante su peregrinación por Tierra Santa, hace ocho años, Foucauld se alojó en los conventos franciscanos: *«Estoy aquí en Tiberiades, huésped, como en todas partes, de los P. Franciscanos [...] Mañana subiré al Tabor (los P. Franciscanos tienen un convento en la cima)»*, había escrito el 8 de enero de 1889 a su hermana. Así podrá comprender mejor y tranquilizarse.

Cuando examinó con el padre Huvelin, en septiembre de 1889, en qué Orden podría

entrar, había expresado esta misma búsqueda a María de Bondy: «Recorrimos todas las órdenes religiosas; *el padre descartó primero todas las órdenes activas, excepto, quizá, los Franciscanos*». Al hablar sin cesar Foucauld al padre Huvelin de la pobreza, este había valorado naturalmente los franciscanos, orden mendicante que Francisco de Asís había dedicado al Cristo pobre.

«*Lo que intento hacer: ¡Felices los pobres!*». «*Es la bienaventuranza que busco*», escribe a su hermana el 6 de marzo. El 14 de febrero, «*fiesta del beato Conrado, cisterciense, ermitaño en Tierra Santa*», hace, en las manos de su confesor, además del voto de «*castidad perpetua*», «*el voto de pobreza perpetua, por la que me comprometo a no tener nunca, ni en mi propiedad, ni para mi uso, más de lo que pueda tener un pobre obrero*». Votos privados. El tercero, religioso, el de la obediencia, no tiene que contraerlo: ahora está fuera de cualquier Orden, es su padre espiritual el padre Huvelin, el que lo recibe.

Con mucha delicadeza, Dom Wyart le paga la travesía en barco hasta Tierra Santa y le da dinero para el viaje. Embarca en Brindisi y llega el 24 de febrero a Jaffa. Lo que tiene en la cabeza es «*Nazaret*». Llevar la vida de Nazaret en Nazaret mismo. Pero, antes de llegar, quiere hacer una pequeña peregrinación por Tierra Santa y llega hasta Belén y Jerusalén. No lo hace a caballo, seguido de un criado, como hace ocho años, sino a pie. Se viste con los vestidos normales de los habitantes de la región; trece años antes caminaba por los caminos de Marruecos disfrazado de judío miserable: «*Pensé, dijo entonces, que la ropa de israelita, rebajándome, me permitiría pasar desapercibido*».

Llega el 5 de marzo, primer viernes de mes, a Nazaret. Los Franciscanos de Nazaret no necesitan criado. Entonces va a los Franciscanos del monte Tabor y hace la misma petición; pero es reconocido por el hermano sacristán que le había visto durante su peregrinación de 1889; al enterarse de su petición, uno de los Padres franciscanos de Tabor, que es también el consiliario del convento de las Clarisas de Nazaret, le envía a ellas. Vuelve a Nazaret y el 9 de marzo solicita, de la abadesa Madre Saint-Michel, trabajo, pan, cobijo. Ella sabe quién es pero no le dice ni una palabra; le acepta como criado del monasterio de Santa Clara.

5. LA IDEA QUE HA DE HACER TRIUNFAR

Charles de Foucauld por poco no consigue Nazaret. Su salida de la Trapa pendió de un hilo; o, mejor, de una cuestión de lentitud en el correo y del hecho de que las cartas se cruzaran.

Retomemos el seguimiento cronológico. El 16 de enero de 1896, Foucauld escribió al padre Huvelin que su estado de espíritu es *«siempre exactamente el mismo»*; es decir, en la línea recta de lo que confió a María de Bondy el 9 de agosto precedente: *«El señor prior me dice que busque lo que el buen Dios me pide, aquí, en esta vida donde estoy... Sabéis con qué respeto y con qué ternura escucho esta palabra; y, sin embargo, todo me llama hacia el sentido opuesto»*. Y el 19 de marzo de 1896, a ella también: *«Cada día veo más claro que no estoy aquí en mi sitio»*. Al padre Huvelin le presiona directamente, y también indirectamente, por medio de su prima para que le permita seguir la vía de la que está tan seguro. Le escribe de nuevo el 19 de marzo. Silencio.

Finalmente, respuesta del padre Huvelin con fecha del 15 de junio: el «sí» liberador. En la carta, que le llega el 8 de julio, el padre Huvelin le dice que está de acuerdo en que deje la Trapa, pero no le añade nada respecto a su futuro. Salvo un deseo que expresa en la posdata e hizo sobresaltar a Foucauld, ya que, en la Trapa, rechazó el sacerdocio y no pensó nunca que, al salir, fuera para seguir este camino: *«¡Hoy hace veintinueve años que soy sacerdote! ¡Cómo me hubiera gustado veros sacerdote a vos también!»*.

«Un movimiento al infinito»

Ahora bien, el 14 de junio de 1896, la víspera en la que Huvelin le responde, Foucauld termina la redacción de un texto que había consagrado a la congregación que quería fundar: la manera de poner en práctica su sueño, su deseo más ardiente. El 24 de junio recuerda a María de Bondy que ese proyecto no es reciente: *«Me gustaría, como os dije hace tres años, encontrar algunos hermanos, unos doce, para vivir juntos la vida escondida de Nuestro Señor, en toda su pobreza, abyección, trabajo, recogimiento: ya que todo esto es inseparable»*. Y es verdad que ya había expuesto a Huvelin, desde septiembre de 1893, un proyecto que había elaborado sobre una nueva congregación, de la que ya había hablado a Dom Policarpo; este, en febrero de 1895, llamaba a este proyecto, ya lo hemos visto, *«el sueño de la Fundación de una nueva Orden»*, *«una ilusión peligrosa»*.

Lo que expresó de manera sucinta en 1893 se convirtió en una Regla en buena y debida forma. He aquí las grandes líneas[28]:

Se trata de *«reproducir la vida escondida»* de Jesús en Nazaret *«como san*

Francisco de Asís se dedicó a reproducir su vida pública», y de llevar esta vida «en países infieles, musulmanes u otros».

Vida «repartida entre la oración y el trabajo».

La oración, mañana y tarde, «ante el Santo Sacramento expuesto»; oración, recitación del Rosario, meditación del Evangelio.

El trabajo: «La congregación [...] debe vivir exclusivamente de su trabajo manual. [...] El trabajo será de los más abyectos, como el de Nuestro Señor. Deberá reunir varias condiciones: 1º - Trabajo de los más viles y de los que practica en el país la clase más pobre. 2º - Trabajo fácil de hacer, de manera que todos, instruidos e ignorantes, fuertes y débiles, puedan ejercerlo. 3º - Ocupar el cuerpo y no el espíritu [...]. 4º - No producir ruido [...]. 5º - Poder practicarse en cualquier país [...]. 6º - El producto de este trabajo deberá ser de venta fácil».

En cuanto a la organización del trabajo: «Tendrá un procurador [gestor] laico, un buen cristiano; se le dejará un gran margen de beneficio; nosotros no tendremos ningún negocio; seremos como obreros trabajando para un patrón».

Prohibido recibir el menor don, «ni en especie, ni en naturaleza», salvo, «si el pan falta en casa, se pedirá limosna para el pan seco necesario»; o si «hermanos o huéspedes caen gravemente enfermos». «No guardaremos nunca el dinero de una semana para otra».

«Un “Nazaret” se compondrá de diez a dieciocho hermanos [...], indistintamente los letrados y los iletrados, los jóvenes y los viejos, los curas y los laicos. Ninguna distinción entre Padres y Hermanos ni conversos: todos serán iguales».

«Voto por un año», renovable cada año. Hábitat: «Casa como los pobres de la zona, es la única regla». «Casa no comprada, sino alquilada». «Muy sencilla, prohibida para mujeres». «Las salidas de la clausura deberán ser extremadamente escasas». «El silencio será perpetuo entre los hermanos».

Alimentación: extremadamente frugal: «Dos comidas: hacia las 11, una papilla de grano (trigo, cebada, mijo, maíz) con sal y agua; hacia las 6 de la tarde, media libra de pan. Los domingos y los días festivos, se pone un poco de leche o de mantequilla en el puré de las 11, y se añade miel o frutas al pan de la noche. De bebida, siempre agua».

No entramos en otros detalles, de los que muchos están al filo de lo imposible. La finalidad de esta fundación: «Si debemos imitar amorosamente, y poniendo nuestro corazón en la vida exterior de Nuestro Señor, cuánto más debemos conformar nuestras almas a la Suya, pensar todos sus pensamientos, compartir todos sus deseos, tener todos sus sentimientos, no ser más que un corazón y un alma con Él».

Envía al padre Huvelin esta nota sobre la congregación que quiere fundar mientras que la carta de este del 14 de junio está en camino. Al recibir este proyecto, Huvelin le

escribe enseguida, el 2 de agosto, de una manera muy diferente a la de su carta del 14 de junio. Podemos estar seguros que, si Huvelin hubiera recibido esta carta antes del 14 de junio, no habría dejado a Foucauld el camino libre para dejar la Trapa.

Leamos de cerca esta carta del 2 de agosto, la más larga que el padre Huvelin le envió nunca y que comienza por esta línea: «¡Ay! *Cuánto sufro, mi pobre hijo querido, y cuánto me reprocho esta decisión*».

Había consentido al sentir que las cosas no podían «*continuar así*». «*Estabais juzgando ya la vida que habíais elegido y podía decirse que no habíais entrado en ella de pleno todavía; no llevabais el espíritu de vida religiosa, sino un espíritu separado... ¡Eso es lo que me ha hecho escribiros así! ¡Qué consternado me siento!*». Efectivamente, Foucauld estaba físicamente en la Trapa pero su espíritu no estaba ya allí: estaba lleno de una vida que había creado, algo virtual, una comunidad ficticia que él mismo hacía vivir. Nadaba en su utopía. Ahora bien, Huvelin pensaba que habría sido verdaderamente posible llevar «*en un rincón de esta Trapa en la que estáis*» la vida con la que soñaba. «*Nazaret es allí donde se trabaja*»; dicho de otra manera: no es un trabajo manual, vil como tal, sino cualquier trabajo. «*Es una casa que se construye en el corazón, mejor, que se deja construir en uno mismo por las manos de Jesús*». Y no por medio de una organización externa estricta en la que uno se encuadra.

Huvelin, ese 2 de agosto, tiene todavía una esperanza: que los Superiores digan «*no*». «*Si os rechazan el permiso que pedís, lo digo ya, quedaos*». Pero lo que teme más que nada es el proyecto de fundación: «*Lo que me asustaría, sobre todo, no es la vida que pensáis para vos si os quedarais aislado [...], sino lo de veros fundar, o pensar en fundar algo. [...] Vuestro reglamento es absolutamente impracticable. ¡Oh! ¡qué claro lo veo! No hay que dudarlo. El Papa dudaba aprobar la regla franciscana porque la juzgaba demasiado severa. Y esta... para deciros la verdad, me ha horrorizado*».

Al final de la carta vuelve sobre ese temor y lo repite muy claramente: «*Sobre todo no fundéis nada. Si os encontráis absolutamente refractario al espíritu de san Bernardo y de la Trapa, llevad otra vida, pero no atraigáis hacia vos compañeros, os lo suplico*».

Pero Foucauld envió al padre general de los Cistercienses su petición de ser liberado de sus votos, junto con una copia de la carta de Huvelin del 15 de junio. Huvelin, de hecho, quiere que Foucauld muestre esa carta a sus superiores, que sepan bien lo que piensa y así lo repite: fuera, Foucauld podría «*servir*» en su Orden, «*mostrar la belleza, la soledad, la grandiosidad*», vivir allí «*la humildad*». Y Huvelin concluye: «*Poneos a la disposición de vuestros superiores*».

Y en la última línea de su carta repite: «*¡Sobre todo no fundéis nada!*». Y encontramos el borrador de esta carta escrito a lápiz en el que apuntó lo que le quería decir en cinco puntos: n° 1: «*Preferiría que os quedarais en la Trapa*»; y, si os vais de

allí (nº 4), que llevéis *«otra vida, en la puerta de una comunidad»*, que no fundéis nada (nº 5): *«No atraigáis compañeros hacia vos, os lo suplico, esto por encima de todo»*.

En esta carta, Huvelin hace un discernimiento con gran agudeza de lo que está en el corazón de Foucauld y lo agita: lo que llamó el 15 de junio, seis semanas antes, un *«movimiento invencible»* que lleva a Foucauld cada vez más lejos en una búsqueda de abajamiento total: *«En vuestra alma, diréis siempre: ¿qué es esto?... y ¿después?... Tenéis que protegeros contra este movimiento hacia el infinito, que os lleva siempre a la inquietud, y no os deja fijo en ningún lado»*. Este *«movimiento»* que empujaba a Foucauld a fundar *«una nueva Orden, diez veces más austera que la nuestra»*, Dom Policarpo lo había calificado de *«ilusión peligrosa»*, *«de enfermedad mental»*. ¿Cómo no compartir su diagnóstico, el temor de los dos? Este *«movimiento»* que le lleva de insatisfacción en insatisfacción hace que ambos se horroricen. Justamente, Huvelin ya había precisado a Foucauld que *«tal movimiento»* era vivido correctamente únicamente por personas nada extremadas ni desmesuradas: *«Este movimiento no es posible más que en los corazones en los que no hay exceso»*. La lectura del texto le mostraba que Foucauld, manifiestamente, en ese momento y más que nunca, estaba en pleno exceso, que tenía un delirio real.

También debemos constatar que este hombre, sin duda, no está hecho para integrarse en un grupo, sumarse a una disciplina concreta y llevar una vida en común. Eso ya se constató en el ejército y ahora se constata en la vida religiosa. Dom Louis de Gonzaga, que le vio vivir en la Trapa, escribe al momento de su partida: *«Nuestro hermano María Alberico deja la Orden definitivamente para llevar una vida en Palestina, creo, una vida de ermitaño o de algo parecido: es una desgracia y un dolor para mí; podrá llegar a ser un santo, se lo deseo, pero según su cabeza, no obedeciendo»*.

«Sí, era eso»

El camino en el que se compromete Foucauld, en el que es su propio jefe, es, como lo fue la expedición marroquí, extremadamente peligroso; es un itinerario desconocido en el que avanza sin tener referencias de ningún tipo. Llega a Nazaret solo, entregado a sí mismo. Se podría decir: *«Está el padre Huvelin»*. Pero está muy lejos. *«Es un criado, no tiene más que obedecer órdenes»*. Pero sus empleadoras son mujeres enclaustradas, fuera del mundo, y él está entregado a sí mismo, sin superior. Escribe, a partir del 22 de marzo, a su prima: *«Barro, hago compras, hago todo lo que me dicen que haga, ya ves»*; en realidad, se organiza solo, como quiere, tiene una total libertad: *«Al no tener horarios, no sé cuánto duermo; duermo bien y rezo. Los días libres son muchos en esta diócesis y la buena Abadesa los aumenta para mí»*.

La que le había impuesto un albacea, la que tenía alguna autoridad sobre él, a la que él admiraba por la *«seguridad»* de su buen juicio, como escribirá a María de Bondy, su

tía Inés, muere el 10 de julio de 1897; ella representaba el clan contra el que se alzó y ante el que volvió vencedor. Para guiarle en su camino, a partir de ese momento, más solitario y aventurero que nunca, está únicamente, al lado del padre Huvelin, María. La Madre Abadesa de Nazaret es mujer de poco peso; la de Jerusalén lucha ante las grandes dificultades materiales del convento, hasta el punto que Foucauld le propone ir a Francia a pedir dinero para ella, a lo que el padre Huvelin se opone con todas sus fuerzas. Incluso decide enviar dinero a las Clarisas, hacer para ellas la «colecta» para evitar que Foucauld vuelva. ¡Que se quede tranquilo allí, en Nazaret! Cuando Foucauld le vuelve a hablar de obediencia, Huvelin le responde, el 1 de mayo de 1897: «*Quedaos allí donde estáis*». Y lo repite en los mismos términos el 22 de junio.

Huvelin quiere persuadirse de que se forma en él, en contacto con las Clarisas, el «*ideal franciscano*» (13 de mayo), de «*esta vida tan simple, tan secreta, tan perdida: es el sueño que perseguís, del que Dios hace una dulce, viva realidad en Nazaret*». «*Quedaos a la sombra de san Francisco, en Nazaret*» (24 de mayo). «*Estoy feliz al saber que estáis a la sombra de san Francisco, en Nazaret*» (29 de julio). Espera que sea definitivo. El padre Huvelin le escribe a menudo en este año de 1897, le rodea, le anima: «*¡Cuánto bendigo, pues, Nazaret! Sí, ¡era eso!*» (26 de agosto). Su padre espiritual le indica, desde el mes de mayo, una ocupación que podrá fijar Foucauld en su cabeza, en la que las ideas vagabundean: «*Escribid vuestras meditaciones –es una excelente práctica en sí– para vos tiene la ventaja particular de precisar las cosas y fijar el espíritu*». A partir de entonces, en sus horas libres, Foucauld va a estar ocupado escribiendo, en su «*cabaña*» o en un banco de la capilla; llena los cuadernos esencialmente con los comentarios de la Escritura. El 6 de junio de 1897 comienza dos cuadernos de meditaciones: uno sobre el Antiguo Testamento (Salmos y Profetas), otro sobre el Nuevo Testamento; en un tercer cuaderno, titulado *Notas diversas*, encontramos sus propias reflexiones y pensamientos de autores espirituales. Los comentarios a vuelapluma, a menudo, son como oraciones –dirigidas a Jesús o al Padre–, textos a veces abundantes y copiosos de palabras; a menudo, emocionantes; alguna vez, admirables. Fuera de su correspondencia, la mayor parte de los escritos de Charles de Foucauld provienen de esta incitación del padre Huvelin a la que responde enseguida, comienza el 6 de junio, día de Pentecostés, el comentario de los Salmos y de los Profetas.

Y lee muchísimo, él, que desde la adolescencia es un gran apasionado de la lectura. Esta vez no es Aristófanes y Voltaire, sino Juan Crisóstomo, que le encanta, «*muy simple, muy práctico*», y Teresa de Ávila. En agosto, Huvelin le aconseja Juan de la Cruz.

Todo se desarrolla perfectamente. «*un convento de franciscanos, no en el convento, a la sombra, a la puerta*», le había escrito Huvelin en el momento en el que dejó la Trapa. Foucauld es criado de las enclaustradas Hijas de San Francisco, a la sombra de su

convento, fuera de la clausura, en una cabaña de tablas. Está en Nazaret mismo, en el lugar de Jesús, *«humilde, pobre, obscuro, como Él quiso estar y desconocido»*, le escribió Huvelin, con alegría, el 13 de mayo. Foucauld escribirá el 25 de noviembre a su hermana contándole su felicidad de estar en Nazaret e incluso la alegría de su actual condición: *«Gozo infinitamente de este estado de pobreza, vestido como un obrero, criado en esta baja condición, que fue la de Jesús»*.

«¿Dónde quiere que esté en el futuro?»

Todo muy bonito, pero este mar tan tranquilo se va a agitar. Había habido una señal de alarma, a finales de 1897, la perspectiva de un viaje a Francia. Pero se quedó en Nazaret: *«Ayer, hizo ocho años desde que os abracé por última vez –escribe el 16 de enero de 1898 al padre Huvelin–. Mi vida prosigue en una calma profunda»*. Sin embargo, el pasado vuelve. Un pensamiento, que califica de *«orgullo»*, le *«atormenta bastante a menudo: me digo que habría podido hacer el bien a las almas quedándome en la Trapa; que habría sido elegido superior en dos años; que, con la ayuda de la gracia de Dios, habría podido hacer el bien en esta pequeña Trapa de Akbés, que, por su situación, está tan bien hecha, para la santificación de los mismos religiosos y de los pueblos que la rodean»*. Pero, eso, dice, es *«una tentación»*, *«tentaciones de ambición»*. Ve dos razones por las que no desea volver a Akbés: su falta de juicio, pero también el estado de la Trapa tal como la ve, tal como la critica sin dudar. *«El espíritu de la Trapa, el espíritu actual no es, para nada, el mío»*. *«En mi cabaña de tablas, a los pies del Tabernáculo de las Clarisas, en mis días de trabajo y mis noches de oración, tengo mucho mejor lo que buscaba»*. El 1 de febrero, escribe de nuevo contundentemente sobre, dice, *«el impulso que siento hacia la Trapa»*. *«Alguna vez, me parece que volveré a la Trapa... algo me empuja: no sé si es gracia o tentación»*. ¿Por qué quisiera volver de nuevo? Para *«hacer amar allí»*, lo que ha descubierto, la *«pobreza»*, *«la abyección»*. Vemos que continúa juzgando. *«Viva Nazaret para todo, le responde Huvelin el 19 de febrero. Sí, quedaos allí todavía. La Trapa, ya lo veremos; quizá»*. El 3 de marzo, vuelve otra vez con la idea de la Trapa, volviendo a mencionar el gran *«impulso»* que siente hacia ella. *«Visión muy clara del gran bien que las Trapas pueden hacer en los países infieles, donde su misión es cristianizar civilizando, haciendo, en una palabra, lo que hacían hace tiempo los monjes en Europa. [...] Las Trapas no eran solo un lugar de soledad, sino que también tenían un orfanato, una hostelería, una ambulancia, cuidaban a los niños, los educaban, como centros de virtud y también de luz para la zona»*.

Al mismo tiempo, ve la otra vocación, la de *«san José»*: *«pasar por la tierra oscuramente»*, como la suya en ese momento. Vuelve a estar afectado otra vez por su *«movimiento»*: *«Veo bien que estoy ahora, en este momento, donde Él quiere que esté:*

pero ¿dónde quiere Él que esté en el futuro?». El 8 de marzo, recibió la respuesta del padre Huvelin del 19 de febrero: «Quédese allí todavía». Y añade: «Vuestra carta ha hecho cesar el viento; estaba como lanzado a vela abierta en esta dirección [de la Trapa]; tras la lectura de vuestra carta, todas las velas se plegaron totalmente». Respuesta de Huvelin el 16 de marzo, el 28 de mayo, siempre en el mismo sentido: «Quedaos en Nazaret. Sí, ¡quedaos allí donde está la paz! Allí está Nuestro Señor y la paz es también uno de los frutos del Espíritu Santo».

Tempestad a partir de julio. La Madre Saint-Michel, la Abadesa de Nazaret, comentó a la abadesa del convento de las Clarisas de Jerusalén, que en su convento había un hombre para los encargos, hombre joven, muy religioso sin ser religioso, original y discreto, un aristócrata que quería perderse entre la gente. Foucauld intriga a la Abadesa de Jerusalén, madre Isabel del Calvario, mujer dominante que tiene casi la edad del padre Huvelin; abadesa del convento de las Clarisas de Périgueux, del que salió para fundar un convento en Paray-le-Monial; y de allí en 1884 a fundar, con catorce religiosas, el convento de Nazaret y después, en 1889, el de Jerusalén. Es una fundadora nata. Quisiera ver a Foucauld, juzgarlo por ella misma. Encuentran un pretexto para enviar a Foucauld a Jerusalén. Va caminando durante dos días y mendiga su pan por el camino y llega el 10 de julio al convento de las Clarisas de Jerusalén donde se queda durante cuatro días. Conversaciones con la abadesa, a la que se confía. Madre Isabel le propone instalarse cerca del convento de las Clarisas de Jerusalén. Por otra parte, escucha de manera acogedora su deseo de tener compañeros, cosa que Huvelin rechazaba con todas sus fuerzas; entonces, Foucauld le habla de un novicio de Akbés, Pierre; este quiere volver con su familia, que vive por esa zona, una «mala familia»; para Foucauld, Pierre se perderá si vuelve con los suyos.

De vuelta a Nazaret, envía una carta (perdida) al padre Huvelin pidiéndole si puede dejar Nazaret por Jerusalén y si puede llevar a Pierre con él. Respuesta de Huvelin, el 26 de agosto: prefiere Nazaret; pero, si las dos abadesas creen que es mejor Jerusalén, de acuerdo. Se lo escribe, no sin sentirlo, pero sin restricción, sin segunda intención: «Hubiera querido que esta vida de soledad pudiera continuar aún [...] en ese pequeño nido de Nazaret». «En cuanto al discípulo, estoy bastante perplejo. Si vais a Jerusalén, si podéis encontrar fácilmente a ese joven, si os lo encontráis en las mismas disposiciones en las que lo dejasteis, sí; si hubiera cambiado, si hubiera hecho su vida de otra manera, si lo hubiera conseguido, en lugar de estar buscando todavía su camino, no asumáis la responsabilidad de retirarlo de allí donde se comprometió». Desde que Foucauld recibe esta respuesta en Nazaret, se va a Jerusalén adonde llega el 13 de septiembre. «La Madre Abadesa de Jerusalén decidió que me quedara definitivamente en Jerusalén, en donde me deja un rincón de la clausura para llevar, con uno o dos discípulos, si quiero, la vida benedictina. Decidió todo esto ella en un

momento y me aconsejó que saliera, a partir de mañana mismo, a buscar la oveja perdida». Esto está escrito el 15 de septiembre de 1898, día de sus cuarenta años, a María de Bondy, en el barco que sale de Jaffa, de donde embarcó para Alejandreta. De donde sale a buscar a Pierre. Desengaño total: «*Encontré la ovejita, pero no quiso seguirme*»: Pierre no quiere «*dejar a su madre*». Foucauld vuelve, no a Nazaret, sino a Jerusalén.

Las repetidas peticiones del padre Huvelin de que renuncie a fundar son liquidadas por las proposiciones de Madre Isabel; Foucauld está demasiado feliz cobijándose en ella; llega a decir dos veces a su prima que es ella, la Abadesa, la que ha decidido, que él ha obedecido.

¿Por qué aparece aquí «*la vida benedictina*»? Al rechazar el padre Huvelin categóricamente por «*impracticable*» la regla que Foucauld había esbozado en su texto de 14 de junio de 1896, Foucauld escribió un año más tarde al padre Huvelin, en agosto de 1897, diciéndole que deseaba vivir su vida de Nazaret siguiendo la Regla de san Benito. Respuesta, el 16 de octubre, de Huvelin, que teme que Foucauld se meta de nuevo en un marco que le vuelva rígido y prohibitivo: «*Seguid el espíritu de la Regla de San Benito, pero no intentéis adaptarla a vuestra vida. Eso os llevaría a complicaciones. [...] Acercaos a la Regla de San Benito, no pido cosa mejor, pero no hagáis cuadrar cosas que no concuerdan. Primero, vuestro trabajo y vuestra vida de Nazaret*».

Madre Isabel sugirió a Foucauld que siguiera la Regla de san Benito para su vida de Nazaret; enseguida ensanchó el campo: que siga esta regla en Jerusalén, a la sombra de su convento, con compañeros. A través de las palabras de Madre Isabel y el viaje a Akbés, vemos bien que fundar sigue siendo, más que nunca, una idea fija de Foucauld, reactivada ahora por la fundadora, que es la Abadesa de Jerusalén.

El 4 de octubre de 1898, Foucauld está de vuelta en Jerusalén, donde la Madre Isabel ha previsto que se quede: «*Mi casita de tablas (de tablas verdes) está adosada a la pared de clausura. Yo mismo estaré como en una clausura*» (a su prima). «*Estoy muy feliz, le escribe Huvelin el 15, de que no haya encontrado a su discípulo, o, al menos, que ese discípulo no haya querido seguirle [...]. Quedaos a la sombra del monasterio de Jerusalén como en Nazaret, donde me gustaba tanto veros, donde Dios os había conducido, a la sombra, esta es la palabra*». El mismo día, larga carta de Foucauld a su padre espiritual en la que le afirma que es en Jerusalén «*obrero que vive de su trabajo a la puerta del convento*». ¿Su trabajo? «*Pinto imágenes piadosas, hacen falta muchas para el convento*». «*La Abadesa, de carácter muy diferente al de la de Nazaret, de la que ella es madre espiritual [...], es para mí una madre*». Y la compara, lo que no es poco, a su prima María. Le recuerda también al padre Huvelin, el «*29 o el 30*» (de octubre) su conversión, hace doce años: «*Me entregó al Buen Dios, me envió a*

comulgar, se convirtió en mi padre».

Seguidamente, le relata con detalle un diálogo que tuvo con Madre Isabel. *«Ella: Y entonces, ¿por qué no es usted sacerdote?».* *«Yo: Primero, porque quería dejar mi Orden; luego, porque quería quedarme en el último lugar».* La Abadesa argumenta, de manera muy viva, a favor del sacerdocio: *«La abyección no disminuirá; en lugar de encontrarla, como Él, en Nazaret, en la obscuridad y la bajeza de la vida de obrero, la encontrará, como Él, evangelizando en las contradicciones, las dificultades, los fracasos, las persecuciones».* Y le propone que sea su sacerdote: *«Y, siéndolo, forme discípulos en nuestra casa, a la sombra de nuestra clausura, como está ahora».* Y el argumento contundente para que Foucauld acepte el sacerdocio: *«Si desea tener discípulos, vale más, para poderlos formar, que sea sacerdote».*

Foucauld pone todo esto en las manos del padre Huvelin, diciéndole su *«secreto deseo de fundación religiosa»*, y, ahora, añade, con la *«Regla de San Benito practicada según el espíritu de san Benito».* *«Todo el mundo puede hacer profesión de la regla benedictina sin pertenecer a ninguna de las numerosas congregaciones benedictinas que existen».* Quiere entrar en la regla benedictina, pero para fundar su propia Orden. Es y continúa siendo un reformador en lo más íntimo; quisiera *«ayudar a restablecer esta vía monástica verdaderamente benedictina»*, la de los orígenes; se trata para él, hay que subrayarlo, de restablecer la pureza primera. *«Hábleme de vos, querido padre. Hábleme de mi prima, que es mi madre, como vos, mi padre»*, dice, al acabar esta carta, que es como una larga interrogación en la que pide *«todos los consejos necesarios».*

Y una semana más tarde, el 22 de octubre, de nuevo otra carta interminable, con la misma pregunta. Y precisa que, en el fondo, no quiere tomar tal cual la Regla benedictina: *«Retomarla sería arrojarse de nuevo en esas discusiones de interpretación de textos y de espíritu de la letra, en las que uno se ahoga y que llevan a las buenas almas a pasar su tiempo pensando en detalles, en lugar de emplearlo en amar a Dios».* Lo que quiere es *«algunas almas reunidas para llevar la vida de Nazaret».* *«Algo muy simple y poco numeroso».* A finales de octubre, decide dejar la Regla de san Benito por la Regla de san Agustín.

Respuesta el 30 de diciembre de Huvelin. Está *«perplejo»:* *«He recibido todas vuestras cartas. [...] Me siento inclinado a decirle: ¡quedaos! Quedaos en soledad, silencio y oscuridad profunda».*

Un pequeño cuaderno

En junio de 1896, Foucauld, lo hemos visto, había escrito un texto sobre la congregación que quería fundar. Un proyecto de vida personal por el que quería dejar la Trapa; este texto, poco construido, era una serie de intuiciones que había vertido en el papel; manifestaba un carácter utópico pronunciado. El padre Huvelin había desaprobado

este texto totalmente *«impracticable»*. Y había estimado, por otro lado, que Foucauld no estaba hecho para fundar nada ni para ser responsable religioso. Foucauld había dejado el texto y su proyecto. Pero no abandonaba su idea y, un año más tarde, en agosto 1897, escribió un nuevo proyecto: fundar según una regla consolidada, la Regla de san Benito, adaptándola en lo posible.

Mostraba a Huvelin que, para la fundación que quería realizar, se apoyaba en una regla sólida, incontestable.

Un año más tarde, en julio de 1898, tiene lugar el encuentro con Madre Isabel y el episodio de *«Pierre»*, lo que reaviva su deseo de fundar. Y, en el curso del viaje que lleva a cabo a Akbés, comienza a escribir una *«regla de vida»*. Es un texto que destina primero a sí mismo y se pone enseguida a *«observarlo»*, *«tanto como puede una persona sola»*. Esta Regla la detalla las semanas siguientes, en Jerusalén. A finales de octubre, se apoya, no ya en la Regla de san Benito, que le parece complicada, sino en la de San Agustín y, sobre todo, en su propia Regla particular, ya que la Regla de san Agustín le permite llevarla a cabo. La influencia de Madre Isabel es manifiesta. Se puede constatar eso, por ejemplo, en las cartas al padre Huvelin, del 15 y del 22 de octubre, bastante sorprendentes, que hacen reaccionar a su padre espiritual. Su única respuesta es: *«Quedaos, quedaos aún más tiempo»*. Huvelin quisiera que no se dejara llevar por ese *«movimiento»* hasta el infinito que le posee y le propulsa por caminos equivocados. Intenta calmar ese movimiento; le pide que transmita a la Abadesa lo que escribe: *«Quedaos»*.

Es un esfuerzo vano. Empujado por la Abadesa, Foucauld construye la casa que quiere fundar sólidamente: ya no es un texto con intuiciones deshilachadas, sino que escribe un texto muy elaborado. Data del 6 de enero de 1899. Se lo envía al padre Huvelin, acompañado de un texto muy largo; la carta está fechada el 22 de enero.

El padre Huvelin debió de leer sin duda la carta antes de tener conocimiento de lo que Foucauld llama *«el pequeño cuaderno»*, que define como *«una meditación»*, precisando que fue *«escrita, en gran parte, ante el Santo Sacramento, no para ser mostrada, sino para mí solo»*. Primera precaución para calmar a Huvelin: se trata de un texto privado, de uso personal. Segunda precaución: es ante todo la simple descripción de su modo de vida actual, pero es algo provisional: *«Es el cuadro más exacto de mi vida (salvo el nombre de ermitaño y el hábito religioso, pues no llevo ni lo uno ni lo otro); llevo a la letra la vida religiosa en el reglamento provisional»*. Tercera precaución: esta *«vida absolutamente religiosa»*, tal como la lleva, según este reglamento, no se la dio a sí mismo, es Madre Isabel la que se la *«da»*, dice, ya que ella *«ha sido la primera que ha insistido para que cambie mi estado de criado por el de ermitaño o sacerdote»*. ¿Cómo se podía oponer el padre Huvelin a una regla que sigue solamente Foucauld, una regla de vida impulsada por una Abadesa, considerada por su hijo espiritual como una

«santa»?

Pero lo esencial de la carta no consiste solamente en esas precauciones, tampoco consiste en la explicación de lo que llama modestamente «*meditación*», sino lo que es, de hecho, una construcción en firme, una Regla en buena y debida forma que se sustenta en una lógica impecable. Sobre todo, de lo que quiere Foucauld hablar con Huvelin es de una cuestión que le parece crucial, sobre la que volverá sin duda más adelante: la «*clausura*».

Le hicieron que acompañara a una religiosa de Nazaret a Jerusalén; en este momento, quieren que acompañe, de Jerusalén a Nazaret, a un «*viejo padre dominico*» que va a dar un retiro a las Clarisas. Ve que, con todas esas «*idas y venidas*», no tendrá «*nunca ni soledad, ni fijeza, ni oscuridad*». Pide, pues, a Huvelin poder hacer en sus manos un «*voto de obediencia*» al Reglamento provisional en el que hay un «*voto de clausura*» que le parece «*totalmente necesario*»... Es este un voto, en realidad, inventado por él, un voto que acaba de hacer, el día de Navidad, en las manos de Madre Isabel. Un voto de esta envergadura no puede más que impresionar a Huvelin, que verá la voluntad profunda de Foucauld de permanecer en una vida de Nazaret, alejada del «*movimiento*» que es su tendencia, una vida de estabilidad. Efectivamente, el padre Huvelin le responderá enseguida, el 6 de febrero: «*Oh, sí, quedaos todavía un poco más, en paz, en descanso, en soledad*». «*Quedaos allí, por el momento, un poco más*».

El «*pequeño cuaderno*» que Foucauld añade a su carta comporta veintitrés páginas[29]. Comienza con tres páginas en las que indica, de entrada, la intuición general que le guía en eso que va a escribir. «*Mi pensamiento constante desde hace cinco años y medio*», desde mitad, pues, de 1893. Volvemos a lo que escribió en Akbés, el 8 de julio de 1893, al padre Huvelin, de manera exagerada, si no injusta, hacia sus hermanos trapenses. «*No veo practicar ni estimar alrededor de mí las virtudes que deberían ser, veo el espíritu mundano instalado en medio de todos nosotros mientras que debería estar tan lejos. Cosa tan bella es la pobreza bendecida y divina y cuánto repugna a los hombres*». El 22 de septiembre emite el deseo de «*formar una pequeña congregación para llevar esta vida [de Nazaret]*» y comienza las grandes líneas de lo que ve de esos «*pequeños nidos de vida ferviente y laboriosa*», que reproducen la existencia de Jesús con María y José en Nazaret. No había ninguna huella, en sus cartas al padre Huvelin, de lo que indica aquí como el corazón de su intuición, el concepto de Visitación. María, que, «*sin salir de la vida oculta, sin salir del silencio, santifica la casa de san Juan llevando allí a Jesús*». Foucauld quiere vivir ahora según ese modelo, y establecer comunidades: «*Santificar las almas sin salir del silencio, llevando a los pueblos infieles, con un pequeño número de hermanos, a JESÚS*». Uno se da cuenta del término que repite: «*sin salir*»; la clausura es, para él, central.

Ese proyecto quiere establecerlo hoy y, en el «*pequeño cuaderno*» del 6 de enero de

1899, dice que quiere establecerlo en dos fases: «Una, provisional, para mí solo y para un muy pequeño número de hermanos, si Dios los envía; otra definitiva, para un mayor número».

A corto plazo –en lo «provisional»– se trata, para él, de pedir al Patriarca de Jerusalén la autorización de «llevar el nombre de ermitaño y un hábito religioso» y de poder comprometerse «con votos», diciéndole que desea ser ordenado sacerdote –«propuesto a sacerdote», escribe– para vivir, él mismo y algunos hermanos, en un primer momento, como «capellán del convento maternal de Santa Clara de Jerusalén» con el Reglamento provisional de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús. Segunda fase: «Un cierto número de “Ermitaños del Sagrado Corazón” distribuidos en distintos lugares, sobre todo en países de misión», para llevar «los beneficios celestes a nuestros hermanos más desafortunados, a los hijos de Dios más abandonados, a los infieles, a los paganos». Los «Ermitaños del Sagrado Corazón» estarían «aislados por el silencio y una estrecha clausura». Con María y José, «se reunirían en torno a su Hermano mayor, presente en medio de ellos, y, como hermanos más pequeños amantes y fieles, se forzarían a imitarLo en todo».

Después de ese texto de presentación, propone el Reglamento provisional en primer lugar, páginas 4 a 17 del «pequeño cuaderno» y, después, las «Preliminares» de la Regla definitiva, páginas 18 a 23.

El Reglamento provisional retoma primero la introducción precisando que se trata de seguir ese Reglamento «en nuestro domicilio actual, en la ermita anexa al convento de Santa Clara de Jerusalén, considerando como nuestra clausura los terrenos que pertenecen a ese monasterio y el camino que conduce de la ermita a la puerta del convento y que dan a la capilla de las Hermanas de Santa Clara, nuestra capilla». Continúan los «VOTOS» hasta «VESTIDOS». Se puede ver, en el artículo III: POBREZA. «Les [a los ermitaños] está prohibido BAJO PENA DE PECADO GRAVE tener rentas, tierras que no sean las que pueden cultivar con sus manos y encerrar en su clausura». «Bajo pena de pecado grave» escrito en letras capitales vuelve a salir en el artículo III, CLAUSURA, que no se puede sobrepasar de ninguna manera. El artículo XVI: AYUNO, está consagrado al régimen alimenticio de los Ermitaños, bastante sorprendente y más bien contradictorio: «No se servirá nunca carne, ni pescado, ni huevos. No se pondrá jamás aceite, ni mantequilla, ni queso en los alimentos. No se podrá aliñar las porciones cocidas más que con sal y leche. Se podrá servir mantequilla y queso, pero cada uno en una porción». «Ninguna otra bebida que no sea agua pura». «Las porciones serán copiosas, de tal manera que se esté suficientemente alimentado».

Un HORARIO extremadamente meticuloso se expone en el artículo XVIII. En el artículo XIX, NOMBRES: «Se llaman todos entre ellos “hermano”, nunca “padre”».

Tras este Reglamento provisional, se encuentran los Preliminares de la Regla definitiva. Los Ermitaños del Sagrado Corazón se sitúan de forma precisa en la Iglesia: *«Al no creer tener la vocación de ministerio apostólico, no creemos poder hacer nada mejor para la gloria de Dios que limitarnos por los votos a llevar una existencia lo más parecida posible a la vida escondida de Nuestro Señor; consagrarnos a la adoración perpetua del Santo Sacramento, y llevar esta vida en país de misión, santificando así a los pueblos infieles por la presencia del Santo Sacramento perpetuamente expuesto y adorado»*. Un poco más lejos, insiste sobre *«la celebración cotidiana del mayor número posible de misas»*.

Ese texto de los *«Preliminares»*, de la Regla definitiva –seis páginas manuscritas– no comporta ningún capítulo, ninguna subdivisión ni subtítulo. Retoma, casi palabra por palabra, las ideas emitidas en el Reglamento provisional. Al final de todo, resume las *«tres fuentes»* que mandan esta Regla y vida de los Ermitaños: *«Imitación de la vida escondida de Nuestro Señor en Nazaret: adoración perpetua del Santísimo Sacramento expuesto; sobre todo en los países de misión»*.

Recordaremos particularmente esos tres puntos que estructuran a partir de ahora todos los proyectos de fundación expresados por Charles de Foucauld.

Después de haber enviado el *«pequeño cuaderno»* y su carta de acompañamiento, Foucauld escribe de nuevo, el 8 de febrero, a Huvelin, para explicarle el envío: *«Después de haberle escrito mi carta, he temido haberle asustado»*. Por una parte, quiere tranquilizarle en cuanto a su obediencia hacia él y, por otra, sobre el estado de su *«corazón»*: *«Mi atracción no me lleva más que al anonadamiento de la soledad»*. Queda decir que su *«cabeza»*, está obligado a confesarle, habla de otra manera, diciendo: *«Ahora meditación; más tarde Sacerdocio y dirección de las Clarisas y, si Dios quiere, si envía almas: formación de un pequeño nido de adoración»*. *«Corazón»* y *«Cabeza»* no están exactamente en la misma onda.

A mitad de febrero, decide acompañar al padre dominico hasta Nazaret y quedarse allí: *«¡Cómo me gusta que estéis en Nazaret! Os lo digo con todo mi corazón que os quedéis en Nazaret!»*, escribe Huvelin (13 de marzo). *«Manteneos únicamente en el movimiento de buscarle»* (18 de abril). Buscarle, a Él, a Jesús de Nazaret, pero no para conseguir un proyecto ideal perseguido con un movimiento incesante y febril: *«Quedaos en Nazaret, en donde estáis, como estáis. Vida de oración, de lectura, de meditación, y también de trabajo manual que me es tan querido para vos»* (27 de abril).

En esta misma carta: *«No os atormentéis por fantasmas, visiones extrañas, unos “hasta cuándo”, no os inquietéis. ¡Quedaos, quedaos! Nazaret os trata bien, os colma»*.

Foucauld sigue escrupulosamente el *«reglamento provisional»* de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús; pidió a Huvelin el permiso para tomar un nombre religioso; y

así escribió a su hermana, el 8 de mayo de 1899: «*Ya no escribas en la dirección: hermano Charles de Foucauld, sino Charles de Jesús. El padre me permite llevar solo ese nombre en el futuro*». Es un nombre que le da su padre espiritual; pero no es un nombre oficial de religioso. No vive más que según su regla: «*No debo escribir demasiado, porque mi pequeña regla me prescribe el silencio de todas formas*» (a su hermana, 21 de julio de 1899).

Hace un retiro que termina en Pentecostés, el 21 de mayo, que le «llevó a Nazaret» pero que había comenzado con «*tantas tentaciones y confusiones*», según confiesa al padre Huvelin, que se mostró feliz de que hubiera reencontrado la paz. «*¿Dónde queréis cultivar la humildad, el silencio más que en este jardín de Nazaret donde esas virtudes han florecido como en ningún lugar? [...]. Sí, quedaos en Nazaret*» (30 de mayo). «*¡Oh, sí, el silencio, sí, el silencio de Nazaret! ¡Sí, la estabilidad [...]. ¡Prohibirse la agitación y los comienzos!*» (18 de julio). «*¡Qué felicidad que estéis verdaderamente en vuestro lugar, que os sintáis feliz, que se haga la vida que vos deseáis, vida de Nazaret tanto por dentro como por fuera!*» (14 de agosto).

¿Una Regla terrible?

Ahora bien, durante esos meses de Nazaret, a partir de finales de febrero de 1899, Foucauld, mientras que Huvelin le invita a que se aparte de la agitación, a que viva interiormente la soledad y el silencio, redacta febrilmente un largo texto, el «*Reglamento*» de los Ermitaños del Sagrado Corazón. Texto que datará del 9 de junio de 1899, día de la fiesta del Sagrado Corazón, un viernes.

El voluminoso texto contiene las «*Constituciones*» de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús, en latín y después en francés (cuarenta artículos); al final, el «*Reglamento*», que es enorme: un capítulo preliminar y cuarenta capítulos correspondientes a los cuarenta artículos[30]. El conjunto es un verdadero monumento; sin duda ha necesitado un tiempo considerable. Si las «*Constituciones*» ocupan quince páginas, con artículos bien trabados, el «*Reglamento*» es enorme. Primero, cada uno de esos artículos está precedido por numerosos versículos evangélicos; es casi todo el Evangelio transcrito. Luego, el texto mismo, extremadamente detallado. Hay distancia entre el texto de 1896 escrito en Akbés y este complejo masivo y organizado de 1899. Charles de Foucauld se informó. Sabe primero que, después del Concilio de Trento, toda fundación de congregación debe referirse a una Regla existente; pensó en la Regla de san Benito, la dejó de lado muy pronto, para elegir la Regla de san Agustín, que no está tan armada como la de san Benito y no presenta un monasterio ya hecho, sino que está formada por un conjunto de consejos que permitan vivir juntos a los miembros de un monasterio; la Regla de san Agustín supone las bases del monasterio establecidas y aporta solamente indicaciones muy amplias sobre la manera de formar un solo corazón y

un alma como la comunidad primitiva. Esta Regla deja a Foucauld una mayor libertad para presentar su proyecto.

El texto «*Preliminares*», que precede al «*Reglamento*», comporta dos partes. La primera consiste en lo que se llamó un «*corto retrato*» de Jesús «*formado por frases de los Santos Evangelios*», lo compuso en Nazaret, lo relee «*sin cesar*» y lo titulará en 1906 «*El Modelo único*»; de entrada, Foucauld quiere, pues, indicar que son los textos evangélicos los que están en la base de la vida de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús.

La segunda parte, «*Preliminares*», retoma *grosso modo*, hasta frase por frase a veces, los «*Preliminares*» que Foucauld había escrito en su texto del 6 de enero precedente. Pero el preámbulo insiste aquí, sobre todo, en el Sagrado Corazón: los Ermitaños deben «*estar abrasados y en llamas*», «*como Él, irradiar en la tierra y “llevar el fuego”*». En ese texto, escrito en «*la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús de 1899*», pone en el centro a Jesús y toda la fuerza de su Corazón, y ya no a María en la Visitación como aparece en el texto del 6 de enero.

El texto «*Preliminares*»^[31] quiere resumir brevemente la vida de los Ermitaños; y, primero, cuál es su «*objetivo*», su «*vocación especial*»: «*Imitar a Jesús en la vida escondida de Nazaret*»; «*practicar la adoración perpetua del Muy Santo Sacramento expuesto*»; «*vivir en país de misión*».

Viven en comunidad pero son «*ermitaños*». «*Se ven como solitarios, aunque vivan varios juntos, a causa del gran recogimiento en el que se desarrolla su vida, gracias a la clausura perpetua, al silencio y a la lejanía de las cosas profanas y asuntos exteriores*». Esos puntos se desarrollan seguidamente. Se trata de comunidades de «*20 a 25*» fundadas «*a distancia de los lugares habitados, en los lugares solitarios*». Gran importancia de la clausura hasta el punto que Foucauld hace de ella un cuarto voto que introduce como especificidad de los Ermitaños: «*No pertenecen a ninguna otra Congregación religiosa*». «*Emiten cuatro votos solemnes de Castidad, Pobreza, Clausura y Obediencia*».

Un largo párrafo sobre la pobreza donde se encuentran casi, palabra por palabra, los textos precedentes (14 de junio de 1896 y 6 de enero de 1899): «*Los Ermitaños deben “vivir únicamente del trabajo de sus manos”*». Con la prohibición de poseer tierras alrededor de la ermita, como es el caso de la Trapa de Akbés, o hacer trabajar a los obreros. Sobre «*Una vía penitente*» –en lugar de «*ayuno*»– se retoma el texto de junio de 1896 y el de enero 1899.

El capítulo «*Preliminares*» es muy repetitivo. Al final, Foucauld «*resume*» lo que deben ser esos Ermitaños: «*Pequeños hogares de amor donde abrasa el Sagrado Corazón de Jesús, hogares situados en países de misión, para alumbrar con “ese fuego que Jesús ha traído a la tierra”, y que irradien las llamas del divino Corazón sobre*

Sus hijos más desgraciados, “más perdidos”».

Antes de los «*Preliminares*», en la primera página del manuscrito de este inmenso texto del 9 de junio de 1899, Foucauld reprodujo una imagen más bien sulpiciana, editada por la Basílica de Montmartre, que le había enviado María de Bondy; representa un Cristo, con la cabeza aureolada de luz, con los brazos abiertos, con un corazón y una cruz que sale del corazón, en el pecho, con los pies sobre el globo terrestre. Al pie de esta imagen, el emblema de Foucauld: un corazón del que sobresale una cruz, rodeada, por encima, de una palabra, IESUS, por debajo de la palabra CARITAS.

El Reglamento de los Ermitaños como tal, en cuarenta capítulos, es una lista interminable de detalles sobre cada uno de los puntos. Un ejemplo: el capítulo XVIII, uno de los más cortos, tres páginas, consagrado a las «*Santas Lecturas*», tiene tres partes. «*Lectura de mesa*»: «*En la cena, el lector lee primero medio capítulo de la Santa Escritura en latín. Después, un libro edificante en lengua vulgar*». «*Se leerá y releerá a menudo las obras de san Juan Crisóstomo, de santa Teresa de Ávila y de san Juan de la Cruz [...] y el pequeño libro del R. P. de Caussade (C. J.) que lleva el título Abandono a la Providencia Divina (en la edición abreviada dada por el R.P. Ramière (C. J.) también se leerá el prefacio escrito por este último*». Se elegirá como lectores: «*A los ermitaños capaces de leer de manera edificante*». «*El Prior no hace las funciones de lector*».

Después, las «*Lecturas particulares*». Deben ser aconsejadas por el confesor, que debe «*designar lo que se debe leer y explicar en cuánto tiempo y cómo se debe leer*».

Al final, la «*Biblioteca*». El bibliotecario «*da a los confesores todos los libros que pidan, a los ermitaños no les presta los libros a no ser con una nota de su confesor*». Es «*el Prior*» el que compone la biblioteca; deben ser «*los autores más selectos, los mejores, los más santos, los más autorizados, los más romanos*».

Uno de los capítulos más largos es el XXXVI: «*Capillas de sacristías*», es casi una obsesión. «*El suelo está cubierto de tierra, adoquinado, embaldosado o de ladrillos*». «*Las ventanas están sin vidrieras de colores*». «*Siete filas de bancos: cada uno se compone de 3 pequeños bancos de 1,65 m. de largo*». «*Tres ermitaños por banco, seis por fila*». «*Una verja de hierro*» que «*va desde el suelo hasta el tejado*» separa los fieles de los ermitaños: «*No tiene puerta; solo hay en el medio una taquilla de 0,40 metros de lado, cuadrado, que no se abre más que para dar la Sagrada Comunión a los fieles. Que la verja sea muy sólida, pero que los barrotes no estén muy apretados, para que los fieles puedan disfrutar bien de la Sagrada Forma*».

El texto se acaba con seis croquis —entre los que figura el plano y la descripción de una ermita «*proyectada cerca de Nazaret*»—, sumamente detallados, al centímetro[32].

No podíamos pasar por alto el lado, a primera vista, estremecedor de este texto, su lado extremo, por no decir inhumano. Al mismo tiempo, si se quiere ser honesto hasta el

final, se debe decir que de este texto emana, a través de su cara más oscura, una suave luz extraordinaria que irradia débilmente, pero de manera auténtica; una luz que ciega a través de una masa compacta, bruta. Estamos ante un enigma singular.

Este texto, que el mismo Huvelin considera inadmisibile, llegará a ser como la primera matriz, en su explosión y su riqueza espiritual, de otros textos que seguirán, afinados y más fieles al bloque original de mármol duro; la escultura se irá desarrollando poco a poco. Es inadmisibile en su forma basta. Existe siempre el peligro de que los discípulos, espiritualmente poco adultos, lo utilicen, sin precaución, y tomen directamente este explosivo que no puede ser manipulado más que por espíritus muy humildes y llenos de discernimiento. Hay que descifrar lo que emana de este texto y, sobre todo, a través de la apertura y evolución que llevará a cabo Charles de Foucauld en el curso de los años de sacerdocio. Este texto es, sin duda, en su explosión primera, si se puede decir así, un movimiento de arte primitivo, que se emparenta, en la historia de la Iglesia, a los Padres del desierto y al *Poverello* de Asís, a la Madre Teresa de Ávila y a Ignacio de Loyola. Louis Massignon fue uno de los primeros en captar la importancia de este texto, sin duda porque conoció a Foucauld mucho más tarde, ya en 1907, cuando había transformado la dureza en real testimonio de la fresca evangélica[33].

¿Qué podría hacer para que se volviera más flexible?

La pequeña regla del 6 de enero de 1899, una «*meditación*», la escribió y se la envió a Huvelin. Este no dijo nada; lo esencial era ganar tiempo, que Foucauld permaneciera tranquilo llevando su vida de Nazaret; Huvelin no reaccionó contundentemente a esta regla como lo hizo en agosto de 1896: «*Vuestro reglamento es absolutamente impracticable*»; había dicho llanamente: «*Formad la vasija [...]. Recojeos, colmaos antes de tener que gastaros. Ya veréis si vienen otras almas, si se presentan para compartir vuestra vida. ¡Esperad!*» (8 de febrero de 1899). Y le pidió también que comunicara a Madre Isabel lo que le estaba diciendo.

Pero el inmenso texto del 9 de junio, el Reglamento de los Ermitaños, Foucauld no se lo hace llegar enseguida a Huvelin. Sin duda le hablará de él a la que ve como una madre, a la que compara, ya lo hemos visto, a María de Bondy; Madre Isabel, una Madre Abadesa, fundadora, además, ya que tienen ambos, él y ella, el mismo temple. Él todavía anda perdido en esas miras estrechas e intransigentes mientras que ella ve ante todo, y de manera muy concreta, lo que es necesario a las comunidades que ha fundado; se encuentra ante una mujer razonable que persigue sus objetivos e intereses, que tiene tendencia incluso a utilizarle; lo que le obligará a poner un poco más los pies en el suelo, al menos, en parte. Es mucho más realista que él; percibe el valor que tiene Foucauld; se da cuenta de que se encierra en proyectos demasiado inflexibles y rigoristas; ella, con su espiritualidad franciscana abierta, tiene una influencia eminentemente positiva sobre él,

próxima a la manera del padre Huvelin; un poco menos prudente y bastante más emprendedora que él.

Este no cesa de intentar rebajar el temple rígido, perfeccionista, de Foucauld. En una carta (perdida), parece que Foucauld habló a su padre espiritual de sus escrúpulos porque, a veces, le vencía el sueño: «*No inquiete su conciencia, responde Huvelin. No se fije un mínimo hasta dónde debe descender. Ese mínimo no existe, porque siempre le parecerá que debe arañar, rascar más*» (26 de octubre de 1899). Huvelin comprende bien el mecanismo infernal en el que se enreda Foucauld muy a menudo. Se fija un punto límite y hace todo para alcanzarlo; y la ejecución no es nunca suficientemente perfecta. Huvelin quisiera que se tratara a sí mismo con suavidad: «*No tome la humillación como una falta, sino como una ocasión de dulce y afable humildad. Es lo que debe hacer con ese desgraciado sueño en el que sucumbe alguna vez*».

Algunos quieren aplicar a Madre Isabel una cita de Juan Casiano, monje del siglo V, que dijo –al contar supuestos recuerdos de monasterios que visitó en los desiertos de Egipto– que los monjes temían a los obispos tanto como a las mujeres. Venían a sacar de los monasterios a sacerdotes para sus diócesis. Y Casiano lo expresó así: «Los monjes deben desconfiar como del diablo de las mujeres y de los obispos»[34]. A. Chatelard reproduce este dicho de Casiano y lo aplica al presentar a Madre Isabel como una «*tentación*» para Foucauld[35], un peligro para él, un «*peligro*» del que Huvelin «*tenía razón al inquietarse*». ¿De dónde puede deducirse que el padre Huvelin viera en Madre Isabel un «*peligro*» o una «*tentación*»? Parece que el padre Huvelin se alegró más bien de la influencia franciscana de las Clarisas sobre Foucauld y, muy particularmente, del encuentro que este hizo con la que Huvelin llama por dos veces, en su carta del 8 de febrero de 1899, «*venerable Madre*». El contacto con Madre Isabel flexibiliza a Foucauld, sin lugar a dudas; se ve claramente, a través por ejemplo del diálogo que tuvo con ella el 13 de octubre de 1898 y que reprodujo el día 15 a Huvelin; le ayuda a pasar, tanto como puede, de una imitación literal a una imitación abierta, sale al encuentro de la idea de Foucauld de considerar el sacerdocio contrario al ideal de vida de Nazaret. Esta mujer interpreta acertadamente el sentido de los acontecimientos. Lo demostró en las fundaciones sucesivas que realizó; lo comprobamos cuando empuja a Foucauld a dejar esas costumbres rígidas de un proyecto establecido de antemano, a abrirse a la Regla benedictina y entrar en el «*día a día*»: así le ofrece ser el capellán del convento pero solo «*como un medio*». «*Quédese tanto como pueda, forme discípulos en nuestra casa. [...] Cuando llegue el momento, vaya con ellos adonde el Espíritu Santo le empuje*».

Alguien, además de Madre Isabel, flexibiliza también su espíritu. Foucauld, que siempre tuvo una capacidad extraordinaria, casi bulímica, de lecturas, absorbe volumen tras volumen; entre otros, lee a Juan Crisóstomo, Teresa de Ávila y a Juan de la Cruz. Hay un pequeño libro que le impresiona también: «*Dos años hace que lo leo, lo releo y*

encuentro siempre cosas nuevas», escribe en mayo de 1899. «*Es uno de los libros de los que vivo más*», dirá cinco años más tarde (a Madre Agustina, el 24 de diciembre de 1904). Se trata del *Pequeño tratado del abandono*, escrito hacia 1740 por el padre de Caussade, y publicado en 1861 por el padre Ramière, un jesuita que conocía bien Dom Policarpo; dirá de ese libro que lo descubrió gracias a una religiosa –sin duda Madre Saint-Michel, la Abadesa de las Clarisas de Nazaret–. Foucauld animará fuertemente a su prima a leerlo; es el único libro que propone en su Reglamento a los miembros de la congregación que quiere fundar. La apertura al «*momento presente*», la búsqueda de obedecer en el momento presente a las indicaciones de Dios, temas de Caussade, le marcan profundamente en esos años de 1897-1899 en los que se busca, en los que está extremadamente en tensión hacia esa finalidad extraordinaria, imposible, hacia la estrella inaccesible. Caussade le devuelve constantemente al suelo, le arrima a lo cotidiano, en el momento en el que Huvelin intenta también, por todos los medios, apaciguarlo. «*Piérdase en la confianza en Dios. El amor de Dios existe en medio de nuestras miserias. No se inquiete por la sequedad, espere la hora de Dios*» (26 de octubre de 1899). El encuentro en 1897 con Caussade, como el encuentro, al año siguiente, con Madre Isabel, conseguirá hacer que Foucauld sea un poco más maleable.

El hecho de escribir le ayuda también mucho. Al volver de Roma, no quería volver a escribir. El padre Huvelin le anima a hacerlo de nuevo a su llegada a Nazaret. Todas las meditaciones, a menudo repetitivas, que escribe en la pequeña capilla de las Clarisas o en su cabaña, son, ante todo, una gran ayuda a la sequedad que vive en la oración. «*Al dejar Roma, no quería escribir ya nada más. Pero me encontré en tal sequedad, en tal imposibilidad de rezar, que le pedí consejo a mi director; me respondió: “Escribid vuestras meditaciones”*» (a María de Bondy, 15 de febrero de 1898). Se ha citado mucho el texto en el que habla, según algunos, de la posibilidad de su muerte: «*Piensa que debes morir mártir*», dando un color político-sacrificial a la frase, igual que se hizo una biografía de nobles acentos, evocando «*el martirio de su tío-abuelo Armand de Foucauld, muerto por Cristo bajo la Revolución. [...] Morir de muerte violenta, como deseaba ardientemente, no le parece, en absoluto, extraordinario. En su casa, no se acaba en la cama con un gorro de lana y una tisana en las manos. Se hacen cruzadas, se sirve al rey con las armas y no se duda en dar la vida*». Ahora bien, las palabras de Foucauld son, en realidad, palabras de Jesús mismo, en una meditación de Nazaret; es Jesús el que se expresa aquí, el que pide a Foucauld que le contemple en el descenso de la Cruz «*mártir, desprovisto de todo, tendido en el suelo*»... Y que desee para él mismo conocer esta muerte. Hay que añadir que Foucauld vive entonces otro «*martirio*» completamente distinto. «*Sequedad y tinieblas; todo me es penoso: santa comunión, oraciones, todo, todo, incluso decirle a Jesús que le amo. Tengo que agarrarme a la vida de la fe. ¡Si al menos sintiera que Dios me ama! ¡Pero no me lo dice nunca!*». La

noche interior que vive en todos estos años le es un profundo martirio.

Viento de locura

Estamos en 1900. «*Mi vida prosigue absolutamente igual*, escribe el 8 de febrero de Nazaret a Huvelin. *Me siento cada vez más escondido y perdido y me maravillo al verme desaparecer*». Le agradece su ayuda. Pensar en volver a la Trapa, pretender el sacerdocio eran, ahora lo ve, «*tentaciones de inconstancia*» que le podrían haber hecho dejar «*la realidad de esta vida escondida de Nazaret*». Ningún «*cambio*», le dice el 22 de marzo; con un poco de ansiedad por no haber tenido noticias de Huvelin desde octubre, y con una idea que le viene de vez en cuando: dejar Nazaret por «*un lugar en el que sea realmente absolutamente desconocido (en otra ciudad de Tierra Santa)*. Pero espero y me dejo llevar»... Su malestar viene de que las Clarisas le conocen ahora demasiado bien en cuanto a sus orígenes familiares, su pasado de explorador; y también porque quieren despedir a una pobre «*tornera*» del convento, viuda. Le gustaría, por ejemplo, «*establecerse como ermitaño en un terreno cualquiera, en las colinas que dominan Nazaret*». Se ve bien que la búsqueda de un lugar aún «*más lejos*» permanece en él fuertemente, ese movimiento que percibió Huvelin claramente y que intentó frenar; una voluntad de «*siempre más*» y de «*lo más...*». «*No me imagino esta salida más que para entrar, más profundamente, en el descenso, la obscuridad, la vida más humilde y más abyecta en la oración y en el trabajo*». Y confía una de sus ideas en este sentido: «*Llegar a ser un criado que cuide enfermos en uno de los hospitales de las hermanas de San Vicente Paúl en Tierra Santa*».

Nueva carta, cuatro días más tarde, y muy larga, rebuscada, lo que muestra una ansiedad creciente; presenta la misma idea: ser enfermero. Con un añadido: trabajaría también para asegurar la pensión de esta viuda que ya no puede trabajar. ¿Qué es lo que le empuja? Aquí, en las Clarisas, dice: «*trabajo, pero hago trabajos que no lo son*». «*Los trabajos de hospital serían verdaderamente trabajo y sería verdaderamente un obrero*». Y, segundo argumento: «*Ese dulce nido de Santa Clara se ha hecho tan dulce, tan mullido*». Atormentado como es, pide que el padre responda rápidamente «*a Charles Foucauld (sin de)*» y envía una carta de recomendación para sor Sion, superiora de las Hermanas de la Caridad de Jerusalén. Quiere descender en «*esa nueva tumba (tumba de vida con Jesús, no de muerte)*».

Nueva carta, cuatro días más tarde, el 30 de marzo, y otra el 26 de abril, muy larga; un nuevo proyecto. Coherente con esta clase de fobia que le ata, el temor de no estar suficientemente en «*la obscuridad*», ir de incógnito, persevera en esta voluntad de descender en la abyección que le hace desear encontrar un lugar de Tierra Santa en el que pueda sentirse «*absolutamente desconocido*»; es lo que le conduce a ese nuevo proyecto. Le proponen un lugar que solo le puede hacer fracasar: el presunto lugar del

Monte de las Bienaventuranzas. Este monte, de propiedad otomana, está a la venta y un agente de negocios de los Franciscanos se lo dice en secreto. El precio es elevado. Carta a Huvelin: le pide un acuerdo y quiere que hable con Catherine de Flavigny, su prima rica, viuda sin hijos, y su cuñado, Raymond de Blic, para obtener de ellos el dinero necesario. Si no acceden, le pide que vuelva a ver el tema con María de Bondy y que decidan juntos, «*vos, mi padre y ella, mi madre, lo que pueden hacer por mí*». No espera de él más que una única palabra: «*Id allí*». «*Me siento empujado, como no he estado impulsado nunca en toda mi vida*», escribe en total exaltación.

Foucauld está aquí en el punto álgido de la tensión que comenzó con la búsqueda del éxito que obtuvo con su exploración a Marruecos, que persiguió después con su búsqueda de virtud «*totalmente pagana*», estoica y que se tradujo al fin, con su conversión, en otra totalmente inversa pero igual de vertiginosa: la búsqueda del «*último lugar*», de lo más bajo, de lo más «*abyecto*», de lo más desconocido. Esta tercera búsqueda toma, desde luego, el muy bello rostro de Jesús de Nazaret y todo el corazón de Charles de Foucauld está en ello; pero esta búsqueda está conducida, ya lo hemos visto, por un perfeccionismo absolutamente desmesurado que Huvelin intentó temperar sin conseguirlo demasiado, salvo en algunos períodos. Con mucha precaución, debemos decir que, en este impulso de intransigencia, había algo de pulsión de muerte, que le invadía sin cesar, a través de una serie de oleadas sucesivas.

Esta tendencia llega a su punto culminante con la perspectiva del Monte de las Bienaventuranzas que ve como el punto final de su vocación, en el que se reúne todo lo que persigue. Está perturbado: «*Siento*, dice a Huvelin el 26 de abril, *como un gran vértigo al pensar en el aislamiento, la desnudez, las dificultades en medio de las que me encontraré en esta cima desierta*». Ve ahora en esto su último destino, que resume en tres palabras: «*establecerme allá arriba, ermitaño-sacerdote*». Ermitaño, sacerdote, Monte de las Bienaventuranzas, «*las tres cosas se unen, se amalgaman y se presentan bajo la forma de algo casi-necesario*», escribe. Esta unificación, a sus ojos tan repentina y brillante, ese Todo, es ciertamente eso lo que da «*vértigo*».

Esta carta del 26 de abril manifiesta una sobreexcitación extrema que toma por verdadera alegría: «*Siento una verdadera alegría por todo lo que llega, ya que todo está permitido y querido por Dios, y no tengo ninguna pena por nada*». De todo lo que ha examinado, ampliamente, en esta noche en la que escribe una reflexión «*muy larga y detallada*» ante el Santo Sacramento –veinte páginas de argumentos en las que consigue absolutamente convencerse a sí mismo– y que retoma al día siguiente en su carta del 26 de abril a Huvelin, la conclusión no presenta ninguna duda: vivirá allá arriba mayor fe, castidad, pobreza y sobre todo «*humildad*». De repente, el sacerdocio ya no es algo peligroso. Al contrario: «*Debo poner la humildad allí donde Nuestro Señor la puso, practicarla como él la practicó y para ello practicarla en el sacerdocio, siguiendo su*

ejemplo». Cambio de perspectiva del que él solo guarda el secreto.

Para perfeccionar esa unificación total de la manera que le parece que le ha sido revelada, como una iluminación y su cristalización, escribe que en el Monte de las Bienaventuranzas podrá o bien permanecer «*solo*» o bien «*tener compañeros*», con lo que glorificará a Dios «*todavía más*». Piensa hacerse ordenar sacerdote, «*como he vivido tanto tiempo en París*», por el cardenal Ricard, arzobispo de esta ciudad, y encontrar, quizá «*en Francia, un compañero*». Signo de esta espera, envía, en esta misma carta al padre Huvelin, «*un texto sobre la regla de vida que compuso*» el 6 de enero de 1899 y que sigue «*desde entonces*». Tuvo cuidado de no enviársela a principios de 1899, igual que tampoco le transmitió el Reglamento de junio de 1899. Hoy, como el puerto está en el horizonte, piensa que pronto tendrá compañeros, estima que tal vez puede, pero con mucha precaución, no vaya a ser que se atraiga los rayos del padre Huvelin como en 1896, entregarle un texto: «*Reseña sobre los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús; extractos de su regla*». «*No es cuestión más que de votos anuales, no se trataría, si fuéramos muchos, más que de una pequeña congregación*».

Tiene prisa por poner en marcha el conjunto de la construcción que se ha hecho, su «*deseo*», dice. La compra del terreno, que pertenece, pues, al gobierno turco, se eleva a 13.000 francos[36]. Foucauld los pidió, como vimos, a su prima Catherine de Flavigny y a su cuñado Raymond de Blic. «*Semirrechazo*», escribe el 4 de mayo a Huvelin. El ingeniero intermediario hace presión sobre él. «*Si no compro esta santa montaña [...], caerá quizá en las manos de los judíos*». Escribe de nuevo a su cuñado y, esta vez, a sus dos primas: «*A estas alturas, ya no puedo volver atrás*». El 7 de mayo recibe una nota de Huvelin: «*Quedaos en Nazaret esperando*», Huvelin le avisa que recibirá una carta. Responde enseguida a Huvelin, sin esperar la carta, dándole prisa imperiosamente: «*Ya no hay posibilidades de no hacer la compra... el Buen Dios me ha forzado la mano, por decir así*». Dios es llamado, pues, como refuerzo para su proyecto: ser ordenado sacerdote, como ermitaño, por el Arzobispo de París, que, de esta manera, dará «*un principio de aprobación a la regla que sigo desde hace un año y medio, después de haber pensado durante tantos años (hará esta primavera siete años desde que os escribí desde Akbés sobre lo que entreveía para mí)*». Y resume su vocación tal como había expresado en su «*pequeño cuaderno*»; le envía, por otra parte, el 7 de mayo, para convencerle un poco más, la «*reseña*» anunciada. «*La regla misma es más larga –dice–. No es que contenga muchas prescripciones; por decir así, no contiene ninguna, sino que está escrita precisamente con muchas citas del Evangelio, y con la forma de un libro de piedad*». ¿Cómo se puede uno engañar a sí mismo hasta tal punto? Mientras espera, se prepara al sacerdocio. «*Repaso la teología en esta querida y bendita soledad de Nazaret, con el fin de estar lo más preparado posible*».

El 14 de mayo, no ha recibido todavía la carta anunciada por el padre Huvelin en su

nota y le escribe, de nuevo con detalle, con los mismos argumentos. Está inquieto: *«Tras todas esas peticiones tan insistentes dirigidas a mi familia para obtener el préstamo de esos 13.000 francos, ¿lo obtendré?»*. Quizá Jesús quiere *«para el pago de un lugar tan santo un dinero adquirido con el sudor y en la pobreza»*. Es muy consciente que *«todavía es una clase de riqueza el tener parientes ricos que te proporcionan el medio de hacer buenas obras»*. Añade a esta carta al padre Huvelin otras dos para pedir el dinero necesario. Una para otro miembro de su familia, *«uno de mis parientes próximos que no tiene fe, desgraciadamente, pero que tiene corazón y me ama; es rico»*. Se trata de su primo Louis de Foucauld. La otra carta está destinada a un amigo del abad de Staouëli. *«Hace falta que ahora encuentre ese dinero»*. Se pregunta si no podría ir a Francia a pedir limosna él mismo, pero, *«con la bata azul de capucha, las sandalias y mi aspecto extraño, la policía me pararía en todos los rincones y ningún portero me dejaría pasar por ninguna puerta»*. Ya lo vemos: quiere *«hacer absolutamente todo para encontrar esta suma ya que esto será, a partir de ahora, totalmente necesario»*.

Ninguna respuesta el 16 de mayo y escribe de nuevo al padre Huvelin: ¡nueve páginas! Sus reflexiones se centran en el Sagrado Corazón del que llevan el nombre los Ermitaños que quiere fundar y, también, sobre el arzobispo de París, que es *«el cardenal de Montmartre, el cardenal del Sagrado Corazón»*. Es él el que tiene que reconocer a los Ermitaños y obtener de Roma las aprobaciones necesarias. Recuerda *«el triple fundamento»* de los Ermitaños, la regla que acaba de conseguir *«fijar»* tras *«siete años»* de trabajo. Todo está preparado y el 22 de junio próximo, en la fiesta del Sagrado Corazón, *«León XIII podrá, creo, dar en bloque todas las dispensas y permisos necesarios al cardenal del Sagrado Corazón»*.

¡Todo esto, en un mes! Pero no tiene ninguna duda: *«Tan pronto como me haya enviado la autorización del cardenal, iré a pedir al Patriarca [de Jerusalén] establecerme en su patriarcado»*.

En cuanto al sacerdocio, *«lo mejor para mí, me parece, sería recibir las Sagradas Órdenes en Jerusalén. [...] El Patriarca me guardará en su seminario el tiempo que juzgue oportuno. Eso tendrá una ventaja muy importante: la de darme a conocer a él y a sus sacerdotes, establecer entre nosotros una confianza y esta bendita caridad de la que tomo con JESÚS el nombre por divisa; la caridad, es lo que reina menos en el clero y sobre todo entre los muchos de Tierra Santa, y toda mi vida se empleará en fortalecerla con todos y entre todos»*. «Ante la pregunta de los 13.000 francos», su prima de Flavigny la ha rechazado, pero ¿el padre Huvelin no puede intervenir? *«Parece que bastaría una palabra vuestra para que me prestaran esta suma»*.

Confusión de ideas

La respuesta del padre Huvelin, fechada el 4 de mayo, le llega el día 17: *«¡Es: no!*

Quedaos en Nazaret». Nunca Huvelin fue tan claro con él. «¡Quedaos, esperad!». Y que, «esperando», se quede al servicio de las Clarisas: «No puedo daros otro consejo ante Dios».

Foucauld responde enseguida: ¡seis páginas! No ha entendido nada de lo que le ha dicho Huvelin. Él piensa que, tras ese 4 de mayo en el que le escribió, Huvelin recibió otras cartas suyas, esos argumentos que desarrolló cree que habrán hecho mella: «Ahora ya habrá recibido algunas cartas mías desde el 4 de mayo que habrán podido hacer cambiar su manera de ver». Y se pone a «resumir» sus largas cartas precedentes del 4, 7, 14, 16 de mayo y añade otra del 17 a su carta del 16 retomando todo el tema. Desde luego, Nazaret continúa siendo para él «un lugar de paz». «Pero me parece que, por el momento, durante cierto tiempo, el Buen Dios me quiere en el Monte de las Bienaventuranzas, para que me encargue de la elevación de un Santuario». Lo repite dos veces, un poco más adelante en su carta, afirmando que, a partir de ahora, todas «las cosas se han aclarado».

Esta carta del 17 de mayo nos enseña, sin embargo, algo. Confirma el papel moderador de las Clarisas. En ella confía al padre Huvelin lo que dice Madre Saint-Michel. Está preparada para «mantener a un sacerdote maronita en el monte de las Bienaventuranzas», por lo que le emplaza a «quedarse en Nazaret». Otra hipótesis: Jerusalén: «Madre Isabel me ha ofrecido, reciba o no el sacerdocio, el lugar donde habito para vivir con mis compañeros, si el Buen Dios me envía algunos, ofreciéndome también construir lo que haga falta». Pero «primero, me hace falta ir al Monte de las Bienaventuranzas».

A lo que Huvelin le responde el 20 de mayo: «Estoy horrorizado con vuestros proyectos. Estoy horrorizado. Si no podeis hacer otra cosa, preferiría que comprarais el terreno del monte de las Bienaventuranzas y se lo regalarais a los Franciscanos; y que os quedarais donde estáis ahora».

Una vez más, Huvelin se muestra muy claro con él pero indica, al mismo tiempo, una apertura posible: «No creo que esta idea de sacerdote ermitaño sea de Dios. Sin embargo, si sentís un movimiento irresistible, tomad vuestra regla, id al Patriarca de Jerusalén, arrojaos a sus pies y pedidle luz. Yo, hijo mío, no la tengo para eso. No veo más que objeciones, y temo que hay amor propio bajo vuestra entrega y piedad». Añade: «Vuestra prima está bien contrariada. Y yo también». Esas últimas frases de su carta indican que el padre Huvelin habló con María de Bondy y que conjugan sus esfuerzos para parar la carrera desenfrenada a la que se lanzó.

Todavía no ha recibido la respuesta y los argumentos contundentes del padre Huvelin y de María de Bondy, cuando recibe, el domingo 27 de mayo, una nota de su hermana: «Suma enviada». Escribe el 29 a Huvelin reafirmando su convencimiento, que ahora se apoya en este envío: el Monte de las Bienaventuranzas. Pero este envío, hecho por su

hermana, ¿no le impone, a su vez, una especie de deuda? Se pregunta si no debe acceder a los deseos que ella tiene «*desde hace muchos años*», de que sea sacerdote y que pueda volver a verlo, «*al menos, una vez más en este mundo*». Para corresponder, ¿no será lo mejor que se prepare al sacerdocio en Notre-Dame-des-Neiges, y que el «*reconocimiento como ermitaño, con el hábito y el nombre de Ermitaño del Sagrado Corazón*», lo obtenga de «*la ternura paterna del obispo de Viviers, que ama al Abad de Notre-Dame-des-Neiges como a su hijo*»? En este último punto, retoma la idea enseguida: «*finalmente*», no es del cardenal de Montmartre de quien debe recibir este reconocimiento de Ermitaño y las Sagradas Órdenes, indica en posdata: «*Decididamente, opino que voy a ir a recibir las Sagradas Órdenes en Francia y me prepararé en Notre-Dame-des-Neiges si el Padre Abad consiente*».

Viernes, 1 de junio, nueva carta a Huvelin «*en este primer día del mes del Sagrado Corazón*» donde encontramos su motivación para el sacerdocio. «*Oh, sí, debo pedir las Sagradas Órdenes, a pesar de ser indigno, ya que una sola Misa ofrecida vale más, infinitamente más, que todas las obras que pueda hacer*».

La fiesta del Sagrado Corazón está próxima –el 22 de junio–: «*No creo que pueda, sin remordimientos de conciencia, dejar pasar esta fecha quedándome inactivo*». Se propone –escribe al padre Huvelin– ir a hacer ocho días de retiro a Jerusalén y encontrar allí al Patriarca. «*Le abriré mi corazón con simplicidad de niño, como al representante de Dios, no como a un funcionario*». «*Le pediré todo lo que quiero pedirle: permiso para seguir mi Regla, para tener compañeros, la ordenación*». Pide al padre Huvelin, sin pestañear, que escriba «*directamente al Patriarca*». Y adjunta a este correo del 1 de junio tres cartas: una, para el obispo de Estrasburgo, donde fue bautizado; otra, para el abad general de los Cistercienses, y otra, para el abad de Notre-Dame-des-Neiges, para que apoyen su proyecto en lo posible para obtener las recomendaciones y permisos necesarios: hábito y nombre de Ermitaño del Sagrado Corazón, ordenación.

El Patriarca, Mons. Piavi, amigo de Dom Louis de Gonzaga, abad de Staouëli, que acaba de morir con cuarenta y cinco años, le recibe el 22 de junio, día de la fiesta del Sagrado Corazón. Le escucha, responde que va a reflexionar y se despide. Foucauld vuelve a Nazaret, adonde llega el 4 de julio.

No tenemos la carta en la que habla de esta entrevista al padre Huvelin, sino solamente la respuesta de este, el 25 de julio: «*Lo que ocurrió es punto por punto lo que yo deseaba –acogida del Patriarca, etc.–. En todo esto he visto la mano de Jesús. Volved otra vez a sumergiros en vuestra soledad*». Huvelin añade, no queriendo cerrar totalmente la puerta: «*Si vienen compañeros hacia vos, no los rechazéis, pero, mucha, mucha prudencia, dejad venir, inspirad y no dirijáis*».

Hay que subrayar aquí este último punto. Huvelin no ve en Foucauld, no ha visto nunca en él alguien que pueda «*dirigir*» a otro; desea que se dedique, en el caso de que

haya compañeros, únicamente a «*inspirar*».

Esta carta de Huvelin, del 25 de julio, es muy importante: resitúa a Foucauld tras «*la confusión de ideas, de pensamientos en los que ha estado. Supliqué a Jesús que acabara todo esto, y acabó –le dice Huvelin–. Ahora creo que todo va bien, que irá hacia Nuestro Señor; que conducirá a otros hacia Él y que aprenderá a vivir el Evangelio*».

«*Sentí que le hacía sufrir*». Huvelin sabe que su resistencia ha sido agotadora para Foucauld; pero era necesaria y expresa exactamente, en un diagnóstico sobrecogedor de todo lo que pasó. «*Eso no era una idea que había que hacer triunfar a toda costa, era una voluntad de Dios que había que buscar; que dejar crecer suavemente, pacíficamente, en la abyección y pequeñez, la de Jesús que comenzó en Belén y que continuó en la larga incubación de Nazaret*».

6. NO TIERRA SANTA, SINO LOS MÁS ABANDONADOS

Charles de Foucauld, tras haber sido recibido por el Patriarca de Jerusalén y ser discretamente rechazado, vuelve a Nazaret tal y como se lo pidió el padre Huvelin en una carta. Estamos a 4 de julio de 1900. «*Espero –escribe el 9 a su hermana–. Mi deseo de las Sagradas Órdenes permanece intacto, pero todo lo demás, en la duda [...]. Por el momento, ignoro todo, excepto que me dejo guiar por el señor padre Huvelin y que me confío enteramente y totalmente a Jesús*».

A su hermana, que le prestó los 13.000 francos para la compra del Monte de las Bienaventuranzas, le dice que «*las negociaciones van muy bien*». ¿Seguro? Hoy sabemos que, en ese tema, confundió el deseo por la realidad: el Monte de las Bienaventuranzas fue una estafa.

Liberación

En ese momento piensa quedarse «*al menos varios meses en Nazaret*», dijo a su prima, a la espera de la opinión de Huvelin sobre su futuro. Pero Madre Isabel le llama a Jerusalén, adonde llega el 1 de agosto. Le propone que le ayude: ha concebido el proyecto de establecer un convento, tras haber fundado en Nazaret y en Jerusalén, en la misma Roma; necesita un lugar en el corazón de la cristiandad para los asuntos de sus comunidades de Tierra Santa y pide a Foucauld que vaya a dar en Roma los pasos preliminares necesarios; al mismo tiempo, irá a consultar al padre Huvelin a París directamente, al que no ha visto desde enero de 1890. Madre Isabel comprendió sin duda que Foucauld se encontraba en un momento especial. Mujer de cabeza y de acción, cree, con gran sabiduría, que un tiempo cara a cara con Huvelin le podía ayudar a deshacer sus dudas.

El padre Huvelin no está en París, sino en las Carmelitas de Fontainebleau, enfermo. Cuando le avisan, decide volver a París, a su casa, a la calle de Laborde. No esperaba este viaje, esta visita. De hecho, ya le había dicho claramente cuál era su posición. Iba a recibir a este hijo espiritual al que no había visto desde hacía más de diez años. Foucauld llega a su casa el sábado 18 de agosto al final de la tarde y Huvelin se queda fuertemente impresionado por la autenticidad de este hombre, tocado como quizá nunca jamás había estado. Es un encuentro capital para Foucauld en el estado de tensión en el que se encuentra, liberador: «*El señor padre creyó bien que debía, a pesar de mi indignidad, recibir el sacramento tan santo del Orden*», escribe a su prima, que está de vacaciones. Y, por su lado, tras su partida, Huvelin confía el encuentro a María de Bondy en una

carta sobria y emocionada, con un estilo breve y cortante como para esconder la profunda emoción que ha experimentado en esta visita: *«Cenó, durmió en casa, comió conmigo y se fue de camino a Notre-Dame-des-Neiges y luego a Roma. Es un alma muy santa. Quiere ser sacerdote. Le indiqué la manera. Llevaba muy poco dinero; le di otro poco. Sabía muy bien lo que yo pensaba, se lo había enviado en un telegrama; pero algo más fuerte le empuja; no me queda más que admirarlo y amarlo».*

Ya no se habla del Monte de las Bienaventuranzas. La opinión del padre Huvelin es que vuelva a Nazaret ya sacerdote. ¿Será ordenado por el *«cardenal del Sagrado Corazón»*, en París? El padre Huvelin piensa que sería mejor que se preparara al sacerdocio en Notre-Dame-des-Neiges, y que se ordenara allí. Pero hace falta que Notre-Dame-des-Neiges esté de acuerdo en esta solución. Foucauld llega allí enseguida y es recibido con los brazos abiertos. De allí va a Roma para cumplir la misión que le confió Madre Isabel. Lleva la sotana. Piensa quedarse tres meses en Roma. El padre Huvelin le escribe el 13 de septiembre: *«Salid pronto de esos asuntos y negociaciones, lo más rápido que podáis. No entréis en temas de dinero, os lo prohíbo, querido amigo».* Y le invita a ir a ver a su hermana, de vacaciones cerca de Dijon; lo que Foucauld hace a su vuelta de Roma, una estancia más breve que lo que había previsto: *«¡Y ahora el sacerdocio! Mirad hacia allí. No miréis más que eso»*, le escribió Huvelin en esta carta del 13 de septiembre.

Hemos visto que el padre Huvelin deseaba desde hace mucho tiempo que se hiciera sacerdote. *«¡Cuánto me hubiera gustado veros sacerdote!»*, le escribió el día del aniversario de sus veintinueve años de ordenación, el 15 de junio de 1896, mientras que Foucauld está atormentado en Akbés. Han pasado cuatro años desde entonces; recordemos lo sucedido.

La persecución de una ideología

Entre su llegada a Nazaret y su partida, en julio de 1900, pasan cuarenta meses; en medio de esos cuarenta meses, el aniversario de sus cuarenta años, el 15 de septiembre de 1898. Esos cuarenta meses, como una segunda adolescencia, son de gran tensión en todo momento, aunque encuentre algún oasis pacífico; forman, en Foucauld, una alta meseta muy árida, la cima de la voluntad totalitaria de conquista. Este hombre había transformado su deseo de poder irrevocable en un deseo opuesto, igualmente extremo, un deseo de abajarse y de desaparecer, tomando como modelo a un Jesús al que percibió en las calles llenas de barro de Nazaret, en 1889, a un Jesús de la infinita pobreza, en el que ve la humanidad del Hijo de Dios hecho hombre, la humanidad más pobre que nunca fuera y pueda ser, el Cristo del *«último lugar»*.

Este deseo lo había concretizado ya en la Trapa en 1890 pero enseguida se dio cuenta de que allí no encontraría lo que buscaba, esta vida de Nazaret soñada,

extremadamente miserable. En ese momento, se hace más profundo en él un amor más intenso por este Jesús de Nazaret al que quiere imitar en esa condición de vida que ha imaginado –y busca dónde y cómo conseguirlo– y una sed tan intensa de reunir en torno a él compañeros que lleven a cabo con él en la vida esta reproducción de la vida de Nazaret. Parece que esas intensidades se conjugan: el amor muy vivo a la persona de Jesús de Nazaret y la voluntad feroz de organización de eso que se puede llamar ideal del que vivir y compartir. Las dos intensidades parecen encontrar su punto de concreción en la imitación material, si se puede decir, de la vida de Nazaret. El geógrafo que es Foucauld decide llevarla a cabo en el mismo pueblo de Nazaret; pero ese pueblo se convierte enseguida un horizonte demasiado limitado. Le hace falta Nazaret, las colmenas de Nazaret, fundaciones que se conviertan, de manera irreal e irrealizable, en cartujas comunitarias y solitarias, con unos reglamentos extremadamente rígidos que compone con el paso de los años para lo que quiere fundar. Se adentra cada vez más en una ideología.

No podemos dejar de ver, al leer el conjunto de los textos –espantosos, según Huvelin–, que se comporta, en relación a los Ermitaños del Sagrado Corazón, en relación a lo que quiere fundar, de manera análoga como se comporta uno de sus contemporáneos, del cual, el filósofo G. Lukacs dijo: «*Solamente Lenin fue capaz de dar el paso hacia la concretización del marxismo que se convirtió, a partir de entonces, en algo totalmente práctico. En la escala histórica mundial, es el único teórico, a la altura de Marx, que ha producido la lucha por la emancipación del proletariado*». Aunque nos choque, debemos decir que Foucauld en Akbès, a partir de 1890 hasta 1900 –sus textos de fundaciones así lo testifican– intentó teorizar de manera abstracta sobre una cierta vida de Nazaret ideologizada y quiso concretar esta ideología con la mayor organización y minucia posibles en unas prácticas destinadas a realizarla.

El padre Huvelin salió al frente de esta deriva fundamentalista: «*No piense en agrupar almas a su alrededor, ni siquiera en darles una regla de vida. Viva su vida*» (27 de enero de 1897). «*Estoy asustado por sus proyectos. [...] No creo que esta idea de sacerdote-ermitaño sea de Dios*» (20 de mayo de 1900). Y, cuando, por fin, Foucauld se enfrenta con el Patriarca de Jerusalén y debe renunciar, Huvelin le dice claramente: «*No era una idea que debía hacer triunfar a toda costa*» (25 de julio de 1900).

Da igual que se llame «*fijación*» o «*ideología*», es la misma tendencia y tensión desde hace siete años: llevar a cabo un proyecto fuera de norma, compacto, coherente, extremadamente cerrado y firme. ¿Cómo resistir a tal fuerza que suprime todo obstáculo a su paso? No podemos más que admirar la finura y el acierto de discernimiento del padre Huvelin; estar de acuerdo con él sobre los siete años que acaban de pasar, desde 1893, en el inmenso deseo de fundaciones^[37], que obsesionaban a Foucauld. Y no

podemos más que admirar también su enorme valentía, él, que tenía tanto cariño a Foucauld, para resistir, leer lo que estaba entre líneas y decirle sin dudar, anteponiéndole un dique: «*Temo que haya amor propio en vuestra entrega y piedad*» (20 de mayo de 1900).

Al pie de la letra

Foucauld estructuró su vida espiritual según tres ejes que se ven expuestos ya a partir de su época de Akbès. Veamos los dos primeros. El primer eje está definido, lo vimos, a partir de 1896: «*Reproducir tan fielmente como sea posible la vida de N. S. Jesucristo en Nazaret*». Lo que dice el Reglamento de 1899, de la misma manera, desde la primera línea: «*Los Ermitaños del Sagrado Corazón tienen la vocación especial y primera de imitar a N. S. Jesucristo en su vida escondida de Nazaret*».

Podemos decir que, de 1890 a 1900, lo que Charles de Foucauld tiene en el punto de mira muy particularmente es hacer la imitación literal de Jesús de Nazaret. Esta imitación era, para él, incompatible con el sacerdocio y por ello lo rechazaba. Ante el deseo expresado por el padre Huvelin de verle sacerdote, y también de Madre Isabel, el sacerdocio deja de ser totalmente impensable para él, ya no le parece antinómico con la vida de Nazaret y acaba por aceptarlo. Y, en 1900, Huvelin, con vigor, le centra únicamente en el sacerdocio eliminando casi todo lo que es proyecto de fundación. A partir de ahora, la imitación de Nazaret ya no podrá ser tan literal.

La Eucaristía había formado el segundo eje de su vida espiritual desde Akbès. Así había sido definido en el Reglamento de 1899 de una manera muy particular: los Ermitaños, después de hacer la imitación de Nazaret, tienen que «*practicar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento expuesto*». Aquí también se trata, como en la imitación de Nazaret, de una literalidad estricta: una presencia continua de los Ermitaños ante la Presencia Eucarística.

Al igual que la imitación de Nazaret, la Eucaristía, en Foucauld, es también, primeramente, literal. El «*Reglamento de 1899*» consagra el capítulo II a la «*Adoración perpetua del Santísimo Sacramento*». Perpetua. Hay dos capillas en todo el Eremitorio: «*Cuando, a causa de reparaciones o de limpieza, no se pueda dejar expuesto en la capilla del Sagrado Corazón, se expondrá en la capilla de la Sagrada Familia*». «*Siempre habrá dos adoradores ante el Santísimo Sacramento*». Las indicaciones son meticulosas. Por otra parte, «*todos los ejercicios de piedad prescritos por el Reglamento se hacen ante la exposición del Santísimo Sacramento*».

El capítulo IX trata sobre el «*Santo Sacrificio de la Misa*». La primera línea estipula que «*las Misas se celebrarán en el altar en el que el Santísimo Sacramento está expuesto*». En conclusión: «*Supliquemos a Nuestro Bien Amado Señor Jesús, ante nuestros ojos en la Santa Hostia expuesta, que nos dé la gracia de celebrar, de servir,*

de oír lo menos indignamente posible el divino sacrificio».

La expresión de su imitación literal de la Eucaristía consiste en encontrarse ante el Santo Sacramento expuesto, de estar ante su presencia, de mirar la Hostia lo más posible. En el «*Reglamento de 1899*», describe a los ermitaños como habitantes «*en la Santa Casa de Nazaret, bajo el mismo techo que Nuestro Señor Jesús, que están reunidos sin cesar en torno a Él, sin apenas dejar solos sus pies, que tienen en todo momento ante los ojos la Sagrada Hostia perpetuamente expuesta*». Desde Roma, donde se encuentra en septiembre de 1900 para los asuntos de Madre Isabel, escribirá a su hermana, el día 13: «*Estudio teología a los pies del Santísimo Sacramento expuesto día y noche en una iglesia vecina*».

El Banquete llevado afuera

En el encuentro de agosto de 1900 con el padre Huvelin, se decidió que se prepararía al sacerdocio en Notre-Dame-des-Neiges y sería ordenado. «*Después de Tierra Santa, lo que Jesús quiera*», le escribe Huvelin el 1 de septiembre. «*Hacedlo lo más rápido que podáis. Id a Notre-Dame-des-Neiges para ordenaros*», le escribió el día 6 a Roma. El 13, le incita a pasar por Côte-d'Or por casa de su hermana al volver de Roma: Foucauld se quedará del 22 al 28 de septiembre; y de allí irá a Notre-Dame-des-Neiges, adonde llegará el 29. Escribirá a su hermana, que le hizo el préstamo de 13.000 francos, que Dios se sirvió del asunto del Monte de las Bienaventuranzas para «*conducirme a las Sagradas Órdenes*». Conoce bien la abadía en la que había vivido hacía diez años, de enero a junio de 1890, y pidió al Padre Abad una celda especial: «*Tengo una celda encantadora, detrás del altar, con una puerta que da a una tribuna de la que solo yo disfruto y desde donde veo el Tabernáculo que está a algunos metros*» (a su hermana, el 13 de octubre de 1900). «*Ve lo más a menudo que puedas ante el Santísimo Sacramento*», aconsejará a su hermana, el 13 de febrero de 1901.

Ordenado subdiácono en Viviers por el obispo de la diócesis, Monseñor Bonnet, el 22 de diciembre, es ordenado diácono en Nîmes el 23 de marzo de 1901, ya que Monseñor Bonnet estaba enfermo. La ordenación sacerdotal se fija para el domingo 9 de junio, en el seminario mayor de Viviers. «*No hables absolutamente a nadie de mi ordenación y de mi estancia en Francia*» (a su hermana, el 27 de abril de 1901). Solo están al corriente sus primas María de Bondy y Catherine de Flavigny. Su hermana asistirá a la ordenación: «*¿Quién habría dicho, hace algunos años, que te tendría tan cerca de mí, en mi primera Misa, y que la diría?*» (10 de mayo).

Vuelve de Viviers en tren el día 9 de junio por la noche. Lo que ha previsto: «*A mi llegada, iré directo a la iglesia, al pie del Santísimo Sacramento al que debo la primera visita, y me quedaré en silencio y adoración hasta el día siguiente, tras mi primera Misa*» (a su hermana, el 7 de junio).

El 17 de junio, dice a su hermana que no saldrá de Notre-Dame-des-Neiges «antes de otoño y quizá mucho más tarde». El padre Huvelin le escribe regularmente a la abadía: «*Quédese, hijo mío, en Notre-Dame-des-Neiges*», le escribe el 7 de mayo. Desea que haga «un año de formación». «*Eso no es renunciar a vuestra Misión de Tierra Santa, es prepararse. Esperad un año, pero sin renunciar a vuestro pensamiento de Oriente [...]. Lo que hagáis allá, hacedlo por Tierra Santa, que tanto os atrae, que fija la mirada de vuestro espíritu y orienta vuestro corazón*». La voluntad de una imitación literal de Jesús vivida en el mismo Nazaret se había debilitado ante el lugar del Monte de las Bienaventuranzas; a finales de 1900, el asunto del Monte de las Bienaventuranzas concluyó y pensó en Betania, «*el lugar de la amistad en el que se supo hacer compañía a Jesús*», el lugar de Marta, de María, de Lázaro. De todas maneras, aún mira fijamente hacia Tierra Santa, pero, como punto de inserción, ya no es Nazaret por Nazaret.

En su carta del 7 de mayo de 1901, el padre Huvelin escribe un párrafo, que ha sido comentado indebidamente, en el que trata de la «*Misión de Tierra Santa*» de Foucauld. ¿Cuál es esa «*Misión*»? En el encuentro de agosto de 1900 en París, Foucauld expresa a su padre espiritual todos sus deseos y proyectos, sin omitir la cuestión de los Ermitaños. Aquí, el pensamiento de Huvelin es directo y claro: no a la Regla que ha erigido, es impracticable; si vinieran compañeros, que les inspire, pero que no les dirija de ninguna manera. La manera tan suya de aconsejar a Foucauld en ese punto no es nada fluctuante, sino constante: impedir que este hombre ardiente y riguroso realice una peligrosa fundación de piedra, intransigente; impedirselo ganando tiempo, fluidificando los proyectos: se trata de contener y canalizar, sin romper, el movimiento profundo que inspira a Foucauld. En esta línea, le propone, en su carta del 7 de mayo, un año de formación, sin «renunciar» «a su Misión de Tierra Santa» ni «a su pensamiento de Oriente». Constató realmente que esta idea permanece fuertemente y ya no la combate de frente: «*hay una visión que el Buen Dios parece que mantiene fija ante vuestros ojos. La de esta Misión, de esta familia agrupada alrededor del Divino Maestro: para eso, hijo mío, hace falta madurez, preparación. Este año os dará todo eso*». Claramente: no estáis maduro, no estáis maduro; esperad...

En este punto, alguien se sorprende^[38]: «*Es muy importante ya que, por primera vez, el padre Huvelin le reconoce una doble misión: por un lado, en Tierra Santa, y, por otro, la de agrupar una familia alrededor de Jesús, en Nazaret*». Utiliza la palabra «*misión*»; y dice que Foucauld «*se siente enviado, más que nunca, y en misión especial*». Ahora bien, el padre Huvelin habla de la «*Misión de Tierra Santa*» de Foucauld como de una «*visión*» que Dios «*parece*» «*mantener fija ante sus ojos*». Eso no es la doble aprobación general que le daría para que se estableciera allí como ermitaño, sino, solamente, una constatación en Foucauld; el padre Huvelin, por su parte,

le pide que vea claro y para eso hace falta tiempo: que Foucauld y él mismo puedan darse todavía un año para madurar las ideas. En cuanto a la «*la familia agrupada*», Huvelin permanece firme en su posición y no dice que se agrupe en torno a Foucauld, sino en torno a Jesús; Foucauld no la dirigirá, Huvelin no ha cambiado en eso.

Huvelin deja abierto el tema. Y desea que Foucauld lo deje abierto también. Para Foucauld mismo, las cosas, que van a menudo muy rápido, evolucionan aceleradamente. Pronto ya no será cuestión de Tierra Santa. Reza mucho, pero reflexiona también mucho ante el Santísimo Sacramento, en Notre-Dame-des-Neiges. Y he aquí que un pensamiento, entre otros, se afirma y se impone. Muy particularmente, en el curso de dos retiros que hace para prepararse al diaconado, en marzo, y, sobre todo, del 9 de mayo al 9 de junio, para el sacerdocio. Un pensamiento que, en su vida, es una verdadera revolución copernicana: va a ver la Eucaristía de otra manera. Ya no solamente como el «*Santísimo Sacramento expuesto*» que contempla en el sagrario de Notre-Dame-des-Neiges, sino como la donación de Cristo mismo, que el sacerdote hace a los más pobres. La reflexión del retiro de esta ordenación comporta, a partir de entonces, dos partes: la primera es la entrega de él mismo al Padre, citando las palabras de Cristo en la Cruz que se pone en las manos de Dios: «*In manus tuas*»; la segunda concierne el deseo de ser «*salvador con Jesús*», con otra cita evangélica: «*Ignem mittere in terram*», abrasar la tierra con el fuego del Amor.

La Eucaristía se transforma, ante sus ojos. Para él, que pronto va a ser ordenado sacerdote, no solo en una Hostia que mirar, sino un pan que comer, un alimento que llevar a los pobres. Cinco años más tarde, escribirá a un sacerdote, al padre Caron, lo que le «*enseñaron*» sus «*retiros de diaconado y de sacerdocio*»: «*Este divino banquete, en el que era ministro, era necesario presentarlo, no a los parientes, a los vecinos ricos, sino a los cojos, los ciegos, los pobres, es decir, a las almas más desprovistas de sacerdotes*».

Se trata de un banquete, de un alimento que hay que distribuir y, con prioridad, a los que les hace más falta, es decir, a aquellos que no tienen sacerdotes que se lo lleven. Al hacerse sacerdote, mide su responsabilidad con la Eucaristía, y esta ya no consiste primero en adorar la Eucaristía en el Sagrario, sino, más bien, en distribuirla a todos.

Ya no puede ser, pues, «*Ermitaño*» y su Regla de 1899 queda caduca ya en el título. Toma la palabra «*ermitaño*» y la sustituye en todo el texto por «*hermanito*», algo mucho menos restrictivo y cerrado para la tarea de dispensar hacia afuera el pan eucarístico. Pero no es más que un signo del cambio profundo que imprime al Reglamento escrito en Nazaret en 1899. Primero, hace una nueva redacción aumentada: escribe en latín y en francés la Regla de san Agustín, y transcribe las «*Constituciones de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús*», para tener un texto completo y definitivo que entregar a las autoridades eclesíásticas. En este texto de 1901 aparecen

numerosas correcciones con raspaduras y *collages* que dan al conjunto una coloración bien distinta del Reglamento de 1899. Así, en el capítulo XIV, titulado «*Sacerdocio*» de 1899, dice: «*los sacerdotes-ermitaños*» deben ser «*perfectos en todo*», en la misma medida que Él, que resumió Su vida en estas palabras: «*No vine al mundo para ser servido, sino para servir y dar mi vida por la redención de muchos*». Ahora, en 1901, dice que los Hermanitos deben tener «*la entrega y el amor del Buen Pastor*» en la misma medida que Él, que se dio a conocer enteramente por su nombre JESÚS «*Salvador*» y que resumió su vida en estas palabras: «*No vine...*»[39]. Pero, he aquí que, por esta razón, Foucauld se ve impulsado irresistiblemente a no orientarse ya hacia Tierra Santa, adonde pensaba dirigirse una vez se hubiera ordenado; Tierra Santa, donde hay tantos sacerdotes. «*Mis retiros de diaconado y de sacerdocio me enseñaron que esta vida de Nazaret que me parecía mi vocación, hacía falta realizarla, no en Tierra Santa, tan amada, sino entre las almas más enfermas, las ovejas más abandonadas*» (al padre Caron, 8 de abril de 1905). «*¿Adónde hace falta ir? Allí donde Jesús iría, a las ovejas más perdidas, a las más abandonadas. Hay que ir, no a la tierra que es más santa, sino allí donde las almas están en una mayor necesidad. En Tierra Santa hay gran abundancia de sacerdotes y de religiosos y pocas almas que ganar; en Marruecos y las regiones limítrofes hay una extrema carencia de sacerdotes y de religiosos y una gran cantidad de almas que salvar*», escribe en sus *Apuntes de retiro*.

El geógrafo y explorador permanecen todavía en él: «*En mi juventud recorrí Argelia y Marruecos*», dice al padre Caron al constatar la falta, en ese país, de sacerdotes. Y uno recuerda que, justo al principio de su vida de trapense, se quejó al padre Huvelin, el 30 de octubre de 1890: «*No somos pobres como era Nuestro Señor, pobres como lo era yo en Marruecos*». Ahora no es su propia pobreza la que mira, ni la pobreza idealizada que persigue, sino los pobres hacia los que debe ir a partir de ahora; no a aquellos que están abandonados materialmente, primero, sino los que lo son espiritualmente. «*Cambio de orientación, como cuando en su juventud se decidió a ir hacia Marruecos y no hacia Oriente*», dijo[40] alguien. Ahora bien, en verdad, no es un cambio de orientación o de destino lo que lleva a cabo, sino un cambio radical de perspectiva y de vocación.

El padre Huvelin está de acuerdo con la idea de Marruecos: «*Su proyecto me parece muy bello y eminentemente práctico. Lo bendigo desde el fondo de mi corazón*» (25 de agosto). Foucauld habló enseguida a Huvelin de esta transformación: el deseo de distribuir el banquete eucarístico a los que no conocen a Jesús, y de hacerlo allí donde estuvo ya una vez, en Marruecos. Respuesta: que siga esta «*idea*» que, «*si un movimiento casi invencible os empuja. [...] A priori preferiría el recogimiento del claustro*» (29 de mayo). «*Yo no os impediré que sigáis el movimiento que os presiona, tras vuestra preparación, tras vuestro trabajo interior. [...] Me reconcilio con vuestra idea de África tan abandonada*» (26 de junio). Decididamente, no, no puede seguir en

Notre-Dame-des-Neiges, Marruecos le llama y Huvelin da su acuerdo: «*Seguid este movimiento que os empuja. No es lo que yo hubiera soñado, pero creo que es lo que Dios os pide. [...] Id donde el Maestro os llama. Bendigo vuestras intenciones, vuestros proyectos, que no van a suponer más que una mayor donación de vos a Él y a hacer Su obra en la tierra*». Su obra: de Él, Jesús; y ya no la idea de él, Foucauld.

«*Su obra en la tierra*»: poner el fuego del Amor. El padre Huvelin recibió de Charles de Foucauld una pequeña imagen que este le dibujó, el día de su ordenación; reproduce exactamente, estilizado, el Sagrado Corazón de Montmartre que le dio María de Bondy: el Cristo con los brazos extendidos, con el Corazón y la Cruz en el pecho, acogiendo, con los brazos abiertos, a todas «*las ovejas perdidas*». Con las manos y los pies con puntos rojos: no es un Cristo en la Cruz, sino un Cristo Resucitado. A los pies del dibujo puso su lema: *JESÚS Caritas*; y encima dos frases del Evangelio en latín: «*Prender fuego a la tierra. Salvar lo que estaba perdido*» (Lc 12, 49; 19, 10).

La Evangelización

Según su costumbre, Foucauld no tardó en ponerse en marcha. A partir del momento en el que fue inmerso en el deseo de llevar el Evangelio y la Eucaristía a los pueblos en los que faltaban sacerdotes, y de África del Norte y no de Tierra Santa, construyó enseguida su proyecto. Como era imposible para un sacerdote entrar en Marruecos, se situará en la frontera del país, en el oeste de Argelia, preparado para penetrar por allí. Escribe ya quince días después de su ordenación, el 22 de junio, a un amigo de los tiempos de su exploración de hace veinte años, Henry de Castries, excelente conocedor de la región, y le pide su opinión como estrategia para saber cuál es «*el punto mejor situado para hacer cuña, brecha y penetrar, más adelante, poco a poco, por el lado en el que Marruecos es más abordable para la Evangelización*». A partir de dos respuestas de Castries, el 8 y el 15 de julio, puede describir su proyecto al padre Huvelin el 22 de agosto, pidiéndole que escriba al obispo de la región, Mons. Bazin, para que le recomiende. Huvelin aprueba totalmente el proyecto y escribe enseguida, «*en conciencia y con una verdadera alegría*», a Mons. Bazin. Foucauld escribe el 15 de julio a Mons. Bazin; y de nuevo el 22 de agosto, con insistencia, para explicarle lo que quiere hacer: establecer «*un oratorio público cerca de Aïn Sefra*», y ser «*sacerdote sin título de párroco, ni de vicario ni de capellán*»; allí «*viviendo como monje, siguiendo la Regla de San Agustín, sea solo, sea con hermanos, en la oración, la pobreza, el trabajo y haciendo el bien, sin predicar, sin salir, si no es para administrar los sacramentos; silencioso y enclaustrado*». No habla de la Regla que compuso, sino solamente la de san Agustín; no es monje en realidad, sino cura secular que va a vivir inicialmente solo de sus honorarios de misa «*sin subvención*», dice. Pero quiere, al mismo tiempo, vivir «*como monje*», con un claustro, saliendo a distribuir los sacramentos.

Para convencer a Mons. Bazin, escribe en la carta un argumento que estimó decisivo. Le recuerda los combates en los que participó en 1881. *«El recuerdo de los compañeros muertos sin sacramentos y sin sacerdote, hace veinte años, en las expediciones contra Bou Amama, en los que formaba parte, me presiona para salir hacia el Sáhara tan pronto como me haya acordado las facultades necesarias; sin un solo día de retraso, ya que un día de antelación puede ser la salvación del alma de uno de nuestros soldados»*. De allí su petición de establecer el oratorio en cuestión *«en una de las guarniciones francesas que no tengan sacerdote. [...] La finalidad es dar el socorro espiritual a los soldados y sobre todo santificar las poblaciones infieles llevando en medio de ellas a JESÚS presente en el Santísimo Sacramento»*. Y vuelve a repetir, al final de su carta, la primera motivación decisiva para Mons. Bazin que su *«presencia en el Sáhara salvará probablemente a muchas almas que, sin ello, morirán sin sacramentos»*.

Mons. Bazin transmite esta carta al nuevo responsable del Sáhara: el padre Guérin. Este no comprende muy bien esta vocación híbrida, atípica; escribe sobre ello a Huvelin, que le responde el 1 de septiembre apoyándose en los diez años que acaban de pasar y la evolución que se ha hecho. Huvelin escribe también a Mons. Livinhac, superior de los Padres Blancos; hay que leer detenidamente esta carta en la que Huvelin comienza de la misma manera que hace tiempo, en abril de 1899, cuando escribió a la abadía de Solesmes, para presentar a Charles de Foucauld: *«Mucho entusiasmo, pero también sabiduría; mucho celo, pero dirección; amor de mortificación que es una necesidad dada por el Amor de Dios»*. Tras este retrato humano y espiritual, Huvelin habla de la «vocación» de Foucauld insistiendo, de entrada, ante un discípulo del cardenal Lavignerie, en la llamada hacia el islam. *«Su vocación le ha atraído siempre hacia el mundo musulmán. Su estancia en Argelia, su viaje en el interior de Marruecos, los años pasados en Palestina, le han preparado, le han endurecido para esta vocación»*. Huvelin pone el acento en este punto, continuo en Foucauld: ¿no le había escrito, ya el 22 de septiembre de 1893, que quería fundar y llevar con otros la vida de Nazaret *«sobre todo en los países infieles, musulmanes y otros»*? Y engloba todo el recorrido de Foucauld y toda su presencia en el «mundo musulmán». Como no creyente: en Argelia, en Marruecos; como monje-ermitaño: en país otomano. Para él, esta apertura al «mundo musulmán» ha flexibilizado a Foucauld: *«Vi venir esta vocación, vi que le hacía más humilde, más simple, más obediente. Cuando le decía que la descartara por quimérica, la descartaba, pero volvía más fuerte y más imperiosa. En mi alma y en conciencia, creo que viene de Dios. Nada extraño, ni raro, sino una fuerza irresistible que empuja; un instrumento duro para una ruda labor, es esto lo que su Grandeza encontrará en el señor de Foucauld. Todas las objeciones que le vengán a usted, ¡cuántas veces me han surgido a mí! No me rendí más que a la experiencia y a largas pruebas. Firmeza, deseo de llegar hasta el final en el amor y en el don, de llegar a las últimas consecuencias,*

nunca el desánimo, nunca, un poco de aspereza antes, pero que se ha suavizado».

Huvelin dice a Foucauld que en su primera carta a Mons. Bazin se expresa *«de la manera más persuasiva posible»*. En cuanto a su segunda carta, si bien es elogiosa, hay mucha verdad y justicia en la descripción de la evolución de Foucauld: de la aspereza a la suavidad. Al mismo tiempo, Huvelin dice, a medias palabras, qué trabajo tan exigente le requirió este hombre tan arrebatado por el *«deseo de ir hasta el final en el amor y el don»*, esta *«fuerza irresistible que empuja»*.

El *«hasta el final»* y *«la fuerza irresistible»* permanecen bien presentes. Pero este impulso natural y esta voluntad de organizar no se imponen ya contra todo, como lo hizo en el paroxismo de 1899 con la edificación de la fortaleza eremítica acorazada de reglamentaciones, coronada por un cuarto voto suplementario, el claustro. Una fortaleza que se tenía que establecer a cualquier precio. *«Esta idea que hay que hacer triunfar»*, como decía Huvelin, se disolvió delicadamente en contacto con el sacerdocio recibido y se convirtió en una verdadera apertura. Se liberó aún más su corazón por el total acuerdo que le dio su padre espiritual sobre el proyecto de África, por el reencuentro con su hermana María; el corazón pudo encaminarse así todavía más hacia las *«ovejas perdidas»*, que son ahora su horizonte primero.

Hay que remarcar también el lugar, extremadamente discreto –hemos visto que no asistirá a la ordenación– pero tan importante y suave, de María de Bondy. Es ella la que le centró en el Corazón de Cristo; Foucauld le recordó vehementemente, el 20 de septiembre de 1900, antes de prepararse al sacerdocio en Notre-Dame-des-Neiges, que es a ella *«sola, absolutamente sola»*, a quien debe esta apertura espiritual fundamental; y, en esta carta, le agradece, con palabras sencillas y transparentes, que le encargue para la ordenación próxima *«una casulla»*.

«Intentad hacerla completamente blanca, excepto el corazón rosa, la pequeña cruz marrón, las llamas alrededor de la cruz que salen del Corazón, y los rayos amarillos que brillan bien lejos alrededor. Haced un Corazón bien irradiante; ¡que brille sobre esta pobre tierra, sobre aquellos que amamos y sobre nosotros mismos!».

Quiere también que su corazón sea, también, *«bien irradiante»* como el Corazón de Cristo.

Leemos esta expansión también en la carta que envía, en marzo de 1902, al amigo de siempre, Gabriel Tourdes. No le escribía desde hacía cinco años; quiere reanudar la relación, decirle lo que pasó y lo que es ahora: *«Pasé cuatro años como ermitaño de Tierra Santa, viviendo del trabajo de mis manos como Jesús [...], desconocido por todos y pobre; y disfrutando plenamente de la oscuridad, del silencio, de la pobreza, de la imitación de JESÚS»*... *«Sacerdote desde el mes de junio último, me sentí llamado enseguida a ir a las “ovejas perdidas”, a las más perdidas, a las almas más abandonadas, a las más dejadas»*. El *«enseguida»* ahora son los otros.

Así percibe esta evolución capital vivida en el momento mismo del sacerdocio, como una verdadera iluminación, que le hace abrirse hacia las ovejas más perdidas; se «*sintió llamado*»; subrayemos estos tres «*a las más*». Quiere ir a este extremo, a la última de las últimas ovejas perdidas igual que antes había experimentado el deseo de alcanzar el «*último lugar*» de Jesús; pero esta vez no es un concepto idealizado, la Pobreza total, lo que quiere alcanzar enseguida, sino personas bien concretas.

Dice bien claro a Gabriel que, sabiendo por experiencia que ningún pueblo está más abandonado que los musulmanes de Marruecos, del Touât, del Sáhara argelino, no desea nada más que ir allí. Le explica su vida de ahora. Le gustaría que le fuera a visitar, para servirle «*el mejor pan de cebada y los mejores dátiles*». «*Hablaremos del pasado, del presente más agradable todavía, del futuro aún más agradable*». Está feliz, se lo dice, lo proclama a su amigo querido. «*Estoy feliz, muy feliz, sumamente feliz*». Y a Gabriel, tan próximo, tan fraterno, que –Foucauld no lo olvida– no es creyente, le confía simplemente el fondo de su corazón y la razón primera de su felicidad: «*La imitación es inseparable del amor, ya lo sabes; alguien que ama quiere imitar: es el secreto de mi vida. Perdi mi corazón por ese JESÚS de Nazaret crucificado hace 1900 años y paso mi vida intentando imitarle tanto como puede mi debilidad*». Confesión impresionante en el corazón de esta carta llena de afecto. Es la dilatación del corazón de Foucauld, hasta donde ha llegado ahora.

Curiosos feligreses

Se embarca en Marsella para Argel el 9 de septiembre. Como sacerdote de la diócesis de Viviers que es, debe obtener las autorizaciones eclesiásticas de la región para establecer su «*oratorio*» en Beni Abbès. La circunscripción acaba de ser reorganizada. El vicariato apostólico del Sáhara-Sudán acaba de ser dividido en dos: Sudán y Sáhara francés. Mons. Bazin estará en el Sur (Sudán) y un joven Padre Blanco de veintinueve años, Charles Guérin, es nombrado «*prefecto apostólico del Sáhara*»[\[41\]](#). Él es el responsable de Foucauld. Primero, Foucauld escribe a Mons. Bazin y después le escribe confiándole sus intenciones: simples intercambios entre ellos. Huvelin se alegra de ver a Foucauld en tan excelentes manos. El 10 de septiembre, tanto Mons. Guérin como el prior de Staouéli, la Trapa donde Foucauld pasó un mes en septiembre de 1896, le reciben cuando atraca su barco. Encuentro en la Maison-Carré, a las afueras de Argel, en casa de los Padres Blancos, con Mons. Guérin, que le plantea todas las objeciones posibles en relación a su proyecto, para ponerlo a prueba y para darle también después su total «*confianza*». Foucauld decide entonces que pedirá establecerse en Beni Abbès «*en los confines de Marruecos*». Y da a Mons. Guérin un ejemplar de las Constituciones y de los Reglamentos de los Hermanitos del Sagrado-Corazón de Jesús, expresándole su anhelo de tener compañeros. Después llega a Staouéli, en donde permanece a la espera

de las autorizaciones civiles y militares que pidió para Beni Abbès y que le son indispensables.

Acaba de cumplir cuarenta y tres años. Recibe las autorizaciones el 14 de octubre: «*Permisos del gobernador general y del comandante general al mando del cuerpo del ejército para establecerme de la manera deseada en Beni Abbès o en los alrededores*». ¿Quién los lleva a Staouéli? Uno de sus camaradas de promoción, el comandante Lacroix. Foucauld había entrado en Saint-Cyr hacía veinticinco años. Con este proyecto, en junio de 1901, ¿se da cuenta de que va a volver a relacionarse con el ejército y de manera muy cercana? Sin duda, puesto que pensó enseguida en ejercer su ministerio sacerdotal entre los soldados. Pero ¿veía hasta qué punto, él, que deseaba ser independiente, se sentiría unido al ejército? Habría que medir hasta dónde es deudor del ejército. Pero, antes de estudiar este lazo, hay que decir algo sobre la situación política. El 14 de febrero de 1901, tres meses antes de su ordenación, escribe a su hermana, asustada por los acontecimientos que están produciéndose: el anticlericalismo renaciente, las medidas discriminatorias del ministerio Waldeck-Rousseau que hacen cerrar tres mil escuelas católicas, la expulsión de veinte mil religiosos y la confiscación de todos sus bienes. «*No estoy triste por las persecuciones religiosas, pero pido a Jesús por los demás y por mí, para que tenga la valentía y virtud necesarias para soportarlas con el provecho que Jesús quiere que saquemos de todo ello*».

Argelia vive un régimen particular^[42]. Foucauld vive las políticas distintas que Francia tiene hacia ese país. Algunos estimaban que hacía falta, después de la conquista militar, acercar los argelinos a los franceses; otros querían asimilarlos, afrancesarlos. Hasta 1870, los musulmanes fueron administrados, sobre todo de manera paternalista, por los militares de las «*Oficinas árabes*», que se preocupaban de hacerlos evolucionar, modernizar sus instituciones tradicionales, instruirlos. Napoleón III tuvo una política arabófila y, en un *senatus consultum* de 1863, acordó la ciudadanía francesa a todos los que la pedían. Por rechazo a esta política, los colonos se proclamaron ardientemente republicanos en 1870, pronunciándose contra la política de los militares, contra el proyecto de constitución de Argelia. En 1881, los musulmanes no ciudadanos fueron privados de sus derechos y de sus instituciones; y los musulmanes ciudadanos fueron sometidos, en 1881, a un régimen especial, el Código de indigenismo. Argelia fue entonces dividida en departamentos.

El orden público en Argelia, por otro lado, está fundado en la segregación etno-religiosa, que exige que no haya ningún proselitismo católico. No era cuestión de que el padre De Foucauld fuera a evangelizar a los «*infieles*», a predicar a los musulmanes; la autorización de establecerse en Beni Abbès se le da esencialmente como capellán militar de la guarnición francesa.

El ejército, por su parte, está muy de acuerdo con esta presencia de un sacerdote que

haga la función de capellán militar sin tener el título. El comandante Lacroix le apoya para este puesto, no porque fuera su antiguo camarada de promoción, sino porque, como jefe del Servicio de Asuntos indígenas de Argel, sabe que su presencia allí será útil para Francia y su influencia. Tener «*un morabito francés*» (como dirá un oficial), en Beni Abbès, para mostrar a la población musulmana que los franceses no son –como se dice– hombres sin fe, sin religión. El comandante Lacroix recibió una carta del 5 de enero de 1902, proveniente del padre Henri de Staouëli en la que le recomendaba al general Cauchemez: «*Puede contar con él como un instrumento perfecto de pacificación y de moralización*». Dicho general, que dirige la subdivisión de Aïn-Sefra, enviará al capitán que dirige la guarnición de Beni Abbès, y depende de él, un despacho con informaciones sobre Foucauld. Estas se dan el 24 de enero de 1902, incluido el plan de las construcciones que harán gratis los militares. Conclusión: «*Los indígenas de la Saoura rodean al R. P. de Foucauld de una veneración profunda*». Si en París no hay ningún interés, en este período anticlerical, por la presencia de un padre en un oasis apartado, el ejército que está en Argelia siente esta necesidad; y el ejército vela por ello.

¿Podemos decir que el padre Foucauld llega a Beni Abbès gracias a las divergencias de las políticas aplicadas en Argelia, a su incoherencia? Hay que ver en todo caso que no llega a Argelia para ser el capellán de los grandes intereses económicos, de las industrias, de los grandes cultivadores o comercios. Y, si llega a Beni Abbès, lo hace en tren y a caballo, y, ni siquiera metafóricamente, en un furgón del ejército; llega con la bendición del ejército, pero no de cualquier ejército, de soldados sin fe ni ley, sino de las *Oficinas árabes*, vilipendiadas por algunos civiles franceses. Nos encontramos ante una situación compleja y algún día se tendrá que estudiar más de cerca el pensamiento político de Charles de Foucauld.

De todas maneras, Foucauld no niega que está en Beni Abbès gracias al ejército. No reniega de su pasado, al contrario, lo une. Dice en una carta a Louis Massignon, diez años más tarde, con algo de distancia (el 3 de diciembre de 1911): «*Si pude establecerme en el Sáhara, es, después de Jesús, porque fui oficial y que viajé a Marruecos. Dios prepara con gran antelación las cosas de modo que tanto los buenos como los malos actos, incluso los que hacemos sin pensar el Él, sirven para la salvación de las almas*». Debemos decir que Foucauld ayudó maravillosamente bien a Dios. Volvió a conectar con todos sus amigos y conocidos de su pasado de oficial y de explorador para obtener lo que había deseado y decidido: «*Un puente donde podamos comenzar a relacionarnos con los marroquíes*», como dijo el 23 de junio de 1901 en su primera carta a Castries.

Le vemos aquí, de lleno, en medio del ejército. No del que abomina: la vida de guarnición y su aburrimiento en Pont-à-Mousson o Mascara, en 1879-1880; sino el del Sur Oranés, de 1881, el de la expedición, de la vida bajo la tienda, del contacto con la

población. Es interesante leer lo que escribió el 10 de septiembre de 1901 a su prima María de Bondy: *«Está decidido que iré a establecerme en una guarnición francesa que se llama Beni Abbès. Es un oasis importante del Sáhara, situado en la frontera marroquí»*. *«Establecerme en una guarnición»*. Beni Abbès queda definido como una guarnición pero es una guarnición abierta al horizonte, al desierto y a los verdaderos encuentros.

Salió en tren de Argel el 15 de octubre y llega a Aïn Sefra el 17. A caballo llega a Beni Abbès tras diez días de viaje. *«Por todas partes por donde pasé presenté sus saludos a los jefes de Oficina árabe y a los comandantes superiores»*, escribe a Mons. Guérin, a quien sugiere para sus *«proyectos para el Oeste»* seguir *«los consejos»* del general Cauchemez, amigo de Castries, que dirige la subdivisión de Aïn Sefra y al que conoció al pasar. El comandante Lacroix debió de extrañarse de volver a encontrar a Foucauld, de escuchar su relato vital, de ver la transformación de este hombre vividor y explorador transformado en sacerdote pobre. Pero Huvelin, con su sentido de la realidad, quiere que Foucauld no esconda este pasado ni esta identidad primera. *«Preséntese a los soldados, no como el hermano Charles de Jesús, sino como el padre de Foucauld, antiguo oficial. Se sentirán más edificados por la sencillez de su vida»* (3 de octubre). El día de Todos los Santos, a Huvelin: *«Esta mañana, he celebrado la Santa Misa ante todos los oficiales, suboficiales y más soldados de los que cabían en la sala. [...] Voy a intentar tener una capilla suficientemente grande para que quepan todos mis feligreses»*. La construcción de la capilla, de trece metros de largo y cuatro de ancho, se terminará el 30 de noviembre. Son los soldados de la guarnición los que la construyen: es un conjunto de habitaciones, según los planos establecidos por Foucauld.

El padre Foucauld establecido en Beni Abbès obtiene una doble autorización eclesiástica: la de su obispo de Francia, que le permite ir a África estando todavía incardinado en su diócesis, y la del *«prefecto apostólico»* del Sáhara, que le permite instalarse en su territorio, algo paradójico en estos años en los que la autoridad del obispo es muy importante y se rechaza de lleno que un sacerdote siga un camino independiente. Por otra parte, Foucauld no pertenece a ninguna congregación salvo a la suya, virtual, la que tiene veleidades de fundar, de la que lleva un hábito religioso, único en el mundo, original, no clasificado. Algunos le llamarán un *«disfraz»*. Se llama *«hermano Charles de Jesús»*, *«el nombre que se ha dado»*, le escribirá Mons. Guérin. No es un nombre reconocido oficialmente. Su obispo está muy lejos, su prefecto apostólico, casi igual de lejos; las cartas a Mons. Guérin están llenas de declaraciones de obediencia en las que se pone a los pies de su superior eclesiástico pero, en realidad, y lo sabe muy bien, en Beni Abbès es su propio jefe. Se llama a sí mismo monje, no está más que ante él mismo; se impone la pobreza, no queriendo vivir más que de sus honorarios de misa pero, de hecho, vive, esencialmente, gracias a la generosidad de su familia^[43]. Él, que, no hace

tanto tiempo, el 14 de mayo de 1900, escribía al padre Huvelin: «*Es una clase de riqueza la de tener parientes ricos que te permiten hacer buenas obras*»; ahora tendría que añadir «*que te permiten claramente vivir*». Al tener sus propios recursos, ha podido tomar ante Mons. Bonnet ese estatus canónico, en derecho eclesiástico, de «*sacerdote libre*»; como tiene un patrimonio, está exento de las órdenes imperativas de su obispo para nominaciones de puesto. En Beni Abbès, le podemos ver también, en la vida diaria, bastante «*libre*». Le queda inventar, de alguna manera, el ejercicio de su joven sacerdocio día a día según dos ejes. Por un lado, la Eucaristía que tiene que establecer en un tabernáculo desde donde ilumine todo a su alrededor. Por otro, la búsqueda, hacia afuera, de las «*ovejas perdidas*»; tales son sus guías en esta «*terra incognita*» que es el sacerdocio que acaba de recibir, que aborda y vive en Beni Abbès.

Pero, desde que llega a su destino, la Eucaristía no es solamente la Hostia que contemplar, que dejar brillar. Hay también, escribe, ya lo hemos visto, «*feligreses*»: la Hostia que dar en alimento. Y va a esperar a «*las ovejas perdidas*» detrás de la media clausura que se ha dado –una marca simbólica con unas piedras en el suelo– y que ya no quiere sobrepasar. «*El 1 de diciembre me he enclaustrado; desde entonces, ya no salgo de mi recinto*», escribe a María de Bondy. ¿Va a esperar a que vengan a buscarle o va a ir a buscarlas afuera? Por el momento, tiene «*feligreses*», buenas ovejas que vienen por ellas mismas a su cercado; una de ellas, cada mañana, viene a servirle la misa. En esta época, un sacerdote no puede celebrar sin ayudante, pero está bien provisto de ovejas para esta función.

En una carta muy larga a Castries el 29 de noviembre, describe su situación, con un dibujo, en este pueblo de los «*ciento treinta fuegos y seis mil palmeras*», «*con bonitos jardines y muchos otros árboles frutales*». Beni Abbès está recorrida por el río Saoura, que dio su nombre a la región. Mil habitantes de lengua bereber, setecientos de lengua árabe; una decena de comerciantes israelitas. Cerca del oasis, el acantonamiento del ejército, bastante importante: ochocientos hombres, de los cuales, doscientos franceses; se llama el «*reducto*»; está, dice Foucauld, «*habitado por la Oficina árabe, la guarnición (tres compañías) y diversos servicios*». Él está instalado «*al alcance del reducto*», a seiscientos metros. «*Más allá, horizontes casi inmensos se pierden en este bonito cielo del Sáhara que hace pensar en el infinito y en Dios –que es el más grande– Allah Akbar*». Cuenta a Castries la acogida de «*la guarnición y de la oficina árabe*», que le han construido «*una capilla, tres celdas y una habitación de huéspedes*». «*Las construcciones se llaman la Khaoua, la “fraternidad” ya que Khouïa Charles es el hermano universal*». Lo dirá de manera más precisa el 7 de enero de 1902 a María de Bondy: «*Quiero acostumbrar a todos los habitantes, cristianos, musulmanes, judíos e idólatras, a que me miren como a su hermano, el hermano universal*». En una carta a Castries le dice que pida para que sea «*verdaderamente el*

hermano de todas las almas de este país». Esperando, mientras lo consigue –intenta de todo corazón serlo–, son «los otros» los que son para él hermanos, al acogerle fraternalmente: «*En los militares de todos los grados he encontrado la acogida más afectuosa; los indígenas también me han acogido perfectamente; me relaciono con ellos tanto como puedo*».

Estos «otros» –«los indígenas»–, los oficiales, los sin grado también, sin duda, le ofrecen hospitalidad. Quiere más. Que le vean, cada uno y todos, como un hermano. Quiere «*acostumbrarlos*» a que llamen su casa con el nombre de «*khaoua*», «*Fraternidad*». El Reglamento, ya lo hemos visto, no habla de hecho de ermitas ni ermitaños, sino de «*Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús*» y de «*Fraternidades*»; su lugar es una Fraternidad y quiere que todos los habitantes de Beni Abbès sepan que «*los pobres tienen un hermano allí. No solamente los pobres, sino todos los hombres*» (a Mons. Guérin, el 19 de enero de 1902). Se compromete a cultivar la «*relación*» que iniciaron ellos al recibirle; la palabra «*relación*», a partir de entonces, aparecerá a menudo en su pluma –quiere hacerlos pasar, a través de él, de la hospitalidad a la fraternidad–; no es un simple matiz, no se pasa tan fácilmente de uno a otra.

Por otra parte, en el plano personal, ya que tiene en el corazón esta intención tan fuerte, va hacia ellos, sale de su «*recinto*», rompe en espíritu su voto de clausura tan absoluta; los límites de su recinto son un espejismo engañoso en el que todavía cree. Cuando cuenta su vida cotidiana a María de Bondy, el 8 de diciembre, constata que hay un tiempo para la oración y otro para el «*trabajo manual (sacristía primero, jardín después)*». Pero, también, otra cosa completamente distinta: «*Después (lo que me toma mucho tiempo), algunos oficiales, muchos soldados, muchos árabes, muchos pobres a los que doy cebada y dátiles en la medida de lo posible. Los mucho subrayados no precisan nombres, sino que toman mucho tiempo*». Cinco meses más tarde, las mismas actividades multiplicadas. «*Estoy siempre demasiado ocupado*», escribe el 25 de mayo de 1902 a su hermana. Y detalla un poco más: «*Los edificios, el jardín, el cuidado de la iglesia y de la sacristía, las limosnas y los remedios, los huéspedes y los visitantes*». Si bien apunta en primer lugar el trabajo manual, que es esencial en su ideal y en el reglamento que se ha fijado, vemos que este resulta menos absorbente, en los hechos, que el tiempo consagrado a los encuentros. Y estos le hacen salir de su estado; por eso dice de vez en cuando, para tranquilizarse, que está «*enclaustrado moralmente*», ya que, de hecho, será cada vez más un «*no enclaustrado físicamente*».

La Eucaristía es, cada mañana, la misa; cada noche, «*la bendición del Santísimo Sacramento*» que será expuesto solamente algunas horas al día. Estamos lejos de la Regla de los «*Ermitaños*», luego «*Hermanitos*», y de un Santísimo Sacramento «*perpetuamente expuesto*». «*Extrañamente, me veo pasar de la vida contemplativa a la vida del santo ministerio*», escribe el 17 de enero de 1902. Le vemos aquí

sacerdote[44] con sus «*feligreses*», cristianos y no cristianos que vienen a él, de los que se ocupa intensamente y que le toman cada vez más tiempo.

7. EL CAMINO DEL SUR

El padre De Foucauld no se contenta con acoger de todo corazón a los que vienen a visitarle a su casa, con escuchar a los soldados y a los oficiales que le explican su vida y sus dificultades, con hacer obras caritativas hacia los pobres y los enfermos del país. Se abre a los problemas del conjunto que encuentra a través de ellos, y se preocupa particularmente por un grave problema que descubre enseguida.

La esclavitud

Poco más de dos meses después de su llegada a Beni Abbès, el 9 de enero de 1902, Foucauld compra un esclavo. Enseguida se lo comunica a María de Bondy y después a Mons. Guérin. Un joven esclavo negro de diecinueve o veinte años que fue raptado en el sur a su familia hacía cuatro años. Lo tiene con él *«como huésped, esperando que un convoy militar lo devuelva con seguridad»*.

Todos se asombran. ¡Bajo la ocupación francesa es posible comprar y vender esclavos! ¡Entonces, existen los esclavos! Sí, y Foucauld los nombra en su carta del 15 de enero de 1902 a Castries, al final de una lista en la que enumera, como etnólogo, las diferentes poblaciones *«indígenas»* de este país que Castries *«estudió tanto»*. Y, al final de todo, aparecen en la lista: *«los esclavos»*. *«La mayor plaga de este país es la esclavitud –prosigue enseguida–. Hablo familiarmente cada día, de manera personal, fuera de la presencia de los dueños, con muchos esclavos»*. ¿Qué vida llevan? *«El palo cada día, nada de comida, ni vestidos y, si intentan huir –lo que es frecuente–, se les persigue con pistola y, si son capturados vivos, se les mutila para el resto de sus vidas dejándolos cojos de las dos piernas. Lo que tiene de particular la esclavitud en este país es que los dueños, después de haber exigido de los esclavos el trabajo cotidiano, los dejan vagar el resto del tiempo para que se busquen la comida como puedan»*. Por eso, un cierto número de ellos vienen a casa del *«marabout francés»* buscando comida o cura para las heridas.

En estos territorios saharianos, ocupados por el ejército pero todavía no anexionados, el orden público no es el de la República, sino que recae en los jefes tradicionales a los que los militares han vuelto a entregar sus privilegios y permitido sus abusos de poder. *«Las autoridades francesas, el general Risbourg, el coronel Billet, declararon, al entrar en la Saoura, que la esclavitud se mantendría; esta declaración molesta actualmente a las autoridades, que no se atreven a anularla por el momento. De tal manera, que vemos esta monstruosidad de la esclavitud protegida y mantenida por los representantes de la autoridad francesa –escribe el 19 de enero a Mons. Guérin–. Los*

esclavos no pueden poseer nada, por lo tanto no se pueden comprar a ellos mismos. Su miseria material es extrema, su miseria moral, más grande todavía. Casi sin religión, viven en el odio y la desesperanza». Añade: «Sus dueños desconfían de mí, con razón» (al mismo, el 15 de junio).

Dirá, en una nueva carta a Mons. Guérin, el 4 de febrero, en la que habla de nuevo de la esclavitud, que esos «desesperados» son verdaderamente «*las ovejas más perdidas*».

¿Qué hacer? ¿Qué puede hacer él? «*Ciertamente, veo todos los días a unos veinte esclavos*». «*Llenan la casita que pudimos construirles*» (a María de Bondy, el 31 de enero de 1902). Les invita a que tengan paciencia por el momento: «*Lejos de predicarles la huida o la revolución, les predico la paciencia de que se queden allí donde están, diciéndoles que, con el tiempo, Dios les dará el alivio y la libertad*», dice a Mons. Guérin. Apunta también que la ayuda les viene de la «*Oficina árabe, muy caritativa, muy bienhechora*». Pero no quiere quedarse en eso, contentarse con esas ayudas caritativas y esos consejos de temporización: quiere que se actúe a nivel político. Y, primero, para ello da a conocer esta situación tal y como se vive, con todo el horror: «*Le ruego insistentemente, querido amigo, usted que está en posición de hacerlo, que haga público el hecho de la esclavitud públicamente permitida y que subsiste en tierra francesa, y le suplico que actúe con todo su poder para que cese*», escribe a Castries. Él mismo habla, a su alrededor, de la situación: «*No escondo a mis amigos franceses que esta esclavitud es una injusticia, una inmoralidad monstruosa y que es su deber hacer todo lo posible para suprimirla... En Madagascar, el general Gallieni, en un día, suprimió la esclavitud de un plumazo cuando ciertos malgaches poseían ochocientos esclavos y había numerosos mercados de esclavos. Los oficiales aquí y en los puestos vecinos (Taghit, etc.) son unánimes en querer la abolición de la esclavitud, la libertad, pero haría falta que la orden fuera dada desde lo alto; ya que es por orden del general Risbourd, confirmada por el coronel Billet, que la esclavitud se mantiene: lo declararon en alta voz, al entrar en el país, que no cambiaría nada con respecto al estado de los esclavos. Más, un oficial de Las Oficinas árabes, bajo la protección del cual se había refugiado un pobre esclavo de los morabitos de Kerzaz, fue obligado, a la fuerza, por orden formal del General Risbourd, a devolverlo a los marabouts que lo habían reclamado. Con tales precedentes, las Oficinas árabes, a pesar de sus deseos de libertad y de justicia, no se atreven a actuar sin órdenes*» –escribe el 4 de febrero de 1902 a Mons. Guérin, a quien pide que hable de ello al superior de los Padres Blancos, Mons. Livinhac–. Que este diga a Foucauld: «*Si tiene sentido hacer trámites, interpelaciones en la Cámara o en el Senado por diputados o senadores católicos*». «*No tenemos derecho a ser perros mudos o centinelas dormidos: hace falta gritar cuando vemos el mal*». Y escribe directamente, el día 8, a Mons. Livinhac.

La víspera, el 7 de febrero, envía una larga carta a Dom Martin, abad de Notre-Dame-des-Neiges, en relación al tema de los esclavos; diciéndole lo que debe hacer: *«Aliviándoles en la medida de lo posible, me parece que el deber no se ha acabado y que hay que decir o hacer decir –por quien tenga el derecho de hablar: Non licet... Vae vobis hypocritae. Vosotros que ponéis en los sellos y por todas partes: “Libertad, Igualdad, Fraternidad. Derechos humanos”, y que remacháis los hierros de los esclavos; que mandáis a galeras a los que falsifican los billetes de banco y permitís robar niños a sus padres y venderlos públicamente; que castigáis el robo de un pollo y permitís el de un hombre (de hecho, ¡casi todos los esclavos de esas regiones son niños nacidos libres, robados con violencia por sorpresa a sus padres!). Además, hay que “amar al prójimo como a uno mismo” y hacer, a esas pobres almas, “lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros mismos; impedir que ninguno de aquellos que Dios nos confió se pierda” –y nos confía todas las almas de nuestro territorio... no hay que mezclarnos en el gobierno temporal –nadie está más convencido que yo– pero hay que “amar la justicia y odiar la iniquidad”; y cuando el gobierno temporal comete una grave injusticia contra aquellos de los que somos responsables, de una cierta manera (soy el único sacerdote de la Prefectura, en 300 km a la redonda), hay que decirlo, ya que somos nosotros los que representamos en la tierra la justicia y la verdad y no tenemos derecho de ser “centinelas dormidos”, “perros mudos”, “pastores indiferentes”. Me pregunto, en una palabra (estamos plenamente de acuerdo en la conducta que hay que tener hacia los esclavos), si no hay que levantar la voz, directa o indirectamente, para dar a conocer en Francia esta injusticia en nuestras regiones y para decir o hacer decir: “Esto es lo que pasa”... He avisado al prefecto apostólico, es quizá bastante. Lejos de mí desear hablar y escribir, pero no quiero traicionar a mis hijos y dejar de hacer a Jesús, que vive en sus miembros, lo que necesita: este JESÚS que está en esta dolorosa condición: “Lo que haces a uno de estos pequeños, a mí me lo haces”. Yo no quiero ser un mal pastor, ni un perro mudo; tengo miedo de sacrificar a Jesús por mi descanso».*

Mons. Guérin quiere ver la situación *in situ*. Promete a Foucauld ir a Beni Abbès en verano de 1902, pero se lo desaconsejan. En Argel, incluso le deniegan la autorización para llegar allí. Entonces, va a Francia a buscar *«ayuda, empatía y recursos»* para su tarea en el Sáhara. Y encuentra en junio, en París, a María de Bondy; Foucauld había descrito a Mons. Guérin a su prima en estos términos: *«Es encantador, excelente, angélico»*. Como no pudo, pues, ver *in situ* a los esclavos que van a casa de Charles de Foucauld; ni, tampoco, el estado de la esclavitud en la Saoura, va a permanecer en el angelismo. Habrá que esperar hasta Pentecostés de 1903 a que visite esos lugares.

Pero retomemos la cronología. La respuesta que da Mons. Guérin, el 27 de marzo de 1902, a la carta de Foucauld en la que este le cuestionaba sobre la esclavitud, es muy

prudente; se declaraba personalmente ignorante en ese tema y piensa instruirse: «*Hay que ver lo que es posible –escribe–. Antes de suscitar, como usted quiere, alguna acción oficial, me gustaría poder estudiar más a fondo este tema en toda la prefectura*». Mientras espera, le invita a «*instruir*» a los esclavos que encuentra «*sobre la importancia sobrenatural del trabajo*».

El 13 de abril Foucauld alerta a Castries del efecto desastroso de la connivencia de ciertas autoridades francesas con la esclavitud: «*Permitiéndolo, sosteniéndolo incluso, nos hacemos despreciar –fruto natural de la injusticia–. Los indígenas saben que nosotros lo reprobamos, que no lo admitimos en nuestra casa, que lo prohibimos en Argelia; pero, como ven que nos prestamos a ello en su casa, dicen: “No se atreven, tienen miedo de nosotros”, y nos desprecian. Tienen razón. Es justo despreciar a aquellos que actúan injustamente sabiéndolo y que, por temor humano, actúan contra su conciencia. Ninguna potencia humana tiene derecho de remachar los hierros de estos desgraciados que Dios creó tan libres como a nosotros, permitiendo a sus pretendidos dueños que los retengan a la fuerza, que los persigan cuando se escapan. Y devolviéndoselos cuando vienen a refugiarse a los pies de las autoridades francesas esperando en vano encontrar protección y justicia, se les roba el más inviolable de los bienes... Que nos desprecien los indígenas porque por miedo nos prestamos a tales infamias, es justicia*».

Henry de Castries responde a la demanda de Charles de Foucauld ofreciéndole ayuda para contactar con Denys Cochin para esta cuestión. «*Uno de mis amigos –escribe Foucauld a Mons. Guérin (el 28 de junio)– me propuso poner esta cuestión en las manos del barón Cochin, antiesclavista ferviente, y defensor ante la Cámara de estas cuestiones. En ese momento, no acepté, al querer, ante todo, que quedara en las manos de usted... Pero ¿no podría aprovechar su estancia en Francia para ver a M. Cochin?*».

«*Me parece difícil que usted no actúe –le escribe contundentemente el 21 de abril–. Sin duda habrá inconvenientes, pero “más vale obedecer a Dios que caer bien a los hombres”, según las palabras del apóstol Pedro (Hechos de los Apóstoles 4, 20)*».

Desea ardientemente que le vaya a visitar. «*Tengo tanta necesidad de hablar con usted: de la cuestión de los esclavos sobre todo (cuestión urgente, a mi entender)*»: Carta del 15 de junio. Mons. Guérin había salido el 11 para Francia.

En Francia Mons. Guérin habría podido hacer algunos trámites sobre este tema de la esclavitud, pero se dedica solo a buscar dinero. En su carta del 28 de junio, Foucauld arremete de nuevo contra la declaración del general Risbourg: «*Es el “código negro” en la Saoura y es la ley... Si un esclavo se escapa, se permite al dueño lanzarse en su búsqueda, volverlo a capturar y traerlo a la fuerza. A un esclavo que llegue a la Oficina árabe en Argelia, diciendo que desea tener la libertad que disfrutaban todos los*

hombres en Francia, se le devuelve a la fuerza... La autoridad francesa, representada por las Oficinas árabes, se cree obligada, por respeto a las declaraciones del general Risbourg y del coronel Billet, a remachar los hierros de todos los esclavos. Es que, literalmente, “nada ha cambiado con respecto a la esclavitud”. No solamente aquellos que son esclavos siguen siéndolo, sino que se compran, se venden cada día, a la vista y oído de las Oficinas árabes (a pesar de los lamentos personales e interiores de estos bravos oficiales), que se ven obligados a esta actitud por disciplina y por las órdenes que reciben».

Una vez más pone el acento en una especificidad de la esclavitud tal como la encuentra en la Soura: *«Aparte de esta injusticia enorme y monstruosa que está siempre en el fondo de la esclavitud, hay otra particular: muy pocos esclavos son hijos de esclavos. Casi todos son niños secuestrados, en Sudán o en Touat, con cinco, diez, quince años... Algunos salen a caballo desde allí (ya no lo hacen, tras la ocupación francesa, pero guardan los frutos de sus robos precedentes), van a Touat. Se emboscan cerca de un pueblo y, cuando las mujeres y los niños salen para ir al bosque, caen sobre ellos, se los llevan y los venden a la vuelta. Es este el origen de la mayor parte de los esclavos de la Saoura... No solamente es la esclavitud, es el robo de los niños, el rapto de todas las personas, lo que está permitiendo aquí la autoridad francesa»...*

Elimina el argumento económico. *«Según se dice: los esclavos son necesarios para el país... los necesitamos para el cultivo... sin ellos los oasis desaparecerían. Eso es muy inexacto. Muchos oasis, y más los prósperos, no tienen ningún o casi ningún esclavo... En Mazzir no hay ninguno; aquí hay ocho o nueve. Los que tienen muchos esclavos son los nómadas y los morabitos; ninguno de ellos trabaja nunca, pasan su vida entera ociosos, y se rebelarán contra nosotros a la menor ocasión. Liberando a sus esclavos, los haremos trabajar un poco, lo que les mejorará en la misma proporción y les hará más sumisos. No tendrá más que ventajas»...* Acaba su carta diciendo: *«Ve a ver a M. Huvelin: es un santo, verle vale más que el oro».* Mons. Guérin visita al padre Huvelin, a las primas de Charles, y también a su hermana en Borgoña. Irá a Notre-Dame-des-Neiges; verá a Mons. Bonnet, su obispo, que acaba de asistir a la expulsión de dos mil de sus religiosas y está muy afectado. Pero no dará ningún paso en el tema de la esclavitud.

De vuelta a Argelia, Mons. Guérin escribe a Foucauld el 17 de septiembre de 1902; le pide que cese, salvo caso excepcional, las compras de esclavos, como, por ejemplo, el pequeño esclavo negro de tres años que compró, que bautizó el 12 de julio y cuyo padrino y madrina[45] son el padre Huvelin y María de Bondy, o de un joven, de unos veinte años, a principio de julio. Mons. Guérin parece un poco asustado por la actividad de Foucauld y le aconseja, de una manera general, la moderación: *«Me veo obligado a decirle, querido Padre, desconfíe de su gran celo. Nos hace falta mucho celo, sin*

duda... *Una santa avidez del bien viene, seguramente, del corazón de Dios; y, sin embargo, hace falta que el celo esté regulado por la prudencia sobrenatural*»[46]. Pero sobre la esclavitud le aconseja, sobre todo, la prudencia. «*En cuanto a la cuestión de la esclavitud, mi querido Padre, ¿qué deciros? Más que en cualquier otro punto, me veo llevado a decirle: desconfíe de su celo, sea muy prudente, ponga a los pies de Jesús sus tristezas, sus suspiros, sus deseos, sus oraciones, pero desconfíe de sus arrebatos de celo para la acción exterior. La esclavitud es, seguramente, un mal social que no podemos más que deplorar (y nunca estaremos demasiado penetrados por la caridad de Jesús) pero, para combatir la esclavitud, hace falta tener mucho cuidado sobre las circunstancias de personas y de lugares en el lugar en el que nos encontramos y vigilar no vaya a ser que suprimamos los medios que podemos tener para hacer un poco de bien, dando golpes de efecto que, por otra parte, no tendrán ningún resultado. Es el pensamiento de Mons. Livinhac. Denunciar públicamente lo que se hace en el Sur no podría más que atraernos todo tipo de obstáculos a nuestra acción presente*».

Le sigue toda una larga serie de argumentos para convencerlo sobre todo «*de no hacer, en este tema, ninguna formalidad exterior que tuviera un carácter oficial*».

«*Obedeceré puntualmente la línea de conducta que me traza*», le responde Foucauld el 30 de septiembre de 1902; añadiendo, sin embargo: «*Estas razones no me impiden – sea dicho por última vez – lamentar fuertemente que los representantes de Jesús se contenten de defender “al oído” (y no “sobre los tejados”) una causa que es de justicia y caridad*». De una cita de Mateo, 10, 27: «*Lo que oís al oído, proclamadlo sobre los tejados*».

Por estos motivos tendrá que quedarse aquí en el tema de la esclavitud, del que Mons. Guerin ya no le hablará nunca más. El 14 de septiembre, liberará todavía a «*un padre de familia de Marruecos que tenía niños pequeños a 25 km de aquí, que fue secuestrado hace dos años (los hombres se roban como ganado) y vendido aquí*». Había liberado el 8 de septiembre a un niño de quince años, Paul Embarek, que le seguirá y estará presente en Tamanrasset en el momento de su muerte. Es el 21 de febrero de 1903 y es el último liberado que hará. Son compras que le salen a menudo muy caras, pero es la mayor de sus preocupaciones.

Comenzar la Iglesia por los últimos

Los esclavos, en este primer año de presencia en África, se le aparecen como «*las ovejas más perdidas*», los últimos de los últimos. Él, que buscaba «*el último lugar*», se emplea en retirar a algunos de estos del último lugar en que se encontraban en la región en que vive. En una carta a María de Bondy, el 29 de agosto de 1902, esos últimos son los primeros que nombra: «*De las 4 y media de la mañana hasta las 8 y media de la tarde, no dejo de hablar y de ver a gente: esclavos, pobres, enfermos, soldados,*

viajeros, curiosos». Los esclavos son los primeros en ser servidos.

Pero no se conformó en acoger y ayudar a los esclavos. Pasó, en este tema, a un nivel político al utilizar a sus contactos; al pedir a Castries que *«captara, para la cuestión de la esclavitud en la Saoura, al Sr. Barón Cochin»*, diputado de París, hijo de Agustín Cochin, ardiente antiesclavista. Quiere que el conjunto de los esclavos sean liberados, por ley y justicia, no por caridad. Sabe que habrá oposición *«de todos lados, dificultades con las autoridades francesas, con los dueños árabes»*, dijo a Mons. Guérin. Pero no pensaba que este último, él también, le frenaría el paso, le impediría actuar y se impediría actuar. Mons. Guérin no olvidó que el fundador de la Sociedad de los Padres Blancos a la que él pertenece, Mons. Lavigerie, había conducido vigorosamente a una campaña que concluyó, en la Conferencia de Bruselas de 1889, con la condena de la esclavitud en África. *«Pero las circunstancias eran entonces totalmente diferentes»*, respondió a Foucauld. Él mismo y sus superiores Padres Blancos se encuentran ante un gobierno que les habría echado una severa reprimenda si hubieran organizado una campaña; prefirieron la prudencia mientras que Foucauld, en el terreno, quiere una solución inmediata; su carácter le incita a ello y, sobre todo, la injusticia.

Es sorprendente ver que, desde que llega a Beni Abbès, desde su inserción en este mundo de la Saoura, se dirige rápidamente y de manera prioritaria a los últimos, a las *«ovejas perdidas»*, tal y como había comprendido y decidido en sus retiros de diaconado y de ordenación algunos meses antes. Aquí quiere ir ante todo a los esclavos; quiere llevarles la comida del amor de Jesús al mismo tiempo que algo para comer. Es un gran visionario ya que, en este mundo tan impermeable al Evangelio, ve que los esclavos, según dice, son *«la esperanza»* de la Iglesia en ese país. De esta manera escribe el 4 de febrero de 1902 a Mons. Guérin, afirmando con fuerza: *«Creo que, a la larga, a fuerza de bondad y de paciencia, podremos formar las primeras cristiandades en estos países como lo fueron en gran medida las primeras de Roma: con los esclavos»*. Y cita a Jesús: *«Te bendigo, oh Padre, porque has mostrado a los pequeños lo que has dejado ignorar a los sabios y a los prudentes»*.

Así, este padre se identifica con los apóstoles de los principios de la Iglesia. Vieron el mundo al que llegaban como un mundo enteramente en barbecho con respecto al anuncio del Evangelio. Y para sembrar la Buena Noticia de Cristo quisieron comenzar por los últimos. Él quiere hacer lo mismo; para él *«el número de esclavos y su abandono extremo»*, situación que constata y a la que se consagra, estimula todo su ser de sacerdote y le hace exultar *«por la esperanza que le procura»*. Y, por otro lado, se pone a ello rápidamente; escribe el 4 de febrero de 1903 a María de Bondy que intenta formar *«aquí una sólida pequeña cristiandad»* con los esclavos. Alegría de estar *«aquí, en país tan infiel, como San Pedro y San Pablo»*, escribe a Mons. Guérin el 3 de junio de 1903; alegría de estar rodeado de este perfume que ama, el perfume del principio, el perfume

de la primitiva Iglesia.

Alegría y conversión

Cuando llegó a Argel y vio a Mons. Guérin, en septiembre de 1901, Foucauld le expresó su deseo de tener compañeros. Escribe también a Mons. Bonnet para compartir ese mismo deseo y Foucauld transmite la respuesta de este a Mons. Guérin: *«Me enviará si encuentra alguno y añade: “Me parece que, si el prefecto apostólico lanza una llamada en Francia en favor de esta futura fundación, podría suscitar algunas vocaciones”. ¿No podría provocar esta llamada?»* (a Mons. Guérin, el 21 de abril de 1902). Su prefecto apostólico mantuvo cuatro horas de conversación, el 24 de agosto de 1902, durante su viaje a Francia, con Mons. Bonnet: *«No hemos hablado más que de usted»*; seguramente habrán tratado también de la cuestión de esas vocaciones. A la vuelta, Mons. Guérin le escribe, el 2 de septiembre, que no pudo *«traerle compañeros para este viaje»*. Pero, además, es disuasorio: *«En el momento actual, cualquier fundación nueva de religiosos o religiosas está impedida radicalmente, incluso en nuestro Extremo Sur. Hace falta, ante toda nueva fundación, saber si las congregaciones estarán autorizadas»*. Quince días más tarde, el 17, en cuanto al deseado tema de los compañeros: *«La hora de la realización no ha llegado todavía. [...] No parece juicioso contar con ello»*. Y le dice claramente que no sabría asumir, bajo su responsabilidad, el hecho de enviarle, *«en el momento actual, a algún religioso o seminarista»*. *«Quizá Dios le hará encontrar, de aquí a algún momento, entre los soldados que le rodean, algún legionario, para un tiempo al menos, que podría permanecer con usted y santificarse cerca de usted»*... *«Pero, en ese caso, tendría que disminuir la rigidez de sus reglas»*. Conclusión: *«A mi humilde entender, es imposible pensar seriamente en la llegada probable de algún compañero por el momento»*. Foucauld había escrito a Mons. Guérin el 19 de febrero de 1902: *«Ahora, será el momento de que Dios me envíe un hermano o dos ya que estoy desbordado por las ocupaciones exteriores y mi vida se ha transformado de la contemplación, en una vida de ministerio»*; pero añade que no lo siente en absoluto: *«Mientras sea lo que JESÚS quiere, qué importa»*. *«Sigo, lo mejor posible, el reglamento que ya conoce»*, le dijo en la misma carta. El 30 de septiembre, le detalla el horario de sus jornadas *«conforme al reglamento»*, desde *«despertarse a las 4 (cuando oigo sonar el despertador; no siempre)»* hasta acostarme: las 8 y media de la noche; pero, *«a medianoche, me levanto (cuando oigo el despertador) y canto el Veni Creator. Me vuelvo a acostar a la 1. Tengo mucho sueño, ya lo ve»*... Mons. Guérin subraya los excesos y la rigidez de su reglamento, duro, hasta el punto, que un legionario no podría seguirlo: *«Desconfíe de los excesos de su celo»*, le avisa.

Por otra parte, Foucauld sabe aceptar la ausencia de respuesta a su deseo: *«En*

cuanto a los compañeros, en el fondo de mi corazón, pase lo que pase, estaré perfectamente contento» (30 de septiembre de 1902). Solamente quiere «*perderse totalmente en la unión con su divina Voluntad*». ¿Si tuviera que hacer él mismo la elección? «*Preferiría para mí el fracaso total y la perpetua soledad; en todo “elegí la abyección”*» (Cita del salmo 84, 11). Y añade: «*Hago todo lo que puedo para tener compañeros (el medio de tener alguno es, a mi parecer, santificarme en silencio). Y, no teniendo, me alegro perfectamente*».

En este momento, dice, «*el fondo de [su] alma pacífica*», es «*Alegría y conversión*».

«La santidad, primera condición»

Mons. Guérin es un joven «*prefecto apostólico*» nombrado en 1901 en una «*prefectura*» completamente nueva. En la carta a Foucauld del 17 de septiembre de 1902, le pide su diagnóstico «*sobre el tema de la evangelización de los musulmanes*» y quiere saber lo que piensa, tras un año de presencia en su territorio, la Saoura, este sacerdote atípico. Le pide también que «*recoja por escrito observaciones geográficas, históricas, morales*» que podría hacer y que «*lleve un pequeño diario*». «*Creo que es ventajoso para el apostolado, tanto actualmente como para más adelante*». Respuesta de Foucauld, hacia el final de 1902. Envía a Mons. Guérin un breve informe, con diecisiete puntos, titulado: «*Notas sobre la manera de hablar de nuestra santa religión a los indígenas de la Saoura*»[\[47\]](#).

Comienza por indicaciones lingüísticas. Primero, con los nombres que hay que emplear para designar en árabe a un cristiano, o incluso a Jesús (1 al 3). Después, una crítica del «*catecismo de los Jesuitas de Beirut y el de la diócesis de Argel*», poco adaptados (nº 4); e incluso «*los Evangelios traducidos por los Jesuitas de Beirut*»: «*Nuestros indígenas no comprenden este árabe culto y oriental*». Vemos aquí hasta qué punto la cuestión de la lengua es extremadamente importante en la evangelización.

En el tema de la conversión de los musulmanes, distingue entre los de mala voluntad y los de buena voluntad. Si los primeros son reticentes a convertirse, la principal razón es, dice, «*la corrupción de las costumbres*», verdadero obstáculo; aquellos que son de buena voluntad, poco numerosos, pueden llegar a dejarse seducir por la moral cristiana.

Lo esencial es el ejemplo de las virtudes cristianas vividas por los cristianos; no se debe comenzar por presentar el «*dogma*» ni «*entrar en discusión*» con los musulmanes (nº 15): «*Discutir es, mil veces, tiempo perdido y tiende a reforzar a las personas en sus viejos errores*» (nº 5). Hay que contentarse con «*exponer simplemente y dejar a la gracia hacer el resto en las almas de buena voluntad*».

Al escribir estas notas, tiene conciencia de su ignorancia en ese dominio en el que Mons. Guérin le pide consejo: «*Escribo estas notas por obediencia, enrojeciendo por*

hablar de un tema que, vaya, conozco poco, como es la evangelización de los musulmanes; ya que he instruido tan solo a tres y, con los otros, no he tenido más que conversaciones –qué lástima– que no han dado ningún fruto. Habría que interrogar a los que han convertido, y no a los que, como yo, no han sido dignos de convertir a nadie» (nº 13).

Su conclusión es radical: *«Son los santos los que convierten [...], por la santidad se convertirá a los musulmanes de África»*. Y cita como apóstol de los musulmanes a san Francisco de Asís, *«que les atraía tanto»* pero que parece que *«no haya logrado más que una admiración un poco estéril»*. *«El santo que parece haber convertido más –a esos que estaban a su alcance– es san Pedro Claver. ¿Y cuáles fueron sus armas? ¡Solo la santidad!»*. Y añade: *«Estaba en las mismas condiciones que los misioneros de África, totalmente desfavorables, es decir, rodeado de una población cristiana que daba tan mal ejemplo a los musulmanes, muy corrompida y preparada para generar la peor opinión del cristianismo en los infieles. El ascendente de su santidad triunfó ante todo»*. Los Misioneros de África es la Sociedad de los Misioneros de África, habitualmente llamados Padres Blancos. Juicio velado pero claro de los cristianos que viven en África, es decir, de los colonos, que no se comportan como verdaderos cristianos: Foucauld ve en eso uno de los principales obstáculos para anunciar el Evangelio.

Leyó una biografía escrita por el padre Fleurian[48] de san Pedro Claver, este jesuita catalán del siglo XVII que se consagró esencialmente a los africanos enviados como esclavos a las Américas; esa biografía mencionaba, entre otros, a los musulmanes a los que Pedro Claver trataba muy de cerca e indicaba igualmente el método que Foucauld quiere copiar: *«Unirse en amistad con los moros»*.

Del conjunto de diecisiete puntos, vemos que Foucauld percibe cuán difícil es la conversión de los musulmanes y concluye que hay que comenzar ineluctablemente por *«el comienzo de todo para nosotros: la santidad solamente»*. *«Para convertirlos, la primera condición es la santidad. ANTE TODO, SANTIFIQUÉMONOS»*.

A su parecer, es la santidad sola la que brillará invisiblemente y tocará los corazones de la misma manera que lo hace el Cristo Resucitado eucarístico. Es su convicción inquebrantable ante hombres y mujeres indiferentes o cerrados al Evangelio. A cada cristiano corresponde ser, allí donde está, un Evangelio vivo, una presencia real de Jesús.

Aquí está, en Beni Abbès, con alegría y un inmenso deseo de conversión personal, camino inexcusable para la conversión de otro, para ser *«salvador con Jesús»*. Su deseo de compañeros se concentra concretamente en ese deseo de numerosas conversiones.

«El terreno de la Fraternidad tiene 1.500 metros de perímetro; contiene dos fuentes y una decena de pozos. Hice plantar 200 o 250 palmeras; se podría tener 400 o 500 palmeras y otros árboles frutales. [...] Si tuviera compañeros, sería suficiente para

alimentar a una comunidad, [...] cinco o seis hermanos». Pero Mons. Guérin no pudo impedirle tener compañeros: *«El Prefecto apostólico me ha autorizado a recibir a algunos compañeros que vivan conmigo mi vida»* (a María de Bondy, el 11 de abril de 1902). Le precisa quince días más tarde, extrapolando manifiestamente: *«Me veo autorizado a fundar una familia religiosa nueva, bajo la Regla de San Agustín, bajo el nombre de “Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús”, destinada a adorar día y noche la Santa Eucaristía perpetuamente expuesta, en la soledad y clausura, en los países de misión, en la pobreza y el trabajo».* Nueva carta, quince días más tarde, más larga, más excitada. Aunque estableció una capilla en Beni Abbès, ve mucho más lejos, más alto, más fuerte: *«Ahora –escribe el 12 de mayo a su prima– hay que levantarle un edificio espiritual más grande, más duradero, una Orden de monjes que adoren noche y día la Sagrada Eucaristía expuesta, extiendan su presencia, la multipliquen; y, en lugar de un humilde oratorio en Beni Abbès, levanten un gran número de ellos, en donde la Santísima Eucaristía y el divino Corazón brillen, luz del mundo, en muchas regiones infieles, durante siglos. Este bien inmenso, infinito, divino, de la Sagrada Hostia perpetua y multiplicada, en una larga serie de tiempo y lugar, con su brillo de gracias para el mundo y de gloria para Dios está ahora entre mis manos».* ¿No es un poco delirante? ¡Pero hay en él un corazón tan universal!

Desde el jueves 29 de mayo, fiesta del Corpus Christi, hasta el 13 de junio de 1902, consigue exponer el Santísimo todos los días *«desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la tarde»:* *«Tengo, gracias a Dios, bastantes adoradores, pero tengo que estar continuamente allí».* ¿Cómo hace para convencer a todos estos adoradores? Se percibe que está atezado por la necesidad de responder a este imperativo que se dio: el Santísimo Sacramento expuesto. Quiere conseguirlo, al igual que la clausura, de la que se impide estrictamente salir. Está obligado a constatar a menudo que es, en buena parte, infiel a su reglamento. La exposición no es continua, veinticuatro horas todos los días, como estaba indicado; la clausura debía ser total. Ahora bien, aunque no sale, deja entrar; la clausura solo tiene un sentido; de hecho, no tiene mucho sentido. Incluso alguien le achaca, con crueldad, en referencia a sus intervenciones sobre la esclavitud, que no respetaba su ideal de silencio al pie de la letra[49].

Es evidente que, en esta nueva vida que es la suya, Foucauld tiene que repartirse, pero se mantiene sereno. Quiere hacerlo bien, responder a todas las solicitudes, responder lo más exactamente posible a su reglamento: ¿será posible? Pero, sobre todo, ¿puede durar?

Inquieta búsqueda de lo mejor

Algunos meses después de su llegada a Beni Abbès, ya comienza a quemarse. Huvelin, atento como siempre, siente venir la fiebre y, más profundamente, la reaparición

de la tensión fundamental que existe en Foucauld y que se produce por su búsqueda de lo «*más perfecto*». Le escribe el 18 de mayo de 1902, en respuesta a una carta de Foucauld (que perdió). «*¡Soportaos! Manteneos humilde, paciente con vos mismo, menos preocupado por llegar a caer de sueño que por esta inquietud, esta búsqueda inquieta de lo mejor, que tanto os atormenta*». Respuesta de Foucauld el 21 de julio: «*Al tener deseos, muchos deseos, intento tener paz, que es la medida del amor*». Las muchas actividades, el intento de fidelidad escrupulosa a un reglamento más que rígido, proyectos que trotan en su cabeza, todo esto le lleva a una compresión que ya pudimos constatar en otros períodos. Así ocurre, tras algunos meses de haber entrado en una nueva fase de su vida: en Akbés, en 1891, en Nazaret, en 1897, lo mismo hoy en Beni Abbès, adonde llegó hace poco con la máquina ardiendo, embalándose de nuevo, como en 1891 y en 1897.

Beni Abbès fue pronto un horno, muy estrecho para él: se ahoga; no solamente a causa de sus actividades y de sus deseos, sino también porque es un horizonte demasiado limitado para sus proyectos. Vimos que quería multiplicar al infinito sus fundaciones, no quiere solamente ser un «*hermano universal*» para todos los habitantes de Beni Abbès, sino para todos los hombres. Se dirá que Teresa de Lisieux también tenía un corazón ardiente que se ensanchaba hasta las dimensiones del mundo; pero ella había aceptado vivir ese corazón y sus ardores permaneciendo enclaustrada entre las cuatro paredes de un convento; y no pretendió nunca fundar otros conventos ni una «*nueva vida religiosa*». Foucauld, por su parte, todavía está afectado por ese deseo que le taladra sin parar, no tiene protección.

Marruecos está allí, próximo, prohibido. Llegan viajeros de Marruecos a Beni Abbès, según cuenta Foucauld a Castries en sus cartas, lo que aviva su deseo de entrar allí, ya que es el destino visionario percibido en junio de 1901. Beni Abbès no es más que una etapa de espera: «*No ceso de tener ante mis ojos a los diez millones de habitantes de Marruecos, en nuestra puerta, al alcance; sin un sacerdote, ni un misionero, ni un altar, ni un Sagrario, en donde la noche de Navidad pasará sin una misa*», dice a Mons. Guérin, el 11 de diciembre de 1902; y le evoca el pasaje de los Hechos de los Apóstoles (16, 9) en donde el apóstol Pablo ve en sueños que «*un Macedonio*» le invita a dar el paso, a ir a Grecia. Relata la misma desesperación a María de Bondy el 13 de diciembre; a Huvelin, el 15: «*Desde hace algún tiempo, y eso va cada día creciendo, mi pensamiento no puede separarse de Marruecos, de ese pueblo tan considerable y enteramente abandonado. [...] Por otra parte, estoy en la obscuridad completa con respecto a lo que se podría hacer allí*».

Y ¡cuánto desea compañeros con quienes entrar en ese país! «*Estoy siempre solo, dice a Huvelin. Para tener hermanos, tengo que ser mejor, convertirme, morir, como el grano de trigo que, si no muere, se queda solo*».

No sabe qué hacer por Marruecos, dice. Busca aperturas. En enero de 1903, pide al capitán Renault, que manda la guarnición y que es llamado a Argel, que convenza al comandante Lacroix para que le autorice a abrir con él «una punta discreta» en Marruecos. Mons. Guérin le anima para que rece: «*Rece siempre por su Marruecos. Aquí está su vocación tan especial*» (26 de enero de 1903); y le pide si está preparado a «*ir a otro lugar fuera de Beni Abbès para la extensión del santo Evangelio*»; respuesta de Foucauld, el 27 de febrero: «*Estoy dispuesto para eso a ir al fin del mundo y a vivir hasta el juicio final*».

Por el momento, piensa en Marruecos y en su «evangelización». Escribe un Proyecto de Misión en Marruecos en donde habla de «sacerdotes-apóstoles» preparados a entregarse, «preparados para morir con y por Jesús» y de una «comisión» que establecerá un plan de acción en ese país. «*Lo que puedo hacer para la conversión de Marruecos es organizar una pequeña legión de religiosos [...] que sería un grupo de vanguardia*». Redacta esta nota el 8 de enero de 1903 para que sea leída en el Congreso de Sacerdotes-Apóstoles que tendrá lugar en Montmartre; más tarde, se entera de que cuatro religiosos trapenses de Staouëli han manifestado el deseo de responder a su llamada, noticia que recibió en Beni Abbès el 20 de abril de 1903. A unos y a otros escribe esta nota que termina con una indicación bastante radical: tres cosas que pide «*a los que quieren venir*»: «1º - *Estar preparados a dar su sangre sin resistencia. 2º - Estar preparados a morir de hambre. 3º - Obedecerme, a pesar de mi indignidad*».

«Imitar a Jesús y a los Apóstoles»

En abril de 1903, Foucauld recibe cartas alarmantes. De Mons. Livinhac: «*El futuro de las congregaciones religiosas es muy oscuro en Francia, y en los países de las que dependen. Es posible que ninguna sea tolerada*». Su obispo, Mons. Bonnet, le cuenta que los trapenses son «*atacados muy directamente*». Está alarmado. «*Nosotros sobreviviremos próximamente en el exilio, la prisión y quizá en el patíbulo, queridos perseguidos de hoy*». En este contexto dramático Mons. Guérin va cinco días a Beni Abbès; llega el miércoles 27 de mayo. No se habían visto desde hacía cinco meses, aunque las cartas entre ellos, durante todo este tiempo, han sido frecuentes, calurosas, a veces difíciles; son dos amigos que se reencuentran. Viven cinco días juntos, incluido la fiesta de Pentecostés, el 31 de mayo. Mons. Guérin, que estaba un poco inquieto por el ascetismo que respira Foucauld, escribirá, justo después, a Mons. Livinhac: «*El querido Padre tiene una alegría tan completa que podemos quedarnos bien tranquilos al respecto*». Volverá admiradísimo: «*Su inalterable dulzura, su inagotable caridad, y, además de esto, su carácter alegre, han ganado absolutamente todos los corazones. Su soledad ya no me horroriza tanto como antes*».

Esos días alrededor de Pentecostés son de una gran felicidad para Foucauld. La

separación, un gran sufrimiento. Escribe el 3 a Mons. Guérin: «Me sentí solo, *por primera vez desde hacía muchos años, este lunes por la noche, cuando, poco a poco, desapareció en la sombra*». Le habla de esta región refiriéndose, ya hemos visto, a los primeros cristianos: «*Nosotros estamos aquí en país tan infiel como san Pedro y san Pablo*». Esta visita, muy importante, se la relató al padre Huvelin el día 10. Primero, Mons. Guérin le «*empuja hacia Marruecos*». «*Pero, por el momento, no veo la puerta de entrada*», añade Foucauld. Habla después de su vida espiritual, con una nota muy importante: él, que busca tanto al Jesús del último lugar, se reprocha no verlo suficientemente «*en todo humano. “Lo que haces a esos pequeños a mí me lo haces”*». Le escribirá el 18 de junio a Mons. Guérin: «*No olvide a esas ovejas tan perdidas que JESÚS le ha confiado*».

Al final, su vida de todos los días. Su tiempo, «*desde hace dieciocho meses*», está ocupado por «*la adoración del Bien Amado*», por una parte, y por los múltiples encuentros, por otra; quiso ponerse, desde Pascua, manos a la obra en «*un trabajo manual moderado, pero regular*» que le equilibra y que es, entre otras cosas, «*el medio para estar muy entremezclado con los indígenas y soldados*».

Desde la marcha de Mons. Guérin, Foucauld, durante todo el mes de junio, el mes del Sagrado Corazón, anota cuidadosamente en su *Cuaderno* algunas observaciones que retuvo de las conversaciones con su prefecto apostólico[50], así como apuntes sobre temas múltiples, indicando, por ejemplo, a sus principales benefactores.

«*Convertir, en la medida de lo posible, a hombres hechos y derechos*»: no limitarse a los niños. «*Evangelizando a los pobres, no dejar aparte a los ricos. Nuestro Señor no los dejó de lado; S. Pablo, su imitador, tampoco. [...] Hay menos riesgo que sean “cristianos de sopa” que escuchen solamente las verdades cristianas por el mero interés material*». «*Apostolado de los hombres por las conversaciones, hablando sin cesar*». «*Ser una predicación muda, yo que no rezo más que así. Los infieles juzgan el cristianismo por los misioneros. Si queremos que vean a JESÚS, la religión, seamos “otros Cristos”*». «*Hay que hacer tres cosas: 1º - ser muy santos; 2º - dejarnos ver mucho por los indígenas; 3º - hablarles mucho*». Con relación al 3º: «*La palabra frecuente es el medio indicado por S. Pablo: “¿Cómo se convertirán si no se les predica?”*». A san Pablo se refiere ampliamente: «*Tomemos por maestro a S. Pablo que hace numerosas conversiones en coyunturas bastante difíciles*».

El último día de ese mes del Sagrado Corazón, vuelve sobre la conversación con Mons. Guérin en un punto fundamental: «*Por encima de todo, guardémonos de pensar que los musulmanes no se pueden convertir, que no están maduros para el Evangelio. Todos los espíritus están hechos para la verdad, todos los corazones para la caridad, todas las almas para el bien. Todos los seres humanos están llamados a la salvación eterna y a la Iglesia: todos los seres humanos, los musulmanes como los demás, deben*

y, por consecuencia, pueden salvarse y estar en la Iglesia».

Después de haber establecido este principio, se pregunta: «¿Por qué, de hecho, tan pocos musulmanes se salvan?». «*Sin conocer la respuesta a esta pregunta –que Dios solo conoce–, podemos cumplir nuestro deber de misioneros imitando a JESÚS y a los apóstoles».*

Últimas palabras de conclusión para ese mes de apuntes y reflexiones: «*La conversión de los musulmanes no presenta más obstáculo que la de la antigua Roma, la gran Babilonia. Seamos parecidos a los apóstoles en el fervor; lo seremos también en el éxito. Hagamos milagros de fervor; Dios hará milagros de gracia».*

Entrar en relación con los Tuaregs

Mons. Guérin salió de Beni Abbès y he aquí que recibe una carta de Foucauld que le deja estupefacto. Habían hablado juntos de Marruecos y ahora Foucauld, en una carta, del 18 de junio, le habla, ya no del Oeste, Marruecos, sino del Sur, de los Tuaregs.

¿Foucauld le había dicho, en Pentecostés, que, desde marzo, el comandante Laperrine le hace mirar hacia el sur? Laperrine es un viejo amigo, dos años menor que él. Como Foucauld, ha hecho la escuela militar de Saint-Cyr y Samur; vivieron la expedición en el Sur Oranés, en 1881; recuerda que, tras los ocho meses en Mascara, Foucauld hubiera querido, en vez de quedarse en la guarnición, sumarse a un contingente que salía para Senegal y que el ejército se lo negó. Laperrine sí fue a Senegal. El 6 de julio de 1901, en el mismo momento en el que Foucauld, recién ordenado sacerdote, decide implantarse a las puertas de Marruecos para, así, poder penetrar más tarde, Henri Laperrine d'Hautpoul es nombrado comandante superior de los Oasis saharianos, que toman el nombre de Territorios del Sur por la ley del 24 de diciembre de 1902. Esta ley fue votada con dificultad porque los parlamentarios consideran muy costosa la conquista de estos territorios. Laperrine se instala a partir del otoño de 1901 en Adrar, a trescientos kilómetros al suroeste de Beni Abbès. Está convencido de que, por el momento, es imposible conquistar Marruecos, que solo se puede ocupar el sur de este país desde el Adrar hasta el océano Atlántico. Desde hace algunos meses, una comisión interministerial estudia la cuestión de la frontera argelino-marroquí; no se sabe bien, por otra parte, si Beni Abbès es argelino o marroquí: quizá Foucauld, sin saberlo, ¡está en Marruecos, adonde quería ir! La comisión convoca a Laperrine, sobre este tema, en Argel a principios de 1903 junto con el capitán Regnault, que manda en Beni Abbès. Llegado a Argel, H. Laperrine se entera que París suspende cualquier acción hacia el oeste. Sin embargo, no se le impide ir hacia el sur: establecer la unión con Sudán (Mali) y conquistar el Hoggar.

Es en ese momento cuando Laperrine mira hacia Foucauld; sabe que Beni Abbès no es para él más que una etapa, que solo se interesa por Marruecos; sabe que, de

momento, Marruecos está cerrado. Envía a su adjunto a ver a Foucauld, al capitán Niéger, dándole una consigna: *«Pasarás por Beni Abbès, irás a ver a Foucauld, hace de albañil, se construye una ermita de la que no sale. No come. Vive de caridad pública y aun así encuentra el medio para comprar esclavos que vienen de Marruecos. No hay nada que hacer por él por ese lado, pero tiene la cabeza dura; hay que hacer que decida venir con nosotros. Será el cura de los Tuaregs y nos ayudará mucho»*.

Laperrine, en efecto, sale el 16 de abril de 1903 hacia el Hoggar, hacia lo que llama una *«ronda de reconocimiento»*. Se trata de mostrar a las poblaciones el rostro de un conquistador fuerte pero justo, de ninguna manera brutal, a través de una expedición supuestamente pacífica.

Las noticias se difunden admirablemente en el desierto. En Beni Abbès se tiene ya noticia de la marcha emprendida hacia el Sur. Y Laperrine, que ha captado bien la personalidad de Foucauld, le envía una carta directa al corazón; le explica que en la Misión Flatters, masacrada en febrero de 1881, una mujer tuareg tuvo una actitud muy noble, oponiéndose a que se acabara con los heridos, los recogió y los cuidó en su casa. Foucauld transmite este relato, el 18 de junio, a Mons. Guérin: *«Ella tiene ahora cuarenta y cuatro años, tiene mucha influencia y es conocida por su caridad. El comandante Laperrine va a intentar, para ganar su confianza, darle una medalla de la Unión de las mujeres de Francia»*. Foucauld quería, con eso, que Mons. Guérin mirara más hacia el Sur, *«Vuestro Sáhara»*, le dice: *«Sería bueno entrar en relaciones más íntimas con los Tuaregs y aprovechar todas las puertas»*. No puede pretender, Foucauld, por el momento, ninguna fundación en los Oasis. Pero, no cayó en oídos sordos. Mons. Guérin le invitó a *«a ir una o dos veces al año a Taghit»*, un oasis a ciento cincuenta kilómetros al norte de Beni Abbès, donde no hay ningún sacerdote. No sería mejor, le escribe Foucauld, *«que pida a mi amigo de los Oasis el permiso para establecerme en Aoulef o más lejos, al sur si es posible, tan cerca de los Tuaregs como sea posible»*. Aprender en este lugar *«la lengua targuí»*, *«traducir el santo Evangelio en lengua y escritura targuí»*, *«estar en relación cada vez más íntima con los Tuaregs»*. De allí iría, *«una vez al año, a cada uno de los puestos, Adrar, In Salah, Timimoun, Beni Abbès, Taghit y a los otros donde hay europeos, con el fin de administrar los sacramentos»*.

Lo que plantea es, en su vida, una revolución copernicana: de ultrasedentario detrás de una clausura estricta, como lo requería el Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón, a nómada y, aún más, misionero. *«La vida solitaria pero sin clausura»*, de esos misioneros *«perpetuamente en movimiento, que pasan algunos días en cada sitio y vuelven a menudo»*, apuntó en su Cuaderno, según las conversaciones que mantuvo, en Pentecostés de 1903, con Mons. Guérin. Evolución radical. Por otra parte, ¿qué sería entonces del gran proyecto que iba a fundar? *«Me iré guardando la esperanza de reunir*

un día, en Beni Abbès, o en otro lugar, la pequeña familia de la que ya te hablé».

Presenta esta perspectiva el 30 de junio a Mons. Guérin «*con muchas dudas*», subraya. «*Temo equivocarme de camino*». Pero, desde que envió esta carta y envió otra con el mismo contenido al padre Huvelin, pidiéndoles a ambos su decisión, está en «*paz profunda, alegría, una confianza tranquila y un vivo deseo pero tranquilo. Deseo simplemente y claramente ir –esperando que Marruecos se abra, si se abre– con los Tuaregs*».

Razón esencial: ya hizo su trabajo de «*desbrozador*» aquí, en Beni Abbès; cada uno, «*cristiano o musulmán, pudo ver que nuestra religión es toda de paz y de amor*». Le hace falta ahora «*ir a llevar a otro lugar la semilla*». «*Ir a preparar, comenzar la evangelización de los Tuaregs, estableciéndome en su casa, aprendiendo su lengua, traduciendo el Santo Evangelio, relacionándome de la manera más amistosa posible con ellos*».

El hecho de fundar pasa a ser un objetivo secundario ante la evangelización que ha de llevarse a cabo en estas tierras: «*Si JESÚS quiere que tenga Hermanitos de su divino Corazón, me los puede enviar allí*».

A través de esta carta a Mons. Guérin, indica lo que es para él la evangelización que preconiza. En la carta que había enviado al padre Huvelin tras la visita de Mons. Guérin, en junio de 1903, había dicho, con discreción, pero seguridad, en relación a Mons. Guérin: «*Tiene una pequeña y discreta tendencia a empujar suavemente, a transformar mi vida de monje silencioso y oculto, mi vida de Nazaret, en una vida de misionero; esta última tendencia no la seguiré, ya que me parecería ser muy infiel hacia Dios que me dio la vocación de vida escondida y silenciosa y no la de un hombre de palabras; los monjes, los misioneros son apóstoles unos y otros, pero de manera muy diferente; en eso no cambiaré, seguiré mi camino*».

Ahora bien, en esta carta del 30 de junio a Mons. Guérin en la que expresa, tan ardientemente, el deseo de evangelización de los Tuaregs, precisa primero, claramente, que su vocación es la de «*preparar, comenzar la evangelización*»; sitúa su acción de evangelización en el comienzo. Lo detalla mejor describiendo su modo de acción: «*no rezando, sino conversando*». Para él, la evangelización, en su principio, no es la predicación, sino el intercambio, el diálogo simple en relación cotidiana con otros. Ya vimos que sobre la esclavitud no quería en absoluto callarse, tampoco podía; su vocación no es el mutismo, sino el intercambio sobre un fondo de silencio pacífico. No habla desde arriba, sobrevolando al interlocutor; entra, en igualdad con él, en un intercambio lo más humano posible. No se trata en su caso, como se ha dicho, de «*hundirse*» (no utilizó nunca esta palabra, de todas formas). Se trata, más bien, de encarnación. Quiere fundirse en un grupo de hombres, hablar su lengua, para poder hablarles con precisión. Acordémonos de sus extensas conversaciones amistosas en su juventud con Gabriel

Tourdes; tiene el don de la conversación, en directo, pero también en sus cartas, en correspondencia con personas de todo tipo; y escribir así, en relatos, es hablar, es compartir, es conversar; y se ve, por otra parte, que quiere conversar con todos. Esa es su manera personal, específica, de anunciar el Evangelio, en una relación familiar. Quiere entrar ahora en diálogo de amistad con los Tuaregs.

Con esta peculiar manera de hacer, que es «*silencio*» comparada con la predicación, es profundamente «*apóstol*», pero no misionero en el sentido de predicador externo. Se llama a sí mismo «*ermitaño*» ya hace tiempo –Mons. Guérin habla de su ermita en Beni Abbès–, pero en el sentido de que está solo. Se llama «*monje*»: hace falta tomar esta palabra en su sentido primero: «*monos*», «*solo*». Se quiere establecer, en Aoulef, en un lugar en el que vivirá «*la soledad*» (y también la «*seguridad*» gracias a Laperrine: «*No tengo derecho a suicidarme, no es ese, en absoluto, de ninguna manera, el medio de dar a conocer a JESÚS a las almas. Hay que unir el coraje a la prudencia*»).

«*La soledad*». Charles de Foucauld la ve en el corazón mismo de su vocación. Dejó la familia que había encontrado alrededor de la parroquia de san Agustín: el padre Huvelin y María de Bondy, en particular, sus segundos padres. Hizo este gesto no por misantropía, sino, al contrario, porque quiere hacer este don a Jesús. Cuando Mons. Guérin se va y le deja solo en Beni Abbès, le escribe, ya hemos visto, subrayando: «*Me siento solo, por primera vez desde hace muchos años*». Está claro que este hombre ama la compañía, hace amigos con facilidad, tiene el carisma del contacto; le gustaría tener compañeros que vivieran la misma vida con él; pero ha aceptado no tenerlos si Jesús quiere que permanezca en soledad.

«*Misión, evangelización*»

La decisión pertenece a Mons. Guérin y al padre Huvelin: Foucauld espera su respuesta. El 15 de julio, Foucauld recibe la carta del padre Huvelin que le dice, sin ninguna reserva: «*Siga su movimiento interior, vaya adonde le empuja el espíritu*». Sabe que Foucauld, a partir de ahora, no persigue que una idea tenga éxito, sino que se ha vuelto abierto y simple; y, por otra parte, el padre Huvelin le muestra que, para él también, la soledad en la que Jesús le pone, o le pondrá, otorgará a Foucauld su vocación propia. Lo esencial no es un lugar, no es ni siquiera Marruecos –el Marruecos que Foucauld habría podido perseguir como horizonte mítico–, lo esencial es la soledad interior: «*Siempre será en la vida solitaria, donde Jesús le recogerá en Él para que se dé a las almas*». El último complemento de esta frase es muy importante: no se trata de la soledad por la soledad, sino de una soledad contraria a todo solipsismo. La soledad que tiene por consecuencia verdadera la de abrir el corazón a los otros y darse a ellos.

Foucauld anuncia enseguida ese «*sí*» del padre Huvelin a Mons. Guérin, precisándole de nuevo su proyecto en dos etapas: «*La mayor parte del año, entre los Tuareg [...]*».

Una vez al año, la visita de todas las guarniciones en las que no haya sacerdote». El 22, recibe la respuesta de Laperrine que le anuncia que está muy de acuerdo. Se lo transmite a Mons. Guérin: «Estoy muy agradecido por esos dos “sí” llegados tan rápido y espero el suyo». Está seguro de que Mons. Guérin dirá «sí» también.

Esperando esta respuesta, le escribe de nuevo ampliamente el 25 de julio –es su propia manera, la utilizó mucho con el padre Huvelin, ya lo vimos en 1899, de dar a conocer al otro su pensamiento ampliamente, como también la de sobrepasar discretamente su decisión. *«Decidir ir al país tuareg no es, para mí, según me parece, renunciar a Marruecos, sino más bien prepararme y hacer en el momento presente la obra más útil para Marruecos. Actualmente, desde aquí, no veo ninguna puerta abierta». ¿Cómo puede pensar que el viaje en país tuareg «prepara» Marruecos? Nunca está corto de argumentos cuando quiere sostener una idea: «Aprender la lengua tuareg, que es el más puro de los dialectos bereberes y que se comprende en la mayor parte de Marruecos, puede serme de gran utilidad bajo el punto de vista marroquí».*

Otro argumento que muestra que la evangelización toma cada vez mayor lugar en su pensamiento. *«Las relaciones con los indígenas me formarían y me darían más experiencia y seguridad según el punto de vista de la misión, evangelización».* Hay una simple coma entre los dos últimos términos que subrayó: Foucauld asimila *misión* y *evangelización* sin poner plazos entre ambas acciones.

Recibe una primera respuesta inesperada de Mons. Guérin: una carta del 9 de julio en la que este le expresa su extrañeza y su perplejidad: *«Le considero como Marroquí más que Tuareg, y dudo antes de verle alejarse de Marruecos».* Y el 22 de julio: *«Su salida en el momento actual, inmediatamente, me parece precipitada».* La época, por otro lado, no es la mejor: haría falta, por lo menos, esperar a fin de año; quiere consultar a su superior, Mons. Livinhac. Le hace una objeción de fondo: será *«nómada»* y ya no estará en su claustro monástico. Pero Mons. Guérin deja una puerta abierta: puede *«aprovechar la ocasión para ir a saludar a [Laperrine] su buen amigo [...] y tomar nota de las informaciones precisas del comandante y elaborar un proyecto más estudiado».*

Otra objeción: no podrá *«celebrar absolutamente solo»*; Mons. Guérin acaba de pedir a Roma, para él, la autorización de celebrar misa sin ayudante pero no la ha recibido todavía. Al instalarse así, solo, en el Sur, Foucauld se expondría a no poder celebrar nunca. Concluye: *«Comprendo sin dificultad cuántos proyectos debe alentar su naturaleza ardiente, pero, de todo corazón, rezo para que le ayude a no ser víctima de una ilusión».* El joven prefecto apostólico de treinta y un años ¡parece mucho más prudente que Huvelin, el padre espiritual de sesenta y cinco años!

El 10 de agosto, escribe a su hermana para tranquilizarla por adelantado en el caso de que leyera *«en los periódicos»* que había habido combates en *«el sur oranés»*. *«La*

zona de combate más próximo está a 200 kilómetros de aquí. [...] Hay, en el vecindario, tribus que saquean». Pero el 14 de agosto redacta su testamento, muy breve: «Dejo todo lo que poseo, sin excepción, a M. Raymond de Blic, mi cuñado». Tiene cuarenta años y su padre murió a los cuarenta y cuatro años, el 9 de agosto de 1864: ¿es este aniversario lo que le empuja a hacer su testamento? Es más bien la situación alarmante. El 17 de agosto de 1903, nuevo ataque sorpresa en Taghit, a ciento veinte kilómetros de Beni-Abbès: «Tres mil quinientos combatientes», escribe Foucauld el 22 a María de Bondy, a quien prometió contar todo. Y no olvida que tiene un doble ministerio: en primer lugar, los habitantes del país pero, en segundo lugar, los soldados de las tropas de ocupación de las que tiene una visión lúcida. Hay en ellas bueno y malo. «Uno de los grandes defectos de nuestra ocupación del Sur es el empleo en ciertos puestos (como el de Beni Abbès, Taghit, Igli, etc.) de compañías del batallón de África... mientras que los oficiales de las Oficinas Árabes se esfuerzan, por la bondad, la justicia, el bien, en hacerse apreciar por los indígenas; estas infelices “piezas”, al practicar abiertamente todos los vicios, se vuelven los más miserables de los hombres y hacen que se desprecie a los franceses y a Francia. Se los debería confinar lejos de la población indígena y esconderlos de tal manera que nadie los viera»... Tal es el cuadro que muestra el 13 de julio de 1903 a Henri de Castries. A M. de Bondy le dice que, sobre todo, tiene que ir a «dar socorro espiritual a nuestros soldados», pero el 24 le da la noticia de que «los Marroquíes han levantado el asedio el 21, por la mañana, tras haber multiplicado los asaltos durante cuatro días».

Nuevos combates el 2 de septiembre en El Moungar, a treinta kilómetros al norte de Taghit. Un destacamento de la Legión extranjera ha sido atacado. La noticia llega a Beni Abbès el 5 de septiembre. Foucauld obtiene la autorización de ir a Taghit, en donde se está cuidando a numerosos heridos. Llega enseguida a caballo y pasará todo el mes de septiembre cerca de cuarenta y ocho heridos: «No ha muerto ninguno desde que estoy aquí», escribe a su prima comentándole su perplejidad: «Debo quedarme en esta región en este momento donde hay ataques o bien ir hacia el Sur donde las tropas están expuestas» (15 de septiembre). El 29 le anuncia que ha renunciado a su «proyecto de viaje al Sur» y que va a volver a su vida de Beni Abbès «en el claustro». Y está de vuelta el 2 de octubre. Irá de nuevo a Taghit la primera semana de noviembre para visitar a los heridos.

El capitán Regnault le había transmitido el 26 de agosto una carta que recibió de Laperrine: «Mi querido camarada, autorizo a Foucauld a venir a Tidikelt. No tengo derecho, pero espero salir adelante, como siempre, con algunas cartas injuriosas y amenazadoras de la subdivisión, apoyadas por todos los escalafones superiores. Es curioso, uno se acostumbra a las patadas en el c... Eso ya no me hace casi ningún efecto. Les dedico una carpeta especial en los archivos, eso es todo. Serías muy amable

si me dijeras si tienes alguna instrucción especial para De Foucauld, de manera que pueda ir prevenido y que las injurias vengan únicamente por mi iniciativa». Foucauld transmitió enseguida la noticia de esta autorización a Mons. Guérin. Al no recibir ninguna respuesta, cuenta *«tomar el convoy del 6 de septiembre o el del 15 de octubre»* hacia el Sur; si Mons. Guérin le escribe que no se quede allí, volverá entonces a Beni Abbès.

No irá ni en septiembre ni en octubre: los acontecimientos de Taghit y El Moungar deciden de otra manera. Y recibe de Mons. Guérin una carta muy larga, de ocho páginas, fechada el 19 y 21 de agosto. Su prefecto apostólico ha rezado, reflexionado y se ha aconsejado. No puede empujarle en ese sentido, el Sur, *«al menos, por el momento»*; pero no se opondrá: *«Me permitiré solamente plantearte algunos puntos de interrogación a los que responderá usted mismo».* El primer punto de interrogación es, se lo repite, la cuestión de la misa; le han dicho que el permiso de celebrar solo Roma no lo dará *«de ninguna manera».* El segundo: *«Desde el punto de vista material, encontrará dificultades mucho más grandes que en Beni Abbès, una existencia mucho más ruda todavía».* No debe *«tentar a la Providencia».* Para acabar, hay movimiento en la frontera de Marruecos que podría *«abrir sus puertas».* *«Entonces, ¿para qué ir al Sur, querido marroquí?».*

El general Lyautey es enviado en septiembre a Aïn-Sefra a petición del gobernador general para arreglar la situación en la frontera marroquí. León XIII muere y le reemplaza el 10 de agosto el papa Pío X. *«Me dicen que todas las congregaciones han sido suprimidas en Francia. Ignoro si sus queridas misiones también están afectadas»*, escribe Foucauld a Mons. Guérin el 3 de diciembre.

Foucauld acaba de recibir una nueva carta de Laperrine dándole prisa: *«Iré probablemente al Sur con el próximo convoy sobre el 10 de enero, como muy pronto»*, escribe a su prefecto apostólico, el 16 de diciembre de 1903.

Al no haber recibido ninguna respuesta del padre Huvelin que le dijera que se quedara en Beni Abbès, Foucauld parte el 13 de enero para Adrar, donde se encuentra con Laperrine, que quiere hacer una larga expedición a través del Sáhara.

8. ABANDONO EN LOS ACONTECIMIENTOS

En su cuaderno, Charles de Foucauld apunta, en diciembre de 1903, la resolución personal que ha tomado durante el retiro anual que acaba de hacer: «*Observar muy fielmente todo lo que me está prescrito por el Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús*». Nos acordamos de que el reglamento de 1901 comporta un capítulo, el VII, consagrado a la clausura, en el que se lee, en la primera línea: «*Nos comprometemos por un voto especial, y bajo pena de pecado grave, a no sobrepasar nunca jamás los límites de nuestra clausura*». Este capítulo es especialmente riguroso pero comporta, y hay que subrayarlo, en relación al capítulo VII de 1899, una cierta apertura y una flexibilidad. Prevé que haya un patio de la capellanía en el que «*todo el mundo pueda entrar*». En Beni Abbès, en este patio, recibe a los pobres y a los visitantes. Ahora bien, el autor de este reglamento, en el momento mismo en el que dice querer «*observarlo muy fielmente*», está visualizando emprender un «*viaje de varios meses*». ¿Quién puede comprenderlo? En la cabeza de Foucauld, este patio, en el que da «*limosnas materiales*», como dice, y «*limosnas espirituales*» (conversaciones, entre otras cosas), va a ampliarse hacia el infinito: hasta los Oasis; este patio es una gran puerta abierta hacia el Sur.

No se puede dudar de su sinceridad pero, en este momento, ¿no es el «*reglamento*», en su espíritu, un mero testigo del pasado, de una época de codificación exagerada, la de 1899, un texto al que quisiera ser fiel, pero no precisamente al pie de la letra, sino en espíritu? ¿Un texto de referencia que enmarque su soledad? De hecho, Foucauld tiene en cuenta cada vez más la realidad y las exigencias que conlleva.

Valorar las circunstancias

En realidad, Foucauld, desde su ordenación, por la verdadera iluminación que brotó de ese momento de gracia, la búsqueda de las «*ovejas perdidas*», búsqueda que se hace prioritaria en él, se lanza hacia afuera; se pone él mismo en la puerta de una «*fraternidad*», hasta entonces, casa de Nazaret cerrada con doble vuelta, tras la cual todo estaba bien categorizado. «*Todas las puertas [de la fraternidad], incluso la puerta de entrada, deben estar siempre cerradas*», dice el artículo VII, en el que precisa que no se trata de salir. «*Nuestra estricta clausura nos obliga a tener, al menos, un sirviente, sea para el trabajo de portero o para hacer las compras fuera*». Pero observamos que, a partir de ahora, las cosas se invierten completamente. Estamos en la tercera fase de su vida, la que comienza en la ordenación de 1901, tras la fase explosiva de doce años de juventud –en la que se realizó plenamente– y la fase de repliegue, a partir de 1883:

período de intransigencia, de radicalidad. Esta tercera fase, a partir de 1901, ya no consistirá en establecer valores en una escala preestablecida: es una fase abierta, amplia; lo será cada día un poco más, hasta su muerte, en 1916.

La clausura radical representaba perfectamente en Foucauld esta retracción sobre sí mismo que ya había subrayado Dom Louis de Gonzaga, abad de Staouëli, al escribir cuando dejó la Trapa, el 11 de febrero de 1897 a su hermano Dom Martín, abad de Notre-Dame-des-Neiges –ambos le conocen bien–: «*Podrá llegar a ser santo, lo deseo para él, pero según su cabeza, no obedeciendo*». Foucauld se había encerrado en su idea de fundación perfecta, que quiso hacer triunfar a toda costa, como lo había visto también Huvelin. Foucauld solo obedece a esta idea desde 1897 a 1901; no había seguido más que a su cabeza, ilusionándose sobre sí mismo y sobre la obediencia a Dios que creía exacta.

Su obediencia a Dios toma hoy otra forma. Sobre el terreno, el principio de realidad se ha ido imponiendo poco a poco. Si hubiera llegado a ser aquel ermitaño encerrado en una hipotética fraternidad del monte de las Bienaventuranzas, habría podido continuar encerrándose en sus ideas y utopías. En Beni Abbès, la situación es otra. Como sacerdote, tiene un obispo que le manda, hacia el que tiene unos deberes, que sigue siendo, aunque de lejos, su obispo; y tiene, en el lugar donde está –aunque esté poco presente–, un prefecto apostólico. Como es francés, está sometido a las leyes republicanas del país ocupante, a las que tiene que referirse. Hombre en una región ocupada y, al mismo tiempo, regida por otra cultura distinta a la suya y con otras costumbres, se halla confrontado a esta situación de conflicto. Al principio intentó, por la fuerza de la costumbre, buscar la clausura, la quiso simbólica y después material pero no resistió. Aunque se impedía salir de ella, no pudo impedir a todo el mundo atravesarla, desde el oficial, comandante de la guarnición –del que se hizo amigo–, hasta el último de los esclavos recibidos. Era el amigo de todos, y, primero, de los últimos, a quienes no podía oponer una puerta cerrada.

Poco a poco se fue haciendo disponible a los imprevistos. Algunas frases de sus cartas a Mons. Guérin: «*Me regiré según las circunstancias*» (23 de junio). «*Ahora vamos adonde podemos ir. Cuando las puertas se abran en otro lugar, allí iremos. A cada día, su trabajo: ¡hagamos en el momento presente lo que es mejor! En todos los instantes que se suceden y componen la vida, aprovechemos la gracia presente, los medios que Dios nos da*» (25 de julio de 1903). «*Me dejo guiar por los acontecimientos*» (10 de septiembre). Y más aún: «*Me regiré según las circunstancias y las posibilidades*» (a María de Bondy, 22 de agosto de 1903). «*Vivo al día*» (a la misma, 15 de septiembre).

A partir de ahora, esta marcha hacia el acontecimiento ya está lanzada; la continuará hasta su muerte, llegando a ser, más que nunca, igual de imprevisible hacia sí mismo

como hacia aquellos que le ven avanzar. Incluso llegará a descolocar al buen Mons. Guérin. En el momento crucial de la elección del Sur o no Sur, Foucauld requiere de él órdenes como si fuera un coronel. «*¡Me pide órdenes!*», exclama Mons. Guérin. «*Aunque es fácil obedecer, me es mucho menos fácil discernir las vías de Dios y darle una orden en el nombre de la divina Sabiduría*» (3 de julio de 1903); por otra parte, se da cuenta de la dificultad de dar una orden a Foucauld, de quien había escrito un día Dom Martin: «*Me parece que transforma muy fácilmente sus ideas personales en orden del cielo*». Pero, felizmente, en Foucauld se realizó este cambio, esta fractura, gracias a la cual ya no está solo con sus ideas, sino que se deja afectar por los acontecimientos y por los seres humanos; y, al romper continuamente ese mundo interior privado tan compacto, el caparazón se resquebraja. Mons. Guérin irá comprendiendo, cada vez mejor, que no tiene que dar órdenes como tales; que se trata, a la manera del padre Huvelin, de permitir que Foucauld se abra a las circunstancias; y Mons. Guérin el 26 de diciembre de 1904 podrá escribir de él a Mons. Livinhac: «*Sabe apreciar las circunstancias maravillosamente, como aquellos a quienes dirige el Espíritu de Dios*».

Podemos señalar, con un poco de humor, que Foucauld sabe apreciar progresivamente esta circunstancia que es su prefecto apostólico y la obediencia que le debe. Al principio, se encerraba en una obediencia literal, que tenía que estar pegada a la piel, como un instrumento de contención, y multiplicaba sus proposiciones de obediencia. Hoy, encara la obediencia con mucha tranquilidad. Cómo no sonreír al leer la definición que da a Mons. Guérin de la obediencia justo en el momento en el que ha decidido ir hacia el Sur: «*No me voy tan rápido por falta de obediencia a usted, venerado Padre, sino porque la más perfecta obediencia, y esto forma parte de su perfección, comporta, en ciertos casos, la iniciativa*». Siempre ha buscado «*lo más perfecto*» y ¡no duda en elegir la iniciativa, que es en sí, más bien, antinómica de la obediencia, como perfección de la obediencia! Menos mal que hay una relativización añadida: «*en ciertos casos*», dice. Pero extasiarse en su apología de la obediencia-iniciativa, en la carta a Mons. Guérin, es ir demasiado deprisa; es de otro registro, no concierne a la capacidad de obediencia de Foucauld, sino a su capacidad y su rapidez de acción y de reacción cuando ha de decidir ante un imprevisto o cuando ya ha respondido. Lo vemos en esta frase: «*Si me voy sin dudar, es porque ya estoy preparado para volver sin dudar; tan fácilmente como me voy, volveré*». Es él el que subraya sin dudar, expresión clave de su fogosidad natural.

Del Foucauld todavía trapense, Dom Louis de Gonzaga había dicho que era «*muy tenaz en sus deseos y voluntades, por no decir otra cosa*». Hoy se ha vuelto tenaz para captar los signos de los tiempos, cada vez más apto para escrutar el acontecimiento singular. Y pone allí todo su fervor, todo su corazón.

¡Es esta una espiritualidad tan diferente de la que quiso imponerse y que predominó

en el período 1886-1901, a pesar de las olas que asediaban la roca! Estas olas, felizmente, acabaron por sumergirle, olas de inteligencia y de bondad, de dulzura y de temporización, olas llamadas Henri Huvelin y María de Bondy, pero también Madre Isabel y más Juan Crisóstomo, tan a menudo releído, y Juan de la Cruz y Teresa de Ávila.

«Uno de los libros del que vivo más»

Para comprender mejor esta nueva espiritualidad en la que se adentró a partir de 1901, hay que hacer mención muy particularmente de una influencia continua que comenzó a ejercerse sobre él a partir de 1897 y que contribuyó fuertemente a gastar la roca, a pulirla. Se trata de un pequeño libro que ya hemos mencionado, titulado *Abandono en la Providencia divina*. En el capítulo XVII del Reglamento de 1899, «*Santas Lecturas*», Foucauld indica «*las vidas de los santos*», «*Una historia de la Iglesia*», «*Las obras de san Juan Crisóstomo, de santa Teresa de Ávila y de san Juan de la Cruz y el librito del R. P. de Caussade (C.J.) que lleva por título Abandono en la Providencia divina, en la edición abreviada dada por el R. P. Ramière (C.J.) leyendo también el prólogo escrito por este último*».

Vimos que recomendaba este librito: a su hermana, a María de Bondy; al padre Jérôme, el 8 de mayo de 1899: «*En este momento leo un librito que es una maravilla: el tratado de abandono del P. de Caussade. Hace dos años y medio que lo leo y releo, y encuentro sin parar cosas nuevas*». A Madre Agustina, la víspera de Navidad de 1904, le escribe: «*Gracias a una religiosa conocí el librito del padre de Caussade hace ocho años y, desde entonces, es uno de los títulos de los que más vivo*». En efecto, es la abadesa de las Clarisas de Nazaret la que le prestó el libro cuando llegó, en marzo de 1897; él mismo hizo una copia completa que guardó hasta su muerte.

¿Qué dice este tratado? Que «*todo lo que nos pasa*» en el desarrollo de los «*acontecimientos*» que constituyen nuestra vida es la expresión de «*la orden de Dios*», es decir, la intención benévola de Dios, su voluntad, su «*Providencia*». Francisco de Sales, a quien el padre Huvelin amaba tanto, había distinguido dos formas en las que se puede manifestar la voluntad de Dios; la primera, la llama «*la voluntad significada*», está indicada en los mandamientos y deberes que debe seguir cualquier cristiano de una manera general y en su condición particular. El tratado del Abandono, retomando a Francisco de Sales, pide que se «*cumpla fielmente el deber presente a merced de la voluntad significada*» de Dios. Pero también está «*la voluntad absoluta*» de Dios, siempre según Francisco de Sales, retomado por Caussade. Esta se manifiesta en lo que puede haber de imprevisto y desconcertante en «*el acontecimiento*»; se trata de ser dócil al Espíritu por el discernimiento y la libertad espiritual cuando Dios manifiesta lo que el tratado llama «*su voluntad desconocida, su voluntad de azar, de encuentro, y, por así*

decir, de aventura». Nos unimos así a la acción de Dios, nos abandonamos a su voluntad. «*Las almas santas han sucedido a los profetas y a los apóstoles, no para escribir libros canónicos, sino para continuar la historia de la acción divina con sus vidas, cuyos momentos son sílabas y frases por las que esta acción se expresa de una manera viva*». Es la misma vida de Cristo la que continúa por la vida de los santos: «*Estamos en los siglos de la fe; el Espíritu Santo no escribe más evangelio que en los corazones; las almas santas son el papel, sus sufrimientos y sus acciones son la tinta. El Espíritu Santo, por la escritura de su acción, escribe un evangelio vivo*».

El pensamiento de Caussade «*está determinado completamente por el concepto de situación, en la medida en la que esta representa el punto de condensación de la voluntad conductora viviente de Dios*», escribe Romano Guardini[51], que muestra que, para Caussade, la existencia cristiana es «*una historia*», no es «*un sistema*». «*Lo que importa no es la construcción, es el acontecimiento*». Foucauld había intentado aplicar un sistema y se endureció en esta búsqueda; se parece ahora a Teresa de Lisieux que, dice Guardini, «*quería reemplazar los programas por las cosas y mostrar el misterio creador de la conducta divina en la vida cotidiana*»[52]. La misma espiritualidad, el mismo mensaje aparece a partir de ahora en Charles de Foucauld: «*La actividad cristiana debe promover el Reino de Dios. Ahora bien, este signo no consiste solamente en la realización de un orden eterno, sino también en el nacimiento del hombre nuevo*»[53].

Se entiende que Charles de Foucauld, que profundizó primero demasiado en un sistema, comenzó, con Caussade, a vislumbrar otro horizonte y otro tiempo; un horizonte no cerrado por cuatro muros altos de «*fraternidad*» reglamentada; y un tiempo no programado meticulosamente. Cada lugar, cada hora y cada encuentro, en un momento y en un lugar, contienen una llamada nueva del Espíritu, según el tratado del Abandono. «*Lo que funda la conexión de una situación con otra no son las leyes, las reglas, un orden permanente, sino, más bien, el hecho de que Dios, en este instante, llama y pide un consentimiento. Es Él mismo el que ha llamado antes y llamará más tarde. [...] Y como es Dios, el Impenetrable, el que conduce, nos lleva también siempre a lo desconocido*»[54]. Foucauld, a partir de 1897, lee y relea a Caussade. Este pensamiento le ha penetrado y poco a poco le ha liberado. Y de esto recoge hoy los frutos que le sustentan y van a darle un verdadero alimento para el nuevo camino hacia el Sur.

La «oración de abandono»

La espiritualidad de Caussade, la de «*la hora presente*» (a Mons. Guérin, 25 de julio de 1903), se va inscribiendo poco a poco en su vida. Se va abandonando, a través del acontecimiento, a la acción creadora del Espíritu: indagándola, participando de ella,

encontrando allí paz y alegría. Esta lectura es un fuerte antídoto contra la lectura que hacía de «*la abyección*» de Nazaret desde su conversión: diez años de imitación cerrada que, en la fijación de sus excesos, había tenido algo de mortífero, llevándole incluso a querer construir, con todo detalle, un lugar minuciosamente reglamentado. Esta voluntad de conformidad exacta fue el motivo por el cual quiso dejar la Trapa. A finales de 1895, el padre Huvelin escribió a María de Bondy: «*No se quedará aquí, evidentemente. Tomará cada vez más su idea por la voz de Dios que le habla. La belleza y, sobre todo, el aspecto irrealizable de la finalidad a la que se cree llamado, le velará todo lo demás. Estoy horrorizado por este camino que quiere tomar, este Nazaret al que quiere ir a vivir, ese grupo que quiere formar en torno a él*». Se anclaba cada día más en lo que había decidido para él mismo, como encerrado en una espiral infernal.

Es aquí, en este momento crucial, en el momento en el que se abre al Sur, cuando hemos de estudiar un texto que escribió en 1896, en la Trapa, en el momento en que no sabía lo que se decidiría sobre su persona, si se le iba a hacer quedarse en la Trapa o no. En ese momento se había impuesto a a sí mismo, pasara lo que pasara, un acto de obediencia radical que deseaba que fuera absoluta: aunque su conciencia le dijera formalmente que dejara la Trapa, él se quedaría allí si los superiores le indicaban que se debía quedar. Y pensamos: ¿Tiene uno el derecho a saltarse su conciencia? El padre Huvelin está horrorizado ante esta idea fija de un «*Nazaret*» «*irrealizable*». ¿No estaría horrorizado de igual modo ante esta inmolación de conciencia a la que Foucauld quería someterse?

Este texto, el más conocido sin duda de Foucauld, no fue llamado por el mismo Foucauld «*la oración de abandono*». R. Bazin lo publicó en 1924 con otros textos de meditación en los *Escritos espirituales* de Charles de Foucauld sin darle ningún título. En 1940, fue retomado como oración por las Hermanitas de Jesús, pues, ya desde el principio de su fundación, habían retocado el texto, haciendo algunas supresiones y también un añadido[55]. Tenían por costumbre recitar cada día esta oración, que se publicó tal cual en 1946 en el *Boletín de la Asociación Charles de Foucauld* con el título: *La Oración de abandono del Padre de Foucauld*[56].

Podemos decir, entonces, que esta oración, de la que se piensa que Charles de Foucauld la recitó a lo largo de toda su vida, no es más que un texto entre otros. En Akbés, en 1896, comienza a escribir meditaciones, algo que mantendrá en Nazaret. En 1896 escribió sus meditaciones, de las que se extrajo la *Oración de Abandono del Padre de Foucauld*. Es una meditación hecha por el hermano María-Alberico, trapense, y no por el hermano Charles de Jesús, ermitaño en Nazaret[57].

Esta «*oración*» es una oración de Jesús; o más bien el largo desarrollo de la corta oración hecha por Jesús en la Cruz, «*la última oración de nuestro Maestro, de nuestro Bien Amado*», escribe Foucauld después de haber traducido el versículo evangélico:

«Padre mío, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23, 46).

La traducción real de este versículo evangélico dice solamente «Padre» y no «Padre mío», como transcribió Foucauld; y esto no es anodino; igual que en su paráfrasis repetirá cinco veces «Mi Padre»; cuatro al principio de la invocación, la última terminando su meditación. «Mi Padre», así es como dice el corazón del texto, con este «mi» insistente que se impone, que conduce todo.

En san Lucas, lo que dice Jesús al *Abbá* en este último momento es cosa distinta a una oración, es un grito breve, un acto en el que se entrega a Aquel en el que tiene toda confianza, en unión mística. Foucauld hace rezar a Jesús a su manera, pero, si es Jesús el que habla aquí, es según Foucauld. Este pone su texto entre comillas como si hubiera puesto entre comillas el versículo evangélico. Y Foucauld compone una oración lírica, un poco dramática, que está, según él, en el espíritu de Jesús. Es un género que puede gustar, pero que se puede considerar como un desahogo, un tipo de metafrase un poco abusiva.

Ya que es Foucauld fundamentalmente el que reza aquí, poniendo sus propias palabras en la boca de Jesús. Para establecer cualquier comentario de este texto, y Dios sabe que han sido numerosos y prolijos, hay que partir de aquel que lo escribe, de su propia disposición de ánimo en el momento en el que lo escribe. Y no está muriendo físicamente, pero sí experimenta una prueba que es para él una especie de muerte, una prueba que él mismo se impone y en la que debe hacer el sacrificio de su propia libertad y de su proyecto esencial de fundación, algo similar a la petición a Abraham de sacrificar a su hijo y su única filiación futura.

Cuando reza, Foucauld se dirige habitualmente a Jesús, como lo indican sus meditaciones escritas; a veces, a Dios: «Dios mío»... Aquí, dice, con Jesús, identificándose con Él: «Padre mío». Lo que manifiesta la gravedad del momento en que escribe ese texto.

La cuestión del «padre» es, para Foucauld, capital, hay que insistir en ello. Tomemos sobre esto un texto entre otros del mismo género, extracto de una carta de Akbés del 16 de septiembre de 1891 al padre Huvelin. La víspera había cumplido treinta y tres años, se lo dice en su carta; es la ocasión de volver sobre su pasado reciente: «Ayer hizo veinte meses que os dije adiós en París». Y sobre un pasado un poco más alejado: el momento de su conversión, de ese momento en el que dice: «el Buen Dios me atrajo a Él con tanta fuerza y tanta dulzura», y enseguida: «¡Qué paternal fue su mano!». «No soy yo el que olvida que tenemos un Padre que está en el cielo, soy yo el que lo grita siempre y el que tiene siempre confianza». Quiere decirle también al padre Huvelin que le ha sido dado como un «padre en la tierra». «¿Qué es lo que no habéis sido para mí en los primeros tiempos de mi conversión y durante los que siguieron y siempre? Si tengo que acordarme de que tengo un Padre en el cielo, sé que tengo también un padre en la

tierra». Lo que concluye evocando el lugar que tuvo entonces María de Bondy en este don de sus dos «padres»: «*La misma mano, por la gracia de Dios, me condujo a dos padres: ¡Dios sea bendito, que esta mano sea bendita, y sed bendito!*». ¿Cómo, después de haber recibido «*estos dos padres*», no les tendrá confianza? Hay que recordar aquí que Charles de Foucauld niño había perdido dos veces a su padre: cuando cayó enfermo mental y debió dejar la casa; y cuando murió, quince meses más tarde, en un centro psiquiátrico, lejos de los suyos. ¿Cómo no iba a sentirse abandonado? ¿Cómo no habría en su corazón una inmensa necesidad de abandonarse en esos brazos paternos?

Pero aquí está esa meditación tal cual, línea a línea. Está precedida por una incitación personal en relación a esta «*oración*» de Jesús dicha en la Cruz: «*Que pueda ser la nuestra. Y que sea no solamente la de nuestro último instante, sino la de todos nuestros instantes*»: Foucauld expresa aquí, en 1896, que este texto debiera ser la actitud general de la vida entera de un discípulo de Jesús.

Padre mío,
me pongo en vuestras manos; Padre mío, me confío
a Vos; mi Padre, me abandono en Vos; mi
Padre, haced de mí lo que queráis; sea lo que
hagáis de mí, os lo agradezco; gracias por todo,
Estoy preparado para todo; acepto todo:
os agradezco todo.
Ojalá que vuestra voluntad se haga en mí, Dios mío.
Ojalá que vuestra voluntad se haga en todas
vuestras criaturas, en todos vuestros hijos,
en todos aquellos que
vuestro Corazón ama. No deseo nada más, Dios
mío. Pongo mi alma en vuestras manos; os la doy,
Dios mío, con todo el amor de mi
corazón, porque os amo, y me es una
necesidad de amor daros, ponerme en
vuestras manos sin medida. Me pongo entre vuestras
manos con una infinita confianza,
ya que Vos sois mi Padre[58].

No es necesario añadir un comentario a los numerosos comentarios ya existentes sobre este texto. Pero lo que puede hacernos reflexionar es el uso de ella que se hace habitualmente, o, más bien, la duda inmensa que brota, a veces, al pronunciar esta oración llamada «*oración del Padre de Foucauld*». «*No soy capaz de decirla*»,

podemos oír, en boca de buenos cristianos que experimentan una prueba dolorosa, una muerte, por ejemplo, y chocan con esa expresión radical que expresa. «*Sea lo que hagáis de mí... Estoy preparado para todo, lo acepto todo*». Para que se acepte esta radicalidad, se ha comentado que el «*ojalá que*» de la estructura siguiente limita la afirmación «*sea lo que hagáis de mí*»: no se ve bien dónde podría estar esta atenuación. Y, más todavía, de manera muy alambicada: «“sea lo que hagáis de mí”, esto quiere decir también “sea lo que yo haga” ya que la finalidad de la oración es únicamente hacerme hacer por amor lo que Dios quiere verme hacer libremente»[59].

Dejemos estas conjeturas azarosas y vayamos a lo esencial. Este texto comporta algo absoluto y extremo que estaba en el corazón mismo de Charles de Foucauld en esta fase de vida tal como hemos observado a partir de 1882. Y, más particularmente aquí, en este preciso momento; una voluntad total que había llegado a ser, a partir de 1886, la voluntad de imitación literal de la abyección que había sido la de Jesús en Nazaret; y de voluntad de donación absoluta de sí, de «*anonadamiento*», pero no en la buena acepción mística del término, sino en una acepción todavía demasiado humana, demasiado inhumana para ser perfectamente auténtica ante Dios.

¿Qué palabra es la que constantemente aparece en esta «*oración*»? La palabra «*todo*». Y con ella, palabras equivalentes, totalitarias: «*nada más que*», «*sin medida*»; la confianza debe ser «*infinita*»[60], en cuanto al «*sea lo que haga de mí*», no es menos radical. No se puede edulcorar estas palabras, intentar dulcificarlas. Tienen la marca de lo excesivo, como este aforismo a menudo repetido en la educación llamada cristiana: «*mientras no se haya dado todo, no se ha dado nada*»; con el peligro, además, de un cierto jansenismo: un Dios cuya voluntad es implacable, que pide todo, enseguida. Foucauld entró en la Trapa, se despojó de todo; y ya vimos que la Trapa no le era suficiente, ya que, a su modo de ver, no le permitía sacrificarlo todo tal y como él entendía, de estar en el total «*último lugar*».

Pronto escribirá en el Reglamento de 1899 destinado a aquellos que busquen con él «*lo más perfecto*»: «*Nuestro amor a Dios debe ser absoluto y sin medida. [...] El amor perfecto que debemos a Dios exige que queramos todo como Él mismo lo quiere*» (capítulo XXXII).

Algunos meses después de esta meditación extrema, Charles de Foucauld se confrontará felizmente con la lectura del pequeño tratado de Caussade; lo leerá y se alimentará de él y enseguida lo recomendará sin pestañear a los futuros miembros de su congregación. Las páginas tan simples del tratado transformarán sus opciones, le harán ir dejando poco a poco sus ideas perfeccionistas –que quería hacer triunfar a toda costa–, le ayudarán a aceptar lo que viene, la aventura, el anuncio del Espíritu y le permitirán ir más allá, hacia adelante, hacia el Sur, fuera de la clausura que había erigido, y tomar ahora, muy suavemente, tanto como ese «*muy suavemente*» le sea posible, la verdadera

vía del abandono[61]. Camino espiritual al mismo tiempo que camino hacia el Sur.

Ya que Foucauld pone esas palabras en boca de Jesús que muere, nosotros vamos a referirnos ahora a las palabras, completamente distintas, de Foucauld mismo, las palabras del día de su muerte, veinte años más tarde, muy diferentes a las de esta meditación compuesta en 1896 sobre las últimas palabras de Cristo en la cruz. En la carta que escribe el 1 de diciembre de 1916 a la que es su madre espiritual, María de Bondy, le expresa un inmenso abandono y confianza en Dios. Y es verdaderamente una oración. He aquí el texto: *«Cuando queremos sufrir y amar, uno puede mucho, puede lo más que se pueda en este mundo. Sentimos que sufrimos, no sentimos siempre que amamos, y es un gran sufrimiento más; pero sabemos que queremos amar, y querer amar es amar. Nos damos cuenta de que no amamos suficiente; es verdad, no amaremos nunca bastante, pero el buen Dios, que sabe de qué barro nos ha hecho y que nos ama mucho más que una madre puede amar a su hijo, nos dice, Él que no miente, que no rechazará al que acuda a Él».*

El «barro» es el «polvo del suelo» del que habla el libro del Génesis (2, 7), con el que Dios, como un alfarero, da forma a Adán, primer hombre. Dios, dice Foucauld, sabe de qué está hecho el hombre, sabe de dónde lo ha sacado, conoce su pobreza, su origen de agua y tierra. Otro texto de Foucauld, una carta del 10 de febrero de 1914, había evocado ya este «barro», esta condición humana imperfecta que Dios conoce, que cuida con un amor infinito. Y es a esta ternura de Dios a la que Foucauld, en la carta de 1914, se abandona, en un tono muy distinto al de la oración de abandono de 1896. La carta se la dirige a María de Bondy, su prima, mujer de sesenta y cinco años cuyo hijo está muriendo de tuberculosis y que está desamparada. *«Comprendo –le dice Charles– la aparente insensibilidad e incapacidad de rezar a la que os somete este dolor después de tantos otros. Es el exceso de dolor y de preocupación. El espíritu está absorbido, parece que no se siente nada y uno se queda ante el buen Dios sin poder seguir ningún pensamiento. Pero el buen Dios es el buen Dios. Él sabe de qué barro nos ha formado; ve nuestro deseo, nuestra voluntad de hacer lo que Él quiere al mismo tiempo que nuestra miseria; nos ama más que una madre, más que un esposo. Nuestro amor, la unión de nuestra voluntad a la Suya, el acuerdo a todo lo que quiere de nosotros, es todo lo que pide a su pobre criatura. Paz a los hombres de buena voluntad».*

Oración de una total confianza al Buen Dios, que no miente, en quien podemos confiar. Y no se trata aquí de una oración en «yo», sino en «nosotros»; es una oración que pueden hacer al Padre todos los seres humanos, criaturas del Buen Dios, hijos del Buen Dios, que se reconocen como tales, con todas sus debilidades, sus pobrezas, sus desvaríos, todos llamados a confiarse en el Amor en plena confianza. Verdadera oración de abandono, dicha por todos juntos, que se podría transcribir así:

Padre nuestro, Tú eres el Buen Dios.

*Sabes de qué barro nos has formado.
Ves nuestro deseo más que una madre,
más que un esposo.
Todo lo que pides a tu pobre criatura es
nuestro amor, la unión de nuestra voluntad
a la tuya,
los esfuerzos para ser y hacer lo que Tú
quieres de nosotros.
Paz a los hombres de buena voluntad. Amén.*

«Me dejo llevar»

Charles de Foucauld deja, pues, Beni Abbès el 13 de enero de 1904 con un convoy de cincuenta personas: «*Ve, querido amigo, si Dios te empuja*», le escribió Mons. Guérin el 4 de enero. Veinte kilómetros al día más o menos. El uno de febrero, en Adrar, encuentra a Laperrine y se queda una semana allí: «*Foucauld se encuentra muy bien –escribe Laperrine al capitán Regnault en Beni Abbès–, trabaja muy a fondo la lengua tuareg; aquí ha mirado minuciosamente mis archivos y, además, se porta muy bien; ha aceptado comer con nosotros, ha estado muy alegre y ha aceptado igualmente dormir en una cama. Puesto cara a cara con la vida de aventura, el Foucauld de Marruecos reaparece*». Laperrine siente no encontrar en In Salah al aménokal del Hoggar, Moussa Ag Amastane, que se marchó quince días antes: «*Sueño con hacer de él el primer cura del Hoggar, capellán de Moussa*». «*Su cabeza piensa, comprende muy bien que todo sueño debe estar precedido por el conocimiento de la lengua. [...] He sido muy feliz viviendo estos días con él*». Laperrine dice que quisiera «*dejarlo en país tuareg [...], lejos de nosotros, que se acostumbren a verlo sin bayonetas alrededor*».

En la Trapa de Akbés, Foucauld se quejaba: «*No somos tan pobres como lo era en Marruecos*». Aquí, no; lo escribe a María de Bondy el 5 de marzo: «*Estoy siempre contento. Entre otros placeres, tengo uno que le pedía a Jesús desde hace tiempo: estar, por amor a Él, en condiciones análogas a las que tenía en Marruecos por mi gusto*». «*Los Tuaregs se muestran muy amigables, muy abiertos, muy cautivados y en confianza, mucho más cercanos de nosotros que los Árabes*», escribe en su Cuaderno de viaje: «*Se dice muchas cosas buenas de Moussa Ag Amastane; es, según dicen, un ferviente musulmán, piadoso, valiente, inteligente, amigo del bien y de la paz, hombre de palabra*».

Admira el trabajo de Laperrine. «*Muy inteligente, muy activo, con una independencia de carácter y un desinterés absolutos; rápidamente ha puesto los Oasis en el camino del progreso, de la prosperidad*», escribe el 18 de junio a Castries añadiendo que pidió a su «*viejo amigo*», «*el permiso para trabajar en esta obra de*

fraternización» que lleva a cabo. «Hablar, dar medicamentos, limosnas, la hospitalidad del campamento, mostrarse como hermanos, repetir que somos todos hermanos en Dios y que esperamos estar todos un día en el mismo cielo, rezar por los Tuaregs con todo mi corazón. En esto consiste mi vida». Termina diciendo que no sabe cuándo volverá a Beni Abbès: «Me dejo llevar como por un coche». «Estoy preparado para irme inmediatamente hacia el Hoggar, igual que estoy preparado para volver a Beni Abbès y para no volver a salir... y para todo lo que quiera el CORAZÓN DE JESÚS» (a Mons. Guérin, el 14 de octubre).

«Por los caminos, soy monje-misionero», escribe el 28 de mayo a Mons. Bonnet, su obispo. ¿Qué es lo primero que hace en esos caminos de desierto? «Hablar», dice. «Nos vamos conociendo». «Entramos en relaciones amistosas», repite a Mons. Guérin, a quien escribió, por ejemplo, el 29 de marzo: «Hago todo lo posible para relacionarme, con confianza, amistad, con todos esos Tuaregs. [...] Estudio, día y noche, el tamacheq». No se engaña en absoluto sobre lo que piensan aquellos que le encuentran: «ceden ante la necesidad. ¿Cuánto tiempo se necesitará para que tengan los sentimientos que simulan? ¿Quizá no los tendrán nunca? Si los tienen un día, ese será el día en el que llegarán a ser cristianos. ¿Sabrán distinguir entre los soldados y los sacerdotes, ver en nosotros a los servidores de Dios, ministros de paz y de caridad, hermanos universales? No lo sé» (a Mons. Guérin, 4 de julio de 1904).

Quisiera que hubiera en el Sáhara «santos obreros evangélicos para trabajar en este campo» (ídem). Pide a Mons. Guérin que le encuentre «un alma de buena voluntad llamada por JESÚS a compartir mi vida –la vida de los Hermanitos del Sagrado Corazón de JESÚS–», ofreciéndoles este programa que expuso anteriormente a Mons. Guérin, con sus rasgos absolutistas: «Sin ninguna suavidad, estando preparado para sufrirlo todo y dispuesto a obedecerme en todo». ¿Qué haría este «compañero, sacerdote o laico»? Sería su «jardinero», su «ayudante de misa», su «auxiliar en todo». Pide al mismo tiempo, una vez más, que Mons. Guérin le consiga el poder celebrar sin ayudante, lo que aumentará su «libertad de acción».

En el Golea, a finales de diciembre, encontró a un Padre Blanco, el padre Richard, a quien Mons. Guérin permitió que fuera su compañero. «Muchas cosas le van bien de mi vida, –escribe Foucauld a Mons. Guérin, el 2 de enero de 1905–, pero considera que tiene ante todo vocación de palabra; su celo por las almas se manifiesta hablándoles, exhortándoles. Le he dicho que, en estas condiciones, le animo a que no me siga, a que no venga conmigo». Conversación, diálogo, sí, es su vocación, no la predicación. Se lo explicó claramente a Castries el 15 de julio, a mitad de este año de 1904 en el que, en poco más de un año, recorrió, a pie o en camello, más de seis mil kilómetros: «Mi pequeña tarea continúa, trabajo preparatorio; no estoy, ni mucho menos, en fase de siembra; preparo la tierra; otros sembrarán, otros recogerán».

9. LOS ABANDONADOS, LA EUCARISTÍA, LA PRESENCIA

Foucauld, que tiene una salud a toda prueba, vuelve sin embargo, agotado, el 24 de enero de 1905, a Beni Abbès, tras este año de marcha por el desierto, de múltiples encuentros, de intensos esfuerzos por entrar en la lengua tuareg.

A penas se ha repuesto un poco cuando llega de improviso el que está a la cabeza de la subdivisión de Aïn Sefra desde hace quince meses, de la que depende Beni Abbès: el general Hubert Lyautey. La región de Aïn Sefra que se encuentra, siguiendo una línea vertical, al sur de Orán, es la región limítrofe con Marruecos. Lyautey, un hombre fascinado por este país, conoce bien la exploración que Foucauld había realizado hacía veinte años. En el plano personal, es amigo de Raymon de Blic y de Louis de Foucauld, cuñado y primo de Charles de Foucauld; pero no ha coincidido nunca con este último. La reconversión en sacerdote de este oficial y explorador le intriga. Nada más llegar quiere saber enseguida qué hace en ese territorio este hombre del que le han hablado tanto. Lyautey es un aristócrata de la gran burguesía de Lorena; tiene cuatro años más que Foucauld; entró en Saint-Cyr como él y llegó, como él, a ser oficial de caballería. Principios de carrera en Argelia, vida de guarnición, vida de sociedad, vida literaria. Marcado por el pensamiento de Albert de Mun y el cristianismo social, publica en 1891 en la *Revue des deux mondes* un artículo que causará escándalo en las altas esferas del ejército: *El papel social del oficial en el servicio militar universal*. Enviado a Indochina en 1894, conoce a Galliéni, que le inicia en sus ideas y métodos. La conquista debe ser una pacificación, pues conquista es acción militar igual que acción política y económica; más que vencer, se trata de convencer y de construir. Galliéni, nombrado en Madagascar, le llama allí en 1897: «*Me sentía nacido para crear y creo –escribe Lyautey a su hermana– para remover ideas, proyectos y obras; y remuevo muchas*».

Foucauld, que conocía el trabajo de Lyautey en Madagascar, se alegró de su nominación en Aïn Sefra[62]. La recíproca no es totalmente cierta. Lyautey, celoso de su poder y de su prestigio, desconfía más bien de este «*curita*», como dice, que compite un poco, a su parecer, con su política indígena; aunque tiene cierta atracción por lo sagrado y tiene un profundo respeto por la religión, por cualquier religión, no quiere que tenga demasiada influencia. Como un gran príncipe, Lyautey llega a casa del pobre Foucauld con un séquito impresionante de oficiales; gran seductor, quiere convencer y habla primero de la «*Lorena*», de la «*familia*».

El que quería seducir es seducido por la simplicidad de su anfitrión y por la acuidad de Foucauld; son lazos estrechos de amistad recíproca que van a tejerse entre ellos desde este momento. Pero ¿quién no se dejaría conquistar por la bondad, multiplicada por la

inteligencia, de este hombre sin apariencia, tan vivo, tan próximo a todos, tan humano? Charles Guérin fue conquistado, Henri Laperrine descubrió a este nuevo Foucauld; y tanta gente anónima que le conoce y queda fascinada por su humanidad.

Pero lo que comprenderá sobre todo Lyautey, lo que le quedará como recuerdo de Beni Abbès, es la misa celebrada por Foucauld, al día siguiente de su llegada, el domingo 29 de enero. Se la contará así a René Bazin: *«A las siete, los oficiales y yo asistimos a la misa en el eremitorio. ¡Una casa en ruinas, ese eremitorio! Su capilla, un miserable pasillo de columnas, cubierto de cañizos! ¡Un tablero por altar! Como decoración, un panel de calicó con una imagen de Cristo, ¡antorchas de hojaláta! Teníamos los pies en la arena. Y, mira, nunca he visto a nadie decir la misa como la decía el Padre Foucauld. Me creía en Tebaida. Es una de las impresiones más grandes de mi vida».*

Quizá, en esta misa, Lyautey pensó que Foucauld, dotado como él, emprendedor como él, teniendo como él sentido de mando y deseo de convencer, bien habría podido estar en su lugar: un general que ama la gloria y el fasto, los grandes espacios y la creación; los dos de la raza de los fundadores del imperio, dos señores. Y se encontró ante un misterio, ante un hombre que no tenía más que un deseo: borrarse, dejar el lugar al otro, ganar su confianza y su amistad, sembrar amor, suscitar relaciones verdaderamente fraternales, en igualdad y libertad.

Me voy

Foucauld, por el momento, está decidido a quedarse en Beni Abbès. *«No falta más que una cosa –escribe a María de Bondy el 31 de enero–, hermanos entre los que pueda desaparecer en el silencio y la soledad. Estando solo, hay que correr en todo momento a la puerta, responder, hablar».* Le confiesa también que tiene *«gran dolor de cabeza, fiebre, un montón de malestares».* Después de su vuelta, le harán falta dos meses para curarse de este viaje. Dos cartas de Laperrine, del 1 y del 8 de abril, le animan a que pase el verano en el Hoggar con el capitán Dinaux que dirige la Compañía sahariana del Tidikelt. Foucauld lo descarta. Pero no deja de estar algo inquieto: ¿tiene algún derecho a rechazar así esa proposición? Reflexiona por escrito en su *Cuaderno*, el 15 de abril: *«Por un lado, mi vocación es la vida de Nazaret, es decir, llevar perfectamente la vida de Hermanito del Sagrado Corazón de Jesús (y, por consiguiente, no salir de la clausura más que en el caso en el que el reglamento lo permita, es decir, para fundar una nueva fraternidad); pero, por otra parte, los oasis y los Tuaregs están sin sacerdote; ningún sacerdote puede ir ahí y me invitan a mí; países desamparados y lejanos como ninguno otro están sin sacerdote; me piden que vaya; solo yo puedo ir ¿y puedo rechazarlo? Inmensas extensiones de tierra están sin oración, sin misa».* Y decide entonces, ese 15 de abril, telegrafiar a Mons. Guérin que está en Francia desde hace cuatro meses: *«Recibo una invitación urgente de ir a pasar el verano a casa de Moussa –lo he*

descartado—. Si le parece que debo aceptar, consulte a Huvelin y telegrafe inmediatamente».

Poco después de haber recibido este mensaje, Mons. Guérin, que se encuentra entonces en París, va a casa del padre Huvelin. El resultado de esta conversación: un telegrama que los dos sacerdotes escribieron juntos y que dirigen a Foucauld el 19 de abril: *«Nos inclinamos a que acepte la invitación, dejándole libre, sin embargo, de apreciar la oportunidad en función de las circunstancias».*

El 21 de abril, viernes santo, Mons. Guérin escribe a Foucauld una carta muy larga en la que relata las reflexiones intercambiadas entre Huvelin y él, que les han hecho considerar que responda un «sí». Es una carta particularmente interesante. En esta entrevista, Mons. Guérin comienza presentando a Huvelin la posición de Foucauld tal como este le había dicho: quedarse en Beni Abbès *«para facilitar el reclutamiento de Hermanitos».* *«Pero, enseguida, su querido padre Huvelin, poniéndose en otro punto de vista, me interpela: “Pero para su misión en general, [...] ¿qué piensas? ¿No será este viaje, como el anterior, muy útil, por los nuevos contactos que establecerá inmediatamente?”».* El padre Huvelin aporta otro argumento: *«Charles de Foucauld está invitado, “le ruegan insistentemente”, ¡que vaya, pues! ¡Para mayor gracia de Dios! O, al menos, dejémosle la libertad de apreciar por él mismo las circunstancias in situ. Estamos tan lejos de él y con tan pocas informaciones».* Ganan los argumentos de Huvelin; y se envía el telegrama.

Al día siguiente en Burdeos, Mons. Guérin visita al asistente de Mons. Livinhac, el padre Voillard, que está enfermo. Le consulta este tema: el padre le responde y Mons. Guérin transmite a Foucauld esta respuesta: *«Su oración en soledad es incontestablemente más grata que esta nueva existencia en viaje perpetuo; pero parece que, en esas circunstancias, habrá allí un trabajo de misión más útil».*

El sábado santo, el 22 de abril, es el día en el que Foucauld recibe la noticia enviada el 19 de abril por Guérin-Huvelin. *«Siguiendo vuestro consejo, me voy»*, escribe el mismo día a Mons. Guérin; le envía enseguida un mensaje a Laperrine para anunciarle el cambio de planes; y, sin esperar su respuesta, sale de Beni Abbès el 3 de mayo. *«Llevo su carta paterna del viernes santo para releerla y ayudarme a ser lo que hace falta, a hacer lo que hace falta»*, escribe a Mons. Guérin. *«Haré lo mejor posible según las circunstancias y según vuestras cartas y las de M. Huvelin, desde luego».*

Está claro que hay dos luchas; la primera ocurrió entre el padre Huvelin y Mons. Guérin. Normalmente, el prefecto apostólico hubiera tenido que tomar, de entrada, la posición que tomará, días más tarde, el padre Voillard; el que, como buen discípulo de la espiritualidad ignaciana —como es la Sociedad de Misioneros de África, o Padres Blancos—, tomó la Misión, la mayor gloria de Dios, como criterio de elección y aconsejó la salida hacia los Tuaregs. Ahora bien, Mons. Guérin, frente al padre Huvelin, defiende

la posición «Reglamento de 1901»[63]. El padre Huvelin, fiel a sí mismo, propone la apertura, como el padre Voillard también lo hará, y toma como criterio fundamental la evangelización. Mons. Guérin está del lado de lo intangible: los principios que Foucauld fijó en un reglamento. El padre Huvelin, del lado de la plasticidad y de la apertura: el discernimiento personal, según la conciencia, según las circunstancias y la misión. Huvelin ganó.

El segundo combate, lo vimos ya, a través del texto del *Cuaderno*, había ocurrido en el interior de Foucauld mismo; tenía que elegir, si se puede decir así, entre el reglamento de 1899 y la ordenación de 1901. Con la ayuda de Huvelin, eligió 1901.

Acordémonos de la carta que escribe al padre Caron, el 8 de abril de 1905 y esta Semana Santa capital (el domingo de Pascua, en este 1905, es el 23 de abril): «*Mis retiros de diaconado y de sacerdocio me mostraron que esta vida de Nazaret [...] había que llevarla, no en la tan amada Tierra Santa, sino entre las almas más abandonadas. Este divino banquete, del que yo era el ministro, tenía que presentarlo no a los parientes, a los vecinos ricos, sino a los cojos, los ciegos, los pobres, es decir, a las almas a las que faltaban sacerdotes*». Una semana después de esta carta, acaba de leer en el *Cuaderno* del 15 de abril, la indicación y la llamada de los «*países desamparados*». Son esos «*desamparados*» los que han ganado la lucha en esta Pascua de 1905.

Seis meses antes, al pasar por El Golea, se había encontrado con el padre Richard, ya lo vimos; pero lo rechazó como compañero porque tenía vocación de predicador. «*Creo que ahora será el momento de aceptarlo*», dice. En el Hoggar necesitará a alguien con él para la misa. Como en Francia están pasando por dificultades políticas enormes, lo presentará ante la administración de Argelia como el «*jardinero*» de Charles de Foucauld.

Moussa elige el Nazaret de Foucauld

El 8 de junio, Foucauld se reúne con el capitán Dinaux, ocupado en una misión de reconocimiento para poner en práctica la unión telegráfica Sáhara-Sudán. Pero también, y sobre todo, para lograr un acuerdo con Moussa Ag Amastane. A cambio del permiso que dé a los franceses para establecerse en su territorio, estos le ayudarán a someter a las tribus rebeldes y a percibir sus impuestos.

Una columna de una centena de meharistas. Dos intelectuales en la columna: un geólogo, Chudeau, y un geógrafo-explorador, Gautier. El 25 de junio se les añade Moussa Ag Amastane, que les acompañará durante dos semanas. Comienzan entonces las grandes negociaciones en las que Foucauld participa como intérprete: «*Moussa es impresionante: es un hombre inteligente, de amplias miras, temeroso de Dios, verdaderamente piadoso. Es un hombre honesto, que quiere verdaderamente la paz y el bien, tal como lo entiende*» (a Mons. Guérin, el 13 de julio de 1905). En su *Cuaderno*

Foucauld insiste sobre el «musulmán» que es Moussa: «*Musulmán muy piadoso, que quiere el bien como musulmán [...], tiene las ideas, la vida, las cualidades y los vicios lógicos de un musulmán. Y tiene, al mismo tiempo, el espíritu más abierto posible*». Escribe lo que le confió Moussa: «*Que es muy devoto de Beï (de Attalia), del que dice que recibió todo y a quien declara amar más que nada en el mundo*». Lo que tiene el mérito de la claridad. Beï es un morabito de la familia Kounta, que reside en Attalia, en el Adrar. Mucho más tarde, Foucauld dirá, el 24 de julio de 1907, a Mgr Guérin que Beï tuvo sobre Moussa «*una grandísima influencia*».

«*De acuerdo con Moussa, mi instalación en el Hoggar ya está decidida*», escribe Foucauld en su *Cuaderno* el 4 de julio. En 1904, en In Salah, Moussa aceptó, con ochenta notables, ser súbdito de Francia, que, por su parte, le reconoció como «*Aménokal del Hoggar*»; Foucauld se convierte hoy en el súbdito de Moussa; este es quien elige un lugar para su instalación, Tamanrasset, que está situada en el territorio de los Dag-Ghali, una tribu plebeya, a setecientos kilómetros de In Salah. Foucauld llega el 11 de agosto de 1905 y compra enseguida una porción de terreno. Tamanrasset está a mil cuatrocientos metros de altitud. Foucauld dice que eligió ese sitio —de hecho, es Moussa el que lo ha elegido—. Es un lugar «*desamparado*», «*a gran distancia de todos los centros importantes: no parece que vaya a haber nunca una guarnición, ni un telégrafo, ni un europeo*». Tamanrasset no comporta más que «*una veintena de pobres casuchas diseminadas sobre un espacio de tres kilómetros, pero hay muchos nómadas en los alrededores*» (a la señora de Bondy, el 16 de septiembre). Los soldados construyen una «*casa: dos habitaciones que tienen cada una 1 m 75 de ancho y 2 m 75 de alto, en piedra y en tierra*». Más una «*cabaña de caña*» para Paul y los visitantes. «*Cava un pequeño pozo y desbroza un pequeño jardín*». «*Toda duda ha desaparecido. ¿Hasta cuándo estaré aquí? Quizá para siempre, ¿qué sé yo? Poco importa, siempre que esté donde Jesús quiere*» (a Huvelin, el 3 de septiembre). Su padre espiritual le responde el 18 que «*Nazaret está en todas partes donde se trabaja con Jesús en la humildad, la pobreza, el silencio*». Y le muestra como guía, más que nunca, su conciencia y su discernimiento: «*Haced lo que Dios os inspire, seguid vuestro instinto y la apreciación, que solo vos podéis hacer, del bien que se va a realizar*».

El 4 de septiembre, el destacamento Dinaux se va de Tamanrasset y deja a Foucauld solo. Está previsto establecer un correo mensual con él. A partir de su instalación, tiene mil proyectos para El Hoggar, donde quiere que venga a establecerse «*un buen médico, un buen vendedor de semillas, un pocero [...], uno o dos vendedores serios que vendan a precios razonables algodones, telas de lana*» (a Mons. Guérin, el 13 de agosto). Descubre «*una enfermedad que es casi general en el Hoggar: la gonorrea*», y pide el 26 a Mons. Guérin que le envíe medicamentos apropiados. Dice que está «*sobrepasado por el trabajo*», y quiere acabar lo más rápidamente posible «*un diccionario tuareg-*

francés y francés-tuareg. Y obligado a interrumpir a toda hora ese trabajo para ver a los indígenas [...], eso no avanza rápido» (a María de Bondy, el 16 de septiembre).

«*Tengo aquí el Nazaret deseado [...]. Estoy mucho mejor aquí que en Beni Abbès*» (a Huvelin, el 26 de octubre). «*Estoy muy feliz de estar aquí –había escrito en septiembre a Mons. Guérin– en “este país más abandonado que ningún otro”*». Y añade, en la línea del abandono de Caussade: «*Haré lo que crea mejor, según las circunstancias [...]. No hago ningún proyecto. Me quedo aquí, sin intención próxima de viaje, dejándome guiar por la divina Providencia*». Mons. Guérin le escribe el 25 de septiembre: «*No me siento autorizado a darle por el momento ningún consejo, querido amigo, sobre su nueva vida. Me contento con rezar por usted con todo mi corazón, encomendándole a la gracia divina que debe iluminarle sola y directamente y conducirle por la vida tan especial en la que le ha hecho entrar*». El 30 de noviembre, está de acuerdo de que se trata de «*responder, lo mejor posible, a la gracia del momento*». «*Me dejo conducir por Jesús, suplicándole que me guíe*», responde Foucauld el 14 de diciembre de 1905 a su carta del 25 de septiembre. Vive el abandono, relee el libro de Caussade que recomendará mucho el 14 de junio de 1906 a su hermana, mujer inquieta y escrupulosa: «*Esta lectura me hace el mayor bien*», le dice.

«*¿Hay que intentar tener uno o varios compañeros aquí? No se me ocurre más que abandonar este tema en Jesús*», escribe a Huvelin (26 de octubre). Quiere «*imitar su vida y abandonarLe el resto*». Escribe, sin embargo, el día de la fiesta de san Francisco Javier, el 3 de diciembre de 1905, a un sacerdote que conoció por el Padre Abad de Notre-Dame-des-Neiges, profesor de filosofía en el gran seminario de Nîmes: «*Aquí hay un inmenso apostolado que hacer [...]. Obreros de la primera hora, tenemos que hablar poco pero hacernos amar y estimar mucho*»; envía esta carta al padre Huvelin pidiéndole que la envíe si le parece bien; en la carta pregunta a este sacerdote si conoce alguien que le pueda acompañar a Tamanrasset. Es importante constatar que esta carta se quedó en la correspondencia que Huvelin recibió de Foucauld. No se envió. ¿Pensaba que era mejor que Foucauld no buscara compañeros?

¿Cómo se posiciona en Tamanrasset? Una de las razones por las que aceptó establecerse allí es que ese lugar está tan perdido que «*durante mucho tiempo*», como escribe en su *Cuaderno* el 11 de agosto, «*no habrá misión*»: ya que no quiere ser misionero de predicación y de obras, como lo sería un Padre Blanco. Su vocación y su modo de acción son otros: «*Sabes lo que busco con los Tuaregs: cautivarlos, unirlos en amistad con ellos, hacer caer poco a poco ese muro de prevenciones, de celos, de desconfianza que les separa de nosotros. No es la obra de un día, comienzo a desbrozar, otros seguirán y continuarán la tarea*», escribe a Castries el 28 de octubre de 1905. No avanza sobre el terreno con un grupo para una acción concreta: está solo para esta tarea. Se define muy bien: es un desbrozador.

Amplio informe sobre Argel, para los «*Misioneros de África (Padres Blancos) Misión del Sáhara francés*», dirigido al padre Voillard, el 13 de diciembre, en el que hace un dibujo de conjunto del Hoggar y de los Tuaregs quienes, a sus ojos, «*necesitan sobre todo tres cosas: instrucción, fortalecimiento de los lazos familiares, trabajo*». Piensa que «*es de temer que el islamismo avanzará entre los tuaregs ahora que están bajo la tutela francesa*». El país es más seguro ahora para «*los comerciantes*», que «*son casi todos marabuts*» y extienden el islam con su acción comercial. Foucauld desea ardientemente que también haya «*buenos cristianos*» que vayan a comerciar y «*se queden en este lugar*». «*Vender cretona y algodón azul a precios razonables, es un medio muy simple de atraerse a todo el mundo, de encontrar todas las puertas abiertas, de romper todos los hielos. Pequeños comerciantes franceses honestos serían acogidos por las autoridades con alegría, ya que ahora los compatriotas establecidos en el Sur les hacen enrojecer. Ningún francés viene a establecerse en el Oasis si no es porque venden alcohol, es una vergüenza. Harían falta cristianos como Priscila y Aquila, que hacen el bien en silencio, que llevan una vida de pobres comerciantes; al entrar en relación con todos, se harían estimar y amar por todos*». El 20 de abril de 1906, pide al padre Caron personas preparadas para «*compartir tan obscuro apostolado*», eventualmente «*jóvenes o viudas deseosas de ser completamente de Jesús [...], de consagrarse a todos por Jesús como enfermeras laicas en este país perdido*».

Comienzos de Iglesia

La víspera en la que escribe al padre Caron lo que es ya, de manera embrionaria, la premonición de la cofradía que va a fundar, la UNIÓN, envía una carta al padre Huvelin en la que habla del «*breve retrato de Nuestro Señor Jesús*» que había compuesto «*hace ocho o nueve años en Nazaret*». Un retrato «*formado por frases de los Santos Evangelios*». «*Desde entonces, dice, lo releo sin cesar y me gusta tener ese retrato ante los ojos*». Quisiera que este «*pequeño cuaderno*» que transmite al padre Huvelin fuera publicado; y da, como es su costumbre, minuciosas indicaciones sobre el modo de editarlo y pide que su prima María tenga el cuidado de «*encargarse de todo*».

El Evangelio lo lee y relee sin cesar; encontramos la huella de versículos evangélicos en casi todas sus cartas. Lleva este texto en su corazón, habría que subrayar en cada página de este libro la compañía que es para él el Evangelio. Y, retomando una fórmula de Caussade, desea que los miembros de la cofradía que quiere fundar sean, allí donde viven, «*Evangelios vivos*». Uno de entre ellos, Louis Massignon, quedará impresionado por un pasaje de una carta que le escribe el 22 de julio de 1914, que transcribe en la edición que Massignon mismo hará en 1928 de los «*Consejos*» que Foucauld dio a los Priscila y Aquila que se consagren a vivir el Evangelio en medio de los más alejados de Cristo. Lo que Foucauld propone a Massignon es evidente que lo practica él mismo cada

día: *«Encontrar el tiempo para leer algunas líneas de los Santos Evangelios tomando cada día la continuación, de manera que, tras un cierto tiempo, pasen todo por sus ojos; y, después de la lectura (que no debe ser larga, 10, 15 o 20 líneas, medio capítulo como máximo), meditar durante algunos minutos mentalmente o por escrito sobre las enseñanzas contenidas en la lectura. Hay que impregnarse del espíritu de Jesús leyendo y releendo, meditando y meditando sin cesar sus palabras y sus ejemplos; que hagan en nuestra alma como la gota de agua que cae y vuelve a caer sobre una piedra siempre en el mismo lugar».*

Foucauld no cesó de escrutar las palabras y los gestos de Jesús, y legó a los suyos este ardor de no alejarse ni un paso de Jesús, siguiéndole constantemente el rastro. Es un etnólogo de raza. El Evangelio y la Eucaristía están unidos intrínsecamente en el espíritu Foucauld como alimento para todos los que quieren seguir a Jesús.

Priscila y Aquila: esta pareja de primeros cristianos de la que hablan los Hechos de los Apóstoles, amigos de Pablo, que trabajan con él. Esta referencia volverá a salir a partir de ahora frecuentemente en Foucauld. *«Enviar Aquilas y Priscilas, es lo que hacen los misioneros en numerosos países –dirá el 15 de septiembre de 1907 a Mons. Guérin–; es lo que hicieron los apóstoles y sus sucesores durante los tres siglos de persecuciones».* La evocación de los principios de la Iglesia es retomada regularmente por Foucauld en analogía con su trabajo de desbrozador, principio de los principios de la evangelización.

Siempre trabaja muchísimo. Está disponible para dedicarse incluso a trabajos extras. La abadesa de las Clarisas de Nazaret le pide que escriba la biografía de Madre Isabel, abadesa de las Clarisas de Jerusalén que acaba de morir. Él recibió mucho de Madre Isabel y responde enseguida que acepta, bajo reserva de que el padre Huvelin esté de acuerdo; este no responderá y la cosa se quedará allí. Envía lo que tiene trabajado sobre las traducciones tuaregs a uno de sus viejos amigos, un intérprete militar, gran experto en árabe y en bereber, que había conocido hacía veinticinco años, durante la campaña contra Bou Amama; esto, según dice a Mons. Guérin, *«para que me ilumine sobre el tuareg».* Adolphe de Calassanti-Motyliniski pide pasar el verano de 1906 con Foucauld en el Hoggar. Obtiene el permiso y llega a Tamanrasset el 3 de junio, día de Pentecostés.

Esto al final le favorece ya que Foucauld acaba de despedir a su catecúmeno Paul, *«un tipo muy triste»*, le confió al padre Huvelin. Relató su angustia en su *Cuaderno*: *«Dios mío, haz que pueda continuar celebrando el Santo Sacrificio».* Dijo a Mons. Guérin, el 2 de abril: *«Paul va de mal en peor (en el ánimo), la imposibilidad de decir la misa sin él es el único motivo por el que todavía lo guardo conmigo... Si estuviera obligado a separarme de él, o si me lo quitara yo mismo, ¿podría decir la Santa Misa, cada quince días, solo, para renovar las santas especies? ¿Podría comulgar yo mismo cada día como los sacerdotes que están en prisión? ¿Se podría hacer un nuevo esfuerzo*

para obtener el permiso de celebrar solo?».

La llegada de Motylinski le hace feliz. Es un hombre muy bueno; es también un buen cristiano, le ayuda en la misa. «*Feliz bajo todos puntos de vista de la presencia de Motylinski, muy buen corazón, que contribuirá a hacernos amigos de los Tuaregs. Asiste a mi misa cada día*» (a Mons. Guérin, el 5 de junio). No se contenta con recibir gente en Tamanrasset, sino que visita los campamentos, va «*un poco a casa de Moussa para pasar algún tiempo en sus tiendas*». Excelente lingüista, Motylinski le enseña el método. No se trata de traducir primero del francés al tamachec, la lengua tuareg, sino de escuchar y recoger expresiones, dichos, poemas. Pero Motylinski no va a estar más que ese verano: «*Sabes que no tengo a nadie para que me ayude en la misa. Sin Motylinski no podré decirla*» (a Mons. Guérin, el 15 de julio). «*No puedo decir misa más que gracias a Motylinski*» (ídem, 16 de agosto). Vemos crecer la angustia el 28 de agosto. Carta de Mons. Guérin en respuesta a su pregunta del 2 de abril: «*Me es absolutamente imposible obtener los favores que solicita*».

El 12 de septiembre, abandona Tamanrasset con Motylinski y van hacia el Norte. Quiere encontrarse con Mons. Guérin en Argel. «*Mi viaje hacia Mons. Guérin tiene como fin, en parte, encontrar a alguien que quiera venir conmigo y que pueda ayudarme en la misa. No tengo a nadie y hace falta que encuentre a alguien*» (a María de Bondy, el 5 de octubre). El 30 de septiembre, llegan a In Salah y parten el 7 octubre. En In Salah le esperan dos cartas: la del 28 de agosto de Mons. Guérin; otra del padre Caron, de Versalles, que le habla «*vagamente*» de dos voluntarios para Tamanrasset, dos posibles ayudantes de misa; escribe enseguida a Mons. Guérin diciendo que está preparado para irles a buscar a Francia si estas vocaciones se confirman. El tema no tendrá consecuencias.

Le espera también un libro escrito por un joven diplomado de Estudios Superiores de Historia, Louis Massignon. Su trabajo de fin de carrera trata de *Marruecos en los primeros años del siglo XVI. Cuadro geográfico según León el Africano*. Para su estudio, siguió, en parte, de Tánger a Fez, el itinerario que Foucauld había recorrido para la publicación de su *Reconnaissance au Maroc* y se sorprendió de la exactitud científica del trabajo de Foucauld; y, cuando su investigación fue publicada en forma de libro en Argel, quiere rendir homenaje a Foucauld, va a ver a Henry de Castries y le pregunta si Foucauld está vivo todavía. Respuesta de Castries: «*Sí, pero ha fracasado completamente; se retiró como sacerdote libre cerca de Beni Abbès*»; añade: «*Lyautey cena aquí esta tarde. Llevará su libro a Foucauld*». Lyautey cumple su palabra, hace llegar el libro de Massignon a Foucauld que está de paso en In Salah. En dos días, Foucauld devora enseguida el libro y responde el 2 de octubre a Massignon; es la primera carta que le dirige, sin conocerle en absoluto –piensa que es cristiano–; tienen una pasión común, Marruecos. Comienza su relación[64].

Sin compañero: el vacío

El 19 de octubre, llega a Adrar y está algunos días con Laperrine. Ya de vuelta en Beni Abbès el día 2 de noviembre. Por el camino, le acogieron muy bien: *«Tienen confianza en mí. [...] De esto a las conversaciones hay mucho, muchísimo: pero es un primer paso, y un primer paso necesario, y me es muy agradable ver que se está dando»* (a María de Bondy, el 7 de noviembre). Lyautey, llegado a Beni Abbès, quiere verlo y dejan juntos Beni Abbès para ir a Argel. Foucauld llega el 29 a Argel a casa de Mgr Guérin, que le acoge y le anuncia que encontró un *«ayudante de misa»*; le da autorización para que exponga el Santo Sacramento cada vez que dos adoradores puedan estar presentes, al menos, durante tres horas. El 9 de diciembre, Foucauld da una conferencia sobre la geografía de Marruecos a los Padres Blancos. Sale de Argel para ir a Tamanrasset el 10 de diciembre; el Hermano Michel le acompaña; llegan el 12 de enero a Adrar, a casa de Laperrine. Foucauld escribe el 18 a Mons. Guérin; tiene la esperanza de que un Padre Blanco vaya a vivir con él, el Padre de Chatouville. El 4 de febrero viaja a In Salah donde Foucauld profundiza en sus estudios tuaregs con un militar de la compañía de Tidikelt, Ben Messis. Y compra una casa en In Salah. *«Primera capilla establecida aquí, en pleno barrio indígena, es decir, al alcance de los pobres y de toda la población musulmana»* (a María de Bondy, 9 de febrero de 1907).

El Hermano Michel es un joven bretón de veintitrés años, antiguo marinero, que tiene *«gustos contemplativos»*. Foucauld escribe a Mons. Guérin que este chico es *«muy dulce, tranquilo»*. Está un poco sorprendido por no tener una *«vida regulada»* en cuanto a los ejercicios espirituales: *«Es débil de cuerpo, muy corto de espíritu, con un carácter original, pero con una gran buena voluntad que le salva»*. De In Salah, el 10 de febrero, a Mons. Guérin: Michel *«está puesto a prueba espiritualmente por esta vida de viaje»*. Sobre todo, le falta juicio, y esto es muy difícil de soportar para Foucauld que ve en él una persona *«nada inteligente»*, *«peligrosa»* por su débil capacidad de discernimiento. En este momento, la salida de Michel y la llegada del padre de Chatouville le parecen casi seguras. Pero un telegrama le anuncia, el 23, que el padre de Chatouville no vendrá: el padre Voillard pensó que no era posible. El 6 de marzo, escribe a Mons. Guérin que se separa de Michel: *«Hay en él una falta de inteligencia, llevada a tal grado, que puede hacer temer cualquier cosa, a menos que tuviera gran virtud, sobre todo gran humildad y obediencia. Ahora bien, estas dos virtudes son, precisamente, las que parece que le faltan más»*. El resto del cuadro es también muy duro: *«poco inteligente en exceso, se conoce muy poco a sí mismo, tiene necesidad de la vida de comunidad y de una obediencia continua»*. No puede seguir con él. *«He rezado mucho antes de tomar esta decisión, que deja el Hoggar sin misa [...], ve cuánta necesidad tengo del permiso para celebrar solo»*. *«Haré de nuevo todo lo posible, querido amigo, para que obtenga la autorización de celebrar solo la santa*

misa, pero ya le he dicho que la cosa es, desgraciadamente, muy difícil, por no decir imposible de obtener», le responde Mons. Guérin el 15 de marzo de 1907; y se lo repite el 31.

Los tres meses agotadores con el padre Michel, su difícil separación, y la negativa del padre Voillard de dejar al padre de Chatouville que vaya con él son golpes muy fuertes para Foucauld. Hay que añadir que Laperrine, de paso por In Salah, le anunció el 14 de marzo la muerte de Motylinski por el tifus el 7 de marzo en Constantina. Se va de In Salah el 18 de marzo con el capitán Dinaux y un destacamento de ochenta hombres para una misión dedicada a la unión Argel-Níger. Puede por el momento celebrar *«gracias a la bondad de los franceses del destacamento siempre preparados a asistir a la misa»*, escribe a Mons. Guérin el 5 de mayo, por el camino, añadiendo: *«¿Cómo me dará el Buen Dios el medio de decir la Santa Misa en Tamanrasset? Lo ignoro. Dejo todo en sus manos»*. *«Mi objetivo presente: relaciones afectuosas con las personas y conocimiento de la lengua»*, escribe a su hermana el 28 de mayo. En cuanto a los estudios lingüísticos, el trabajo va progresando y es un pleno éxito: *«Mi tienda no deja de estar llena de tuaregs desde hace un mes y, en cuanto se refiere a la lengua, he recogido ya casi seis mil versos. Las poesías retenidas de memoria son los únicos textos fijos que tienen los tuaregs. Son, pues, documentos preciosos para la gramática y el léxico»*. Hay que decir que prometió *«un pequeño salario»* por las poesías que le comunicaran y hay afluencia de recitadores. Este trabajo, dijo a Laperrine, *«hágalo publicar por quien usted quiera, como si le perteneciera [...], con la única condición de que no se publique en mi nombre y que yo sea completamente desconocido e ignorado»*.

Una Eucaristía abierta

«Mientras estoy con el destacamento que acompaño en este momento, gracias a la presencia de cinco franceses, puedo celebrar la santa misa cada día, aunque no perfectamente, ya que a veces caminamos una parte de la noche» (a María de Bondy, 28 de abril). Pero *«¿cómo haré en Tamanrasset?»*, escribe el 2 de julio a Mons. Guérin, cuando están a cien kilómetros de Tamanrasset. Llega el 6 de julio y se encuentra con un país en el que no ha llovido desde hace más de diecisiete meses: *«Es la hambruna en un país que vive sobre todo de leche. Las cabras están tan secas como la tierra, y la gente, tanto como la tierra»*, escribe el 17 a María de Bondy. Pero puede decirle que, a su vuelta, ha sido *«bien recibido por la población, mucho más afectuosamente de lo que esperaba; parece que poco a poco toman confianza. No es más que un bien, bien pequeño comienzo. [...] Pero, en fin, doy gracias a Jesús de este comienzo, por pequeño que sea»*. Ahora bien, los *«últimos»* le van a visitar: *«Son los pobres los que vienen a llamar de vez en cuando a mi puerta; no tengo casi ninguna otra visita en*

este momento; todo el que tiene algo de dinero está a 300, 400, 600 o 700 kilómetros de aquí, en los lugares donde ha llovido; los pobres, solos, sin camellos para viajar, están limitados a esta pequeña distancia. Me consuela verdaderamente pensar que puedo aliviar un poco a estos pobres hambrientos; al marchar de aquí hace un año dejé guardada una gran provisión de trigo» (a María de Bondy, 22 de julio).

Tres días antes de volver a Tamanrasset, el 2 de julio, fiesta de la Visitación, Foucauld escribe una larga carta a Mons. Guérin, que es un resumen del viaje pero que es, sobre todo, muy importante en relación a la Eucaristía. Sabe bien que, salvo milagro, salvo si, por ejemplo, *«un francés de un destacamento, un poco cansado, viniera a descansar»* a su casa, no podrá celebrar en Tamanrasset.

Pero ¿qué concepción se hace ahora de la misa, de su celebración cotidiana? En su libro *Le Christ de Charles de Foucauld*^[65], el postulador de la causa, Mons. Maurice Bouvier, aborda esta cuestión estudiando *«El Evangelio y la Eucaristía, las dos tablas de la Iglesia»* según el n° 21 de la Constitución *Dei Verbum* en el Concilio Vaticano II. Cita también un texto escrito por Foucauld en Tierra Santa en 1898, sobre la multiplicación de los panes en la que se hace hablar a Jesús dirigiéndose a sus discípulos: *«Dándoos así mi presencia en los tabernáculos hasta el final de los siglos, os hice un primer don infinito. Pero os hago otros dos, infinitos también. Me doy a vosotros, en segundo lugar, para ser vuestro alimento y, en tercer lugar, para ser ofrecido por vosotros en Sacrificio a mi Padre en mi nombre»*. Mons. Bouvier comenta: *«Aunque el hermano Charles no analiza como teólogo la Presencia real de Jesús en la Eucaristía, no deja de ser este dogma un elemento esencial de su fe. Al Jesús con el que ha caminado en las calles de Nazaret lo contempla en el Santísimo Sacramento, tan cerca de nosotros como estaba en el seno de la Virgen María o de la Sagrada Familia. [...] Se puede decir que Jesús Eucaristía llegó a ser su compañero de vida durante sus años de soledad del Sáhara»*^[66].

El primer *«don infinito»* que los discípulos recibieron de Jesús es, pues, para Foucauld, su *«presencia en los tabernáculos»*. Y vimos cómo insiste, en el Reglamento de 1899, tras un primer capítulo consagrado a la *«Imitación de nuestro Bien Amado Señor Jesucristo»*, en otro capítulo que aparece enseguida: *«Adoración perpetua del Santísimo Sacramento»* como *«Obra característica, especial»* de la congregación que quiere fundar. Notamos todas las indicaciones meticulosas aportadas para este culto; leemos la convicción que *«por esta presencia de Nuestro Señor siempre expuesto en la Sagrada Hostia, los pueblos que rodean se santifican maravillosamente»*. A sus ojos, la imitación literal de Jesús escondido del último lugar debe apoyarse en una adoración de ese mismo Jesús escondido en la Hostia; la imitación debe hacerse estando estrictamente enclaustrado. Hay que insistir en el doble y único literalismo que rige a Foucauld cuando quiere expresar todo su amor por Jesús de Nazaret que se dio a conocer a él en su

conversión.

Convertido en sacerdote, captó fuertemente el segundo «don infinito»: Jesús Eucaristía «alimento», y «alimento» que debe aportar primero a los más «desamparados», los que no la tienen a su disposición. Este segundo sentido de la Eucaristía hace que salga y vaya hacia los «desamparados» de Marruecos sin sacerdotes y sin alimento eucarístico.

Hasta ese momento ha podido celebrar la misa. Pero ahora, a falta de ayudante, le va a ser imposible hacerlo en Tamanrasset.

Mons. Guérin se lo preguntó directamente: «¿Qué vale más la pena, permanecer en el Hoggar sin poder celebrar la Santa Misa o celebrarla y no ir allí?». «Esta pregunta –le responde Foucauld el 2 de julio– me la he planteado muchas veces». Y comienza por hacer un acto de abandono a la Providencia: «Al ser el único sacerdote que puede ir al Hoggar –mientras que muchos pueden celebrar el muy santo Sacrificio–, creo que vale más la pena ir, a pesar de todo, al Hoggar, dejando al Buen Dios el cuidado de darme el medio de celebrar, si lo quiere así (lo que ha querido hacer siempre hasta el presente por los medios más diversos)». Aquí hay una clase de apuesta muy estimable, pero presiente bien que, en el horizonte, no habrá ningún «medio» a la vista, y que permanecerá solo. Sigue entonces una reflexión que aclara tajantemente el pensamiento que había tenido hasta entonces; subrayemos el término «todo» que encontramos, así como «infinito»: «Antes, estaba acostumbrado a ver, por un lado, lo infinito, el Santo Sacrificio, y, por otro, lo finito, todo lo que no lo es, y siempre sacrificaba todo a la celebración de la Santa Misa... Pero eso debe pecar por algún lado, porque, desde el tiempo de los apóstoles, los santos más grandes sacrificaron, en ciertas ocasiones, la posibilidad de celebrar a tareas de caridad espiritual, viajes y demás».

Esta reflexión, de la que notamos su importancia, fue madurando a través de las experiencias por las que pasa desde que viaja por el desierto; las salidas «de madrugada», como escribe a Mons. Guérin, en donde las tormentas de arena le impiden celebrar. Ahora bien, está acostumbrado, desde su conversión, a la Eucaristía cotidiana. Distingue entonces entre los días ordinarios y «ciertas ocasiones» en las que prima la misión: cuando está de viaje, es por causa de caridad pastoral. De esta reflexión nace una manera mucho más clara de comprender la celebración cotidiana de la misa. La Eucaristía es para él la Eucaristía, lo infinito, pero la celebración eucarística se hará según las circunstancias. Ha sido necesaria la experiencia de itinerancia para que pueda ahora escribir que su razonamiento, que es habitualmente neto y abrupto, «debe pecar de algo».

Foucauld antepone así, no ya la celebración eucarística, sino la «caridad», de igual modo que en el cuarto Evangelio Juan no hace el relato de la Cena, sino el del Lavado de los pies, del don de sí mismo a los demás, humildemente. De la misma manera que

Jesús, él quiere ser servidor de todos y, al mismo tiempo, ver mejor a Jesús mismo en todos, tal como escribe el 17 de septiembre al padre Huvelin: «*No veo suficientemente a Jesús en todos los hombres*». Se graba en él cada vez más el deseo de búsqueda del otro, del desamparado, al que trata de encontrar primero en el amor, llevándole así a Jesús y encontrando en él a Jesús.

Por eso mismo, hay, pues, que aceptar estar solo en Tamanrasset en el corazón de los pobres, y no intentar preservar, a cualquier precio, la celebración de la misa. Por ejemplo, permaneciendo dispuesto «*a acompañar a los destacamentos*», lo que dice «*es completamente distinto a vivir solo*». Sabe que, viviendo solo, aparte de los militares, puede llegar a ser más «*del país*», de «*Nazaret*» como Jesús lo era; llegar a ser uno de los pobres entre los que vive: «*Residir solo en el país es bueno; siempre hay acción, incluso sin hacer gran cosa, porque uno se vuelve “del país”, tan abordable y “tan pequeño”*». Hay que anotar la gran coherencia de este nuevo tiempo de Tamanrasset, de esta nueva etapa que vivirá, en la que tendrá, ya lo sabe, que despojarse un poco más de su literalismo tenaz para vivir y adorar «*en espíritu y en verdad*», como había dicho Jesús a la samaritana.

Ha elegido, ha avanzado extraordinariamente. Queda el verdadero sufrimiento que permanece, el de no poder celebrar: «*Sin misa, ya que estoy solo*» (Cuaderno, 8 septiembre). «*Sin misa. Pueda el Buen Dios conseguirme el permiso de celebrar solo o darme un compañero*» (a María de Bondy, 8 de diciembre). En Navidad, acordándose de la primera Navidad después de su conversión en 1886: «*Esta noche, ¡sin misa por primera vez desde hace veintiún años!*» (a M. de Bondy, 25 de diciembre de 1907). «*Sin misa, ya que estoy solo*» (Cuaderno, 1 de enero de 1908).

El Hoggar se organiza según el islam

La respuesta que Mons. Guérin da a comienzos de septiembre a la carta del 2 de julio sobre la Eucaristía no llegará a Foucauld hasta el 3 de marzo de 1908: «*Lo mejor para mí, en este momento –le escribe–, es darle menos consejos, querido padre, y rezar de todo corazón al Buen Dios para que le ayude a valorar de la mejor manera todas las circunstancias y que pueda hacer después lo que le haya parecido mejor*». Foucauld no recibió ninguna carta desde el principio de septiembre de 1907; algunas cartas le llegarán el 7 de enero de 1908; y del 15 es la primera carta que recibe de Mons. Guérin desde hace seis meses. La soledad es extrema.

Otro hecho que agrava su sentimiento de soledad: la transformación del país tal como la describe en una carta a Mons. Guérin, el 22 de julio de 1907. Situación política primero: «*En el Hoggar, Moussa, inteligente, ambicioso, musulmán ferviente y practicante, trabaja muy activamente y con éxito en la reforma de su país. Aprovechando que la organización del Hoggar ha quedado un poco flotante o incierta*

—es más bien la de un pequeño reino que se administra por él mismo pero que está sometido y que paga tributo, más que la de un país administrado directamente por nosotros—, tiene prisa por organizarlo todo como reino musulmán. Hace dos años, el Hoggar era una auténtica anarquía, nadie gobernaba ni obedecía, todo el mundo se dedicaba al pillaje, la religión era inexistente. Hoy obedecen a Moussa, reparte el impuesto, nombra a los jefes subalternos y se hace obedecer por ellos, levanta fuerzas armadas, prohíbe bajo penas muy severas los robos, pillajes, asesinatos, etc.». De lo que se alegra.

Moussa se ocupa al mismo tiempo de anclar su «pequeño reino» en el islam; Foucauld anuncia a Mons. Guérin que «va a construir en Tamanrasset, de la que hace su capital [...], una mezquita [...]. Es la islamización del Hoggar». ¿Qué deduce de eso? «Es un hecho muy grave: los tuaregs, desde el momento en el que fueron entrando poco a poco en relación con nosotros hasta el presente, se hicieron muy familiares y muy abiertos, precisamente porque, como eran musulmanes poco fervientes, para nada fanáticos, nada les separaba de nosotros en ese sentido. Una vez que ese malísimo espíritu, tan estrecho, tan cerrado, tan lleno de apatía hacia nosotros, de las gentes de Touat y del Tidikelt, los haya penetrado, será muy distinto —los tolba [letrados, doctores en Corán, plural de taleb], al enseñar a los niños, acabarán en ellos la obra que están comenzando los Ahel Azzi, que circulan ya perpetuamente en el Hoggar—; hay que temer que, en algunos años, la población del Hoggar nos sea mucho más hostil y más cerrada que la de hoy. Hoy hay en ella desconfianza, temor, salvajismo; en algunos años, si la influencia musulmana tuatiana prende, será hostilidad profunda y duradera».

Frente a esta islamización profunda, desea realizar un verdadero trabajo con discreción pero también con valentía. Así escribe el 21 de noviembre de 1907 a Mons. Guérin: «Si esperamos poder entrar en esos países con las pancartas desplegadas para establecernos allí, seguramente ¡no entraremos nunca jamás! San Pedro entró en Roma solo con la cruz, sin pancarta; San Pablo, con hierros en las manos. Aquí tenemos los ejemplos y a nuestros padres. Es la vía de san Pablo, que nos mostró al decirnos: “Sed mis imitadores como yo he sido imitador de Cristo”». Y no duda en trabajar con los musulmanes, entre otros, con Ba-Hammou, el «Khodja», el secretario-intérprete de Moussa, que este puso a su «entera disposición» para establecer el léxico tuareg-francés; es, según su parecer, «el tuareg que sabe mejor tuareg de todo el Hoggar». «Al Khodja de Moussa, buen taleb, que sabe bien el árabe al mismo tiempo que el tuareg (el único de hecho), a quien he leído algunas páginas de los Santos Evangelios y de la Biblia traducidos en tuareg, le han gustado mucho y, como mis traducciones están hechas con los primeros que llegaron y que sabían mal la lengua, se ha ofrecido a corregirlos. Para que esté bien hecho, valdría más un buen texto árabe que mi

traducción oral desde la Vulgata. Está claro para el Khodja de Moussa que haremos juntos este trabajo el año que viene, si Dios nos da vida».

El arte de la conversación, que Foucauld domina admirablemente[67] y que está en el corazón de los primeros pasos del anuncio del Evangelio tal y como lo quiere llevar a cabo, lo realiza con Ba-Hammou. Escribe a Mons. Guérin el día de Navidad de 1907: *«En cuanto a mí, veo bien que es Su voluntad que permanezca aquí hasta que el léxico esté acabado, ya que es un trabajo de primera necesidad para los obreros que seguirán, y el Buen Dios me da en este momento facilidades que no me dará quizá nunca jamás y de las que, en consecuencia, tengo que sacar máximo partido. Además, se produce un bien inesperado: encerrado con un tuareg muy inteligente y muy hablador, del amanecer al ocaso, aprendo muchas cosas y tengo la oportunidad de enseñarle mucho y de rectificar en muchos puntos, no solamente sus ideas, sino también las de los otros, ya que las palabras vuelan».*

Esto muestra, por otro lado, hasta qué punto tenemos que corregir cuando se insiste en *«el silencio»* como el corazón de la evangelización según Foucauld, una evangelización que debiera ser *«sin palabras»*. Foucauld no cree que el primer tiempo de la evangelización pueda ser una predicación con *«todas las pancartas desplegadas»*; quiere que sea más bien conversación, diálogo. En coherencia con su vocación profunda, *«desde abajo»*, de ocultamiento, en la que se deja al otro el primer lugar[68], y no de una notoriedad impuesta desde arriba, quiere emplear, como armas de misión, nada más que las palabras de cada día. No quiere ponerse delante de ninguna manera. Es así como los estudios lingüísticos, aunque son absolutamente necesarios para la evangelización primera del diálogo y aunque debe llevarlos a cabo hasta el final, no han de ser la ocasión de darle a conocer a él personalmente; quiere quedar como autor anónimo, escondido; por eso prohíbe que se publiquen con su nombre, como escribe vehementemente el 15 de enero de 1908 a Mons. Guérin. Y es una toma de posición firme frente a otros *«medios»* llamativos y espectaculares que se pueden utilizar para anunciar el Evangelio: *«No son esos medios los que JESÚS nos ha dado para continuar la obra de salvación del mundo... Los medios de los que se sirvió en el pesebre, en Nazaret y en la cruz son: pobreza, abyección, humillación, desamparo, persecución, sufrimiento, cruz. He aquí nuestras armas, las de nuestro Esposo divino que nos pide que Le dejemos continuar en nosotros su vida, el único Amante, el único Esposo, el único Salvador y también la única Sabiduría y la única Verdad. No encontraremos mejor que él, y no ha envejecido... Sigamos este modelo único y estaremos convencidos de que hacemos mucho bien, ya que entonces no somos nosotros los que vivimos, sino Él el que vive en nosotros; nuestros actos no son nuestros propios actos, humanos y miserables, sino los suyos, divinamente eficaces».*

Esta carta, muy paulina, completamente misionera en el sentido verdadero, en el más

amplio del término, manifiesta qué medios quiere que empleemos para el anuncio del Evangelio. Este exige primeramente ser «enterrado» (término que el padre Huvelin empleaba frecuentemente), en la muerte de Cristo para resucitar con Él como evangelizador; y es, en este sentido, no hay que equivocarse, que se expresa, al final de esta carta, diciendo: «*Monje, muerto al mundo, aspiro a serlo completamente*». Quiere –y es una primera etapa– estar muerto al mundo, escondido, grano que muere en tierra; y, en este sentido, cualquier bautizado debe ser «*monje*», no del mundo. Pero tiene que ser «*misionero*»: inmerso en la sociedad.

El interés general

Al mismo tiempo que teme las consecuencias de una cierta islamización, percibe, más crudamente que nunca, que Francia, que a su entender debería ocuparse de esas poblaciones, como los padres se ocupan de sus hijos, y hacer todo por ayudarles a progresar, se desentiende de ellas. «*Nuestra Argelia: no se hace aquí nada, por decir así, por los indígenas* –escribe el 22 de noviembre de 1907 a Huvelin–. *La mayor parte de los civiles no buscan más que aumentar las necesidades de los indígenas para sacar de ellos el mayor provecho, buscan únicamente sus intereses personales; los militares administran a los indígenas dejándoles en su camino, sin buscar seriamente hacerles progresar. [...] De tal manera que tenemos aquí más de tres millones de musulmanes desde hace más de setenta años y a quienes no hacemos, por decirlo así, nada por su progreso moral. De los que el millón de europeos que viven en Argelia vive absolutamente separado, sin inculturizarse en absoluto, ignorando todo lo que les concierne, sin ningún contacto íntimo con ellos, mirándolos siempre como extranjeros y, la mayor parte del tiempo, como enemigos. Los deberes de un pueblo que tiene colonias no son estos, y la fraternidad, que nadie niega, traza deberes bien distintos*». Lo que quisiera es que se llegara a cumplir, más que el deber de padre hacia los que hemos colonizado, «*nuestro deber de buenos hermanos*».

¿Qué hacer? Sugiere que se escriba un libro que «*ilumine*» sobre lo que se ha de hacer en favor de estos «*hermanos*». Insinúa incluso un nombre a Huvelin, el de René Bazin. «*Un libro no cambia la faz de las cosas, pero produce su efecto sobre las almas de buena voluntad, las despierta, las ilumina, les da calor, las hace actuar*». Va a reiterarle el 1 de enero, con insistencia, esta «*demanda de que se publique un libro que es muy necesario para dar a conocer nuestros deberes hacia los millones de almas que pueblan el dominio colonial de Francia*». «*Créame en este tema, como su hijo que soy y ya casi un anciano, ya que vivo en medio de miserias infinitas por las que no se hace nada y no se quiere hacer nada. Pudiendo y queriendo hacer tanto bien, al contrario, se agrava el estado moral e intelectual tan lamentable de estos pueblos al no ver en ellos más que un medio de ganancia material. Lo que ven esos indígenas de*

nosotros, cristianos, que profesamos una religión de amor; lo que ven de los franceses, no creyentes, que gritan por los tejados fraternidad, es negligencia, o ambición o avaricia y en ellos, en casi todos –qué lástima– indiferencia, aversión y dureza». Está desesperado por la situación y descorazonado: «En mi 50 cumpleaños, ¡qué cosecha debería tener para mí y para los otros! Y, en lugar de eso, miseria, vacío; y, para los otros, ni el menor bien».

En su carta del 22 de noviembre de 1907 a Huvelin, en la que denuncia de entrada a los civiles europeos que en Argelia «*buscan únicamente su interés personal*», indica también que en Sudán (hoy Mali), según los ecos que llegan, están «*mucho peor*»: «*No se busca más que un bajo interés personal*». En el conjunto de las colonias concluye desgraciadamente que «*no hay más que avaricia, violencia, sin ningún cuidado por el bien de los pueblos*». Está desanimado por el espectáculo que dan tanto los cristianos, que profesan la caridad cristiana, como los no creyentes políticos, proclamando la «*fraternidad*» republicana. Así, hemos visto ya que, en Beni Abbès, ante la esclavitud que descubre, denuncia igualmente las faltas de la religión con su ley del amor como las de la República laica con sus Derechos Humanos. Todas estas faltas las atribuye a la búsqueda del «*interés personal*» que guía tanto a cristianos como a no creyentes.

Frente al «*interés personal*», sitúa sin cesar –es su línea de conducta– el interés general, «*el bien de los pueblos*», dice, en este final de 1907. Son constataciones cada vez más veraces, que hace con horror, desde su llegada a África del Norte, hace seis años y desde su instalación en Tamanrasset, hace dos años.

Si volvemos al momento de sus principios en Tamanrasset, nos acordamos que llegó al lugar elegido por el amenokal del Hoggar, Moussa Ag Amastane, con una columna militar que le dejó solo el 4 de septiembre de 1905. En este recorrido hacia Tamanrasset, fue compañero de ruta, desde final de junio, del amenokal que se unió a ellos. Fue entonces cuando le encontró por primera vez. Ya había hecho su elogio el 13 de julio a Mons. Guérin: «*Es un hombre inteligente, de ideas amplias, temeroso de Dios, verdaderamente piadoso. Es un hombre honesto, que quiere la paz y el bien tal y como lo entiende*». El 26 de octubre, tres meses más tarde, hará de Moussa el mismo elogio a Mons. Livinhac: «*Consagra su vida, desde hace quince años, a hacer reinar la paz entre los Tuaregs, a proteger a los débiles contra la violencia de los fuertes. [...] Su espíritu de paz y de constancia por sostener a los pobres y a los oprimidos contra las injusticias es admirable*». Aunque no desconoce algunos defectos de Moussa, en la conclusión del retrato que hace de él a Mons. Livinhac, estima que, gracias particularmente a su fe musulmana, Moussa puede hacer el bien a su pueblo: «*Parece que hay en él bastante piedad verdadera para que la búsqueda del bien general pase, en su conducta, por encima del interés particular*».

El 24 de julio de 1907 puede decir a Mons. Livinhac que Moussa responde bien a las

expectativas que se hacía de él: «*Hace tres años, el Hoggar estaba en una anarquía completa: ninguna autoridad, violencias por todos lados. [...] Moussa se ocupó de hacer que prevaleciera su autoridad y cesara la anarquía: actualmente, es cosa casi conseguida*». Foucauld nota que, «*de acuerdo con el deber de un buen musulmán*», Moussa se ocupa muy activamente de «*su pueblo*»; pero, lo esencial, es que trabaja por el bien público.

Ahora bien, en octubre 1905, cuando Foucauld acaba de instalarse en Tamanrasset y Moussa acaba de ser reconocido por las autoridades francesas, el amenokal va a ver a su huésped, al que acogió en su feudo del Hoggar. Este apunta en su *Cuaderno*, el 23 de octubre: «*Moussa me pide consejo sobre lo que tiene que decir o pedir al coronel*». En efecto, el amenokal debe encontrarse con Laperrine. Quizá porque le interesa causar buena impresión al que tiene las armas y domina el Hoggar. Pero, aunque este fuera el caso, queda claro que, por habilidad o astucia, entre ellos dos se va a establecer un diálogo en relación al bien público. ¿Foucauld va a ser engañado? Entusiasta como es, y tanto más hoy, que acaba de ser acogido por los tuaregs y espera mucho de esos lazos tan novedosos, quizá haya exagerado en su cabeza la petición de Moussa y le haya dado una importancia excesiva. Pero la verdad es que, aunque Foucauld no llegó a ser, en esta circunstancia, el «*director espiritual*» de Moussa —ya tenía uno, el Cheikh Baye era su maestro espiritual—, Moussa se dirigió a Foucauld para pedirle consejo[69]. ¿Qué esperaba de él? ¿Era una especie de informador para abordar mejor a Laperrine, como un guía atento hacia el coronel con el que quería tener buenas relaciones?

Lo importante aquí es poder tomar conciencia del conjunto de los consejos que Foucauld quiso dar a Moussa y que anotó cuidadosamente en su *Cuaderno* el 23 de octubre de 1905, antes de encontrarse con él[70].

Uno puede fácilmente sonreír, con cierta distancia, del paternalismo que manifiesta Foucauld[71]. Ahora bien, su paternalismo sabemos que viene de una visión que conservará siempre: como dice a Huvelin el 22 de noviembre, «*esta fraternidad que nadie niega implica deberes [...]: ver, en esos pueblos, a hermanos pequeños a los que tenemos que educar, y elevar el espíritu y el carácter tan alto como sea posible; en fin, cumplir con ellos nuestro deber de buenos hermanos*». Aunque pueda decirse que lo que escribe en su *Cuaderno* sobre Moussa sea en tono paternalista, o la expresión del trato que se da a un hermano mayor, Foucauld sigue una línea directriz que transcribe desde las primeras palabras de su larga serie de consejos. Esas notas están escritas para él mismo y no para ser transmitidas a Moussa como una hoja de recomendaciones. La larga conversación que tuvo Foucauld con Moussa y que los apuntes del *Cuaderno* no hacen más que preparar, no debió de ser tan seca como los apuntes; sabemos que Foucauld, en cualquier conversación, era capaz de escuchar, de manera flexible, no en un tono perentorio.

La línea directriz que le conduce en este encuentro con Moussa, y que indica en el preámbulo de sus apuntes, la toma de un ideario que conoce bien: «*Cuanto más perfecto se es, más se hace pasar el interés general ante el interés particular*». San Agustín (Regla). Moussa debe, pues, no considerar su interés particular, sino únicamente buscar el interés general. *¿El interés de quién? De los Kel Ahaggar primeramente*». Los Kel Ahaggar: los habitantes del Hoggar. Al final de su texto se encuentra, en la línea G, un consejo que dar a Moussa en previsión de su encuentro con Laperrine, muy interesado en el bien público[72], como Lyautey. «*Los franceses, conformes a la ley de Dios, desprecian a alguien que busca su propio interés –ya que saben que la perfección busca no su interés particular, sino el interés general– y a los que buscan los bienes materiales y los honores humanos –ya que saben que son cosas vanas–. Nunca un francés inteligente pedirá tales cosas y, si tiene la baja de amarlas, lo esconderá como se esconde un vicio vergonzoso. Que Moussa no pida, pues, nada en interés propio particular; sino que pida simplemente lo que es deseable para el interés general; y, en ese tema, que pida explicando por qué será útil que se le dé lo que solicita en cuanto a honor, dinero, socorro, etc.*».

Esta línea directriz, que Foucauld quiere meter en la cabeza de Moussa, sabe que la tiene ya presente por su fe musulmana; quiere simplemente insistir más. No es, como tal, una línea cristiana, aunque la considere bajo la égida de san Agustín. En esta cita, san Agustín habla como discípulo del apóstol Pablo pero también como filósofo político que ha tenido como maestro a Cicerón, quien pone en primer plano el interés general, «*utilitas communis*». No podemos olvidar que Foucauld, en su juventud, leyó a Montesquieu y Voltaire. En su *Cuaderno*, se refiere, como principio global, a una frase de la Regla de san Agustín, la famosa Regla que adoptó para la fundación religiosa que hubiera querido establecer. Este es el texto de san Agustín transcrito por Foucauld: «*La caridad de la que el apóstol dijo “que no busca sus propios intereses” (1 Co 13, 5), debe preferir el bien público al bien propio y no el interés propio al interés público. Y, a partir de entonces, verás cómo progresas tanto más en cuanto que te has ocupado casi más del interés común que del tuyo propio*»[73].

Los abandonados le salvan

El 7 de enero de 1908, recibe el correo, en el que encuentra una carta de María de Bondy, a quien responde el 15, recordándole el aniversario de 1890, «*donde recibimos, uno al lado del otro, al eterno Bien Amado*»; y deja caer también algunas palabras: «*Estoy bastante mal de salud en este momento*». En realidad, está mucho más afectado de lo que dice. Hasta el punto que escribe el 7 a Laperrine, que está en In Salah, para pedirle expresamente, lo que parece increíble, «*las vituallas más variadas para subirme el ánimo: leche concentrada, vino (!!!), legumbres, algunas conservas; hago todo lo*

necesario, creo que es mi deber». «No tenga inquietud», escribe el 24 a Mons. Guérin, confesándole un: «*gran problema de salud, que le confío a usted en secreto, pidiéndole, de la manera más formal posible, que no diga nada a nadie. He guardado y guardo todavía cama por inmovilidad absoluta, he interrumpido cualquier trabajo, me han buscado todas las cabras que tuvieran un poco de leche, en esta terrible sequía, en cuatro kilómetros a la redonda*».

La carta llega el 22 a In Salah y Laperrine comprende que es muy grave; envía enseguida a Foucauld lo que este llamará «*una montaña de provisiones*» y escribirá a Mons. Guérin: «*Voy a hacerme autorizar por usted para decirle que la penitencia que lleva al suicidio progresivo no está admitida*»... «*Le he enviado una reprimenda, ya que me temo que penitencias exageradas le provocan esta debilidad y que el trabajo encarnizado en el diccionario ha hecho el resto*».

Laperrine tiene razón en dos puntos, pero hemos visto que había otros factores que le habían llevado a este estado. Pero lo más importante de este momento de enero de 1908, de este agujero negro, es, sin duda, lo que ha experimentado mientras conocía esa impotencia radical: «*Han sido muy buenos conmigo*» (a María de Bondy, el 8 de marzo de 1908). Sus vecinos, que son pobres, han visto en él, en ese momento, realmente a un pobre; ya no a un europeo que tiene tras de sí fuerzas en las que apoyarse, sino a un ser gravemente enfermo, verdaderamente desarmado; no un distribuidor de bienes y limosnas, como hacía continuamente, sino alguien que ya no tiene nada, que está perdiendo su vida. Estaba en sus manos. Le salvan con sus medios, los últimos recursos de los pobres. Foucauld, en ese enero de 1908, es salvado por los pobres, y por un agnóstico, Laperrine, y un musulmán, Moussa.

¿Tenemos que insistir para ver en ese momento de Navidad de 1907 y de las semanas que siguen «*la segunda conversión*» de Charles de Foucauld? O, más bien, ¿uno de esos numerosos «*pasos*» que llevó a cabo y que son como conversiones? ¿Podemos analizar este hecho como una «*inversión de situaciones?*»^[74]: «*Este estado de debilidad y de enfermedad le permitió vivir una nueva relación con esos hombres que serán sus amigos*»^[75], y, al final, concluir: «*Charles de Foucauld no midió el alcance de este acontecimiento y su significado [...], no supo reconocer la importancia de lo que estaba viviendo en ese momento*»^[76].

No podemos compartir esa forma de ver. Más que concentrarse aquí en Charles de Foucauld, ¿no es más pertinente mirar primero a esos pobres que le rodean, en medio de los que volvió a vivir a principios de 1907, a los que encontró más pobres que nunca, «*muertos de hambre*» a los que distribuyó su «*propia provisión de trigo*» y que se la devuelven al céntuplo salvándole la vida? Son ellos los que le salvan, con su hospitalidad, pero no puede dejar de ver en ellos a Jesús mismo. Jesús que viene a salvarle moribundo como está; les ve, a ellos, convertidos en Jesús, aunque sean musulmanes y le vean

como un infiel, pese a ser él una especie de morabito y ser bueno con ellos. A Huvelin le escribió, el 17 de septiembre, sobre esa doble dificultad: «*Me absorbo en lo que hago o en las meditaciones (ensoñaciones que no alejo suficientemente rápido) y no miro suficientemente a Jesús que está allí*». «*No veo suficientemente a Jesús en todos los hombres*». A través de esos pobres que le salvan, Jesús se impone a él. Ya no es su mirada sobre la Eucaristía o su mirada sobre los hombres lo primero –miradas que intenta, con toda su voluntad, acordar a Jesús Eucaristía y a las personas que conoce–, sino que es Jesús el que llega primero, el que se le da en lo que se puede llamar «*el sacramento del hermano*», a través de esos otros Él mismo que son los pobres, esos pobres que han sido, hacia Foucauld, «*buenos*» como lo es Jesús. Es una gracia sorprendente la que le hace Jesús. En el momento de su ordenación, en 1901, había visto que debía ir a ofrecer el banquete eucarístico a Jesús Resucitado, a los más desamparados. Charles de Foucauld se da cuenta claramente, en ese enero de 1908, que son esos «*desamparados*» los que, a su vez, son para él «*Jesús*», Su presencia en su soledad, Su vida en comida a las puertas de la muerte. No podemos pasar por alto esta clarividencia de Charles de Foucauld, que se da buena cuenta de todo el significado y del alcance de este acontecimiento. Había visto ya a Jesús darse a través de la «*bondad*» del padre Huvelin y de María de Bondy; le encuentra aquí a través de aquellos hacia los que un día decidió ir. No podíamos dejar de insistir en este punto.

La mirada que tenía puesta sobre el Santísimo Sacramento va a desaparecer. Aunque no podía celebrar solo la misa, había podido conservar las especies eucarísticas y podía, pues, dedicarse a la adoración del Santísimo Sacramento, rechazando darse a él mismo la comunión. El 31 de enero, apenas repuesto de su bajón de salud, se entera, por una carta de Laperrine, que ha obtenido de Roma para él el permiso de celebrar solo la misa. ¡Alegría inmensa!: «*Mañana podré, pues, celebrar la misa*». Recibirá pronto la carta de Mons. Guérin, del 21 de enero, que se lo anuncia oficialmente; pero esta carta contiene un codicilo que va contra lo que Foucauld esperaba. No puede «*conservar la Eucaristía*», «*tener la Sagrada Reserva*». «*No tenía el poder de ninguna manera* –le escribe Mons. Guérin– *para darle este permiso*», que «*sería mucho más difícil todavía*» de obtener que el de celebrar. Así, al mismo tiempo que recibe el permiso de poder celebrar solo, se le priva de aquello a lo que estaba tan unido: la adoración de la Eucaristía. No se ha recalado suficientemente esta fuerte contrariedad que nos parece muy importante y le obliga a abandonar la insistencia que ponía en «*el Santísimo Sacramento expuesto*». Es un desgarró, no se puede dudar de ello. Pero le hace volver la mirada hacia este Jesús que se manifiesta en los hombres de todos los días, los habitantes del país en el que está, y profundizar en lo que es de verdad la Eucaristía.

La religión natural

Charles de Foucauld ha utilizado frecuentemente las nociones de «*moral natural*» y de «*religión natural*» sin dar nunca una explicación filosófica. Siguiendo, entre otros pensadores, a los de la Ilustración, esas nociones eran unas referencias que le guiaban. Se apoya en la naturaleza humana y no tiene de esas ideas una concepción fijista, sino abierta: el progreso del conocimiento por el reconocimiento de toda verdad. Se le ve hacer constantes apelaciones a la razón iluminada; para él, toda persona, todos los que encuentra, de la cultura que sean, tienen la capacidad de juzgar lo que ocurre alrededor de ellos y de evaluar su lugar junto con otros, en la sociedad. Tiene un sentido de la dignidad humana extremo, expresado, para él, en el Evangelio; y en el evangelio laico que son los Derechos Humanos, que reposan en la idea de que existe el género humano. Tal orientación se puede ver en su enfoque cotidiano hacia los Tuaregs: cada uno de ellos tiene, a su entender, una dignidad inalienable; cada uno de ellos puede decidir ser moral, conducirse como humano según las normas universales que pertenecen a la humanidad.

Al finalizar la gran prueba de salud en la que podía haber muerto, Foucauld se entrega con ardor a la tarea. Postrado días y días, reflexiona mucho, y, el 7 de febrero de 1908, repasa su manera de anunciar el Evangelio de Jesús a los tuaregs con el superior de los Padres Blancos, Mons. Livinhac. Carta breve pero clara y precisa. La mitad de su carta es una descripción de los tuaregs, en medio de los que vive, y de su fe: «*No son casi musulmanes más que de nombre y de fe*». Explicación: son «*practicantes tibios. Sus actos religiosos se limitan al acto de fe [...], a llevar un montón de amuletos. No rezan, no ayunan, no van a La Meca*».

Encontramos enseguida descrita su actitud primera hacia los cristianos: «*Consideran a los cristianos con horror y se esfuerzan por tenerlos lejos. Si, forzados por las circunstancias, tienen con ellos relaciones frecuentes, sus prevenciones caen y dan lugar a una apertura bastante grande: entonces son con nosotros como son entre ellos, familiares, alegres, habladores*».

Y, como Foucauld es de una gran alegría natural –Mons. Livinhac lo sabe–, el primer paso, para el Evangelio, es el contacto en la alegría, que hace caer la primera prevención. Es el primer tiempo del «*triple trabajo de los obreros de esta parte del campo del Buen Dios*»: «*Entrar en relación estrecha con ellos para conocerlos, ser conocidos por ellos, estimados y amados por ellos, para hacer caer, mediante esta relación, sus prevenciones y darles confianza*».

Una vez se haya puesto en marcha esta tarea preliminar y ya esté un poco avanzada, se ha de pasar a un segundo tiempo: «*Enderezar sus ideas en relación a la religión natural y todas las verdades de moral natural; intentar, por la palabra y por el ejemplo, llevarlos a una vida mejor y conforme a la religión natural*». Foucauld no dice más por el momento, Mons. Livinhac comparte la misma línea filosófica y comprende lo que Foucauld quiere decir.

No insistamos aquí sobre el tercer tiempo, extremadamente importante, en el que, por otra parte, Foucauld muestra cuánto cree en el ejercicio de la razón como tal. El término «*instrucción*», en su época, tiene un significado mucho más fuerte que hoy. El Gran Larousse del siglo XIX en 1873 le consagra un largo artículo en el que pone de manifiesto todos los beneficios que resultan –para la humanidad– de la instrucción que permite a cada ser «*sacar partido de lo que hace para él la naturaleza perfeccionando su espíritu y multiplicando sus medios*». En 1873, Foucauld es alumno de Nancy y recibe una sólida «*instrucción*» general. En tercer lugar, pues, la instrucción; «*En fin, desarrollar su instrucción, desarrollarla mucho, darles una instrucción igual a la nuestra*». Eso para que los tuaregs sean capaces de discernir por ellos mismos la verdad, entre otras cosas, en materia de religión. Nos acordamos del Foucauld agnóstico que se proponía pedir a un sacerdote lecciones sobre las religiones para distinguir, entre ellas, la verdadera. No ha renunciado del todo al ejercicio de la razón, al contrario.

El segundo lugar, en relación a la moral y a la religión natural, consiste en una doble tarea de purificación, si se puede llamar así. Sanear las costumbres, por un lado (describe a menudo a los tuaregs como de costumbres más que libres), y, por otro, barrer las supersticiones, hacer pasar de los amuletos a la oración. Tarea muy delicada, Foucauld es muy consciente. Y no puede alcanzar más que raramente este segundo estadio. Después de su viaje a Francia, escribe el 17 de marzo de 1914 al padre Voillard que, tras los relatos de Oûksem, «*la confianza*» que genera ha «*aumentado mucho*». Resultado: puede arriesgarse un poco en esta segunda fase: «*Algunos –pocos– me preguntan seriamente sobre puntos de religión; en mis consejos permanezco en la religión natural*». Había incluso escrito, el 10 de febrero, al prefecto apostólico, Mons. Bardou: «*La hora de hablarles de Jesús no ha llegado, hay que mantenerse aún en la religión natural [...]. Vale más ir muy lentamente, y con gran prudencia*».

En su lucha, desde su llegada a Beni Abbès, contra la esclavitud, por los Derechos del Hombre, Foucauld, ya lo hemos visto, retoma el lema de la república y, muy particularmente, de la «*fraternidad*», afiliándose con los «*no creyentes*» así como con los pensadores de la Ilustración que tanto había leído tiempo atrás, cuando él mismo era no creyente. Su marca distintiva, a lo largo de su vida en el Sáhara, será doblemente «*los últimos*». Si va a ellos primero, si privilegia a los más desprovistos, los más rechazados de entre los hombres, es también, si se puede decir, bajo un punto de vista laico, teniendo en cuenta los derechos humanos, que indican que uno se preocupe, en primer lugar, de los excluidos; y, al mismo tiempo, indisolublemente, bajo un punto de vista evangélico. Son «*las ovejas perdidas*», que vio tan claramente en su ordenación, las que son para él la presencia real de Jesús de Nazaret, al estar, con él, como él, en el «*último lugar*». Este imperativo evangélico es para él extremadamente fuerte: «*No hay, creo, una frase de Evangelio que haya tenido sobre mí una impresión más profunda y que haya*

transformado más mi vida que esta: “Todo lo que hacéis a uno de estos pequeños a mí me lo hacéis”», escribirá cuatro meses antes de su muerte.

En cuanto al segundo término del eslogan republicano, quiere que «*los últimos*» sean «*nuestros iguales*». Cuando lleguen a ser nuestros iguales, podrán entrar realmente con nosotros, de igual a igual, en fraternidad (tercer término del eslogan republicano). En cuanto al primer término, la libertad, es la del hombre que elige, que escucha la voz de su conciencia para orientarse hacia lo que le hará crecer en humanidad. Foucauld, con todas sus fuerzas, desea esta humanización de todos los hombres y estima que el Dios de Jesucristo Resucitado acaba de divinizar lo que el hombre ha humanizado. Foucauld busca la conversión del hombre, su conversión completa.

10. TIEMPO DE DESBROZO

Estuvo cerca de la muerte. «*Creí que era el final*», escribió a María de Bondy, a quien prometió decir siempre la verdad. Le socorrieron y debió interrumpir su trabajo: «*Reposo absoluto, se impone cesar el trabajo completamente durante un mes, y, después, tendré que retomar el trabajo de manera mucho más moderada que en el pasado*» (a Mons. Guérin, el 24 de enero de 1908). «*Hago todo lo necesario para recuperar la salud; creo que es mi deber*» (a María de Bondy, 26 de enero).

«*Enfermeras, pequeños comerciantes*»

Durante este mes de inmovilidad, Foucauld se asoma a su pasado: pronto tendrá cincuenta años, se da cuenta de que produce pocos frutos. Reza y reflexiona intensamente. Lo que escribió al padre Huvelin un mes antes de Navidad, la descripción extremadamente lúcida y clara de la situación del conjunto de Argelia, permanece muy presente en su espíritu. Que la mayor parte de «*“civiles”, “militares” y “clero” no se ocupen de los habitantes; como si no existieran*», le remueve las entrañas. Su carta, ya lo vimos, es una denuncia en regla y una llamada ardiente a todos a «*la fraternidad*».

Desde hace un cuarto de siglo, desde que realizó su exploración en Marruecos, un hecho le sorprende: «*El dominio colonial de Francia ha llegado rápidamente a ser muy considerable*», escribe el 1 de enero de 1908 a Huvelin. Ahora bien, ¿qué hay que constatar «*en este inmenso imperio colonial adquirido en algunos años*»? «*No es más que avaricia, violencia, sin ningún cuidado del bien de los pueblos*», exclama, profundamente afectado.

Se le ocurrió entonces la idea de un buen libro: «*Sin duda, un libro no cambia para nada las circunstancias de las cosas*», pero en él se podría exponer la situación y «*iluminar sobre lo que debemos hacer*».

Solo podemos decir que es un medio de acción muy modesto. ¿Qué podría hacer, qué debería hacer si recuperara la salud? Surge en él, que está implantado hace seis años en una región en vías de colonización, que ha oído a unos y a otros, a civiles, a militares y al clero, pero también a la población de esta región, que ha aprendido a conocerlos de cerca, el deseo de comenzar algo diferente para todos. A partir del 7 de febrero –no se ha repuesto todavía– escribe a Mons. Livinhac, superior de los Padres Blancos, para exponerle la situación del Hoggar. Tuaregs, musulmanes «*de la única manera que podrán ser llevados a la verdad será muy poco a poco, lentamente*», eso es lo que piensa. Y, sobre la situación, tiene una perspectiva a muy largo plazo: «*Hará falta quizá siglos entre los primeros golpes de azada y la recogida*».

¿Cómo los ve? *«Es una raza viva, inteligente, alegre, que aprecia el placer y el movimiento, de una ignorancia extrema. El mayor bien que se les puede hacer es de desarrollar en ellos la instrucción; nada les será más útil; y no es fácil: 1º, a causa de su carácter independiente y vagabundo; 2º, porque los tuaregs se ven como la gente más civilizada del mundo y nos ven a nosotros como salvajes; 3º, porque son nómadas. Pero “lo que es imposible a los hombres es posible a Dios” y, puesto que todos los hombres deben creer en JESÚS, todos pueden ser conducidos a la fe».*

Para conducir a los musulmanes a la fe en Jesús existe la gracia y la acción misionera, el anuncio del Evangelio. Pero ¿cómo realizar estas tareas? Se trata, dice, de un *«triple trabajo»*. Hemos visto cómo se articula este trabajo: entrar en relación; dar como marco la moral natural; aportar una instrucción *«igual a la nuestra»*, de modo que puedan juzgar por ellos mismos la religión.

En esto reside el programa global que propone. Pero sabe bien que está al principio del principio solamente, que, antes de los sembradores y los cosechadores, deben pasar los desbrozadores, que está allí para ese primer trabajo, la relación y el establecimiento de la confianza.

Lo que le obsesiona son los desamparados, los que no han conocido ni siquiera a los primeros obreros del campo, a los desbrozadores. El 9 de febrero, describe de esta manera el Sáhara al padre Caron, un sacerdote de Versalles con el que tiene amistad: *«Es una parte del reino de Jesús [que] permanece dolorosamente abandonada, desamparada»*. *«Poblaciones dispersas en inmensos espacios; dificultades no faltan, vienen de todas partes»*, le escribe y repite: *«¡Hay partes del campo del Padre de todos tan abandonadas!»*. Estos hombres, estas mujeres, son hijos del mismo Padre —es lo que dice constantemente a los musulmanes con los que habla: todos nosotros somos hermanos. *«Rezad para que el Padre de todos envíe obreros, buenos obreros a su campo»*.

Obreros para el Hoggar, para cualquier campo abandonado, pero ¿cómo encontrarlos? Ningún sacerdote se le ha unido, nadie. Y todavía continúa, en enero de 1908, queriendo llevar a cabo la primera resolución que tomó en el curso de su retiro anual, a principios de 1907: *«Practicar completamente, constantemente, perfectamente, perpetuamente, el reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús»*. ¿No es eso una clase de voto piadoso al que se agarra todavía sin poder ponerlo en práctica ni quererlo hacer realmente? Cuando escribe el 6 de marzo a Mons. Guérin: *«Lo que hay que hacer, los demás y yo mismo —que me creo de verdad la vocación de clausura»*—, ¿no podemos detectar una duda real sobre el estatus que quiere darse a sí mismo? Y hay que apuntar que, en la cuarta y última de sus resoluciones del retiro, en septiembre de 1907, se había comprometido por los *«infieles»*; no únicamente a *«rezar y sufrir»* por ellos, sino a *«hacer todos los actos útiles para su conversión»*. Aunque parezca incluso

que se contradice, añadiendo que esos actos deben ser «*conformes al reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús*». Y si antes quería y buscaba compañeros para formar una congregación, ¿mantiene igualmente esta perspectiva en los comienzos de 1908? No parece; o, quizá, solo un poco. Ya no está como para rechazar a un Padre Blanco porque este buen padre le parezca muy dado a la predicación; hoy pide, simplemente, obreros para el campo que lleva explorando desde hace seis años y para todos los campos en barbecho del mundo.

Estos obreros no deben ser solamente, como veía cuando estaba en Tierra Santa, ultrarreligiosos enclaustrados, sino sacerdotes, laicos, sacerdotes seculares y sacerdotes religiosos, laicos casados, laicos solteros, «*enfermeros*», «*pequeños comerciantes*», todo tipo de bautizados reunidos bajo la misma bandera y vocación de «*desbrozadores*».

«*Primer desbrozo*»

Antes de nada, hay un campo en barbecho. Este es el primer trabajo que se ha de llevar a cabo, el de desbrozamiento. Los pueblos del Sáhara son, como todos los pueblos, un buen terreno humano pero, en relación a la semilla evangélica, es un terreno que no la ha recibido nunca ni nunca ha estado preparado para recibirla, constata Foucauld. Escribió al padre Caron, tres años antes: «*El rincón del Sáhara para desbrozar en el que estoy solo*». Y ¿cómo realiza lo que llama «*el primer desbrozo*», el primer trabajo que llevar a cabo? «*Dar confianza, entablar amistad*» (carta del 3 de abril de 1906). Desea que haya desbrozadores para el «*campo del Padre de familia*». Él mismo se consagra a esta tarea, cada vez más. Él, que veía en el trabajo manual lo esencial, movido por la fuerza de las cosas, llega a sustituirlo: «*Ya no pienso casi en el trabajo manual, tan querido y tan amado; ahora debo intentar ser útil a mis hermanos practicando la vida evangélica junto con el estudio, dándoles consejos útiles*» (a Mons. Guérin, el 24 de enero de 1908). «*Cuanto más voy hacia ellos, más ocasiones tengo de entablar conversaciones serias*» con los tuaregs, pero «*el mismo modo de proceder puede ser bueno también con los franceses*» (Ídem). Conversación y no predicación: «*Predicar a JESÚS a los tuaregs. No creo que JESÚS lo quiera de mí ni de nadie. Sería el medio de retardar y no de avanzar su conversión. Eso les generaría desconfianza, los alejaría, en vez de acercarlos* –escribe el 6 de marzo a Mons. Guérin–. *Hay que ir muy prudentemente, suavemente, conocerlos, hacernos amigos de ellos*». Y habla de sus diálogos con Ba-Hammou, el secretario de Moussa: «*Esas conversaciones perpetuas ponen en su espíritu ideas muy nuevas, hacen caer muchos errores, le dan luz sobre muchos puntos, y todas esas ideas circulan también desde él hacia otros*». «*Personalmente, es así y no de otra manera como creo que hay que actuar, no predicar a JESÚS, sino preparar su predicación. Incluso otros sacerdotes, no dedicados a la soledad, no tendrían en este momento otro trabajo que hacer... No*

dudo nunca en prolongar las conversaciones ni en alargarlas mucho tiempo cuando veo que son útiles a las almas». «Habría que poder inundarlos de misioneros que, por conversaciones amistosas más que por otro medio, recondujesen poco a poco sus ideas sobre muchos puntos» (a María de Bondy, 25 de marzo de 1908). Al consagrarse especialmente a esas «conversaciones» está siendo, según su propia definición, un misionero.

Esta experiencia del terreno, esta costumbre que él mismo tiene de conversaciones amistosas, al mismo tiempo que esta visión del largo plazo, va a hacer surgir un proyecto que no será como en 1899, una construcción ultrarrígida y utópica, sino una raza de caballos ligeros, rápidos, adaptados al terreno, distintos a los Padres Blancos: *«En el Sáhara –escribe a Mons. Guérin el 1 de junio de 1908– es evidente que no se podrá hacer nada, si no se encuentra el medio de multiplicar y de flexibilizar los instrumentos, de manera que se tenga mayor cantidad de obreros, y, además, que sean obreros que no tengan para nada los inconvenientes que atan a los de ahora».* Hace falta, pues, primero y ante todo, *«desbrozadores»*, que tengan una gran libertad de acción.

Sacó provecho de su *«paro forzado»*, como dice, y de la ausencia de Ba-Hammou en abril y mayo de 1908, para elaborar *«durante la Semana Santa y la semana de Pascua»* un proyecto que va a desvelar ahora a Mons. Guérin: *«Me parece que harán falta dos cosas: 1º - un tipo de tercera orden, sin el nombre de tercera orden, pero que tenga, bajo el nombre de sociedad, o de asociación u otro cualquiera, cohesión, disciplina y fuerza; que tenga como uno de sus objetivos la conversión de los pueblos infieles; una conversión que es, en el momento presente, un deber estricto para los pueblos cristianos cuya situación, desde hace setenta años, ha cambiado totalmente hacia los infieles. Por un lado, los infieles son casi todos súbditos de los cristianos; por otro, la rapidez de las comunicaciones y la exploración del mundo entero dan un acceso relativamente fácil a toda la geografía; de estos hechos se deriva un deber estricto, sobre todo para los pueblos que tienen colonias: el de cristianizar; 2º - hará falta, no en todos los lugares, sino en los países en los que haya dificultades especiales como las que usted tiene, misioneros como santa Priscila, de ambos sexos, que estén esparcidos por aquí y por allá o bien agrupados para darles una preparación común antes de enviarlos. Me parece que se les podría diseminar por distintos sitios y que también se encontraría un lugar para prepararlos y probarlos».*

Le recuerda que ya había hablado de esos *«cristianos como Priscila y Aquila»*; nos acordamos de sus cartas del 21 de abril de 1902, de la de diciembre de 1905 y del 15 de septiembre de 1907 que evoca a esa pareja de colaboradores del apóstol Pablo. Lo que quiere es una *«asociación de ambos sexos que tenga, como una de las finalidades, la conversión de los infieles»*. Muy concretamente, indica, y con muchos detalles, lo que

haría falta también «*en este momento*» en su región: alguien que consagrara «*treinta años*» «*al estudio de la literatura, lengua, sociología, historia, arqueología tuaregs*», alguien que fuera como Motylinski; un profesor, una profesora; «*un comerciante francés honesto*». «*Obreros*» de este tipo son, a su entender, «*indispensables*» para el Sáhara, pero también «*para todos los países en los que existen las mismas dificultades*».

¿Qué va a decir Mons. Guérin? ¿Otro proyecto? La conclusión de la carta muestra toda la fogosidad y la esperanza de este hombre, enamorado de Jesús y de sus hermanos, más joven que nunca: «*Perdóneme, mi querido Padre, que me mezcle en lo que no me importa y que ose, yo, viejo pecador, y muy pequeño y pobre padre, joven de ordenación y pecador y miserable; yo que nunca he podido llegar a nada y que no he podido ni siquiera tener un compañero, que solo he tenido deseos sin efectos, y cuyos planes de vida, constituciones, reglamentos, han sido solo papeles inútiles... que ose exponerle mis ideas y continuar haciendo planes... Mi excusa es que estas almas que me rodean se pierden, y se quedarán perpetuamente en este estado si no se intenta algo y si no se toman las medidas necesarias para actuar eficazmente sobre ellas... Que haya que actuar con celeridad –no con precipitación imprudente–, sino con prisa, tras oración, reflexión, examen, consejo, es el humilde precio de esas almas que valen la sangre que JESÚS ha derramado por ellas*».

Esta vez, y es bastante asombroso, no parece apresurado; le dice que volverá a hablar del proyecto cuando lo vea en El Golea, en noviembre, dentro de seis meses.

«*Resplandeciente de salud y alegría*»

A finales de junio va al encuentro de Laperrine que está cerca, a cincuenta kilómetros al este de Tamanraset, donde el coronel quiere hacer construir un bordj que se llamará Fuerte Motylinski. Laperrine no volverá a In Salah hasta el 22 de julio, tras una estancia de una semana en Tamanraset. ¿Le habló Foucauld de su proyecto? Laperrine escribe a Mons. Guérin: «*Se encuentra muy bien y está resplandeciente de salud y alegría. Llegó a mi campamento, el 29 de junio, galopando como un alférez, a la cabeza de un grupo de caballeros tuaregs. Es más popular que nunca entre ellos y cada vez le aprecian más*». Tres días más tarde llega a Tamanraset, por primera vez, un médico, el doctor Dautheville, que va a permanecer allí agosto y septiembre. «*Con Moussa y su entorno cercano las relaciones son cada vez más amistosas*», escribe el 16 de julio a Mons. Guérin en una carta en la que dice que espera que un oficial proponga a Moussa un viaje a Francia (sin duda habló de esto con Laperrine) y adelanta también que él mismo irá a Francia a ver a su familia con un tuareg, si el padre Huvelin está de acuerdo. Un viaje destinado a «*rectificar su manera de ver, a abrirles el espíritu*».

El padre Huvelin le escribe sobre esto el 26 de octubre: «*Mi corazón desea que haga este pequeño viaje a Francia para ver a su familia*». Le indica también la segunda

finalidad que tendría este viaje: *«Quizá podrá también ayudar a vuestra pequeña obra dándola a conocer»*. Un deseo de su padre espiritual es para él una orden; por lo tanto, escribe a Mons. Guérin el 6 de diciembre, el día mismo en el que recibe esta carta; decide ir a Francia lo más pronto posible e invita a Mons. Guérin: *«Encuentro que estaría muy bien que tuviera más obreros de los que ahora faltan, y obreros especiales. ¿Quisiera que hiciéramos este viaje a Francia juntos? Intentaría buscar una pequeña cosecha. [...] De este gran Sáhara, de la falta de obreros, de la facilidad para establecerse en muchos lugares, si tuviéramos buenos obreros, es de lo que me gustaría hablar con usted»*.

El 7 de diciembre, carta a su hermana –quien tantas veces le había pedido que se vieran de nuevo– para anunciarle su llegada a Francia. El mismo día, a María de Bondy: piensa estar en París sobre el domingo de Ramos, el 4 de abril. Pero su viaje se va a precipitar; parte el día de Navidad de Tamanraset, se encuentra con Mons. Guérin el 6 y el 7 de febrero de 1909 en Ghardaïa, y el 13 con Mons. Livinhac en Argel; a ambos les habla ampliamente de la «asociación» de la que establece el proyecto y escribe los estatutos.

En Francia, para su proyecto

Llega a París el jueves 18 de febrero de 1909. Le gustaría especialmente ver al padre Caron ya que piensa que podrá asumir su «asociación» en Francia; pero el padre Caron está ausente de París. Sin embargo, se encuentra con el joven Luis Massignon, que le había explicado su conversión el 29 de noviembre. Foucauld quisiera que fuera miembro de su «asociación».

Desde la casa de Catherine de Flavigny, en la calle de la Chaise donde vive, llega Foucauld el domingo por la tarde a casa de Louis Massignon. Este detallará el encuentro más tarde: *«Llega enseguida a mi casa. Me lleva a recibir la bendición de Huvelin que está paralizado, me sumerge después en toda una noche, lenta, oscura, desnuda, sin consolación, en esta tumba glacial y altanera del Sagrado Corazón»*^[77] (21-22 de febrero de 1909). Foucauld espera mucho de este joven convertido; este verá, en esa noche de oración en la basílica de Montmartre, el comienzo místico de la «asociación».

Foucauld, durante este viaje, se encuentra con su familia: sus primas María de Bondy y Catherine de Flavigny en París, su hermana en Grasse. Toda una semana, antes de volver a tomar el barco, el 7 de marzo en Marsella. Pero esos días en Francia están dedicados muy especialmente a la «asociación». Primero, con la visita del padre Huvelin, que bendice su proyecto y le da los consejos que Foucauld apunta enseguida cuidadosamente: *«Mi apostolado debe ser el apostolado de la bondad. Viéndome, deben decir: “Puesto que este hombre es tan bueno, su religión debe de ser buena”. Si preguntan por qué soy bueno y dulce, debo decir: “Porque soy el servidor de uno más*

bueno que yo. Si supieras cuán bueno es mi Maestro JESÚS”». Después, el domingo 28 de febrero, que pasa todo entero en Viviers, en casa de su obispo, Mons. Bonnet: *«Me ha animado en todos los puntos, escribe al día siguiente a María de Bondy, no ha hecho más que repetir lo que me dijo nuestro Padre, animándome formalmente a trabajar y a realizar mis deseos para la evangelización de los pobres infieles».*

Foucauld presentó a su obispo los estatutos de la «asociación». Este le dio enseguida muchos ánimos; le dará, por carta, el 6 de marzo, su acuerdo escrito: *«Sí, apruebo su proyecto y le deseo pleno éxito; pero, si Dios quiere que se realice, ¡cuántas dificultades va a encontrar y por medio de qué sufrimientos tendrá que conquistar su lugar en el seno de la Santa Iglesia!».* Mons. Bonnet pone en el centro del proyecto «la evangelización», y ve enseguida que ese proyecto, tal como es, engendrará oposiciones en la Iglesia.

Para Foucauld, esta aprobación es esencial. No retiene de ella más que la bondad paterna de su obispo. Llega a Argel el 8 de marzo y escribe a su prima: *«El grado en el que fui animado por nuestro Padre y por Mons. Bonnet me da más energía que nunca».* Ve a Mons. Livinhac y le escribirá, el 16 de marzo, desde Géryville, de camino a Tamanrasset: *«Le agradezco que haya querido animarme con sus palabras en relación a la cofradía que me gustaría fundar».*

Antes de recibir esta carta de Foucauld, Mons. Livinhac, el 19 de marzo, le envía una carta de aprobación de la que transcribimos el texto íntegro:

«Tengo interés en repetirle por escrito lo que le he dicho ya de viva voz en relación a su piadoso proyecto.

La UNIÓN de los Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús será para nosotros un poderoso socorro en la obra de la conversión de los infieles.

Lo que hace falta, desde luego, para esta gran obra son las gracias de elección; misioneros piadosos y celosos y los recursos pecuniarios para asegurar a los obreros evangélicos el pan de cada día.

Ya que la cofradía que proyecta tiene por finalidad la de atraer sobre los hombres apostólicos, por la oración y la práctica perfecta de las virtudes cristianas, las gracias de elección que necesitan; suscitar vocaciones y, gracias a ellas, venir en ayuda de los misioneros; sin hablar de la sana influencia que algunos miembros de la UNIÓN ejercerán sobre los neófitos, sobre los infieles al irse a establecer en medio de ellos.

Bendigo de todo corazón su gran y santa empresa y se la confío al divino Maestro para que le ayude a triunfar sobre los obstáculos que encontrará y, entre los que, el más grande será, me parece, el reclutamiento de los miembros de la Fraternidad. No admite, en efecto, y creo que con razón, más que almas de élite, resueltas a practicar cada una según su vocación los consejos evangélicos en toda su perfección. Tales almas no se encuentran fácilmente, pero nada es imposible a Dios. Si Él quiere su

obra, la realizará. ¡Fiat! ¡Fiat! Se lo pido de todo corazón bendiciéndole».

Foucauld transmitió a Mons. Livinhac los ánimos que le había dado Mons. Bonnet y, al mismo tiempo, le indicó el modo para la ejecución del proyecto que aconsejó. Al no querer retirar a su sacerdote de este Sáhara, donde le había permitido establecerse, estimó que lo mejor era que otro sacerdote, en Francia, se pusiera manos a la obra para realizar esta idea de Foucauld. Este dio a Mons. Livinhac, incluso el nombre del sacerdote que veía adecuado para esta tarea: el padre Caron. Y desde Geyville, el 11 de marzo, Foucauld, que no pudo ir a París, escribe una carta muy larga al padre Caron. Por otra parte, se lo dice, ese mismo día, a Mons. Livinhac: «*Escribí al padre Caron, canónigo de Versalles, para pedirle que tomara las cosas en sus manos*».

El padre Caron, superior del pequeño seminario de Versalles, es un ferviente peregrino de Tierra Santa. Comenzará, en Nazaret, la construcción de una basílica dedicada a *Jesús adolescente*, título de un libro que escribió y envió a las Clarisas de Nazaret. Estas, en 1903, transmitieron el libro a Foucauld, que lo apreció mucho: «*Es bueno para todos, y para que lo lean, sobre todo, los jóvenes*» (a Mons. Guérin, 24 de noviembre de 1903). El padre Caron publicó justo después, en 1905, *En el país de Jesús adolescente*, en donde habló de Foucauld y de su ideal de Nazaret en el capítulo VII, titulado «*Un amante apasionado de Jesús adolescente*». Se instaura entre ellos una correspondencia; y hemos citado una carta que Foucauld había dirigido al padre Caron el 3 de abril de 1906 en la que definía su tarea como «*primer desbrozo*»[\[78\]](#).

El padre Caron, cuando Foucauld le insta a tomar en sus manos la Unión, acaba de cumplir sesenta y cuatro años. Foucauld le da prisa para que acepte. En esta carta encontramos una definición rigurosa de la «*triple finalidad*» de la Unión que quiere fundar, con un verbo muy activo, «*producir*», que muestra que la cofradía está destinada a dar impulso vivo a todos los bautizados que formarán parte de ella. «*Producir una vuelta al Evangelio en la vida de las personas de cualquier condición; producir un incremento de amor hacia la Sagrada Eucaristía; producir un impulso hacia la evangelización de los infieles*».

Vemos que Foucauld amplía enormemente el horizonte con respecto al Reglamento de 1899. Este hablaba de «*la imitación de la vida escondida de Nazaret*». Ahora se trata del «*Evangelio*» tal cual. Indica también que el Ermitaño-Hermanito del Sagrado Corazón debe «*practicar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento expuesto*» y finalmente quiere verlo «*vivir en país de misiones*». En su retiro de septiembre de 1907, Foucauld explica claramente que no se trata solamente de estar presente silenciosamente en país de misiones, sino de actuar allí: «*En relación a los infieles, mi vocación no es solamente la de estar en su casa, sino también la de trabajar por su salvación*». Y toma la resolución que ya vimos, la de poner todos los medios necesarios para la evangelización. Los estatutos de la Unión muestran bien esta voluntad misionera de

Foucauld.

El 11 de marzo, Foucauld recibe una carta de Mons. Guérin. Este estuvo en Argel con Mons. Livinhac quien le rogó que *«volviera de nuevo a decir»* a Foucauld *«el interés tan fuerte y vivo por su parte para que se realice el proyecto»*. Foucauld percibe *«la gran importancia»* de esta consideración de Mons. Livinhac en favor de la Unión *«para conducir a las almas a entrar en ella y, ante todo, para que un buen sacerdote se decida a tomar la obra en su mano, y para que los otros obispos den, ellos también, su aprobación»*, escribe el 2 de abril de 1909 a Mons. Livinhac. Este le ofrece *«hacer imprimir»* con los Padres Blancos *«los estatutos de la cofradía»* y Foucauld le envía enseguida, el 23 de abril, la *«introducción y los estatutos, bajo la forma abreviada aconsejada por Mons. Bonnet»*.

Revés y esperanza

El obispo de Viviers, aunque había aprobado al padre Charles de Foucauld personalmente, deseaba, sin embargo, que otra persona distinta de él se encargara del proyecto tal cual, un sacerdote de Francia que la hiciera aprobar por su propio obispo. Foucauld escribe claramente, el 29 de junio, a Mons. Guérin: *«Mons. Bonnet me había aconsejado que buscara un sacerdote que estuviera cerca de una gran ciudad en la que se trabajara, París, Lyon, Marsella; y que fuera este el que tomara enteramente en su mano la fundación de la asociación de los Hermanos del Sagrado Corazón, se hiciera suya la obra, pidiera a su obispo las autorizaciones necesarias, se encargara de todo, y yo no me dedicara más que a darle la idea del proyecto, y siguiera dedicándome únicamente a los infieles del Sáhara»*.

Espera impaciente la respuesta del padre Caron: *«Sin respuesta de M. Caron»* (a Mons. Guérin, el 27 de abril). *«Para la formación de una fraternidad para la conversión de los infieles, las cosas están todavía en el mismo punto. No tengo respuesta del padre Caron»* (al padre Huvelin, 14 de junio de 1909).

Al no obtener respuesta después de varias cartas, escribe a Mons. Bonnet para que *«tome la obra bajo su patrocinio»*. Recibe el mismo día, el 29 de junio en Tamanraset, una carta del padre Caron y una de Mons. Bonnet, que Foucauld transmite a Mons. Guérin.

Respuesta negativa del padre Caron: *«No es el momento oportuno»*. Por una primera razón: no se encontrarán verdaderas adhesiones sólidas en *«nuestra pobre Francia»* en la que todo está trastornado. Por una segunda razón: no se encontrará dinero, los católicos ya están muy solicitados. Y añade una tercera razón, sorprendente: *«¿Cómo encontrar colonos? Estos saben que el gobierno no los defenderá contra los indígenas, por el simple hecho de que son cristianos. Al contrario los judíos, cada vez más dueños de Francia, más bien los entregarán a ellos»*.

Así ve el padre Caron, con tristeza, a los pobres «*Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón*», sacerdotes y laicos, que van a vivir en las colonias como Charles de Foucauld: les predice ¡que los judíos que gobiernan Francia les abandonarán en las manos de los peligrosos indígenas, si no les entregan a los bárbaros! Que los católicos de Francia tengan problemas con los obstáculos del gobierno actualmente en el poder en 1909, lo podemos entender; pero este miedo, que llega incluso a la psicosis de persecución, manifiesta un estado de espíritu totalmente contrario al de Foucauld, cuyas cartas hablan la mayoría de las veces de los tuaregs de forma positiva y de la acogida que estos no dejan de testimoniarle. Y Foucauld, desde su conversión, no expresó nunca el menor antisemitismo ni xenofobia como la manifiesta, tristemente, el padre Caron.

La carta de Mons. Bonnet, recibida ese mismo día, es muy diferente pero plantea una dificultad. Desde luego, el obispo renueva su aprobación: «*No puedo más que aprobar todos sus proyectos; vienen de Dios y tengo la confianza de que serán un gran logro, que aprovecharán a la Iglesia y a las almas*». Sin embargo, sigue un «*pero*». Foucauld, solo es de la diócesis, no trabaja en la diócesis: «*No está dedicado a una obra que esté bajo mi jurisdicción*». Por tanto «*no podrá ser recomendado más que por el soberano pontífice o por el vicario apostólico al que pertenecen los territorios que evangeliza. Hará falta que su proyecto de fraternidad tenga la aprobación de Mons. Guérin; después, que se envíe a Roma para someterlo a la Congregación que tiene la misión especial de examinar este tipo de obras*».

«*Me indica un nuevo camino* –escribe, pues, Foucauld a Mons. Guérin después de haberle copiado esta carta de Mons. Bonnet– *en el que ocupa usted el primer lugar*». Le sugiere que haga imprimir los Estatutos reemplazando la carta de aprobación de Mons. Bonnet por una carta de él, su prefecto apostólico: «*No puedo hacer nada mientras no haya dado vida a la obra por medio de su aprobación y las autorizaciones romanas necesarias*».

Así pues, la Unión está en estado embrionario: aprobada por Mons. Bonnet y Mons. Livinhac, pero a la espera de ser puesta en el mundo por Mons. Guérin. Foucauld ya no puede más que abandonarse a Dios y a Mons. Guérin. «*A partir de ahora, la obra está en sus manos. Solo puedo rezar hasta que le haya dado la vida; cuando tenga vida, haré todo lo que Dios quiera para extenderla*». Tiene una idea que proponerle. «*La conversión de los infieles es la obra de su vida, el fin de esta cofradía es su propio fin y mediante los Padres Blancos podrá extenderla fácilmente a todos los lugares y darla a conocer a numerosos sacerdotes de todas las diócesis de Francia y de países vecinos*».

Foucauld no abandona ni se desanima nunca. Acaba la carta a Mons. Guérin con esperanza: «*Hoy es la fiesta de san Pedro y san Pablo. Qué agradable me resulta escribirle en este día. No nos asustemos por ninguna dificultad: vencieron a otros y*

todavía están allí. Pedro está todavía al mando de la barca. Si los discípulos de JESÚS pueden desanimarse, ¡qué desánimo habrían tenido los cristianos de Roma, la tarde de su martirio! A menudo he pensado en esta tarde: qué tristeza, qué oscura habría parecido, si no hubiera habido fe en los corazones. Siempre habrá luchas y siempre, el triunfo real en la Cruz y en la derrota aparente. “En la angustia de los tiempos” se reconstruyó Jerusalén. Recemos, trabajemos y suframos, como hicieron los apóstoles, y tendremos, con ellos, las mismas cruces, los mismos éxitos».

«*Nuestros iguales*»

Mons. Livinhac envía a Foucauld, en Tamanraset, veinticinco de los quinientos ejemplares impresos, que llevan el *imprimatur* de Mons. Combes, arzobispo de Cartago y Argelia. Foucauld continúa con sus tareas lingüísticas; desea «*con ardor*» «*un compañero que sea sacerdote para llevar esta vida [de trabajo y de oración], dar este ejemplo, instruir, como Nuestro Señor en Nazaret, mediante el ejemplo y las conversaciones cotidianas*» (a Mons. Guérin, 30 de julio de 1909). «*Nazaret*», lo constatamos, ya no es un lugar, como diez años antes, de estricto silencio y de clausura total.

Había insistido tanto en este tema de la clausura, en su resolución del retiro de septiembre de 1907, porque era, como decía a Mons. Guérin (15 de septiembre de 1907), «*mi vocación especial y particular*», le escribe posteriormente, en la carta del 29 de junio de 1909. «*Mi vida ha retomado su curso habitual. Encerrado moralmente en mi ermita, trabajo para poder acabar los estudios lingüísticos necesarios*». No es la primera vez que habla de «*clausura moral*». En espíritu, no en la letra.

Espera de Roma «*una respuesta que impulse el permiso de la fundación efectiva*» (a Mons. Guérin, 8 de septiembre de 1909). Mientras espera, ¿por qué no proponer ya esta vocación de Hermanos y Hermanas a quienes la quieran hacer existir?^[79]. Así, escribe a Louis Massignon el 8 de septiembre para que venga a unirse a él en Tamanraset, y para que lleve a cabo, para los tuaregs, una tarea «*científica*» y «*humanitaria*», e incluso llegue a ser sacerdote. «*En nuestra época de persecución sería muy útil tener sacerdotes cuya calidad de sacerdote quede secreta y puedan penetrar sin obstáculo, bajo la apariencia de un sabio, de un comerciante, de un agricultor, allí donde se cierra la puerta a los sacerdotes. Sacerdote, intelectual a los ojos del mundo, trabajaría conmigo y rezaríamos juntos durante mi vida, tomaría mi lugar y me sucedería cuando llegara la hora siendo laico a los ojos de los hombres*».

En esta carta, define su vida como «*una vida de monje misionero*» consagrada a la oración y al trabajo manual llevado a cabo «*cuando el bien espiritual del prójimo, que pasa delante de todo, no lo requiere. Para usted, el trabajo manual sería su trabajo científico habitual, muy útil por sí mismo para el apostolado de esos pueblos*»...

Caussade, en su libro sobre el abandono, escribe que *«el trabajo ardiente es una oración de la inteligencia»*.

El origen de ese proyecto de la Unión, no hay que olvidarlo, surge en el desamparo material y moral en el que se encuentra en el norte de África. No puede soportar la negligencia de Francia ante las poblaciones de sus colonias; su concepción, que se calificará de *«paternalista»*, es la adoptada por los hombres más abiertos de su época; la que expone, con el vocabulario de su época, a su amigo Henri de Castries el 29 de mayo de 1909 mientras va de camino hacia Tamanrasset. *«Voy a retomar mi trabajo cotidiano: familiarizar a los tuareg, a los indígenas de toda raza, intentando darles un comienzo de educación intelectual y moral. [...] Hay que hacer de ellos intelectualmente y moralmente nuestros iguales, lo que es nuestro deber. Un pueblo tiene hacia sus colonias los mismos deberes de sus padres hacia sus hijos. Hacerlos, mediante la educación e instrucción, superiores a lo que son por ellos mismos»*. Sabe bien que esta tarea es *«difícil y larga»*.

En cuanto a la evangelización, es una tarea más ardua todavía. Hablando a Castries, un especialista del islam, dice: *«Todos los espíritus están hechos para la verdad, dice; pero, para los musulmanes, es un asunto de mucho tiempo»*. No quiere el estilo utilizado por un cierto número de misioneros que administran rápidamente, a través de métodos espectaculares pero a veces abusivos, el sacramento y que, después, empiezan la formación. Quiere *«desbrozar»* poco a poco, llevar a cabo pacientemente la tarea de *«educación e instrucción»*, que son un comienzo para la evangelización; un comienzo muy largo: *«Todo esto, concluye a Castries, para llevarlos, Dios sabe cuándo, quizá en siglos, al cristianismo»*.

Los cristianos que están en Francia ¿van a responder a su llamada? *«¡Cuánto me gustaría ver a los fieles cristianos de Francia ocuparse un poco de esta población argelina, para la que tienen deberes de padres hacia sus hijos!»* (a María de Bondy, 31 de julio de 1909).

Laperrine llega a Tamanrasset el 21 de agosto; se lleva a Foucauld, durante una quincena, de visita a los campamentos situados en un radio de acción de ciento veinte kilómetros: *«Estoy contento de dar esta pequeña vuelta, que me ha hecho ver gente que no habría visto si no la hubiera dado»*, escribe nuestro *«moralmente enclaustrado»* a su prima el 11 de septiembre. Del coronel Laperrine y de su adjunto, el capitán Niéger, dice: *«hacen un bien enorme a todos por su bondad»*. Laperrine, quien, en 1908, descubrió el Asekrem, a sesenta kilómetros al norte de Tamanrasset, habló a Foucauld del carácter único del lugar. Foucauld está encantado; decide instalar allí una *«ermita»*, es decir, un lugar de soledad, de trabajo, de encuentros.

Tiempo de duelo

Buenos deseos para 1910 a Mons. Guérin y al Sáhara: «*Hace mil novecientos años que esta tierra, estas almas, esperan el Evangelio*». Le da las gracias el 4 de febrero por «*las gestiones*» que quiere hacer en Roma en favor de la Unión. Nueva gira de quince días con Laperrine; están juntos cuando un correo les comunica que, el 14 de abril, se produjo la muerte en Ghardaïa, con treinta y ocho años de edad, el sábado 19 de marzo, de Mons. Guérin, que sucumbió tras una marcha agotadora de cinco días. Es una inmensa pena para Foucauld, y escribe enseguida a Mons. Livinhac, al padre Voillard, a María de Bondy. «*La marcha a la Patria del querido y santo padre Guérin me es un gran dolor y un gran vacío*», escribe el 16 de mayo al padre Huvelin.

Es la última carta que escribe a su padre espiritual: este muere a su vez el 10 de julio y Foucauld conoce su desaparición el 15 de agosto: «*Jesús no prohíbe las lágrimas –escribe a su prima–. Es un desgarró tanto para vos como para mí*». Y el 31 de agosto a Massignon: «*El correo acaba de traerme los detalles de los últimos momentos de aquel entre las manos de quien me convertí hace veinticuatro años y que fue desde entonces mi padre querido. Ha guardado hasta el final todo su conocimiento pero apenas podía hablar. Sus dos últimas palabras fueron “amabo nunquam satis” [no amaré nunca bastante] y “uno vale por lo que ama”. Esas dos palabras resumen su vida*». Y, acordándose del último encuentro con él, en febrero de 1909: «*Las dos últimas palabras que me dijo Huvelin son “confianza” y “esperanza”. Se las digo yo también. Hagamos lo que es mejor sin mirar nuestra debilidad, seguros de la ayuda de Dios... Lo mismo que el Evangelio es simple, la vida cristiana es simple: conocer la voluntad de Dios y hacerla con todo el corazón*».

El 14 de abril, con Laperrine, conoce también la muerte súbita, en Argel, el 21 de marzo, de su camarada de promoción, el comandante Lacroix, responsable de los Asuntos Indígenas en el gobierno general y que había hecho tanto por él cuando llegó en 1901. El 11 de marzo, a su vuelta de Francia, había sido invitado a casa de los Lacroix. 1910 es año de gran duelo para él.

Moussa es invitado oficialmente a Francia. Laperrine está con él en el barco que le lleva a Marsella. El capitán Niéger acompañará a Moussa durante estos dos meses por Francia, desde su llegada hasta su vuelta, el 15 de septiembre. Se quiere mostrar a Moussa, muy particularmente, el poderío militar de Francia. Foucauld escribe a su hermana, María de Blic, el 1 de julio, que Laperrine ha propuesto que Moussa vaya a su casa; Moussa reside en el castillo de Barbirey. Tenemos una carta de Moussa, fechada el 20 de septiembre, escrita a Foucauld en la que indica, entre otras cosas: «*He visto a tu hermana y me quedé dos días en su casa; vi también a tu cuñado; visité sus jardines y sus casas. Y tú, ¡tú estás en Tamanrasset como un pobre!*». D. Casajus ve aquí no un gran homenaje, sino «*más bien una afectuosa bronca*»^[80].

Laperrine no vuelve al Sáhara. Se lo anunció a Foucauld, que escribe el 1 de agosto

de 1910 al padre Voillard: *«El coronel Laperrine pidió tomar el mando de un regimiento de Francia. El motivo de su partida es que encuentra, con razón, que no hay que estar atado a los cargos. Manda en los Oasis desde hace nueve años; los ha dejado organizados, engrandecidos con todo el país tuareg; en estado admirable. Los ha dejado a principios de julio para no volver». «Es el que ha dado el Sáhara a Francia, a pesar de ella, arriesgando su carrera».* Los dos se parecen en esta manera de no apropiarse, de cumplir su tarea y dejar después el sitio a otros, en su generosidad natural sin pedir nada a cambio; ambos tienen el corazón en la mano, son vivos, impetuosos, les gusta el riesgo. Y uno y otro, cada uno a su manera, han *«arriesgado su carrera»*. Han vivido al unísono durante todos estos años de una manera que Foucauld describe en una carta que envía a su hermana el 24 de agosto de 1909: *«En ese momento, lo espiritual y lo político están aquí unidos íntimamente. Busco familiarizar, hacer amigos, civilizar, extender la instrucción y la educación como fundamento necesario de lo que es más alto y mejor, verdaderamente alto y bueno, lo único necesario. En este trabajo preparatorio, dulce, paterno, amistoso para los indígenas, Laperrine me es una ayuda continua y poderosa»*.

Otro Tamanrasset

Tras el anuncio de la muerte de Mons. Guérin, Foucauld escribe, el 16 de mayo, al padre Voillard y hace balance con él: *«Esta marcha imprevista me hace desear con más fuerza la compañía de un sacerdote que continúe la pequeña obra comenzada aquí: ¡hay tan poco hecho! Sin embargo, el contacto con muchos indígenas ya está establecido, la confianza entablada, el conocimiento iniciado; este conocimiento, esta confianza aumentan cada día; cuando los estudios de la lengua tuareg estén acabados, podré consagrar más tiempo a las relaciones con los Tuaregs. La confianza y el conocimiento aumentarán cada día más rápido. Por otro lado, conozco a las personas y, tras seis años de estancia casi continua, conozco también las cosas y la lengua. Pido a JESÚS un sacerdote piadoso y entregado que se ponga al corriente de la obra y pueda continuarla, que lo haga mejor que yo. Podría vivir a mi lado, viviendo de mi vida o sin vivir de ella. No pido ser su superior, sino su amigo, estoy preparado para dejarlo solo en cuanto esté al corriente»*.

Ya no quiere ante todo discípulos, Hermanitos del Sagrado Corazón, sino solamente desea, al menos, un sacerdote amigo que pueda continuar lo que ha construido en Tamanrasset y que guarde el lugar de culto. ¿Qué hay que hacer según él? Traer lo antes posible *«instrucción»* a la población. Pero la condición *sine qua non* para conseguirlo es, primero y ante todo, que se establezcan en un lugar. El 1 de noviembre de 1910 explica al padre Voillard: *«Para los Kel Ahaggar, o, al menos, para la gran mayoría, el paso de la vida nómada a la vida sedentaria sería muy fácil; las tribus más fuertes son casi*

sedentarias; los camellos, bajo la guarda de algunos pastores, pueden pacer a gran distancia, pero las tiendas, con las familias y los rebaños de cabras, están casi fijas; no se desplazan más que en un radio de cuarenta kilómetros; esa cifra es un máximo que casi no alcanzan nunca. Desde que hay paz, por estos tres años de ocupación francesa, ya se aprecia un resultado con respecto al sedentarismo de los habitantes. A mi llegada no había más que una casa en Tamanrasset, las demás eran chozas. Ahora hay quince o veinte casas, se construyen sin cesar; pronto habrán desaparecido las chozas; lo mismo ocurre, dicen, en otros pueblos. En todo el país, los cultivos se multiplican. Todo tuareg que tiene medios económicos tiene campo de cultivo. Desgraciadamente, ellos no cultivan, hacen cultivar a los haratin venidos del Tidikelt o a los negros. Vigilar los trabajos, cosechar, eso lo hacen los tuareg, pero poner la mano en la azada, eso lo desdeñan. La instalación en el país de religiosos que cultivaran con sus propias manos sería un buen ejemplo para el país». Escribirá de nuevo con insistencia a Mons. Livinhac el 9 de diciembre de 1910: «Moussa, tan inteligente como es, ¿será lo suficiente para reaccionar contra los gustos errantes de su raza, e intentar fijar poco a poco a su pueblo? Eso se hará sin duda ciertamente con el tiempo, si el país se administra bien, ya que el Ahaggar es más un país de cultivos que un país de pastos; ni la tierra ni el agua faltan para los cultivos, mientras que los rebaños sufren mucho por la sequía. El gran obstáculo para el desarrollo de los cultivos es la pereza y, más todavía, el orgullo de sus habitantes, que, por un triste prejuicio, miran como por encima el trabajo del campo; lo practican, casi exclusivamente, extranjeros, gentes del Touat o esclavos liberados».

Para ayudar a ese «desarrollo de los cultivos», desearía que vinieran religiosos: «religiosos que trabajen con sus manos, en una cierta medida, serían muy benéficos para este país; algunos, al trabajar manualmente, darían ejemplo y su ejemplo haría que, con el tiempo, cayera el descrédito del trabajo manual». En este sentido, tuvo un proyecto que transmitió el 1 de junio de 1908 a Mons. Guérin. «Escribiré una carta y enviaré por correo al Padre abad de Notre-Dame-des-Neiges para pedirle que me preste por un año al buen hermano Agustín, ese gran y buen hermano converso, antiguo zuavo, que habrás visto. Por su caridad, su dulzura, sus oraciones, por su ejemplo del trabajo manual, por su corazón tan entregado y tan cálido, haría tanto bien».

Foucauld conoció a ese hermano converso, «antiguo soldado de África», en Notre-Dame-des-Neiges, en su estancia en el monasterio entre 1900 y 1901. Desgraciadamente, Dom Martin, abad de Notre-Dame-des-Neiges, muere en diciembre de 1908 sin haber respondido a esta llamada de Foucauld. Pero quizá Dom Martin habría respondido «no» ya que, si bien amaba y estimaba mucho a Foucauld, conocía su carácter testarudo. Aquí también se cerró una puerta. Pero retengamos esta idea de Foucauld: «religiosos» que

vengan a dar al Hoggar el ejemplo de trabajo manual tan desacreditado entre los tuaregs.

En su carta del 16 de mayo de 1910 al padre Voillard, Foucauld, que no sabe todavía que su prefecto apostólico ha muerto, se pregunta sobre los trámites que Mons. Guérin había prometido hacer en Roma sobre la cofradía. *¿Ha podido hacerlos? «Conoce usted mis deseos en relación al establecimiento de una fraternidad para la práctica de las virtudes evangélicas, la devoción al Santísimo Sacramento y a la conversión de los infieles. Siguiendo el consejo de Mons. Bonnet, obispo de Viviers, pedí al Reverendo Padre Guérin que presentara en Roma el proyecto, antes de comenzar su realización. ¿Qué han hecho? ¿Ha habido una respuesta? Lo ignoro totalmente. Le agradecería que me lo dijera. Por el criterio de mi director y el de Mons. Bonnet empecé este trámite, continuaré haciendo lo que ellos me digan».*

El «proyecto» que ha de presentar en Roma no es un proyecto de Congregación, de Hermanitos y Hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús, ni de una Tercera Orden unida a una Congregación, sino el de una cofradía, un conjunto de bautizados, sacerdotes y laicos, reunidos en «sociedad», «asociación», que Foucauld denomina UNIÓN DE HERMANOS Y HERMANAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. Podemos ver que «el sufijo -itos» ha desaparecido. Anuncia a su obispo la muerte de Mons. Gérin, lo que pone todo encima de la mesa. Mons. Bonnet le invita a un nuevo viaje a Francia para pasar más tiempo para trabajar en la Fraternidad y para encontrar a un sacerdote que vaya con él a Tamanrasset. Foucauld recibe esta carta el 15 de diciembre de 1910. Deja Tamanrasset el 2 de enero de 1911.

11. SIN NINGÚN COMPAÑERO

Sale de Tamanrasset el 2 de enero de 1911 y vuelve el 3 de mayo: cuatro meses de ausencia. Llega el 17 de febrero a Francia, volverá el 15 de marzo.

Ese viaje se lo ha aconsejado Mons. Bonnet y Foucauld ve una indicación de la voluntad de Dios; su obispo está de acuerdo en que busque en Francia un compañero, un sacerdote si fuera posible. Y, sobre todo, tras la muerte de Mons. Guérin, al que el obispo de Viviers había deseado dar la responsabilidad de la cofradía, Mons. Bonnet quería ver con su sacerdote, Charles de Foucauld, cómo encarar el futuro. Había aprobado su iniciativa y quería asumirla.

Para tener un compañero, Foucauld se dirigió a los Padres Blancos. Estos tenían muchas dificultades y no podían ni pensar en confiarle uno de sus buenos elementos. Además, había que tener peso para ser el compañero de Foucauld y había pocos candidatos para una vida tan extrema. Ya vimos, al principio de 1907, la odisea, rápidamente interrumpida, del hermano Michel, joven bretón de veintitrés años, hijo de pescador, que acababa de ser durante tres años zuavo de África; el hermano Michel capituló mucho antes de llegar a Tamanrasset. Y también había habido un joven Padre Blanco de treinta años, Pierre Richard, de gran celo, a quien le faltaba incluso un poco de medida, según Mons. Guérin. Sus discusiones con Foucauld en noviembre de 1904 habían mostrado que no coincidía exactamente con el horizonte de Foucauld. El padre Voillard le nombró en 1906 superior de la comunidad de El Golea.

En 1906, Foucauld pensó en traer otro Padre Blanco de Maison-Carrée, más maduro –treinta y cinco años–, el padre Camille de Chatouville, quien había sido secretario de Mons. Livinhac y después tesorero general de los Padres Blancos. Cuando Foucauld lo conoce es ecónomo y le hace algún servicio; lo habría visto de buen grado como «*secretario*»; su director, el padre Voillard, no lo dejó irse. En el fondo, los Padres Blancos admiraban como un santo al padre De Foucauld, pero encontraban su vocación demasiado alejada de la suya, singular y demasiado original. Foucauld lo comprendió y por eso miró hacia Francia «*para intentar encontrar un compañero, un sacerdote que se sienta llamado por Dios a compartir mi vida y para intentar interesar en el proyecto de la cofradía al pequeño número de sacerdotes que conozco*», escribe el 26 de enero de 1911 al padre Voillard.

Los parientes próximos

No olvida a la familia y a los amigos. La familia: María de Bondy en París; su hermana en Côte-d'Or, cuatro días del 9 al 13 de marzo. Pero, con gran pena, no podrá

ver a su viejo amigo Gabriel Tourdes, a quien había invitado a casa de su hermana que escribió a Charles: *«¿Este excelente Gabriel Tourdes vive, pues, todavía? No me dices si está casado, viudo o soltero, ¡qué buenos recuerdos me traerá su estancia entre nosotros!»*. A lo que responde Charles a María: *«Gabriel está en San Dié, magistrado, soltero y venerado como un santo, no por su piedad, sino por su caridad, su entrega a los pobres, su vida solitaria, laboriosa y simple»*. Le gustaría mucho volverlo a ver y *«hacer bien a su alma»*; no olvida que Tourdes, como su otro amigo incomparable, Laperrine, a quien verá en Lunéville donde dirige un regimiento, es no creyente, agnóstico. Foucauld le escribió que, si no puede venir a casa de su hermana, que, al menos, se podían ver por el camino: *«Llegaré [en tren] a Dijon el 13 a las 7.06 h. de la noche y me quedaré hasta el 14 a las 4.19 h. de la mañana. Si no tuvieras tiempo de venir a Barbirey, podrías, al menos, pasar esta noche conmigo en Dijon. Podríamos hablar mucho durante la noche y pasaríamos unas buenas nueve horas juntos. ¡Qué inmensa alegría sería para mí volverte a ver!»*. Continuarían las intensas noches de conversaciones de su juventud. La amistad es, en la vida de Foucauld, una realidad infinitamente preciosa e importante. Trabó una gran amistad con el joven prefecto apostólico, Mons. Guérin, hasta su muerte, que fue rápidamente recíproca. Con unción eclesiástica al principio: *«Mi querido y santo amigo»*, le escribe Mons. Guérin en septiembre de 1901. Y Foucauld le responde: *«Mi muy venerado y santo amigo»*. Después: *«Mi muy querido amigo»*, escribe en octubre a Mons. Guérin; un año más tarde: *«Mi bien querido Padre y amigo»*; *«Mi bien querido amigo»*, en 1906; y, siempre Mons. Guérin a Foucauld, el 1 de septiembre de 1907: *«Mi querido Padre y muy tierno amigo»*. Estos dos grandes luchadores saharianos son sorprendentes. Se tratan de usted porque es el uso, ¡pero son tan cercanos!

Con Laperrine también se trata de usted. Foucauld se tutea solo con su hermana María y con su amigo Gabriel. Trata de usted a sus dos primas Catherine y María y, desde luego, al padre Huvelin. El mayor amigo, después de Gabriel, con Gabriel, es Henri Laperrine, pero los dos *«amigos incomparables»* no se encontraron nunca. Foucauld hubiera querido que se conocieran.

Verá, sin embargo, a Henry de Castries en París el 2 de marzo y el domingo 5 de marzo. A su vuelta a Tamanrasset le escribirá, el 16 de mayo, cuán feliz fue de volver a verlo y que rezará por su nieto Henry, que hará el 18 de mayo su primera comunión, *«pidiendo a Dios para él toda gracia, toda bendición y este amor soberano del bien, de lo bello y de la verdad que es la santidad»*. En París se aloja en casa de Catherine de Flavigny y de María de Bondy, y duerme en el hotel del Bueno La Fontaine. Celebra la misa en San Agustín, salvo el domingo 5 de marzo que la dice *«en el salón»* de su prima Catherine de Flavigny, gravemente enferma. Con su prima María vuelve a ver el apartamento donde vivió el padre Huvelin y donde falleció el 10 de julio de 1910[81].

¿Una esperanza?

En París se encuentra con Luis Massignon. «*Voy a ir –le escribe el 21 de febrero–. Con gran felicidad le daré la Sagrada Comunión en la misa que celebraré el jueves 23 en San Agustín a las 8.15 h.*». Este pequeño mensaje tiene una posdata: «*Si viene a visitarme en el desierto este otoño, o más pronto, ¡cuánto bendeciré a Dios! Sabe con qué ternura fraterna le recibiré en cualquier época*»[82]. Tras la misa del 23, se lo lleva a la calle Percier, a casa de María de Bondy. Excelente conversación entre ellos, en algún momento en árabe[83]. La perspectiva de una estancia de Massignon en Tamanrasset se precisa; se vuelven a ver el 25 de febrero. Massignon escribe a Claudel: «*Acabo de tener la alegría de pasar tres días con el padre Charles de Foucauld, de paso por París*». Y algunos días más tarde: «*En tierra árabe viví intensamente, tuve [...] las más magníficas ocasiones de aprender que para amar completamente hacia falta sacrificarse totalmente. Dios me tuvo en cuenta, muy paternalmente y es en árabe, bajo el nombre de Haqq, la Verdad (en masculino en árabe) que le conocí por primera vez. Es en árabe, sin duda, que le place que le sirva un día, como iré sin duda a preguntarle a Dios este otoño, cerca del padre de Foucauld*». El 23 de marzo, vuelve sobre el encuentro con Foucauld: «*Ya le dije que acabo de pasar en París con el padre de Foucauld momentos de gran consolación; prelude, espero, de largas horas en el desierto*» «*Le felicito por la idea de pasar algunos meses este verano cerca del padre de Foucauld –le escribe Claudel el 4 de marzo–. La mayor felicidad humana y la vía más fácil hacia la perfección, la que es mejor según el corazón de Dios, es, sin duda, la compañía de un santo*»[84].

Para Foucauld, nace una gran esperanza. En el camino de vuelta a In Salah, el 19 de abril, envía a Massignon indicaciones minuciosas sobre el recorrido que tendrá que hacer para llegar al Hoggar, sobre las maletas, los camellos, los precios. Hay que leer esta carta larga y sorprendente, de gran colorido[85]. Cuando llega a Tamanrasset, nueva carta, el 12 de mayo, para dar detalles y hablarle de los Padres Blancos que verá en la Maison-Carrée; y tiene otra idea: «*Se la someto sin dar ningún consejo. Dios es la ciencia infinita y toda ciencia es buena. Una vez que esté en mi eremitorio, estará a 25 días de Gaô; no le será, pues, mucho más largo ni notablemente mucho más caro volver a Francia por Gaô-Dahomey o por Gaô-Tombuctú-Dakar. Esto aumentará sus conocimientos, al ver Sudán, tan diferente de los países tropicales, y la población negra del país. Eso no puede tener ningún efecto negativo sobre las serias reflexiones que hará en el desierto ante Dios, hay resoluciones que se consolidan por todo lo que ocurre. Cualquiera que sea la dirección que tome su vida en adelante, no puede ser más que ventajoso para usted haber extendido considerablemente sus conocimientos viendo Sudán. Si desea información sobre el viaje Gaô-Tombuctú-Dakar, diríjase al coronel Laperrine, comandante del 18 Regimiento de Cazadores, calle Ernest Bichat,*

Villa des Roses, Lunéville. Es un viejo y excelente amigo. Como capitán ha dirigido los Spahis de Tombuctú; como comandante, teniente coronel y coronel, los Oasis del Sáhara. Dirigiéndose a él de mi parte, será muy bien recibido; le he hablado de usted y le escribiré diciéndole que quizá le consultará». Ha hablado tan bien de Massignon a Laperrine que pidió a este que escribiera a Gaston Maspero, que es el director de Massignon en El Cairo, para que Massignon reciba una misión en el Sáhara. Pero ¡sin el consentimiento de Massignon! Quiere hacer todo lo posible para que venga.

En cuanto a lo de encontrar un compañero, encuentra uno, el 19 de febrero, en Nîmes: un amigo, el padre Veyras, profesor en el seminario mayor, hijo espiritual del padre Antoine Crozier de Lyon. Le conoció por el Padre Abad de Notre-Dame-des-Neiges; le había escrito, por mediación del padre Huvelin, el 3 de diciembre de 1905, para proponerle que se uniera a él, pero dejó a su padre espiritual el cuidado de enviar esta carta o no. He aquí esta carta del principio de Tamanrasset: *«Lo que yo busco en este momento no es un enjambre de almas que entren en un cuadro fijo de vida para llevar exactamente un tipo de existencia bien dibujado... No, en el presente, lo que busco es un alma de buena voluntad, que consienta compartir mi vida, en la pobreza, la obscuridad, sin ninguna regla fija, siguiendo su atracción, como yo sigo la mía; no deseo más que tres cosas: buena voluntad absoluta y profunda, deseo de ser todo de Jesús –aceptación alegre de la más extrema pobreza, de todos los peligros, de todas las humillaciones y de todas las fatigas–, consentimiento para seguir mis opiniones, no por lo que concierne al interior, sino por lo que toca a las relaciones exteriores con el mundo (estas, bajo pena de hacer mal en lugar de bien, exigen la experiencia del medio que me rodea)».* Es una carta bastante medida: no pide tomar un compromiso radical hasta la muerte, ni seguir una regla como la de los Hermanitos del Sagrado Corazón. Foucauld escribía al padre Huvelin sobre esta proposición hecha al hermano Veyras: *«Soy tan cobarde que no veo sin miedo la presencia de un hermano en mi soledad. ¡Estoy tan bien solo! Pero, para los otros, más vale ser dos o varios».* Frase reveladora que muestra cómo la inclinación natural de Foucauld es la soledad: siempre ha amado estar solo. Si desea un compañero, no es para tener compañía, sino porque en Tamanrasset hay una tarea que llevar a cabo y tiene necesidad de alguien que le ayude y que la prosiga tras él.

Huvelin no transmitió esta carta al padre Veyras; signo, sin duda, de que no creía que Foucauld soportara a un compañero a su lado; que no veía a Foucauld dirigiendo a alguien con su *«consentimiento»*, incluso solo para las *«relaciones exteriores»*. Pero nos permite darnos cuenta de que, a finales 1905, Foucauld ya no busca constituir un *«enjambre de almas»*, la congregación que había imaginado, sino un alma de buena voluntad que le ayude. En 1911 acaba de encontrar en Francia un compañero, un asistente, no uno de los *«Hermanitos del Sagrado Corazón»*. Para encontrar un

compañero irá también el 20 de febrero a Notre-Dame-des-Neiges y saldrá de allí con un candidato.

La Cofradía

Al llegar a Francia, fue enseguida a Viviers para encontrar a su obispo, con el que pasa la jornada del 18 de febrero. Examinan juntos la cuestión de la Unión y Mons. Bonnet le hace comprometerse para encontrar desde ahora un responsable y socios para la cofradía.

Foucauld pide una cita con el padre Crozier. Es un sacerdote de Lyon del que leyó en 1903 *«un librito muy bueno, y que contiene muchas cosas en pocas páginas»* –escribió a Mons. Guérin, el 24 de noviembre de 1903 a propósito de *Excelsior*, que Crozier publicó anónimamente–. El padre Veyras le había enviado el *«librito»*. Este le interesó tanto que sacó, palabra por palabra, resoluciones que toma en la Navidad de 1903, comprometiéndose ese día con una asociación que el padre Crozier había fundado y que llamó *«Unión en el Sagrado Corazón»*. Esta asociación tiene *«como característica el ser a la vez una obra de apostolado universal y de santificación mutua, pero sin ninguna inscripción oficial, sin registro ni asamblea general o local, ni siquiera ejercicios de piedad particulares. [...] Una familia invisible de almas creyentes, unidas entre ellas por una misma voluntad de hacer todo en y por el Amor, en y por el Corazón de Jesús»*. Foucauld había leído en *Excelsior*: *«La Unión en el Sagrado Corazón y por el Sagrado Corazón es una aplicación eficaz de la Comunión de los Santos entre todos aquellos que quieren amar y hacer amar al buen Dios y al Corazón de Jesús»*^[86]. El padre Crozier hablaba de su Unión como la de una *«verdadera sociedad sobrenatural de socorro mutuo»*. Antoine Crozier, doctor en teología, estuvo muy marcado, entre otros, por los escritos de Francisco de Sales y del padre de Caussade. Su pensamiento, vigoroso, se sitúa en su línea: *«Está muerto y enterrado el estrecho jansenismo que, poniendo límites al amor de Dios por la humanidad, encerraba y secaba los corazones. Puesto que ya no estamos bajo la ley del temor, no temamos hablar y vivir del amor del Buen Dios, y de hacer vivir de él las almas, de darles, a pleno corazón, el Jesús-Amor de los santos»*.

En 1904, el padre Veyras puso en contacto a Foucauld y a Crozier. Antonio Crozier, discípulo del padre Chevrier, fundador del Prado, tiene ocho años más que Foucauld; cuando se conocen por primera vez, en la mañana del 14 de marzo, el padre Crozier es todavía el sacerdote de un internado regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cerca de la basílica de Fourvière^[87], donde fue nombrado en 1905. Tenía en Lyon y la región numerosos discípulos espirituales, y, como el padre Huvelin en París, una reputación de gran discernimiento. Enfermo, gastado, el padre Crozier dimitió de su puesto en julio de 1911. Foucauld, a poco de volver a Tamanrasset, le agradece este

encuentro que ha estrechado mucho los lazos con él y con la *Familia*, añadiendo: «*En el campo del Padre de familia faltan obreros. Estoy solo para dos mil kilómetros de diámetro; ayúdeme a encontrar, si Jesús quiere, algunos monjes misioneros para hacer conmigo mejor que yo la obra de desbrozamiento evangélico en los pueblos musulmanes del Sáhara... Casi todos los pueblos infieles son colonias de las naciones europeas, todas están en contacto continuo con los cristianos; es un deber para los pueblos cristianos evangelizar las colonias de las que son padres y extender la luz sobre todos los infieles, sean los que sean, hijos desamparados y abandonados; ayudad a completar la obra que deseo tanto: una cofradía fuertemente constituida y que tenga como triple finalidad la práctica de las virtudes evangélicas, la devoción al Muy Santo Sacramento y a la conversión de los Infieles*». Acaba su carta con una invocación: «*¡Corazón de Jesús! Dad misioneros que sean santos!*». «*Ayudadme*» aparece cuatro veces en esta primera carta de Foucauld a Crozier.

Almuerzo en casa del padre Crozier el 14 de marzo y va enseguida a Viviers donde encuentra a Mons. Bonnet de 17.30 h. a 20.30 h.; después toma el tren de noche, como lo hizo durante todos sus viajes a través de Francia. Se embarca el 15 para Marsella hasta Argel. ¿Qué conserva de este viaje de 1913? Mons. Guérin está muerto y su sucesor no parece querer hacer los trámites en Roma para su proyecto. El obispo de Foucauld retoma las cosas en mano y definitivamente entiende las ideas de su sacerdote: la pseudo-congregación religiosa es ahora una «*cofradía*» primeramente de estatuto diocesano, a la manera de la «*Unión*» que fundó el padre Crozier, una cofradía muy simple y flexible, no una organización piramidal, con un superior general en Roma, sino con un director general por nación. El padre Crozier le aconsejó que presentara su cofradía sobriamente en un prospecto con una imagen como él hizo en la presentación de la suya. Las perspectivas han cambiado.

«*Su carácter alegre*»

Apenas desembarca en Argel, llega el 16 de marzo a la Maison-Carrée, encuentra al padre Voillard y le pide que reemplace al padre Huvelin, que sea su padre espiritual. Foucauld aprecia la sagacidad de este hombre, excelente maestro de novicios, con energía y, al mismo tiempo, lleno de bondad. Tiene dos años menos que él; no es un «*padre*» para él como el padre Huvelin, sino más bien un hermano. Foucauld confía ese paso de testigo a María de Bondy. Desde este encuentro, el padre Voillard le dice «*claramente que vaya cada dos años a Francia durante algunas semanas, ¡como este año!*». Foucauld está muy contento de saberlo. Escribe enseguida, el 19, a María de Bondy, añadiendo: «*¡Qué divinamente tierno es Jesús!*». Encontró al padre Bardou, sucesor del padre Guérin como prefecto apostólico, que le pide que le escriba todos los meses. «*A su paso por los seminarios mayores de Francia, en 1912, intentará*

encontrarme compañeros. No aceptar más que compañeros sacerdotes muy piadosos de más de cuarenta años» (Cuadernos de Tamanrasset).

Se pone en camino hacia Tamanrasset. Pasa por Beni Abbès el 27, 28 y 29 de marzo. El 15 de abril, sábado santo, llega a In Salah y se queda toda la semana de Pascua.

El jefe del anexo, el capitán Charlet –reemplazó a Niéger, que se casó y pidió volver a Francia– acoge calurosamente al amigo de Laperrine. Los cristianos de la guarnición asisten a la misa de Pascua.

Tras su paso por In Salah, el capitán Charlet escribe a su mujer: *«Celebró en una pequeña habitación microscópica de una casa de tierra. Una mesa de campo por altar, las botellas de Ricqlès como vinajeras, una lata de sardinas como plato de ablución y todo en armonía, muy limpio por otra parte, y bien ordenado. Es verdaderamente un carácter interesante y simpático –añade Charlet–. Sabe todo en materia marroquí y tuareg. Pero también... en materia social. Se puede decir todo ante él y él mismo dice todo bajando bastante los ojos y con el tono justo para que choque lo menos posible. Excesivamente dulce y modesto, pero tiene todavía las cualidades de un oficial de caballería»*.

«Un santo triste es un triste santo», decía Francisco de Sales. Seguramente, Foucauld no es un santo triste y la carta del capitán Charles a su mujer le muestra al natural: encantador y seductor. Con verdadera elegancia de espíritu, es, al mismo tiempo, de una gran dulzura, aun siendo anteriormente tan brusco; su ascetismo real no le impide el buen humor. Hay que insistir en este retrato de Foucauld que contrasta con lo que se quiso decir de él: *un fondo melancólico con gusto a nada*^[88]. Cuando encuentra la vida tras el gran episodio de falta de salud de 1908, Laperrine, que estuvo muy inquieto, queda estupefacto, ya nos acordamos, y se alegra cuando le vuelve a ver en junio al llegar a su encuentro a caballo: *«Llegó a mi campamento galopando como un alférez, a la cabeza de un grupo de caballeros tuaregs –escribe Laperrine a Mons. Guérin–. Se encuentra bastante bien, está resplandeciente de salud y de alegría»*. *«Conversión y alegría»*: es el propósito de retiro que decidió Foucauld.

Desde su ordenación Foucauld dejó su dureza, su absolutismo intransigente y encontró algo de la exuberancia de su juventud, un rasgo que sorprende a aquellos que le encuentran y que esperaban encontrarse con un ser tenso y rigorista. Y vive la alegría de los que, no siguiendo una idea fija que haya que hacer triunfar a toda costa, se adaptan a la vida. Foucauld está ayudado por el verdadero abandono a la Providencia a la manera de Caussade (acaba de recomendar la lectura de este libro a Massignon, el 24 de noviembre de 1910: *«La virtud de abandono está perfectamente explicada y el libro todo entero es luminoso»*). Lejos está el período en el que, para él, *«virtud»* era el sinónimo de estoicismo, de perfeccionismo radical. Aquí, virtud se conjuga con

«abandono». Y, en el episodio con el hermano Michel, se equivocaron al ver, en la salida de este, un efecto de las exigencias de Foucauld. El hermano Michel se fue porque Foucauld mostraba demasiada flexibilidad en los oficios y ritos religiosos; no podía soportar las adaptaciones a las circunstancias. Cuando se trató de que el padre Richard se le uniera, el padre Voillard le disuadió no solo por miedo a la austeridad de Foucauld, sino porque no veía en él esta vocación de presencia discreta. En relación a esto Mons. Guérin escribirá al padre Voillard, a final de 1904, hablando de Foucauld: *«Como todos aquellos a los que dirige el Espíritu de Dios, sabe maravillosamente apreciar las circunstancias, y estoy convencido de que, si tuviera la felicidad de encontrar un compañero, no le pediría, en el tema de austeridad y trabajo, más que lo que fuera capaz de soportar. El P. Charles, siendo muy duro con él mismo, es, al mismo tiempo, muy moderado para los demás, poniéndose perfectamente a su alcance. Es lo que hace que los oficiales y los soldados que lo conocen le admiren»*.

Nos acordamos que Mons. Guérin había venido por primera vez a Beni Abbès en junio de 1903, acompañado por su asistente, el padre Vellard. Este, en su Diario de viaje, había anotado la «buena gracia» y la «sonrisa» de Foucauld que *«habían conquistado todas las simpatías»*. Después de esta visita a Beni Abbès, la primera que le había hecho, Mons. Guérin se había «tranquilizado» y había tranquilizado así a Mons. Livinhac: *«El querido padre tiene una alegría tan completa que uno se tranquiliza enseguida sobre él. Su inalterable dulzura, su interminable caridad y, además, su carácter alegre le hacen ganar todos los corazones»*. Y, habiéndolo visto vivir así, Mons. Guérin puede escribir a Roma el 28 de agosto, cuando pide permiso, para él, para celebrar solo; *«Últimamente, en el curso de un largo viaje que he podido hacer en esta parte de mi prefectura, he tenido la suerte de pasar algunos días cerca de mi querido anacoreta sahariano. He quedado edificado, más de lo que puedo decir, por todas las virtudes que he admirado en él: espíritu de fe, celo, caridad, mortificación, pobreza, humildad, dulzura y, por encima de todo, la irradiación de una alegría completamente celeste»*.

Así, tanto militares como eclesiásticos, cada uno a su manera, coinciden en su dulzura, su alegría profunda. Quisiéramos subrayar también que continúa siendo un hombre del mundo, de una gran cortesía, de una exquisita conversación. Ya, en Samour, cuando tenía veinte años, la Escuela de Caballería, llamaba la atención como alguien que tenía *«una conducta mediocre»*, pero *«muy buenos principios»*; y el inspector general había indicado: *«Tiene distinción, ha sido buen alumno. Pero tiene la cabeza ligera y no piensa más que en divertirse»*. Tiene *«distinción»*.

«Monjes misioneros»

Durante su viaje a Francia pasó el 20 de febrero por Notre-Dame-des-Neiges.

Encontró, entre otros, a un hermano converso, Agustín Juillet, a quien le une una vieja amistad. Persona original, Agustín, que había sido zuavo en África, entró en la Trapa y continuó en relación de correspondencia con Foucauld. Este, el 1 de junio de 1908, escribió, ya lo vimos, a Dom Martin, el venerado Padre Abad, pidiéndole que le «*prestara por un año al buen hermano Agustín*»; quería que viniera a Tamanrasset para mostrar a los tuaregs «*el ejemplo de trabajo manual*», y que «*este gran y buen hermano converso con el corazón tan entregado y tan cálido*» fuera una presencia fraterna. Foucauld buscaba compañeros que tuvieran el «*corazón cálido*», como Motylinski a quien había apreciado tanto por esta misma cualidad, que le había hecho feliz, subrayando –a Mons. Guérin– el «*muy buen corazón que contribuirá a hacernos amigos de los tuaregs*» (5 de junio de 1906). Pero Dom Martin murió en diciembre de 1908.

Ahora va a Notre-Dame-des-Neiges, en peregrinación, pero también para encontrar un compañero del carácter del hermano Agustín. Le habían invitado a hablar a los monjes; lo que hizo brevemente. Entre sus auditores está el padre Antonin Audigier que conoció como joven novicio de veinte años cuando vino a Notre-Dame-des-Neiges para prepararse, en 1900-1901, a la ordenación sacerdotal. Algunos días más tarde de su estancia, el padre Antonin le escribe a Tamanrasset para pedirle precisiones sobre la vida que lleva, diciéndole que algunos monjes de Notre-Dame-des-Neiges, de su entorno, quisieran llevar una vida más apostólica que la de la Trapa, como monjes. Foucauld encuentra la carta el 3 de mayo a su vuelta, a la que va a responder muy ampliamente, el 13 de mayo.

Su respuesta es compleja, llena de redundancias, poco construida. Notamos que está escrita de modo muy espontáneo. Nos dice mucho sobre el estado en el que se encuentra entonces Foucauld. Pero hay que volverla a leer recordando constantemente quién es el destinatario: un trapense, un monje de treinta años. Y el escritor, Foucauld, que quisiera traerse al padre Antonin a Tamanrasset, escribe una carta con este objetivo: mostrar a su joven amigo monje y a sus amigos qué podrían encontrar exactamente en Tamanrasset con lo que satisfacer sus aspiraciones: Foucauld tiene mucho en cuenta en alguien, como lo hacía el padre Huvelin, su «*atracción*», su deseo profundo. Finalmente, hay que ver que, en su respuesta, Foucauld mezcla sin cesar la vida que lleva realmente y la vida que quisiera llevar, una vida «*imaginada*», podríamos decir incluso.

Ejemplo: «*Estoy solo y siempre he estado solo desde hace diez años*», dice al principio; y al final: «*En el momento presente, estoy solo, tengo cuatro centros, cuatro eremitorios, entre los que me muevo, en el Sáhara*». ¿Cuatro lugares? Está indicado en su testamento[89], datado el 13 de diciembre de 1911, que posee cuatro propiedades. En primer lugar, Benni Abbés, donde ha pasado tres días del 27 al 30 de marzo al volver de Francia para ordenar alguna cosa y ya no volverá jamás. Ya en junio de 1908 había

escrito a la Trapa de Notre-Dame-des-Neiges ofreciéndole su «eremitorio»: «*Beni Abbès estaría muy bien para veinte religiosos; les regalaría mi eremitorio*». Consideraba que había hecho el trabajo de desbrozamiento y que ya podía ir a otra parte: «*Una casa y un jardín en Beni Abbès (Oued Saoura, Extremo sur oranés). El terreno lo compré por mil ciento cincuenta francos; ha ganado valor desde la plantación de palmeras que hice y por el agua que encontré; en la casa se encuentran, en cajas, la mayor parte de mis papeles y un gran número de libros religiosos y de objetos que sirven al culto; sea la casa, los libros, etc., pueden ser útiles a los Padres Blancos. Los títulos de propiedad del terreno están entre mis papeles en Beni Abbès en una caja*»[\[90\]](#).

El segundo lugar: In Salah. Foucauld vivió allí en total durante un mes en febrero-marzo de 1907 con el hermano Michel y estudió la lengua tuareg y su léxico con Ben Messis, un militar de la compañía del Tidikelt. «*Una casa en Insalah. Pequeña y de poco valor (la compré por 90 francos), que contiene un poco de mobiliario, pero muy poco, y nada de papeles, ni libros, ni objetos de culto; puede sin embargo, dar servicio a los Padres Blancos porque está situada, en medio del barrio más popular, y es útil tener un lugar de paso y no tener que verse obligado a pedir hospitalidad. No tengo título de propiedad, pero la casa ha sido pagada por el intermediario de la oficina árabe en la que tengo una cuenta. Fue comprada en el invierno de 1907; el registro de la compra se encontrará en las cuentas de la oficina árabe*»[\[91\]](#). No se puede hablar de residencia regular.

El tercer lugar: Asekrem, una llanura de quinientos metros de diámetro a 2.700 metros de altitud, a cien kilómetros al este de Tamanrasset, que Laperrine le descubrió en septiembre de 1909 y le encantó. El padre Huvelin le comprometió a que se estableciera un eremitorio. Estuvo allí cinco meses en total, del 6 de julio al 14 de diciembre de 1911. Es ante todo un lugar simbólico en el que no ha residido todavía cuando escribe al padre Antonin, lo hemos de tener en cuenta. He aquí lo que dice sobre eso en su testamento, justamente el último día de su estancia en Asekrem: «*Una casa en Asekrem (Ahaggar) con un comienzo de pequeño jardín en un barranco vecino (el barranco de Tinserin). Ninguna propiedad. El terreno está en el primer ocupante y la he construido yo mismo: la casa costó y vale unos dos mil francos. Contiene un altar que me es muy querido: es un pequeño altar en madera negra que estaba en el apartamento del p. Huvelin, sobre el cual tenía yo el permiso de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y que me fue enviado tras su muerte. Deseo que este altar se quede siempre en la capilla de Asekrem. El p. Huvelin es el que me aconsejó construir este eremitorio y me dio los primeros fondos para ello. La casa de Asekrem contiene además un cierto número de libros religiosos y un poco de mobiliario. Está extremadamente bien situada para la evangelización del Ahaggar. Nos encontramos en contacto con la parte más importante de la población del país, que no deja jamás el macizo montañoso central y la casa no*

se vería nunca si no estuviera en pleno centro; esta casa será particularmente útil a los Padres Blancos».

Para acabar, Tamanrasset, el lugar en el que se puede decir que ha tenido una cierta residencia; aunque esta no haya sido muy continua: reside trece meses a partir de agosto de 1905; dieciocho meses a partir de julio de 1907; de nuevo dieciocho meses a partir de junio de 1909; tres meses de mayo a julio de 1911; dieciséis meses a partir de enero de 1912; y tres meses al final, de diciembre de 1913 hasta su muerte. De agosto de 1905 a noviembre de 1916, lleva ya ciento cuatro meses; o sea, ocho años y ocho meses, de presencia en Tamanrasset, interrumpida por treinta y dos meses de ausencia, casi un tercio. Habla brevemente en su testamento de este lugar, que fue sin embargo importante para él: *«Una casa en Tamanrasset (Ahaggar), con un pozo y un pequeño jardín. Sin título de propiedad. El terreno está en el primer ocupante y la hice construir yo mismo. La casa costó y vale cerca de 500 francos; contiene cierto número de objetos religiosos y un poco de mobiliario; dará servicio a los Padres Blancos, ya que Tamanrasset es uno de los lugares más importantes para la evangelización del Ahaggar».*

Lo que sorprende primeramente, en la carta del padre Antonin, es que habla alegremente de esos *«cuatro centros»* entre los que dividía su tiempo como equitativamente: la realidad está lejos de la ficción. Pero lo más importante es que, en su testamento, que escribe siete meses después de esta carta, habla de Tamanrasset y del Asekrem como de lugares no como ermitas o lugares de retiro, sino de contacto, de *«evangelización»*.

A partir de estos cuatro lugares, Foucauld formula la hipótesis de que recibirá uno o varios compañeros: *«Si fuéramos dos, mi hermano estaría en un puesto fijo aquí, con los tuaregs, donde la presencia continua de un sacerdote es más necesaria que en otros sitios; yo estaría durante siete u ocho días del año con él, y, durante otros cuatro o cinco, en mis otros eremitorios; si fuéramos tres, mis dos hermanos estarían siempre aquí y yo estaría siete u ocho meses. Si fuéramos más de tres o cuatro, comenzaríamos a repartirnos en dos residencias y así en adelante».* Siempre se puede soñar: de momento, ningún compañero aparece en el horizonte, aunque no es necesario tener ninguno para esperar su multiplicación. Porque, además, Foucauld va más allá de tres o cuatro: *«Si el Buen Dios me da hermanos, dado la inmensa extensión de los países infieles que convertir, vale más, para la salud de los hombres, repartirse en pequeños grupos de tres o cuatro, tan numerosos como sea posible que formar monasterios más poblados».* Démonos cuenta de que nos encontramos ante una concepción diametralmente opuesta a lo que está dicho en la Regla de 1899, en donde los eremitorios debían ser en general de una veintena de miembros y no podían, en ningún caso, existir con menos de doce profesos (artículo XXXVIII).

Sigue luego, en el cuerpo de la carta, la parte más importante, consagrada a comparar

la vida monástica que proclama, con la de la Trapa, de manera un poco injusta para la Trapa. Son juicios parecidos a los que había emitido cuando ya no se sentía bien y quería dejarla antes de 1897: *«La vida es una vida monástica; ayuno y restricciones perpetuas, sin vino, gran pobreza, trabajos manuales de pobre y de campesino, pero moderado; más o menos ocho horas de oración, santas lecturas, ejercicios espirituales, ocho horas de trabajo manual o trabajo apostólico, ocho horas para el sueño y las comidas. La vida, en cuanto austeridad, sería más o menos equivalente a la de la Trapa, menos dura por cierto lado, pero más pobre, y, por consiguiente, más dura por otro. Como ejercicios espirituales, el santo Oficio recitado conjuntamente (nunca cantado), sin ninguna obligación del coro, la adoración del Santísimo Sacramento, la oración y las santas lecturas. [...] Comparando esta vida a la de la Trapa, encontrará una vida de austeridad igual, pero mucho más dura por su mayor pobreza; más dura también porque el clima es duro y fatigoso, y la alimentación es completamente diferente de la de Europa; no hay que pensar en introducir aquí la alimentación europea, que sería un lujo costoso, sino vivir de lo que se vive en el país: trigo, dátiles, productos lácteos; en cuanto a vestidos, a residencia, no encontrará más que lo más pobre y rústico, nada que parezca a la vestimenta cuidada y a las casas de Francia; pero esto parece mucho a lo que podían ser los vestidos y la pobre casa de JESÚS en Nazaret. Tendrá una vida diferente a la de la Trapa, en que todo se hace a su hora y según una estricta obediencia. No hay ninguna de esas pequeñas prescripciones exteriores, minuciosas, de la Trapa, sino una vida de familia completamente simple. Tendrá una vida diferente de la Trapa en cuanto que no habrá ningún oficio cantado ni misa cantada, ni oración vocal diferente a las del breviario, pero mucha adoración, oración, rezos o lectura silenciosa a los pies del Santo Sacramento. Tendrá una vida diferente de la Trapa, en que una parte del tiempo consagrado al trabajo manual podrá ser, si el superior estima útil, según su orden, empleada en el trabajo apostólico que él quiera».*

La vida que propone no puede ser más distinta de lo que quería en su Reglamento, donde las prescripciones eran ultra minuciosas; ahora, se trata de una *«vida de familia completamente simple»*.

En cuanto al *«trabajo apostólico»* –que menciona, ya que el padre Antonin lo desea–, ¿de qué se trataría? Primero el trabajo, sea *«manual»* o *«apostólico»*, no sería un trabajo exactamente previsto por el Reglamento, sino un trabajo distribuido por el superior. Veamos lo que entiende, por una parte, por *«trabajo manual»* y, por otro lado, por *«trabajo apostólico»*: *«En cuanto al trabajo manual, un trabajo pobre, abyecto, como el de Nuestro Señor en Nazaret. Según las aptitudes, las atracciones, las necesidades, según lo que se crea que sea la voluntad de Dios, el superior de cada pequeño grupo de tres o cuatro encomendará a cada uno de sus hermanos, o bien*

totalmente el trabajo manual, o bien una parte de trabajo manual y otra apostólico, o todo apostólico. El trabajo apostólico, tal como lo he hecho hasta aquí y tal como lo veo ahora, consiste en conversaciones individuales con los infieles (y en ocasiones con los cristianos); el que está encargado de esto, aquí y en este momento, es como un benedictino encargado a la vez de los cuatro empleos “portero, hotelero, confesor de extranjeros, farmacéutico”; sin embargo, podría haber salidas afuera, un comienzo de ministerio que llevar a cabo».

Esta vida mixta, bastante híbrida, Foucauld la llama, para el padre Antonin, la vida de «monje-misionero»; *«Me pregunta cuál es mi vida: es una vida de monje-misionero fundada sobre estos tres principios: imitación de la vida escondida de Jesús en Nazaret, adoración del Muy Santo Sacramento expuesto, establecimiento entre los pueblos infieles más desamparados haciendo todo lo que puedo para su conversión».*

No olvida que está, en este momento y durante años, obligado a no poder exponer el Santo Sacramento. Le queda esta finalidad esencial: más allá de la presencia entre los «pueblos infieles más desamparados», la búsqueda de evangelizarlos, «un comienzo de ministerio», un primer trabajo de misión que consiste en desbrozar, que ya es plenamente Misión. Dice, para hablar sobre esto, que se trata de «puestos», como «los puestos de maleza», término utilizado por los misioneros, los Padres Blancos, por ejemplo: *«Veo esos puestos, esos eremitorios de tres o cuatro monjes misioneros, como vanguardias, hechos para preparar los caminos y ceder el lugar a otros religiosos organizados como clérigos seculares, cuando el terreno esté desbrozado».* En cuanto a las vocaciones para tales puestos, deben ser a toda prueba: *«Salvo muy raras excepciones, no se haría más que en favor de súbditos excepcionalmente virtuosos, no quisiera más que sacerdotes, sacerdotes excelentes y de edad ya madura».* Y retoma los mismos términos al final de su carta: *«Si queréis, mostrad esta carta a cualquier sacerdote que se crea llamado a compartir mi vida, a condición de que sea ejemplar y de edad madura».*

En el fondo, Foucauld describe de una cierta forma lo que vive en ese momento de 1911, salvo que no está en un eremitorio «de tres o de cuatro», sino completamente solo y no hace trabajo manual, sino intelectual. Se llama «monje», se dice a sí mismo que quiere vivir el Reglamento que se ha dado a sí mismo pero no lo sigue verdaderamente; no se le pueden negar sus buenas y piadosas intenciones pero se debe constatar que los marcos y sus ideas preestablecidas estallan por todas partes. Continúa remitiéndose a los Hermanitos del Sagrado Corazón, como cuando dice: *«si el Buen Dios me diera compañeros».* No quiere, por una especie de fidelidad, eliminar ese viejo deseo; no se sabe nunca. Pero su idea ya no es sistemática como en 1899 y en 1901. Y, de todas maneras, esta carta al padre Antonin no puede ser en ningún caso «el último documento detallado que tenemos de él sobre los Hermanitos del Sagrado Corazón»^[92]: no tiene

nada que ver con ellos ni con el Reglamento que les había dado. Finalmente, este texto, por sus ambigüedades y su estilo de sugerencias diversas, más que de proposiciones coherentes, no puede ser visto en absoluto como «*la última concepción que [el padre de Foucauld] nos dejó del género de vida que sus discípulos deberán seguir*»[93].

En realidad, este texto es otra cosa. Ya no habla, en ningún momento, de clausura, que le era sin embargo tan querida, hasta el punto de constituir el tema de un voto en el Reglamento de 1899. Y, sobre todo, es la dimensión misionera la que gana, la misión en su primer momento, en ese «*comienzo de ministerio*» a través del cual «*el terreno está desbrozado*». Un desbrozamiento que se define muy particularmente por «*conversaciones individuales*». El monje perdido en el silencio radical del Reglamento de 1899 ha desaparecido en provecho de ese monje misionero abierto al diálogo directo y personal. ¿Podemos llamar todavía al que, como hizo ver Mons. Guérin, se había dado a sí mismo su propio nombre, un nombre de monje, hermano Charles de Jesús, podemos seguir llamándolo «*monje*»?[94]. Por otra parte, comenzó a dejar de utilizar ese nombre. El 24 de noviembre de 1910, al escribir a L. Massignon ya no firmó como «*hermano Charles de Foucauld*»; igualmente, justo antes de escribir al padre Antonin –carta en la que firma «*hermano Charles de Jesús (Charles de Foucauld)*»–, firma la que escribe el 19 de abril de 1911 a Massignon «*hermano Charles de Foucauld*». Pero «*Hn*» desaparece en 1913; a partir de entonces, retoma su apellido familiar. Evolución incontestable de la firma, aunque se deslice a veces el nombre religioso. Evolución secular, si se puede decir.

Foucauld había escrito el 28 de marzo de 1908 a su cuñado, sin duda para tranquilizar a su hermana: «*Permanezco como monje, en un país de misión; monje misionero, pero no misionero*». De hecho, se ha convertido poco a poco en misionero y podrá definirse plenamente, cuatro meses antes de su muerte, como «*misionero aislado*».

Asekrem

A su vuelta a Tamanrasset, Foucauld escribe, el 14 de mayo, al padre Voillard, que «*volvió a buen puerto*», que «*encontró a mucha gente a causa de la cosecha*». Le habla de Massignon: «*Quizá este otoño me visite un joven muy piadoso y muy distinguido, M. Louis Massignon, antiguo alumno del Instituto Arqueológico del Cairo, que está a punto de pasar su examen de doctorado en letras. Si viene aquí, será para pasar alguna semana, para que las pase en el recogimiento del desierto, lejos del mundo, a los pies de Dios*».

Nuevo horizonte: el Asekrem. Foucauld piensa instalarse tras haber podido «*ver a unos y a otros, hablar con Moussa*», y salir después de «*tres semanas*». Y esto «*para un año al menos*». A María de Bondy le define ese lugar como su «*casa de campo del*

Asekrem»[95].

Presentación, el 16 de junio, del conjunto de la situación al amigo Gabriel Tourdes al mismo tiempo que una invitación para venir a verlo: «¡Que no puedas venir aquí, a mi eremitorio! Pero, a menos que no se haga el camino de tren transahariano[96], no me atrevo a pedirte una visita: es un viaje demasiado largo y demasiado cansado. Yendo a velocidad extrema, hace falta 40 días para ir de aquí a Argel: yendo a velocidad ordinaria, el doble: y, de todas maneras, es muy cansado a menos de ser joven y estar muy entrenado».

Pero he aquí la descripción de lo que, por otra parte, Foucauld llama sus «establecimientos»: Tamanrasset y Assekrem. «En el Ahaggar, tengo dos eremitorios, uno en Tamanrasset, Lat. 22, 47', 2; Long. 3,8', OE; Alt. 1.420 metros. A 300 metros de un pueblo de cien habitantes, en un amplio circo rodeado de altas montañas (3.000 metros). Muy próximos, por todos lados, campamentos nómadas. Otro, en Asekrem, a sesenta kilómetros al NNE de Tamanrasset, a 2.700 m de alt. En la cima de una montaña, con campamentos en los valles vecinos. El primer eremitorio es como una gran ciudad, pasan correos cada quince días (un buen hombre montado a camello trae las cartas de Insalah que está a 650 kilómetros), es el gran camino entre Argelia y Aïr, entre Insalah y Níger. Tenemos buena agua en abundancia, bella agua de fuente que corre por los riachuelos, bella y buena como las aguas de los Vosgues. Hay gallinas y huevos, verduras y trigo y cebada, mantequilla. Se encuentran aquí personas que, por cuatro monedas, traen leña, hacen cocer el pan, ayudan a cualquier trabajo. Siendo la vista muy bella, los atardeceres sobre las montañas son admirables. El otro eremitorio, Asekrem, es más severo. Estoy absolutamente solo en lo más alto de un monte que domina casi todos los demás y que es el nudo orográfico del país. La vista es maravillosa: a lo lejos se ve tan lejos como permite la vista hacia el Norte y el Sur. La vista abarca hasta el macizo del Ahaggar que desciende hacia el Norte y hacia el Sur hasta las inmensas llanuras desiertas; en las llanuras cercanas se da el enredo más extraño de picos y de agujas rocosas de formas irreales, más salvaje que los dibujos más fantásticos de Gustave Doré y que los decorados de ópera de una noche de sábado... Es una bella soledad que amo extremadamente; estaría muy bien que estuviéramos juntos, mi buen Gabriel; y, si hacen el transahariano, será fácil. En los alrededores, hay una multitud de terrenos que, cuando llueve, se cubren de hierbas perfumadas, y enseguida los tuaregs plantan sus tiendas para beber la buena leche de montaña».

Hace dos días que llegó Foucauld al Asekrem y escribe el 9 de julio a María de Bondy: «La habitación es clara y bastante grande para que puedan vivir dos personas». El año anterior había acabado la casa de arriba y el 16 de junio de 1910, escribió añadiendo a la misma descripción: «Ya sabe usted cuánto deseo tener un

compañero». No escribe esta frase este año. Sin embargo, tiene una doble esperanza. La primera es la de ver a Massignon perseverar y hacer una primera visita de algunas semanas en otoño al Asekrem. En la carta que le indica el itinerario, el 19 de abril de 1911, le detalla la última etapa: la llegada a Tamanrasset. Él le espera en Asekrem: «*Encontrará un guía y buena acogida en Tamanrasset*». Massignon quizá cogerá gusto al Hoggar; allá arriba, donde hay paisajes magníficos que Foucauld describe una vez más admirablemente el 9 de julio a su prima María. «*Aquí hace una temperatura de finales de octubre en Francia: 16° al mediodía. A penas puedo imaginarme que estoy en julio, y más aún que estoy en el Sáhara*»; con gran viento «*A mí, que me encantaba oír el viento silbar en el campo*» –y Foucauld le recuerda sus días de adolescente en la propiedad normanda de la tía Moitessier. Allá arriba, donde Massignon podrá ver cómo funciona el tándem Foucauld-Ba Hammou, trabajando juntos con ardor en los «*estudios de lengua tuareg*». Allá arriba, donde el 15 de agosto recibirá el pequeño altar de madera negra que se encontraba en la habitación del padre Huvelin, y que este le legó: en febrero de 1909 su padre espiritual le había «*dicho formalmente que estableciera este eremitorio en el Asekrem*». Hay un tabernáculo con altar, un sagrario inútil puesto que Foucauld no tiene el permiso de guardar la Sagrada Forma y no puede hacer la exposición del Santísimo Sacramento.

En esta bella soledad –la palabra aparece sin cesar en su correspondencia escrita desde el Asekrem– Foucauld disfruta. Siempre amó la soledad. Primero, en su juventud, cuando la cultivaba igual que la lectura. Hace cuatro años, en Tamanrasset, escribió a Mons. Guérin el 21 de noviembre de 1907: «*La estancia en el Hoggar sería de una dulzura extrema, gracias a la soledad, sobre todo ahora que tengo libros, si pudiera celebrar misa*». En el Asekrem, en este fin de 1911, Foucauld trabaja pero también recibe: «*Veo a mis vecinos tuaregs: vecinos nómadas*». Su lugar es un punto de encuentro; instalan sus tiendas «*en las parcelas vecinas; son gente muy agradable que se han convertido en verdaderos amigos*» (a María de Bondy, 19 de octubre). «*La casa de Asekrem [...] está extremadamente bien situada para la evangelización, nos encontramos en contacto con la parte más importante de la población del Ahaggar*». «*Mi eremitorio del Asekrem, en pleno centro de los campamentos, es perfecto para la toma de contacto*», escribe el 6 de diciembre de 1911 al padre Voillard.

Si subió al Asekrem, es, por un lado, para poder avanzar con tranquilidad en sus estudios de lengua tuareg y, por otro lado, para poder encontrar gente: «*Todos los días tengo visitas, la visita de gente que no había visto nunca en Tamanrasset*» (a la Sra. de Bondy, el 6 de octubre). Si escribe: «*Estoy en la más bella soledad del mundo*», habla del paisaje, o le dice a su prima: «*Esta soledad momentánea me va*», es porque no está alterado por visitas intempestivas, como en Tamanrasset. Y también porque ama este tipo de soledad: «*rodeado de un conjunto de picos y de agujas rocosas fantásticas*», con

«grandes vientos que ululan». Las visitas son más organizadas: «Tomar una o dos comidas juntos, una jornada o media jornada juntos afianzan las relaciones más estrechamente que un gran número de visitas de media hora o de una hora como las de Tamanrasset» (a la Sra. de Bondy, el 15 de agosto). Aquí disfruta de estos encuentros más largos.

Vino a Asekrem ¡para una larga temporada! «Traje aquí alimento para seis meses: harina, cuscús, azúcar, sal, pimienta, dátiles, café». Ahora, a principios de diciembre, tras cinco meses, ha tomado la resolución de partir. A causa de Ba Hammou, a quien ese lugar y la distancia no gustan y se queja sin cesar: «Desde que llegó, gime tanto aquí que le prometí que le llevaría de vuelta a Tamanrasset para Navidad; esperaba, al hacerle esta promesa, que el léxico estaría ya acabado para Navidad, y no lo está. Tengo trabajo todavía para tres meses. Le seguiré, pues, a Tamanrasset. Me hubiera gustado mucho celebrar la Navidad aquí» (a la Sra. de Bondy, el 6 de diciembre). La Navidad de 1911 es, de hecho, el 25 aniversario de la primera Navidad justo después de su conversión; y habría dicho la misa sobre el altar del padre Huvelin instalado desde el 15 de agosto en la capilla de Asekrem. El 12 de diciembre, escribe a su hermana: «Voy a volver tres meses a Tamanrasset, mis paquetes están listos, no espero más que el camello que tiene que llevarlos». El día 13 hace su testamento.

* * *

Vuelve a Tamanrasset el 15 de diciembre, y la consternación es total: «Un estado de miseria espantoso». El día de Navidad, explica los «motivos» a María de Bondy. El primero: «La sequía que dura desde hace veinte meses; ha llovido un poco al principio del verano, pero ha sido insuficiente y el resultado ha sido nulo; por consiguiente, la leche, la mantequilla, la carne, que son la principal riqueza del país, faltan desde hace veinte meses». El segundo: «En 1911, las dos cosechas han sido nulas. Resultado: no hay nada que comer en el país»; una invasión de pulgón ha minado las dos cosechas de este año. La situación es catastrófica.

12. LA LENGUA DEL OTRO

Enero de 1912. Foucauld no recibió ninguna respuesta a la carta que envió al padre Antonin y a sus compañeros de Notre-Dame-des-Neiges que habían expresado el deseo de unirse a él y compartir su vida. El 27 de enero, un gran incendio arrasa la Trapa de Notre-Dame-des-Neiges. Ningún diálogo posterior continuará lo que indicó Foucauld en la carta del 13 de mayo. No hay continuación. ¿Su texto había asustado? ¿El padre abad habría parado el intercambio en ese punto?

«No le hablaréis de dogma»

¿Y Massignon, la otra esperanza de Foucauld? En principio, debía venir a *«encontrarlo en el desierto»* en el otoño de 1911 y Foucauld le había indicado minuciosamente el camino a seguir en una primera carta en abril y otra segunda el 12 de mayo; una tercera, de nuevo muy detallada, el 18 de agosto. Le incita a interesarse por los estudios sobre *«los diálogos bereberes de Argelia»*. Otra, el 19 de septiembre. Se enteró de que el padre de Massignon pidió a su hijo que aplazara este viaje *«con el Padre de Foucauld»*; le propone que acabe su tesis y que después vaya enseguida. ¿Cómo ve Foucauld el futuro de Massignon? ¿Esta vida que Massignon quiere llevar, *«toda de Dios, empleada en amarlo y servirlo –servirlo, es decir, trabajar por la salvación de las almas, ser salvador en la medida de lo posible»*–, cómo puede realizarla en el Sáhara? Foucauld le plantea un programa: primero, *«hacer aquí, con libros, vuestros estudios de teología, piadosamente, lentamente, en la oración, y llevar una vida completamente monástica»*. Encontramos aquí la primera parte, el monje del esquema *«monje-misionero»*. Segunda parte: *«Al mismo tiempo, conocerá a la población, no le hablará de dogma, sino que se hará amar por ella y se hará amigo de todos»*. Es el elemento *«misionero»*, no predicando el dogma, sino, según las artes específicas de Foucauld para ser misionero, por medio de la relación, del diálogo, gracias a *«conversaciones individuales»*, como decía al padre Antonin. Sería al mismo tiempo *«una vida intelectual»*, añade al final. Podría hacer *«el estudio de los dialectos bereberes tuaregs»*. *«Un trabajo que, según me parece, requiere treinta años»*. *«En el momento querido por Dios»*, Massignon, según Foucauld, se encontraría *«igualmente preparado al sacerdocio o a una vida piadosa e intelectual en el matrimonio»*.

Pero, sea cual sea la salida, sacerdocio o matrimonio, encontrará un beneficio extremo de esa estancia en medio de los tuaregs: *«El contacto con los pobres infieles de esos países le hará grabar para siempre en el espíritu que el empleo de una vida cristiana, sea cual sea, es primero amar a Dios con todo el corazón y después amar al*

prójimo como a sí mismo, es decir, buscar salvarlo; JESÚS vino al mundo para salvar a las almas; debemos, como él, consagrar nuestra vida a salvar a las almas». Hubiéramos podido esperar que escribiera que es la gracia de Dios y la educación cristiana las que imprimen en alguien el sentido de tener que ser salvador con Jesús. Pero Foucauld introduce otro elemento. Si Massignon se pone en contacto con los Tuaregs, almas alejadas de Dios, ese contacto será esencial para hacerle comprender el corazón, el centro de lo que es la vida cristiana: salvar con Jesús. Es la explicitación precisa de lo que comprendió en el momento de su ordenación, la conversión que se había operado en él cuando se enfrentó a las «*ovejas perdidas*» que encontró en Marruecos durante su exploración. Nada como esto –dice Foucauld a Massignon–, como el contacto con las almas abandonadas para tomar conciencia de su tarea de bautizado, de misionero.

En una carta del 27 de noviembre, Foucauld piensa que el director de Massignon, al igual que su padre, le dirá que presente su tesis antes de venir al Sáhara. Algunos días más tarde, recibe una carta de Massignon, que se lo confirma. Entonces le muestra que, en esa tesis que tiene que hacer, hay una preparación a su vocación futura, aportando su caso personal: «*Si pude hacer algún bien, si pude establecerme en el Sáhara, es, primero, gracias a JESÚS y, después, porque fui militar y viajé a Marruecos. Dios prepara con gran antelación las cosas de modo que tanto los buenos como los malos actos, incluso los que hacemos sin pensar en Él, sirven para la salvación de las almas*».

Foucauld le escribe el 16 de enero de 1912, describiéndole la vida que podría ser la suya cuando vaya al desierto. Encontramos el contenido de la carta al padre Antonin: «*La vida que veo aquí para usted durante el verano es una vida monástica y recogida, de oración, de adoración y de humilde trabajo manual, con un poco, muy poco de lectura de la Sagrada Escritura, con lo que alimentar la meditación. Y al final de los meses en esta vida de Padre del desierto, un retiro de elección de 8 a 10 días*». Últimas palabras: «*Sed bienvenido siempre, a cualquier hora*».

Massignon confía a Claudel, en febrero de 1912, su gran duda. Foucauld le envía de nuevo, el 10 de marzo, el mismo programa, lo que ve para él en el Sáhara. Foucauld le incita a dejar su costumbre de atormentarse, le dice que se abra más a los demás: «*haced el bien alrededor vuestro, a aquellos que están más cerca. Amando a los hombres se aprende a amar a Dios*». Con esta conclusión, en esta carta del 1 de mayo: «*No sé a qué os llama Dios especialmente. Sé muy bien a qué llama a todos los cristianos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos, solteros y casados: a ser apóstoles, apóstoles por el ejemplo, por la bondad, por un contacto benéfico, por un afecto que llama a la devolución y que lleva a Dios. Apóstol como Pablo, o como Priscila y Aquila, pero siempre apóstol, “haciéndose todo a todos para darlos todos a JESÚS”... Paz, confianza, esperanza*».

He aquí un programa más amplio del que dio al padre Antonin, un programa verdaderamente misionero y disponible para todos: sacerdotes, religiosos, laicos, casados o solteros, y no únicamente para monjes.

Ya no es cuestión de Marruecos.

Un nuevo mundo

En marzo de 1912, una misión encargada de estudiar el trazado del ferrocarril transahariano llega a la región y se establece a cien kilómetros: militares, cuatro ingenieros de Caminos y Puentes, un geólogo. Foucauld fue a finales de febrero a Asekrem para buscar su barómetro, pues «*los miembros de la misión del ferrocarril desean que se hagan observaciones barométricas aquí*». «*He visto a demasiada gente durante estos días –escribe el 16 de mayo a María de Bondy–. No es que lo sienta, sino que tendría que poder hacer dos cosas a la vez; desde el 1 de mayo no he trabajado ni un solo día [...]. Este tiempo no ha estado en absoluto perdido; he sido muy feliz al ver a Niéger y a los otros, pero son quince días perdidos para el léxico, y quisiera acabar con este trabajo. No habré acabado enteramente hasta dentro de 3 o 4 años. Con eso serán doce años ocupados en esto: es mucho*».

En diciembre de 1911, volviendo de Tamanrasset, Foucauld tuvo la visita del capitán Charlet que está a la cabeza de la Oficina árabe de In Salah. Este hombre, que habla árabe perfectamente, es muy querido por Foucauld; juntos hablan de Marruecos y están de acuerdo en desear la entrada de Francia lo antes posible en el país, algo que hay que contextualizar. En esos años, previos a la Primera Guerra Mundial, la rivalidad entre Francia y Alemania está en un punto álgido, y, muy especialmente, en relación a esta región del Magreb. En este año de 1911, la presencia del Panther, barco de guerra alemán, en las costas de Agadir, manifiesta las intenciones del Kaiser Guillermo II sobre Marruecos. Los intelectuales tampoco escondían sus intenciones: el prusiano Brockelman, profesor en la Universidad de Königsberg, acababa de publicar en Berlín, en 1907, una Gramática comparada de las lenguas semitas, muy erudita, y se interesaba por los dialectos magrebís. ¿Qué pensaba exactamente Foucauld? Escribe el 30 de enero de 1912 a su hermana, mientras Francia se instala en Marruecos: «*Con Marruecos, he aquí nuestro imperio colonial engrandecido; si somos lo que debemos ser, si civilizamos en lugar de explotar, Argelia, Marruecos y Túnez serán en 50 años una prolongación de Francia; si no cumplimos nuestro deber, si explotamos en lugar de civilizar, perderemos todo y la unión que hemos hecho de esos pueblos se volverá contra nosotros*».

El 30 de marzo, un acuerdo internacional pone el conjunto de Marruecos bajo el protectorado francés. El 8 de mayo, el general Lyautey, que acaba de ser nombrado «*Comisario-residente general de Francia en Marruecos*», se embarca en Marsella a

bordo de un crucero, el Jules Ferry. ¿Quiere Foucauld ir a Marruecos ahora que no está prohibido para los sacerdotes, como lo estaba hace diez años, en el momento de su ordenación? No dice nada. En febrero, piensa simplemente que, vista la situación, «*en más de una ciudad, se podría ya establecer dispensarios, talleres, escuelas*» (a un Padre Blanco, el 12 de febrero de 1912); es decir, obras de las que llevan a cabo los Padres Blancos; pero a él, su vocación le llama al trabajo misionero que precede. Esta indicación sobre las obras que podrían llevarse a cabo en Marruecos plantea una pregunta: ¿piensa que el trabajo misionero preliminar, el de «desbroce», está ya realizado en Marruecos? ¿O bien desea, con impaciencia, que ya se esté en el segundo estado, el de la siembra, para poder implantar obras visibles? ¿O bien ve una concomitancia posible entre los dos estados, como en el Hoggar, en donde desearía, mientras que desbroza, que hubiera religiosas para recoger niños abandonados y para curar? Queda decir que sigue interesándose por este país que había recorrido como explorador. Está muy contento, como dice en una carta a su prima el 24 de junio, de la nominación de Lyautey. Un joven capitán, Brissaud, a quien conoció en el Sáhara, le escribió desde Marruecos en donde acababa de ser nombrado y le invita: «*Gracias de todo corazón por su invitación a ir a Marruecos*, le responde Foucauld, el 15 de agosto. *¿Tendré esta alegría? No lo sé, en este momento estoy ocupado aquí con mucho trabajo. A mí también Marruecos me apasiona*». Da al capitán Brissaud argumentos que justifican, a sus ojos, esta ocupación francesa: «*Los grandes jefes indígenas son uno de los grandes males de Argelia; escamotean todos los beneficios a los demás para ellos mismos, hacen pesar sobre sus administrados todos los trabajos, haciéndolos muy pesados y urgentes. Son como una muralla entre el pueblo y nosotros, eternizan los abusos. [...] Quieren que se mantengan los viejos abusos, un régimen de injusticia, la ignorancia y la barbarie*».

Henry de Castries ofrece sus servicios a Lyautey y Foucauld le escribe el 4 de septiembre de 1912: «*Massignon me ha dicho que usted está en Fez [...]. Usted contribuirá a la mejora. Pocos son tan capaces como usted. Usted tiene el conocimiento, y el simple y ardiente deseo del bien público [...]. En medio de mis queridos bereberes tuaregs me encuentro cerca de usted que está rodeado de bereberes marroquíes*». Lyautey, que experimenta muchas dificultades, expresará a Foucauld algunos meses más tarde su deseo de dejar Marruecos; Foucauld le responderá el 25 de agosto de 1913: «*Con qué intensidad deseo que se quede por mucho tiempo, a la cabeza de Marruecos, por su entrega al bien público y a pesar de todas las trampas que le tienden, las trabas que le ponen, las dificultades que le crean. Deseo para el pueblo marroquí su progreso moral, intelectual, material. Lo deseo para toda nuestra África del norte, de la que los marroquíes estarán pronto a la cabeza y sobre la que tendrán una influencia decisiva*». Y acaba con un imperativo: «*Hay que quedarse allí*».

En lo que se refiere a él, ha dejado Marruecos y sus inmensos proyectos por unos

cien mil habitantes del desierto. ¿Su «Nazaret» se ha encogido? Se ha vuelto extraordinariamente denso; Foucauld desbroza esta lengua y esta cultura tan poco conocidas, consideradas de última categoría, desamparadas. Siente pasión por ellas, se da enteramente a este espacio tuareg, su nuevo mundo.

¿Y Massignon? Al joven orientalista le invitan a dar conferencias en la Universidad de El Cairo y su director espiritual piensa que está allí, y no en el Hoggar, la llamada de Dios. El 10 de agosto de 1912, Massignon confía a Claudel: «*Este invierno me hubiera gustado ir al Sáhara*»; y escribe entre paréntesis: «*Es un deseo sincero aunque no constante. Esto me genera mucha ansiedad*». «*No se trata más que de pasar seis meses allí*», le responde Claudel. Foucauld está feliz de saber que Massignon ha sido invitado a El Cairo: «*Esto no puede entorpecer ninguna de las vistas que Dios le hace, ni en lo que concierne a la dirección final de su vida, ni tampoco en su proyecto de hacer un retiro en el Ahaggar [...]. Tras tantos años de trabajo intelectual, algunos meses en mi eremitorio del Asskrem le harán bien*» (21 de septiembre de 1912). «*Es probable que, en este retiro, Dios le dé luz y paz*». Nosotros no tenemos las cartas que Massignon escribió a Foucauld; sin duda le comentaba que estaba perplejo.

En este verano de 1912, Foucauld conoció una esperanza. Un filósofo polaco, casado, padre de familia, W. Lutoslawski, le escribió con el proyecto de establecer en el Sáhara una «*inmigración de buenos cristianos polacos*». Se establece entre ellos entonces una larga correspondencia, veintiocho cartas de Foucauld, con ese filósofo bastante original; no habrá ningún fruto.

Se dedica, con todas sus fuerzas, a lo que llama, el «*trabajo lingüístico*». Para él, «*es lo primero que debe hacerse*». Lo que muestra que se sitúa siempre en la tarea de misión, en los principios; y lo precisa bien a su prima, el 15 de agosto de 1912: «*Para hacer el bien a las almas, hay que poder hablarles; y para hablar del Buen Dios y de las cosas interiores, hay que saber bien una lengua*». Está allí, al principio, el silogismo de base, que domina sus inmensos esfuerzos lingüísticos. Ese primer trabajo de misionero pide tiempo, mucho tiempo, pero, justamente, «*el trabajo hecho lentamente sobre las almas es a menudo el más sólido y el más provechoso*».

En Tamanrasset, no ve, en este fin de año de 1912, más que a «*las mujeres, los niños y los viejos*». Los hombres se fueron durante tres meses en caravana para «*comprar la provisión de semillas del año*» (a M. de Bondy, 28 de octubre). «*Hace cerca de tres meses que no he visto a ningún europeo; el oficial y el médico, mis vecinos, están a seiscientos o setecientos kilómetros. Me encanta mi Navidad solitaria*» (Ídem, 13 de noviembre). «*Tamanrasset, con sus cuarenta fuegos de pobres cultivadores, podría bien ser Nazaret o Belén en los tiempos de Nuestro Señor*» (Ídem, 4 de diciembre). Pero en Tamanrasset hay «*una sequía que no cesa desde hace tres años*».

Esta soledad le permite trabajar más en sus estudios lingüísticos. A principios de enero de 1913, puede escribir a su prima: «*El léxico está acabado como también el trabajo para el que necesito informantes*». En este 8 de enero, envía a Argel «*el comienzo del manuscrito*» para que lo publiquen allí con el nombre de Motylinski. En estas fechas, esos estudios no están en absoluto concluidos: «*Me queda al menos tres años de trabajo para mí solo: copia y correcciones que puedo hacer solo copiando*» (a M. de Bondy, 8 de enero de 1913).

Es evidente que este trabajo intelectual ha invadido su existencia y que no ha podido, a primera vista, impedir esta ola y se ha visto arrastrado por el agua de la lengua tuareg en la que se sumergió al insertarse en el Hoggar. Esta lengua, esta cultura le han atrapado, cautivado. ¿Cómo ha surgido esta tarea lingüística en el marco de su vocación?

Un testigo insólito

Antes de intentar responder a esta pregunta, es interesante entender el testimonio de alguien que le conoció al principio, en el momento en el que comenzaba a trabajar en el estudio de la lengua tuareg. Alguien que le conocía de hacía tiempo, desde sus tiempos de explorador de Marruecos, y que había constatado su cambio de estatus. Ya le había observado en Beni Abbès, a este antiguo explorador convertido en un pobre sacerdote perdido en los confines de Marruecos. Ese testigo no es de una u otra de sus «familias»; no es oficial y no lo conoce como oficial sahariano –que le reconocen como uno de los suyos–, no es religioso, sino no creyente, volteriano. Este hombre que encuentra a Foucauld en plena inmersión en la lengua tuareg, con una pasión que suscita la admiración de todos, da su testimonio, distinto del de Laperrine o del de Mons. Guérin.

Se llama Émile-Félix Gautier. Recordamos que Foucauld dejó Beni Abbès en mayo de 1905 para unirse, el 8 de junio, a la misión Dinaux y caminar con ella hacia el sur, hacia los tuaregs. Explorador, geólogo, E. F. Gautier forma parte de la misión Dinaux; publicará en 1908 un importante estudio sobre *Missions au Sáhara. Le Sáhara algérien*, y en 1910, *La conquête du Sáhara. Essai de psychologie politique*. Poco después de la muerte de Foucauld, hablará de él en un artículo en la *Revue de París* en 1919, retomado en su libro *L'Algérie et la métropole*; y, en 1931, redactará un libro dedicado a tres héroes, *Trois héros*, entre los que figuran Laperrine y Foucauld.

Gautier vio, pues, a Foucauld de cerca en 1905 a través de sus largas marchas y etapas compartidas en el desierto y durante las comidas. Foucauld hablará de él el 5 de mayo de 1915 a Massignon, cuando este se prepara para salir para los Dardanelos, para decirle que allí se encuentra también un conocido suyo que es «*como sargento-telegrafista-cartero*»: «*M. E. F. Gautier, profesor en la Facultad de letras de Argel, explorador de Madagascar y del Sáhara, corazón excelente y espíritu encantador, que amo mucho*». Massignon, por su parte, más tarde, en una conferencia en la Sorbona, en

1959, le presentará en tres rasgos: «*Mi colega E. Gautier, geógrafo eminente, sahariano profesional, humorista anticlerical*». Hay que remarcar que el testimonio que vamos a escrutar de Gautier sobre Foucauld data de 1920, es decir, tras la muerte de Foucauld y en un momento en el que se empieza a hablar ya del «*ermitaño del desierto*». No es un retrato como el que hizo Laperrine en 1913.

Pero ¿qué dice Gautier de Foucauld en 1919? Primero quiere revelar que los estudios lingüísticos publicados en Argel bajo el nombre de Motylinski son, en realidad, escritos de Foucauld: «*Todo el mundo sabe en el Sáhara quién es el P. de Foucauld y sabe también quién es, en realidad, el autor de las publicaciones póstumas aparecidas bajo el nombre de Motylinski. Es un pequeño engaño contra el que el difunto no podía protestar, y cuyos colegas y amigos no podían más que hacerse cómplices, puesto que era la condición sine qua non planteada por el P. de Foucauld. [...] Lo que pasó es que encontraron a un hombre que pasó diez años viviendo en el Hoggar, con la única dedicación de escuchar esta lengua, apuntar las palabras y las formas, escribir al dictado el folclore. Eso no puede ser más que muy importante. Todo esto es legalmente obra de Motylinski. Es curioso*».

Tras haber subrayado de entrada que Foucauld es un verdadero sabio, que no hay que equivocarse, habla de su personalidad. Le describe como «*muy fino, muy cultivado, muy curioso*», alcanzando así, sin saberlo, el retrato del joven Foucauld, loco por los libros y por las experiencias múltiples, siempre con clase, como se le puede descubrir a través de sus cartas a su amigo Gabriel Tourdes. Pero presenta un retrato más profundo: Gautier descubre, admirado, una «*personalidad excepcional*» que le provoca un choque. Vemos a Gautier subyugado por Foucauld: «*Un explorador, un filólogo, son personas que respeto mucho, por supuesto, pero he conocido a muchos; si Foucauld solo hubiera sido de este tipo, no habría sentido, al acercarme a él, la atracción de una personalidad excepcional*». ¿Qué es lo que le atrae en él? Primero, «*la discreción*». Gautier está estupefacto al ver que Foucauld no hace gala de sus convicciones y no busca convertir: «*En quince años en el Sáhara, no ha hecho ni una sola conversión. Esta discreción del P. de Foucauld, también la hemos experimentado, nosotros, sus compañeros no creyentes. Durante largas semanas, en el curso de nuestro viaje en común, en una pequeña columna militar, el P. de Foucauld ha dicho su misa cada día, y siempre solo, sin más testigo que Paul. [...] Durante varias semanas compartiendo las comidas, la conversación nunca tomó un giro eclesiástico, jamás pasó a la tentativa de conversión*».

Luego, la simple admiración por Foucauld: «*El recuerdo que me ha quedado gravado, el de la primera conversación que, un poco por azar, tuve el honor de tener con él. Era durante una marcha nocturna. Estaba subido a mi mehari dormitando. El P. de Foucauld, mi vecino, caminaba a pie al lado del suyo, por mortificación, creo.*

Me despertó su voz que decía: “¡Qué bonito!”. Y lo era. Bajo la luna resplandeciente atravesábamos el viejo volcán de In-Zita preciosamente recortado en el cielo».

En fin, como conclusión, Gautier no puede dejar de reconocer que Foucauld conocía, en esta vida tan dura que llevaba en el Sáhara, una alegría profunda, una gran felicidad: *«En ese estilo de vida ha sido muy feliz; no se puede negar, eso se veía. Había logrado llegar hasta el final de sí mismo, se había realizado enteramente, era un tipo humano completo hasta el absurdo. Es quizá el secreto de la felicidad. Sus ojos estallaban de calma y alegría silenciosa».*

Gautier no se detiene aquí. En su relato, escribe, hay que decirlo, tras la muerte de Foucauld, en 1919 –él, que hablará de Foucauld en 1931 como un «héroe»–: ¿Por qué una vida tan extraña, original, sorprendente? ¿Por qué Foucauld ejerce «*la atracción de una personalidad excepcional*»?

Primero, para Gautier, esta «*personalidad excepcional*» no es una adquisición. «*Nació así*», afirma. ¿«*Así*»? Gautier precisará definiendo a Foucauld con una sola palabra: «*monje, o, más bien, ermitaño*». Para Gautier entra plenamente en esta categoría. Nuestro anticlerical subyugado quiere demostrar que, antes de ser, en el Sáhara, «*monje*», «*ermitaño*», Foucauld era ya «*monje*», «*ermitaño*»; que lo era, por naturaleza, como de nacimiento. Pero ¿qué es un «*monje*», un «*ermitaño*» para Gautier? Nos da su concepción del «*monje*» a través de la descripción que hace de Foucauld. Por otro lado, Gautier leyó atentamente el libro *Reconnaissance au Maroc* que escribió Foucauld siendo no creyente. Para él, es evidente, el «*monje*», el «*ermitaño*» sobrepasa al explorador y, en concreto, bajo el disfraz del que se había servido para realizar su exploración. «*Los instintos profundos del ermitaño aparecían ya bajo el explorador. De Foucauld recorrió Marruecos desconocido bajo un disfraz de judío. Ya sabemos la abyección de un judío marroquí sometido todavía al régimen de gheto. De Foucauld se puso bajo la protección del desprecio público. Es ingenioso, eso produce resultados increíbles. Pero este disfraz no tentó a nadie más. Foucauld es el único que lo llevó en Marruecos, quizá el único en el mundo musulmán entero. Para elegirlo, hacía falta tener, ya entonces, justo a la salida de la adolescencia, el gusto por la humildad, una forma de sentir que presagiaba el monje –una resignación a la miseria y a la basura, una búsqueda de la soledad al abrigo de una máscara».* Es la prueba de que «*nació así*» y tardó «*poco tiempo en encontrar su camino*». Nacido así. Con el instinto irresistible de querer buscar «*la soledad*» tras «*una máscara*», ya que esa es, para Gautier, la quintaesencia de un monje.

Es el hilo conductor del relato, y Gautier continúa la biografía de Foucauld mostrando este instinto innato de «*monje*» que habría, según él, determinado la vida de Foucauld y que, tras Marruecos, le habría conducido a la Trapa: «*Durante muchos meses permaneció como hermano lego en ese monasterio [Akbès], completamente anónimo, y*

no abría nunca la boca; cortaba madera y llevaba agua. Era delicioso, decía, muchos años más tarde, al recordarlo. La cuestión no es saber si estamos escandalizados o divertidos. Lo que me sorprende es que, en ese hermano lego que parte leña, encontramos al explorador disfrazado en judío y ermitaño sahariano. Evidentemente, en el fondo del alma permanecen esos instintos profundos que Foucauld buscó satisfacer toda su vida».

Gautier relata que Foucauld estuvo a punto, en Marruecos, de responder al atractivo del islam: «... Fueron largos meses de vida judía y musulmana, de contacto íntimo con esas religiones de Oriente que toman toda el alma, que han conservado toda su virulencia. De Foucauld salió impregnado de sentimientos islámicos. Se dice que fue muy lejos en eso, que pensó algún tiempo en una conversión al islam. Apunten que el caso no es para nada aislado. [...] Cuando se vive en medio de los musulmanes se sabe muy bien que el islam tiene sus atractivos. [...] En nuestras vidas trepidantes, de hipercivilizados, cuando echamos una ojeada sobre la ataraxia infinita del islam, imagino que todos nos sentimos llenos de nostalgia».

Pero llegó el padre Huvelin «que dio la vuelta a De Foucauld, y de catecúmeno musulmán, le hizo monje “en cinco segundos”». Así, aunque Foucauld hubiera podido llegar a ser musulmán, no habría dejado de ser, según Gautier, aquello que su instinto más íntimo le llamaba a ser: un solitario. Pero, para Gautier, un monje es un ser poseído por el instinto de la abyección, la pulsión de hacerse miserable y de revestirse de todos los disfraces de la miseria. Y es lo que le llama la atención de entrada en Foucauld. Consiguió llegar «hasta el fin de sí mismo», llegar a ser completamente el objeto de ese masoquismo autodestructor que era su verdadera naturaleza: lo que Gautier llama «monje», «ermitaño», le seduce infinitamente. Y afirma: Foucauld había llegado a borrar todo lo que había podido incrustarse en esa naturaleza profunda: «Un oficial en civil se reconoce. En el P. de Foucauld todo había desaparecido, nada de nada traducía en su manera de ser el soldado. Era todo entero monje, de los pies a la cabeza, todo eclipsarse y humillarse». Para Gautier, el disfraz es perfecto. Salvo que...

«El fuego sagrado laico»

... Algo no cuadra en Foucauld en su descripción como «monje» y lo nota. Foucauld, a fin de cuentas, no es «todo entero monje» como le vio en 1905. Está realizando un trabajo lingüístico desde 1905, del que se da cuenta hoy, en 1919, que es enorme. «Es un gran trabajo que supone en su autor –entiendo el autor real– el fuego sagrado, sin el cual nada llega a su fin, el fuego sagrado, laico, intelectual, la rabia de comprender. ¿Qué hacían esos sentimientos en un monje? Es verdad que ese monje, cuando nos acercábamos a él, era muy fino, muy cultivado, muy curioso. Se distinguía muy bien que el intelectual no había muerto, y es natural que haya por fin tomado las riendas.

Esta aparición de viejos instintos ha dado miedo al cristiano, seguramente. Miedo de las trampas del maligno, si queréis llamarlo así; miedo de este orgullo de autor que es notoriamente uno de los más venenosos».

Así pues, Foucauld no era un puro «*monje, ermitaño*», según Gautier, ya que una savia muy poderosa hacía estallar por todos lados la categoría de «*monje*»: el trabajo de la inteligencia. Para Gautier, tal trabajo es incompatible con la «*monjez*», si podemos hablar así, entendiendo que el «*monje*», «*el ermitaño*» según él, debe «*eclipsarse, humillarse*», siéndolo, en la realidad, en espíritu, e incluso en disfraz, bajo todos los oropeles miserables. Un «*monje*» no puede tener nada que ver con lo que Gautier llama el «*fuego sagrado*» de la inteligencia, que no puede ser para él más que «*laico*». ¡Pobres monjes relegados a no ser más que obscurantistas! Gautier parece que olvida, por otra parte, a tantos monjes que se han consagrado a los frutos de la inteligencia. Pero a Gautier le duele esta extraordinaria irradiación de inteligencia que Foucauld no puede esconder; que no pudo esconder incluso aun queriendo que sus trabajos fueran publicados bajo el nombre de Motylinski. Bien que nadie se engañaría. Su protesta de humildad quizá puede ser comprensible, pero no pudo eliminar que completó, con un ardor sin igual, una obra científica. Gautier habla, con razón, de «*rabia*»; ante la tarea intelectual que hay que llevar a cabo, el creyente y no creyente, el monje o el anticlerical se sitúan en el mismo nivel. No puede más que consagrarse con todas sus fuerzas, por honestidad; no puede más que dejarse seducir —es la naturaleza misma de la inteligencia humana— por el deseo de comprender. Foucauld no pensó nunca que la fe, que su estatus de bautizado, de sacerdote, debía restringirle en el ejercicio de la razón y del trabajo de la inteligencia. Desde el principio de su conferencia sobre Foucauld en la Sorbona, Massignon cita el testimonio de Gautier; cita su «*rabia de comprender*» para dar testimonio, él mismo, primero y ante todo, de «*la obra científica, topográfica, demográfica y lingüística de Foucauld*».

Hay que insistir en la autonomía, vivida por el mismo Foucauld, del trabajo de la inteligencia. Aunque, a través de una nostalgia hacia su ideal de perfección que hubiera querido que se consagrara únicamente a la oración y al trabajo manual, Foucauld decía a veces que sentía que dedicaba demasiado tiempo al trabajo intelectual, incluso, aunque lo vieran como una oración, aunque repitiera que lo llevaba a cabo como «*el prelude necesario*» (a su hermana, el 25 de noviembre de 1911) del trabajo futuro, de predicación directa. No era ese, en absoluto, el único motivo de Foucauld, como se dijo. Foucauld apreciaba demasiado el sentido de la razón y del progreso de la inteligencia como tales para no admitir el valor intrínseco del trabajo científico que llevaba a cabo y al que dedicó, sin protestar, con la pasión y la alegría que le caracterizaban, tantas horas y en el que trabajó con tanto ardor. Hay que repetir que se sumergió alegremente en el estudio no solamente de la lengua tuareg, sino de la historia y de las costumbres de esta

población, de la que llegó a tener un conocimiento cada vez más íntimo, atento, apasionado, expresado a través de toda su correspondencia. Es un trabajo que decidió hacer: «*Mi resolución de hoy, escribe el 15 de enero de 1906 a su prima, es trabajar con todas mis fuerzas y cada vez más en los trabajos de léxico, gramática*». Un trabajo que no cesa nunca; en 1908, apenas ha salido de la enfermedad que casi le ha costado la vida, se entrega ardientemente a la tarea con Ba Hammou: «*El Targui con el que trabajo viene cada día, salvo los domingos, desde las 5 de la mañana hasta mediodía y de las 3 de la tarde a las 7*» (a M. de Bondy, 24 de junio de 1908). En noviembre, habrá recogido seis mil versos (352 poesías). Tres años más tarde, en el Asekrem, el mismo ritmo de trabajo hasta el punto que Ba Hammou no hace más que quejarse de lo que Foucauld llama «*ese trabajo continuo*»; y Ba Hammou, a pesar del dinero que gana, tirará la toalla y pedirá bajar a Tamanrasset.

Y la obra que crea, que deja estupefacto a Gautier y a muchos otros, será reconocida muy pronto por algunos, pero la opinión pública la mantendrá de lado mucho tiempo, y la ocultarán la mayor parte de sus biógrafos y sus discípulos. Ya que unos y otros no quisieran ver en Foucauld más que a un ermitaño «*intelectual a su pesar*». Adoptando así el punto de vista de Gautier, según el cual no se entendía bien por qué el «*monje*» Foucauld se había consagrado tan profundamente a una obra científica. Como si se tratara de una estampita de santo, su biografía quedó reducida a monje, a ermitaño; querían que fuera alguien perdido en la santidad y la contemplación y no sumergido en las aguas turbulentas de la erudición. Incluso los anticlericales como Gautier querían que fuera puramente monje y que ellos pudieran admirarlo únicamente como tal. Ahora bien, Foucauld, se quiera o no, fue un intelectual, con una obra importante. Pero citemos por última vez a Gautier en una de sus reflexiones en las que admira la obra científica de Foucauld pero se alinea con los partidarios de una santidad que, para ser auténtica, debe liberarse de las sendas humanas y, sobre todo, de las que hacen prueba de inteligencia, y no pisarlas más que por descuido, bien a pesar de uno mismo: «*... Todo esto es muy sólido. Tendrá ese tipo de inmortalidad que confieren los biógrafos técnicos. No será posible ocuparse científicamente de África del norte sin leer a Foucauld. Es eso, evidentemente, lo que se dirá, o se escribirá sobre su tumba, lo que impresiona a nuestro público laico. Él mismo no atribuía ninguna importancia a su obra impresa. Y confieso que a mí mismo, a pesar de la tara profesional, me impresionó menos el explorador y el filólogo que el monje*».

Entrada en lo real

Lo importante es constatar el avance continuo de Foucauld, como científico. Él, que en Béni Abbés, escribía en su *Cuaderno* el 8 de junio de 1904 que la lengua tuareg era una «*lengua excelente, muy fácil*», o aún: «*La lengua tuareg es muy fácil, cien veces*

más fácil que el árabe», habla, cuatro años más tarde, al final de mayo 1908, de lo que ha percibido poco a poco: que haría falta al menos «treinta años» para dar la vuelta a esta lengua. El 20 de septiembre, escribe a su prima, que sabe lo que puede ser un trabajo lingüístico: «Aquí mi vida está empleada sobre todo en el estudio de la lengua tuareg... Es mucho más costoso de lo que creía, ya que la lengua es muy diferente de lo que se pensaba; se la imaginaba pobre y muy simple: es, al contrario, rica y menos simple que lo que se creía».

Por el lado de su propia vida espiritual y de la evangelización, como por el lado científico, su fulgor apasionado y perfeccionista choca con paredes casi infranqueables; la toma de conciencia de esas «dificultades» trajo un cambio radical, en 1907, en este hombre que cultiva a veces muchas ilusiones. Comenzó a aceptar lo real, tanto en la exploración mística como en la exploración lingüística. En ese momento escribe varias veces (así hace a Mons. Guérin el 1 de junio de 1908) una frase de Juan de la Cruz que puede aplicarse en una y otra exploración: «No hay que medir nuestros trabajos con nuestra debilidad, sino nuestros trabajos con nuestros esfuerzos».

Esta aceptación de lo real es primordial, sea para una búsqueda espiritual o una investigación científica, una y otra no pueden llevarse a cabo en profundidad sin ese paso esencial hasta lo real. Ahora bien, ese paso no es fácil y tampoco es simple ya que hay que reconocer que lo real es extremadamente resistente; entrar en su conocimiento pide un largo esfuerzo indefinido. Parece que se puede decir que, a partir de 1907, Foucauld ha dado su consentimiento para una y otra investigación, y de manera armoniosa, si se puede decir. Encontramos científicos brillantes que llevaron a término extraordinarias investigaciones en su campo, pero que, en el terreno de la fe, se quedaron en una edad infantil. Foucauld, al revés, hubiera podido –sin duda estuvo tentado– hundirse en una vida contemplativa y renunciar, en 1907, a ir más lejos en la búsqueda a la que se había dedicado en la época de Marruecos. Ahora bien, Foucauld, al haber aceptado la realidad, va a proseguir su doble investigación, por un lado como por el otro. No digamos que su fe ha motivado su investigación científica –ni lo inverso, desde luego–, sino que ha habido una concomitancia de los dos ámbitos y similar «trabajo de parto»; que ha habido interacción entre las dos investigaciones, no mediante conquista y guerra, sino humildemente, pacientemente, con precaución, con una suave «rabia», laica y espiritual.

Aceptar la realidad con relación al otro es aceptarle al extranjero, al diferente, con todo su misterio que no llegamos a penetrar nunca jamás totalmente. La ciencia de hace un siglo tenía acentos triunfalistas: iba a resolverlo todo. Algunas presentaciones de la fe cristiana iban en el mismo sentido: resolvían todo; de entrada, daban la respuesta a todo.

Foucauld, en su aceptación progresiva de lo real, aparta todo triunfalismo, evangelizador o científico; y entra en un respeto profundo de las convicciones del otro, como también en un período científico nuevo, que se ha llamado, con razón, «el de la

madurez y de la automatización de la lógica científica»[97]. No establece, desde entonces, una base científica de la evangelización como tampoco una base creyente del trabajo científico. Lo importante es que Foucauld –este es un punto esencial de su mensaje, su sentido de la «pobreza», su sentido de «Nazaret», diferente, por otro lado, en otro contexto, de la de, por ejemplo, el Poverello– entró en la doble experiencia de la fe y de la ciencia. Por un lado y por otro, trata de avanzar por la vía de pacientes verificaciones. «Hacer la verdad», dice san Juan respecto a la fe en Cristo resucitado. «Hacer la verdad», dice también el intelectual. La verdad no lleva, en la ciencia, solo a enunciados; la verdad, en la fe, no puede ser un conjunto de normas y de doctrina, sino una búsqueda, en una vida común y fraterna, abierta a todos los hombres, en la que se vive una experiencia verificadora del Evangelio.

A través de su «obra» científica, Foucauld manifiesta que deseó intensamente acercarse al misterio del otro, pero con un infinito respeto; acercarse a él para conocerlo y amarlo mejor, pero sin colonizarlo ni apropiárselo.

Pasteur, en su discurso de la Academia francesa en la que sucedió a Littré –autor del Diccionario–, habló del gran lingüista agnóstico, definiéndolo como «*un santo agnóstico laico*»[98]. Entrar en la lengua del otro de la manera más objetiva posible, intentar captar su pensamiento y sus costumbres, es verdaderamente algo del terreno de la «santidad». Dar a conocer la lengua del otro, y, de esta manera, la cultura de un pueblo, dar derecho de ciudadanía a una lengua ignorada por el conjunto de la humanidad, es lo que hizo Foucauld y, por ello, se puede afirmar una «santidad» cuando hay un reconocimiento del otro en tanto que tal, aunque sea asimétrico, siguiendo a Lévinas: tengo que reconocer al otro y ser responsable de él, aunque el otro no me reconozca.

13. MUY ALEGRE DE CARÁCTER

Si, en 1908, Foucauld descubre que la lengua tuareg es mucho menos simple de lo que creía al principio y que la cultura tuareg es, también, de una gran riqueza, es porque lleva viviendo ya hace años en medio de esos hombres y esas mujeres, con los que compartió de cerca su vida, su comida, sus pruebas. Y, ahora, desea que una mediación paralela se establezca: que un tuareg pueda ir a vivir a Francia, conozca su cultura al menos durante algunas semanas y sea también un puente vivo entre las dos culturas como él intenta ser en el país tuareg. ¿Sería Moussa el indicado para vivir este encuentro con la otra cultura? Foucauld lo descarta enseguida: Moussa es un representante oficial, aménokal del Hoggar, reconocido como tal por su pueblo y por la República francesa. *«Creo que sería muy útil llevar, de vez en cuando a Francia, a un tuareg bien elegido y capaz de aprovechar un viaje de quince días o tres semanas. No Moussa, que no puede evitar ver a las autoridades y es un representante oficial; ya se le hará hacer este viaje pero otro, no yo»*, escribe el 20 de septiembre de 1908 a Mons. Guérin. Efectivamente, Laperrine se encargará pronto, en 1910, de esta visita *«oficial»* de Moussa a Francia.

«Como mi hijo»

Lo que Foucauld quisiera es que conociera la vida de todos los días, que hiciera una inmersión real en la cotidianidad de los usos y costumbres. *«A los simples particulares, y que no tienen que ver a ninguna autoridad, con mucho gusto les haría hacer yo estos viajes, uno por año, si encuentro a quien creo que les son realmente útiles (útiles no solo a ellos, sino a los otros, por su influencia) y que también lo desean»*, dice también a Mons. Guérin. Y, como en Foucauld no hay nunca tiempo muerto entre una idea y su realización, le pide de entrada si, *«en caso de necesidad», «los Padres Blancos en su casa de París podrían albergar a dicho tuareg durante algunos días»*. Queda decir que ve las dificultades de la operación. Escribió el 9 de junio de 1908 al padre Carón: *«No sería imposible, si viera a un tuareg bien dispuesto, que lo llevara a Francia a pasar quince días a casa de mi hermana que vive en el campo y tiene una familia numerosa, para hacerle ver lo que es nuestra vida de familia. Pero qué entrega y qué paciencia haría falta a los míos para soportar durante quince días uno de esos pobres tuaregs, tan sucios como indiscretos»*.

Vemos bien los criterios para realizar este proyecto: las circunstancias favorables, un verdadero deseo en un tuareg de hacer esta experiencia y capacidad para aprovechar – aptitud personal de ese tuareg– para pasar a sus compatriotas, a su vuelta, lo que haya visto y comprendido del encuentro –cara a cara y no desde arriba– de la otra cultura

distinta a la suya. Establecer lazos de relación es la gran pasión de Charles de Foucauld. Imaginó que viajes de ese tipo, regulares –«uno por año»–, fortalecerían los lazos entre los pueblos.

El proyecto madura con los años. Su elección se centra en un joven, Oûksem ag Chikat. Le conoce desde 1907: Oûksem era entonces adolescente; en 1911, tiene unos dieciocho años. El 6 de diciembre de 1911, explica al padre Voillard que ese viaje le permitirá *«establecer, con un alma elegida, un cara a cara de varios meses»*: *«Está claro que no es cuestión de hacerle visitar los museos ni las curiosidades, sino de hacerle compartir la dulzura y la atmósfera de cariño de la vida de familia en los interiores cristianos y de dejar entrever lo que es la vida cristiana y, también, cómo la religión impregna toda la vida»*. Y le habla de Oûksem: *«El joven tuareg al que quisiera llevar tiene veintiún años más o menos; hace siete que lo conozco, estoy íntimamente unido a sus padres, a él y a todos los suyos. Es inteligente, serio y de la mejor familia plebeya del país. Aquí estamos en país de castas: hay plebeyos y patricios, los primeros son incomparablemente superiores a los segundos en valor moral y son toda la fuerza y la esperanza del país»*.

Foucauld escribe a su prima el 24 de junio de 1912 para hablarle del viaje que espera poder hacer, como ya le dijo en marzo, muy pronto –«el próximo invierno»–, a Francia: *«No es imposible –tampoco seguro– que lleve conmigo un Targui. Sabes cuánto lo deseo desde hace años; es el único modo de que desaparezcan numerosos errores, de acercarlos mucho a nosotros, de ensanchar horizontes, de aprender un poco de francés; y todo esto son medios de acercarse a Jesús, de conducirlo dulcemente a Él»*. Y le habla más precisamente de aquel en quien ha pensado: *«En este momento hay un joven targui que es muy apto, al que conozco desde que estoy aquí; con él y con su familia tengo ahora una confianza y un afecto muy grandes. Tiene tantas cualidades que se puede esperar que progrese mucho este muchacho. De una de las mejores familias de su tribu, y muy querido; todo lo que diga a la vuelta tendrá peso e influencia sobre los demás»*. «Lo trato como a mi hijo», dirá el 4 de septiembre de 1912 a María de Bondy. Y, el 8 de enero de 1913, anuncia a Castries su probable viaje: *«Probablemente llevaré a Francia para su instrucción al que más estimo y quiero de entre los Tuaregs»*.

Oûksem forma parte de la tribu de los Dag-Ghali, «la tribu más importante de los Kel-Ahaggar»^[99], sobre la que se apoya principalmente Moussa. Foucauld escribirá el 23 de febrero de 1913 al cabo Garnier que tiene *«cuatro “amigos” con los que –dice– puedo contar de todas todas. ¿Cómo se unieron a mí? Como nosotros nos unimos entre nosotros. No les he hecho ningún regalo, pero han comprendido que tenían en mí un amigo, que me entregaba totalmente a ellos, que podían tener confianza en mí y me devolvieron con su amistad lo que yo era para ellos»*. Entre esos cuatro «amigos» de toda confianza, cita a *«Oûksem ag Chikat (al que llamo hijo mío)»* y al padre de

Oùksem, que es el jefe de los Dag Rali.

Foucauld conoce a la familia de Oúksem desde su llegada a Tamanrasset; la amistad se creó poco a poco. Y él, aristócrata, se siente cercano a esta familia, que no lo es. Escribe a María de Bondy el 15 de agosto de 1912: *«Los tuaregs plebeyos, que son muchos, la fuerza, son la porción sana del país; están, igual que los buenos agricultores de Francia, llenos de cualidades, pero son desconfiados»*. En mayo de 1912, Foucauld había escrito, para Laperrine, un texto sobre el conjunto de la región en la que figuraba un retrato de la población mostrando sus preferencias: *«Quiero llamar la atención sobre el interés que presenta la población tuareg. Se compone de dos clases: una que anteriormente era vasalla de la otra, iguales ahora desde la ocupación. La de los plebeyos –vasalla hasta 1908, de raza bereber pura, establecida desde hace mucho tiempo en el país, laboriosa, ecónoma, tranquila, ligada al suelo, suave, inteligente, casi sedentaria, aunque vive en tiendas, que vive de sus cabras y de sus cultivos– forma la casi totalidad de la población y posee la casi totalidad de la riqueza del país. La de los nobles –soberana hasta 1908, de raza bereber, pero que se implantó en el país por la conquista en una época relativamente reciente, perezosa, gastadora, violenta, inteligente, gallarda, nómadas de gran distancia, que viven de sus rebaños de camellas y, anteriormente a la conquista francesa, vivían sobre todo del pillaje– no forma hoy más que una minoría ínfima y empobrecida. Los nobles están llamados a fundirse con los plebeyos o a desaparecer. Los plebeyos son susceptibles de hacer rápidos progresos en la civilización por poco que se les dirija por este camino»*. A su prima, había añadido, en relación al tema de los «plebeyos»: *«Con ellos es necesario ir lentamente y muy discretamente»*. Fue hacia ellos muy «lentamente», supo crear la relación, verdadera mediación entre ellos y ellos respondieron a su amistad. R. Bazin, y muchos otros después, quisieron poner de manifiesto en su biografía, en la de Foucauld, el carácter de «morabito» –venerado por todos– de Foucauld. Él dice que quiere ser simplemente un amigo, un igual, y quizá lo consigue bastante bien.

Oúksem, al que «yo llamo mi hijo». Él, que perdió muy pronto a su padre y a su madre y encontró más tarde un padre y una madre en el padre Huvelin y en María de Bondy, habla, en su testamento, escrito en 1911, de otro «padre»: *«Tengo un padre espiritual que tuvo para mí toda bondad, que me ordenó sacerdote: le pertenezco, le debo obediencia, soy su hijo y sacerdote de su diócesis; es Mons. Bonnet, obispo de Viviers (Ardèche). Es para mí un padre; le quiero filialmente. Escríbele para decirle que el Buen Dios ha puesto fin a mi peregrinación, y, cuando la ocasión se presente, ve a verlo»*. Y hace mención también de sus dos grandes amigos: *«Tengo dos amigos incomparables: Gabriel Tourdes, magistrado en Saint-Dié (Vosges), amigo de la infancia: sus padres y abuelos eran amigos de mis padres y abuelos; mi hermana lo conoce bien; y Henri Laperrine (ahora coronel del 18 de Cazadores en Lunéville,*

pronto general, creo). *Escribele que el Buen Dios ha puesto fin a mi peregrinación y, cuando la ocasión se presente, ve a verle*». El destinatario de su testamento es su cuñado, Raymond de Blic. Foucauld desea suscitar lazos de amistad entre las personas. Este hombre que ya sobrepasa la cincuentena, que no tiene hijos, tiene ahora en su vida alguien al que considera como su hijo[100]. En un añadido a su testamento de 1911 escribirá, con fecha de 4 de marzo de 1913, una «recomendación»: *«Ruego a M. Raymond de Blic que haga dar a Oûksem Ag Chikat (tribu de los Dag Rali, Kel Ahaggar), que vive ordinariamente en Tamanrasset o alrededores, en recuerdo mío; lo que poseo en Tamanrasset y en Asekrem en ropas no sacerdotales, tejidos, sillería, alimentos, vajilla, herramientas, dinero, animales domésticos. Además, si dicho Oûksem Ag Chikat tiene hacia mí cualquier tipo de deuda, en especias o en natura, le regalo todo lo que me debe; si otros indígenas del Ahaggar que no sean él, tienen deudas conmigo, les doy la suma»*.

Al día siguiente, el 5 de marzo, anuncia a su prima que su salida con Oûksem hacia Francia se retrasa. Oûksem tiene fiebre y debe descansar. Y «*va a casarse*»: *«Una pasión que dura desde la infancia. Se arregló hace tiempo; él tiene unos veintidós años, ella tiene dieciocho; son parientes próximos y han sido educados juntos; ella es muy inteligente y tiene mucha voluntad»*. *«Estoy bien, sintiendo la edad; tendré cincuenta y cinco años el 15 de septiembre»* (a María de Bondy, 21 de marzo). Y el 9 de abril, a su amigo el duque Fitz-James al que anuncia su visita: *«Desde hace veintitrés años, he visto catorce días a mi única hermana; y a mis primas hermanas, diez días; son mis parientes más próximos»*.

La boda tiene lugar el 3 de abril. El recién casado deja Tamanrasset con Foucauld el 28 de abril; embarcan en Argel el 10 de junio hacia Francia. El 3 de julio Foucauld escribe desde la Renaudie, cerca de Bergerac, donde se encuentra para pasar doce días con Oûksem en casa de su primo Louis de Foucauld: *«Nuestro viaje a Francia prosigue sin incidente. Gracias a Dios, Oûksem no cesó ni un instante de tener buena salud, buen humor, sin apariencia de tristeza ni de añoranza de su país. [...] Visitó escuelas, hospitales, conventos y verá otros todavía. Ha vivido siempre la vida de familia entre los míos»* (al padre Voillard). Al mismo, el 18 de agosto: *«La estancia de Oûksem prosigue normalmente, sin problema aparente. Vimos muchas cosas y, sobre todo, vivió mucho nuestra vida de familia, en el campo»*. Se consagra en todo momento a Oûksem y cuida de él sin cesar: *«La presencia de mi tuareg complica mi vida; no quiero imponerle demasiadas noches en tren en esta estancia en Francia, voy a subordinar muchas cosas por su propio bien»* (a Henry de Castries, 20 de agosto de 1913).

Fueron en julio a casa de María de Bondy, que está de vacaciones en San Juan de Luz, en villa Diane; después a casa de María de Blic en Barbirey, del 19 al 30 de julio y, de nuevo, del 14 al 31 de agosto a Barbirey donde pasarán todavía tres días, del 20 al 23

de septiembre. Embarcan en Marsella el 28 de septiembre.

Uno de los hijos de Marie de Blic, llamado Charles como su tío, joven oficial de marina de veinticinco años, explicará más tarde lo que eran «*las tardes familiares*» en Barbirey. Enseñaban a Oûksem a hacer punto: «*El padre tenía mucho interés, ya que quería que, a la vuelta, pudiera enseñar a las mujeres tuaregs, a menudo ociosas o negligentes, a hacer algunas prendas de lana para sus hijos, mal defendidos contra las frías noches de las llanuras del Hoggar. Para animar a Oûksem a imitarle, el padre había intentado hacerlo él mismo; pero estaba muy poco dotado y no avanzaba casi, a la inversa que su compañero, que se había entusiasmado*».

A su vuelta a Tamanrasset tras siete meses de ausencia, Foucauld escribirá a su cuñado, el 22 de noviembre: «*[Oûksem] ha cogido gusto al francés, hace muchos esfuerzos por no olvidar lo que sabe. Enseña algunas palabras a algunos de sus parientes, que se extasían escuchándolo hablar mi lengua; y va a comenzar, espero, a dar lecciones de punto y de ganchillo*». Oûksem se muestra «*sobre todo feliz de volver a su campamento, de retomar la existencia de nómada, de presentar a su joven esposa y a los suyos los numerosos regalos que les trae de Francia. Entre esos regalos un maravilloso fusil de caza. Estaba tan orgulloso que no lo dejaba nunca*»[\[101\]](#). Pero Oûksem se va de nuevo, durante seis meses, a mil kilómetros al sur, a vigilar los pastos de los camellos de su tribu: «*Volverá, espero, en junio*», escribe Foucauld al padre Voillard el 17 de marzo de 1914, añadiendo: «*Su padre viene a verme cada día, sus hermanos y hermanas casi todos los días, su mujer a menudo. Su viaje a Francia aumentó la confianza que tienen en mí. Algunos –pocos– me interrogan seriamente sobre aspectos de religión; en mis consejos, permanezco en la religión natural*».

Oûksem, desde su campamento lejos de Tamanrasset, escribe a Foucauld su felicitación de Año Nuevo y «*lo besa*». «*¡Sorprendente fórmula! No es costumbre, en la conducta tuareg, felicitar el año o expresar deseos en relación al futuro ya que esto revela prerrogativas divinas y podría traer mala suerte. En cuanto al beso que le da a Foucauld, se trata de un gesto perfectamente desconocido –por no decir incongruente– en la cultura tuareg. ¿Es para conformarse al deseo de Foucauld que le consideraba como “su hijo” o porque acababa de observar esta práctica occidental durante su viaje a Francia?»*»[\[102\]](#).

Consolación

En el capítulo «*Te abrazo*» de la obra *Lettres au Marabout*[\[103\]](#), D. Casajus escribe: «*Todo esto atestigua una gran familiaridad, y Foucauld da la imagen de un hombre bien integrado en el medio tuareg*»[\[104\]](#). E insiste en las «*consolaciones*» que Foucauld –palabra que emplea frecuentemente– recibe de sus amigos tuaregs. Casajus se indigna de que «*los biógrafos han subestimado esta “pacificación” que los tuaregs*

aportaron, con su “amistad”, al viejo ermitaño», estimando que esos biógrafos tuvieron «dificultades para dar a los tuaregs el lugar que les correspondía». Tiene razón totalmente: la amistad con los tuaregs es muy preciosa para Foucauld. ¿Es «consoladora» en el sentido en el que lo entiende D. Casajus? Este se muestra, en efecto, extrañado por el término: «Consolación, qué extraña palabra. Es, parece, una de las palabras clave de la psicología (de la espiritualidad) de Foucauld y requeriría un estudio especial»[105].

M. Casajus hubiera podido informarse un poco consultando, por ejemplo, el artículo «consolación» en el *Larousse del siglo XIX*, contemporáneo de Foucauld, que nos indica que el término era más utilizado entonces que en nuestra época y en una acepción más positiva. «Alegría, felicidad, dulce satisfacción; este niño da grandes consolaciones a sus padres». Foucauld lo emplea en este sentido, está bien claro. Se siente profundamente gratificado por la amistad que le muestran los tuaregs y está muy feliz, no solamente por su amistad en un plano personal, sino también por su «gran sociedad consoladora»: «Cuántas almas rectas encuentro entre ellos», dice «con satisfacción» a Castries el 8 de enero de 1913. Foucauld no es una persona con el alma herida que tenga necesidad de ser curada. De manera errónea, en ese punto, Casajus concluye con su antifona habitual: «Sus vecinos, también, ya lo vemos, le han dado algo, comenzando por una amistad que contribuye a la pacificación de esta alma a menudo enemiga de ella misma»[106]. Esta última parte de la frase es una expresión del padre Huvelin relativa al padre Condren, místico del siglo XVII; Huvelin había dicho exactamente de Condren: «Una alma interior enemiga de ella misma», según una espiritualidad sacrificial que habría que definir con precisión. Pero Huvelin no empleó nunca esta expresión para Foucauld. Casajus, ya hemos visto, quisiera que Foucauld fuera un gran melancólico depresivo como lo fue su predecesor, el explorador Duveyrier[107], y se agarra a expresiones espirituales propias de la época, en que la costumbre era mostrar una humildad extrema cuando se practicaba la devoción o se entraba en religión. Estamos de acuerdo en que Foucauld conoció un período en el que fue intransigente y absolutista, pero nunca depresivo o suicida. En ese período en el que estaba siempre muy tenso como un arco que quiere alcanzar a toda costa la meta del «todo», en el que quiere darse a Dios radicalmente y construye reglamentos de un rigor terrible, Foucauld desearía el martirio como la expresión suprema de esta voluntad de lo «más perfecto», como imitación total de Jesús, en boca de quien, ya lo hemos visto, pone, en 1897, una meditación radical: «Piensa que has de morir mártir».

Desde su ordenación sacerdotal, avanzó muchísimo en el principio de realidad gracias a los contactos y a lazos de amistad que tejió tanto con los militares como con la población del Sáhara y muy particularmente con los tuaregs; lazos que, literalmente, le liberaron de la rigidez anterior a 1901. Ahora es otra persona y vive un verdadero

abandono diario: «No puedo decir que deseo la muerte; la deseaba antes; ahora veo tanto bien que hacer, tantas almas sin pastor, que quisiera, sobre todo, hacer un poco de bien» (a M. de Bondy, 20 de julio de 1914). La tensión ha dejado lugar a una tranquilidad activa: y ha encontrado la alegría que vivió en su juventud, una alegría diferente, más profunda.

La amistad

Los amigos: ¡Qué gran papel en su vida! Tuvo la gran alegría de volver a ver a Gabriel Tourdes el 10 de agosto de 1913 en Saint-Dié. Le escribe el 16 de agosto, desde Barbirey: «*Dame de vez en cuando noticias tuyas. Continuemos por correspondencia las largas y fraternas conversaciones del pasado*». Pudo ver también a Laperrine el 16 de junio en Lyon y fueron juntos a Annecy y a Dijon. De nuevo, el 30-31 de julio, Oûksem y él son huéspedes del general Laperrine en Lyon. Van después a Chamonix, al Mar de Hielo, a Lucerna, a Basilea, a Belfort, a Nancy.

Foucauld estaba preocupado por su amigo Laperrine, quien, en febrero de 1913, cayó enfermo: una pleuresía bastante grave que le inmovilizó varias semanas. Durante su convalecencia, ¿se dedicó Laperrine a escribir un artículo destinado a la *Revista de Caballería*, que retrata a su amigo Charles de Foucauld? Sin duda no habló de ello con el interesado, que se habría opuesto totalmente a esta clase de publicidad si lo hubiera sabido. ¿Laperrine le hizo una «jugada» a su amigo? En cualquier caso, quiere rendir homenaje al que vio vivir en el Sáhara. Así tenemos, en vida de Foucauld, como una pequeña biografía, de gran cromatismo, según el estilo –caballeresco– de su autor; el título: *Las etapas de la conversión de un houzard*. Para los de Saumur, los iniciados, «houzard» es un término de argot que significa «húsar». El artículo aparecerá en el número de la *Revista* de octubre de 1913, en el momento en el que Foucauld se prepara para retomar el camino de Tamanrasset; ¿se enteró de esta publicación solamente cuando se publicó? ¿Leyó este texto? No lo sabemos.

Laperrine quiere, en relación a Foucauld, «*dar una idea tan clara como sea posible de la vida que lleva en el Hoggar y del bien que hace*». Comienza por describir sus dos viviendas: la de Tamanrasset y la que Laperrine llama el «*Palacio del Acekroum*». Después, de su estilo de vida. «*No hace gala de su ascetismo; cuando se encuentra en una mesa de oficiales, o de suboficiales, come de todos los platos, come como todo el mundo, contentándose con no tomar carne el viernes. Casi hay que espiarle para darse cuenta del régimen severo que impone a su desgraciado cuerpo; probablemente para hacerle expiar las buenas cenas de Saumur*». Apunta muy bien el eminente don que Foucauld posee y cultiva: la conversación agradable. «*Por otra parte, el padre de Foucauld no tiene una piedad refunfuñona; continúa siendo muy alegre de carácter; es un conversador encantador que tiene un verdadero talento para compartir con sus*

auditores su erudición divirtiéndoles. Por otra parte, sugiere que la mayor parte de los malentendidos entre los franceses y los indígenas viene de que los primeros no conocen suficientemente la religión y las costumbres de estos; considera un deber sus charlas en las que inicia a los oficiales de grado de las tropas saharianas en la mentalidad árabe y targuí, que conoce a fondo».

La alegría que es, en su caso, profunda se acompaña de una gran bondad: «Al lado de su alegría, hay una bondad, un tacto, una amplitud de miras que conquista los corazones. Ha conquistado los corazones de todos los europeos que le conocieron en el Sáhara. La mayor parte de los que le conocieron mantuvieron correspondencia continua con él, confiándole sus penas y sus alegrías, a menudo pidiéndole consejo. Entre estos últimos, conozco a un israelita, varios protestantes y ¡un ex-secretario de la Juventud revolucionaria del Midi! El mismo éxito con los indígenas. Y no es posible contar a los Chambas y los Tuaregs que tienen por él una verdadera veneración aumentada con una sólida amistad».

Y, después, la descripción de Foucauld en el trabajo: «Desde su llegada al Hoggar, se entregó de corazón al estudio de la lengua tamahaq, de las costumbres y de la historia de los Tuaregs. Y siempre, con el mismo espíritu de método; no solamente aprovechaba todas las ocasiones para iniciar a los oficiales y suboficiales en los conocimientos que había adquirido, sino que, desde el momento en el que posee buenas informaciones sobre un tema, lo condensa en un informe o en un libro, según su importancia, para permitir a los demás instruirse.

De esta manera ha escrito ya un léxico francés-tamahaq, y tamahaq-francés, un léxico de nombres propios; ha recogido y traducido más de tres mil poesías; ha traducido y analizado numerosos textos que son la exposición hecha por tuaregs inteligentes de las costumbres y de la historia de los Kel Ahaggar. Actualmente, trabaja en un enorme diccionario tamahaq-francés, en el que, a propósito de una palabra, de una expresión, expone una tradición local, una costumbre, un hecho histórico. Eso va a ser una especie de Littré tuareg.

Para llevar a buen término su tarea, Foucauld tenía necesidad de un hombre que conociera perfectamente el árabe y el tamahaq; solo había uno, Ba Hamou, hijo del cadí de Rat, que llegó, tras numerosas aventuras, a ser secretario de Moussa Ag Amastane. Ese Ba Hamou, gordo y rechoncho como un monje de los cuentos de Balzac, muy inteligente pero perezoso como una culebra y tan goloso como perezoso, forma un contraste divertido con el padre de Foucauld. Por otra parte, este ha sabido extraer un excelente partido de las cualidades y de los defectos de su asociado. Gracias a amplias liberalidades en azúcar y en té, ha obtenido de él una dosis de trabajo verdaderamente remarcable».

Laperrine se divierte dibujando un cuadro colorista de la vida cotidiana de Foucauld:

«Me han preguntado a menudo a qué podía dedicarse Foucauld para matar el tiempo durante sus estancias en Tamanrasset y en el Asekrem. En realidad, no tenía ni minuto para él. A las largas horas de trabajo con Ba Hamou, se añaden las charlas con los numerosos visitantes tuaregs, los cuidados a los enfermos, las visitas de caridad, etc. ¡Debe sacar tiempo de sus noches para poder decir misa y leer su breviario! En cuanto a la Teología, en siete u ocho volúmenes (santo Tomás de Aquino, creo) que hay en una de las cajas situadas bajo su cama, no tiene todavía ni una sola página cortada...»

Algunas de las visitas de los Tuareg, a los que he hecho alusión más arriba, revisten un cierto color local. Es una buena oportunidad para el padre de Foucauld de tener al alcance a una señora mayor de la alta nobleza targuí, ya que son ellas las que están más puestas en tradiciones, leyendas, genealogías, poesías, etc. Nada más divertido entonces que verlo sentado en su trono, con el cuaderno en la mano, en medio de un areópago de viejitas reinas regentes sentadas en el suelo, y hablando mientras sorben té y fuman en pipa».

El artículo es una especie de entrevista, como si Laperrine respondiera a las preguntas de los periodistas. Una última pregunta sobre *«la evangelización»*:

«La gente se pregunta a menudo si el padre de Foucauld hace muchas conversiones. No, no ha hecho ninguna; y, lo que es más, no busca hacer ninguna. Dice que la conversión del pueblo musulmán no se puede hacer en unos años. Predica simplemente la moral cristiana y se impone a todos por la rectitud de su carácter, su bondad, la exactitud de su juicio y su desinterés».

Concluye con una aclaración personal de Laperrine: *«Hasta aquí he hablado ampliamente de la bondad del padre de Foucauld y de su inagotable indulgencia. Daría una idea falsa de su carácter si no hiciera una restricción. Su indulgencia tiene límites cuando se trata de gente completamente malvada, gente que abusa de su fuerza para oprimir a los débiles o a los cobardes. Entonces tiene sobresaltos de indignación».*

La «pequeña cofradía»

El viaje a Francia tenía una doble finalidad: la primera era la de hacer ver lo mejor posible, a un joven tuareg inteligente, que transmitiría observaciones a los suyos, los usos y costumbres *«católicos, familiares y franceses»*. Pero tiene *«sobre todo»* –Foucauld lo repitió varias veces– otra finalidad: la asociación espiritual. El proyecto de 1908, que recibió el apoyo de su obispo en 1909 y después en 1911, durante sus dos primeros viajes a Francia.

Foucauld va a organizar el viaje en gran parte según los encuentros que piensa efectuar para poner en marcha la asociación. Desde su llegada, va a Viviers, el 15 de

junio, a ver a su obispo, Mons. Bonnet. Después, en París, se encuentra con Louis Massignon. Visita, el 31 de julio en Lyon, al padre Crozier. Nuevo encuentro, a principios de septiembre, en París, con L. Massignon. Visita, el 6 de septiembre, al padre Laurain, secretario de la cofradía, al cardenal arzobispo de París. Al fin de la estancia, otra vez, al padre Crozier el 23 de septiembre y, de nuevo, a Mons. Bonnet el 25. Extraordinaria organización: el trabajo con su obispo al principio y al final de la estancia; mientras tanto, dos encuentros espaciados con Massignon en París, dos encuentros, también espaciados, con Crozier. En esos tres meses, los intermedios dan a Foucauld tiempo de reflexión; y los encuentros aportan dinamismo para la elaboración de su proyecto. En esos encuentros de 1913 con Mons. Bonnet va tomando forma la cofradía; su obispo va a hacer avanzar las cosas.

El relato de esos esfuerzos de Foucauld para establecer lo que llamaba su «pequeña cofradía» ya fue dado al detalle[108]. Lo que interesa averiguar aquí es el estado de espíritu de Foucauld. Él, quien, en su juventud, estaba tan orgulloso de poseer un pura sangre, forma parte de esos pura sangre que había evocado Charles-André Julien hablando de Laperrine: «*Esa perpetua renovación del alma que no rechaza ninguna tarea, los impulsos de visionario sin los que no se domina en absoluto la realidad, el don de sí, la fe en la obra que llevar a cabo, el sentido del deber*»... Ese retrato conviene a Laperrine y a Foucauld. En el viaje, ese último, hombre de cincuenta y cinco años, hace prueba de una alegría juvenil que no le abandona. No le afecta la actitud del cardenal Amette que lo entiende mal, sino que ve un buen signo en este error mientras que el buen padre secretario de la Fraternidad, el padre Laurain, está hundido[109]. Mons. Guérin, que iba a presentar la cofradía a Roma, murió prematuramente y no pudo cumplir este trámite deseado por Mons. Bonnet: Foucauld ve las cosas con su obispo y las vuelve a impulsar, infatigable. Especialmente estando casi liberado, con la edad y la experiencia, de los principios demasiado rígidos y perfeccionistas que se había impuesto con ahínco y que pedía que le gobernaran. Es un ser libre, que retomó su nombre. Se inscribe primero él mismo en la lista de los miembros de la «cofradía», no bajo el nombre de «hermano Charles Jesús», sino simplemente: «Charles de Foucauld».

A su padre espiritual, el padre Voillard, que remplazó al padre Huvelin, le da noticias durante el viaje. El 3 de julio: «*Mons. Bonnet me animó a hacer todo lo posible para encontrar uno o dos compañeros y para procurar el establecimiento de la cofradía para la conversión de los infieles. Hago lo que puedo: el Buen Dios se ocupará del éxito, si le parece*». Y pide que le envíe «*por correo, cincuenta ejemplares*» de los Estatutos de la Asociación que Mons. Livinhac hizo imprimir en 1909. Lo hace enseguida y lo agradece al padre Voillard a finales de julio añadiendo una precisión sobre lo que le había dicho su obispo: «*Mons. Bonnet, durante mi estancia en Viviers, me aconsejó que buscara socios; me dijo que, en cuanto hubiera encontrado cuarenta o*

cincuenta, presentará él mismo la obra a Roma. Busqué, pues, socios y sacerdotes que se ocuparan de buscar a otros: encontré algunos». Y añade: «Entre los Padres Blancos de la Maison-Carrée, ¿habría un padre que pudiera encargarse de encontrar algunos socios?».

Cincuenta ejemplares para los cincuenta, o casi, socios que encontrar. El envío se hizo a casa de Louis de Foucauld, en Renaudie, cerca de Bergerac, donde reside del 30 de junio al 13 de julio. Allí hace sin tardar el primer socio, el número 1 en la lista: el padre Léon Puybonneux, cercano a la familia Foucauld, cura de Lembras, de Bergerac, que estará toda su vida deslumbrado por *«los quince días vividos con el Padre de Foucauld»*. Y se puso a buscar por el camino otros socios: *«Si antes del 23 de septiembre, fecha probable de mi visita a Mons. Bonnet, antes de mi embarque, pudiera entregarle una lista de socios de una cierta importancia, en la que hubiera el nombre de algunos sacerdotes dispuestos a ocuparse activamente del funcionamiento de la obra, se habría dado un gran paso»* (al mismo).

El padre Voillard le envía, el 29 de julio, doscientos ejemplares diciéndole que no es tan simple encontrar socios: *«Entiendo la dificultad y la experiencia me hace verla cada día –responde Foucauld el 18 de agosto–. Sin embargo, creo que es mi deber perseverar en el esfuerzo, hasta el éxito o fracaso evidente»*. E invoca el estímulo, anteriormente del padre Huvelin, y hoy de Mons. Bonnet: *«Este me dijo que hiciera todos los esfuerzos para realizar la obra, y me lo sigue diciendo. Le doy las gracias por los esfuerzos que hace entre sus compañeros para encontrar socios para la Sociedad, tanto más cuanto que ve mejor las dificultades para el establecimiento de esta, ¡muchas gracias de todo corazón!»*. ¿Por qué tantos esfuerzos? *«Esta asociación me parece deseable porque muestra el deber especial de evangelizar a los infieles de nuestras colonias e impulsa a cumplirlo»*. *«No os escondo –escribe Foucauld a Castries el 14 de septiembre– que he comenzado una gran empresa: el establecimiento de una cofradía de la cual, una de las finalidades, la principal finalidad, es la evangelización de los infieles de nuestras colonias»*.

Si Mons. Guérin no hubiera muerto, quizá la asociación habría sido reconocida por Roma, desde arriba, tras un largo tiempo. Al tomar las cosas en mano, Mons. Bonnet las limita a Francia y particularmente a sus colonias en donde se encuentran muchos *«infieles»* [110]. Para Foucauld, hay también, claro está, muchos infieles en Francia, en Europa, en América, no bautizados, ateos, pero no están *«desamparados espiritualmente»*: han oído el mensaje del Evangelio. Los países colonizados son países en los que no ha habido esta impregnación de la fe cristiana. Mons. Bonnet sitúa la *«cofradía»* de Foucauld en el marco de las colonias francesas para comenzar, con la ayuda de las diócesis de Francia y de sus bautizados, sacerdotes y laicos.

Se ha de decir que Foucauld no limita de ninguna manera su cofradía a los *«infieles*

de las colonias francesas». Escribe a un laico de Lyon, Joseph Hours, miembro de la Unión: «*Hay que ser, en Francia, misionero como se es en país infiel, y esto es nuestro trabajo, el de todos, eclesiásticos y laicos, hombres y mujeres. Hagamos esto y busquemos socios que hagan como nosotros*». Ahora bien, el conjunto de la Iglesia que está en Francia, obispos, curas, religiosos, laicos, no comparten en absoluto la idea de que su país pueda ser un «*país de misión*». Treinta años más tarde, el libro del padre Godin dice que esto causó un gran revuelo y provocó numerosas resistencias. Comprendemos la actitud de Mons. Bonnet, para quien las «*misiones*» son muy importantes, y no las concibe más que fuera de Francia.

El padre Crozier, al que Foucauld reencuentra, pues, dos veces en el curso de sus tres meses en Francia, no tiene la misma mirada sobre la cofradía que Mons. Bonnet... que es más bien restrictivo. Tras las visitas de Foucauld, va a escribir sobre él un opúsculo de treinta y dos páginas que es también una pequeña biografía, como la de Laperrine. El opúsculo se titula *La Unión apostólica universal*; así es como Crozier define la cofradía. Muestra que Foucauld no la limita de ninguna manera. Crozier afirma que quiere ir más allá de los musulmanes, de los «*infieles de las colonias francesas*». «*Le hace falta la humanidad toda entera, piensa en todas las almas alejadas de la Verdad y de la Vida católica, especialmente, en todos los infieles*».

Y el padre Crozier pasa a la acción: «*Me ha animado mucho*, escribe Foucauld a su prima después de haberlo visitado en Lyon el 23 de septiembre, *y me ha dado una lista de veintiséis personas que se apuntan*». Foucauld les inscribe en la lista, desde Crozier mismo, nº 18 hasta los números 44 y 45, que son dos «*personas morales*»: los Carmelos de Vienne y de Carpentras. El miércoles 26 de septiembre, Foucauld puede presentarse a Mons. Bonnet con cuarenta y cinco socios; ha cumplido su contrato. Se añade también un número 46, el padre Sauzéat, el secretario del obispo de Viviers. Mons. Bonnet autoriza la cofradía en su diócesis y promete a Foucauld una nueva carta de aprobación; le dice también que intente encontrar compañeros y Foucauld tendrá presente este deseo de su obispo. Le propone volver a Francia en un año y medio e intentar «*encontrar un cura que se ocupe activamente de desarrollar y hacer funcionar la Unión en algunas diócesis, en particular en Argel. Después de esto se pedirá la aprobación a Roma*», apunta Foucauld en su *Cuaderno*. Eligieron juntos el nombre de la asociación: Unión de Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús. Mons. Bonnet «*me animó mucho*», escribe Foucauld a su prima después de esta jornada de trabajo con su obispo.

Al volver, Foucauld encuentra en Argel, el 30 de septiembre, a un antiguo trapense, el padre Jerónimo, a quien conoció en 1896 en Staouéli y con quien trabajó amistad; llegó a ser el padre Charles Bouffel, vicario en Bab El-Oued; se hace socio también y Foucauld lo apunta como número 47. En la lista figura el duque de Fitz-James, un viejo amigo de sus años locos de juventud, con quien se volvió a ver, y su mujer (números 6 y 7), y

también el capitán Pierre Leroy, del que Foucauld recuerda a María de Bondy que es «*el hijo de Luisa, la antigua asistenta de mi tía*», es decir, Inés Moitessier –encontramos, por igual, tantos laicos como curas o religiosos–. Habrá un número 49, que Foucauld inscribirá en abril de 1916: la señora de Philippe Raoux, que se apuntará tras la muerte de su marido, el capitán Raoux, acaecida en Verdun el 23 de febrero de 1916, que estaba inscrito como número 17 y era un gran amigo del capitán Leroy, número 3. Son los dos únicos militares de la lista.

El pequeño último

El último de la lista de 1913, el número 48, es Louis Massignon.

Desde Maison-Carrée, el 30 de septiembre, Foucauld le escribe que podía pedir «*los estatutos de la Unión*» al padre Laurain. «*Diríjase a él en todo lo que concierne a la Unión*». ¿Massignon va a elegir o no el matrimonio? «*Si Dios quiere para usted el matrimonio, no lo acepte como una expiación, sino como el estado en el que le ha reservado una gracia mayor*». Y repite: «*El estado de matrimonio no es una expiación, sino un estado santo, en el cual se entra por un sacramento, en el que se puede y se debe uno santificar y santificar a los demás*». Concluye: «*¡Cuánto bien hace un santo casado en el mundo, entrando en tantos ambientes en los que el sacerdote apenas interviene, y penetrando con una intimidad difícilmente posible para el sacerdote!*».

Massignon elige casarse. Celebra el compromiso de noviazgo el 13 de octubre de 1913. Su amigo Paul Claudel está profundamente decepcionado de verlo renunciar a unirse a Foucauld; le invita, sin embargo, a darse «*alegremente y de todo corazón*» a la que ha elegido, «*a preferirla a todo, excepto a Dios*»; con este consejo ácido: «*Acuérdate que esos pobres seres [las mujeres] son sufridoras y celosas y que un intelectual que además es “espiritual” es, después de todo, para ellas un mediocre compañero a cuyos pensamientos ellas tienen poco acceso*». Foucauld, por su parte, es resueltamente positivo: «*Agradezco a JESÚS por haberle mostrado Su Voluntad, por haberle marcado el lugar en el que le quiere en la vida, donde le reserva la gracia, la cruz, el trabajo, las obras por las que le quiere santificar; santifica a los otros por medio de usted, se glorifica en usted... Dios no permitirá nunca que todas las almas que le aman de todo corazón entren en la vida religiosa; a un cierto número de ellas, les dará, como a usted, la vocación de vivir en la santidad del matrimonio en medio del mundo*». Ningún resto de reproche o de amargura ante la elección que ha hecho Massignon, aunque desea su llegada a Tamanrasset. Pero Massignon quiere, a su manera, hacer un gesto fuerte a Foucauld en el que manifiesta su voluntad viva de seguirle a través de la Fraternidad que ha fundado. Al día siguiente de su compromiso de noviazgo, Massignon escribe a Foucauld que se compromete en la Unión: acto muy importante para él, que apuntará expresamente en 1961, como una de las pocas fechas

de su pequeña biografía: «*Adhesión incondicional (14 de octubre de 1913)*»[\[111\]](#).

La boda tiene lugar el 27 de enero de 1914. L. Massignon, que escribió a Foucauld la víspera de su boda, y su mujer decidieron hacer el viaje de bodas a Tamanrasset donde Foucauld estaba ya de vuelta desde hace dos meses tras su viaje a Francia. Salen de Argel en coche y llegan a Touggourt donde el jefe de puesto de control, estimando que la pista es demasiado peligrosa, les impide ir más lejos. Dan vuelta atrás, vuelven a Argel el 23 de febrero y van a la Maison-Carrée. «*Mons. Livinhac, superior de los Padres Blancos, bendice nuestro matrimonio bajo el signo de Charles de Foucauld*», escribirá Massignon.

Massignon, desde Touggourt, envió un mensaje a Foucauld. «*Me es muy agradable pensar –le responde este, el 5 de abril– que han venido a esta tierra de África ya desde las primeras semanas de su boda. [...] Espero que esté mejor de salud: descanse, duerma; lleve una vida regular, exacta, dedíquese bastante al reposo y al recreo*». Le escribirá siempre con mucha solicitud y bondad, interesándose de cerca por la vida del último pequeño de la Unión, por su miembro más joven, al que quiere mucho.

«*¿Ver la puesta de sol?*»

Volvieron los trabajos y los días en Tamanrasset. Pero también hay otros proyectos: Foucauld pensaba volver a Francia. «*Espero verte en 1915* –escribe el 27 de noviembre de 1913 a su hermana–; *el motivo de este viaje son los esfuerzos por el establecimiento de la pequeña Fraternidad de la que te hablé*». Hay que apuntar que firma esta carta: «*Charles*», y no como antes «*hermano Charles de Jesús*» y todas las cartas a su hermana, hasta su muerte, las firmará, a partir de ahora: «*Charles*», «*Ch.*» o «*Charles de Foucauld*». Más precisamente, anuncia a María de Bondy, el 1 de enero de 1914, que piensa volver a Francia en quince meses, en marzo de 1915, por la Unión solamente –no habla de llevar de nuevo a un tuareg. Tiene el proyecto también de visitar en África algunas comunidades de Padres Blancos y ver sus actividades misioneras. «*Para nuestra instrucción*», dice. «*Proyectos a largo plazo, pero no hay que dejar de prever, abandonándose al Buen Dios*».

El 20 de enero, la visita de un médico militar, el doctor Vermale, que quiere hacer estudios de etnología en la región. Vendrá a vivir con él veinte días entre junio y julio. Tendrá muchas visitas durante este año de 1914. Vermale constatará que Tamanrasset es diferente de los otros zocos del Hoggar: no hay más que dos cabañas, el resto, son casas: «*Esas construcciones dan a Tamanrasset el aspecto de un pequeño pueblo agrícola*». Vermale atribuye ese desarrollo a Foucauld: «*Son sus consejos y su ejemplo los que han conducido a numerosos tuaregs a trabajar la tierra generosa que les da de vivir*». El 23 de julio de 1914, Foucauld escribe: «*La sequía continúa pero tiene una consecuencia paradójica: hace cuatro años y ocho meses que no llueve; esta sequía ha reducido a*

casi nada los rebaños de cabras y de ovejas que hemos visto, tan numerosos. Sin embargo, el país no muere de hambre; no sufre ni siquiera. La sequía prolongada ha tenido la ventaja de impulsar a la gente hacia el cultivo: campos y casas se multiplican: ya no hay zeribas [chozas], todas han sido remplazadas por casas». «Ni una gota de lluvia. No ha llovido desde hace cuatro años y medio. La cosecha de trigo y cebada ya se ha hecho y ha sido abundante; siempre, llueva o no, se riega artificialmente. La falta de lluvia es mortal para el ganado, porque los pastos no tienen más que agua del cielo, pero no compromete el cultivo de los cereales y de las legumbres», explicó a su hermana el 28 de mayo.

En septiembre de 1913, Foucauld se encontró varias veces en París con Bourdarie, el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias Coloniales, para varias demandas: que un joven intelectual consagre su carrera al estudio global –arqueología, mineralogía, historia, lingüística– de la llanura del Hoggar; que una o dos parejas de profesores vayan a fundar un colegio; que se instituya un lugar para acoger los niños nacidos fuera del matrimonio y abandonados. Bourdarie, en la *Revue indigène* de octubre de 1913, retoma las peticiones urgentes de Foucauld y expone «*la obra del Padre de Foucauld*», «*científica y social en el Sáhara, donde su acción se encuentra estrechamente asociada a la de los oficiales franceses*»; «*eminentemente útil a la humanidad y a Francia*». Conclusión: M. Bourdarie está muy sorprendido de que Foucauld no haya todavía recibido la legión de honor: ¿qué hace «*M. Etienne, Ministro de Guerra*»?

Respuesta de Foucauld el 22 de julio de 1914: «*Por la cruz, prefiero quedarme en el último lugar en el que Nuestro Señor Jesucristo nos dio tanto ejemplo. [...] Prefiero quedarme en lo más pequeño posible, como el divino carpintero de Nazaret*».

Del 3 al 7 de julio, ida y vuelta a Asekrem con el Dr. Vermale y dos oficiales. Foucauld considera que sus «*trabajos de lengua tuareg marchan a buen ritmo*». «*Me parece –escribe el 27 de febrero a su prima– que me hacen falta cinco años de trabajo para acabar lo que he comenzado*». Y el 17 de marzo: «*No te preocupes, ya no tengo la fuerza para matarme trabajando; cuando sobrepaso la medida, lo veo rápidamente y relajo la marcha; doy todo lo que puedo; pero es mucho menos de lo que era capaz de dar antes; por otra parte, interrumpido por las visitas, tengo muchos recreos imprevistos*». El 7 de agosto: «*En el futuro, pasaré probablemente mis veranos, no en Tamanrasset, sino en Asekrem. Aquí, en junio y julio, no he sido capaz de avanzar casi nada en los estudios*».

Después de la vuelta con Oûksem, las conversaciones tan importantes para Foucauld se multiplicaron: «*Si quisiera, las conversaciones se prolongarían en mi casa desde la noche a la mañana –escribió al padre Voillard el 25 de noviembre de 1913–; me es muy duro obligarme a limitarlas para acabar los trabajos de lengua tuareg; de igual manera tengo prisa por acabar esos estudios para aprovechar de estas buenas*

disposiciones». Ahora bien, le hablará, el 17 de marzo de 1914, a su prima de «*cinco años de trabajo para acabar lo que ha comenzado*». Está constantemente atenazado y hace lo que puede entre el trabajo lingüístico y los encuentros cotidianos: «*Las visitas de los Tuaregs vecinos, menos largas de lo que yo quisiera y pudiera, porque el trabajo me obliga a no dejarlas prolongarse*» (a su hermana el 26 de abril). Y le harán falta todavía cinco años para acabar esos estudios lingüísticos y así poder consagrarse totalmente a las «*conversaciones*».

Y ¿la adoración del Santísimo Sacramento? Desde 1908, aunque obtuvo el permiso de celebrar solo la misa, le estaba prohibido guardar la Hostia y, por lo tanto, exponerla. El 12 de junio de 1914, sabe que puede reservar las Hostias entre las celebraciones y por lo tanto podrá entregarse a lo que desea tan fuertemente: el tiempo de adoración. Para reservarlas, hace falta un tabernáculo. El único que posee se encuentra con el altar del padre Huvelin en el Asekrem. Por esta razón sube con tres acompañantes y baja con el tabernáculo. Si los veranos próximos, tal y como tiene previsto hacer, fuera al Asekrem, ¿se llevaría el tabernáculo con él? Pero no volverá ya hasta su muerte y no se plantea más la cuestión. Envía a su hermana una foto que tomó allí: «*La fotografía de mi ermita de Asekrem; no podemos dudar, al verla, de que, desde las ventanas, la vista es admirable; está en la cima y el paisaje se extiende a sus pies*». Nos acordamos de la descripción que había hecho en junio de 1911, a su amigo Tourdes: «*Es una bella soledad que amo muchísimo; estaríamos allí muy bien juntos, mi buen Gabriel*».

El Asekrem es, ciertamente, uno de los bellos paisajes que existen en el mundo; comprendemos el fervor de Foucauld y podemos entender que sea cada vez más visitado por el turismo. Para numerosos cristianos, discípulos o no de Foucauld, se ha convertido en un lugar de mística desde que René Bazin lo describiera y lo situó en el corazón de la vida eremítica de su héroe. Pero los hijos del islam también lo reconocen como tal; así Alí Merad, que termina su libro *Charles de Foucauld au regard de l'islam* con estas líneas: «*Porque decidió un día plantar aquí su ermita (en mayo de 1910) frente al paisaje atormentado del Ahaggar, el promontorio de Asekrem llegó a ser uno de los altos lugares donde sopla el espíritu. Allí donde está presente para siempre la imagen de Charles de Foucauld, fuente de resplandor en la soledad y el silencio; como la "lámpara del monje", tan querida por los poetas árabes antiguos, y cuyo brillo hace latir de alegría el corazón del viajero solitario que piensa que, a través de la noche insondable del desierto, esta frágil luz es como el anuncio alegre de una presencia fraterna*»[\[112\]](#).

En realidad, Foucauld no habrá vivido, contando todos los períodos, más que cinco meses en el Asekrem, en 1911. No como vigía solitario sobre el promontorio de la cima, personaje romántico a la manera de Chateaubriand, sino ocupado en una doble tarea: la primera, la de poder encontrar allí, de la manera más familiar posible, a los nómadas que

hacían pacer sus rebaños en los terrenos vecinos o a las caravanas de paso; y, en segundo lugar y quizá sobre todo, la de poder avanzar, con verdadera tranquilidad, «a destajo», en sus estudios lingüísticos tuaregs. Hay que notar que Foucauld no estuvo jamás solo allí; siempre tuvo compañía, la del secretario-intérprete de Moussa que este le prestó, debidamente financiado –Foucauld le pagaba todos los meses–. Ba-Hamou era uno de los mejores, si no el mejor conocedor de la lengua tuareg y Foucauld le debe mucho en relación a sus estudios; por otra parte, tiene admiración por este personaje que conoce desde hace años, un poco más joven que él, «*muy inteligente, dice, muy útil, muy aleccionador, muy interesante*». Ba-Hamou le parece, «*bajo el exterior de buen musulmán, poco ferviente, muy astuto*» (a Lacroix, 26 de noviembre de 1907). A Ba-Hamou no le gusta la soledad del Asekrem y no hará más que quejarse del frío durante esos cinco meses, deseando irse, bajar hacia los suyos y, sobre todo, hacia actividades más agradables. Y acabará por obtener su objetivo, forzando a Foucauld a dejar Asekrem.

Si imaginamos, pues, a Foucauld como un contemplativo perdido en éxtasis ante las maravillas de este punto de mira extraordinario, nos estamos equivocando. El Asekrem ha sido para él una encrucijada de confraternización con «*gente excelente*» (a María de Bondy, 19 de octubre de 1911) y, sobre todo, el eremitorio, un lugar apartado para un trabajo encarnizado. No disfruta ni siquiera de los fabulosos atardeceres: «*Solo necesito recorrer quinientos metros para ver ponerse el sol. No hago casi nunca este paseo, a mi pesar, ya que empleo todas mis fuerzas en el trabajo y dedico todo el día a mis estudios tuaregs*» (a M. de Bondy, 17 de agosto). Para él, el Asekrem tiene mucho menos de sentimental o turístico que para algunos de los que hoy suben allí y a menudo no oyen su voz, voz que incita al encuentro con el otro, al esfuerzo sostenido para conseguir comprender al otro en su propia lengua.

14. LA DEUDA HACIA LOS QUE DAN SU SANGRE

«*Gracias y perdón*», escribe al padre Voillard el 25 de noviembre de 1913 tras haberle pedido información sobre temas que le interesan particularmente. Gracias por la información. Perdón por hacerle esta petición, por molestarle en su trabajo: siempre esta cortesía exacta de Foucauld.

Para «*la pequeña cofradía*» le hace esta petición: «*desearía conocer mejor los trabajos de evangelización de las diversas colonias francesas*». Lee el *Boletín* de los Padres Blancos que le «*ponen al corriente de sus obras*». Pero quisiera otros documentos que vinieran de «*otras congregaciones que trabajan en nuestras colonias*». «*Con sus ocupaciones, comprendo que no tiene tiempo para buscarlo, pero podría pedir a un padre menos sobrecargado que se informara*». El padre Voillard responderá enseguida y el 17 de marzo de 1914 Foucauld ha recibido ya noticias sobre «*los Boletines de los Padres del Espíritu Santo, de los Padres de Lyon y de los Jesuitas de Madagascar*»; agradece al padre Voillard «*el trabajo que quiere realizar para el intento de creación de la cofradía*».

Cambio de estatutos

En este final de 1913, tras el viaje a Francia, es interesante constatar que se concentra, en relación a su Fraternidad, en las colonias francesas, como le dijo Mons. Bonnet, pero, sobre todo, quiere ponerse al corriente, a través de las publicaciones de las congregaciones misioneras, del trabajo de evangelización que estas realizan un poco en todas partes. Y hemos visto que se proponía incluso visitar algunas implantaciones misioneras de los Padres Blancos para conocerlas mejor. El tercer término del tríptico de la Unión, «*evangelización*», toma forma; consiste en que los miembros de la fraternidad se pongan al corriente de lo que se está haciendo concretamente en el campo de la evangelización teniendo muy en cuenta que su modo de ser misionero tiene su especificidad: el «*desbrozamiento evangélico*»; lo que describe bien en esta carta. Al hablar de los «*cinco años de trabajo*» que prevé necesarios para acabar sus estudios tuaregs, escribe: «*Este largo tiempo no me parece un mal, me obliga a quedarme en casa, a ser discreto, y, durante este tiempo, la confianza crece; yendo demasiado rápido, perdería el terreno ganado lentamente*».

«*Pienso volver a Francia y quedarme varios meses en 1915, si Dios me da vida; iré solo esta vez y me quedará bastante tiempo. [...] El motivo de este nuevo viaje es una cofradía que quisiera fundar con el objetivo de convencer a los cristianos*

franceses de que se ocupen seriamente de la evangelización de los infieles de sus colonias» (a H. de Castries, 28 de noviembre de 1913). Lo que vuelve a decir a la misma persona con la que se escribe el 1 de mayo de 1914 precisando que estará allí «*a finales de abril de 1915, para todo el verano»* e invitándole a participar en «*dicha cofradía*»: «*Le apuntaré cuando quiera, estará entre los miembros más dignos puesto que su buena voluntad y su rectitud son perfectas y es eso, ante todo, lo que Dios pide*». Le indica con honestidad: «*Todavía no está completamente organizada*». Y al explicar de nuevo la «*finalidad*», la evangelización, precisa: «*Los medios propuestos son los de convertirse a sí mismo, convertir lo que nos toca de cerca, lo que nos rodea, y ayudar a los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los laicos que evangelizan a los infieles de nuestras colonias con todos los medios en nuestro poder*».

Convertirse a sí mismo, vivir el Evangelio en su propia vida y darlo a conocer en la proximidad, tal es el primer «*medio*» para la evangelización de los que están lejos, en las colonias y en el mundo entero, lejos del Dios de Jesucristo, «*infieles*».

Henry de Castries no responderá a la invitación de formar parte en la cofradía. ¿Se creía indigno? Había expresado en tono confidencial a Foucauld «*su sequedad de alma*»; a lo que su amigo le había respondido: «*[Es ese] el pan cotidiano de muchas almas, sobre todo aquellas que, como usted, están abrumadas por trabajos y ocupaciones*» (1 de mayo de 1914). Foucauld hablaba aquí con conocimiento de causa, él también estaba muy ocupado. Nos podemos preguntar aquí por qué sus primas Catherine de Flavigny y María de Bondy, tan cercanas, no se han apuntado; la primera que, entre otras, escribía vidas de santos, vivía recluida, enferma desde hacía treinta y cinco años y muere en julio de 1915. Erudita helenista y latinista excelente, políglota, sin duda Foucauld pensaba que estaba unida a la cofradía de corazón. Quizá, en 1913, Foucauld había tenido un cierto pudor en pedirle que participara mientras buscaba socios.

Lo mismo sucede con María de Bondy, a quien escribe el 24 de agosto de 1914, hablándole sobre el viaje a Francia que hará en algunos meses: «*La pequeña cofradía que conoce me hace proyectar este largo viaje a Francia*». Y esta carta es interesante ya que precisa en qué punto se encuentra en relación a la cofradía. Primero, su convicción: «*Estoy convencido, más que nunca, de que es necesario animar a los católicos franceses para que se ocupen de la conversión de sus cincuenta millones de súbditos infieles*». Además, se encuentra ante una primera dificultad. Harían falta «*numerosos sacerdotes para ponerla en marcha tal y como la había concebido antes*». Leemos, en efecto –en relación al *Directorio* que publicará Massignon en 1928, y que será publicado de nuevo bajo el título *Consejos evangélicos*–[\[113\]](#), que había previsto originalmente la organización interior de la Unión alrededor de sacerdotes «*directores generales o directores diocesanos*» (artículos XXIX a XXXII). Lo que hubiera supuesto, de entrada, visto el número de diócesis de Francia, sin contar las diócesis «*en*

países infieles», al menos un centenar de «*directores diocesanos*» (artículo XXXI). ¿Dónde encontrar a todos esos sacerdotes? Y no puede tratarse, según el criterio de Mons. Bonnet, más que de sacerdotes. Foucauld se encuentra, pues, en un callejón sin salida. Se acuerda también del consejo que el padre Crozier le dio un año antes, cuando le visitó en Lyon: sería mejor presentar su proyecto bajo la forma de «*cofradía*», es decir, con unos estatutos más cortos y una imagen con un texto, fáciles de leer y de difundir.

Confía a su prima que acaba de cambiar de idea: «*He compuesto unos nuevos estatutos mucho más simplificados y abreviados (sin cambiar nada de los deberes generales de los Hermanos y Hermanas, pero modificando y simplificando completamente la organización)*». Duda todavía sobre lo que debe ser «*modificado y simplificado*» de la «*Organización interior de la Unión*» (artículos XXIX y siguientes). Y estos «*nuevos estatutos*» son los que transmite a su obispo: «*Los envié en mayo a Mons. Bonnet para ver si los aprueba. Y, si me aconseja recorrer un poco Francia para intentar establecer y extender la obra, lo haré invirtiendo todo el tiempo que sea necesario*».

¿Vuelta a Francia?

Su proyecto es volver en abril de 1915 a la Maison-Carrée a ver al padre Voillard para «*presentarle el proyecto de la cofradía completamente modificado en la forma manteniendo lo mismo en el fondo: estatutos totalmente abreviados, organización completamente simplificada*». Y de allí, «*enseguida, pasar, si hace falta, seis meses en Francia para intentar propagar, con la ayuda de Dios, esta obra*».

Ahora bien, el 3 de septiembre se entera de que se ha declarado la guerra a Alemania. «*En este momento presente, todo proyecto se guarda hasta la paz*», escribe al padre Voillard. Y al mismo, el 15 de diciembre: «*Tengo la intención, a menos que haya imprevistos, de quedarme aquí hasta la paz; me parece que soy más útil aquí que en otro sitio. Después de la paz, quisiera ir sin falta a Francia, no volver al Ahaggar más que cuando la pequeña cofradía para la conversión de las colonias francesas esté definitivamente establecida*».

Hay que volver sobre las transformaciones que quiere aportar a la Unión. El 22 de julio de 1914, carta a Luis Massignon. Le comparte primero la «*gran pena*» por la noticia que acaba de conocer: la muerte de su prima Catherine. Después, le cuenta las novedades sobre Oûksem, a quien Massignon vio hacía un año: «*Nuestro joven amigo Oûksem dejó Tamanrasset veinte días más tarde para ir a vigilar, a mil kilómetros al sur de aquí, en pleno Sudán, los rebaños de camellas de su tribu, la sequía no ha dejado pasto más cerca (¡hace cuatro años y ocho meses que no ha llovido!); todavía no ha vuelto. En dos años, ha pasado dos meses con su familia; está casado desde hace*

dieciséis meses... La vida de nuestros tuaregs se parece a la de los marinos de Francia».. Le habla de sus trabajos: «Trabajo siempre con todas mis fuerzas en las pequeñas tareas de la lengua tuareg, con prisa por acabar y para dar más tiempo a nuestra pequeña Unión y a las almas de los tuaregs, pero estoy lejos de terminar». Lo esencial de su carta está consagrado a la Unión en la que piensa «más que nunca» en su «soledad», a la que proyecta aportar modificaciones que describirá brevemente el 24 de agosto a su prima; y, como a ella, dice a Massignon que este «proyecto de transformación» lo ha transmitido a Mons. Bonnet: «Espero pronto su respuesta; ya le tendré al corriente».

Lo que no dijo a su prima el 24 de agosto es por qué quiere remplazar esos imposibles como encontrar «sacerdotes», «directores generales y diocesanos». Se trata, y así escribe a Massignon, de sustituirlo por «la unión entre los hermanos». En el proyecto primitivo eran los sacerdotes los que se encargaban de crear el lazo entre todos los miembros de la Unión; y la organización estaba así calcada de la de numerosos organismos de la Iglesia: un nivel nacional y después un nivel diocesano.

«La unión entre los hermanos»

Pero, como «necesidad hace ley», Foucauld ve bien que no la podrá organizar según ese esquema, a pesar del deseo que tiene Mons. Bonnet; que no encontrará nunca tantos sacerdotes. Entonces, ¿cómo crear la «unión» entre los miembros? Es aquí donde Foucauld tiene una idea formidable. Ese lazo esencial no se establece a través de un sistema de tipo eclesiástico, de sacerdotes-directores, sino que inventa de manera realista. «La unión entre hermanos» es «un boletín (mensual si fuera posible) que instruye a los hermanos sobre nuestras colonias, su estado, sus necesidades, los trabajos apostólicos que se hacen, las congregaciones que trabajan allí –boletín serio, escrito en un tono siempre serio y moderado, que tiene por finalidad la de proporcionar, a los cristianos serios y cultivados, datos verdaderos sobre nuestras colonias, sobre lo que se hace y sobre lo que falta hacer para el apostolado. Interesándoles por estas cuestiones, espero que se relacionen con algunos de los obreros apostólicos directamente y formen un movimiento cristiano dirigido a las colonias».

Foucauld quiere empezar desde la situación real, partir del terreno: estamos de nuevo ante el excelente geógrafo que supo preparar perfectamente en un año la exploración de Marruecos. Y, como acostumbra, contempla todos los detalles de manera perfecta y meticulosa[114] sobre el boletín, incluso sobre «el formato en-12», el de «el África Libre: boletín de la sociedad anti-esclavismo, de 32 páginas al mes».

Foucauld quiere simplificar las cosas en lo que concierne a las cuestiones de dinero: «En la Unión, así transformada, no habrá colecta ni petición económica de ningún tipo... se pagará una vez por todas un franco al entrar: los que quieran recibir el

boletín se abonarán pagando 3 francos al año, pero este abono será facultativo. Las comunidades y los institutos religiosos, colegios, etc., podrán entrar a la Unión colectivamente, a perpetuidad y gratis, gracias a una única adhesión dada una vez para siempre: se les enviará el boletín gratis». Así, de manera simbólica, el pago de un franco bastará para aquellos y aquellas que entren en la cofradía y será una vez por todas; Massignon pagará escrupulosamente.

Aporta una modificación importante de orden espiritual. En el proyecto primitivo, como los directores diocesanos eran sacerdotes, podían entremezclar y confundir el fuero externo y el fuero interno, es decir, la dirección administrativa de la fraternidad, por una parte, y la dirección espiritual de las almas, por otra. Podrían estar tentados de ejercer ambas funciones sobre los miembros. Pero Foucauld tuvo mucho cuidado, en su vida personal, de distinguir bien una y otra, con razón. Existen los superiores a los que se les debe una cierta obediencia externa: para Foucauld, Mons. Bonnet y también Mons. Guérin hasta su muerte (y ahora su sucesor, Mons. Bardou, a la cabeza de la prefectura apostólica)[115]. Por otra, el imperativo de la conciencia, a la que se puede ayudar, con el fin de tomar la mejor decisión posible, por lo que se llama un padre espiritual: para Foucauld, el padre Huvelin hasta su muerte; y ahora, el padre Voillard. La nueva organización suprime a los directores. Lo que es importante, lo que cuenta a partir de ahora, es la adhesión a un programa y a la acción que sigue. Foucauld, que expuso todas sus reflexiones a Massignon, subrayó esta frase: *«Reflexionad sobre este proyecto, querido hermano, y decidme qué pensáis».* ¿Le respondió Massignon sobre este tema en una carta del 10 de septiembre (que no tenemos)? Foucauld, el 12 de diciembre de 1914, le vuelve a expresar su deseo de *«pasar algunos meses, tantos meses como sea necesario, en Francia para establecer definitivamente nuestra Unión, con grandes simplificaciones en la organización y sin cambiar nada en el fondo».* Y repite, queriendo insistir en ese punto, en su perspectiva de un boletín: *«Como ya os lo dije, un boletín será el nexo de unión entre los hermanos y hermanas».* Al enterarse en su última carta de que Massignon había sido movilizad, y su mujer esperaba su primer hijo, no quiso molestarle con lo que le había pedido expresamente –y a lo que Massignon respondió expresamente–: su ayuda para el boletín.

En la carta que envía el 15 de diciembre de 1914 al padre Voillard, Foucauld vuelve a mencionar *«El gran asunto»* que hubiera estado en el centro de su viaje de 1915 a Francia, y que ahora tuvo que retrasar: *«La puesta en marcha de la cofradía».* Y, con el padre Voillard, hace el balance desde 1909 de su proyecto, desde la aprobación de Mons. Bonnet. *«Tras cinco años de experiencia, mi proyecto me parece fallar en cuatro puntos; 1º – la organización pide demasiados sacerdotes y es muy complicada; 2º – puede producir que los directores locales de la Fraternidad tengan una tendencia a substituir a los directores espirituales de las almas; 3º – los estatutos son demasiado*

largos; 4º – el nombre de la obra se parece al de muchas otras, lo que puede causar confusión y no significa lo que es la obra».

Después del envío del proyecto transformado en mayo a Mons. Bonnet y desde su carta de julio a Massignon, no paró de pensar y darle vueltas. ¿Qué aporta de nuevo la larga carta del 15 de diciembre al padre Voillard? Nada esencial. Encontramos las indicaciones de la carta a Massignon: *«El lazo entre los miembros de la cofradía será un boletín mensual»*. *«M. Louis Massignon me prometió su ayuda para este boletín; es uno de los cincuenta hermanos y hermanas de la pequeña cofradía»*.

En cuanto a la organización, la reduce a su más simple expresión: *«Quiere la organización más simple del mundo: un director nada más; encargado de todo: admisión, empleo de fondos (muy modestos y que fueran algo más de lo necesario para el boletín), redacción del boletín, respuesta a las peticiones de información, etc.»*. Esta función –diríamos hoy, es más bien la de un «secretario general»– para él, de hecho, es un presidente-director general –secretario general–; el que se ocuparía de la «organización».

Al padre Voillard le plantea una pregunta que no ha planteado a Massignon: *«¿A quién nombrará director? ¿Quién lo controlará de cierto modo? ¿Quién le remplazará si muere?»*. Tres proposiciones: primera, el «obispo» que tenga la cofradía bajo su responsabilidad; segunda, *«una congregación religiosa»*; tercera, *«un comité de personas»* (de las que forme parte el obispo). No da la respuesta él mismo; pide al padre Voillard su punto de vista. Después hay una larga interrogación sobre la manera de *«dar a conocer»* la cofradía. Y ya anuncia lo que ha previsto precedentemente: recorrer Francia, presentar *«en cada ciudad»* la cofradía: *«¿En Argel? ¿En Lyon? ¿En París? ¿En Marsella? ¿En otro lugar?»*. Lo cierto es que *«el hecho de pedir al Santo Padre su bendición» «tendrá lugar»* si hay *«un cierto desarrollo de la cofradía»*. Conclusión: *«Estoy preparado para recorrer Francia tanto como haga falta»*, aunque sea difícil. *«No he hablado nunca en público, soy muy poco hábil, muy tímido, me molesta hacerlo, incluso ante el público restringido de una conferencia»*. Le gustaría que un Padre Blanco, por ejemplo, hiciera esta «gira» con él. Eso en cuanto a Francia; en Bélgica, no sería una «gira», sino solamente una «visita». ¿Por qué menciona ese país? *«Los belgas también tienen colonias»*.

Con esta carta del 15 de diciembre de 1914, envía al padre Voillard el proyecto que transmitió en mayo precedente a Mons. Bonnet. Este no le ha dado ninguna respuesta hasta este día. Y nada todavía cuando Foucauld escribe de nuevo al padre Voillard el 5 de febrero de 1915: *«Más que nunca –le dice– sueño con mi deseo de una cofradía»*. ¿Cuál es su programa? *«Según tu opinión, no haré la visita a Francia [...] más que un año y medio después de la guerra. Pero creo que podremos aprovechar este año o este año y medio que seguirá a la paz para preparar la obra, para darle su forma definitiva»*:

«Necesidad de preparar la obra antes de presentarla».

La deuda y el agradecimiento

Todo esto está unido al final de la guerra: «*La paz, ¿cuándo llegará? Me escriben: quizá en otoño, quizá en un año, quizá en dos años*». ¿Otoño de 1915? ¿Febrero de 1916? ¿Febrero de 1917?

Hay un hecho que le sorprende mucho y que le empuja con fuerza a realizar la cofradía: «*Hay muchos de nuestros súbditos, de nuestros musulmanes, en Francia. Muchos dan su sangre con nosotros y por nosotros. Recemos por ellos, hagamos todo lo que puede ser útil a sus almas: seamos buenos para ellos, hagámonos amar por ellos*»... (a Massignon, el 12 de diciembre de 1914). Le parece que el hecho de que den su sangre por Francia les da derecho a ser nuestros iguales y requiere que haya entre ellos y nosotros una estricta fraternidad con los mismos derechos. Se da cuenta de que este grave acontecimiento sacude los espíritus, no puede más que incitar a considerar a los «colonizados» de manera completamente diferente: adquieren una deuda sagrada: «*Veo con placer en L'Écho de París, al que mi familia me ha suscrito desde el principio de la guerra [...], que el sentimiento, la conciencia de deberes nuevos hacia los indígenas, resultado de su comportamiento hacia nosotros durante esta guerra, comienzan a manifestarse en la opinión pública. Los deberes son antiguos, no los veíamos, esta guerra los hace aparecer en parte*». Y añade al padre Voillard: «*el primero de todos los deberes es el que nos ocupa*», es decir, la evangelización, y, por lo tanto, la cofradía.

En esta misma carta del 5 de febrero de 1915 al padre Voillard, Foucauld indica bien «*lo esencial*» de la cofradía, «*lo interior*», escribe subrayando; es decir, las «almas interiores», que viven del Evangelio y de la Eucaristía. «*Almas que no tengan una vida seriamente cristiana no sabrían cooperar seriamente en la conversión de otros*». No menosprecia «*el exterior*», las actividades, y da ejemplos de ese segundo aspecto: «*Encontrar colonos cristianos de toda clase*». «*Hacer los trámites necesarios para la buena administración civil de nuestras colonias, etc.*». Pero no se puede olvidar lo esencial. Y eso que llama «*nuestra unión de oraciones*» (a Massignon, el 22 de julio de 1914) debe ser al mismo tiempo una invitación a la acción: «*El primer deber es el que nosotros sabemos: la salvación de las almas, pero muchas cosas que no son acción propiamente dicha de los sacerdotes y de los religiosos importan mucho para el bien de sus almas, como su instrucción, su buena administración civil, su contacto estrecho con franceses honestos; para algunos la sedentarización, un crecimiento del bienestar material. También quisiera que nuestra Unión, siendo ante todo una fraternidad que llevara a cada uno de nosotros a unirse lo más posible a Nuestro Señor, a llenarse de su Espíritu, a vivir según su voluntad y en su gracia, lleve también a cada uno a hacer*

según su condición y sus medios todo lo que pueda por la salvación de nuestros infieles de las colonias». E indica la triple operación que hay que llevar a cabo en ese sentido: «Hay que ejercer un impulso, una acción colectiva para organizar acciones privadas que determinen, ayuden, animen». En fin, con optimismo, piensa que, si gana la guerra, «Francia tomará nueva fuerza que se volverá naturalmente en buena parte hacia sus colonias; para estas, la victoria será también el principio de una nueva era. La lealtad y valentía con las que nos sirven nuestros súbditos muestran a todos que hay que hacer por ellos más de lo que hemos hecho en el pasado».

En febrero de 1915, no ha recibido todavía ninguna carta de Mons. Bonnet en respuesta a la que le escribió él en mayo precedente enviándole su proyecto transformado: «Desde hace mucho tiempo estoy sin noticias de él, lo que me inquieta, ya que tiene unos ochenta años», dice a Massignon el 21 de febrero de 1915. En esta carta, subraya que Massignon le escribió diciendo «*nuestra*» Unión, «*nuestros*» estatutos, y está feliz por esta adhesión clara. Le expone, en cuatro puntos, lo que expresó al padre Voillard. Los dos primeros conciernen a los «*estatutos extremadamente abreviados (con una organización muy simplificada y diferente)*» y al «*boletín mensual*». El tercer punto indica que habrá que enviar a cada nuevo miembro, como «*en forma de Consejos, un pequeño catálogo que contenga a la vez lo que contienen los estatutos actuales (salvo la organización) y el directorio (que no está imprimido y no es más que la explicación de los estatutos)*». En cuanto al cuarto punto, se trata «*de informaciones sobre las colonias francesas*», la situación del terreno, que se entregará también a cada miembro.

Volvamos al tercer punto, el folleto, ya que es importante. Primero, el contenido que Foucauld quiere dar a este folleto: los estatutos de 1913, que Massignon recibió en el momento de su inscripción en la Unión –pero sin poner lo que se refiere a la organización– y también un comentario de esos estatutos –al que llama *Directorio*–. Los estatutos, en cuarenta artículos, son breves; el comentario, o *Directorio*, siguiendo los cuarenta artículos, es cuatro veces más largo. Esto es lo que Foucauld quiere enviar a cada miembro, y llama al folleto *Consejos*.

A Massignon, como al padre Voillard, Foucauld les explica cuál es su plan cuando acabe la guerra. Una primera fase: «un año o dieciocho meses» de preparación seguidos de una «*gira por las diócesis de Francia*». Aunque se ausentara por mucho tiempo del Hoggar, «*la obra es más indispensable que nunca*».

Sabemos, por el mismo Foucauld, que el «*proyecto de transformación*» de la Unión, fundamentalmente su organización, fue enviado a Mons. Bonnet en mayo de 1914. Pero ¿por qué Mons. Bonnet no responde? ¿Ha recibido la carta de Foucauld y este «*proyecto*»? «*Espero dentro de poco su respuesta; le tendré al corriente*», escribió Foucauld a Massignon el 22 de julio de 1914. Ese «*proyecto de transformación*» lo

envió también Foucauld al padre Voillard, a la Maison Carrée. Y tampoco hay respuesta, en ese sentido, del padre Voillard. Sabemos, solamente, que, a su larga carta del 15 de diciembre de 1914, de Foucauld, el padre Voillard respondió el 21 de enero de 1915 pero esta carta «*falta*»[\[116\]](#). Foucauld no guarda el correo que recibe, ni las cartas de Voillard, y tampoco las de Massignon. Esta famosa carta tardó seis meses en llegar a Foucauld, que responde el 15 de julio dando las gracias al padre Voillard por «*la bondad con la que examinó y comunicó el proyecto de la cofradía*». ¿Comunicó a quién? A Mons. Livinhac, ya que, el 7 de diciembre de 1915, Foucauld escribe al superior de los Padres Blancos para darles las gracias por «*haberse dignado responder a mi carta de hace un año*». Da algunas noticias nuevas sobre la situación: «*El país que me rodea permanece en calma [...]. La confianza de los tuaregs hacia mí no deja de aumentar*—le escribe—. *El trabajo de lenta preparación al Evangelio continúa*». Pero ninguna alusión, como tampoco en la carta del 15 de julio de 1915, al padre Voillard sobre el tema de la cofradía.

El recorrido de los correos es largo y difícil en este período. Foucauld está esperando. Desea la respuesta de Mons. Bonnet a lo que le ha pedido; espera desde julio de 1914; nada en el segundo semestre de 1914 ni en todo el primer trimestre de 1915. La respuesta de Mons. Bonnet llega por fin. Foucauld puede darla en una carta que escribe a Massignon el 17 de abril de 1915, casi un año después del envío hecho a su obispo: «*Monseñor Bonnet ha aprobado plenamente que tenga mis estatutos en una forma muy breve, lo que permite ver de una ojeada lo que es la obra; los antiguos estatutos, modificados en lo que concierne a la organización y quizá un poco más extensos como consejos espirituales, se quedarán como Directorio; serán dados, según me parece, a cada hermano a su entrada en la unión bajo el título de “Consejos”... Hablaremos de todo esto con tranquilidad en cuanto llegue la paz. Tengo gran deseo de conocer tranquilamente su opinión*».

Massignon, que fue conquistado por el texto primitivo de Foucauld de 1909, prefiere que lo retoque lo menos posible. Foucauld le tranquiliza: no ha decidido redactar un texto definitivo todavía; se lo escribe el 20 de mayo de 1915: «*Gracias por lo que me dice en relación al tema de los estatutos de nuestra Unión y de su deseo de ver el menor número de modificaciones posible. Seguiré su consejo, por otra parte, conforme a mi sentimiento íntimo. Como no debo ir a Francia antes de la paz, no me he ocupado de la redacción definitiva todavía; rece para que sea lo que quiere Jesús; le pido muy particularmente oraciones en este sentido*». Con la respuesta de Mons. Bonnet en abril de 1915, se ha dado un paso definitivo. Aunque la redacción de los estatutos no sea todavía la definitiva, el giro hacia una «*cofradía*» se ha dado. Y por ella quiere volver a Francia, no para encontrar compañeros en vista de una eventual congregación. Se dirá que sin la guerra, y la consiguiente imposibilidad de encontrar compañeros sacerdotes de

edad madura –están todos movilizados–, quizá hubiera habido vocaciones; al menos una vocación que se uniera a él, llevando la misma vida que él en Tamanrasset, y le sucediera. Es solo pura hipótesis. De hecho, nadie ha ido a vivir con él y lo que ha fundado es una «*cofradía*». Tras su muerte, vendrán algunos que dirán que esta cofradía no era más que un último recurso y hay que eliminarla en provecho del único proyecto que vale la pena, una congregación religiosa. Foucauld, que puso tanto ardor, en estos últimos años, en establecer su «*pequeña cofradía*», ¿hubiera querido que fuera considerada como un simple medio que suprimir y olvidar pronto?

Construir un fortín

En septiembre de 1914 llegó el anuncio de la guerra: «*Aquí, la población no sospecha nada de los acontecimientos que pasan en Europa*», escribe el 21 de octubre de 1914 a María de Bondy. Le señala una incursión de «*saqueadores marroquíes, a cuatrocientos kilómetros al suroeste*» de Tamanrasset, donde los tuaregs nobles hacen pacer sus rebaños. Por poco no «*han raptado a Moussa, que tuvo el tiempo justo para escaparse de noche*». Las noticias le llegan con mucho retraso: «*El correo nos llega cada dieciocho días*, escribe el 17 de enero de 1915 a Castries, *trayéndonos cartas y periódicos entre los que, los más recientes, son de hace treinta y cinco o cuarenta días*». Repasa la lista de los muertos en el frente, en *L'Écho de Paris*. «*Hasta ahora he podido contar diez amigos de África la mayor parte, entre los que hay algunos muy queridos*» (a M. de Bondy, 24 de noviembre). Se pregunta si no debe ir a Francia a «*servir hasta la paz como capellán, camillero, etc.*», y escribe al que está en el frente, para que le aconseje sobre esto. Respuesta de Laperrine en pocas palabras, el 3 de febrero de 1915: «*¡Quédese donde está!*».

La población tuareg debe hacer todo para «*defenderse, no sin pena, de la hambruna. ¡Hace cinco años que no llueve! Se ha perdido cuatro quintos de las cabras y de corderos y la mitad de los camellos; las cabras que quedan no tienen leche y los camellos están tan flacos y tan frágiles que pocos son capaces de ir en caravana; en septiembre o en octubre, ha habido cuatro o cinco plagas de saltamontes que han devorado la cosecha de otoño y lo poco de plantas que quedaban*» (a M. de Bondy, el 24 de noviembre). Le dirá el 20 de febrero de 1915: «*Todavía no llueve; desde hace nueve años y medio que vivo aquí, ha llovido dos veces; una vez, hace nueve años, durante treinta y seis a cuarenta horas; otra vez, hace cinco años, durante tres o cuatro horas. Los rebaños no son más que un recuerdo*». El 30 de diciembre de 1914 confiesa a su prima que tiene numerosos accesos de fiebre. Llama al Fuerte Motylinski al doctor Vermale, que le visita el 10 de enero y le encuentra «*afectado de escorbuto*». «*Ya preveía eso desde hace tiempo, ya que lleva la vida más antihigiénica que se pueda imaginar: trabajo incesante, no sale nunca ni hace ejercicio, comida inimaginable...*

Llegué a tiempo. Gracias a una medicación enérgica y a un cambio de régimen que pude imponerle, el mal está controlado».

«Para decir la pura verdad, escribe a María de Bondy, el 15 de enero y el 3 de febrero de 1915, el horizonte se ensombrece: Las cosas no van bien en Tripolitana para los italianos. Todo lo que queda de militares franceses en la región o poco más, está en la frontera tripolitana. Tenemos trescientos hombres; las bandas son de dos mil hombres; esperemos que, si hay combate, vaya bien para nosotros».

Es en ese momento cuando Foucauld tiene una idea que confía a Laperrine, construir un fortín en Tamanrasset para reunir a los habitantes del pueblo, guardar allí las provisiones y poder resistir a los ataques. Él mismo hará los planos de lo que se calificó más tarde como «*bordj*», término marroquí para designar un pequeño fortín, pero que él lo llama su «*kasba*», término árabe. En medio del patio interior prevé un pozo. La *kasba* se construirá poco a poco; Foucauld se instala allí en junio de 1916.

Desde 1912, los italianos ocupan la Tripolitana –hoy Libia– donde han sucedido a los turcos, pero estos mantienen una profunda influencia, especialmente al sur del país, donde se encuentran las tribus musulmanas más integristas, los Senusistas, que siguen en rebelión contra los italianos. El sur de la Tripolitana se encuentra en el noreste de Tamanrasset. En la frontera, en Djanet, las tropas francesas en 1907 establecieron un puesto con un fortín. Foucauld ya era consciente, desde 1905, leemos en una carta a su prima, que, si bien la situación era tranquila por el momento, las cosas podían cambiar, entre otras cosas, por una razón: *«Mientras que Francia no entre en una guerra europea, parece que habrá seguridad; si hubiera una guerra europea, habría probablemente alzamientos».* Ahora bien, la guerra ha llegado ya. Tamanrasset está atenazada por las amenazas senusistas al noreste y los *rezzous* marroquíes al sur, en el Adrar des Iforas –Moussa acaba de escapar de allí–. Tamanrasset podía ser defendido por el Fuerte Motylinski, pero en este puesto no hay más *«que un cabo francés y seis o siete soldados indígenas»* (a M. de Bondy, 20 de febrero de 1915).

Los tiempos de revueltas y de guerras son períodos en los que surgen apariciones extrañas y profecías apocalípticas. Esos años en los que Foucauld está en el Hoggar son un período de ese tipo. Los Senusistas influyen en los espíritus, sugiriendo que la sequía es debida a la presencia francesa. Los primeros reveses, a finales de 1914, del ejército francés en Europa se expanden ampliamente y corre el rumor de que Francia evacuará el Sáhara. Sobre todo, se anuncia la llegada del «*Mahdi*», un enviado de Alá que debe venir a la Tierra para completar la obra del Profeta, purificar la comunidad musulmana y convertir o exterminar a los «*infieles*», es decir, a los cristianos, los italianos y los franceses entre otros. Aunque los senusistas no se refieran apenas al *Mahdi*, tanto el Magreb del norte como el Sudán del sur están impregnados por esta promesa mesiánica.

Foucauld informa a Laperrine, en 1914, que estos «*taleb*» (hombres instruidos) de la

región con *«Ba Hamou a la cabeza, aseguran que la llegada del fin del mundo es algo muy próximo. El verano anterior, durante mi ausencia, lo anunciaron tanto como pudieron; cartas venidas de La Meca a través del Ajer lo anunciaban; Ba Hamou escribía de la mañana hasta la noche sin conseguir hacer todos los amuletos necesarios para preservar de las plagas precursoras»*. Sí, Ba Hamou, el que trabajó tanto con él en los estudios de lengua tuareg. La efervescencia vence.

¿El amigo Moussa?

En abril de 1915, el teniente Duclos, que Foucauld estima como *«de gran valor»* y como alguien que tiene sentido del *«bien público»*, es destinado a In Salah. Foucauld le escribe el 16 de abril para ponerlo al corriente de la situación general: *«El Ahaggar está en calma profunda: he presentado la guerra como una cosa sin importancia»*. Y explica por qué lo ha hecho: quiere ante todo que la población, ya sensible a los rumores alarmantes, no entre en pánico o derive hacia la disidencia y un cambio de campo. Está perplejo en relación a Moussa y escribe al teniente Duclos: *«Creo que Moussa es fiel a Francia porque comprende, sobre todo, tras su viaje a Francia, la necesidad de ello. [...] Pero busca gobernar a su gente sin nosotros, como si no existiéramos, se rodea (sobre todo por vanidad) de morabitos extranjeros que nos detestan y tienen una mala influencia, y espera evidentemente la llegada, de aquí a treinta años, del Mahdi que someterá a todos los cristianos y otros infieles a los musulmanes y establecerá en toda la tierra el reino del Islam. Estoy convencido de que eso es lo que Moussa dice a su gente. Tened paciencia, permaneced tranquilos, obedientes a los paganos, mientras Dios les da poder sobre vosotros: llegará el tiempo, no muy lejano, en el que nos dará a nosotros poder sobre ellos, cuando envíe su Mahdi, que todos los sabios dicen que está muy próximo. [...] Nuestras victorias sobre los musulmanes de Marruecos, Túnez, Trípoli, Egipto, no hacen más que arraigar la creencia en la pronta aparición del Mahdi, ya que estará precedida, dicen los escritores musulmanes, por las más grandes calamidades para el Islam»*.

La actitud de Moussa hacia Francia entre 1910 y 1920 fue analizada muy finamente por Maurice Serpette[117], que concluye que durante los años 1914-1916 fue ambigua. *«Moussa abandonó el Hoggar por el Sur (Adrar des Iforas) con la razonable idea de buscar pastos. Esta buena razón no era un pretexto político, ya que era más seguro mirar el teatro de operaciones como espectador lejano»*[118]. Moussa se alejó. Foucauld, por su parte, no dejó de apostar por la fidelidad de Moussa, aunque estaba preocupado secretamente, de manera muy lúcida, por la fragilidad de esa lealtad exhibida. Foucauld, inteligentemente, apostaba por continuar manteniendo la confianza en Moussa, a pesar de todo. Foucauld quería hacer de Moussa y de los suyos sus amigos; sabía que sería lento, muy lento, que eran más que desconfiados y que no le

darían de verdad su confianza hasta después de haberle probado en múltiples ocasiones. Foucauld les expresa la mayor bondad posible, como Huvelin se lo había dicho en 1909; pero sabía que esta actitud personal no era suficiente, que hacía falta también, como él la encontró en casa del padre Huvelin y de María Bondy, la inteligencia. Al hablar del *Mahdi* en su carta a Duclos, añadió: «Solo por la instrucción, el contacto con nosotros, los viajes a Francia de los más inteligentes, se disiparán estos errores, poco a poco con el tiempo». Foucauld, hay que decirlo, había encontrado él también, gracias a sus inmensas lecturas de juventud, la inteligencia de Montaigne, de Voltaire, de Montesquieu, y no las ha olvidado.

Queda decir que Foucauld está muy solo en este Hoggar, en el corazón del desierto, sin un verdadero amigo. Soledad que intenta engañar un poco, lo podemos constatar así, con relaciones epistolares múltiples y muy variadas: 5.661 cartas repatriadas desde 1900 a 1916, una media de 333 cartas por año, entre los que destaca un año particularmente rico: 648 cartas en 1913. *Grosso modo*: un tercio con su familia de sangre, un tercio con militares, un quinto con religiosos. Alguien dijo con verdad que cada carta de Foucauld «se dirige con precisión a una personalidad y en sus términos más adecuados. Como si fuera de alguna manera una conversación»[\[119\]](#). Estamos de acuerdo en que las cartas de Foucauld, en verdad, son verdaderas «conversaciones»; sabemos que Foucauld posee ese maravilloso arte de la conversación, lo que hace las cartas muy dinámicas, agradables, pocas veces convencionales –salvo los saludos–, nunca expeditivas, a veces enfáticas, sobre todo las que dirige a sus superiores religiosos, y siempre marcadas por la más extremada deferencia y cortesía. Esta correspondencia presenta una preciosa crónica de su vida cotidiana, de los acontecimientos, sin olvidar todo aquello que surge de su alma profunda[\[120\]](#).

15. INCLASIFICABLE Y SIMPLE

«*Mañana hará diez años que digo la misa en Tamanrasset y ni un convertido*», escribe el 7 de septiembre de 1915 a María de Bondy. No hay comentario. No es una queja, es una simple constatación. A menudo se lo repite a sí mismo interiormente, como una constatación ya hecha, hace falta que él se convierta, esa es la primera obligación. También hace diez años que Tamanrasset sufre una enorme sequía: «*Hace más de diez años que no llueve aquí: la última lluvia en Tamanrasset (que duró entre 24 y 48 horas) data de finales de enero de 1906*», escribe el 18 de febrero de 1916 a su hermana. ¿Podría ser que algunos tuaregs relacionaran su llegada y la falta de lluvia?

El deber de agradecimiento

En esta misma carta, habla de los «*caminos de la Providencia, impenetrables*» y se interroga sobre el sentido de esta guerra: «*¿Quizá una guerra tan terrible era necesaria para conducir muchas almas a la verdadera vida; quizá hacía falta que fuera tan larga para producir efectos durables?*». Concluye: «*¡Roguemos a Dios que (esta guerra) produzca la salvación a las almas de nuestra Francia, en toda Europa, en todo el mundo que de cerca o de lejos está afectado por la guerra, y también a los infieles de nuestras colonias, que, en tan gran número, pisan la tierra de Francia, se mezclan con nosotros, vierten por nosotros su sangre!*». Quisiera que esta guerra sirviera, al menos, para algo; puesto que ya ha comenzado, que al final traiga «*una paz que dé a Europa la justicia, la libertad y una larga tranquilidad*» —escribió el 4 de mayo de 1915 al teniente Duclos pero sin limitarse solo a Europa—; se trata de «*aprovechar esta paz*», «*para hacer progresar a todas nuestras colonias, educarlas como una buena Madre patria debe hacer con sus hijos*».

Esta idea de una clase de deber maternal de Francia hacia sus colonias, consideradas como sus hijos, la encontramos frecuentemente en este hombre que se quedó a los cinco años huérfano de padre y madre, que estuvo privado también de su «*madre*», Alsacia, en la que había nacido y de donde fue exiliado[121]. Quiere el progreso de los tuaregs y quiere que lleguen a ser iguales a los que han invadido su territorio; trabaja intensamente para promocionar y presentar su lengua materna, su cultura. Y, a sus ojos, todas las colonias deben adquirir pleno desarrollo; el deber de Francia es trabajar intensamente para conseguirlo.

Como miembros de las colonias están dando su sangre por Francia, está adquiriendo un deber sagrado hacia esas colonias; Francia está en deuda. Foucauld lo expresó a Massignon el 29 de junio de 1915: «*La fidelidad y la lealtad de nuestros súbditos de*

África del Norte ayudarán a hacer comprender a los católicos de Francia qué imperiosos deberes se tiene para con ellos. El deber materno de la Madre Patria hacia sus hijos infieles estaba ya claro antes de la guerra. Ahora salta a los ojos. Al deber materno se añade el de agradecimiento». La relación entre las colonias ha tomado una nueva dimensión; a partir de ahora se trata de otra relación, una relación de deuda.

Foucauld espera que un bien mayor surja de ese mal que es la guerra, que sea *«el principio de una nueva era para Francia en la que llegue a ser mejor, más virtuosa, más cristiana»*, escribe el 8 de septiembre de 1915 a Massignon; y que Dios *«haga brillar la civilización intelectual y moral con el cristianismo sobre los pueblos todavía infieles, comenzando por los de nuestras colonias que Él nos ha encargado especialmente»*.

Quisiéramos apuntar que Foucauld, aquí, no hace ninguna mezcla. Distingue, por un lado, la civilización, que está construida y vehiculada por los derechos humanos, que se apoya en la *«virtud»* –tal como la buscaba intensamente antes de su conversión–, en la moral natural –tal como quería que Moussa la hiciera extender entre su pueblo–; y, por otra parte, el cristianismo. A sus ojos, hay un primer principio en el que intentar fundamentar lo mejor posible la propia vida, un fundamento que es un sólido esfuerzo que da respuesta al Espíritu Santo. Instaurar ante todo el sentido del *«bien público»*, del *«interés general»* del que habla a menudo, ya sea con Moussa, ya sea con los oficiales franceses, forma parte de esta moral primera; el anuncio del Evangelio y la escucha del Evangelio no pueden prescindir en absoluto de este trabajo primero de humanización de una persona o de un pueblo. Ese trabajo de humanización es ya totalmente una apertura al Espíritu.

Los que están dando su vida por conseguir mayor libertad, igualdad, fraternidad entre los hombres colaboran en esta tarea fundamental. Sean cristianos, sean ateos, sean *«infieles»*, musulmanes u otros creyentes no cristianos. No se puede condenar tan fácilmente a Foucauld tratándolo de violento porque estimó que esta guerra era justa ante las barbaries que el ejército alemán cometió y que el mundo entero condenó. Él captó muy bien que esta guerra inauguraba, desgraciadamente, una nueva época, la de guerras necesarias para salvar la civilización humana. Escribe el 25 de septiembre de 1915 al hermano Agustín, de Notre-Dame-des-Neiges: *«Esta guerra no es una guerra como las otras. Los que mueren dan su vida para ahorrar a sus hermanos y hermanas, no solamente una sujeción vil, sino todo tipo de crueldad, de violencia, todas las infamias de los peores bárbaros»*. Y, a un filósofo polaco el 1 de noviembre de 1915: *«Los aliados combaten, quieran o no, tanto por la libertad de la Iglesia católica, por la de todos los pueblos neutrales, como por ellos mismos»*. Foucauld defiende la libertad: *«Cuánto debemos agradecer a Dios por ser franceses y encontrarnos en estos días en el bando del derecho, del bien, de la justicia, combatiendo por la defensa de nuestros*

hogares [...], por la defensa de la civilización y de la libertad del mundo» (a Massignon, el 19 de noviembre de 1915).

Por otra parte acaba de saber, él que asistió de cerca a una primera masacre de armenios por los turcos en 1895 y que vio también la indiferencia y el silencio de los países europeos ante tal crimen, que los turcos, aliados de los alemanes, acaban de perpetrar de nuevo masacres contra los armenios. Desde entonces, denomina esta guerra «*cruzada*»: «*Bastarían las masacres de Armenia para organizar una guerra europea como único motivo fuera la destrucción de Turquía, cuestión de Deber y de Honor. Los métodos de guerra de los alemanes, que abandonan todos los principios de civilización cristiana, de moral cristiana, hacen también de esta cruzada un deber religioso, y de la ambición alemana nace el deber de defendernos a nosotros, a nuestros descendientes y a otros pueblos para mantener la libertad de pensar, de actuar, de vivir según la moral cristiana y el honor*» (a Massignon, el 6 de diciembre de 1915). «*En nuestro tiempo presente –le dirá el 12 de enero de 1916–, las infamias de los alemanes, su paganismo, les han puesto fuera de la ley; son un peligro para el mundo*». Le vuelve a repetir a Massignon, el 6 de marzo, su convicción de que Francia está «*en el bando del derecho y de la justicia, en el bando que combate para que la moral cristiana permanezca y sea cada vez más la ley del mundo, por la libertad de la Iglesia y la independencia de los pueblos*».

Primero y ante todo quiere que sea respetado el derecho y la libertad del hombre. Quiere ver, en la paz que llegará, «*una paz que garantice el futuro*», una inmensa posibilidad de cercanía entre los pueblos y entre las religiones. Ruega a Dios «*para que haga salir de esta tempestad a una Francia más virtuosa y más cristiana, que tenga una influencia más benefactora en el mundo; que surja de todo ello una cercanía de la Iglesia hacia nuestros aliados heréticos y cismáticos y la conversión progresiva de los súbditos infieles de las colonias de los pueblos cristianos; que haga nacer también mayor fraternidad entre los franceses, mayor fraternidad entre todos los pueblos de nuestra gran alianza, la victoria definitiva de la civilización cristiana en el mundo y mayor fraternidad entre todos los hombres*».

Vimos que habla también de «*la independencia de los pueblos*». Entonces, de esta Argelia de la que ha dicho tan alto y tan fuerte que sus colonizadores no hacían nada por los que vivían allí, que no hacían más que explotarla, ¿no podríamos decir que quiere la independencia de Argelia? ¿No habría que tomarle en serio?

«*Sigo con alegría los progresos*»...

Se recuperó bien del escorbuto de enero de 1915 pero se siente envejecer: «*ruidos en los oídos*», por ejemplo. Asegura a su prima con humor: «*Tengo buena salud bajo la apariencia de la vejez: ni dientes, ni pelo, barba muy gris, arrugas innombrables*» (8

de marzo de 1915). Tiene siempre la misma vivacidad. «*Siempre hay cosas que no van bien, en todo; pero hay que dar ejemplo de confianza, esperanza, ánimo y disciplina, y practicarlos bien a fondo nosotros mismos para que los demás lo practiquen*» (a la misma, 29 de enero).

Apenas repuesto de su problema de salud, se entregó enteramente al trabajo y el 10 de junio está ya en la letra Z de su diccionario; el 24 de junio, acaba el diccionario y lo relee; el 25 de julio acaba la relectura. El manuscrito saldrá, el 5 de agosto, en el siguiente correo; 2.028 páginas, once años de trabajo tenaz. Desde finales de julio de 1915, retoma la revisión de la recopilación de *Poésies touarègues*, que será terminada a mitad de noviembre de 1916, quince días antes de su muerte[122]. Escribe a Laperrine, que está en el frente, el 2 de agosto de 1915: «*Acabo de ponerme a hacer la copia para la impresión de las poesías. Me parece algo extraño, en horas tan graves, pasar mis jornadas copiando conjuntos de versos*».

Pero sabe que este trabajo es importante y lo expone razonándolo en la introducción de la obra: «*Las poesías tuaregs son interesantes bajo múltiples puntos de vista: enriquecen el vocabulario general con palabras empleadas raramente en prosa; como únicos textos fijos de la lengua, contienen los ejemplos gramaticales más seguros; como cualquier acontecimiento, da lugar a la composición de versos, estas poesías dan testimonio de la historia del país; y también, estos versos dan a conocer las costumbres y el carácter de los tuaregs*». Su diccionario se convirtió en una verdadera enciclopedia sobre el Hoggar y sus habitantes, su cultura, sus costumbres. En cuanto a sus costumbres, las conoce bien; al joven capitán Louis Sigonney, de treinta años, que comienza a darse cuenta de lo que suponen estas peculiares costumbres, le escribe el 3 de junio de 1910: «*No me sorprende que esté extrañado de las costumbres tuaregs. Por mucho que nos lo digan, están tan lejos de nosotros que no lo podemos creer. En el fondo, es más o menos la sociedad de los apaches: los hombres, a vivir del pillaje, las mujeres lo aplauden y viven libremente*». Le recitaron muchos versos para su tarea lingüística, algunos de los cuales contienen un gran erotismo. El diccionario mismo indica palabras que son reflejo de esas costumbres y Foucauld las anota escrupulosamente. Queda decir que, si quiere que su nombre no aparezca en la publicación de sus obras lingüísticas, es, lo sabemos bien, por humildad, pero también por no escandalizar. «*Os pediría que en este trabajo –escribe a R. Basset, que se encarga de editarlo– ocultarais mi nombre. Los textos contienen algunas páginas de gran erotismo, que no correspondería publicar a un sacerdote*» (4 de febrero de 1910).

Foucauld estuvo profundamente marcado por las ideas de su tiempo sobre el progreso y vivió con pasión algunos grandes avances técnicos. Como los santsimonianos, estima que «*el ferrocarril es una herramienta de civilización de primer orden*» (a J. Hours, el 9 de enero de 1912). El proyecto del Transahariano le había entusiasmado

desde que se empezó a hablar de él y más todavía cuando, con una misión, se precisó su implantación en 1912. Se iban a realizar una serie importante de estudios en Tamanrasset con ese objetivo: *«Seré enormemente feliz si ese proyecto se realiza: la seguridad de nuestros territorios del norte y del sur del Sáhara, la civilización, el interés de la ciencia: todo eso lo trae este ferrocarril»* (a R. Basset, el 1 de febrero de 1912). Él mismo ayuda en esta misión, encuentra guías tuaregs, presta sus barómetros, se reúne con el grupo en Silet, a cien kilómetros al suroeste de Tamanrasset. Cuando viene a Francia en 1913, asiste en París, el 17 de julio, a una sesión, en el marco del XXXI Congreso de las Sociedades Francesas de Geografía, sobre el Transahariano, y también a la conferencia del capitán Niéger.

El proyecto, utópico, jamás verá la luz. Laperrine comprenderá bastante rápido que es irrealizable y se dedicará al desarrollo de las comunicaciones aéreas entre el norte y el sur del Sáhara[123]. Pero otro proyecto, realizado muy rápidamente, será un éxito sensacional en la época. Antes de la conferencia del capitán Niéger, Foucauld almuerza con el general Bailloud, al que había recibido seis meses antes, el 25 de enero, en Tamanrasset; el general, gran pionero de la TSF (*Telegrafía Sin Hilo*), estaba encargado de su puesta en marcha en la región; había subido al Asekrem para sus primeros ensayos; después, vuelta a Tamanrasset. Los ensayos son concluyentes. Foucauld anuncia la noticia a Laperrine el 27 de enero: *«Desde aquí se oye muy bien la Torre Eiffel. Es muy interesante»*. *«Estamos ejecutando con energía obras muy importantes de pistas para automóviles y para el telégrafo sin hilo en el Sáhara. En un mes, iremos de Argelia a In Salah en coche; en ocho meses, iremos en coche de Argel a Tamanrasset. A finales de 1917, espero, se podrá ver que los coches atraviesan el Sáhara de Argel al Níger»* (a Castries, de 25 marzo de 1916). *«El gran acontecimiento es el establecimiento de la red de TSF y pistas de automóviles en el Sáhara»* (a Sigonney, el 7 de marzo de 1916). Foucauld se interesa muy de cerca por los trazados de las pistas; habla de ello en numerosas cartas, se alegra de que, en 1916, el tramo Ouargla-In Salah ya esté acabado: *«Esas obras son buenisimas, estoy encantado»*, escribe en la misma carta a Sigonney. Carta del 23 de marzo a su hermana: *«La pista automóvil avanza; pasa por aquí mismo, a 300 m de mi eremitorio y Tamanrasset será uno de los principales puntos de parada: es una felicidad inesperada. Desde ahora puedo pasear por el camino del tramo ya hecho que pasará cerca de aquí; el camino de Tamanrasset a In Salah (650 km) estará acabado al público en noviembre próximo. Será un gran progreso»*. *«Sigo con alegría los progresos de las carreteras para automóviles a través del Sáhara»*, le dirá el 27 abril.

Foucauld contribuye, por otra parte, al progreso del Sáhara. Para el observatorio de la Bouzarea, en Argel, puso a su disposición instrumentos meteorológicos; Foucauld, desde su exploración en Marruecos, sabe utilizarlos; y apunta, tres veces al día, durante

los años saharianos, temperatura, presión, velocidad y dirección del viento; parámetros que serán considerados los únicos documentos serios sobre el clima del Hoggar en la época.

Foucauld decía que deseaba el progreso en todos los ámbitos: material, moral, espiritual. Pero no dejó nunca de lado el progreso técnico, participó en los avances de su época con gran interés e incluso con competencia.

No hay progresos inútiles: incluso los más simples, los más cotidianos, le interesan. Oûksem, de vuelta de Francia, donde había aprendido a hacer punto en familia, en casa de los Foucauld, tiene ya discípulos: *«El punto y el ganchillo van de maravilla; todo el mundo se pone a ello, las mujeres de dos en dos, bastantes jóvenes se ponen a hacer ganchillo para hacerse chalecos»*, anuncia a su prima el 16 de abril de 1916 pidiéndole ayuda: *«No tenemos ya ganchillo, ni lana, ni algodón. Si pudieras enviármelo, y también enviarme por Vilmorin un poco de grano de algodónera, harías un gran favor al país»*. Con este razonamiento en forma de conclusión: *«Todas las cosas son útiles espiritualmente, ya que todo se sostiene pieza sobre pieza: no se hará dejar el islamismo a estos pueblos si no es dándoles deseos de instrucción, abriéndoles el espíritu, dándoles la idea y el deseo de una vida material mejor. Y, más tarde también, de una vida espiritual superior a la suya; por el momento no tienen ninguna idea, y, en consecuencia, ningún deseo de instrucción; comprenden más fácilmente el perfeccionamiento de su vida material; los progresos que van a ir haciendo les proporcionarán la costumbre del trabajo, se sedentarizarán, les abrirán el espíritu, les motivarán a hacer viajes; el resto vendrá poco a poco. Materialmente, ya han hecho grandes progresos»*.

Está feliz al ver las transformaciones materiales que se llevan a cabo a su alrededor, en Tamanrasset donde, dice el 15 de julio de 1915 a Laperrine, *«ahora ya no hay ni una zériba [choza], no hay más que casas de las que muchas tienen chimenea»*. Para hacer casas, hace falta ladrillos, Foucauld quiere desarrollar también el trabajo manual y eliminar lo más posible la mendicidad. Por ello, da consejos al teniente Duclos sobre la utilización de los fondos que recibe en estos términos: *«No quiero aconsejaros que enviéis dátiles, ni que los repartáis, ni que hagáis distribuir grano en el momento de la siembra de primavera y de otoño, sino que establezcáis en Motylinski un taller de ladrillos, libre y permanente en el que los ladrillos estén pagados por el Baïliq[124] muy baratos, pero a un precio que permita vivir a los obreros (cien ladrillos fabricados y transportados hasta la puerta de la oficina; medio litro de trigo, cebada, bechna [mijo] u otra cosa, a gusto del Baïliq). El Baïliq aceptará todos los ladrillos bien hechos que se les lleve y no dará a los que les falte trabajo más que la pala y el molde. Este taller permitiría a cualquiera que esté sin trabajo y no sea perezoso vivir hasta que encuentre otro trabajo. De igual modo, esto proporcionará al Baïliq una*

reserva de ladrillos que le serán siempre útiles y que le habrán costado muy baratos. Y no será un gran gasto ya que –¡qué pena!– a menudo basta con ofrecer trabajo a un mendigo para que se vaya y no se le vuelva a ver nunca más. En esto emplearía yo el dinero disponible si estuviera en vuestro lugar».

Desde su juventud, desde Saint-Cyr y Samur, asistió durante treinta años a la extensión de las colonias francesas; últimamente, vio instalarse el protectorado en el país tan querido para su corazón que es Marruecos. A este ritmo, con esta fuerza, no se imagina que esta ocupación pueda cesar rápidamente. Piensa, ya lo hemos visto, que esos pueblos llegarán a ser un día independientes pero duda y se equivoca en el cuándo: ¿cincuenta años? ¿Un siglo? ¿Siglos? En todo caso será cuando hayan llegado a una igualdad en el plano del desarrollo. ¿Qué hacer, entonces, de momento? Provocar su desarrollo. Para él, lo esencial es el progreso, que anuncia sin cesar y al que intenta contribuir en la modesta medida de sus posibilidades. *«Estoy persuadido de que lo que buscamos para los indígenas de nuestras colonias no es ni la asimilación rápida, es imposible, ni la asimilación que requiere generaciones y generaciones; ni la simple asociación, que no es adecuada para producir, por ella misma, el progreso de nuestros administrados, ni su unión sincera con nosotros, sino el progreso que será muy desigual y deberá a menudo ser buscado por medios muy diferentes en nuestras colonias tan variadas, pero debe ser la finalidad constantemente perseguida»* (4 de marzo de 1916 al teniente Duclos).

Cuando apareció en 1875 el artículo dedicado al «Progreso» en el *Grand Dictionnaire universel du XIX^e siècle*, Foucauld tenía dieciocho años y no era creyente. Quizá en ese momento leyó y, si lo hizo, estuvo totalmente de acuerdo con los argumentos que esgrimía Pierre Larousse en ese artículo, al considerar a la Iglesia una fuerza antiprogreso. Pero en el Sáhara, muchos años después, vive y preconiza las ideas de progreso como las había presentado P. Larousse: *«A la teoría de la caída del hombre, inventada por las filosofías antiguas para explicar la coexistencia de dios y del mal en el mundo, y adoptada como base fundamental por el dogma hebraico y por el dogma católico, la filosofía moderna opone el principio, totalmente contrario de la perfectibilidad indefinida de la especie humana. [...] El progreso no se produce solo en el individuo, sino también en el género humano; es la ley misma de la especie»*. Y P. Larousse, a lo largo de las columnas del artículo, repite la misma antífona: *«En nuestro tiempo, la creencia universal es que el progreso es la ley misma de la marcha del género humano»*. Larousse subraya todavía *«la acción moralizadora que resulta de la elevación del nivel intelectual sobre la moralidad humana, sobre las relaciones sociales [...]». El vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico permiten hacer progresos considerables al comercio, a la industria; pero la acción de la ciencia no se para en esos progresos materiales, ya que todos los progresos se apoyan los unos sobre los*

otros [...]. *Las ciencias, al elevar el nivel intelectual, liberan al hombre de las ideas más bajas. Divulgar la ciencia en la sociedad, desterrar la ignorancia, tal es hoy en día la acción más importante que se impone verazmente y que se debe realizar el futuro*».

Para Foucauld, los conocimientos y el progreso, lejos de ser un obstáculo para la fe cristiana, pueden contribuir a hacer avanzar hacia Dios a todos aquellos, incluidos los agnósticos o los ateos, que se consagran al desarrollo de los pueblos.

«Nosotros no les hacemos justicia»

A medida que transcurren sus años saharianos, Foucauld se implica cada vez más en la vida social y política del Hoggar. Para los argelinos, para los tuaregs *«hay que hacer por ellos mucho más de lo que hemos hecho en el pasado»* (a Mons. Livinhac, el 21 de febrero de 1915). Y el 4 de mayo de 1915 al teniente Duclos: *«Tenemos el deber de elevar nuestras colonias, de levantarlas a nuestra altura, de hacerlas parecidas a nosotros; como los padres hacen con sus hijos; ser para ellas padres, cumpliendo nuestro deber y no explotadores»*.

El 22 de diciembre de 1912, se quejó al padre Voillard: *«Nuestra muy mediocre, por no decir mala, administración [...] aleja de nosotros a la población casi instantáneamente»*. Y añadió: *«No les aleja de mí. Personalmente, al contrario, soy el confidente de muchas penas; les aleja de los franceses en general, y francés y cristiano son lo mismo para la población»*.

Uno de los problemas que aumenta en el Hoggar son los robos. Así se lo escribe a Duclos, el 1 de diciembre de 1915, aconsejándole de paso *«estudiar de muy cerca durante algún tiempo la situación antes de actuar»*. *«Algunos tuaregs, poseedores de esclavos, al haberse empobrecido, liberaron a sus esclavos al no poderlos ni alimentar ni vender. El número de esclavos liberados se multiplicó y son malos obreros, poco habituados al trabajo de la tierra, tienen muchos vicios, no inspiran confianza, encuentran difícilmente trabajo, son habitualmente muy perezosos. Es una población de merodeadores y vagabundos que tiende a aumentar. En 1915, en la zona de Tamanrasset, donde estoy, se produjeron siete robos con sustracción de grano cometidos por esclavos liberados. Ese barrio de Tamanrasset comprende unas treinta casas. Todos los ladrones han sido conducidos a Motylinski y metidos en prisión. Pero encuentro que, para algunos, la duración de la prisión es demasiado corta... Creo que una represión severa sería necesaria... no solo para que detenga el mal presente, sino para impedir un mal peor en el futuro, para impedir que los ladrones inofensivos de hoy acaben creando bandas y terminen como salteadores de caminos»*.

Para combatir esta plaga de robos, tiene una idea y no se muestra nada tierno. *«Un taller que proponga arreglos de pistas para automóviles entre Ahaggar y Ajer, entre*

Ahaggar y Adrar, etc., bajo la dirección de un suboficial francés y la vigilancia de algunos soldados, en el que cualquier ladrón esté obligado a trabajar unos tres o cuatro años, al salir de la prisión de Motylinski, alimentado (una libra de grano por día), vestido (diez metros de algodón cada cuatro meses) y dos monedas por día. Será considerado todavía prisionero y avisado de que se le disparará si intenta escapar. Esta medida –un tipo de taller de obras públicas– dará que pensar a los que tengan ganas de robar; a aquellos que cometieron la falta, les dará el castigo, y, con ella, la costumbre de trabajar; ayudará a establecer carreteras que son de grandísima utilidad; hará vivir durante un tiempo bastante largo a la gente que merodea sin trabajo y atraerá probablemente a un buen número de ellos a una vida de trabajo. Por otro lado, no hay que asustarse de la multiplicación de los esclavos liberados: estos quizá no se perfeccionarán mucho pero sus hijos serán mejores y sus nietos serán como la masa de los haratins, que es, aquí al menos, una buena población». El taller para las carreteras se pone en marcha, pero hay cosas que no funcionan bien. El 30 de abril se rebela enérgicamente ante otro hecho: «Han vaciado la caja del Fuerte Motylinski – como hay muchos convoyes ha sido fácil llevarse el dinero–. Imposible “comprar grano para alimentar a los obreros de la pista para el automóvil”. ¡Es lamentable!».

Quisiera también que se preocuparan de los más pobres: «El doctor Vermale me escribe que van a construir una enfermería indígena en Motylinski; estoy encantado; sería deseable que funcionara también un poco como hospicio al mismo tiempo. La situación de los viejos esclavos liberados de ambos sexos, a menudo sin ningún familiar, viejos hartines que ya no tienen fuerza para trabajar y sin familia, es un panorama muy miserable; un asilo rústico haría un bien enorme; desgraciadamente muchas veces el dinero del Bailiq se gasta mal; se hacen construcciones muy caras allí donde unas simples construcciones baratas sería suficiente, y, a falta de criterio económico, se hace un bien mucho menor del que se podría hacer» (a Duclos, 9 de enero de 1916).

Por otro lado, pide que se trate a cada uno con ecuanimidad y justicia. Así, por ejemplo, da una recomendación a Duclos a finales de 1915: «Un gran bien económico que se puede hacer en Ahaggar, en este momento, es recomendar a vuestros suboficiales que no requisen los camellos enviados por los Kel Ahaggar a Tidikelt en busca de dátiles. Estos camellos son muy importantes, les están esperando; cuando no vuelven en el momento acordado produce desesperación entre la población, que se desanima por haberlos enviado a Tidikelt, y se teme por el futuro».

Que la administración francesa devuelva la administración de la justicia a los tuaregs: «Nosotros no hacemos justicia y no se la dejamos hacer a ellos. Desde hace más de dos años, robos, de los cuales uno con asesinato, cometido por súbditos de África occidental francesa, de los que se han quejado muchas veces a nuestros oficiales,

nunca han tenido reparación. El número total de camellos que les han robado y de los que presentaron una denuncia a su jefe directo, ahora hace poco más de dos años, es más de cincuenta –y nunca llegó a darse una solución–. Lo mismo ocurrió en otros asuntos, con las gentes del Tidikelt, y otros litigios entre ellos, nadie recibe la solución; se toma nota de las quejas; se dice que ya se escribirá, se dice que hay que esperar, no se concreta nada. Francia está faltando de esta manera a su primer deber: el de hacer justicia. Pero los franceses mismos evitan actuar justamente: requisan abusivamente camellos: se les requisan por causas que no tienen nada que ver con el interés público, mujeres de militares, etc., se calcula a menudo a ojo y excesivamente bajo el precio de los camellos requisados; se les mata con marchas muy rápidas cuando no están entrenados, sin dar ninguna compensación al propietario, etc.».

También está muy atento a las maneras de los oficiales a la hora de ejercer sus tareas. Moussa, en enero de 1916, fue atacado de nuevo en una *razzia* marroquí: el puesto francés no le prestó ayuda: el oficial que está al mando siente antipatía por Moussa. Foucauld reacciona con respecto a ese jefe: *«Temo que haga algo irreparable –dice del oficial–. Lejos de mí dar la razón a Moussa; tiene la costumbre inveterada de engañar y mentir, y otros muchos defectos, comprendido el tomar sus libertades. Lejos de mí, mucho más aún, de fiarme de su cortejo de nobles, todos ellos son nuestros enemigos, tienen el espíritu corrompido y necesitan ser dirigidos con una gran firmeza. Pero, por otro lado, conocéis a M... del que me habéis hablado con toda franqueza: sabéis de su tendencia irresistible a pensar y a hacer lo contrario de lo que piensan y quieren sus superiores y sus predecesores; lo que no es, creo, por su parte, mala voluntad ni indisciplina, sino muy mal genio y muy mal carácter, que le lleva indefectiblemente a pensar lo contrario de lo que se le dice y a querer lo contrario de lo que se le aconseja u ordena. Según me parece, la causa por la que cogió manía a Moussa, al menos la causa principal, sin darse cuenta, es que Moussa fue siempre bien tratado por sus superiores y sus predecesores. Las cosas llegaron a tal punto que me parece muy imprudente dejar a M..., a la cabeza del Ahaggar».* Foucauld había anteriormente escrito a M...: *«Estoy de acuerdo en lo que dice del mal comportamiento de los nobles y de los defectos de Moussa. Sin embargo, creo que sería bueno que usted continuara tratándolo con paciencia sin tomar ninguna medida rigurosa contra Moussa al menos hasta que haya obtenido la autorización categórica para hacerlo; no vaya a ser –cosa que yo temería– que usted fuera desautorizado, lo que sería muy poco conveniente».*

Hay tensiones entre las dos tribus: los Kel Ahaggar y los Taïtoq. *«Son viejas historias, viejas querellas renovadas sin cesar. Los Kel Ahaggar, incomparablemente más fuertes que los Taïtoq, habrían aniquilado a estos si no estuviésemos aquí para obligarles a hacer la paz. Los Taïtoq aprovechan que retenemos la mano de los Kel*

Ahaggar para ser aún más insolentes hacia ellos y hacer robos constantemente en su perjuicio, de los que los Kel Ahaggar se han quejado al capitán Charlet, a M. Depommier, al comandante Meynier, desde hace tres años, pero de los que, desgraciadamente, a causa del gran número de asuntos y del pequeño número de oficiales, no se les ha hecho nunca justicia...». Y propone «leyes y reglamentos» que regulen los problemas: «Algunos reglamentos se han de hacer en este país, que no sigue ni la ley islámica, ni ninguna otra, y en la que las dos únicas leyes conocidas antes de nuestra llegada eran, para todos, el propio placer y, en caso de problemas, la ley del más fuerte. No tendría que ocurrir que la gente cuyos padres son de tribus diferentes pudieran pertenecer a la tribu de la madre o del padre según su capricho. Haría falta que una ley determinara que todo el mundo, sin excepción, pertenece a la tribu de su madre (conforme a la costumbre del Ahaggar o de los Taïtoq) sin derogación posible. Otra ley debería declarar que la fortuna de cada individuo pertenece a su propietario sea cual sea su origen y es toda entera para la gente de su tribu sin que nadie de otra tribu tenga el derecho de requisarla o exigir un impuesto, bajo el pretexto de que una parte de su fortuna viene originariamente de una tribu diferente. Una tercera ley debería declarar que, cuando una mujer se casa con un hombre de una tribu extranjera, la fortuna de la mujer es, mientras dure el matrimonio, gestionada por el marido y dependiente de la tribu del marido. Un oficial serio y activo, que viviera en el Ahaggar, encontraría otras leyes que sería bueno que se impusieran para evitar las querellas y hacer reinar la paz».

En fin, está la cuestión de los «sin grado». Vimos varias veces a Foucauld constatar que el conjunto de los oficiales, salvo muy raros autócratas peligrosos, eran hombres de gran valor e hizo su elogio no por espíritu de casta, porque fuera uno de los suyos, sino porque lo merecían. Pero teme, ya lo hemos visto, a algunos hombres de la tropa. Por eso escribe al teniente Gardel, en Todos los Santos de 1915: «El trabajo no le faltará después de la paz. Nuestras colonias de África, Argelia, Marruecos, Túnez necesitan oficiales como usted para hacer reinar la justicia y la bondad, y hacer progresar a los indígenas». Y se siente obligado a recomendarles que se tenga sumo cuidado en la elección de los oficiales. Escribe a Duclos el 13 de noviembre de 1915: «No conozco a nadie en la Dirección de los Asuntos Indígenas de Argel, ni siquiera de nombre; sean quienes sean los oficiales que se encuentran allí, deben conocerle y tener una gran confianza en usted. Yo debo decirle oficiosamente: 1º – Que, dada la extremada independencia de los oficiales del Tidikelt, hay que enviar solamente oficiales de primera categoría... 2º – Que hay que poner como regla absoluta que nunca se envíe a la compañía de Tidikelt a oficiales que han sido precedentemente suboficiales (estoy seguro que, tras la paz, más de un antiguo suboficial del Tidikelt, que ha llegado a ser oficial gracias a la guerra, pedirá ir al Tidikelt, los más indeseables a la cabeza)». Y

se alegra cuando nombran a un excelente suboficial para el Fuerte Motylinski: *«In Salah acaba de enviarnos a un brigadier que me parece excelente, buen agricultor de entre Auch y Pau, un francés de gran categoría; estoy encantado»*.

¿El Sáhara está tranquilo?

«El Sáhara está tranquilo», repitió a menudo en sus cartas de 1914 y 1915. *«El Sáhara está en calma perfecta»* (a Castries, el 8 de septiembre de 1914). La guerra en Europa le parece próxima, la sigue a través de lo que viven varios de sus amigos oficiales concretamente; y está muy impresionado por la enorme extensión de esta guerra. *«Cuanto más tiempo pasa, más se multiplican los frentes, y las batallas se desarrollan en esta guerra como el mundo no ha visto jamás»*, escribe el 20 de noviembre de 1915 a su amigo Henry de Castries compartiendo con él posiciones que muchos predicadores, entre los que se encuentran obispos, expresan en las cátedras: *«Dios quiere una guerra larga; solo una guerra larga puede debilitar a Alemania, muy fuerte, hasta el punto de hacerla vulnerable. La duración de la guerra es también para los pueblos aliados el castigo que necesitaban. Esperemos que salgan mejores de esta»*. Está escrito casi tres años, exactamente, antes del armisticio del día 11 de noviembre de 1918.

«El Sáhara está en calma a más no poder», escribe todavía a Castries el 25 de marzo de 1916. No se ha enterado todavía de que el puesto de Djanet, con cincuenta hombres, en la frontera tripolitana, a cuatrocientos kilómetros al noreste de Tamanrasset, ha sido atacado por un millar de Senusistas. El 11 de abril Foucauld se lo relata a Massignon: *«El fuerte francés de Djanet, atacado por más de mil senusistas con cañones y ametralladoras, ha sido volado tras una defensa heroica de dieciocho días; todos han perecido; el enemigo no ha encontrado más que ruinas y muertos. ¡Que Dios reciba en su cielo al sargento de caballería Lapierre, que estaba al frente de la pequeña guarnición, y a sus compañeros!»*. Y el 28 al comandante Dinaux: *«La toma de Djanet por los senusistas se ha producido tras un asedio de 18 días, el 24 de marzo. La población de Djanet se pasó toda al enemigo desde la primera hora del asalto»*. La tensión es muy grande en la población de Tamanrasset. La noticia de la toma de Djanet se ha extendido rápidamente. *«¿Qué hará el enemigo tras la toma de Djanet? ¿Se dará provisionalmente por satisfecho? ¿Atacará Polignac, Fuerte Flatters, Motylinski? ¿Simultánea o sucesivamente? En todo caso, en Motylinski hay que estar preparado para todo. Constant ha recibido del teniente Duclos la orden de poner sin falta Motylinski en estado de defensa. Pero Motylinski es vulnerable contra un enemigo que tenga cañones; incluso contra un enemigo sin cañones y numeroso, la defensa es casi imposible por falta de agua –los odres, los toneles no pueden contener más que algunas toneladas de agua»*.

¿Cómo se va a comportar Moussa? Foucauld sabe que le animan a que se unan a

Ahmoud, cercano a los senusistas. *«Moussa ha resistido a esas sugerencias y ha permanecido fiel, es todo lo que se le puede pedir... Se lleva bien con nosotros y comprende que, si Ahmoud y sus partisanos se lo llevaran, sería más débil. Los jefes de tribus inteligentes razonan de una manera análoga. Lo que quieren, ante todo, es paz y seguridad. Nosotros se las damos y el régimen que les damos, sin ser perfecto, es aceptable, y prefieren no cambiarlo; por otra parte, no disimulan que una invasión de Ahmoud en Ahaggar sería la razzia y la ruina del país; ellos también, como Moussa, prefieren seguir siéndonos fieles... Los Kel Ahaggar no nos adoran, somos extranjeros; los senusistas son también extranjeros; los Kel Ahaggar no nos quieren ni a nosotros ni a ellos. Pero, a nosotros, nos conocen y saben que nuestro régimen es soportable – también los elementos inteligentes son amigos de la paz, representados por Moussa y la mayor parte de los notables plebeyos prefieren el régimen actual: es la parte joven del Ahaggar. La parte del viejo Ahaggar, nobles, mujeres, gente sin recursos, está secretamente de parte de Ahmoud»* (a Duclos, 31 de mayo de 1916). El 4 de junio, le habla de alguien que *«destaca por la excelencia de su actitud»*: es el suegro de Oûksem, *«el jefe de los Dag Rali, hombre muy inteligente, de la tribu plebeya más importante del Ahaggar»*...

Al anunciarle la toma de Djanet, Foucauld concluye diciendo a Massignon, el 11 de abril: *«Esto nos obliga a preparar aquí mismo la defensa contra un ataque posible»*. Y ese día explica los hechos a su prima: *«Tras el éxito, los senusistas tienen el camino libre para venir hasta aquí»* y le dice que ha aconsejado al alferez Constant, que manda el Fuerte Motylinski, *«que se retire con todas las municiones y provisiones a un lugar inexpugnable y provisto de agua de montaña, donde pueda mantenerse indefinidamente y contra el que el cañón no pueda nada»*. *«Si siguen mi consejo, nos libraremos todos en caso de ataque [...]. Haré todo lo que pueda para que le sigan»*.

Esperando, está en comunicación casi cotidiana con Constant por mensajeros que llevan cartas. *«Si le atacan, me uniré a él»*, dice además a su prima. Va a Fuerte Motylinski el 10 y el 14 de abril para estudiar con Constant la situación y relata esta visita a su hermana el 27 de abril: *«No había ido desde enero de 1913; me recibieron tan fraternalmente que no le puedo explicar con palabras, seis franceses y treinta árabes de la guarnición (la mayor parte, viejos soldados conocidos por mí desde hace tiempo). Además de la fraternidad cristiana y la fraternidad entre hijos del Padre común que está en los cielos, la fraternidad entre franceses es muy cálida en este rincón alejado de la patria, y no solamente entre franceses, sino también entre ellos y los soldados indígenas de Francia»*. Un mes más tarde, una columna de ochocientos meharistas se pone en camino hacia Djanet y retoma el fuerte, en ruinas, a mitad de junio. Pero, *«hasta que los italianos hayan retomado el sur de la Tripolitana, nuestra frontera estará amenazada»*. En septiembre, las tropas francesas evacúan Djanet;

Foucauld no está de acuerdo: «*Esta cesión, esta retirada ante algunos cientos de fusiles, es lamentable. Está claro que, si se retiran sin ni siquiera combatir, los senusistas avanzarán. Si no se cambia rápidamente de método, llegarán aquí en poco tiempo*» (a María de Bondy, el 15 de septiembre de 1916).

El 23 de junio de 1916, Foucauld se instaló en su bordj cuya construcción casi está acabada. Y, el 1 de julio se lo dice a Laperrine –del que se ha enterado que acababa de pasar «*casi tres meses en Verdun*». Para decírselo con humor y de forma precisa, ya que Laperrine conoce el terreno, añade: «*Te anuncio que cambio de apartamento e, incluso, de barrio; después de haber vivido en la orilla izquierda del río Tamanrasset durante once años [...], me instalo ahora en la orilla derecha, sobre esa pequeña llanura que está al norte, y que está cerca del gran árbol*». Ante el proyecto de cambio de casa, ha «*interrogado*» a sus «*vecinos*»; ha elegido la localización con el jefe de los Dag Rali: «*Me instalé hace ocho días, aunque la construcción no está acabada*».

La construcción de lo que llama su «*ermita fortificada*» estará acabada el 15 de noviembre. Foucauld se preocupa de las provisiones; en su *Cuaderno* está marcada, en la fecha del 16 de noviembre, esta anotación: «*Recibí 225 litros de dátiles para los pobres*». Foucauld no se hace ilusiones. Sabe que los senusistas tienen cañones y que esta construcción no resistirá a sus ataques, aunque haya escrito el 30 de octubre a su prima, sin duda para tranquilizarla, que ha transformado su habitación «*en un lugar de refugio defendible*». Pero está más preocupado por la situación de la población. En primer lugar, teme «*una extrema hambruna para este invierno*»; y, con el dinero que María de Bondy le envía, se las arregla para tener «*las provisiones necesarias para que aquí y en los alrededores no haya gente muriendo (en el sentido propio, no figurado) de hambre. Hay aquí dos cosechas por año, una de trigo, otra de mijo. La primera en primavera, la segunda en otoño. La primera ha sido débil, la segunda ha sido nula, y esto ocurre tras cuatro cosechas casi nulas y tras once años de sequía, el país no puede más*».

Describió este nuevo lugar a María de Bondy el 15 de septiembre: «*Construí una muralla que encierra un pozo (muralla cuadrada de catorce metros de lado) y que puede servir de refugio a la población en caso de ataque por los batidores enemigos, y, para que, en el caso de que eso ocurra, puedan mantenerse con los víveres, instrumentos y medicinas. He transportado mi ermita; mi nuevo domicilio está a un kilómetro del antiguo y mucho más cerca del pueblo, lo que, para las relaciones con la población, es una ventaja*». Le había dicho el 1 de julio: «*Si no hubiera guerra, estaría en el Asekrem, ya que hay mucha más gente por esa zona que aquí en este momento. Pero, en las circunstancias presentes, es mejor que me quede aquí*».

Inclasificable

Estos acontecimientos no ocultan de ninguna manera su preocupación continua por la cofradía. Y va ensanchando el campo: ya no son solo las colonias francesas. Escribió al padre Marchal en Todos los Santos de 1915: «*Pienso más que nunca en el establecimiento de una obra que una a los católicos de Francia para que se ocupen seriamente de la educación de los infieles de sus colonias. Nuestros aliados son las grandes potencias coloniales: una obra así ha de ser igual de necesaria entre ellos como entre nosotros*».

Que se haya decidido a dejar Tierra Santa para implantarse en un país bajo obediencia francesa, colonizado, es una elección que le ha limitado, como cualquier otra elección lo hubiera hecho. Supongamos que, en 1901, en lugar de establecerse a las puertas de Marruecos esperando poder entrar, hubiera elegido ir a vivir, no en una colonia francesa, sino en «*un país del levante*», región que quería explorar tras su conversión; de esa manera hubiera vivido en condiciones realmente extremas, aislado de todo, en el «último lugar», un lugar muchísimo más áspero que Beni Abbès, donde tiene tantísimos amigos y ayudas. Al instalarse en Argelia, al no romper radicalmente con el concepto de colonización y su injusticia fundamental, vivió un compromiso, que algunos consideraron exageradamente como una aprobación de la colonización y otros, en el extremo opuesto, como una traición. El primer coordinador de la Unión tras Foucauld, Louis Massignon, reaccionará enérgicamente, con razón, ante las hagiografías que hacían de Foucauld «*el santo de la colonización*»[\[125\]](#).

Aunque de hecho se instale en Beni Abbès, en país colonizado, aunque vaya al Hoggar con protección militar, ¿en qué se basa alguien para decir que era como el apóstol de la colonización? ¿Hay que hablar de cierta ambigüedad? Quizá. Mejor sería poner de relieve, de una vez por todas, el perfil inclasificable del personaje. Francés por todas las fibras de su ser, francés de Alsacia anexionada, vivió diez años, de 1890 a 1900, en país otomano; ordenado sacerdote, elige implantarse en un territorio bajo tutela colonial francesa, manteniendo relaciones con los ocupantes franceses; sin embargo, siempre fue extremadamente libre en relación con ellos; se mantenía en buenas relaciones con los oficiales de los que un día formó parte y, sin embargo, mantuvo una independencia infrecuente frente a ellos, que le respetaban también profundamente. En cuanto a su estatus eclesiástico, es, también, inclasificable. Jurídicamente, es sacerdote secular de la diócesis de Viviers; no ejerce en su diócesis, sino en una «*prefectura apostólica*» en territorio de misión, una prefectura dirigida por un religioso de una sociedad misionera. A este prefecto apostólico le anuncia un día que quiere ser monje de una congregación que quisiera fundar, y le dice que se ha dado el nombre de «*hermano Charles de Jesús*». Luego, más tarde, a partir de 1911, deja de usar este nombre. Es, pues, un monje virtual que va abandonando poco a poco ese estatus no reconocido que se otorgó a sí mismo para llegar a ser cada vez más sacerdote secular, sin conservar de monje nada más que el

hábito; es un misionero que no es religioso y que no pertenece a ninguna asociación de sacerdotes seculares misioneros.

Gautier, el gran no creyente y anticlerical, que habló del disfraz de judío de Foucauld en su exploración de Marruecos y de su máscara monástica en su hábito religioso en la Trapa de Oriente, que tenía, por otra parte, una definición muy personal de «monje», se dio cuenta perfectamente, sin dejar de admirarlo, de cierta incongruencia en este «padre» Foucauld que conoció un día. Así escribe crudamente: *«Reclamaba para él el nombre de monje, llevaba el mismo traje que ellos, pero, por una clase de usurpación. Era simplemente sacerdote: resulta que fue ordenado cura, muy tardíamente, por el obispo de Viviers; y no tuvo nunca jamás otra situación eclesiástico regular que la de sacerdote libre de esa diócesis. Es absurdo, parece que no tiene ninguna relación con el Sáhara, pero es así»*. Y Gautier vio hasta qué punto ese hombre, que era «solamente sacerdote», era como único en su especie: *«Al fin y al cabo, no era trapense. Si hubiera tenido que ser un día monje, lo habría sido de una orden propia, fundada por él mismo, una trapa sucedánea de su invención. No es en ningún modo una broma. En su vestido llevaba una insignia en tela roja, personal, y que exteriorizaba su voluntad de pertenecer a una orden nueva y distinta. Tenemos que decir que esa orden, aunque hubiera tenido hasta cuatro monasterios, nunca contó con más de un solo monje, totalmente único, el Padre Foucauld»*. Y, haciendo alusión a las expulsiones de las que las congregaciones eran entonces objeto por el gobierno francés, Gautier expresa, con gran sentido del humor, una inviolabilidad que ese Foucauld totalmente solo y aislado, único en su género, había adquirido: *«¿Cómo imaginar una disposición de disolución contra esa orden!, ¡qué especie de disposición jurídica inextricable!»*.

En cuanto a los cuatro «monasterios», el humorista Gautier hubiera podido evocar la canción de *«Cadete Rousselle tiene tres casas, que ni tienen vigas ni travesaños»*. Los cuatro «monasterios» son la «cofradía» de Beni Abbès, la pequeña casa de In Salah en donde vivió algunas semanas y que está ahora casi recubierta de arena, la ermita del Asekrem, en donde pasó cinco meses en total, y el de Tamanrasset, de donde estuvo a menudo ausente.

Todo muy confuso. Este hombre, este sacerdote, llevaba una camisa demasiado estrecha que su gran personalidad hacía estallar por todas las costuras. Renunció a su título nobiliario pero había como multiplicado sus títulos; deseaba mantenerse, al menos moralmente, en clausura pero había continuado siendo un elegante caballero, desplazándose continuamente por múltiples territorios. Inalcanzable.

¿Quién es? Se le quiso definir, clasificarlo. Se escabulle sin cesar. ¿Por qué? ¿Porque no aguantaba? ¿Porque era «giróvago», como L. Massignon le llama un día? Massignon utilizaba siempre con gran precisión las palabras más esotéricas; «giróvago» designaba, en la Edad Media, a unos monjes particulares que, a falta de comunidad, se hacían

errantes, mendigaban por el camino, residían algunos días aquí, otros, allá; hoy se les llamaría «*marginales*»; el Occidente cristiano, marcado por el voto benedictino de estabilidad, los condenó duramente. Oriente los había tolerado; se mezclaban entre los numerosos peregrinos de Tierra Santa o entre los «*locos por Cristo*».

Foucauld parece ciertamente un giróvago en el sentido de que parece ir de un camino a otro, primero, siguiendo sus deseos, que proliferan, por indicaciones del Cielo, como se le dirá; luego, dejándose conducir por las circunstancias, por las indicaciones de la Providencia. Pero se está obligado a constatar sin dudar que, contrariamente a las apariencias, aunque avanza y continúa avanzando sin cesar a lo largo de toda su vida, no es en absoluto una persona inestable. Construye su vida según una voluntad directora. Su recorrido, en esos caminos sucesivos, parece, paradójicamente, al de un taladro: de manera continua, infatigable, en el mismo terreno bien delimitado, realiza una penetración, una exploración que es siempre la misma. Si en ciertos momentos se bloquea, permaneciendo en fijaciones duras, pensando, por ejemplo, como en 1899, que Nazaret debía ser un bloque compacto y cerrado de obligaciones monásticas radicales, acepta también no quedarse fijado en sus ideas, que ha de lograr a toda costa, sino que profundiza y va más allá, buscando, aún más profundamente, la capa de agua fluida y fresca «*en espíritu y en verdad*», como Jesús prometió a esa mujer que le pedía agua viva cerca de un pozo en Samaria. ¿Podría decirse que Foucauld buscó cada vez más profundamente el agua de su bautismo, un agua, vida del Resucitado, que le fue dada al principio de su existencia, de la que se había separado un tiempo, y que había elegido de nuevo para que fuera, cada vez más, el corazón, la savia esencial de su vida?

«*Conversión y alegría*», se propone en el Sáhara. Convertirse más cada día de su vida, es engendrar cada día, con Cristo Salvador, Su Vida en el curso de la condición humana. Y vivir la alegría. Foucauld es un ser de engendramiento, de comienzo, como un ser amoroso que, porque ama, comienza cada día a amar de manera nueva. Este ser sabe que el amor se cultiva, que se recomienza, se renueva cada mañana. «*Nazaret*», tal como lo vivió cada día más Foucauld, es esta búsqueda alegre, obstinada, de aproximarse cada vez más a la vida del ser amado, del «*Bien Amado Hermano Señor Jesús*», de vivir mejor el amor que existe en el otro y en uno mismo.

Quizá, el Espíritu Santo, que hizo surgir a Jesús en Nazaret, hizo surgir en el siglo XX a Charles de Foucauld en «*Nazaret*», en una vida crística cotidiana, simple, despejada y feliz, para invitar a los hombres y a las mujeres del tercer milenio a vivir el Evangelio simplemente allí donde están, a realizar ellos mismos, a su vez, un bautismo, una fuente de agua viva, a engendrar día a día su vida en la confianza y el amor. Nada puede remplazar la conciencia y el querer de un ser frente a sí mismo, solo, que decide cada día, en un gesto tan simple como el caminar, querer amar. «*Querer amar es amar*», dirá muy pronto Foucauld: el mismo día de su muerte.

16. SU ROSTRO

Gautier y Massignon le conocieron en la misma época, en aquellos primeros años de la vida en el Sáhara. Gautier estaba en el terreno, en la arena. Massignon, a través de sus itinerarios marroquíes. Massignon observa a Foucauld con una mirada que evoca, al igual que Gautier, el impacto que recibe de esa personalidad fuera de lo común: *«Foucauld, ese “giróvago” entonces casi desconocido, me pareció enseguida uno de esos hombres que están fuera del tiempo»*, dirá Massignon en su conferencia *Foucauld en el desierto*.

«Lo que quieren de nosotros»

Este hombre que llama la atención porque irradia una cierta trascendencia, completamente humana para Gautier, espiritual para Massignon, se muestra terriblemente atento y activo en todos los asuntos del mundo y sus inmanencias. En el mismo momento en el que Gautier y Massignon le conocen, Foucauld tiene una opinión más que dura de la colonia francesa más importante, Argelia; la describió, ya lo vimos, el 22 de noviembre de 1907 y el 1 de enero de 1908 al padre Huvelin. Dice *«Nuestra Argelia»*, reconociéndose unido a la Francia ocupante, responsable con ella; y comenta, radicalmente: *«En nuestra Argelia no se hace, por así decir, nada por los indígenas»*. Los *«indígenas»*, en el sentido etimológico, es *«aquel que ha nacido en el país en el que vive»* y Foucauld emplea el término en ese sentido[126]. Y pasa revista a todo el mundo en esas dos cartas decisivas:

—*«Los militares administran a los indígenas dejándolos en el camino, sin buscar seriamente hacerles progresar»*.

—*«Los clérigos no se ocupan de los indígenas, como si no existieran»*[127].

Pues nada ni nadie para los indígenas.

«Tres millones de musulmanes». Y, ante ellos, *«el millón de europeos que están viviendo en Argelia de manera absolutamente separada, sin comunicarse con ellos para nada, muy ignorantes de todo lo que les concierne, sin ningún contacto íntimo con ellos, mirándoles siempre como extranjeros y, la mayor parte del tiempo, como enemigos»*.

Asegura a Huvelin que, donde está, *«vive en medio de miserias infinitas por las que no se hace nada y no se quiere hacer nada; pudiendo y debiendo hacer tanto bien, al contrario se agrava el estado moral e intelectual tan lamentable de esos pueblos al no ver en ellos más que un medio de ganancia material»*.

¿Se puede denunciar de manera más contundente las malas acciones de esta colonización en la que los ocupantes no ven en los que ocupan más que objetos de

explotación? Y no omite mostrar, ante la actitud que tienen los europeos, que «*Lo que ven de nosotros, cristianos, que profesamos una religión de amor; lo que ven de los franceses no creyentes que gritan sobre los tejados fraternidad, es negligencia, o ambición, o codicia. Y en casi todos, lo siento mucho, indiferencia, aversión y dureza*».

«*Un misionero aislado*»

Ante esta situación, pregunta al padre Huvelin en 1907 a quién puede dirigirse para alertar a la opinión pública, y mostrar el deber ciudadano, humano, la fraternidad republicana. Hemos visto que deseaba que se publicara un libro en el que se diera cuenta de esa situación. Un buen «libro» «escrito por un laico para que tuviera más lectores», un libro «que muestre el camino a seguir; pero que empuje animando a los que son capaces de emocionarse». Había incluso propuesto un nombre, el de un académico célebre entonces, René Bazin.

El padre Huvelin, muy enfermo, no pudo encontrar a R. Bazin y la idea había caído en el vacío. Pero, como los hechos perduraban, diez años más tarde, en 1916, Foucauld no había cambiado de opinión. El proyecto de la Unión nació en 1907 en esta línea: cristianos que no estuvieran allí solamente «profesando una religión de amor», sino que vivieran, realmente, según el Evangelio. Él mismo, en su vida en el Hoggar, no tenía más que esta finalidad: dar discretamente testimonio evangélico sin querer conseguir conversiones[128] a cualquier precio.

Se reaviva en él el interés por llamar a Bazin para que exponga la realidad de Argelia en un libro, cuando lee en *L'Écho de Paris* un artículo suyo. Sabemos que Foucauld, desde el principio de la guerra, recibe en Tamanrasset ese periódico al que María de Bondy le ha suscrito. En el número del 22 de enero de 1916, Foucauld encontró un artículo, titulado «*El mayor servicio*», que le gusta mucho. Bazin –no olvidemos que la guerra, en ese momento, al movilizar a la gente de los campos franceses, los despobló– se dirige a los que viven de rentas, a los ciudadanos retirados, proponiéndoles que vayan a ayudar al campo. No como veraneantes, sino como verdaderos residentes, implantándose en el país, trabajando para desarrollarlo, participando en la supervivencia, haciendo aprovechar a los habitantes sus capacidades y asumiendo responsabilidades sociales y políticas. Esto, mejor que estar en la ciudad sin hacer nada más que actividades de sociedad.

A los ciudadanos ricos que dieran ese paso y aceptaran dejar sus comodidades y su vida poco útil, Bazin, él también noble del campo, da consejos que estima necesarios para evitar errores y rechazos, para poder hacerse admitir: «*Hay que permanecer en el lugar, dar un servicio personal y constante, estar disponible, dar el corazón, esperar el de los otros, aunque la fortuna esté bien adquirida y mejor gastada, hacérsela*

perdonar. Cuando un rico compra una vivienda o un castillo, si se imagina que compra al mismo tiempo una influencia, se equivoca: todo depende de lo que haga a continuación. Cuando limita sus estancias y cree que varios meses serán suficientes para hacerse adoptar por el campo, tan inmóvil y viejo; tan viejo que desconfía de cualquier novedad, se equivoca. Ni su buena voluntad tendrá respuesta inmediata, ni su prisa le servirá. Si se presenta pronto a las elecciones municipales, nueve veces de diez se equivoca. Seguramente debe “ser del Consejo”, y para el bien de todos, pero más tarde. Se le vendrá a buscar como a un amigo útil». René Bazin continúa: «Tiene que ganar a las almas, incluso a las más duras y más cerradas, con atenciones personales y pruebas reiteradas de la entrega gratuita; que se esté seguro de sus intenciones, de la cordialidad de su sonrisa, de su única riqueza que puede hacer amistades: un corazón fraterno». Aquel que quiere ir al campo, desierto por la guerra, debe hacerse aceptar: «Es necesario que no pida nada, que no desee nada, sino que haya más felicidad a su alrededor, más acuerdo y más justicia». A partir de múltiples servicios que vendrán a pedirle, «trámites en la ciudad, en las oficinas», se hará admitir y, en cierto momento, «sentirá que es del país»: «No tendrá solamente la certeza, que tanto deseaba desde hace tiempo, que la amistad está ya adquirida, sino la confianza de que su sentimiento del honor, su deseo de unión, su fe son compartidas». Y, concluye Bazin, lo que los habitantes de esos «campos», de esos pueblos, pedirán a los que vienen es solo una cosa: «Hacerse amar».

Se comprende que el artículo haya gustado a Foucauld y que haya hecho la transposición simbólica con su propio compromiso. Rico; se puso al servicio de los pobres; había deseado «ser del país», ganar los corazones por la bondad y el servicio hecho, «hacerse amar», ser un «corazón fraterno». Foucauld escribe al académico. Esta carta no se conservó pero R. Bazin no la dejó sin respuesta: escribió a Foucauld planteándole tres preguntas que no conocemos directamente, ya que Foucauld no guardó esta carta de Bazin. Pero tenemos la respuesta que Foucauld dio a las preguntas de Bazin el 29 de julio de 1916; es una carta muy importante^[129], escrita cuatro meses antes de su muerte.

Hay que exponer primero el párrafo en el que Foucauld expresa cómo ve el futuro. Quisiera, para las colonias, algo diferente de lo que ya existe: «Esperemos que, tras la victoria, nuestras colonias tomarán un nuevo impulso. ¡Qué bella misión, para nuestros cadetes de Francia, ir a colonizar en los territorios africanos de la madre Patria, no para enriquecerse, sino para hacer amar a Francia, convertir a esas almas francesas y sobre todo procurarles la salvación eterna, siendo ante todo Priscila y Aquila!».

Bazin le planteó una pregunta sobre las misiones en tierra musulmana; Foucauld responde a eso sucintamente, describiendo rápidamente la vida de esas misiones pero

diciendo que no es eso lo que él vive. «*Habitualmente, cada misión comprende varios sacerdotes, al menos tres; comparten el trabajo, que consiste sobre todo en relaciones con los indígenas (visitarlos y recibir sus visitas); Obras de beneficencia (limosnas, dispensarios); obras de educación (escuelas de niños, escuela de noche para adultos, talleres para adolescentes); ministerio parroquial (para los convertidos y los que quieren ser instruidos en la religión cristiana). No estoy en condiciones de describirle esta vida que, en mi soledad, en medio de poblaciones muy diseminadas o todavía muy alejadas de espíritu y de corazón, no es la mía*»... Está bien claro, pues, que no se identifica como un misionero de ese tipo, sino totalmente distinto. Describe entonces su vida de forma detallada. Es una vida de «*misionero aislado*» y no una vida de misionero en equipo, comunidad o fraternidad, donde se hacen obras. Queda decir que es una vida totalmente de misionero y totalmente nueva: «*Los misioneros aislados como yo son muy escasos. Su papel es el de preparar el camino, de manera que las misiones que los sustituyan encuentren una población amiga y confiada, almas un poco preparadas para el cristianismo, y, si se puede, algunos cristianos. Ha descrito usted en parte ese deber en su artículo “El mayor servicio” (Écho de París, 22 de enero de 1916). Tenemos que hacernos aceptar por los musulmanes, llegar a ser para ellos el amigo seguro al que se va cuando se está en la duda o en la pena, con cuyo afecto, inteligencia y justicia uno cuenta absolutamente. Solamente cuando se llega a ese punto se puede llegar a hacer el bien a esas almas. Inspirar una confianza absoluta en nuestra veracidad, en la rectitud de nuestro carácter y en nuestra instrucción superior; dar una idea de nuestra religión por la bondad y las virtudes, mantener relaciones afectuosas con tantas almas como se pueda, musulmanas o cristianas, indígenas o francesas es nuestro primer deber; solo tras haberlo hecho bien, durante bastante tiempo, se puede hacer el bien*». Y, después de haber definido este estatus de misionero aislado, pasa al «yo»: «*Mi vida consiste, pues, en estar lo más posible en relación con los que me rodean y hacer todos los servicios que puedo. A medida que la intimidad se establece, hablo de tú a tú, siempre o casi siempre, del Buen Dios, brevemente, dando a cada uno lo que puede llevar [...], dando a cada uno según sus fuerzas y avanzando lentamente, prudentemente*». Y, en algunas líneas, Foucauld expone exactamente lo que es su vida desde que está en el Hoggar. ¿Cuál es su lugar? El del principio. Y ¿cuál es el método que no ha cesado de querer emplear para este anuncio primero del Evangelio? Bondad, amistad, relación, conversación, lentitud y prudencia.

No habla directamente de la Unión, cuyos miembros tienen que trabajar en este lugar como «*desbrozadores*» y según este método. Pero los evoca después de esta presentación de su vida, diciendo que desea numerosas vocaciones de ese tipo: «*Hay muy pocos misioneros aislados que hagan este oficio de desbrozador; me gustaría que hubiera muchísimos: cualquier sacerdote de Argelia, de Túnez o de Marruecos,*

cualquier capellán militar, cualquier piadoso católico laico (siguiendo el ejemplo de Priscila y Aquila) lo podría ser». Cualquier bautizado puede tener esta vocación.

Rechaza la objeción que las autoridades francesas pudieran hacer a este programa prohibiendo cualquier proselitismo misionero en las colonias, «*cualquier propaganda*» cristiana en relación a los musulmanes. «*El gobierno prohíbe al clero secular hacer propaganda anti-musulmana: pero se trata de propaganda abierta y más o menos ruidosa. Las relaciones amistosas con muchos indígenas, que tienden a atraer lentamente, suavemente, silenciosamente a los musulmanes, a acercarlos hacia los cristianos, para que lleguen a ser sus amigos, no pueden estar prohibidas por nadie. Cualquier cura de nuestras colonias podría esforzarse por formar a muchos de sus feligreses para ser Priscila y Aquila*».

Dicho de otra manera, los misioneros de este tipo, aislados, discretos, que realizan conversaciones individuales, que no buscan hacer predicación como tal, tienen un lugar de elección; son, tanto los sacerdotes como los laicos, legítimos, necesarios a la misión. Esta es una perspectiva misionera nueva, claramente definida^[130].

Hemos visto que «*Priscila y Aquila*», compañeros de Pablo, modelo de laicos en trabajo misionero, aparecen tres veces en la carta de Foucauld a Bazin. Se ha dicho demasiadas veces que Foucauld pensaba que los que estaban preparados para hacerlo, para cumplir esta tarea de «*desbrozador evangélico*» (carta a Crozier, 12 de mayo de 1911), eran únicamente monjes, contemplativos de profesión, religiosos, y que, para él, los activos venían solamente después. Pero está bien claro que Foucauld quiere igualmente a los activos, a los seculares: laicos para consagrarse a esta tarea, y, junto con ellos, sacerdotes seculares. Los «*desbrozadores*» no deben ser necesariamente religiosos, sino santos, en la condición en la que estén; si Dios, por ejemplo, les pide «*vivir en la santidad del matrimonio*» (a L. Massignon, 1 de enero de 1914). Los consagrados no tienen en absoluto la exclusividad del «*desbrozamiento evangélico*». Había escrito, el 28 de agosto de 1916, a un laico de Lyon, Joseph Hours, discípulo del padre Crozier: «*Hagamos como Priscila y Aquila. Dirijámonos a los que nos rodean, a los que conocemos, a los que están cerca de nosotros; usemos con cada uno los medios mejores: con uno, una palabra; con otro, el silencio; con todos, el ejemplo, la bondad, el afecto fraterno*».

El fundador de la «pequeña cofradía»

El mismo día en el que responde a Bazin, recibe, con mucha tristeza, el anuncio de la muerte del padre Crozier; el que había llevado a la Unión a más de la mitad de sus cuarenta y nueve primeros miembros, que la había comprendido tan bien, que había visto su corazón universal, diciendo que Foucauld no quería limitarse al islam: «*Le hace falta la humanidad entera, piensa en todas las almas alejadas de la verdad y de la vida*

católica, especialmente en todos los infieles».

Dos días después de su carta a Bazin, escribe a su prima: *«Trabajar por el perfeccionamiento de los cristianos es uno de los mejores medios de trabajar en la conversión de los infieles. Estos, más que escuchar las palabras, miran los hechos, la vida de los cristianos, su conducta, los ejemplos que dan; juzgan el árbol por sus frutos; ver a los cristianos viviendo en el mal los aleja del cristianismo; la de los cristianos virtuosos les acerca».* Y le habla de la cofradía: *«Sueño más que nunca con la pequeña obra, la pequeña cofradía de la que has visto los estatutos o el proyecto de estatutos; pienso presentarla simplificando y abreviando aún más los estatutos y modificando y simplificando completamente la organización».*

¿Por dónde va ahora la cofradía? *«Hay en ese momento menos de cincuenta socios, de los que unos son muy buenos, muy buenas almas, ardientes por el bien»*, dice a María de Bondy. Se propone *«tras la guerra pasar en Francia todo el tiempo necesario para dejar allí la obra funcionando».*

El 1 de junio, día de la Ascensión –insiste a Massignon–, es *«el primer día del mes del Sagrado Corazón, del mes consagrado a meditar su amor por nosotros».* Se puso ese día en *«medio-retiro»* hasta el 11 de junio, fiesta de Pentecostés. Tiempo durante el cual vuelve a ver los textos de la Unión siguiendo el mismo proceso que cuando los escribió, en 1908 durante un retiro hecho entre Pascua y Pentecostés.

Cuando termina ese trabajo, el mismo día de Pentecostés, escribe al padre Voillard: *«En medio de las ocupaciones cotidianas, el proyecto de la cofradía para la conversión de las colonias francesas está bien presente en mi espíritu. Durante los días que acaban de pasar, entre la Ascensión y Pentecostés, que pasé en medio retiro, recé particularmente al buen Dios para que me hiciera hacer su Voluntad a ese respecto. Desde hace mucho tiempo, me parecía ver lo que hacía falta pedir a los miembros de la cofradía, pero la organización interior de la cofradía y su acción exterior quedaban para mí en la obscuridad. Me parece que el Buen Dios me ha ayudado. He rehecho un proyecto de estatutos extremadamente abreviado y extremadamente simplificado: se lo envío aquí adjunto. Le agradecería infinitamente que lo examinara; desde luego que puede mostrarlo a quien quiera; y, por su puesto, también seguiré la opinión que tenga a bien darme sobre este tema».*

Después recuerda brevemente al padre Voillard la historia de su proyecto. Es muy interesante leer ese resumen que escribe seis meses antes de su muerte: *«Debo decirle cómo nació ese proyecto. Pensé en ello en Tamanrasset, hacia 1907 o 1908. Hablé con el Padre Huvelin, la última vez que le vi, en 1909; me dijo que redactara el plan de la cofradía, que se lo enseñara a Mons. Bonnet e hiciera lo que él me dijera. Algunos días después, presenté el proyecto a Mons. Bonnet, que me dijo que podía ocuparme con todas mis fuerzas en su realización, añadiendo los consejos siguientes: 1º extraer*

del proyecto unos estatutos muy breves; 2º disponer mejor, dando mayor relieve, a la finalidad de la Asociación; 3º permanecer yo mismo en el Sáhara, sin cambiar mi vida habitual, pero encontrando una persona que hiciera los trámites necesarios para dar la vida a la obra; 4º intentar establecer la cofradía en una gran ciudad donde se realicen otras obras, París, Lyon o Marsella –de preferencia, París– dirigiéndome al obispo del lugar; y yendo a Roma si fuera necesario para pedir para la obra la bendición del Santo Padre».

No le habla de los trámites hechos por Mons. Livinhac pero el padre Voillard los conoce perfectamente. ¿Qué pasó tras la primera puesta en marcha de 1909 y tras las estancias en Francia en 1911 y en 1913? *«Desde entonces, las cosas no han avanzado nada. Mons. Bonnet me anima siempre. Al no ser más que un proyecto, la cofradía cuenta con pocos hermanas y hermanos, entre los que hay algunos muy fervientes».*

Pero dejemos por el momento la carta al padre Voillard; la retomaremos tras haber examinado *«el proyecto de los estatutos»* tal como Foucauld quiso rehacerlo: *«extremadamente abreviado y extremadamente simplificado»*, tal como lo envía al padre Voillard pero también a Mons. Bonnet acompañándolo con una carta en la que dice, entre otras cosas, a su obispo: *«Tengo grandes deseos de ver cómo se establece en Francia la cofradía cuyo proyecto habéis querido aprobar. En esos días de Pentecostés, pienso más que nunca en los cincuenta millones de indígenas infieles de nuestras colonias. Pueda el Espíritu Santo establecer su Reino en sus almas, y puedan los franceses, a quienes les piden que les ayuden a defender su patria temporal, ayudarlos a obtener también la Patria eterna».*

«En esos días de Pentecostés», insiste a su obispo, invocando particularmente al *«Espíritu Santo»*: ya que quiere que su texto[131] sea de misión, de primera misión hacia los más alejados de la fe de Cristo.

El texto no comporta más que ocho artículos. Los cuatro primeros exponen su *«origen»*, *«finalidad»*, *«medios»*, *«prácticas»*; el quinto y el sexto presentan las *«condiciones de admisión»* y *«la organización»*. Para acabar, la séptima nota dice que la cofradía está dedicada al Corazón del Cristo, mientras que el octavo indica las fiestas de la cofradía.

El origen son los *«infieles»*, cada vez más numerosos, que *«los católicos de Francia»* conocen a través de sus colonias: *«4 millones en 1880, 50 millones en 1915»*, precisa Foucauld. El año 1880 es para Foucauld la fecha en la que, no creyente, pisa por primera vez el suelo de África; un oficial que acaba de ser enviado a la guarnición de Sétif, en donde se encuentra, por primera vez, ante el mundo musulmán. La cofradía tiene por *«origen»*, *«el deber»* de los católicos de Francia de *«hacer los mayores esfuerzos»* para con esos infieles y, por ello, *«la necesidad de unirse para cumplir ese deber»*. La *«finalidad»* de la cofradía es, claro está, trabajar para hacerles conocer a

Cristo.

Los «medios» no son los de un cierto número de obras misioneras, caritativas, educativas, etc., que podrían haberse puesto en marcha para favorecer la conversión de los infieles, sino –hay que insistir– un único medio: la conversión personal. Se trata primordialmente de «desbrozarse» a sí mismo, convertirse a sí mismo al Evangelio, incitar, por una parte, «a aquellos que nos rodean, padres, amigos, vecinos, conocidos, cristianos o no cristianos, sobre todo con el ejemplo, el amor fraterno y la bondad», incitarlos a convertirse ellos también; y, por otro lado, incitar al conjunto de los católicos franceses al «conocimiento y al amor» de esos pueblos infieles, «a unirse a ellos por un contacto estrecho, el buen ejemplo, la justicia, la bondad, el amor fraterno». Los «medios» son los que Foucauld preconizó siempre, sea hacia las personas cercanas o lejanas, «cristianos y no cristianos».

Las «prácticas». Primero, el Evangelio y la Eucaristía, con todo lo que puede llevar a un bautizado a vivir a la manera de Jesús y pasar a la acción verdaderamente: «En todo, preguntarnos qué haría Jesús en nuestro lugar y hacerlo». Este artículo IV se subdivide en nueve puntos del que presentamos aquí íntegramente el punto ocho:

«Amor fraterno por todos los hombres: ver a Jesús en todos los humanos; en toda alma, ver un alma que salvar; en todo hombre, ver a un niño del Padre celestial; ser caritativo, manso, humilde, valiente con todos; rezar por todos los hombres, ofrecer nuestros sufrimientos por todos, dar buen ejemplo, ser un modelo de vida evangélica, mostrar con la vida lo que es el Evangelio, ser bueno, hacer ver en sí la bondad de Jesús; establecer relaciones afectuosas con los que nos rodean; con el cuidado constante de hacer el bien a las almas; ir a los que queremos convertir, mezclarse con ellos, hacer amistad con ellos; hacerse todo con todos para ganar todo para Jesús».

El punto nueve trata sobre el «amor fraterno a los infieles». Entra aquí, muy particularmente, en una voluntad de «propagar en Francia el conocimiento de nuestras colonias, su amor, el celo por su progreso».

Todas esas «prácticas», en el sentido de «praxis», trámites operatorios, son incitaciones, «consejos»; Foucauld ya no está en absoluto en el mismo plan del reglamento de 1899 con sus «ucases» (no hay otra palabra para decirlo) que obligaban «bajo pena de falta grave». Concluye el capítulo IV, «Prácticas», apuntando: «Nada obliga bajo pena de pecado».

Las «condiciones de admisión» (art. V) son de lo más simple que se pueda. Son estas: «Los fieles de los dos sexos y de cualquier edad pueden entrar en la cofradía en las condiciones siguientes: 1º Inscribir su nombre y apellidos; 2º enviar un franco una vez por todas. Para las comunidades, la inscripción colectiva sin ningún ingreso es suficiente para la afiliación de todos los miembros presentes y futuros». Lo que indica bien que personas morales, comunidades, por ejemplo, los dos Carmelos inscritos entre

los cuarenta y nueve primeros miembros, pueden ser admitidos en las mismas condiciones que los bautizados.

«*Organización*»: El artículo VI es de una manifiesta originalidad. No establece comunidades, fraternidades constituidas, con miembros dispuestos en un cierto orden y una jerarquía. Foucauld tiene otro punto de partida totalmente diferente. «*El trabajo de los Hermanos y Hermanas*», tales son las primeras palabras de este artículo; el «*trabajo*» es lo primero y lo que manda sobre todo el resto, no los superiores. Si hay «*un Comité central*» y una «*Comisión permanente*» como estructura de base de la organización, es un Comité y una Comisión que «*dirige*» «*el trabajo de los Hermanos y Hermanas*». Precisemos: «*Comité central*» es la presidencia que se reúne una vez al año, en el mes de junio, el mes del Sagrado Corazón; está compuesta de responsables eclesiásticos bajo «*la presidencia de honor*» del Arzobispo de París, como era el deseo de Mons. Bonnet. La «*comisión permanente*» es el órgano ejecutivo de «*cinco miembros*», que se ocupan, entre otras cosas, del boletín. Y hay «*delegados regionales*», «*eclesiásticos o laicos*».

Aunque, es cierto, como Mons. Bonnet escribirá más tarde a Massignon, después de la muerte de Foucauld, el 12 de abril de 1917, que «*las modificaciones*» aportadas por Foucauld «*no cambian el fondo*», no son tampoco «*de pura forma*», como el obispo de Viviers pensaba. No se puede separar fácilmente el fondo y la forma; y la nueva forma, aquí, remueve el fondo que se separa definitivamente, esta vez, de un fondo monástico o religioso: la cofradía es claramente una «*asociación de fieles*» y no una pseudo-orden monástica o congregación religiosa; y de ninguna manera una tercera orden, puesto que no se adhiere a nada parecido a este tipo de organización.

Casi la mitad del texto está, pues, consagrado a la «*organización*» pero no de una Orden, sino del «*trabajo de los Hermanos y Hermanas*», del trabajo de «*desbrozamiento evangélico*». Nos damos cuenta que este artículo ha sido objeto de una reflexión intensa, innovadora; hay aquí, como estrategia que es, una estructura operacional, partiendo, como un método científico, de la observación del terreno, de la situación de un cierto número de seres humanos en un contexto político dado, de hombres y de mujeres alejados de la fe en Jesucristo.

Mons. Bonnet recibe este texto durante el verano de 1916. Aunque capta poco a poco la novedad del texto, continúa impresionado por el ardor misionero de Foucauld que ya tuvo ocasión de ver bien en los encuentros que tuvieron en 1909, 1911, 1913. Percibió también –algo menos que Antoine Crozier, que acababa de morir y que vio tan claramente el universalismo del pensamiento creativo de Foucauld– la amplitud de las miras foucauldianas e intenta canalizarlas: hacia Roma, hacia Mons. Guérin, hacia el Arzobispo de París. El encuentro, en 1913, de Foucauld con este último, que Mons. Bonnet había preconizado, acabó en un verdadero fiasco. Mons. Bonnet vivía encerrado

por una penosa agorafobia que le hacía temer la multitud, se sentía sobrepasado por la extensión que Foucauld quería dar a sus proyectos; y redujo estos a las colonias. Pensó también que Foucauld no era capaz de liderar tal hazaña, al igual que Dom Martin y Dom Louis de Gonzaga, abades de las Trapas de Notre-Dame-des-Neiges y de Staouëli, no veían del todo a Foucauld como fundador de una Orden (y quizá influyeron en su amigo, el obispo de Viviers).

Aunque la cofradía se objetivó fuertemente al ser estructurada a partir del «trabajo» de los miembros, hay que decir que necesita otros marcos. En su carta de Pentecostés, Foucauld se abre al padre Voillard retomando el desarrollo histórico de los trámites; le pide primero que encuentre un responsable en su lugar, como lo desea Mons. Bonnet. *«El proyecto, tal como os lo envío –escribe al padre Voillard–, me hace desaparecer enteramente, lo que era el pensamiento de Mons. Bonnet»*. Hay que poner en marcha el Comité y la Comisión: *«Mi pensamiento –escribe a Mons. Bonnet en ese mismo 11 de junio– es ir a Francia, enseguida después de la paz, y, si Dios quiere, pasar varios meses para dejar, a mi marcha, la pequeña cofradía fundada y funcionando»*. Funcionando, pues, en las manos, no de Foucauld, quien se había eclipsado, sino de un «Comité central» y de una «Comisión permanente». Foucauld, hasta entonces, había buscado a alguien, entre los sacerdotes que conocía, que tomara en sus manos incluso la primera preparación, en su lugar: *«A dos de ellos, les pedí que se pusieran en mi lugar y que hicieran lo necesario para el establecimiento de la cofradía. Su piedad, celo y autoridad les harían aptos para esta obra. Uno de ellos, el canónigo Caron (Versalles), se excusó a causa de sus numerosas ocupaciones; el otro, el padre Crozier (Lyon), a causa de su edad y de sus enfermedades; un tercero, el abbé Laurain (Saint-Sulpice, París), después de haberlo intentado, renunció también bajo el peso de sus numerosas ocupaciones. Un hermano laico, muy ferviente, tiene todo lo que se necesita para asegurar la publicación del boletín, y si Dios le da la vida (está en el frente) podrá hacer grandes servicios a la cofradía. Pero un eclesiástico, que pueda tomar la obra de todo corazón y se dedique de pleno a su realización, no lo veo... Me creo menos capaz que la casi totalidad de los sacerdotes, de los trámites que habría que hacer, ya que no he aprendido más que a rezar en solitario, a callarme, a vivir entre libros y quizá un poco a charlar familiarmente de tú a tú con los pobres. Fuera de eso (¡ay, si eso mismo, incluso, lo hago tan mal!), no soy más que ignorancia, timidez, incapacidad»*.

El «hermano laico» es Massignon, con el que mantiene una admirable correspondencia espiritual durante los últimos meses de su vida. Como esta carta del 15 de julio de 1916: *«El amor consiste, no en sentir que se ama, sino en querer amar: cuando se quiere amar, se ama; cuando se quiere amar por encima de todo, se ama por encima de todo... Si sucumbimos a una tentación, es que el amor es demasiado débil,*

no es que no exista: hay que llorar, como S. Pedro, arrepentirse como san Pedro, humillarse como él, pero también como él decir tres veces “te amo, te amo, sabes que, a pesar de mis debilidades y mis pecados, te amo...”. En cuanto al amor que JESÚS tiene por nosotros, nos lo ha probado suficientemente para que creamos en él sin sentirlo. Sentir que le queremos y que Él nos quiere sería el cielo, pero el cielo no es de aquí más que en contadas excepciones... Contémonos a menudo la doble historia de las gracias que Dios nos ha hecho personalmente desde nuestro nacimiento y la de nuestras infidelidades. Encontraremos, sobre todo nosotros, que hemos vivido mucho tiempo lejos de Dios, pruebas ciertas y enternecedoras de su amor por nosotros, así como, qué lástima, pruebas numerosas de nuestra miseria: para perdernos en una confianza sin límite en su amor (nos ama porque es bueno)».

Este «hermano» con el que cuenta, Massignon, un converso como él, es ardiente y se dio incondicionalmente de todo corazón a la Unión; pero es un laico, que no pesará mucho ante las instancias eclesiásticas; y está muy ocupado con su carrera y con su familia: acaba de tener, en marzo de 1915, su primer hijo.

Foucauld, a principios de 1916, está más animado que nunca, con una determinación intacta, alegre, en sus vistas y su proyecto, aunque espera impacientemente el final de la guerra para recorrer las carreteras de Francia y reclutar miembros para la cofradía (tomando el tren de noche, como lo hizo en 1911 y en 1913, con el fin de ganar tiempo), pero conoce profundamente sus límites. Primero, lo solo que está. Ningún compañero, ningún residente en Tamanrasset, el Asekrem, In Salah o Beni Abbès. Había habido algunas proposiciones, apenas dibujadas: en Tierra Santa, el hermano Pierre; en África, el hermano Michel, los padres Pierre Richard y Camille de Chatouville[132]. Ningún sacerdote aceptó tomar en sus manos la Unión: rechazo de los padres Crozier, Caron, Laurain. Estos fracasos repetidos no le desaniman: continúa adelante; pero no son fáciles de sobrellevar. Y ¿por qué no tiene ningún éxito en Francia, donde hay muchas vocaciones?, ¿por qué a nadie le seduce esta vocación tan nueva, tan libre, tan viva que propone en la Iglesia? Aquellos que le conocen le admiran, realmente están encantados de haberle conocido; el tiempo que han podido pasar con él ha sido muy agradable y todos guardan un recuerdo inolvidable. Por ejemplo, Claudel, que empujaba a Massignon a que se reuniera con un santo en una extraordinaria aventura en el desierto. No se puede decir que Foucauld predicara en el desierto, puesto que no predicaba, pero se debe constatar hasta qué punto semejante personalidad y vocación han generado como un vacío a su alrededor; algunos, más tarde, conseguirán inspirarse en él, mezclándose en las ciudades y en las masas. Pero tiene cincuenta y siete años, ha hecho muchos kilómetros en el Sáhara, escrito numerosas cartas; y todo parece perderse ineluctablemente en la arena. ¿Qué queda? Algunas decenas de miembros de una Fraternidad entre los que hay varios «*fervientes*». Pero Foucauld sigue confiando.

El que va a sentarse al último lugar

En su carta a Massignon el 15 de julio de 1916, dijo, claramente, que el amor no consiste en «*sentir que se ama, sino en querer amar*». Desde hace mucho tiempo, no siente nada, avanza en la noche, es también una gran soledad. Tras haber llegado casi a la alta cima bajísima del Último Lugar que deseaba más que todo en el mundo, después de haber conseguido conquistar Nazaret, leemos cómo describe ese estado, el 6 de junio de 1897: «*Sequedad y tinieblas; todo me es difícil. Sagrada Comunión, oraciones, todo, todo, incluso decirle a Jesús que Le quiero. Tengo que agarrarme a la vida de fe. ¡Si al menos sintiera que Jesús me ama! Pero no me lo dice nunca*».

Nada ha cambiado desde entonces salvo que, ahora, vive un abandono verdadero, pacífico, en Aquel al que quiere amar. El padre Huvelin le había aconsejado escribir sus meditaciones para ayudarse en la oración y en la oscuridad y no entregarse a un estado afectivo. Había escrito mucho entonces, rellenando pequeños cuadernos. Quizá en este último período de su vida en el que la Unión está comenzando, pensó que podría volver a utilizar este método; y emprende el 1 de enero de 1916 la costumbre de escribir pequeñas «*notas cotidianas*» muy simples, muy distantes de las largas efusiones, a veces muy atormentadas, de los años de Nazaret; no son más que algunas líneas escritas de vez en cuando entre el 1 de enero y el 21 de junio de 1916; se refieren, a menudo, al Evangelio y al santo del día. Estas *Notas* forman, fuera de la correspondencia, los últimos textos de Foucauld; contienen esencialmente llamadas a la conversión personal y, al mismo tiempo, a la conversión universal, como escribe el día de la Epifanía, el 6 de enero: «*Rezar y trabajar por la conversión de todos los pueblos a la fe cristiana*». Y, si encuentra, de paso, el 5 de febrero, la mención de los «*Santos Mártires de Japón*», exhorta a «*rezar por la conversión de Japón y a trabajar por ello si es posible*». «*Amar al prójimo, es decir, a todos los hombres, como a nosotros mismos, es hacer de la salvación de los otros, como de la nuestra, la obra de nuestra vida*» (18 de junio).

¿Pero, por qué este deseo de conversión universal tan intenso, que está en el origen del proyecto de la Unión? Estas notas breves de 1916 lo dicen y lo repiten^[133]: quiere ser «*salvador con Jesús*». Desde la primera nota, la del 1 de enero, indicó todo el contenido del conjunto de esos textos: «*Jesús ha querido que su nombre “Salvador” significara la obra de su vida, la salvación de las almas; la obra de nuestra vida debe ser, a imitación del modelo único, la salvación de las almas*». El mismo tema vuelve a lo largo de estas notas de meditaciones: «*En cualquier estado, en cualquier lugar, en cualquier momento, Jesús es Salvador*» (13 de febrero). El motivo de la Encarnación es el amor de Dios hacia los hombres a quienes quiere dar su vida, su salvación, la transformación de sus vidas en el amor: «*Vamos hacia los que queremos salvar, así como Jesús fue hacia ellos encarnándose*». Y Jesús nos «*enseña a ir como Él hacia las almas que nos rechazan y nos arrinconan y a permanecer en medio de ellas con*

paciencia y perseverancia» (12 de enero).

Él mismo, Foucauld, deseó ir hacia aquellos que amaba, a los que quería hacer el bien, a los más desamparados y pensó en aquellos a los que encontró en su exploración de Marruecos para llevarles, esta vez, el «*festín*», la vida misma de Jesús; descendió de su rango, de sus certidumbres, de sus comodidades, a la manera de Jesús: «*Toda su vida no hizo más que descender, descender encarnándose, descender haciéndose un niño, descender obedeciendo, descender haciéndose pobre, desamparado, exiliado, perseguido, suplicado, poniéndose siempre en el último lugar: “Cuando os inviten a una fiesta, sentaos en el último lugar”. Es lo que hace él mismo después de su entrada al festín de la vida hasta la muerte. Viene a Nazaret, el lugar de la vida escondida, de la vida ordinaria, de la vida de familia, de oración, de trabajo, de obscuridad, de virtudes silenciosas, practicadas sin otro testigo más que Dios, los que le rodean, sus vecinos, esta vida santa, humilde, bienhechora, oscura, que es la de la mayoría de los hombres*» (20 de junio de 1916).

Es lo que Foucauld comprendió bien: se trata de ponerse en el último lugar en el «*festín de la vida*» al que se nos ha invitado, llevar una vida normal, rechazar los honores, la existencia en la que uno se pone por encima de los demás. Simplemente hacerlo, y ver cómo, treinta años después de 1886, ya no busca convulsivamente «*el último lugar*» como un ideal de descenso, una meta que tiene que lograr, sino como la realidad de todos los días que vive pacíficamente.

¿Por qué medios llevar a los otros, y primero, a los más alejados, a esta vida misma de Dios que es una existencia de amor paso a paso? Muy particularmente por «*la virtud que, por la Comunión de los Santos, es provecho para la salvación de todos; el amor fraterno, la bondad*» (13 de junio). Amar, ya que «*nada es ni más perfecto ni mejor que el amor*» (19 de enero). Continuar amando, más si cabe cuando «*los corazones de los hombres permanecen fríos*» (10 de enero). Amar, comenzando, como Jesús, por «*los más humildes, los más simples, los más puros, los más desprovistos de orgullo. Mezclémonos con ellos; tanto como Dios quiera, seamos uno de ellos. Tratémoslos fraternalmente para tener el honor y la felicidad de contar como uno de ellos*» (17 junio).

El «festín de la vida»

La vida: un festín. Cinco meses antes de su muerte, así es como Foucauld define la vida. Lo hace, expresión suprema, designando así la Encarnación: «*Su entrada en el festín de la vida*», dice hablando de Jesús.

Él, que vivió el comienzo de su existencia de manera más que traumática, que se endureció con imperativos radicales, que vivió en el Sáhara de manera increíblemente frugal, que utiliza muy a menudo el término «*sacrificio*», ¿cómo puede ahora referirse a

la vida, la del Hijo de Dios hecho hombre, la de cualquier hombre, como «*festín*»? Pues gracias a que captó, místicamente, la alegría en el Hijo de Dios mismo, al hacerse hombre. «*El descenso*», el «último lugar»; Foucauld lo descubrió y llegó a disfrutar de la alegría que da desvestirse de sus riquezas y pretensiones para llevar una vida de ser humano de todos los días. Desde ese momento comprendió que la Encarnación –que brota de la bondad de Dios–, que Nazaret, la humildad de Dios, eran realidades felicísimas para su Bien Amado Hermano Jesús: «*La Encarnación tiene su fuente en la bondad de Dios* –escribió en Nazaret el 6 de noviembre de 1897. *Algo aparece primero, tan maravilloso, tan brillante, tan sorprendente, que brilla como un signo cegador: es la humildad que contiene tal misterio*». Dios, en su amor por los seres humanos y su condición, quiso para él mismo, para él también, podríamos decir, el «*festín de la vida*». Al experimentarlo, brota una alegría indecible en Charles de Foucauld.

Porque él mismo, Foucauld, amó intensamente la vida. Nos equivocáramos si no viéramos cómo Foucauld gustó, primero y ante todo, intensamente, del «*festín de la vida*» con una alegría sin igual. Tuvo la suerte de encontrar, en su camino de niño terriblemente huérfano, a seres que le permitieron sobreponerse a las heridas y realizar, como en un nuevo nacimiento, una vida plena. A los cuarenta años, conoció una segunda resiliencia; y pudo acceder a una vida espiritual tal como ocurre a cualquier discípulo de Jesús y de su Evangelio: una vida espiritual feliz. Su alegría de vivir inicial, la de su infancia y de su juventud, que estuvo oculta, por un momento, como por una pantalla, la volvió a encontrar de otra manera, mucho más radiante después. Durante esos largos veinte años de contención, permaneció igualmente enamorado de la vida, enamorado de sus allegados, enamorado de Jesús, hermano Bien Amado; su alegría natural no había sido destruida. El paso a una verdadera vida espiritual abierta no hizo más que multiplicar su amor por la vida y su alegría.

A esa fiesta de la vida, de la vida humana, de la vida divina en Jesús, le gustaría convocar a todos los seres humanos, abriéndoles, a todos, los brazos como el Jesús que dibuja en su ordenación^[134], dándoles a todos la vida, la humana y la divina, indisolublemente. Y, en una lógica imparable, quiere llevar toda esta vida primeramente a los últimos; como Jesús invita en la parábola a «*los pobres, los lisiados, los cojos y los ciegos*», un versículo evangélico expresamente anotado por Foucauld en su retiro de ordenación.

En este mismo retiro de ordenación, evoca la palabra del Buen Pastor que deja a las noventa y nueve ovejas del redil para ir a buscar a la número cien, que se ha perdido. Él quiere también ponerse a la búsqueda de «*la oveja más perdida*», dice. Tres meses después de su llegada a Beni Abbès, se da cuenta de que, salvo algunos oficiales y soldados que asisten a la misa, el conjunto de su guarnición no es practicante y que, por otra parte, está rodeado de musulmanes; y se siente empujado no a limitarse a algunos

fieles, sino a ir a todos los demás. Transforma entonces la parábola: hay una oveja en el redil y noventa y nueve fuera. «*Ocuparme especialmente de las ovejas perdidas*», escribe en el retiro que hace al principio de 1902. «*No dejar las noventa y nueve perdidas para mantenerme tranquilamente en el redil con la oveja fiel. [...] Correr tras las ovejas perdidas, como el Buen Pastor*». Es una nueva perspectiva, un nuevo paso: la toma de conciencia aguda de la situación de los que están fuera, y que son los más numerosos, la voluntad de consagrarse a ellos, encontrar aquellos que están perdidos en los desiertos. Ponerse al servicio de estos últimos, hacerlos entrar en el festín, trabajar para su realización humana, completamente humana, moral, espiritual, entrar en la sala del último festín, tras ellos, el último, y ponerse, como Jesús, en «*el último lugar*». Todo esto le da una alegría tan profunda.

Y, siempre con toda lógica, comprende como hombre y como transmisor del Evangelio de Jesús, que debe ir a las «*ovejas perdidas*» llamándolas de manera que le puedan entender. No con grandes planes de desarrollo, que lleguen al cielo, para su progreso humano, sino con la inmersión en su lengua, su cultura, su realidad cotidiana. Nada de exposiciones, de predicaciones, sino de «*conversaciones*» fraternas, diálogos de igual a igual.

Quince años hace ya que llegó al Sáhara y siente la misma alegría de vivir esta fraternidad. Ya lo decía quince meses después de su ordenación, menos de un año después de su llegada a Beni Abbès. Al hacer tranquilamente revisión con el padre Guérin, el 30 de septiembre de 1902, le detalla lo que es ahora su vida y su carta desborda de alegría. Tiene el corazón lleno de agradecimiento; a los que debe «*la mayor gratitud, ternura y oraciones*» son a los suyos, a su hermana, a María de Bondy, a su obispo, y es feliz de que Mons. Guérin, en su viaje por Francia, les haya ido a visitar. Ha experimentado siempre una alegría muy profunda al hacer que sus amigos se conozcan, teniendo grandes amigos o haciendo nuevos amigos allí por donde pasa, amigos de todo tipo.

Alegría también finalmente porque hay progreso en el Hoggar, porque están al mando hombres de valor como Duclos, que hace prevalecer el interés general: «*Alegría por el bien público que pasa ante todo*», le escribe Foucauld el 16 de abril de 1915 felicitándole por su nombramiento.

Alegría de estar en su vocación, de haber encontrado su camino; alegría de estar tan abandonado en lo que concierne a sus deseos que poco importa, por ejemplo, que tenga o no compañeros. Ha conseguido vivir esa realidad con paz total. «*Sobre los compañeros, siento en el fondo de mi corazón, mi bien amado padre, que, sea lo que sea, estaré perfectamente contento* –escribe a Mons. Guérin–, *si tuviera, me alegraría mucho (¡con muchas preocupaciones, cruces!). No teniéndolos, me alegro perfectamente*». Hoy, en 1916, no tiene compañeros; no ha tenido y por lo tanto no ha

tenido tampoco preocupaciones, diríamos con humor; su alegría permanece intacta.

Alegría, personalmente, ya no la de buscar la perfección radical, sino la de saber que no amaré nunca suficientemente, que uno no acaba nunca de convertirse. En su carta de septiembre de 1902 confía «*el fondo de [su] alma*». «*Todo lo que me llega me aporta siempre las dos mismas cosas*». La segunda es: «*Santificate, conviértete, conversión*». La primera es «*Alegría*». En cada ocasión, en cada circunstancia, quiere avanzar por los caminos de Dios y vivir la alegría.

Una certeza, por cierto, le apoya constantemente en su quehacer cotidiano: saber que Jesús, el Bien Amado, es feliz. Nos acordamos de los «*alehuyas*» admirables que escribió a Massignon para pacificarlo y reconfortarlo, haciéndole pensar día tras día en Cristo Resucitado, hoy en la Felicidad de Dios. El 9 de diciembre de 1907, escribe a su cuñado y le confía que la fuente de su felicidad es ser «*feliz sobre todo de la Felicidad infinita de Dios. Si no tuviera esta fuente inacabable de felicidad y de paz, la felicidad y la paz infinitas, eternas, inmutables, del Bien Amado, el mal que uno ve alrededor de sí por todas partes y también las miserias que uno ve en sí mismo conducirían rápidamente a la tristeza*». Desde hace quince años, esa Felicidad que vive el Bien Amado se transmite día a día; en el «*Nazaret*» que es el suyo, en su vida en Tamanrasset y a través del desierto, por el Cristo Eucarístico, clave de bóveda del Amor sobre la tierra, al que responde, amor por amor. En su carta al padre Caron de junio de 1909, le había indicado la segunda finalidad propuesta a los miembros de la UNIÓN: «*Producir un crecimiento de amor hacia la santa Eucaristía*». Amor indisociable de un crecimiento cotidiano en amor hacia los que están en «*el último lugar*» como Jesús y a quien tuvo la alegría de darse; lo expresa con fuerza en una de sus últimas cartas a L. Massignon, el 1 de agosto de 1916, que hay que recordar. Allí se menciona dos veces a los «*pequeños*» y la palabra de Jesús en el Evangelio en relación a ellos, identificándose con ellos: «*no hay, creo, palabra del Evangelio que haya hecho sobre mí una mayor impresión y haya transformado más mi vida*». El sacramento del hermano, del «*pequeño*». Los derechos humanos, para Foucauld, son, primero, los derechos del «*último*» hombre, del «*pequeño*», presencia de Jesús Resucitado, que le colma de felicidad.

Para acabar, no hay que olvidar la alegría de dar nacimiento a la lengua tuareg, un trabajo incesante que lleva a cabo durante los nueve últimos años. Tiene la alegría de terminar, tres días antes de su muerte, la copia de las poesías tuaregs pero sabe que todavía tiene mucho que hacer.

Hace quince años que llegó al Sáhara. Este hombre, tan agradable de trato, hace de su existencia, para él mismo y para todos los que conoció, una serie de alegrías una tras otra. Construyó, yendo más lejos, avanzando, un camino de alegría. En lugar de querer captar y conquistar a los otros, vivió en la esperanza, como los primeros cristianos,

pensando en términos de siglos el tiempo en el que Cristo será reconocido, una sencilla esperanza indefectible, basada en la felicidad del Resucitado.

Últimas horas

Se entrega al servicio de los «últimos», más ardientemente que nunca, allí donde se encuentra, en el último lugar del Sáhara. La carta del 1 de agosto de 1916 a Massignon se refiere al capítulo 25 del evangelio de Mateo y a las palabras de Jesús ante el Juicio final. Foucauld insiste en los medios concretos (el término «*material*» vuelve a aparecer por dos veces en la carta); lo esencial es pasar a la acción: «*Piense mucho en los otros. Rece mucho por los otros. Conságrese a la salvación del prójimo por los medios a su alcance, oración, bondad, ejemplo, etc., es ese el mejor medio de probar al Esposo divino que le ama: “Todo lo que hagáis a uno de esos pequeños, a mí me lo hacéis...”*». *La limosna material que se hace a un pobre es al creador del Universo a quien se hace; el bien que se hace al alma de un pecador es a la pureza increada que se hace... Dios quiso que fuera así para dar a esta caridad hacia el prójimo de la que hizo el segundo deber “parecido al primero”, una verdadera similitud con ese primero del amor de Dios... No hay, creo, palabra del Evangelio que haya hecho en mí una impresión más profunda y haya transformado más mi vida que esta: “Todo lo que hacéis a uno de esos pequeños, a mí me lo hacéis”*. *Si pensamos que esas palabras son las de la Verdad increada, las de la boca que ha dicho: “Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre”, con qué fuerza estamos llevados a buscar y a amar a JESÚS en esos “pequeños”, esos pecadores, esos pobres, aportando todos los medios materiales para el alivio de esas miserias temporales, los medios espirituales para la conversión de esas almas»*... Lo que repite a Massignon en la siguiente carta del 15 de agosto: «*Dese al prójimo. Es el mejor medio de ir avanzando hacia Dios; lo que hacemos a uno de esos pequeños a Él se lo hacemos*».

Escribe, ya lo hemos visto, a María de Bondy, el 15 de septiembre de 1916 para hablarle de «*la muralla*» que ha construido «*que pueda servir de refugio a la población en caso de ataque*», «*lugar de refugio defendible*» (14 de octubre). Hubo una alerta el 24 de agosto y fue muy feliz al ver que la población prefiere «*encerrarse*» en el bordj, mientras dice «*esas pobres gentes hubieran podido refugiarse en las montañas, donde tampoco hubieran temido nada*».

La población sufre por la sequía: «*Desde hace once años, no ha llovido aquí más que durante media hora en total; desde hace once años, el cauce del río, ancho como el Rin, que pasa a cien metros de mi eremitorio, no ha tenido agua más que durante treinta horas*» (a su hermana, el 30 de mayo)[135]. Y ahora la lluvia ha llegado; ¿qué puede escribirle el 15 de septiembre?: «*Hemos tenido un poco de lluvia: los pastos y los rebaños mejorarán, pero la crecida que ha seguido a la lluvia ha arrasado los canales*

de riego y arruinado la cosecha de otoño (aquí hay dos cosechas, una en mayo, otra en octubre: todo el año, gracias a esos canales, los campos reciben un riego artificial)».

Viernes, 1 de diciembre, primer viernes de mes, dedicado al Corazón de Cristo, carta a su hermana en la que habla de su «*vuelta a Francia tras la victoria*». «*Entonces espero poder pasar allí varios meses*».

Larga carta a Henri Laperrine, el mismo día, para darle noticias del conjunto del Hoggar, comienza por un viril «*Mi querido Laperrine*» y acaba por «*le abrazo de todo corazón como le amo en el Corazón de Jesús*». Le anuncia que ya ha «*acabado la copia para la impresión de las Poesías y de los Proverbios*» y que le queda sobre todo «*la gramática, que me horroriza de antemano, pero que tendré que intentar establecer sin falta como pueda*».

Carta también para Louis Massignon, quien le anunció que ha pedido «*pasar a la tropa*», porque quiere estar en el frente con todos: «*No hay que dudar nunca en pedir los puestos en los que el peligro, el sacrificio, la entrega son más grandes; el honor, dejémoslo a quien lo quiera, pero el peligro, la pena, reclamémoslos siempre. Como cristianos, debemos dar ejemplo de sacrificio y de entrega. Es un principio al que hemos de ser fieles toda la vida, sencillamente, sin preguntarnos si no hay orgullo en esta manera de actuar. Es el deber, hagámoslo y pidamos al Esposo bien amado de nuestra alma hacerlo con total humildad, en total amor de Dios y del prójimo. Ha hecho muy bien. Continúe avanzando por ese camino de sencillez y de paz, en confianza de que es JESÚS el que nos ha inspirado a seguirle*».

Carta final a María de Bondy en donde evoca las últimas palabras del padre Huvelin, el padre espiritual de ambos, en el momento de su muerte: «*Amabo numquam satis*» [no amaré nunca bastante]: «*Cuando se quiere sufrir y amar, se puede mucho, se puede lo más que se pueda en el mundo. Se siente que se sufre, no se siente siempre que se ama, y es un gran sufrimiento; pero se sabe que se quiere amar, y querer amar es amar. Se ve que no se ama suficiente, pero el Buen Dios, que sabe de qué barro nos ha modelado, y que nos ama mucho más que una madre ama a su hijo, nos ha dicho, Él que no miente, que no rechazará al que venga a Él*».

Final de la tarde. Una cuarentena de Tuaregs unidos a la causa senusista rodean el *bordj*, que quieren asaltar para llevarse después a Foucauld como rehén. Consiguen hacerle salir fuera anunciándole el correo. La llegada, cerca del *bordj*, de dos meharistas los enloquece. El joven que custodia a Foucauld atado tiene miedo y dispara: la bala alcanza a Foucauld, que muere al instante. Las circunstancias son lo bastante claras para decir que le han matado tontamente como a tantas otras víctimas anónimas del siglo XX, en esas décadas de guerras y de revueltas.

Avisan de su muerte el domingo 3 de diciembre al oficial que está al mando del Fuerte Motylinski, el capitán de La Roche, que no podrá llegar a Tamanrasset más que

tres semanas más tarde, el 21 de diciembre. En su «*declaración de fallecimiento*», aunque le había conocido y tratado numerosas veces, le describe diciendo que tiene la «*profesión de Padre Blanco*».

Justo después de su fallecimiento y durante mucho tiempo se presentó esta muerte como un asesinato premeditado y se ha hecho de Foucauld un héroe muerto por Francia en esos tiempos de guerra. O también un mártir muerto por la fe, comenzando por su obispo, Mons. Bonnet quien, en una carta de condolencia, el 17 de enero de 1917, a la hermana de Charles, le llama «*vuestro querido y venerado mártir*» (pero, quizá por énfasis, su carta es particularmente retórica). El estatus de mártir estará vigente durante mucho tiempo. Su tarjeta de defunción (¿quién la redactó?) decía: «*Acordaos en vuestras oraciones del padre Charles de Jesús, vizconde de Foucauld, asesinado en Tamanrasset por odio a Dios y a Francia, el 1 de diciembre de 1916, a la edad de cincuenta y ocho años*».

La vida póstuma de Charles de Foucauld comienza. Ya de entrada, se equivocan sobre su identidad, sobre su personalidad, sobre su itinerario. Un rostro que más adelante será desfigurado frecuentemente, ante todo y a menudo, por sus propios discípulos. Y en esto también se parece a Aquel al que amaba, a Jesús, irreconocible en su último semblante, dibujado de mil maneras tras su muerte. Nunca más se ha podido encontrar el verdadero rostro.

CONCLUSIÓN

Al cabo de más de medio siglo de camaradería con Charles de Foucauld, finalmente, ¿a quién puedo decir que conozco? ¿Cómo no plantearme esta pregunta? ¿Cómo no intentar responder simplemente, serenamente, en algunas líneas breves en las que intentaremos ir al corazón, osando decir lo que hemos recibido de él?

Para mí, es la alegría. Este hombre vive la alegría, respira la alegría, da alegría.

De niño, conoce los peores sufrimientos. Los afronta, madura con ellos, crea una primera resiliencia, una alegría de vivir que, en la adolescencia, explota en el gusto por existir, en mil encuentros y embriaguez por la vida feliz.

A los veinticuatro años le cortan los suministros. Es el escándalo de los biempensantes y, con toda buena fe, se le pone entre la espada y la pared. Entonces desafía a los suyos, se endurece, se compromete a mostrar de lo que es capaz: hazaña, dominio de sí, ideal radical. Pierde su alegría, es un arco tenso, una idea que tiene que lograr.

Larga marcha en este terrible túnel, casi veinte años de trabajo. Dos seres le acompañan, un padre, una madre, ambos buenos e inteligentes, que le conducen silenciosamente de vuelta a la dulzura, a un Jesús de Nazaret que no es El Último Lugar, sino un hermano muy suave, un hombre corriente, cercano, que despierta a cada uno a la vida; le reconcilian poco a poco consigo mismo. Pero ¡cuántas angustias y torturas en el camino!

Con cuarenta y dos años, segunda resiliencia tras la primera, la de la infancia. Liberación. Sale del ahogo, entra en una nueva alegría, la del «otro». Alegría del encuentro, especialmente con los últimos, como hermano; alegría de compartir con ellos el Pan y la Palabra a través de los caminos. Quince años a través del desierto, para entrar alegremente en relación, en amistad con cada uno. Alegría de estar liberado de las propias ideologías, como hermano, sin angustia por resultado inmediato; la alegría de ir hacia adelante, día a día, según las circunstancias, en pacífica libertad creadora, sabiendo que, de todas formas, «*no amaremos nunca bastante*». Alegría de vivir a Dios, un Dios que es feliz, permaneciendo en la noche sin hacer ningún drama; alegría de creer en el hombre de fe libre.

Suave debilidad de creer, maravillosa alegría de vivir.

Este libro no hace más que seguir el itinerario de una alegría.

ANEXOS

DOS SOPLOS INSPIRADOS DOS ASOCIACIONES «FOUCAULD»

1. LA UNIÓN DE HERMANOS Y HERMANAS DE JESÚS (Asociación eclesial)

En 1908, tras siete años de vida en el Sáhara, estableciendo lazos de amistad con sus habitantes, practicando en la alegría el diálogo sencillo y abierto con cada uno, al constatar, al mismo tiempo, muchas miserias morales y materiales, entristecido por el frecuente comportamiento egoísta de los colonizadores –cristianos a los ojos de los musulmanes–, Charles de Foucauld, sacerdote de cincuenta años de la diócesis de Viviers, «*misionero aislado*», decide poner en marcha un proyecto que le ocupa el corazón.

El proyecto consiste en que cristianos, sacerdotes y laicos, vayan a ese Sáhara, vivan allí según el Evangelio, que lleguen a ser del país, compartiendo la cultura y la existencia cotidiana de los habitantes, como Jesús en Nazaret. Y, como hermano universal, desea que los cristianos vayan del mismo modo por todas partes, a través del mundo, vivan, allí donde estén, como evangelios vivos, haciendo que los que no conocen a Jesús, el hermano mayor, lo conozcan por medio de sus vidas. Con esta perspectiva funda, en 1909, una cofradía, una «UNIÓN», en la que quiere reunir, sencillamente, a todos los bautizados que se comprometan personalmente en ese sentido: una vida feliz, abierta a todos, dada. A su muerte, cuenta con cuarenta miembros, incluido él.

Cada uno de los miembros de la UNIÓN debe empeñarse muy particularmente en encontrar a los que andan más faltos de amor, los que están desprovistos de todo, encerrados, en la prueba, los últimos en el camino, abandonados del mundo, a los que no se les ve, a los que no se les habla. Charles Foucauld invita a entrar en relación, en diálogo, en amistad con ellos ante todo.

La UNIÓN es la reunión invisible, en la oración y el trabajo evangélico, a través de la vida cotidiana, de hermanos y hermanas de Jesús de Nazaret dispersos a través del mundo, cada una y cada uno alimentados cotidianamente por el Evangelio y alimentados por Cristo Resucitado Eucarístico; cada una y cada uno deseosos de alimentar con esta Palabra y este Pan a aquellos con los que viven. Cada miembro es responsable de la UNIÓN y quiere seguir como programa de vida las tres «E» que propone Charles de Foucauld: Evangelio, Eucaristía, Evangelización.

Aprobada por el obispo de Charles de Foucauld en su vida, la cofradía continúa, tras su muerte en 1916, gracias a Louis Massignon, que se ocupa de ella y la transmite tras su muerte a Jean-François Six, sacerdote de la Misión de Francia. La cofradía se transforma, en 1986, con el nuevo derecho canónico, en una «*asociación de fieles*».

Sus miembros son de hecho «*misioneros aislados*» como lo quería Charles de

Foucauld. Tienen por característica la de situarse al comienzo de todo como «*desbrozadores evangélicos*», al principio, antes de la siembra y la cosecha, sin búsqueda de resultado inmediato. Son bautizados, sacerdotes o laicos, reunidos en asociación de fieles con un obispo. Son cristianos, católicos, protestantes, ortodoxos, enviados como bautizados por el Padre, el Hijo y el Espíritu al mundo, comprometiéndose allí donde están, en su «*Nazaret*».

Esos «*hermanos y hermanas de Jesús*» son todos iguales, viven en fraternidad entre ellos, sin ninguna jerarquía. Es su misión de vanguardia, su vocación la que manda, la que va primero; son responsables de ella, tienen que hacer honor a su bautismo a través de esta misión que les es confiada en el carisma del beato Charles de Foucauld. Por eso están organizados, no por naciones, sino por lenguas; no en grupos formales, sino en libre cooperación; no según órdenes cotidianas, sino adaptándose libremente a las circunstancias, en invención creadora.

Su única estructura es una coordinación general (un miembro, asistido por coordinadores para cada lengua) que asegura los lazos necesarios para incitar a cada uno, a cada una a cumplir su vocación de miembro de la UNIÓN (entre otras, una carta circular, enviada dos veces al año a todos, que invita a poner en marcha esta vocación, y encuentros y correspondencias personales). Nada que les haga dejar su «*Nazaret*», su ambiente cultural o profesional, su misión.

Entrar en la UNIÓN se hace, no a través de una ceremonia solemne colectiva, sino de manera cotidiana e interior. Quien desee formar parte de la UNIÓN después de los cuarenta y nueve primeros miembros, entre los que estaba Charles de Foucauld, toma contacto con uno de los coordinadores y le comenta simplemente su deseo y sus razones. Juntos eligen un día de fiesta en el que, en su lugar de vida, su marco habitual, su iglesia parroquial, por ejemplo, el o la que se compromete pronuncia, en el curso de la Eucaristía, según sus propias palabras, su acto de adhesión a la UNIÓN. Por su lado, allí donde esté, el coordinador, o, si no es sacerdote, su delegado sacerdote, presenta al Abbá, en la Eucaristía que celebra el mismo día, aquel o aquella que da ese paso (renovable tácitamente por un año). Es un compromiso sin inscripción contable en una lista, única inscripción en el libro de la Comunión de los Santos.

Se puede participar igualmente de la UNIÓN sencillamente de corazón, reconociéndose silenciosamente en esta corriente. Pertenencia en espíritu y en verdad que el Abbá acoge de la misma manera y que se encuentra, por otra parte, en buena concordancia con el estilo de vida alegre, discreto y ardiente, que es la marca del beato Charles de Foucauld, peregrino en el desierto, patrón de los peregrinos de los desiertos de hoy.

Dirección:

La UNIÓN

127 rue Notre-Dame des Champs, 75006 Paris

La espiritualidad de la UNIÓN está presente a través de todo este libro *Charles de Foucauld, vida y camino* y, particularmente, a partir del capítulo 6 hasta el final.

2. LOS AMIGOS CHARLES DE FOUCAULD (Asociación laica)

En 2008, se fundó una asociación con el nombre de «Los Amigos Charles de Foucauld».

El origen de LOS AMIGOS CHARLES DE FOUCAULD es sencillo. Una pareja y dos de sus amigos, los cuatro agnósticos, que habían leído los trabajos biográficos consagrados por J-F Six a Charles de Foucauld, contactan con el autor. Le dicen que Foucauld expresó un mensaje humanista que se dirige tanto a los no creyentes como a los creyentes: la búsqueda de la amistad y de la fraternidad entre todos. Estiman que haría falta una asociación en la que se pudieran encontrar, en torno a este mensaje, hombres y mujeres de cualquier convicción, preparados a comprometerse sencillamente de palabra, deseosos de concretizar ese mensaje lo mejor posible, cotidianamente, en su vida.

La asociación se constituye. Dos fundadores representativos, simbólicos: un hombre y una mujer, uno creyente y el otro no. Entorno a ellos, no grandes nombres ni títulos honoríficos, sino gente corriente cuya tarea consiste no en ejercer el poder, sino en incitar a los miembros asociados a vivir su compromiso, a trabajar, allí donde están, por «*la amistad y la fraternidad universales*». Aprobada el 15 de septiembre de 2008, fue publicada en el Diario Oficial el 22 de noviembre de 2008. Fue apadrinada por las asociaciones Droits de l'Homme et Solidarité et Centre National de la Médiation, 127 rue Notre-Dame des Champs, 75006 Paris.

No es una asociación cultural como las que se crean a la manera de la Asociación de los amigos de tal gran nombre literario o científico, sino una asociación de hombres y de mujeres que desean ser Los Amigos Charles de Foucauld y ser hermano, en comunión, silenciosa, con otros Amigos Charles de Foucauld. Estar en unión secreta de fraternidad, como Foucauld, con todos aquellos que lo encontraron en la vida. Los miembros tienen, como signo entre ellos, el amigo Charles de Foucauld, este hombre que, en el desierto de su siglo negro, hizo, cotidianamente, lo que pudo por que los seres que encontraba a su alrededor tuvieran confianza y esperanza en ellos mismos y los unos en los otros.

Ningún proyecto común más que la AMISTAD.

Ninguna divisa, ni eslogan, ni directivas, ni congresos.

Los que componen el Consejo de administración son: diversidad, no poder, discreción.

El lazo, la mediación entre todos: LA AMISTAD. Esta, invisible, entre los miembros de la asociación. La que construye, día a día, cada miembro con los que le rodean, en su familia, su barrio, su profesión, su ciudad.

Se trata de un compromiso personal, en conciencia. Nada de inscripciones oficiales, ni lista publicada, ni formación de grupos locales. Los socios confían unos en otros, en el pensamiento de que cada uno, allí donde está, suscita como puede la amistad y la fraternidad. Y todos quedan reunidos por esta finalidad común que persiguen. Así están unidos de corazón y por el trabajo los unos con los otros, en invisible y fuerte fraternidad sin fronteras.

No es, como la UNIÓN, una asociación fundada por Charles de Foucauld personalmente. No es tampoco, como las congregaciones e institutos religiosos que fueron creados tras su muerte, inspirándose en él, una asociación eclesiástica. Es una asociación regida por la ley de julio de 1901, estrictamente laica, sin finalidad lucrativa, sin pertenencia política o confesional. El logo de la LACF es un corazón rojo dibujado por el mismo Foucauld.

Si se quiere ser socio de la LACF o recibir simplemente el Boletín de la Asociación (2 cartas al año), escribir a:

LACF

127, rue Notre-Dame des Champs, 75006 Paris.

El espíritu de la asociación Los Amigos Charles de Foucauld, sus aspiraciones profundas provienen del pensamiento y de los actos de Charles de Foucauld, tales como los podrán encontrar en el conjunto de este libro *Charles de Foucauld, vida y camino*, particularmente a partir del capítulo 6.

* * *

He aquí, en resumen, en tres ejes, la filosofía política de Charles de Foucauld.

La «directiva» del bien público

Igual que Foucauld expresó a menudo su gran amor por la patria, no declaró nunca ninguna opinión política precisa, en ningún período de su vida. ¿Era monárquico como el conjunto de su familia o la mayor parte de sus camaradas militares? No lo dijo nunca claramente.

Sin embargo, sabemos que tuvo fuertemente arraigado el sentido del «bien público». El bien de la comunidad total es lo primero que importa, es el que hay que buscar y llevar a término; es la finalidad que un gobierno debe perseguir, que cada ciudadano también debe tener. ¿En dónde adquirió ese sentido? Primero y ante todo, a través de sus

lecturas, en su juventud, de Montesquieu y de Voltaire, que permanecerán en él durante toda su vida. Encontramos las huellas, por ejemplo, en relación al proyecto de tren del transahariano, un proyecto utópico al que se suman buena parte de los hombres de su época y particularmente los que pertenecían a la corriente de Saint Simon. En una carta a su amigo de juventud Gabriel Tourdes, el 16 de junio de 1911, le habla de esto con la certidumbre de que contribuiría al desarrollo de las relaciones humanas y al progreso: «*El transahariano se impone; no se hará necesariamente; ya estaría hecho si en las altas esferas de decisión se estuviera más preocupado por el bien público*». Reproche implícito hacia los que gobiernan entonces Francia y que tienen entre sus manos la suerte de las colonias. Sigue recordándole una de sus lecturas comunes a las que se entregaban juntos cuando eran jóvenes: «*¿Te acuerdas del tiempo en el que leíamos juntos en Commines, que las “ligas del bien público” tenían más bien por finalidad el bien privado?*». Tenían entonces unos quince años. Tienen ahora más de cincuenta y Foucauld recuerda este episodio del reino de Luis XI que habían descubierto juntos. Algunos príncipes, entre los que figuraba Charles, hermano del rey, habían suscitado en 1465 una revolución armada contra él; rechazaban las prerrogativas reales, su administración, su fiscalidad. Se llamaron «*Liga del bien público*», pero defendían fundamentalmente sus intereses particulares. Foucauld los pone en la picota.

Cuando se alegra de que Francia se implante en Marruecos en 1912, es porque espera que reducirá los gestos feudales que él mismo ha constatado desde hace treinta años, durante su exploración del territorio. Y cuando oye, en su viaje a Francia en 1913, que Lyautey tiene algunos problemas que vienen del gobierno y piensa dimitir, Foucauld cree que tiene el deber de escribirle para animarle, diciéndole que «*desea que, por entrega al bien público*», permanezca en Marruecos, «*a pesar de los inconvenientes que le ponen, las complicaciones en las que le lían, las dificultades que le crean*». Acaba su carta: «*¿Quién, mejor que usted, quiere el bien público? ¿Quién, mejor que usted, es capaz de procurarlo? Ya que nadie lo quiere ni lo puede hacer mejor que usted, ni tan bien como usted, hay que quedarse*». Foucauld, el 4 de septiembre de 1912, había escrito a su amigo Henry de Castries, excelente conocedor de Marruecos, que se había unido a Lyautey, para felicitarle; le decía, conociendo su valor: «*Tiene todos los conocimientos y el simple y ardiente deseo del bien público; si el primero es raro, el segundo es más raro aún*».

El sentido del bien público, del interés general es, a los ojos de Foucauld, la virtud esencial de todos los que tienen alguna responsabilidad de gobierno. En octubre de 1905, Moussa ag Amastane, que fue reconocido por las autoridades francesas como el aménokal del Hoggar y que dio hospitalidad a Foucauld acordándole un lugar de residencia, Tamanraset, en su territorio, Moussa, que antes de encontrarse con el coronel Laperrine, le «*pide consejo sobre lo que debe decir*», trata de no cometer errores y

situarse adecuadamente. Foucauld, en su *Cuaderno*, en fecha del 23 octubre de 1905, escribe unos largos apuntes, como un memento personal para ayudar a preparar a Moussa para la entrevista. Sin duda la conversación con Moussa no reprodujo exactamente el contenido de los apuntes pero estos nos indican los principios esenciales que guían a Foucauld y que cree que debe hacer llegar a Moussa. Una breve introducción da enseguida el resumen de esos principios; comienza por una cita de san Agustín: «*Cuanto más perfecto se es, más se hace pasar el interés general antes que el interés particular*», y la considera útil para su futuro interlocutor: «*Moussa debe, pues, dejar de considerar su interés particular y buscar únicamente el interés general*». Al final de su largo texto, entre «*las observaciones diversas*», Foucauld apunta que debe incitar a Moussa a tener confianza en Laperrine. Moussa tendrá su confianza mientras respete «*el interés general*» y no se ponga a mendigar únicamente para él mismo. «*Que Moussa no pida nada, pues, en su interés particular; sino que pida muy simplemente todo lo deseable para el interés general y, en ese sentido, que pida, diciendo el porqué, lo que sería útil que se le diera como honor, dinero, socorro, etc.*». Todo debe estar ordenado en función del interés general. Ese principio primero de su filosofía política, Foucauld lo aplicará a sus proyectos y sus realizaciones en lo que concierne el futuro del Hoggar. Encontró la fórmula en san Agustín, a través de la Regla que él mismo transcribió en 1899, como introducción a las Constituciones y al Reglamento de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús que quería fundar. Agustín, refiriéndose a san Pablo pero también a su maestro Cicerón, escribía: «*Que sepas que habrás progresado tanto más cuanto tengas más cuidado en el interés común que en el propio vuestro*». «*La caridad [...] debe preferir el bien público al bien privado y no el propio interés al interés público*».

Foucauld no cesará, a lo largo de toda su vida sahariana, de anunciar «*el bien público*», al escribir, por ejemplo, en 1912 a Laperrine, con motivo de la elección de los oficiales para el Sáhara: «*Tenemos que saber que el móvil de sus actos será el bien público y no el interés personal*». O también, aconsejando «*el interés general*», con indicaciones concretas, a un joven capitán, el 26 de diciembre de 1913, y al concluir su carta diciendo: «*Este interés general al que siempre hay que volver puesto que es la gran directiva de la vida*».

La fe en el progreso

Al lado de ese precepto del bien público, del interés general, una convicción profunda anima a Foucauld: su fe en el progreso. Eso no es, en esta época, un tema habitual en la Iglesia, que se ve, en general, en ese momento, como una enemiga del progreso. P. Larousse, en su *Gran Diccionario del siglo XIX*, opone, al «*dogma católico*» que pone de relevancia «*la teoría de la caída del hombre*», «*el principio totalmente contrario de la*

perfectibilidad indefinida de la especie humana [...]. Esta idea es muy querida a nuestro siglo. La fe en la ley del progreso es la verdadera fe de nuestra edad. En nuestra época, la creencia universal es que el progreso es la ley misma de la marcha del género humano».

Foucauld, en su juventud, había participado ardientemente en esta fe en el *Futuro de la ciencia* que Renan describió con entusiasmo. Su amor por el conocimiento no cesará nunca. Un no creyente que le vio trabajando en sus trabajos lingüísticos en el Sáhara habla de «*su rabia laica por comprender*».

Como su maestro Henry Duveyrier y sus amigos sansimonianos, Foucauld va a asociar, por ejemplo, estrechamente, el desarrollo del ferrocarril y el progreso de la civilización; aplaudirá el informe Dinaux que, en 1906, imagina el trazado de una línea transahariana y no cesará de impulsar su realización. Durante su viaje en 1913 en Francia, asistirá en la Sorbona a una conferencia sobre el proyecto del transahariano.

Para los responsables políticos de Francia, ese proyecto obedecía a una estrategia de colonización. En Foucauld, en su espíritu de universalización, es ante todo un medio de poner a los pueblos en relación unos con otros. Cree en los nuevos medios de comunicación, se alegra mucho por la instalación de la TSF en el Sáhara, una novedad técnica que se realizará, mientras que el transahariano se revelará una pura utopía. Otro medio de comunicación que interesa a Foucauld muchísimo: las pistas para automóviles que se establecen hasta Tamanrasset y que irán hasta el Níger. «*Esas obras son muy importantes, estoy encantado*», escribe en abril de 1916. Hay que subrayar que, para él, los medios de comunicación están primeramente al servicio de las relaciones humanas.

Para decir la verdad, si Foucauld se apasiona por el progreso, científico y técnico de su época, si quiere que aproveche al Sáhara y a su población, aunque tenga a la vista, más fundamentalmente, el progreso esencial a su entender: el progreso humano, no separa por otra parte nunca el uno del otro. El 4 de marzo de 1916, nueve meses antes de su muerte, en una carta en la que exalta y predica el progreso material en los territorios colonizados, concluye afirmando: «*El progreso científico debe ser intelectual, moral y material*». Para él los tres polos están unidos estrechamente, son concertantes. Quiere el desarrollo de la región, para la que es necesario, primero y ante todo, «*la instrucción*», término que emplea a menudo y que tenía una gran fuerza en su época; una «*instrucción*» para todos (en 1914, solo el 2 % de los niños argelinos estaban escolarizados). A María de Bondy, el 16 de abril de 1914 le habla de sus queridos Tuaregs: «*De momento, no tienen ninguna idea, y, por lo tanto, ningún deseo de ser instruidos: comprenden más fácilmente el perfeccionamiento de su vida material que otra cosa*». Foucauld los va a animar. Y para convencerlos todavía más se lleva a Francia con él, en 1913, a uno de los jóvenes Tuaregs más prometedores que conoce, Oûksem, que verá concretamente lo que puede la instrucción. Estima que, con la

apertura intelectual, hace falta también el «*progreso moral*» que se necesita muy particularmente, a su entender, para lograr una mayor estabilidad de las familias y adquirir un sentido y gusto por el trabajo: la sociedad tuareg es muy libre de costumbres y bastante ociosa.

Foucauld no hizo ni prometió nunca un anuncio del Evangelio que fuera autosuficiente; para él, este debe acompañarse necesariamente por el conjunto del progreso humano en todos los aspectos: material, intelectual, moral. La evangelización no puede hacer abstracción de esta humanización.

Los derechos humanos y los derechos del último hombre

La tercera noción que gobierna el pensamiento político de Charles de Foucauld es la de los derechos humanos. A los tres meses de su llegada al Sahara, evoca esta noción con vigorosa indignación. ¿En relación a qué tema? La esclavitud que pervive en la región y que constató enseguida: la esclavitud que las autoridades militares toleran. Foucauld los trata de entrada de «hipócritas»: «*Vosotros que ponéis en los sellos y por todos lados: “Libertad, Igualdad, Fraternidad, Derechos humanos” y que ponéis hierros a los esclavos*». Particularmente dolorosa en los raptos de niños: «*[Vosotros] que castigáis el rapto de un pollo y permitís el de un hombre (de hecho, casi todos los esclavos de las regiones son niños nacidos libres, raptados violentamente por sorpresa a sus padres)*» (a Dom Martin, 7 de febrero de 1902). «*Aparte de esta injusticia enorme y monstruosa que está en el fondo de la esclavitud, hay aquí una particular [...] el rapto de niños*» (19 de junio de 1902 a Mons. Guérin). Se tomarán medidas a finales de 1904 para la supresión de la esclavitud y Foucauld se alegrará.

La concepción que Foucauld se hace de los derechos humanos comporta, en su práctica, una originalidad particular. El 4 de febrero de 1902 describe detalladamente a Mons. Guérin uno de sus días: «*Encuentro con 20 esclavos; acogida de 30 o 40 viajeros; distribución de medicamentos a 10 o 15 personas, de limosnas a más de 75 mendigos; veo algunas veces hasta 60 niños en un solo día*». En esta serie de reuniones en la que se juntan los pobres, nos damos cuenta de que a los esclavos los nombra los primeros, ellos que son los últimos de los últimos, que soportan las más bajas injusticias. Foucauld tiene una jerarquía inversa: los pobres son los primeros; su hogar de Béni Abbés lo llamó «*la fraternidad*»; es feliz de que la gente del país lo llame así y «comiencen a saber que los pobres tienen un hermano»; y añade, con decidido universalismo: «*No solo los pobres, sino todos los hombres*». Para él, son ante todo los pobres y, entre los pobres, los más pobres de entre ellos, los que él elige; para Foucauld, los «*derechos humanos*» son, de una manera precisa, los derechos del último hombre, el más despreciado de todos, el último de los últimos.

Podría decirse que aplica un elitismo a la inversa. Los últimos son siempre sus

elegidos, hasta el punto de ser quizá un poco categórico e injusto. Por esto, para el viaje de un tuareg a Francia, elige a Oûksem por sus cualidades personales pero también por su situación social: es «*de la mejor familia plebeya del país. Estamos en un país de castas. Hay plebeyos y patricios, los primeros incomparablemente superiores a los segundos en los valores morales, y son toda la fuerza y la esperanza del país*» (al P. Voillard, 12 de julio de 1912). Patricios, plebeyos, conocemos esta categorización de la antigua Roma para designar, por un lado, a los que son ciudadanos y pueden participar en todas las funciones y, por otro, a los que no poseen prerrogativas, los «*proletarios*» que dirían, en el siglo XIX, Marx y Proudhon. Los «*proletarios*», los últimos, tienen, para Foucauld, casi de entrada, todas las cualidades. Según su entender, los pudientes tienden a quedarse con sus ventajas adquiridas, no quieren progresar, no son «*la esperanza del país*». Cuenta ante todo con los «*pobres*» que desea que sean ante todo sus iguales, como escribe a un joven oficial el 28 de diciembre de 1913: «Deseo [...] que los que son ahora nuestros *súbditos lleguen a ser un día nuestros iguales y nuestros hermanos*». Y le indica «las condiciones sine qua non para llegar a ello», para conseguir, literalmente, esta «*descolonización*». «*Debemos levantar nuestras colonias, levantarlas a nuestra altura*», escribió.

Él, el aristócrata, trabajó sin cesar buscando la situación inversa, la de los últimos. Pero, ¿no era también quizá un método para escapar de los problemas que atañen a una posición alta? Como cuando se disfrazó de judío errante para su exploración de Marruecos. «*Miré el traje israelita. Me pareció que este último, abajándome, me haría pasar más desapercibido, me daría más libertad*». Y Duveyrier, en su informe sobre la exploración, le felicitará por haberse «*resignado a viajar bajo apariencia judía, en medio de poblaciones que consideran al judío como un ser útil pero inferior*». El gusto por «*lo inferior*», en Foucauld, ¿no será un acercamiento sutil que permitirá alcanzar una suprema libertad?

Sin duda Foucauld tenía, como por naturaleza, el gusto por la depuración junto con el de la simplicidad. Ahora bien, ya creyente, ese gusto se sublima en una búsqueda mística por acercarse a Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, que vive esta «*kenosis*» extrema, que toma, definitivamente, en la humanidad, el «último lugar», un lugar que, como decía Huvelin, nadie nunca jamás podrá ocupar. Es cierto que esta percepción de Jesús, que sedujo absolutamente a Foucauld, como «*el último de los hombres*», le llevó a ir a las «*ovejas más perdidas*», a los últimos de los hombres, a comprender los derechos humanos como derechos primero de los últimos, a hacer que siempre quiera «*comenzar por los últimos*», como decía a menudo L. Massignon. Queda que esta opción por los últimos es, en cualquier caso, una característica esencial del pensamiento político de Charles de Foucauld, una indicación de la que nuestra época puede sacar una orientación práctica para la vida de la ciudad.

Los tres ejes que conducen la acción de Foucauld en la ciudad –que para él es el conjunto de las poblaciones dispersas del inmenso Sáhara– están en constante interferencia recíproca. El principio del interés general puede permitir que no se deje a los últimos en el borde de la carretera del progreso, que se debe lograr de tal manera que los últimos puedan avanzar también por ese camino.

Esos tres imperativos, que Foucauld puso en práctica él mismo, ¿podemos proponerlos como guías para una verdadera acción política hoy en día llevada a cabo por cada ciudadano, y pueden ayudar a desarrollar una comunidad de seres humanos que tienen esperanza?

NOTAS

[1] Conforme al Derecho Canónico anterior a 1917, en la época de Charles de Foucauld, la «Cofradía» (o «Sodalicio», en su término técnico) era una asociación de la Iglesia destinada a promover actos devotos –adorar al Santísimo, rezar el Rosario, por ejemplo– o actos piadosos: atender a enfermos, pobres...

Una cofradía no es una «Tercera Orden», compuesta por fieles que desean participar de la espiritualidad de una Orden: carmelitas, franciscanos, dominicos... Tampoco es una «Fraternidad», a la que le es propio un componente comunitario y busca una cierta vida en común. Una cofradía, en cambio, posee carácter societario y sus miembros no tienen ningún tipo de vida en común: cada cual se compromete personalmente a seguir, allí donde está, la finalidad de su cofradía, razón por la que ha sido admitida como tal por la Iglesia.

Charles de Foucauld precisó bien que su «asociación», la UNIÓN, se compone de «desbrozadores evangélicos» dispersos, «misioneros aislados» que guardan bien su carácter propio y quieren considerarse y mantenerse en inventiva e iniciativa personal.

En 1947, Louis Massignon eligió subtítular la UNIÓN como «Sodalicio del Directorio», para significar que no era una «fraternidad» como las que los Hermanitos y Hermanitas de Jesús estaban constituyendo, sino una «cofradía» en torno al texto vivo del Evangelio.

[2] N del T.: resiliencia: capacidad de adaptación frente a una situación adversa (RAE).

[3] Se convirtió en octubre de 1886. «*Durante doce años viví sin fe*» (a H. de Castries). «*Acuérdate que durante trece años ni siquiera tuve fe en Dios*» (a su prima María).

[4] *A. H. de Castries, 14 de agosto de 1901.*

[5] Estudio del general M. de Suremain según los informes del notario de Foucauld, Sr. Laissy.

[6] D. CASAJUS, *Henri Duveyrier, un saint-simonien au désert*, París, Ibis Press, 2007.

[7] *Ibid.*, p. 246.

[8] *Ibid.*, p. 245.

[9] J.-L. TRIAUD, *La Légende noire de la Sanûsiyya. Une Confrérie musulmane sous le regard français (1840-1930)*, París, Maison des Sciences de l'Homme, 1995, t. 1, p. 313.

[10] J.-L. TRIAUD, *op. cit.*, 1.1, p. 345.

[11] Programa de televisión *Le Jour du Seigneur*, France 2, 8 de agosto de 2004.

[12] *Op. cit.*, p. 258.

[13] Ídem, pp. 261-262.

[14] Ídem, pp. 256, 265.

[15] Ídem, p. 257.

[16] *Lettres au Marabout, Paris*, Belin 1999, p. 90.

[17] Ídem.

[18] Ídem.

[19] Ídem, p. 93.

[20] Ídem, p. 65.

[21] Ídem, p. 67.

[22] Encontramos a menudo en Foucauld, en lugar de un punto y coma, dos puntos constantemente, por ejemplo, en las cartas a G. Tourdes. En la frase citada, hay tres veces esos dos puntos: los utiliza para mostrar una deducción que estima lógica sin que tenga que hacer mayor demostración.

[23] A. CHATELARD, *Charles de Foucauld. Le chemin de Tamanrasset*, París, Karthala, 2000, p. 49; y en la emisión *Le jour du Seigneur*, France 2, 2 de agosto de 2003.

[24] Ídem, p. 56.

[25] *Op. cit.*, p. 257.

[26] Ídem.

[27] Esto ha sido desarrollado por J.-F. SIX, *Itinéraire spirituel de Charles de Foucauld*, París, Seuil, 1958, pp. 147-152.

[28] Publicado en CHARLES DE FOUCAULD, *Règlements et Directoire*, París, Nouvelle Cité, 1995, pp. 27-36.

[29] Encontrado en las cartas que Foucauld dirigió al padre Huvelin, fue publicado íntegramente en el N° 141, enero-marzo de 1960, de la *Revista de Ascética y de Mística*; J.-F. SIX, *El padre de Foucauld y sus investigaciones de Fundaciones evangélicas* (pp. 73-88). Al no haberse encontrado, y con razón, en los manuscritos de Charles de Foucauld por el Proceso de los Escritos hecho en Ghardaïa antes de 1945, no fue publicado en el recopilatorio *Règlements et Directoire, op. cit.*

[30] Publicado en los *Règlements et Directoire, op. cit.*, pp. 92 a 321, bajo el título «Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús» [Foucauld, dos años más tarde, sustituirá la palabra «ermitaños» por las palabras «hermanitos»; es este postítulo que dio el editor para la publicación de este texto, sin respetar el verdadero título dado por Foucauld en 1899].

[31] Este capítulo preliminar fue publicado por el padre René Voillaume en su libro *Les Fraternités du Père de Foucauld* [París, Cerf, 1946, pp. 171-175] como si fuera el texto en el que Foucauld «condensó él mismo todo lo esencial de su proyecto». Es ese

texto el que servirá de base al padre Voillaume para la fundación, en 1933, de los Hermanitos de Jesús.

[32] Ver *Règlements et Directoire*, *op. cit.*, pp. 315-321.

[33] Ver J.-F. SIX, *L'aventure de l'amour de Dieu. 80 lettres inédites de Charles Foucauld à Louis Massignon*, París, Seuil, 1993.

[34] *Op. cit.*, p. 95.

[35] «¿Aquí están reunidas las dos tentaciones en la misma persona?» [p. 95]. ¿Sería la Abadesa una peligrosa hija de Eva?

[36] Unos 50.000 euros.

[37] Hay que decir, justamente, que este «*Reglamento de 1899*» fue como un emparedamiento en el que Foucauld se encerró y en el que tuvo el riesgo de aprisionarse para siempre. La acción vigorosa del padre Huvelin y la de su prima le liberaron. Hay que decir también que este «*reglamento*», en sus debilidades incluso, contenía, también, un carisma, una acción del Espíritu Santo para la Iglesia.

[38] *A. Chatelard*, *op. cit.*, p. 119.

[39] En 1946, el P. Voillaume no conocía estas modificaciones de 1901, y da la fecha de 1899, en *Les Fraternités du Père de Foucauld* (París, Cerf), el capítulo preliminar del Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús que publica y que es, en realidad, de 1901.

[40] Ídem, p. 125.

[41] Sudán es hoy Mali. En la organización eclesiástica, el primer Estado de un territorio es «*la prefectura eclesiástica apostólica*» cuyos responsables, generalmente, no reciben la ordenación episcopal, aunque tengan el título de «*Monseñor*». Después viene el «*vicariato apostólico*» y después la «*diócesis*». Mons. Guérin no es y no será nunca obispo.

[42] Ver HUGUES DIDIER, *Petite vie de Charles de Foucauld*, París, Desclée de Brouwer, 2005, y los diferentes estudios de este universitario sobre Charles de Foucauld y Argelia.

[43] Un año tras su llegada a Beni Abbés, informa sobre este punto a Mons. Guérin, el 10 de septiembre de 1902: «*Como lo suficiente. Mi prima de Bondy me envía 10 francos al mes con la condición de que los coma yo. He aceptado la limosna y la condición [...]. Se ocupa totalmente del mantenimiento de la capilla; no tengo más que pedirselo, ella lo paga. Es ella la que ha pagado también el terreno de la Fraternidad. Mi prima de Flavigny me envía 50 francos al mes para los pobres, mi hermana, 20 francos al mes (he rechazado aceptar de ella más)*». Un franco de 1901 equivale a 5 euros en 2008. El terreno de Beni Abbés fue comprado por 1.150 francos.

[44] Pide a Mons. Guérin (11 de diciembre de 1902) «*un Manual del misionero o del sacerdote, o algo parecido, para algunos detalles, algunas fórmulas*».

[45] Le llama «*Abdjésu*, “*servidor de Jesús*”, antiguo nombre cristiano muy utilizado todavía en Siria y en Armenia» (al padre Huvelin, el 21 de julio de 1902).

[46] A. CHATELARD recoge este juicio y lo amplifica al hablar de Foucauld como «*del aprendiz misionero, recién llegado, que lleva muchos proyectos en la cabeza y que caerá en las trampas del novato, lleno de generosidad*» (*op. cit.*, p. 143).

[47] En cuanto al texto mismo, prefiere el Evangelio de Marcos: «*Es el único que me parece ventajoso para leérselo. Se puede leer sin que pase nada, parece que lo han escrito para eso: para leerlo a los pequeños, a estos que ignoran todo y para mostrarles a JESÚS-Dios, bien en relieve*». Hay que traducirlo en «*árabe argelino*» (nº 9).

[48] Transcribirá un largo pasaje de esta biografía en su *Cuaderno*, en julio de 1902, en CHARLES DE FOUCAULD, *Cuaderno de Beni Abbès*, París, Nouvelle Cité, 1993, pp. 74-77.

[49] «*En su celo y su prisa por la buena causa, parece olvidar que definió su propia misión como un anuncio de la Buena Nueva, no con palabras, sino en silencio, gritándola en los tejados con su vida, y no con los discursos*» (A. CHATELARD, *op. cit.*, p. 145). Cosa que es particularmente injusta: Foucauld no hace «*discurso*» en relación con el tema de la esclavitud, es una cuestión de vida, no de buenas palabras; no puede ser «*mudo*» como lo dice rotundamente; sus palabras son acciones.

[50] *Cuaderno de Beni-Abbès*, *op. cit.*, pp. 63-75.

[51] ROMANO GUARDINI, *Introduction à Jean-Pierre de Caussade*, «Dieu vivant» 13, 1949, p. 92.

[52] *Ídem*, p. 96.

[53] *Ídem*, p. 93.

[54] *Ídem*, p. 91. (Ver *L'Abandon à la Providence divine, autrefois attribué à Jean-Pierre de Caussade*, París, Desclée de Brouwer, 2005, colección «Christus» nº 90; nueva edición establecida y presentada por Dominique Salin, s.j.).

[55] Entre otros añadidos, la palabra «hoy», en la segunda línea: «Haz de mí hoy lo que quieras»... Añadido que fue rápidamente abandonado pero que dejó su huella. Así, una joven obrera de Ivry-sur-Seine que se consagró a los niños de la calle, que frecuentaba las Hermanitas de Jesús, recitaba esta oración con el añadido (en el libro *Monique Maunoury, une disciple de Charles de Foucauld à Ivry*, París, Karthala, 2006, M.-C. BERGERAT Y O. MARIN le atribuyen este «retoque» hecho por las Hermanitas de Jesús).

[56] El texto primitivo de Foucauld, y no el texto retocado en 1940 y ampliamente difundido desde entonces, fue el que leyó el papa Benedicto XVI íntegramente en Lourdes, la noche del domingo 14 de septiembre de 2008.

[57] Me equivoqué en 1958 (*Itinerario espiritual de Charles de Foucauld*, París,

Seuil, p. 208) al situarla en 1897 y compuesta en Nazaret.

[58] He aquí, para información, el texto oficial de la *Oración del Padre de Foucauld* adoptado por la Asociación Familia Espiritual de Charles de Foucauld: Padre mío / Me abandono a ti / Haz de mí lo que quieras / Sea lo que sea te doy las gracias / Estoy dispuesto a todo / Lo acepto todo / Con tal que tu voluntad se cumpla en mí / Y en todas tus criaturas / No deseo nada más, Padre / Te confío mi alma / Te la doy, Dios mío / Con todo el amor de mi corazón / Porque te amo y necesito darme / Ponerme en tus manos sin medida / Con una infinita confianza / Porque tú eres mi Padre. Monique Maunoury (*op. cit.*, p. 233) había retomado la pincelada de las Hermanitas de Jesús en este texto: «hagas lo que quieras de mí hoy, Te lo agradezco». Pero, sobre todo, en lugar de «porque te amo», había escrito en este lugar: «Porque Tú me amas». A. Chatelard tomó esta aserción proponiendo que la «Oración del Padre de Foucauld» fuera modificada en este sentido. Lo que sería una rotura del ritmo y un contrasentido en relación al pensamiento de Foucauld del que todo el texto no es más que un único grito hacia el Padre, sin que hable subjetivamente del amor del Padre hacia él (solo del amor del Padre hacia *todos*, «todos» «Vuestros hijos», «todos los que ama Vuestro Corazón»).

[59] A. CHATELARD, «La oración de abandono de Charles de Foucauld», *Boletín de las Amistades Charles de Foucauld*, nº 106 (abril 1992).

[60] Algunos meses después de esta meditación de Charles de Foucauld, Teresa de Lisieux, el 26 de julio de 1897, dos meses antes de su muerte, propone, ella, al padre Bellière «*el camino de la confianza simple y amorosa*».

[61] El 18 de julio de 1897, Teresa de Lisieux había escrito al padre Bellière: «*Cuando esté en el puerto, te enseñaré, querido hermanito de mi alma, cómo debes navegar en el mar tormentoso del mundo, con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre le quiere y no le dejará solo a la hora del peligro*». «*Vía deliciosa*», añade ella.

[62] Sabe bien que su ideal, republicano y cristiano, de «fraternidad», nacido de una política de vivir juntos, es muy diferente del de Lyautey, que atañe a una mera yuxtaposición de los pueblos.

[63] Mons. Guérin dio al padre Voillard, en 1901, quien era entonces maestro de novicios, un ejemplar del reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón que le había dado Foucauld; le había dicho a Foucauld precisando: «*Será al padre Voillard al que habrá que dirigir a los que se sientan atraídos hacia usted*» (carta del 26 de septiembre de 1901). El padre Voillard estaba, pues, perfectamente al corriente del reglamento.

[64] Ver J.-F. SIX, *L'aventure de l'amour de Dieu. 80 lettres inédites de Charles de Foucauld à Louis Massignon*, París, Seuil, 1993. J.-F. SIX, M. SERPETTE, P. SOURISSEAU,

Le testament de Charles de Foucauld, París, Fayard, 2005. J.-F. SIX, *Le Grand Rêve de Charles de Foucauld et Louis Massignon*, París, Albin Michel, 2008.

[65] París, Desclée, 2004, pp. 249 a 269.

[66] *Op. cit.*, pp. 262-263.

[67] Hay que añadir el arte y el sentido del cara a cara para la conversación, la concepción que tiene de la relación con el otro, una relación humana para vivir de manera directa, personal y en completa confianza. Así, reprocha a Mons. Guérin, el 15 de enero de 1908, su manera de hacer en un encuentro que este tuvo con Laperrine: «Siento que haya visto a Laperrine ante un compañero, la conversación podría haber sido más íntima cara a cara; estese bien seguro que nunca hará un bien serio a las almas de los oficiales si no les ve habitualmente cara a cara; uno no se confía si no es en entrevistas sin testigos y solo en entrevistas sin testigos puede nacer el cariño, la confianza que permite con el tiempo hacer el bien a las almas».

[68] Cfr., E. LEVINAS.

[69] Como lo escribe M. CARROUGES, *Charles de Foucauld, explorateur mystique*, París, Cerf, 1954, p. 221.

[70] Texto integral en *Cuadernos de Tamanrasset, op. cit.*, pp. 50-61.

[71] CASTILLON DU PERRON, *Charles de Foucauld*, París, Grasset, 1983, p. 374 y ss.

[72] En una carta del 25 de agosto de 1913 a Lyautey, Foucauld alabará su «*entrega al bien público*» («*el bien público que pasa ante todo*», escribirá Foucauld, el 16 de abril de 1915, al capitán Duclos). Foucauld utiliza a menudo esta noción de «*bien público*» que requiere en los gobernantes. Un ejemplo: En relación al ferrocarril transahariano que uniría África del Norte con África negra y traería el progreso a las poblaciones del Sáhara, estima, con muchos otros, que se «*hará necesariamente* –escribe el 16 de junio de 1911 a Gabriel Tourdes–, *estaría ya más adelantado si se preocuparan del bien público*» (y le habla, en relación a esto, de una de sus lecturas de juventud, las *Mémoires de Philippe de Comynnes* y del episodio en el que los nobles se levantan contra Luis XI reclamando el «*bien público*», mientras que lo que querían, de hecho, era evitar sus impuestos: «*Los príncipes se enfrentaron al monarca y lo condenaron a robar*», escribe Comynnes: «*¿Te acuerdas de la época en la que leíamos juntos en Comynnes que las “ligas del bien público” tenían más bien por objetivo el bien privado?*»).

[73] Se puede notar que san Agustín dice, con moderación, que la búsqueda del interés común hace «progresar», mientras que Foucauld habla de «perfección».

[74] A. CHATELARD, en *JESÚS Caritas*, nº 223, 1986 (y en su libro citado, pp. 247-264).

[75] *Ídem*, pp. 258-259.

[76] *Ídem*, pp. 260-261.

[77] J.-F. SIX, *L'aventure de l'Amour de Dieu*, París, Seuil, 1993, pp. 50 y ss.

[78] Ver *Vingt-cinq lettres du P. de Foucauld à Mgr Caron*, París, Bonne Presse, 1947.

[79] Desde hace dos años, Foucauld expone a Louis Mercier y a otros jóvenes investigadores todo un programa sobre los trabajos científicos que pueden llevar a cabo en el Sáhara juntamente con una vida de relaciones con los tuaregs, que pueden realizar incluso en pareja.

[80] Ver *Lettres au Marabout*, París, Belin, 1999, pp. 80 y ss.

[81] Cfr. CHARLES CHAUVIN, *Petite vie de l'abbé Huvelin*, París, Desclée de Brouwer, 2007.

[82] Cfr. J. F. SIX, *L'aventure de l'Amour de Dieu*, *op. cit.*, pp. 90 ss.

[83] Massignon, que hablaba excelentemente la lengua árabe, me dirá que se dio cuenta que Foucauld «hablaba bastante mal el árabe» y añadirá: «Sin duda porque hablaba constantemente el bereber de los Tuaregs».

[84] *Correspondance Claudel-Massignon*, París, Desclée de Brouwer, 1973, pp. 110-114.

[85] *L'aventure de l'Amour de Dieu*, *op. cit.*, pp. 96-101.

[86] FR. BERNARD-MARIE, *Le Père Crozier*, París, Éd. du Chalet, 1988, p. 48.

[87] L'abbé Monchanin (1895-1957) será también capellán.

[88] D. CASAJUS, por ejemplo, en *Lettres au Marabout* o su biografía de Duveyrier (*op. cit.*).

[89] J.-F. Six, P. Sourisseau, M. Serpette, *Le testament de Charles de Foucauld*, París, Fayard, pp. 221-225.

[90] Ídem, p. 223.

[91] Ídem, pp. 223-224. Esta casa será invadida poco a poco por la arena. El 13 de mayo de 1913, en su Cuaderno, escribe que, de paso, fue a visitarla: «Verano, ver mi casa; está casi enterrada bajo la arena e inhabitable». La hizo vaciar de los objetos que contenía.

[92] R. Voillaume, *op. cit.*, p. 176. R. Voillaume ha publicado este texto, íntegramente, en anexo VII de su libro *Les Fraternités du Père de Foucauld*, París, Cerf, 1946, pp. 176-178, bajo el título *Último esbozo de proyecto de fundación*. En el libro de R. Voillaume, que ve en ese texto «una adaptación del reglamento de 1899», está molesto manifiestamente por esa carta en la que ve «contradicciones», al preguntarse cómo un pequeño grupo de tres o cuatro religiosos aplicados en un trabajo apostólico puede todavía «llegar a guardar una vida común monástica».

[93] Georges Gorrée, *Sur les traces du Père de Foucauld*, París, Éd. du Vieux Colombier, 1953, p. 239.

[94] El título del capítulo: «Un nuevo tipo de monje en misión especial», por A.

Chatelard (op. cit., pp. 264-282), no es más que un juego de palabras bastante mediocre, como, por otro lado, todo el capítulo. El autor, en el conjunto de sus estudios, quiere mostrar que Foucauld era exactamente un Hermanito de Jesús salido de la fundación de 1933, Hermanito de Jesús avant la lettre, anacrónico. Y quiere combatir la disidencia representada por el padre Gorrée con sus «monjes-misioneros del padre de Foucauld» a partir de 1935 y por el padre Peyriguère con su experiencia de «vida de monje-misionero» a partir de 1937, al haberse «incautado» ambos de la carta al padre Antonin. Emplea desde entonces el título del capítulo que quiere apoyar su tesis. No queremos entrar aquí en querellas y comentarios cruzados.

[95] Foucauld escribe indiferentemente: «Assekrem», «Asekrem».

[96] Magistral utopía la de esta vía férrea que tenía que unir África del Norte con «África negra», atravesando todo el Sáhara de norte a sur.

[97] A. BOURGEOT, «Charles de Foucauld au Sáhara central, savant ou missionnaire?», *Mélanges offerts à P. Galand-Pernet et L. Galand*, 1993, p. 576. Justamente, hay que lamentar que A. Bourgeot se haya limitado a tratar este tema únicamente hasta 1907. Por lo que solo puede llegar a concluir que, en Foucauld, en este período, el «enraizamiento metafísico y espiritual de su avance científico se inscribe en la concepción contemporánea del misionero» (p. 576). Massignon va a encontrarse con otro Foucauld completamente distinto a partir de 1907.

[98] Cfr. J.-F. SIX, *Littré devant Dieu*, París, Seuil, 1962.

[99] NICOLE DE MARTEL, en *Lettres au Marabout*, *op. cit.*, p. 25.

[100] Sus «dos incomparables amigos», Tourdes y Laperrine, son también solteros y sin hijos.

[101] LÉON LEHURAUX, *Au Sáhara avec le Père de Foucauld*, Argel, 1944, p. 118. Este fusil, que compró Foucauld el 24 de septiembre de 1913 (por 249,50 francos), Oûksem «lo utilizará contra los franceses cuando entre en disidencia junto con los suyos, tras la muerte de Foucauld» (N. de Martel, *art. cit.*, p. 30).

[102] N. DE MARTEL, *art. cit.*, pp. 30-31. N. de Martel indica en nota: «Para ser más preciso, fuera de los besos que se da a los niños, el único beso conocido de los Tuaregs es el que se practica en la intimidad entre parejas jóvenes de sexo opuesto, que consiste “en una aplicación de la nariz contra nariz de alguien aspirando ampliamente con la nariz, sin que los labios hagan ningún movimiento ni tengan ningún papel”. Aunque el verbo utilizado por Oûksem sea el que sirve para diseñar ese tipo particular de beso, es, evidentemente, un beso a la francesa el que da a Foucauld y esta práctica es desconocida entre adultos en los Tuaregs».

[103] *Ídem*, pp. 82-86.

[104] *Ídem*, p. 84.

[105] *Ídem*, p. 85.

[106] *Ídem*, p. 87.

[107] Cfr. D. CASAJUS, *Henri Duveyrier*, París, Ibis Press, 2008 [«*Aparentemente, no más que en 1859, Duveyrier no era hombre para seguir un credo, por muy consolador que fuera*» p. 263]. El retrato de Foucauld en esta obra [p. 253 y ss.] es bastante surrealista: «*Una melancolía incurable*» [p. 254]; «*Habitado por un odio de sí que no se calmaría más que con la cercanía de la muerte*» [p. 256]. M. Casajus nos ofrece una nueva imagen de ilustración de cuento, romántica y oscura, tras otras tantas imágenes de Charles de Foucauld aparecidas después de su muerte.

[108] Cfr. J.-F. SIX, M. SERPETTE, P. SOURISSEAU, *Le testament de Charles de Foucauld*, París, Fayard, 2004, ch. IV, pp. 79-120; y J.-F. SIX, *Le grand rêve de Charles de Foucauld et Louis Massignon*, París, Albin Michel, 2008.

[109] *El padre Laurain es un conocido de su prima Catherine de Flavigny, hermana de María de Bondy; es sulpiciano, profesor en el seminario mayor de Issy-les-Moulineaux; aceptó, en marzo de 1909, ayudar a Foucauld a «dar los pasos necesarios para establecer la cofradía» pero no hizo nada más desde entonces; canonista, tiene ideas sobre la organización eclesiástica pero lo que le interesa son las congregaciones y va a fundar, por otra parte, Les Servantes de Jésus Prêtre éternel. Se inscribirá como número 2 de la lista de socios que establece Foucauld a partir de julio de 1913.*

[110] Ver «*Les “infidèles”*», en *Le Testament de Charles de Foucauld*, *op. cit.*, pp. 260-265.

[111] *Conseils évangéliques*, *op. cit.*, p. 164.

[112] Lyon, Éd. du Chalet, 1975, p. 130.

[113] CHARLES DE FOUCAULD, *Conseils évangéliques*, París, Seuil, coll. «*Livre de vie*», 2000.

[114] Ver *L'aventure de l'Amour de Dieu*, *op. cit.*, p. 166.

[115] Ese sucesor, Mons. Bardou, fue movilizado en esa zona «*Es zuavo en Ghardaïa, secretario de la Oficina árabe*» (carta de Foucauld a Laperrine, 11 de marzo de 1915).

[116] *Correspondances sahariennes*, *op. cit.*, p. 894.

[117] M. SERPETTE, *op. cit.*, pp. 101-113.

[118] *Ídem*, p. 112.

[119] M. Serpette, *op. cit.*, pp. 137-141: «*Les correspondances de Charles de Foucauld*».

[120] *La mayor parte de esta correspondencia ha podido ser publicada. Entre las más importantes, la que se dirige a su padre espiritual, el padre Huvelin, y la de su amigo Louis Massignon, han sido publicadas in extenso (1957 y 1993). Queda la más voluminosa, inédita hasta ahora, que será sin duda editada en 2016: la*

correspondencia con María de Bondy, cuyos numerosos extractos nos son conocidos.

[121] «Mi primera peregrinación, tras la victoria, será a Estrasburgo» (al capitán Sigonney, el 21 de enero de 1916). El 14 de noviembre de 1916, escribe a su hermana: «Esperemos que esta Navidad sea la última que Estrasburgo pasa bajo la bandera alemana».

[122] Sobre el conjunto de los trabajos lingüísticos de Foucauld, ver M. Serpette, *Foucauld au désert, Paris, Desclée de Brouwer, 1997, cap. VII: «L'oeuvre linguistique de Charles de Foucauld»*, pp. 228-205.

[123] Laperrine morirá el 5 de marzo de 1920, con sesenta años, en el extremo sur argelino, a causa de la avería de uno de los aviones que hacían la primera travesía del Sáhara; muere de sed, a una distancia bastante corta de un pozo que había buscado en vano.

[124] *Baïliq*: autoridad administrativa autóctona.

[125] El mundo religioso católico estuvo saturado de publicaciones que ponían el acento en esta correspondencia «colonial» de Foucauld, candidato a la beatificación, como «santo de la colonización» (Foucauld en el desierto: ante el Dios de Abraham, de Agar y de Ismail, Martes de Dar-el-Salam, 1960, p. 60). D. Casajus ha citado justamente este texto en 1999. Massignon «se revelaba contra el retrato de Foucauld como “santo de la colonización” popularizado por la hagiografía» (*Lettres au Marabout, op. cit., p. 92*).

[126] «En el lenguaje colonial, escribe precisamente Jean-François Klein (en S. Dulucq, *Les mots de la colonisation, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2008, p. 55*), la palabra indígena se refiere a una clasificación étnico-racial. [...] El indígena, en efecto, es siempre percibido como relevante de la alteridad, esta induciendo la connotación de inferioridad». Juicio radical de Foucauld, bien en relación con los militares; o, más aún, con el clero.

[127] En una carta del 18 febrero de 1916 a su hermana, comparará «los grandes progresos que se han hecho en Marruecos; Lyautey lo hace maravillosamente» con una cierta falta de diligencia existente en Argelia. «Por nuestra parte, han trabajado menos. Argelia no tiene a Lyautey y tiene diputados y toda una colección de políticos».

[128] «La religión de la que Foucauld pensaba dar testimonio por su bondad no fue recibida, pero el religioso sí que lo fue, él que no deseaba nada para sí mismo y cuyo único voto era el de trabajar en silencio por su Iglesia» (D. Casajus, *Lettres au Marabout, op. cit., pp. 94-95*).

[129] Carta dada in extenso en anexo I de Charles de Foucauld, *Lettres à son ami Henry de Castries, Nouvelle Cité, 2011 con un comentario de Jean-François Six que se compromete a «dar la verdad» en relación a una página de esta carta «manifiestamente instrumentalizada» «a la vez por la lógica de la Argelia francesa y*

por los islamófobos». Una página de una carta «tres veces más larga» que «viene tras una primera parte y antes de una tercera parte, tan importantes como ella, que la enmarcan, y, en buena parte, la explican» (p. ٧٤٧).

[130] Sabemos que Bazin es el primero en dar a conocer a Foucauld gracias a la biografía que escribió de él. Pero en esta le presenta no según esta carta como «misionero», sino como «eremita en el Sáhara». Lo que provocará una confusión real. Su libro ha sido reeditado en ٧٠٠٧; uno puede extrañarse o, incluso, escandalizarse de que, en el prefacio, P. Poupard, aunque habla bastante bien de él mismo, habla poco de Foucauld, nada de Bazin y nada de nada de este intercambio epistolar de ١٩١٦ entre Foucauld y el académico, sin embargo tan profético para la evangelización.

[131] Este texto fue publicado en 1928 por Massignon en el *Directoire*, en el anexo II. El padre Voillard se lo comunicó al padre Laurain el 2 de octubre de 1918. Se puede encontrar en la nueva edición del *Directoire* de 1961 (ediciones Seuil) y en *Conseils évangéliques* (ediciones Seuil, coll. «Livre de vie», ٧٠٠٠, pp. ١٢٨-١٢٣).

[132] Ver *Correspondances sahariennes*, pp. 914-916.

[133] Estas *Notes quotidiennes* han sido publicadas íntegramente en *Charles de Foucauld, Lettres et Cahiers Paris*, Seuil, coll. «Livre de vie», ١٩٦٦, pp. ٢٤٢-٢١٥.

[134] «Dios tiene los dos brazos extendidos. Uno es bastante fuerte como para ceñirnos de justicia. Otro es tan suave como para ceñirnos con su gracia» (Martin Luther King).

[135] Su hermana y él nacieron en Estrasburgo por donde pasa el Rhin.

Índice

| | |
|---|-----|
| Agradecimientos y dedicatorias | 5 |
| 1. Ebrio de libros y de libertad | 6 |
| 2. La fuerza de la fe | 28 |
| 3. El corazón y la fe | 43 |
| 4. «Mi Nazaret» | 57 |
| 5. La idea que ha de hacer triunfar | 73 |
| 6. No Tierra Santa, sino los más abandonados | 99 |
| 7. El camino del sur | 117 |
| 8. Abandono en los acontecimientos | 138 |
| 9. Los abandonados, la Eucaristía, la presencia | 151 |
| 10. Tiempo de desbrozo | 176 |
| 11. Sin Ningún compañero | 192 |
| 12. La lengua del otro | 209 |
| 13. Muy alegre de carácter | 222 |
| 14. La deuda hacia los que dan su sangre | 239 |
| 15. Inclasificable y simple | 252 |
| 16. Su rostro | 270 |
| Conclusión | 289 |
| Anexos | 290 |
| Notas | 302 |